

MORINO

LOS

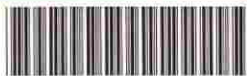
ESPLENDORES

DE LA FE



RAID
BL240
M64
v.4
1883-85

003110



1080014488

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

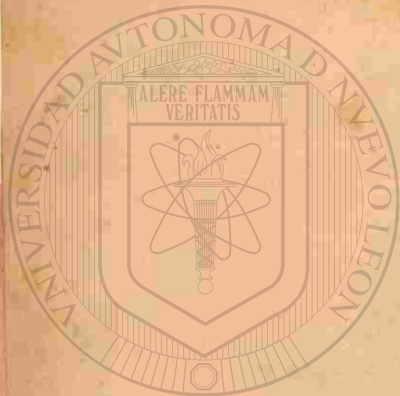


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS

ESPLENDORES DE LA FE.

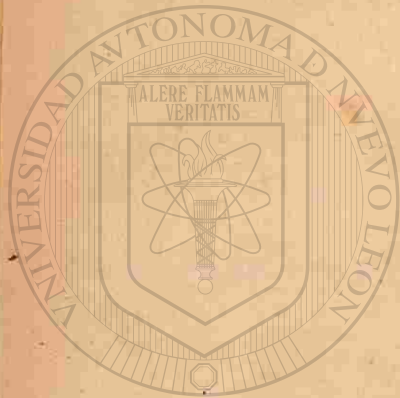
U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



LOS
ESPLENDORES DE LA FE;

Ó HARMONIA PERFECTA
DE LA REVELACION Y DE LA CIENCIA,
DE LA FE Y DE LA RAZÓN
POR EL ABATE MOIGNO,

DIRECTOR DEL COSMOS.
PRIMERA VERSION CASTELLANA.

Segunda edición notablemente corregida.

TOMO CUARTO.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

BARCELONA.

LIBRERIA DE LA INMACULADA CONCEPCION, BORNACUERO, 13.
1885.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 03, bajos interior.

44828

87
341
176
BL 240
M. 64
V. 4.



copias a diligencia
de la biblioteca de la Universidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

82844

PREFACIOS.

EL AUTOR

FRANCISCO MARÍA MOIGNO,

NACIÓ EN GURMENE-SUR-SCORE (MORBIHAN),

el 15 de abril de 1804.

Canónigo de San Dionisio, canónigo honorario del Cabildo de la Catedral de Vannes; doctor en teología de Santo Tomás de Aquino, profesor emérito de la misma ciencia, de hebreo, de Sagrada Escritura, de historia eclesiástica, de matemáticas y de física y química; autor de las *Lecciones de cálculo diferencial*, del *Cálculo de las variaciones*, de la *Mecánica analítica*, del *Repertorio de óptica moderna*, del *Telégrafo eléctrico*, de las *Actualidades científicas*, de la *Llave de la ciencia*, quinta edición francesa; de los *principios fundamentales por los que se han de resolver hoy día las dos grandes cuestiones: 1.ª relaciones entre la Iglesia y el Estado y 2.ª libertad y organización de enseñanza*; antiguo redactor del *Universo*, de la *Union Monárquica*, de la *Epoca*, de la *Prensa*, del *País*; redactor de los veinte y un primeros volúmenes del *Cosmos*, de los tres primeros volúmenes de los *Anuarios del Cosmos*, de los treinta y nueve volúmenes de los *Mundos*; traductor de la *Correlación de las fuerzas físicas*, de Grove; del *Calor considerado como*

008110

una forma de movimiento, de Tyndall; de las Lecciones sobre el sonido y de la Luz del propio autor, miembro de la Asociación británica que tiene por objeto el adelanto de las ciencias, de la Academia imperial Estanislao de Nancy, de la Sociedad bávara de Rotterdam, de la Sociedad de ciencias de Harlem, del Instituto geológico de Viena, de las sociedades industriales de Mulhouse y de Lion, de la Sociedad de Ciencias, letras y agricultura de Versalles, de las academias pontificias, Nuevi-Lincei é Inmaculada Concepcion, de la filosófica-medicinal de Santo Tomás de Aquino de Florencia, y de muchas otras Sociedades Científicas; uno de los fundadores de la Obra de S. Francisco Javier, caballero de la Legión de honor, oficial de la orden de los Santos Mauricio y Lázaro de Italia, y por último comendador de la orden de Carlos III de España.

Acaso se encontrará extraño que yo después de haber escrito tantos libros con esta sencilla indicacion, *por el abate Moigno*, haga gala en el frontis de estos volúmenes de una larga serie de cualidades y títulos. ¿Habrá yo cedido a un sentimiento pueril y ridículo de vanidad? Mi conciencia me atestigua que no es así.

Pero en la obra que hoy publico, fruto de los estudios y afanes de mi vida entera, vengo a pelear las batallas del Señor, es decir, voy a defender la verdad y divinidad de mi fe: hé aquí porque necesito revestirme de todas mis armas.

Vivimos en un siglo que no admite la sinceridad ilustrada de las almas que creen, que publica la afirmacion insultante de que la ignorancia es la salvaguardia de la fe, que toma en el sentido material de la palabra que mata esta admirable sentencia del Salvador: *Bienaventurados los pobres de espíritu*; que quiere en fin que la ciencia haya muerto á la fe, y que allá donde subsiste ésta, todavía no puede haber ciencia. En estas condiciones, sin ninguna duda, yo hubiera perjudicado á mi causa, y por consiguiente faltado á mi deber, si antes que todo no me hubiese hecho considerar como sabio, lo que no podía hacerse

sin añadir á mi nombre las distinciones honoríficas que me han sido concedidas.

Sin vacilacion declaro: que si hay algun escritor que lleve las condiciones exigidas por la mision de justificar y probar la perfecta relacion que reina entre la fe y la ciencia, este escritor soy yo. Yo no puedo ser acusado de ignorante; y así cuando yo afirmo que en el mismo tesoro de verdades que posee gloriosamente la ciencia no hay una sola que un hombre de buena fe pueda convertir en una arma contra la religion, preciso será que sean discutidas mis pruebas, sin que se pueda sospechar el que yo reluse la discusion. Imitando la forma de lenguaje santa y audaz de S. Pablo, yo podré decir sin orgullo á los más ardientes partidarios de la ciencia, á sus más autorizados representantes: «Vos sois sabio, yo lo soy tambien; vos habeis sondeado todas las profundidades de la teoria y verificado todas las experiencias, yo he teorizado y experimentado tanto como vos. Vos habeis amado el progreso, yo tengo por él una passion loca, y se me ha visto siempre en la primera fila de sus promotores. Libros, periódicos, folletos, lecciones, conferencias, conversaciones, todo lo he puesto en práctica para hacerlo accesible á los que lo deseaban y hacerlo aceptar á los que lo rechazaban. ¡Y los hombres que lo rechazaban fueron algunas veces los que al parecer eran sus más ardientes promotores!

Añadiré tambien, porque nadie lo ignora, que yo he estado siempre á la cabeza y muy adelante por cierto de las modernas teorías, de la cual muchos se han admirado y tal vez escandalizado. Primeramente he proclamado las verdades conquistadas por una ciencia que ha llegado al fin al estado adulto; he unido mi nombre, como si fuera un cascabel sonoro, á las doctrinas más libres en la apariencia, pero en realidad las menos enemigas de la fe: la sencillez é identidad de los últimos átomos de la materia, la reduccion de todos los fenómenos de la naturaleza á la materia y al movimiento; la unidad y correlacion de todas las fuerzas físicas y químicas, su homogeneidad mútua por

equivalentes dinámicos, etc., etc. No he debido retroceder ni he retrocedido ante ninguna de las grandes síntesis de la ciencia moderna, porque ellas son la expresión de la verdad y tienen lo que la generalidad de los sabios ignoran, su razón de ser, su explicación postrera en la metafísica, la primera y la más sublime de las ciencias, pues que ellas es en nosotros el reflejo de la luz de Dios, que ilumina, cuando viene al mundo, á toda alma hecha á su imagen y semejanza.

Séame permitido recordar aquí el espontáneo homenaje que el baron Carlos Dupin, el gran geómetra, decano de la sección de mecánica del Instituto de Francia, quiso rendirme en los siguientes términos en la sesión del Senado del 25 de febrero de 1870, en ocasión de discutirse la libertad de enseñanza superior, libertad concedida en fin en 1875 y mutilada en 1876. Yo cito todo el pasaje, porque ofrece hoy un interés de actualidad.

«... Esto produce un interés harto singular. Royer-Collard, que yo citaba, estaba persuadido de la grandeza de la excelencia de la Universidad, y que nada era capaz de igualarla. Tenía sobre este punto todas las ideas de M. de Saint-Arnaud. Los jesuitas, decía, no tuvieron jamás sino medianos profesores, y yo les reto á que establezcan una enseñanza de primer orden. El me decía esto poco después del año 1830. Sin embargo los reverendos Padres han ido con toda calma, de progreso en progreso, y cosa que irrita á sus antagonistas, han procurado formar sus profesores. Ellos tienen en su instituto una regla maravillosa, que los gobiernos deberían procurar imitar, á fin de sacar el mejor partido de los hombres. Después de haber sido aceptados para formar parte de su orden, se examinan cuáles son las aptitudes de los novicios, y se les dice: V. tiene el don de la palabra, V. tiene disposiciones para las manifestaciones brillantes, V. será misionero y predicador, V. es excelente para los detalles de la administración, V. será nuestro economo: Y en fin á cada uno, como al abate Moigno, uno de los geómetras más distinguidos de Europa,

se dijo, V. tiene el génio matemático, V. será profesor de ciencias exactas.» (*Diario oficial* del 20 de febrero, columnas 3 y 4.)

Por otra parte M. Dumas, el ilustre secretario de la Academia de ciencias, en la sesión del lunes 10 de setiembre de 1872 se dignó pronunciar las siguientes palabras de las cuales se hizo eco el diario oficial:

«Yo tengo el honor de depositar, prosiguió M. Dumas en nombre del abate Moigno, toda una serie de libritos que forman un verdadero curso de ciencia ilustrada con el título de *Actualidades científicas*. Los descubrimientos modernos están tan completamente desarrollados en ellos, que no se encuentran equivalentes conocidos en otros libros que de día en día van saliendo á luz. Son conferencias detalladas sobre las cuestiones más en boga, especialmente sobre los asuntos tratados en Inglaterra, Alemania, etc. Ejemplos: Combinaciones de los átomos.—Análisis espectral de los cuerpos celestes.—Fuerza y materia.—Las Luces modernas.—Física molecular.—Teoría del velocípedo.—Constitución de la materia.—Indagación histórica de la teoría mecánica del calor.—Transformación química del carbono.—Fenómenos y teorías eléctricas.—Todas las lecciones de oportunidad de MM. Tyndall, Hofmann, Huggius, Tait, Rankine, Odling, etc.

Hace ya cincuenta años que M. Moigno marcha á la cabeza del movimiento científico. El ha introducido en Francia todas las novedades de la ciencia extranjera. Nosotros le debemos el conocer casi todo lo que se hace en las naciones vecinas; recíprocamente, á él debemos el que muy á menudo los sabios extranjeros comencian nuestros trabajos.

«Con sus periódicos y libros, el abate Moigno ha prestado incesantes servicios á la ciencia; ha constituido una especie de libre-cambio intelectual entre los sabios franceses, ingleses, alemanes, italianos y americanos. Ha unido, mas que ningún otro, las escuelas, facultades, universidades y grandes centros científicos. Pues que la oca-

sion se presenta, es bueno recordar á la generacion presente, que muchas veces no atribuye con bastante imparcialidad á su verdadero autor el mérito de haber introducido entre nosotros el buen gusto en los estudios y lecturas científicas.

Impulsero me ha rendido tambien un precioso testimonio de notoriedad científica. El *Monthly Notices*, diario oficial de la Real Sociedad astronómica, me notificó un dia, que mi nombre vulgar breton habia sido dado á un cráter de la Luna últimamente notado, determinado con más claridad, y designado, en los mapas y en los catálogos por el número 408. Grande honor, porque apenas cuarenta nombres franceses están inscritos en la superficie del satélite de la tierra, y porque muchos nombres ilustres han aparecido en ella despues del mio.

América no me olvidó tampoco: cierto dia recorriendo mis ojos el vocabulario de nombres biográficos del magnífico Diccionario ilustrado anglo-americano, de Webster, edicion de junio de 1864, que me habia sido regalado, sorprendíme al hallar mi nombre en él, con las dos maneras de pronunciarle, inglesa y americana.

En Viena (Austria) un editor, M. Lenoir, que bajo el patronato de la Academia Imperial de ciencias, publicó el catálogo, con grandes retratos litografiados, de los matemáticos eméritos, me cedió en él un lugar distinguido.

En Berlin M. Pogendorff, en su gran Diccionario Biográfico para servir de complemento á la historia de las ciencias exactas, quiso tratarme como amigo.

Yo no puedo ser sospechoso á la ciencia; yo he otorgado á esta siempre, y siempre se lo otorgaré, lo que se la debe, esto es, me he sometido á sus teorías, he aceptado francamente sus hechos sin ningun pensamiento oculto, sin imponer otras condiciones que darles su bienvenida al grupo de verdades consideradas como tales por ella. Jamás me he sucedido, ni me sucederá, el tener que rechazar una teoría, ó un hecho demostrado por la ciencia,

por la causa irracional, imposible, de que esta teoría y este hecho demostrados son contrarios á mi fe.

Yo debo inspirar tanta menos desconfianza á la ciencia, cuanto que no soy un especialista, matemático, físico, químico ó naturalista exclusivo, confinado en un órden particular de ideas, dando vueltas en su estrecho círculo de doctrinas y fenómenos, absorbido en el perseguimiento incansante de una misma clase de problemas. Por vocacion, por una disposición natural de mi espíritu, y tambien por deber, fui llevado á estudiar sucesivamente y de una manera profunda las diversas ramas de las ciencias humanas. Apenas habia recibido de mis ilustres maestros, Cauchy, Ampère, Binet, la enseñanza comparada de las ciencias físicas y matemáticas, cuando ya en el Museo de historia natural me iniciaba en las colecciones de los jardines y de las galerías, bajo la direccion de Cuvier, Haüy, Desfontaines, Thonon, en los secretos de la zoología, de la botánica, de la mineralogía y geología. Más tarde, fundador y director de una escuela normal del clero, que tuvo bastante nombradía, enseñé á mi vez las matemáticas, la física, la química, la astronomía, etc...

Un último título, en fin, me hace acreedor á la confianza de los sabios. El temple de mi espíritu, al paso que me hacia amar las profundidades de la ciencia, me arrastraba irresistiblemente á lo vulgar ó á la exposicion elemental, en el lenguaje familiar, de las conquistas de la ciencia é industria.

Mi primer artículo del diario data del 1829, y desde este año jamás ha cesado mi pluma, haciendo más de lo que se puede decir, de analizar y hacer conocer los descubrimientos de los otros, celoso de promover su gloria, ardiente en defender sus derechos, ó indiferente siempre á mi propia gloria. Yo me habia preparado á esta tarea por aficion, haciendo un largo y sério estudio sobre las lenguas europeas; y puedo decir que, del 1830 al 1876, he leído y resumido, pluma en mano, casi todo lo publicado sobre ciencias progresivas en periódicos y

libros, en Alemania, Inglaterra, España, Italia, Rusia, etc.

Asimismo es preciso que lo confiese; yo he sido impelido hasta el exceso por el amor á la vulgarización de las ciencias. En agosto de 1872 me atrevi á inaugurar en París, con mis solos recursos, y con el nombre de *Escuela del Progreso*, un magnífico establecimiento cuyo objeto era: promover por medio de lecciones y conferencias públicas el progreso real y bienhechor, y dar el mayor y más rápido impulso á las invenciones y descubrimientos de la ciencia é industria; combatir enérgicamente los dos enemigos inexorables del progreso, de los descubrimientos y de la invención, la ignorancia que los mata en su gérmen, ó los tiene sumidos en la nada, y la rutina que les oprime el cerco inaccesible de la inercia.

¡La época y el lugar de esta demasiado grande empresa habían sido mal escogidos! La agitación política era extraordinaria, y mi escuela de la ciudad del Retiro, calle de Faubourg-Saint Honoré, n.º 30, estaba demasiado lejos de la circulación pública!

Después de tres meses de ejercicios casi superiores á mis fuerzas, tuve que resignarme á volver á entrar en mi humilde retiro de Saint-Germain-des-Prés. Sólo Dios sabe cuántas fatigas, inquietudes, angustias y gastos enormes me costó esta enérgica campaña. Nada de esto me pesa, y si fuere preciso, volvería á empezar, aun cuando desde el principio de mi trabajo se me presentase ante mí todo cuanto he padecido. Yo soy dichoso por ello, y me glorio, yo, humilde sacerdote, sabio y pobre, animado y bendecido por Pío IX que se dignó decir que me amaba, de haber tenido el primero y haber sostenido con firmeza la bandera del progreso, es decir, la bandera necesariamente divina de lo Verdadero, de lo Bueno y de lo Bello en todas sus formas.

Este episodio lo prueba sobradamente. La ciencia no puede negar que soy uno de sus apóstoles más ardientes, y los sabios que desde hace ya tiempo me han conce-

dido un puesto entre sus filas, no rehusarán reconocer en mí á un hermano, á un amigo, un eco fiel de sus investigaciones y enseñanzas.

Yo seré aun menos sospechoso á la religión, porque he hecho mis estudios eclesiásticos en la escuela por excelencia del saber y de la piedad; y porque después de haber estudiado durante seis años la filosofía y teología con nuestros sabios y santos, he enseñado á mi vez tres años estas ciencias, las más sublimes de todas.

Yo gozo también de un favor insigne, el cual, en este momento, de rodillas y con el corazón lleno de un reconocimiento sin límites, agradezco á Dios. Tengo setenta y tres años, nada he dejado de leer, todo lo he entendido, y jamás se ha apoderado de mí una duda ó he tenido una simple tentación contra la fe. Yo he creído siempre y creo hoy más que nunca, todas las verdades enseñadas por la Iglesia católica, apostólica, romana, con una fe tranquila, serena, viva y fuerte, sin que, lo repito, ninguna nube se haya interpuesto entre un dogma y mi espíritu. Yo debo esta dicha incomparable, antes que todo, á una gracia particular del cielo, y luego á la influencia y al recuerdo de mi virtuoso padre, Vicente Pablo Alejandro Renato Moigno, espíritu recto, corazón noble cual ninguno. Yo lo debo en fin al despejo de mi inteligencia, enemiga jurada de la sutileza y del sofisma, á la costumbre del trabajo y de la oración que he tenido toda mi vida, á la fidelidad que he guardado á mi cara sotana, vieja y santa compañía que no he abandonado desde hace cincuenta años, á la frecuencia en fin de los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. He viajado mucho, y salvo dos ó tres excepciones, he dicho la santa Misa con todo el fervor de que he sido capaz.

Yo he sondeado tanto como he podido los misterios de la religión y de la ciencia, y mi fe jamás se ha alterado: mi palabra será, pues, la de un testigo instruido, convencido y fiel.

No se podrá decir que la santa Iglesia, á la cual estoy

unido del fondo de mis entrañas, haya tenido conmigo preferencias y ternezas excepcionales. Al contrario, es cierto y yo me felicito y regocijo de ello hoy (en interés de la grande causa que voy á emprender y ganar), que ella ha sido bastante tiempo para conmigo fría y reservada.

Entré á los diez y ocho años en la Compañía de Jesús, en setiembre de 1822, y permanecí en ella hasta el 15 de octubre de 1843; sinceramente unígué á mi vocacion, estimado de mis superiores, amado de mis hermanos. Yo era profeso de cuatro votos, lo que significará para los crédulos que estaba iniciado en todos los secretos de la orden. Había visto puestas en mi nombre una gran parte de las propiedades de la provincia de Francia; y gozaba en la Compañía y fuera de ella de la reputacion de un sabio y buen religioso. Yo era dichoso entonces, tan dichoso como se puede ser en la tierra, dichoso en el seno de una vida de trabajo, de fatiga, de privaciones y austeridades.

Una súbita tempestad me separó de esta ilustre sociedad. Yo podria revelar aquí el secreto de mi separacion, sería natural que me vengase de las acusaciones perversas, pero prefiero mil veces más humillarme ante la mano de Dios. Yo no me hago ilusiones; la pérdida de mi vocacion fué una desgracia ó un castigo merecido por numerosas faltas á las reglas. El que es injusto en lo poco tambien lo es en lo mucho. (Luc. c. XVI, v. 10.)

Pero le plugo á Dios sacar bien del mal. Quiso que la justicia y la misericordia se reconcentrasen en mí, y yo se lo agradezco con todo mi corazón. La divisa que me habia inspirado en mi tercer año de noviciado, es preciso que Dios sea ensalzado y yo humillado, me libraron del abatimiento y de la desesperacion. Por el amor y la cesantumbre al trabajo y á la oracion, que él consertó en mí, me hizo comprender que me reservaba para una misión gloriosa, la reconciliacion de la fe y de la ciencia, misión que difícilmente habria podido yo llenar, con la misma

asiduidad ó independenciam en la Compañía de Jesús. El parecer casi unánime de mis antiguos hermanos es en efecto, que Dios me habia trazado este destino, y este parecer me llena de consuelo. Además, ellos saben que yo no he cesado de amar tiernamente á la que fué nuestra comun madre, y que he permanecido siendo lo que era antes cuando vivía en medio de ellos, en los bellísimos años de mi vida religiosa.

Hé aquí, pues, que de improviso me hallé como lanzado en un mundo al que era enteramente extraño. Imposible sería decir lo mucho que sufrí durante doce años que siguieron á esta mi salida. Odiosas calumnias, proscripciones injustas, profunda miseria, crueles persecuciones por faltas que no cometí, ó que tenían por causa un exceso de imprudente caridad, etc.; en una palabra, se me trató sin piedad alguna. Con todo, puedo afirmar que hallé en la tribulacion una grande dicha y felicidad, que comprendí y aun gusté esta palabra de Jesucristo tan amarga á la naturaleza: *Seréis dichosos cuando los hombres os calumnien, cuando con ventura digan de vosotros todo el mal imaginable.*

Durante estos crueles años de prueba, habia yo llegado á ser considerado como un extraño, como un desconocido por la mayor parte de los miembros del episcopado y del alto clero, por los mismos que en otras ocasiones me habian colmado de agasajos y de afeccion. Obedeciendo á mi conciencia y arrastrado por mi amor á la Iglesia, publiqué con el siguiente título de actualidad: *Los verdaderos principios por los cuales deben resolverse en los tiempos modernos las dos grandes cuestiones: 1.ª relaciones de la Iglesia y del Estado; 2.ª la libertad y organizacion de la enseñanza*, folleto que tuvo un éxito feliz, del cual se hicieron numerosos pedidos, pero sin pronunciar el nombre de su autor, considerado tal vez como un tráfuga.

En 1848, monseñor Sibour, recientemente nombrado arzobispo de París, se dignó nombrarme segundo padre espiritual del liceo de Luis el Grande. Permanecí allí algunos

años; pero en vista de la desorganización momentánea de este establecimiento, en otro tiempo y hoy día tan floreciente, cansado de la vida secular y deseoso de encontrar la calma de la vida religiosa, presenté la dimisión.

MI intento de entrar en una congregación entonces naciente, no debía realizarse. La Providencia me mostró lo que esperaba de mí, deparándome la ocasión y los medios de fundar mi periódico semanal *Cosmos*, llamado más tarde *Los Mundos*. Yo me consagué á él pobre y humilde, sin empleo ni en la Universidad ni en la Iglesia. Después de tres años de vida retirada en una comunidad, me tuve como muy feliz de ejercer en San Sulpicio, con el módico sueldo de cuatrocientos francos anuales, las funciones de diácono; y al autor del *Maudit* pudo decir esta vez sin calumnia: «Un sabio de primer orden, el amigo de Francisco Arago y de Alejandro de Humboldt, cuya nombrada es europea y que dejó desde hace ya muchos años de ser jesuita, está ahora de diácono en una de las parroquias de París.» En 1857 por la invitación de M. Comte, párroco de Saint-Germain des Prés, acepté el ser subdiácono de oficio y administrar los últimos sacramentos, con condiciones un poco mejores. Es la más humilde de las posiciones eclesásticas, pero es honrosa: en primer lugar, porque todo es glorioso en la casa de Dios; y en segundo lugar, porque yo tenía el poder de confesar y predicar, y porque la salud de las almas de la parroquia me estaba en parte confiada durante la noche.

Muchas veces sin embargo oí decir á sabios célebres, que demostraban profesarme más que simple afecto, una amistad sincera, y que conocían á la vez mi posición y el rango inferior que ocupaba entre el clero: «Si V. no fuese un mal sacerdote, la Iglesia de París le diría sin riesgo de ser considerada como una madrastra: «Amigo mío, sube más alto.» Yo me contenté con responder con sincera resignación: «La Iglesia de París no es una madrastra; ella sabe que yo no soy un mal sacerdote, y está en su derecho pensando que hace por mí cuanto puede. Mi

mínimo empleo me da lo necesario y me ocupa poco tiempo, me pone en posesión, en la misma Iglesia, de una especie de ermita, lejos del bullicio de las calles, verdadero santuario de oración y de trabajo; ¡benditas ocupaciones de mi vida!»

Sin duda que como otros tantos eclesiásticos, yo hubiera podido cubrir las apariencias, constituyéndome en sacerdote simplemente establecido en una parroquia ó capilla. Pero, por otra parte yo era pobre, sin otros recursos que mi pluma, y rodeado y arruinado por miserias que aliviar, y por otra parte jamás podía resolverme á permanecer por segunda vez fuera de los cuadros de la jerarquía eclesiástica.

Me felicito más y más cada día, por la enérgica resolución que tomé de permanecer y morir, si era preciso, simple subdiácono de oficio de Saint-Germain-des-Prés: *eleji abjectus esse in domo Dei mei!*

En esta época Monseñor Gossillon, entonces obispo de Vannes, dignóse nombrarme canónigo honorario del cabildo de su catedral.

En estas circunstancias y con estas disposiciones, fué cuando me atreví á emprender la redacción é impresión de los *Esplendores de la fe, ó armonía perfecta de la revelación y de la ciencia*. Declamé tímidamente, aunque con cierta confianza en mí: Las academias reconocen que soy sabio; hablaré, pues, con autoridad; la Iglesia sabe que soy buen sacerdote, sacerdote humilde, si se quiere, como grano de trigo que debía morir antes de ser fecundo, pero sacerdote fiel á mis creencias y deberes; yo hablaré, pues, con convicción, y también con gracia de estado.

Acababa el primer bosquejo de esta obra en octubre de 1868, y bien lejos estaba de prever que la gran empresa que emprendía exigiría siete largos años de continuo y difícil trabajo! Después de haber estudiado toda mi vida y haber aceptado incesantemente los materiales necesarios, creí poder comenzar la redacción; pero muy pronto me persuadí de que tenía que abrir un camino á tra-

vés de un bosque virgen, y que me sería forzoso caminar paso entre paso y á tientas.

No importa; mis *Esplendores* me favorecieron antes de nacer, y yo se lo agradezco.

Al terminar mis estudios habia sufrido el grande exámen de *Enciclopedia Philosophica et Teologica*; y tenia en la Compañía de Jesús el título de doctor en teología; pero no era oficial ó legal. Atrévime á manifestar mi deseo de ver confirmado y consagrado mi doctorado segun los usos y cánones de la Iglesia, á un ilustre y piadoso cardenal, al príncipe Luis Luciano Bonaparte, que me habia demostrado siempre mucha afección.

Apenas habé manifestado modestamente este deseo, cuando ya recibí de la Sagrada Congregacion de Propaganda el siguiente diploma:

«En la audiencia del Santísimo Padre, celebrado el 17 de setiembre de 1821.»

«Considerando que el Reverendo Francisco Moigno, sacerdote de la archidiócesis de París, ha dado á la Santa Sede apostólica claras pruebas de su celo por la religion, de la integridad de sus costumbres y de profundos conocimientos, entregándose á los estudios teológicos, así como por la justificada certificación del reverendo provincial de la Compañía de Jesús en la provincia de Francia, Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX, por conducto de Nos, secretario infrascripto de la sagrada Congregacion de Propaganda, se ha dignado crear y declarar á dicho sacerdote Francisco Moigno, doctor en la Facultad de teología, con todos los honores y derechos pertenecientes á estos. Su Santidad ha querido que el sacerdote, promovido á esta dignidad haga lo más pronto posible la ordinaria profesion de fe católica ante su diocesano, siguiendo la forma prescrita por S. S. el soberano Pontífice Pío IX.

«Dado en Roma, en el palacio de dicha Sagrada Congregacion, el día y año ya citados.»

Mi deseo habia sido escuchado mejor de lo que esperaba; era doctor de Santo Tomás de Aquino, doctor en teología,

dignidad pocas veces concedida. Creía se habia acabado todo, cuando un mes despues, el Soberano Pontífice Pío IX, tan santo y tan grande, tan dulce y tan fuerte, dispuso dirigirme desde el Vaticano, ¡ay! su prision, un breve apostólico que me confundió, y me hizo bendecir más que nunca mi vida de oracion, de humillacion y trabajo.

Á nuestro querido hijo FRANCISCO MOIGNO, sacerdote francés,
PIO IX SOBERANO PONTÍFICE.

«Los Pontífices romanos, nadie como ellos apreciadores y padres alimentadores de la virtud y de la verdadera ciencia, jamás dejaron de dar pruebas de paternal benevolencia á los que al mérito de un saber eminente unian una piedad ejemplar, una fe inquebrantable y una sincera consagracion á la Santa Sede Apostólica. Este bello elogio, queridísimo hijo, se dirige seguramente á vos que, al mismo tiempo que el brillo de vuestra nombrada atrae sobre vos las miradas de todos los sabios, no solamente de Francia, sino tambien de otras naciones, verificais por medio de vuestra religion ó integridad vuestra sumision á la Silla de San Pedro, como era de esperar de un varón eclesiástico y sapientísimo. Por cuanto vos nos dirigisteis el humilde ruego de que os confiriésemos, aunque no hubiésemos seguido en el colegio de Santo Tomás de Aquino de los Padres Predicadores los cursos ordinarios de teología, el título de doctor en esta facultad, Nos que sabemos por buen conducto, que aunque joven todavía, habeis probado en ejercicios públicos vuestro valor en estas mismas ciencias, con el mejor gusto cumplimos vuestro deseo. Siendo así, queridísimo hijo, os absolvimos y os luego porabuelito, á este fin solamente, de todo anatema, suspension, interdicto y demás sentencias eclesiásticas, si es que habeis incurrido en ellas, de cualquier manera y por cualquier causa que hayan sido pronunciadas, creandoos, constituyéndoos y declarandoos por estas Letras, con nuestra autoridad apostólica, doctor en sagrada teología, concediéndou-

doos y permitiéndos que uséis de este título en los diplomas ó en cualesquiera actos. Por lo cual, queridísimo hijo, todos los derechos, privilegios, prerogativas é indultos, con cualquier nombre que se los desigue (cualquiera que sea la autoridad apostólica, imperial ó real que se le haya concedido), que por derecho ó costumbre usan y gozan, pueden y podrán gozar, aquellos que despues de haber probado su erudición en cualquier universidad, han obtenido el grado de doctor; por nuestra autoridad apostólica. Nos os los conferimos, atribuímos y concedemos. Todo esto os lo concedemos y otorgamos, decretando que las presentes Letras apostólicas sean y deban ser tenidas como consistentes, válidas y eficaces, que surtan y obtengan todos sus efectos, completos y enteros, que os aseguren con todas sus circunstancias los títulos, derechos y privilegios ya mencionados, y así sea publicado por todos los jueces ordinarios y delegados del Sagrado Palacio, y de los cardenales de la Santa Iglesia Romana, quitándoos á todos y á cada uno de ellos la facultad de juzgar y definir de otra suerte. *(Siguen las sanciones usadas).*

Dado en Roma en S. Pedro, bñj, el anillo del Pescador, el 2 de octubre de 1871, el veintiseis de nuestro pontificado.

Yo no he retrocedido ante ninguna de las conquistas de la ciencia; al contrario he seguido tras el progreso con todas mis fuerzas. El Soberano Pontífice lo sabe. Y alaba y bendice en mi humilde persona la armonía perfecta de la ciencia y de la fe. Esta armonía será en mí un hecho, como es en él un mismo dogma. Deseo cuanto antes hacer brillar este hecho y este dogma en mis *Esplendores*, para los cuales sirve este Breve de incomparable beneficio.

Pero me falta todavía algo para ser completamente dichoso. Reabilitado, mas allá de mis esperanzas, mesentí vítamamente inclinado á acercarme á la Compañía de Jesús, mi santa y gloriosa Madre; concebí un deseo ardiente de pertenecer á ella lo más que se pueda, sin vivir

en su seno. Dirigí con este objeto una humilde súplica al muy reverendo Padre General, por intermediación del Reverendo Padre Rubillon, Asistente de Francia, mi antiguo discípulo y amigo. La respuesta no se hizo esperar mucho tiempo, y me considero feliz consiguiéndola aquí; está escrita en Roma el 25 de agosto de 1872. «Me sirve de gran consuelo veros solicitar de nuevo y con más instancia que nunca el ser admitido en la Compañía de Jesús, y en ocasión de estar ésta padeciendo una violenta y universal persecución; ahora que la augusta aprobación de Pío IX acaba de consagrar los felices éxitos de vuestros trabajos y dar un nuevo impulso á estos en bien de la Iglesia, he hecho yo valer estos títulos ante nuestro Reverendo Padre General; éste los ha tenido en cuenta; y os concede con mucho gusto lo que le habeis pedido: 1.º unión de oraciones y méritos con la Compañía, y 2.º la autorización de terminar vuestra vida en una de nuestras casas, con el consentimiento de los superiores locales.» El muy Reverendo Padre Bechs quiso también añadir de su propia mano: «Concedo con todo mi corazón las dos peticiones mencionadas,» y su firma.

Habia llegado al colmo de mis deseos, y el instante mis ojos y mi corazón se dirigieron al piadoso y científico asilo de Fourvières de los Padres de la Compañía redactan los *Estudios Religiosos*; tenía yo alguna vanidad en presentarme con armas y bagajes; los *Mundos* habrían tal vez completado los *Estudios*. Por consiguiente escribí á uno de mis hermanos; he aquí su respuesta á la cual me conformé: «Con verdadera alegría religiosa he sabido lo que me anunciáis respecto á las disposiciones tomadas por el muy Reverendo Padre General en lo que os concierne; y todos aquellos de mis hermanos á quienes he hablado de ello han experimentado un vivo y dulce consuelo en el Señor. ¡Oh! si seguramente, Dios os ha confiado una misión grande y gloriosa, y á pesar del deseo que tenemos de veros un día unido á nosotros, con lazos más estrechos que los del corazón, pensamos que es útil, ó mejor aún

necesario, el que sigáis guardando lo más posible el puesto de honor en que la Providencia os ha colocado, para no perder de vista y quitar la careta à la falsa ciencia, y sostener ante el mundo entero la gloria de la ciencia cristiana y del sacerdocio católico.» 15 de abril de 1873.

Algunos meses despues, un decreto del Mariscal Presidente de la República, refrendado por M. Barbé Ministro de Cultos, con fecha del 15 de setiembre de 1873, me nombró Canónigo del insigne Cabildo de San Dionisio.

A esta dignidad Monseñor el Obispo de Vannes tuvo à bien añadir la de Canónigo honorario de su Catedral con honores de Obispo.

En San Dionisio fué donde tres años despues, en un pacífico retiro, de cuyas ventanas velase la antigua y espléndida Basílica, continé mis *Esplendores de la Fe*.

Tambien en San Dionisio fué donde sufrí una nueva prueba, de la que voy à dar cuenta en pocas palabras. Un decreto de la Congregacion del Índice, con fecha del 7 de setiembre de 1875, condena una de mis *Actualidades científicas; LA FE Y LA CIENCIA, explosión del libre pensamiento, en Setiembre de 1874; Discursos* de MM. Tyndall, Bois-Raimond, Ricardo Owen, Huxley, Hooker y sir John Lubbock, anotados por el abate F. Moigno, Canónigo de San Dionisio y director de los *Mundos*.

El decreto aplica à mi obra la segunda regla del Índice del Concilio de Trento: «Los libros de autores herejes que tratan ex-profeso de la religion están absolutamente condenados.»

El edicto exceptúa mis prefacios y notas, es decir, todo lo mio, del opúsculo, el cual tenia por objeto refutar brevemente todos los errores que la ciencia moderna opone à la Religion.

La condenacion nada encierra que atañe à mi personalmente; en realidad sólo se refiere à los discursos que reproduce para mejor combatirlos.

Pero tambien no es menos verdad que mi libro está

contenido en el Índice, y que yo tengo la culpa de que se haya publicado.

Lo reconozco y no trataré de disculparme.

Nadie lo sabe mejor que yo, es incomparablemente más contagioso el error, que persuasiva la verdad. Mis notas, por claras, precisas y convincentes que sean, pueden no neutralizar completamente el veneno de los espíritus tenebrosos del libre pensamiento, y por lo tanto hubiera debido dejar de publicar íntegramente los enganosos discursos de los sabios sublevados contra la fe.

Apresúrome à declarar de antemano: si la condenacion del Índice se hubiese dirigido ó se dirigiese à mis *Esplendores de la Fe*, la grande obra que coronará mi larga vida de estudio y oracion, rudo trabajo de siete años de redaccion, cuya impresion tanto me ha costado; ahora mismo ni un instante vacilaria en someterme y sacrificarme, no sin vivo dolor, mas sin otra pena que la de no haber sabido preservarme del error... La autoridad legitima,—la autoridad espiritual sobre todo—no se discute; se acepta, se inclina ante ella; luego se dirigen los ojos al cielo, y se le adora.

Esta larguísima relacion, no lo disimulo, escandalizará à algunos espíritus austeros, y aun parecerá tal vez inconveniente ó al menos inoportuna.

Pero yo no me creo autorizado por mi conciencia para suprimirlo; porque me ha parecido muy natural para granjear alguna simpatía à mi libro, dándole más importancia y oportunidad.

Me resigno à ser acusado de vanidad, la mas necia de las debilidades humanas; y bendeciré esta humillacion, si mi autobiografía contribuye à darme entrada en una alma para llevarla otra vez à la Fe.

F. MOIGNO.

San Dionisio 24 de mayo de 1876, el dia de la fiesta de N. S. del Auxilio de los Cristianos.

EL FUNDADOR DE LOS MUNDOS Y DE LA ESCUELA DEL PROGRESO.

En el momento más solemne y crítico de mi tan probada existencia, cuando sufría los dolores de la creación de mi *Escuela del Progreso*, tuve la dicha de inspirar, sin tener conocimiento de ello, un vivo interés á un hábil escritor, á M. Victor Fournel, quien con el sendónimo de «Bernadille», redactaba la brillante crónica de *Le Français*. Sorprendíme muchísimo al ver que en el número del 6 de diciembre de 1872 se había dignado hacer de mi humilde individualidad un atractivo estudio, del cual me felicito con todo mi corazón. He aquí cuál fué el sentimiento que se apoderó de mí al día después de leerlo. Posible es que la creación de la «Escuela del Progreso» exceda á mis medios, y que me vea obligado á cerrarla, fúerla no vengan días mejores. ¿Por qué no ha de tener M. Y. Fournel la providencial misión de realzar la víctima, para que ésta caiga al menos con honor bajo el inmenso peso de su trabajo, y la de granjearle simpatías que contribuyan á levantarla cuando sene la hora?

«Si alguna vez pasáis, entre ocho y nueve de la noche, por los alrededores del arrabal de San Honorato, os invito á que os lleguéis hasta el número 30 y á que preguntéis por la Escuela del Progreso. Sin estorbo alguno llegaréis hasta allí: la cosa vale la pena de que se examine. La Escuela del Progreso la abrió no há muchas semanas el abate Moigno, aquel que, según manifestó últimamente el químico M. Dumas, en una de las sesiones de la Academia, vá hace ya más de medio siglo á la cabeza del movimiento científico de Francia.

«Es una empresa grandiosa que necesita de la cooperación del público. El abate Moigno, ayudado de los colabo-

radores que le rodean, toma á su cargo el hacer cotidianamente cursos de ciencia ilustrada, que comprenderán todas las ramas del saber humano: química, física, historia universal y natural, geografía y aun no sé qué más... acompañadas de todas las demostraciones y experiencias que pueden contribuir á la claridad ó interés de las lecciones, alternadas además éstas por la música, destinada también á suavizar el trabajo á aquellos que sólo consienten en instruirse con la condición de poderse divertir.

«Tal es el rudo trabajo que el abate Moigno, á la edad de sesenta y nueve años, acaba de cargar sobre sus espaldas con la actividad y fe que le caracterizan.

«En América ó Inglaterra seguro sería que una tentativa de este género tendría un éxito feliz; en Francia, sólo por medio de una indomable perseverancia, puede esperarse el vencer la rutinaria apatía del público.

«Yo por mi parte digo que admiro con toda sinceridad á los que, en la edad del reposo, se embarcan tranquilamente en parecida empresa, y que quisiera ser poeta para renovar en su honor la oda de Horacio al bajel de Virgilio partiendo para Grecia.

«Lo más curioso de la Escuela del Progreso no son los cursos, sino su fundador. Todas las tardes veis sobre el estrado, aun cuando no enseñe, á un anciano con anteojos, algo encorvado, de dulce semblante, coronada su cabeza con abundantes y blancos cabellos y con voz tan dulce como su semblante. Este sacerdote de tan sencilla y modesta apariencia es el abate Moigno, el amigo de Arago, de Cauchy, de Ampère, de Thenard, el antiguo colaborador científico de la *Época*, del *Pate*, de la *Prensa*, el fundador del *Cosmos* y de los *Mundos*, el hombre que ha escrito en su género, y casi siempre sin auxiliar, tantos ó más volúmenes, que Alejandro Dumas en el suyo; en una palabra, el más infatigable vulgarizador de la ciencia que nuestra época ha producido.

«M. de Montalembert mostraba un día á una señora un grupo de personas que conversaban.

«Mire V. bien, señora, porque le conocerá al momento; es aquel que no está condecorado.

«El abate Moigno tiene una señal distintiva, pero menos visible, en su desnudo botou; no es miembro de la Academia de Ciencias.

«Seguidle al salir del patio en que acaba de hacer grandes experimentos de electricidad, con la máquina de Holtz, modelo Ruhmkorff, y de *depositar* el nuevo pararrayos de Zener. Veráisle metido entre el lodo, resguardada de la lluvia su cabeza con el paraguas que bien podría ser de vello, esperar con paciencia el omnibus, sentarse entre un tenedor de fibros y una revedadora de mantecca, y rezar en voz baja el rosario; porque en esta elevada inteligencia, á la fe del carbonero y á una profunda sabiduría, se ha unido el ser más humilde que todos los sacerdotes.

«Bajemos del omnibus y deslicémonos hasta la puerta de su casa. Fácil será que le tengamos que seguir más lejos. El abate Moigno no semejese mucho á aquel abate de Molière cuya historia nos ha contado Chamfort. Nada hay cerrado en su casa; los ladrones pueden con facilidad registrar y andar en las gavetas; si lo han de menester, aun el propietario los dará las llaves, si por casualidad las tiene. Pide únicamente que no le revuelvan los papeles.

«El abate Moigno habita una casita edificada junto á la Iglesia de Saint-Germain-des-Prés. Pertenece á la parroquia en la que desempeña las funciones de subdiácono de oficio, lo que le reporta según creo, 125 francos mensuales. Es un progreso, y está bien lejos de quejarse. «Habeis leído el *Mandé*, obra que tenía la culpa de ser limpia y la desgracia de ser bestial? No es verdad que no? Yo la he leído, porque es preciso que lo lea todo, lo cual ha hecho que no siempre sienta gran pasión por el arte de Guttemberg. He visto en ella un capítulo titulado el *Diácono de oficio*, en el cual se trata de un sabio de primer orden que gana 33 francos 33 céntimos mensuales, por hacer las funciones de diácono en el oficio, en una de las principa-

les iglesias de París. Tal era en efecto en otro tiempo la posición del abate Moigno, y de él es de quien se trata en estas páginas del *Mandé*. Ignoro por qué conducto el autor habrá sabido estas noticias, que pudo completar, añadiendo que jamás ni una queja se habia escapado de la boca ó del corazón del abate Moigno. Encuétrase bien así y cumple sus funciones, así como todos sus deberes sacerdotales, con la exactitud de un joven vicario. Tiene tiempo para todo, para rezar regularmente su breviario, redactando al propio tiempo los *Mundos*, escribiendo sus *Lecciones de Mecánica analítica*, preparando sus cursos, sin que jamás se le haya ocurrido que sus trascendentales trabajos le autoricen á que pida ninguna dispensa.

Sobre la puerta de su casa se lee: «Campanilla de los Sacramentos.» En efecto es la del abate Moigno, que se ha encargado tambien de responder por la noche al llamamiento de los moribundos. Alguna vez, este anciano, este hombre que ha profundizado los misterios de la ciencia, se levanta para ir á llevar, por entre la nieve y la tramontana, el viático á alguna pobre mujer, á quien consuela, así como ilumina dos ó tres horas antes á las más privilegiadas inteligencias. Y la pobre mujer ni siquiera sospecha que este sacerdote de tan dulce voz, que ha hecho venir á la cabecera de su lecho, y que más de cien veces ha visto, revestido con la dalmática en el oficio de las diez, es el amigo de Ampère y Arago.

«Felizmente, el abate Moigno tiene el sueño dulce y la calma de un niño. Acuéstase á las diez ó á las once, y aun cuando haya sido despertado al minuto de hacerlo, se levanta invariablemente á las seis. De las seis á las doce, sus obligaciones y la misa le obligan á ayunar. Es una cuaresma perpétua su vida. Pero gasta poco. Este ancoreta de la ciencia tiene la sobriedad de los Padres del desierto, y yo no envidio á M. Monselet el haber sido invitado por el abate Moigno á comer á casa de éste. El viviria de cortezas de pan y de agua clara sin advertirlo; creo que llegará un día en que se ali-

mente exclusivamente de raíces cuadradas y cúbicas...

«Volvamos a su casta.

«Éntrese por un corredor oscuro. En el fondo un jardín-cito, lleno de pollitos, palomos, conejos y patos. Después de vagar algún tiempo por la casa sin saber dónde ir, y de haberos cansado de llamar sin obtener contestación, acábaréis por dirigiros directamente a una puerta colocada al fin de una estrecha, gustada y negruzca escalera. Lo primero os veréis frente por frente de una cocina de la cual os saldrá al paso la buena y echacosa vieja, que hace ya cuarenta y cinco años considera la casa del abate Moigno como la suya propia. Subid más arriba todavía y no equivocareis la puerta; a la derecha hállase un miserable *adjuvant*, ó la izquierda el escritorio del abate; en el umbral de la puerta hay un cartel impreso que indica las horas y los días en que debe irse a ver al abate Moigno, fuera de los cuales está terminantemente prohibido el hacerlo, pero nadie hace caso de él ni aun el mismo abate.

«Llamais, entrais; ¡madre! Después de algunos minutos de espera y de dirigir algunas miradas a la biblioteca, que un aficionado podría saquear a su gusto sin que nadie se opusiese, bajáis a advertir a la buena vieja, que os contesta sencillamente: «Tal vez estará en la Academia.» Sin embargo comienza a buscarlo, y después de diez minutos de pesquisas, generalmente consiguiese encontrar al abate Moigno, que jamás sale sino para ir a sus conferencias, y que no pone los piés en el mundo, sino alguna que otra vez, y que ó baja al jardín ó sube por una escalera hecha en el fondo de su escritorio a acostarse en su aposento—el famoso aposento hecho pedruzos por un obis prusiano, el 20 de enero, en el momento en que el abate Moigno con una bujía en la mano pisaba los umbrales, y en tanto que la ciudad de Paris tenía escrupulosamente escondido su ajuar, comprado más tarde por 35 francos en una feria del barrio.

«Puede uno estar seguro de ser recibido con no desmentida benevolencia, en el gabinete de trabajo en el que el

mundo entero inclinase cada día. El abate Moigno recibe todas las publicaciones científicas que ven la luz desde Francia a la Australia; está en correspondencia con todos los sabios del universo. Si su rica biblioteca está bien ordenada, en cambio su escritorio es un abismo inundado sin cesar por oleadas de nuevos papeles. Al sentaros estad atentos, no sea que aplasteis un rollo. Felizmente para no confundirse en este caos, viene en auxilio del abate Moigno su prodigiosa memoria, ayudada del más ingenioso sistema mnemotécnico. Habla doce lenguas y nada ha olvidado de lo que aprendió. Así es que todo lo aprende.

Probad sin temor el preguntarle los nombres de ciento veinte y un papas, y os responderá: «London.» El obis prusiano le pulverizó quinientos volúmenes, pero él los tenía todos en la memoria. Róbensele los otros y se consolará de ello, como de tantas otras cosas se ha consolado, leyéndolas en su memoria. Al modo de obrar de Blas, el abate Moigno lo lleva todo encima,—no solamente su guardaropa y toda su fortuna, sino también su biblioteca.

BERNADILLE.

(Le François, viernes 6 de diciembre de 1872.)

LA OBRA.

No voy á sostener una polémica como los escritores católicos del siglo xvm. Tengo poca confianza en la lucha de los espíritus, y además vivimos en un siglo en que causa horror el silogismo, indispensable elemento de toda discusión. Esbozo en la íntima persuasión, y consagraré á esta tesis uno de los capítulos de esta obra, que la argumentación y la controversia rara vez han iluminado un espíritu ó convertido un corazón: y que, en la discusión, el defensor del derecho y de la verdad, fácilmente llega á hacer tantas concesiones, que la razón pasa al lado de su adversario.

No voy tampoco, como Chateaubriand, mi ilustre compatriota, cuya misión sin ninguna duda providencial admito, á hablar á la imaginación y al corazón por medio de una serie de encantadores cuadros y poéticas escenas. Terminada la gran Revolución, las almas estaban violentamente excitadas por crueles y lúgubres espectáculos; las bellezas y armonías de la religión, por un feliz contraste, era natural las impresionasen profundamente, y los reconciliasen, sin que tratasen de rechazarlas, con los sentimientos que parecían desterrados de los corazones para siempre.

Hoy día, las condiciones de lógica y estudio necesarios para una profunda discusión no existen, y las imaginaciones, en el dominio de las cosas espirituales, están enteramente gastadas, no existiendo nada que pueda llamar su atención y conmovérlas.

Pero felizmente hay una facultad, que no está del todo completamente gastada, y esto es la facultad de comprender, la inteligencia, y hasta cierta punto el espíritu. Tenemos todavía en Francia y en todo el mundo mucha inteligencia, ó inteligencia muy despejada, muy ejercitada.

Pues, sin discusión ni poesía, voy á hablar al espíritu, voy á hacer brillar ante él la luz y la verdad de la fe. Mi libro no será otra cosa que la expresión animada de la ley inmaculada de Dios que convierte las almas, el testimonio fiel del Señor que da la sabiduría á los pequeños. *Lex Domini immaculata, convertens animas; testimonium Domini fidele, sapientiam prestans parvulis.* (Ps. XVIII). Tengo la convicción íntima y espero inspirarla á las inteligencias que me leerán, á despecho de los esfuerzos de la voluntad extraviada, siempre dispuesta ¡ay! á impedir la entrada en ellas á la más viva y pura de las luces) que la divinidad de la fe católica, apostólica, romana, es una verdad clara como el día, creíble más allá de lo que se puede decir, en perfecta conformidad con la ciencia en los puntos de contacto que tienen la una con la otra.

Si, de la más profundo de mi alma, iluminada por la ciencia y santificada por la fe, se escapa este grito de agradecimiento: *¡Yo os rindo este testimonio, oh Padre mío! Señor del cielo y de la tierra, vuestra revelacion permanece ¡ay! oculta á los eruditos y sabios, en tanto que es perfectamente accesible á los pequeños y humildes.*

Si mi plan no es enteramente nuevo, si ha sido por otra parte bosquejado en algunos de sus detalles, es nuevo al menos en su conjunto.

Muy mucho me maravilla el alcance de una sentencia de san Gregorio I, que muy á menudo recuerda el brevulario romano al sacerdote. El gran doctor explica por qué siendo tan ordinarios, y aun tan comunes los milagros, en los primeros años del cristianismo, son hoy día relativamente raros.

«El milagro, decía, es el agua necesaria para hacer nacer y crecer el árbol del cielo, que dará asilo bajo sus ramas á todos los hijos de Dios. Cuando plantamos un árbol cuidamos de regarlo á menudo; pero cuando ha echado en la tierra profundas raíces y vive de la frescura que aspira, cesamos de prodigarle el agua, que muchas veces llegaría á ser inútil. Los milagros son indispensables

«al principio, cuando la mayoría es todavía infiel, y se multiplican entonces por do van los apóstoles del Evangelio; pero son supérfluos cuando la mayoría ha llegado á ser creyente y fiel: *Miracula infidelibus, non fidelibus.*»

El establecimiento del Cristianismo, el hecho de haber vencido, conquistado y renovado el mundo, es el más brillante, el más indiscutible de los milagros. El solo hace palidecer á todos los hechos maravillosos é individuales sobre los cuales pueda uno discutir hasta perderse de vista. Esto que nosotros hubiéramos querido llamar las *Evidencias de la Fe*, si la expresión fuera permitida, esto que llamaremos los *Espendoros de la Fe*, son las brillantes luces de un cierto número de hechos considerables, anunciados claramente con anticipación, realizados de la manera más maravillosa, contra toda ley humana, fuera de todas las condiciones naturales. Estos oráculos, que han llegado á ser realidades inmensas y palpables, son muchas veces resplandecientes faros en los cuales la luz, en el orden moral é intelectual, excede infinitamente á la luz eléctrica, la más brillante de los lucos de la ciencia moderna. Gracias á ellos, nos vemos completamente autorizados para decir de nuestra fe, que, semejante al sol, se ha levantado como un gigante para recorrer su vasta carrera, que ha superado los esplendores del mediodía, y que sólo una voluntad rebelde puede librarse del brillo y ardor de sus rayos.

Enumeraré más adelante estas *pequeñas* palabras que han llegado á ser realidades *grandiosas*. Su alcance divino de ninguna manera exige que se pruebe la autenticidad de los Evangelios, ó sea de las obras originales de los escritores apostólicos que llevan este nombre. Basta y aun sobra, lo que conceden sin dificultad alguna los más encarnizados enemigos del Cristianismo, lo que la crítica moderna jamás ha negado, y es que los textos á que yo aludo hayan sido escritos y conocidos en el primer siglo de la era cristiana; entonces que nada podía hacer preveer el cumplimiento de estos tan admirables oráculos.

TOMO PRIMERO.

LA FE.

Capítulo primero.—Exposición de la Fe.—Antes que todo importa definir la fe que se quiere hacer resplandecer, su símbolo, sus dogmas ó misterios, sus preceptos ó moral, sus oraciones ó liturgia. Estos misterios que tan abstrusos son para la razón, han sido creídos y lo son todavía por un gran número de grandes géneos. Estos preceptos tan rigurosos han sido aceptados, observados y practicados por innumerable multitud de las almas generosas. Estas tan sencillas oraciones son repetidas hace más de diez y ocho siglos por los más elocuentes, puros y dulces labios de la humanidad!

Capítulo segundo.—Necesidad absoluta de la Fe.—Esta necesidad la confirma la razón, y la expresa el divino Salvador de los hombres en términos que imponen á todas las almas rectas, á todos los espíritus sinceros: «El que no dá crédito al Hijo no verá la vida; sino que la ira de Dios está sobre él.» Así como es necesaria la fe á los individuos, no lo es menos á las naciones. Donde Jesucristo no ha reinado ó no reina, los delitos abundan y con ellos la muerte. Donde Jesucristo reina, la gracia es superabundante, y por ella la justicia y la vida en este mundo y en la eternidad.

Capítulo tercero.—La Fe es rara, rarísima.—Nos acercamos, al desgraciado tiempo del cual ha dicho el divino Maestro: *«Cuando venga el Hijo de Dios, creéis que encontrará fe en la tierra? á estos tiempos de los cuales decía el*

«al principio, cuando la mayoría es todavía infiel, y se «multiplican entonces por do van los apóstoles del Evan- «gelio; pero son supérfluos cuando la mayoría ha llegado á «ser creyente y fiel: *Miracula infidelibus, non fidelibus.*»

El establecimiento del Cristianismo, el hecho de haber vencido, conquistado y renovado el mundo, es el más brillante, el más indiscutible de los milagros. El solo hace palidecer á todos los hechos maravillosos é individuales sobre los cuales pueda uno discutir hasta perderse de vista. Esto que nosotros hubiéramos querido llamar las *Evidencias de la Fe*, si la expresión fuera permitida, esto que llamaremos los *Espendoros de la Fe*, son las brillantes luces de un cierto número de hechos considerables, anunciados claramente con anticipación, realizados de la manera más maravillosa, contra toda ley humana, fuera de todas las condiciones naturales. Estos oráculos, que han llegado á ser realidades inmensas y palpables, son muchas veces resplandecientes faros en los cuales la luz, en el orden moral é intelectual, excede infinitamente á la luz eléctrica, la más brillante de los lucos de la ciencia moderna. Gracias á ellos, nos vemos completamente autorizados para decir de nuestra fe, que, semejante al sol, se ha levantado como un gigante para recorrer su vasta carrera, que ha superado los esplendores del mediodía, y que sólo una voluntad rebelde puede librarse del brillo y ardor de sus rayos.

Enumeraré más adelante estas *pequeñas* palabras que han llegado á ser realidades *grandiosas*. Su alcance divino de ninguna manera exige que se pruebe la autenticidad de los Evangelios, ó sea de las obras originales de los escritores apostólicos que llevan este nombre. Basta y aun sobra, lo que conceden sin dificultad alguna los más encarnizados enemigos del Cristianismo, lo que la crítica moderna jamás ha negado, y es que los textos á que yo aludo hayan sido escritos y conocidos en el primer siglo de la era cristiana; entonces que nada podía hacer preveer el cumplimiento de estos tan admirables oráculos.

TOMO PRIMERO.

LA FE.

Capítulo primero.—Exposición de la Fe.—Antes que todo importa definir la fe que se quiere hacer resplandecer, su símbolo, sus dogmas ó misterios, sus preceptos ó moral, sus oraciones ó liturgia. Estos misterios que tan abstrusos son para la razón, han sido creídos y lo son todavía por un gran número de grandes géneos. Estos preceptos tan rigurosos han sido aceptados, observados y practicados por innumerable multitud de las almas generosas. Estas tan sencillas oraciones son repetidas hace más de diez y ocho siglos por los más elocuentes, puros y dulces labios de la humanidad!

Capítulo segundo.—Necesidad absoluta de la Fe.—Esta necesidad la confirma la razón, y la expresa el divino Salvador de los hombres en términos que imponen á todas las almas rectas, á todos los espíritus sinceros: «El que no dá crédito al Hijo no verá la vida; sino que la ira de Dios está sobre él.» Así como es necesaria la fe á los individuos, no lo es menos á las naciones. Donde Jesucristo no ha reinado ó no reina, los delitos abundan y con ellos la muerte. Donde Jesucristo reina, la gracia es superabundante, y por ella la justicia y la vida en este mundo y en la eternidad.

Capítulo tercero.—La Fe es rara, rarísima.—Nos acercamos, al desgraciado tiempo del cual ha dicho el divino Maestro: *«Cuando venga el Hijo de Dios, creéis que encontrará fe en la tierra? á estos tiempos de los cuales decía el*

apóstol san Pablo: *Los hombres no soportarán la sana doctrina, sino que impulsados de deseos insensatos y de una cohección extremada en los oídos, se rodearán de maestros que les agraden, quitarán de la verdad y se volverán á las fábulas.* La Fe es rara, pero esta misma rareza es un argumento más en favor de su divinidad. La Fe es rara, pero es falso que sea algunas veces imposible, y que tenga las mismas propiedades ante la ciencia, que un ave nocturna ante la luz. La Fe es rara, pero en la Iglesia católica consérvase todavía sana y viva, en condiciones que caracterizan la verdadera Iglesia de Jesucristo; el número de los que en su seno crean con una fe sincera y práctica es relativamente grandísimo, lo cual constituye un verdadero esplendor.

Capítulo cuarto.—Causas de la pérdida de la Fe. El espíritu pagano.—La primera causa de la pérdida de la Fe en la terrible proporción que hemos hecho constar y que deploramos amargamente, es la invasión de las ideas paganas. El espíritu pagano ha vuelto á imperar desde el siglo xv, en la época del Renacimiento, y continúa sus estragos por medio de la enseñanza literaria á la cual no cesa de inspirar y dominar. La religión cristiana venció al paganismo, á la fuerza bruta, al sofisma y á la herejía. Faltaba todavía desarraigár cierto fondo de salvajez y rudeza; pero ya la sociedad era cristiana en su lenguaje, en sus instituciones, en sus leyes, en sus artes. No faltaba más que sondear los misterios del mundo material y animado; veíase ya aparecer en el horizonte á los fundadores de la física, química, astronomía y fisiología modernas. Arrojadlos de Constantinopla á la mitad del siglo xv, los letrados griegos vinieron en gran número á Italia, trayendo de allá las obras de filosofía, elocuencia, poesía y arte del mundo griego y romano. Fué esto la señal de un fatal retroceso al paganismo, el movimiento pagano fué en tonces inmenso y lo invadieron todos: la filosofía, la literatura, la poesía, las artes...

Y como la enseñanza es la que forma las generaciones, resulta que, volviendo á ser la enseñanza completamente pagana, los autores clásicos de Roma y Atenas lo invaden todo, y serán de aquí en adelante los maestros de la juventud católica. Los siete ó ocho años más bellos de la infancia y juventud serán consagrados al exclusivo estudio de los autores paganos. Hé aquí porque el modelo cristiano fué destruido y reemplazado por el modelo pagano.

Demuestro hasta la evidencia por el raciocinio, por la historia y la autoridad, que tan pronto como el espíritu cristiano cedió su lugar al espíritu pagano, en la vida general y sobre todo en la enseñanza de la juventud, la sociedad precipitose rápidamente hacia el abismo, pasando de golpe del Renacimiento al Protestantismo, del Protestantismo al Volterrianismo, del Volterrianismo á la Revolución; luego, por los mismos caminos y bajo la influencia de las mismas causas, á la indiferencia absoluta en materias de religión, á la incredulidad sistemática, al naturalismo, al materialismo, al solidarismo y más aun todavía á la degradación y deformación de los caracteres, á la negación casi universal de las virtudes, que hacen del hombre un ciudadano, y sobre todo un cristiano.

Capítulo quinto.—Segunda causa general de la pérdida de la Fe: el espíritu revolucionario.—Consecuencia fatal y necesaria del espíritu pagano, de la Reforma, de la filosofía del siglo xix, fué la explosión del espíritu revolucionario en 1789 y en 1791, por la declaración de los derechos del hombre y la constitución civil del clero. Ella justificaba en el seno de las sociedades modernas y excitaba una sed insaciable de todas las libertades: libertad de pensamiento, libertad de examen, libertad de cultos, libertad de imprenta, libertad de asociación, etc., que han tenido ó tuvieron por consecuencia la ley atea, la separación de la Iglesia y del Estado, la supresión del presupuesto de cultos, etc., etc. Estos arrebatos ó extravíos, que suponen ya una debilidad general de la fe, tienen

por corolario necesario la casi completa emancipación de la mayoría de los inteligencias y voluntades, haciéndolas insusceptibles á toda autoridad civil y religiosa, haciendo predominar el progreso material, acarreado un exceso de civilización que tiene por término fatal la barbarie y la muerte. En la práctica ¡ay! la libertad absoluta del bien y del mal no es más que la emancipación del mal y la proscripción del bien. Aunque los gobiernos cedan al torrente que les arrastra, aunque den vuelo á los pretendidos derechos del hombre, la Iglesia no se armará con la espada, ni aun con la espada espiritual. Si la libertad se extiende hasta ella, permanecerá y se hará lugar por pequeño que sea, feliz en consagrarse todavía á la gloria de Dios, á la salud de las almas y aun al bien del mismo gobierno. Aceptará los hechos consumados, pero permanecerá inflexible en cuanto á los principios; dará de tiempo en tiempo algún grito de alarma, formulará periódicamente en el *Syllabus* los errores que se vea forzada á condenar, recordará los derechos de la verdad eterna, señalará los escollos ocultos, ó por último mostrará á las generaciones, harto imprudentes para sacudir su dominio, el abismo abierto á sus pies. Puede obrar de otra suerte? No se negaría á sí misma, si no protestase contra las usurpaciones que se verifican nada menos que con el intento de que no cumpla su misión divina, que es el conservar la fe y procurar la salud de las almas? Bajo este punto de vista, demostramos sin trabajo que la cólera que provocó el *Syllabus* de Pio IX fué felicitá é insensata.

Capítulo sexto.—Tercera causa general de la pérdida de la Fe y la más eficaz de todas: la costumbre de pecar á sangre fría.—La gran llaga del mundo moderno. Llamo *pecar á sangre fría* y llamaré pecado voluntario contra el Espíritu Santo á la transgresión, sin ser arrastrado por las pasiones, de las leyes de la religión, de la razón y aun de la naturaleza. Por ejemplo: el trabajar los domingos, lo

cuál hace atea á las naciones; el descanso del lunes, que causa la desgracia y la ruina de las familias; el olvido de los preceptos de la abstinencia y de los ayunos, tan higiénicos sin embargo y de tan buena economía política; el abandono de las prácticas religiosas exteriores, de la oración y de los sacramentos, deberes indispensables á la vida del alma; la alteración de pesas y medidas; la sofisticación de todas las sustancias alimenticias y medicinales, crimen odioso de lesa humanidad que clama venganza; á los beneficios ilícitos sacados por los domésticos del dinero de compra y venta á costa de sus amos, refinada infidelidad que ahoga en el alma de los sirvientes todo sentimiento de honradez; en fin y sobre todo al crimen que san Pablo prohíbe pronunciar, lucha abominable del cálculo ateo contra la naturaleza, la razón y la pasión, homicida ateuado contra la humanidad y la patria, origen desastroso de multitud de males, cáncer que roe el corazón de la Francia, preparando activamente su decadencia. Este capítulo de mi obra excitará la ira ó causará escándalo; pero era preciso coger al toro por las astas para rendirlo. Ó cesará de reinar como soberano el pecado á sangre fría, ó se acabó con la religión y el progreso verdaderamente tal.

Capítulo séptimo.—La Fe subjetiva, la adhesión de la inteligencia á las verdades reveladas, es eminentemente razonable.—La Fe es eminentemente razonable, porque es, según la definición del gran Apostol, el complemento divino del alma humana. Bendito telescopio de su inteligencia, que le revela las verdades que tanto interés tiene en conocer, y que no puede descubrir por sus propias luces. Dios, nosotros mismos, nuestro origen, nuestro último fin, nuestros destinos futuros, nuestros deberes y el camino que nos conducirá á la dicha y á la dicha eterna. Telescopio no menos bendito de su corazón, al cual inicia en los bienes que puede y debe esperar, ántes que podrán satisfacer su insaciable sed de felicidad. Además, la fe no tan sólo muestra la verdad y el bien juntamente con el

camino que á ellos conduce, sino que es el origen necesario de la felicidad, porque ella únicamente nos resguarda del suicidio bajo todas sus formas, que es la grande ocupacion del hombre, sobre todo del hombre civilizado; destruye en nosotros lo que se opone á la dicha, nos hace probar los consueños y las alegrías que forman la verdadera felicidad; y sólo ella, por último, nos mantiene en completa y entera posesion de esta. La fe, en una palabra, eleva, engrandece, sublima al hombre y le hace dichoso; la ciencia inculcaba la abate, le empaquece, le degrada; comienza á fabricar su desgracia en la tierra y la consuma en la eternidad.

Completé el primer tomo de mis *Esplendores* con dos apéndices.

El primero, *Apéndice A*, tiene por título: *Los Clásicos paganos y los Autores cristianos*. Yo comuniqué á uno de mis antiguos hermanos las páginas de mi capítulo sobre el espíritu pagano, en las cuales me hago eco de las convicciones de Monseñor Gaume sobre los peligros considerables que ofrece la grandísima, ó mejor dicho, la exclusiva parte que tienen en la enseñanza literaria los autores paganos. (Mi confidencia atormentóles vivamente! Me obligaron con instáncia á endulzar al menos la demasiado ardiente expresion de mis nuevas convicciones; me inspiraron temores sobre la mala acogida que estas convicciones preparaban á mi obra ante un público numeroso; obligáronme, en fin, á volver á leer importantes documentos. Obedeci á todo y consigné en el *Apéndice A* el resultado de mis últimos estudios. Éstos no me autorizan á modificar mis conclusiones; al contrario, las fortalecen y tendrán por resultado hacer partidarios de la reforma de Monseñor Gaume á muchos de los que todavía le hacen una oposicion formidable. Parece imposible en efecto que no se sujeten á una doctrina que es hoy día la del Soberano Pontífice y la de la mayoría de los Obispos, y la que en sus nuevas sesiones consagrará sin duda el

Concilio del Vaticano. El más elocuente defensor de los *Estudios clásicos del Renacimiento*, ha llegado á decir: «¿Os parece que las modificaciones operadas por el Renacimiento en los programas de los estudios de la Edad media son capaces de trastornar las creencias? ¡La impiedad moderna habia salido de allí! ¡Y el comunismo y el socialismo tambien! ¡Acaso es una conviccion muy profunda? Por nuestra parte, á duras penas lo creemos. ¿Crémoslo por la fe del fabulista que una montaña diése á luz un raton, pero jamás imaginamos que se pudiesen trocar los papales! A esto contesto: el espíritu pagano del Renacimiento no fué un raton, sino un gérmen deletéreo capaz de emponzoñar el mundo. Las divinas Escrituras no contienen la fábula del raton al cual parió una montaña, sino que léese en ellas que una infima partícula de trigo rompe una enorme masa de harina, y nos enseñan que bastó esta minúscula inspiracion, raton diabólico tambien. «No moriréis, sino que abriránse vuestros ojos, y seréis semejantes á Dios, conociendo el bien y el mal para perder al mundo entero.

El *Apéndice B* está consagrado á la reproduccion de las principales decisiones dogmáticas emanadas de la Santa Sede, desde la Revolucion, en forma de breves, encíclicas, constituciones apostólicas, decretos de concilios ó de congregaciones romanas. Esta preciosa coleccion, que en otra parte no se encontrará tan fácilmente, merece ser el punto de partida de un examen tan sério como saludable. El número de errores filosóficos y teológicos ha llegado á ser tan considerable, que nadie puede gloriarse de haberse librado de ellos. Estas afirmaciones de tan suprema autoridad son además tan nobles por su claridad, firmeza y perfecta armonía, que cada una de ellas constituye un esplendor de la Fe; no se leerán sin emocion profunda y sin fruto, pues son á la vez vivas y vivificantes.

TOMO SEGUNDO.

LA FE Y LA CIENCIA.

PRIMERA PARTE.

Capítulo primero.—Situaciones respectivas de la Ciencia y de la Revelación.—¿Tal vez son las verdades de la Fe contrarias á las verdades de la ciencia, cuando ésta condensa á aquella? Esta duda implica contradicción en sus términos. La verdad no puede ser contraria á sí misma. Prueba de sobras, en el segundo y tercer volúmenes de mi obra, la armonía perfecta de la fe y la ciencia. Los dos tienen su origen en Dios, y lejos de combatirse, deben darse y se dan mutuamente la mano para remontarse juntas y refundirse en la visión intuitiva de la verdad, de la bondad, de la belleza infinita. En ella misma la ciencia humana, que posee el exclusivo conocimiento de los hechos y de las leyes de la naturaleza, tiene su dominio aparte. Ella puede y debe marchar recta ante ella, sin pensamientos ocultos, sin inquietarse directamente por las relaciones que sus teorías y hechos pueden tener con los hechos y dogmas de la fe; pero aquella permanece tan sumisa á ésta como á Dios. La fe nada tiene que temer de la verdadera ciencia, de la ciencia ya adulta, de la ciencia que ha conseguido el estado de certeza absoluta. Al contrario, grita sin vacilación alguna: *Tú eres mi amada hermana, crece y multiplicate sin cesar.* La verdadera ciencia es la perfección del espíritu, como la virtud es la perfección del corazón. Pero como la ciencia no deja de ser humana, pasa como todas las cosas humanas, sus trabajos y sus crisis: el mismo amor loco á la ciencia es el que ha perdido al género humano! Sus peligros son considerables, y nosotros nos imponemos el deber de enumerarlos: la ciencia es naturalmente vana y orgullo-

sa; la ciencia es exclusiva; la ciencia es terca. ¡Oh! no, la fe no es enemiga de la ciencia. Nosotros los católicos tratamos á la ciencia con el respeto que se la debe; la amamos, la honramos y animamos. Pero lo que es verdad, mucha verdad, es que aquellos que se atribuyen hoy día el monopolio de la ciencia son los que tienen más horror á la fe. Ellos no vacilan en decir: *El que admite las fórmulas y los artículos de la fe no puede ser amigo de la verdad...; Ya ha llegado el tiempo de decir á estos hombres de fe que el escepticismo y la infamia están de su parte!*

Anuncia ahora para confirmarlo completamente más tarde, el hecho esencial y capital que, si la Revelación y la ciencia no están en armonía en ciertos puntos, es únicamente: 1.º porque la ciencia no está ó no es bastante adelantada; 2.º porque la filología, siempre impotente para darnos la verdadera significación de las palabras del texto hebreo, presenta dificultades insuperables en la apertencia.

Además la verdad absoluta de los Libros santos está afirmada por dos imponentes caracteres: el primero es que los hechos de la Biblia tienen por confirmación una no interrumpida tradición del Génesis al Apocalipsis, de Moisés á san Juan Evangelista; el segundo es que estos mismos hechos se encuentran desfigurados, pero que se pueden reconocer, en los anales de todos los pueblos, hasta los más lejanos tiempos en que pueda uno remontarse, hasta tal punto que un concienzudo y brillante escritor, el abate Gafnat, ha podido con los testimonios de los autores paganos hacer una *Biblia sin la Biblia.*

Capítulo segundo.—La ciencia de la Biblia.—Los Libros santos en una multitud de pasajes anuncian los hechos, ó hacen alusión á las teorías de muchas de las ciencias, la cosmología, la cosmogonía, la física del globo, la historia natural, la meteorología, la astronomía, la etnología, la historia, la geografía, la biografía é higiene, etc. Doy aquí por la primera vez, con el título de la

Ciencia de la Biblia, el catálogo exacto de estos textos de los Libros santos, tan admirables por su verdad y majestad, reservándose el demostrar más tarde detalladamente que están en perfecta armonía con los datos de la ciencia más adelantada, y que no se puede dejar de mirarlos como divinamente inspirados.

Con el título de *Nomenclatura bíblica* añado la enumeración hecha por la Biblia, de los pueblos, naciones, familias y razas, etc.; de las profesiones, viviendas, muebles y útiles, vestidos y ornamentos, materiales de construcción, etc.; de los metales y piedras preciosas, plantas, animales domésticos y salvajes; de las sustancias alimenticias, de los datos relativos al arte Herario, á la legislación, al gobierno, al arte militar y naval, á la música, á los pesos y medidas y á las enfermedades y remedios. Análisis, en fin, rápidamente el admirable conjunto de las leyes mosaicas, religiosas, morales y políticas de los Hebreos. Estas citas breves, pero demasiado lacónicas, dan de los Libros sacros una idea abrumadora y de paso declaran su inspiración divina. Es todo un mundo, un mundo verdadero, bueno, bello y grande.

Este libro incomparable que de todo trata, y que se presenta como infalible en todas las cuestiones, es el blanco, hace ya más de tres mil años, de la contradicción de los hombres, sin que haya sido posible hasta aquí convencerle en un solo punto ni del más ligero error ó descuido, como lo probaremos invenciblemente.

Y hé aquí porque en nuestros os días vemos forzadas todas las ciencias, á las cuales subleva una audaz filosofía después de la más ruidosa y ostentosa revolución, á inclinarse una vez más ante los oráculos, inútilmente puestos en litigio, de Moisés y otros escritores sagrados.

Capítulo tercero.—*La Cosmogonía de Moisés y la Cosmogonía de la ciencia.*—En el resumen rápido de la ciencia de la Biblia, no hemos encontrado en ninguna parte pretensiones á una ensueñanza dogmática, sino en todo un

eco fiel de los hechos de la naturaleza, tal como los han puesto en evidencia las investigaciones de los más acreditados sabios. Como ejemplo convincente de la armonía perfecta de la ciencia revelada y de la ciencia humana, tomo desde luego á la Cosmogonía, y sientó sucesivamente estas diversas proposiciones.

1.^a *La Cosmogonía de Moisés es crederadera.*—Con el mismo lenguaje, si bien cada una á su manera, hablan la Ciencia y la Revelación sobre el origen y creación de los mundos: en el principio Dios crió el cielo y la tierra, es decir, primero la materia primera, la cual debía servir para la formación de los cuerpos celestes y terrestres. Esta primera materia existe en estado de elementos insensibles é incompresibles, constituían una especie de mezcla confusa ó abismo insondable, rodeado de profundas tinieblas, sin energía alguna actual, bajo el imperio de una simple energía virtual.

2.^a *Los rasgos generales de la Cosmogonía de Moisés son verdaderos.*—La vida vegetal precedió á la animal tanto en los mares como en la tierra. La vida animal fué en primer lugar representada por seres que viven en el seno de los mares. A los animales marinos sucedieron las aves; la vida animal desarrollóse posteriormente en la tierra, y el hombre apareció el último entre los seres.

3.^a *La relación de Moisés hubiera podido quedar completamente fuera de las discusiones de la ciencia, en el sentido de que diversas interpretaciones permitidas ó toleradas, interpretaciones emitidas por los Padres de la Iglesia ó por teólogos ortodoxos sobre la creación simultánea y la creación antihexamérica, nos autorizan á rechazar hasta la sombra de una exposición científica.*

4.^a *La Cosmogonía de Moisés presenta rasgos tan notables de verdad é inspiración que se impone á la ciencia.*—La unidad de materia de los mundos, el caos primitivo, el *fiat lux*, el firmamento y la atmósfera, la sumersión general del globo, el levantamiento de las montañas, la tierra antes que la luz, la vegetación antes que el sol, el origen y el sucesivo

desarrollo de los seres, las afinidades entre estos, el descanso del día séptimo, etc... Este descanso, sobre todo, tan admirable y misterioso tiene un alcance inmenso. Ningún elemento nuevo, ninguna generación ulterior, ninguna especie nueva definitivamente constituida, sino solamente las razas! Los alquimistas han puesto manos á la obra durante los siglos y no han producido transformación alguna en los metales. Los heterogenistas á su vez han sudado agua y sangre para hacer aparecer nuevos seres animados, mejor dicho vibriones y mónadas, y no han obtenido cosa alguna, y si algo han obtenido, es porque han operado en la materia primitivamente organizada.

5.^a *La Cosmogonía de la ciencia está inspirada por la Cosmogonía de Moisés.*—Sólo una hipótesis grandiosa ha bosquejado la ciencia sobre la Cosmogonía, la de Herschel y Laplace, y un sabio ilustre, Ampère, que creía en la ciencia é inspiración de Moisés, ha conseguido demostrar que esta hipótesis se verificó completamente en la Cosmogonía de Moisés.

6.^a *La Cosmogonía de la ciencia es insuficiente.*—Todo espíritu sensato no negará que las cuestiones de origen están completamente fuera de los límites de la ciencia. Cuando se considera la inmensidad de los hechos geológicos, tan abrumadores por su número como por su grandeza, y las explicaciones que han querido dar los geólogos, confúndese uno. Estas no son en realidad, aun sobre las fechas fundamentales, mas que dolorosas letanías de desalientos y de amargas contradicciones. Las enumero muy á pesar mio para vengar mi fe de los atrevimientos de una ciencia subleuada contra ella. Casi tentado estoy por creer que Dios para humillar al espíritu humano ha constituido de un solo golpe, por un solo acto de su voluntad, los mundos en general y el globo terrestre en particular, con la sucesion indefinida de sus capas sobrepuestas, de sus fósiles é innumerables minerales.

7.^a *La Cosmogonía de la falsa ciencia es la negacion de los hechos.*—Los pretendidos principios en que se epoya la

teoría darwiniana del origen de las especies: la lucha ó conflicto por la existencia, la ley de divergencia de caracteres y la selección natural, son puras abstracciones. Creer con Lamarck en la variacion lenta é indefinida de las especies, con Huxley en su evolucion, con M. Owen en su derivacion, con Vogt en su transformacion, con Darwin en su trasmutacion, es oponer á todo cuanto sabemos de lo pasado y presente de nuestro globo lo falso, lo desconocido, ó aun lo imposible, la ignorancia ó la negacion brutal de los hechos. Lo pasado y la presente de nuestro globo afirman la firmeza de las especies y la verdad del Génesis mosaico.

Capítulo cuarto.—La creacion del hombre segun la Revelacion y segun la ciencia.—Olvidase demasiado que sobre estas graves cuestiones fué la Revelacion la primera que poseyó y posee todavía el terreno. Su primer título de propiedad es el Génesis, el más antiguo entre todos los libros, historia verdadera adornada con numerosas indicaciones de lugares, con genealogías ó continuas series de nombres de personajes cuya existencia fué cierta. El segundo de estos títulos es una tradicion no interrumpida, que une los tiempos actuales sin interrupcion alguna con los orígenes de la humanidad; el tercero, en fin, es la divinidad de nuestra santa religion, y por consiguiente la infalibilidad de todo lo enseñado por ella. A estos títulos auténticos de posesion sólo oponen nuestros adversarios aserciones puramente gratuitas, hechos mal interpretados, y razonamientos especiosos, pero sin valor. Ya á mitad del siglo pasado, el presidente Goguet, en su gran obra, *El origen de las leyes, de las artes, de las ciencias y del progreso entre los pueblos antiguos*, mostró, en la simple historia de la dispersion del género humano despues de la confusion de las lenguas, la razon necesaria y suficiente de todos los hechos de la historia de la humanidad que la pretendida ciencia prehistórica nos habria revelado. Esta historia la ha resumido M. Helgrand, de la Academia de cien-

cias y director general de aguas y sumideros de la ciudad de Paris, en los siguientes términos en su obra, *El Estanque parisien en las edades antehistóricas*. El hombre y la mujer mejor organizados, que han llegado al estado más perfecto de civilización... si fueren abandonadas á sus propias fuerzas en una tierra desierta, verían á sus hijos desde las primeras generaciones vestidos con pieles de animales, felices si encontraban un pedernal con que defenderse ó con que herir su presa... en una palabra, reducidos al estado salvaje... »

Es, pues, la tradición bíblica, la que nos muestra en los grandes hechos de la confusión de las lenguas y de la dispersión el origen y la causa de la existencia en todo la superficie de la tierra de hombres no nacidos, pero sí caídos, en el estado salvaje. Y cuando interrogamos á la verdadera ciencia sobre estas tres grandes cuestiones, la creación del hombre y sus circunstancias esenciales, el reciente origen del hombre en la tierra, la unidad de la especie humana, nos dá la misma respuesta que la Revolución, ó al menos, no dá en ningún punto una respuesta contradictoria.

La creación inmediata è independiente del hombre y de la mujer.—La Revelación quiere que la creación del hombre haya sido inmediata; la verdadera ciencia afirma que la teoría simoníaca del hombre es sólo una pura hipótesis, un simple juego de fantasía, en favor del cual no se ha podido invocar hecho alguno preciso, antes al contrario todo afirma el poco fundamento que tiene. La Revelación nos enseña que el hombre fue criado en el estado adulto y perfecto, social ó civilizado. La ciencia de ninguna manera ha demostrado que el hombre haya aparecido en la tierra en estado salvaje, con su inteligencia y todas sus facultades en potencia solamente como una tabla rasa. Y la sana filosofía demuestra la imposibilidad absoluta de la transformación por sus propias fuerzas de un hombre salvaje en civilizado, en hombre actual. En todo caso, toca á

nuestros adversarios demostrar esta posibilidad por los hechos ó por la experiencia, lo cual jamás tratarán de hacerlo. Añado que para todo hombre sensato la experiencia está ya hecha; lo pruebo por la relación de muchos hechos auténticos.

La Revelación afirma que Dios crió al hombre, varón y hembra, que hizo á la mujer como crió al hombre en el estado adulto y perfecto. Ante la creación de la mujer, la ciencia permanece completamente muda. Ni aun trata de explicar la aparición simultánea del primer hombre y de la primera mujer. No se atreve á decir cómo la hembra predestinada del mono antropogeo que es *uniparo*, dió á luz á la vez dos seres humanos, varón y hembra. ¿Cómo, si ha parido un macho primero y una hembra después, ó recíprocamente, estos dos seres humanos se encontraron y se descubrieron en el tiempo y en el espacio? ¿Cómo, si la evolución y el progreso de los seres es la gran ley de la naturaleza, los monos que en otro tiempo engendraron hombres, no los engendran hoy día y permanecen monos? Según la opinión de gran número de Padres y teólogos, como también según la interpretación común de la Iglesia, la extracción de la costilla y la formación con este fragmento del hueso del cuerpo de la compañera del hombre son realidades divinas y milagrosas, ante las cuales nuestras inteligencias deben inclinarse. Si se quisiese considerar como una alegoría este símbolo, sería preciso al menos convenir con el mismo Voltaire, en que esta alegoría constituye un admirable punto de partida para la divina y notable enseñanza de la inalterable concordia que debe reinar en el matrimonio, de la afección profunda que deben profesarse las almas de los esposos unidas inseparablemente.

El paraíso terrenal y la edad de oro.—La Revelación afirma que el hombre tuvo un centro único de creación; veremos como la ciencia afirma á su vez la unidad de origen de la especie humana. En todo caso á los partidarios

de la multitud de centros de la aparición del hombre, es á quienes toca demostrar, lo que no harán jamás, la necesidad y realidad de aquellos. El Eden, jardín de delicias, habitacion primitiva inocente y dichosa del hombre, la edad de oro del Génesis háse conservado en la memoria de todos los pueblos, y esta conformidad unánime, dice M. Renan, descansa necesariamente en algun rasgo general de la condicion de la humanidad, ó en algunos de sus más profundos instintos. «Las tradiciones que hacen nacer al hombre en el estado adulto, social y perfecto, son incontestablemente más numerosas y respetables que las que nos lo muestran disperso y salvaje. ¿Por qué no serán las unas y los otros en las épocas de la creacion y de la dispersion la expresion de la verdad? Enseñanos la Revelacion que el hombre fué frugívoro antes de su caída, herbívoro después de ella y carnívoro después del diluvio. La ciencia nos revela á su vez que el hombre no es esencialmente ni frugívoro, ni herbívoro, ni carnívoro, sino omnívoro. La Revelacion nos dice que el hombre con el régimen frugívoro del Eden debía ser inmortal; que con el régimen herbívoro antes del diluvio podia vivir nuevecientos años; y que con el régimen carnívoro ó omnívoro, después del diluvio, el maximum de su vida reduciríase á ciento veinte años; en fin, que en el periodo actual, la edad media del hombre es de setenta años, de ochenta para los poderosos de la humanidad; estas pocas palabras dicen más que todos los estudios de la ciencia moderna sobre la longevidad humana.

Capítulo quinto.—La tierra centro del mundo; el hombre rey de la creacion; el lugar del hombre en la naturaleza.—La Iglesia Católica y las Santas Escrituras no enseñan en ninguna parte lo que se califica de *error geocéntrico*, esto es que la tierra es el centro, el punto culminante del mundo, y que el universo entero ha sido hecho para este globo infinitamente pequeño. Se han contentado con afirmar que el sol, la luna y las estrellas han sido

en parte criadas para iluminar la tierra y servir para las necesidades del hombre. Siendo así, ¿quién podrá negar este hecho tan claro como el día?

Diga lo que quiera el libre pensamiento, nuestros antiguos dogmas de la Encarnacion y Redencion en ninguna manera son un obstáculo á la existencia de otros mundos, de otros soles ó otros planetas. De ningun modo la pluralidad de los mundos es una cuestion científica que se puede oponer á la fe. En cuanto á la doctrina antropocéntrica ó antropomórfica, que haria del hombre el centro y objeto del mundo inorgánico y orgánico, y del cual seria al mismo tiempo el amo y rey, es una verdad natural y revelada á la vez. «Al lado de las obras maravillosas del espíritu humano, decia Francisco Arago, ¿qué importan la debilidad y fragilidad de nuestro cuerpo? ¿Qué importan las dimensiones del planeta que es nuestra morada, del grano de arena sobre el cual nos es dado aparecer algunos instantes? ¡Por algunos instantes! Segun las doctrinas de nuestros adversarios el cielo estrellado seria un cruel reto arrojado al hombre. La fe nos autoriza á pensar que en la eternidad iremos de mundo en mundo, que veremos de cerca, segun el lenguaje del Salmista, los cielos, obra de las manos del Criador, la luna y las estrellas consolidadas por aquellas. La soberanía, la dominacion del hombre es un hecho más claro que el día. Nada seria capaz de arrebatarle su poder. Los viajeros y los misioneros están unánimes en reconocer el cumplimiento de este oráculo divino: «Imprimiré tu terror en todos los seres.» Hay más; cuando el hombre ha llegado á ser parecido á Dios por el heroísmo de sus virtudes; como los Pablos, los Antonios, los Franciscos de Asis, los Anchietas, ha conseguido literalmente ser el rey de la naturaleza; los animales, aun los más feroces, son para él esclavos sumisos, servidores fieles, amigos sinceros.

El ser, la vida, la sensibilidad, la razon.—La ciencia y

la Revelación afirman igualmente estas cuatro gradaciones del sér; pero si se trata de penetrar la naturaleza de cada una de estas participaciones á la existencia, la ciencia no hace más que equivocarse ó balbucear.—*El sér.* Después de adorar al Dios criador, el *Sér necesario*, eterno é infinito, la fe explica, tanto como puede hacerlo, el misterio de la creación del hombre y de los séres. La falsa ciencia, proclamando necesaria y eterna una materia inerte é limitada, que podría estar más ó menos extendida, tener tal ó cual forma, ocupar tal ó cual lugar, condena la inteligencia á contradicciones rebeldes y sin fin.—*La vida!* Para la Revelación la vida es el efecto de una intervención creadora; se propaga indefinidamente, según el género y la especie, por el germen que le es propio. Este germen es indispensable, y jamás la vida podrá salir de una molécula de materia á la cual Dios no le haya dado el germen. La ciencia afirma sin vacilar que nada sabe de la naturaleza y del origen de la vida, que se transmite de generación en generación desde su aparición en la tierra, que no sabe ni de dónde viene ni á dónde va. Sin embargo, el jefe de la escuela experimental, M. Bernard, define la vida de este modo: «el estado de los séres organizados y animados que tienen en sí el principio de desarrollo, de nutrición y reproducción,» y pone al sér animado *bajo la influencia de una idea creadora, que se transmite por herencia. Si se trata de la vida orgánica, nutritiva y reproductiva*, la planta, así como el animal, puede ser considerado con Bossuet como un mecanismo ingenioso en que la industria reside, no en la obra, sino en el artista, y que constituye el instinto. Cuando no es cuestión de la vida vegetativa y del instinto, sino de la vida sensitiva y de relación, el mecanismo es preciso añadir el mecánico ó un alma forma del cuerpo. Para el animal esta alma puede ser puramente sensitiva; su acción puede limitarse al desarrollo y ejercicio de los órganos de los sentidos, de tal manera, que lo que termina esta evolución y ejercicio consume el destino de su alma.

La síntesis del hombre.—El lugar de éste en la naturaleza.
—La Revelación pone al hombre en posesión de los cuatro grados de la existencia, el sér, la vida, la sensibilidad y la razón; en esto está en perfecta armonía con la ciencia. Pero ella niega la razón al animal, no concediéndote más que una inteligencia limitada exclusivamente al dominio de la sensibilidad, teniendo en su favor el sentido común y el buen sentido. La razón coloca al hombre á una distancia infinita de la bestia. Y el mismo M. Huxley, que hace descender al hombre del mono, no vacila en decir: «Hay una distancia inmensa entre el poder mental del hombre de más poca inteligencia, al del mono de la más elevada; los separa un abismo enorme. La posesión del lenguaje articulado es la primera causa de la inmensa y, en la práctica, infinita divergencia del abolengo humano.» Por esta razón M. Florens decia: «La especie humana excluye á todas las otras, y ella á su vez es excluida. Ella no tiene semejante, es sola y única.» Y M. de Quatrefages añade: «Difera tanto el hombre del animal y con los mismos títulos que éste difere del vegetal; para él solo debe formarse un reino, el reino-hombre, reino humano; y este reino está clara y sólidamente constituido por caracteres del mismo orden que los que separan los unos de los otros á los grupos ó reinos primordiales, mineral, vegetal y animal.»

El hombre físico y espiritual. El alma humana.—Que se examine el hombre á sí mismo, decia el gran Buffon, que se analice y profundice, y reconocerá bien pronto la nobleza de su sér, sentirá la existencia de su alma, dejará de enlucirse; verá con una sola mirada la distancia infinita que el Sér supremo ha colocado entre él y los brutos animales. El alma humana es simple, activa á la vez que pasiva, una, libre, inmortal, unida hipostáticamente al cuerpo, forma de éste, de tal modo que el hombre no es una inteligencia servida por órganos, sino que el alma forma con el cuerpo un todo material y espiritual á la vez, en el cual los dos elementos se llaman, se exigen y

se completan el uno al otro. La verdadera ciencia confirma y demuestra á su manera las propiedades esenciales del alma humana. La ciencia subleada le opone excepciones, dudas hipócritas, negaciones, ironías, blasfemias que causan su ruina.

Por efecto de la íntima unión del alma y del cuerpo, lo que hace que el alma sea la forma de éste, es muy natural y aun necesario que las operaciones y emociones del alma, la atención, el querer, la alegría, la tristeza, el temor, etc., se trasluzcan en el cuerpo, sobre todo en el cerebro y en los centros nerviosos, por efectos físicos y fisiológicos que han podido evaluarse, y que llegan á ser hasta cierto punto la medida, ó al menos la expresión correlativa de los fenómenos físicos. La ciencia moderna ha hecho constar que el ejercicio del pensamiento determina un descenso de la temperatura del cerebro! Pero ella es la primera en reconocer que esta dependencia física no excluye de ninguna manera un elemento espiritual distinto de los tejidos del cerebro, un alma venida de Dios y que debe volver á El. Además, ¿qué es este pequeño descenso de la temperatura del cerebro comparado á un fortísimo dolor de cabeza causado por la contención del espíritu, á las conmociones violentas excitadas en el orgaonismo entero por las vivas emociones del alma, el miedo, el amor, la alegría, la ira, la cólera, la vergüenza, emociones que muchas veces han causado el albinismo casi subitamente, la ceguera, el aniquilamiento de todas las facultades locomotrices, la pérdida de la memoria, la locura, enfermedades terribles, la epilepsia, la apoplejía, etc., la muerte?

La distinción entre el alma y el cuerpo, dice un fisiologista célebre, el doctor Carpenter, es tan patente, que cada uno puede todos los días observar los fenómenos subjetivos en los cuales el alma es activa sin que el cerebro se aperciba de ello, ó en las que el cerebro obra sin que el alma note su actividad. Esta acción del cerebro ó cerebración inconsciente da muchas veces á nuestros jui-

ajos una tendencia que es muy fácil ignoremos. Fortificada y exagerada por la costumbre, puede llegar hasta el extremo de que el individuo no sea responsable de sus actos. En la doctrina ortodoxa, la acción habitual ó continua del alma llega á modificar aun la forma del cerebro en el individuo y en la raza. El alma hasta cierto punto forma el cerebro, y así á su vez domina el alma. Así es que un pueblo civilizado puede descender física y mentalmente al estado salvaje, mientras que un pueblo caído en el salvajismo tiene necesidad de cierto tiempo, de muchas generaciones tal vez, para alcanzar física, fisiológica y psicológicamente la civilización. La cerebración inconsciente puede sólo explicar el hecho horrible de que hombres distinguidos, profesores instruidos, lleguen á perder todo sentimiento religioso y aun á considerar la causa primera, Dios, como el enemigo irreconciliable de la humanidad. También ¡ay! por la cerebración inconsciente, por el embarazo y endurecimiento del cerebro, una débil y dolorosa memoria atraviesa á afirmar que el hombre difiere del animal, no esencial ó cualitativamente, sino secundaría ó cuantitativamente, de más á menos. Aquellos mismos, sin embargo, que han llegado á conceder la razón al animal (la cualidad que el sentido común universal define como la que separa al hombre del animal), nieganle el poder de abstraer y generalizar, origen necesario del lenguaje articulado y de la razón. Es verdad que este poder de abstracción es actualmente muy pequeño en el salvaje; pero es accidental y temporalmente, en tanto que es radicalmente nulo en el animal. En el hombre puede estar oculto ó virtual, pero está en él natural y enteramente, pues que en el salvaje ó sus descendientes puede haber un hombre de génio. La raza humana más bajo, la más degradada, siempre y por todas partes posee el lenguaje articulado, pudiendo llegar por este infaliblemente á la abstracción, al pleno ejercicio de la razón, á la civilización, etc. La relación del hombre al animal es por lo tanto la de lo finito ó nada á lo infinito. Naturalistas y filósofos conceden al ani-

mal, á más del instinto, este guía casi siempre infalible, la *inteligencia*, pero conviene que no se trate de la inteligencia superior, que se llama *razón*, y por la cual, como dice Jouffroy, el hombre se comprende á sí mismo y con él las cosas que le rodean, la relación que existe entre la naturaleza de estas y la suya; sino de la inteligencia media ó inferior, en alguna manera *completamente sensitiva*, que basta á los brutos para reconocer el objeto de sus necesidades, deseos ó apetitos.

El fin del hombre.—La Revelación nos enseña que Dios lo hizo todo para sí mismo, al hombre y á las criaturas; y por consiguiente que él es su último fin. El hombre en particular ha sido criado para adorar, amar, servir á Dios, y por el cumplimiento de estos tres grandes deberes merecer la vida eterna. La razón del hombre, su corazón, su experiencia y los mismos seres criados, por su parte, le manifiestan que todo su ser estará completamente satisfecho, mientras no descanse en Dios. La ciencia confirma, como puede, esta gran verdad, haciendo constar que la línea religiosa se encuentra en todo el globo y entre todos los seres humanos; todas las razas humanas creen en un mundo distinto del que habitamos, en ciertos seres misteriosos á quienes deben temer ó venerar, en una existencia futura que espera á una parte de nuestro ser después de la destrucción del cuerpo.

El hombre á su vez es el fin del animal, el rey de la naturaleza entera, y la ciencia se ha visto obligada á reconocer que este imperio es tanto menos usurpador, quanto no es del hombre, sino del Creador, que inspira el instinto al animal, haciéndole sumiso y fiel al hombre.

La inmortalidad y la resurrección.—Todas las comuniones cristianas están unánimes en creer con la Iglesia católica en la inmortalidad del alma ó vida á su cuerpo. Este dogma es evidentemente muy conforme á la razón, á la sana filosofía. En efecto, puesto que el alma no es por ella sola la

personalidad humana, puesto que ella no es el yo humano sino en su unión con su cuerpo, que la exige y es exigida, la completa y es completada, es natural y justo que el todo humano, el alma unida al cuerpo, sobreviva para ser recompensado ó castigado.

Respecto al dogma de la resurrección de los cuerpos la ciencia verdadera, después de haber hecho constar de nuevo que la idea de la inmortalidad, de un lugar de delicias y de tormentos sin fin, es como inseparable de la humanidad, cúbrese el semblante y adora. Concibe sin embargo perfectamente que haya en el cuerpo de cada hombre algo esencial, que posea en el momento en que era animado y vivificado por el alma, que siempre ha poseído y poseerá siempre lo que con el alma constituye su yo. Concibe que todo lo demás que es adventicio é instable, adquirido sucesivamente y perdido por la nutrición, la digestión, la asimilación, la circulación, no es él; y que la resurrección no lo tendrá que pedir á otros cuerpos. Luego la falsa ciencia imagina sobre la naturaleza de los cuerpos sistemas ó hipótesis que destruyen ó debilitan en una proporción enorme las objeciones contra la posibilidad de la resurrección: por ejemplo la Pangenesis de Darwin, que convierte el cuerpo de cada ser en elementos infinitamente pequeños ó células; la opinión de Piaton y Berkeley, que hacen del cuerpo una especie de envoltorio limitado ó modo del alma, sola mónada real é esencial.

En todo caso los sabios extraviados que llegan á admitir que el alma no muere con el cuerpo, no tienen por qué substituir el dogma misterioso, pero por cierto razonable, de la resurrección del cuerpo, por metempsicosis ridículas y vergonzosas, ó por sueños más extravagantes todavía.

Concluyo esta larga discusión afirmando que el hombre de la Revelación, síntesis verdaderamente grandiosa, natural y sobrenatural á la vez, está perfectamente conforme con la razón en lo que está tiene de accesible á la inteligencia; que en lo que tiene de impenetrable más es afirmada que negada por la verdadera ciencia; que la

falsa ciencia la combate con armas insensatas que la degradan.

Capítulo sexto.—Unidad de origen adámico y noáquico del hombre. Unidad de origen y de especie. Unidad de origen.—La Revelación nos enseña que la humanidad entera, tal como existe y puebla positivamente la tierra, descendiende de una sola unión, Adón y Eva. «Dios, dice san Pablo, ha hecho que el género humano descienda de uno solo, y que le habite toda la superficie de la tierra, marcando á cada pueblo el tiempo de su existencia y los límites de su morada.» En rigor este anuncio del dogma católico no excluye la presencia en la tierra, en las épocas geológicas, de seres humanos ó antropomorfos que fabricaban los pretendidos pedernales tallados que hanse encontrado en gran número en los terrenos terciarios de Thé-nay. Pero estos preadámicos sólo existen en la imaginación de un pequesísimo número de geólogos, quienes admiten además que esta raza humana ó casi humana está extinguida hace ya mucho tiempo, y que nada tiene que ver con la raza adámica que vino después y llegó á la mas alta perfección progresiva.

La Revelación señala á la humanidad una segunda unidad de origen. Debe venir toda ella de Noé y sus hijos. «Fueron, pues, los hijos de Noé, dice el Génesis, que salieron del arca, *Shem, Cham y Japhet*; y de estos se propagó todo el linaje de los hombres sobre la tierra.» Para llevar á cabo esta diseminación, la Revelación hace intervenir un milagro, la confusión de las lenguas, cuya realidad aleguista una constante tradición. Además el solo capítulo X del Génesis que nos relata la división de la tierra entre los tres hijos de Noé, es una imponente lección de historia y geografía, que no han podido desmentir todos los esfuerzos de los filólogos, etnógrafos y geógrafos antiguos y modernos.

Cuando con los más célebres arqueólogos de nuestros días preguntamos á los grandes descubrimientos de la

ciencia moderna el origen de las antiguas civilizaciones de Oriente, encontramos á estas descendiendo de la dispersión de los hijos de Noé. Además, nada más evidente que la posibilidad de estas diversas emigraciones, voluntarias ó forzadas, por en medio de los estrechos y bajo la acción de corrientes aéreas y marinas, cuya existencia en todos los océanos ha demostrado la física del globo. La Revelación anuncia, pues, el dogma de la doble unidad de origen de la familia humana, luego esta doble unidad es un hecho tan claro que es imposible desconocer.

Unidad de especie.—Una cosa es la unidad de origen, y otra la unidad de especie. Los hombres podrían descender todos de una misma unión, como lo dice la Revelación, sin formar una sola y única especie humana. Nosotros podríamos, pues, hacer intervenir la Revelación en el debate entre los monogenistas que afirman la unidad de la especie humana, y los poligenistas que la niegan. Pero probáremos hasta la evidencia que, aun en el terreno de la unidad de especie del género humano, la Revelación y la ciencia están completamente de acuerdo. La lista de los monogenistas, entre los cuales se encuentran los fundadores y los legisladores de la Antropogenia, es muy numerosa é imponente; mientras que al contrario la de los heterogenistas es relativamente poco numerosa y sin autoridad. Esta, así como la tradición y la historia, establece la doble unidad del hombre. Hay más; nuestros más encarnizados adversarios, desde que aspiran á levantar una punta del velo que oculta el misterio de los orígenes humanos, vienen por medio de mil hipótesis gratuitas hasta lo ridículo, á afirmar no tan sólo la unidad de origen, que nos consta completamente, si que también la unidad de especie. Además prueba directamente que con las teorías de la ciencia actual, estamos completamente autorizados para sostener que el género humano forma una especie única y en ésta razas diversas y distintas, llamadas razas humanas. El fondo de la cuestión se reduce á reconocersi el hombre es un híbrido

nacido del cruzamiento de dos especies diferentes, ó un mestizo de la union de razas pertenecientes á una misma especie. Así, pues, el hombre es incontestablemente un *mestizo* y no un *híbrido*. En efecto, el carácter propio del híbrido es la tendencia invencible á volver á uno de las dos especies que lo produjón; el híbrido es casi esencialmente infecundo; mientras que los cruzamientos de las razas humanas son fecundos con una manera regular, continua é indefinida. Estas razas constituyen, pues, una sola y única especie.

Nosotros no tenemos el secreto de Dios, ni el de la naturaleza; pero por lo que vemos en torno nuestro, podemos suficientemente explicar las modificaciones de la especie humana que, con el nombre de variedades ó razas, llenan la tierra. En todos los seres organizados la especie está sometida á una doble acción contraria, á dos fuerzas antagónicas: una, la sucesion que tiende á mantener en cada individuo el carácter del tipo primitivo ó de la especie; otra, la influencia de los medios, agentes exteriores ó interiores, que tienden al contrario á modificarle. Estas dos acciones enérgicas y continuas son incontestablemente las causas eficaces de la producción y subsistencia de los caracteres de las razas fuera aun de toda intervencion humana. A su vez al efecto de la intervencion humana, es la introduccion de un elemento nuevo en la formacion de las razas. Basta, en efecto, que una especie esté bajo la mano del hombre para que comience á degenerar, y este degeneramiento es tanto más profundo, cuanto más aplique el hombre su inteligencia y voluntad á dirigir, las dos acciones combinadas de la sucesion y de los medios. Así, pues, las variaciones de la especie humana seran más extensas y profundas, si no son contrariadas por tres obstáculos dignos de considerarse: la antigüedad de razas, la ausencia de la selección y el modo artificial de protección que el hombre sabe oponer á la acción de los medios. Y sin embargo, á pesar de estos tres obstáculos, la acción de los medios, ayudada por generaciones sucesivas,

basta para explicar las divergencias y anomalías más exageradas de las razas humanas.

Por lo mismo que la Revelacion afirma, no la unidad de especie, sino simplemente la unidad de tronco ó origen, no tenemos que examinar si algunas razas humanas, forzadas tal vez á constituir especies distintas, han podido llegar á ser infecundas en su crecimiento; podemos sin embargo probar por los hechos que esta infecundidad no existe, ó al menos que de ninguna manera está demostrada.

Llegamos por fin á las pruebas directas de la unidad específica de las razas humanas. Los caracteres distintivos de la especie humana son: el gran desarrollo del cerebro, la conformacion de las manos y la oposicion del índice y pulgar, que le hacen dar el nombre de bímano; la cualidad de bípedo y la postura vertical; el perfeccionamiento infinito, etc. Todos los hombres de cualquier raza humana á que pertenezcan, poseen estos caracteres esenciales; luego todos forman una sola y única especie. Nadie piensa negar la unidad de especie de las razas de nuestros animales domésticos; así, pues, resulta de la discusion entendida por un gran número de naturalistas que las diferencias entre las diversas razas humanas son en el mismo y aun en menor óden que la que hay entre las diversas razas domésticas. Pruébo que es así, ya sea por los caracteres exteriores, la figura, el volumen y las proporciones de los miembros, la piel y sus vellosidades, sea por los caracteres anatómicos de las vértebras, de la cabeza y del semblante, del cráneo y del cerebro, sea por los caracteres fisiológicos, la fuerza muscular, las fuerzas genéticas, sea, en fin, por los caracteres psicológicos, el instinto y el sentimiento religioso.

¡Cosa extraña! los naturalistas que hacen abierta profesion de ateísmo, átrévense á invocar en favor de la pluralidad de la especie humana el testimonio de un pequenísimo número de misioneros, que segun ellos afirman, han encontrado poblaciones salvajes sin idea alguna de un

Ser divino. Ellos pertenecerían, pues, también á otra especie, pues que niegan toda causalidad ó finalidad cualquiera, y que á sus ojos todo lo que argüiría un Dios, colocaría al mundo y al hombre bajo una tutela indigna de uno y otro.

Estos mismos sabios indignansea, cuando pretendemos hacerles ver en los nueve décimos de las poblaciones humanas á hermanos desamparados, degradados, degenerados, mientras que sería más noble ver en estos grupos de existencias otras tantas especies diferentes, prosiguiendo cada una sus destinos propios. Pero la degeneración de las especies no depende de las especulaciones ni de la voluntad humana. Es absolutamente cierto que la tierra está poblada de grupos humanos venidos de un centro primitivo de civilización, caídos en la barbarie, y todas las investigaciones de los historiadores y viajeros no les han podido aun hacer constar la existencia de un solo pueblo de autóctonos. Si los negros y los salvajes americanos no son hombres como nosotros, los anglo-americanos están completamente en su derecho, dominando al negro, haciéndole servir como animal de carga ó de tiro, y batiendo á los Indios Rojos.

Nada en el exterior diferencia más las razas humanas ni tiene más á constituir la en estado de especies distintas, como la multiplicidad y variedad infinita de las lenguas habladas por ellas. Pero los argumentos de aquellos que oponen á la unidad de la especie humana la multiplicidad de las lenguas, suponen explícita ó implícitamente la unidad de origen de un gran número de pueblos y la unidad de origen en el sentido de la relación de Moisés, es decir, en el grupo de tres familias: Semítica, Cánica y Jética. Por otra parte las pruebas de la unidad de origen adámica y noáquica que se hallan en la filología son innumerables, mas aun son en cierta manera superabundantes y excesivas. Los libros santos, en efecto, hablan de la confusión de las lenguas en términos tales, que de ninguna manera es necesario admitir entre las di-

versas lenguas lazos ó relaciones primitivas. Fuera de esto, ha sucedido aquí lo que sucederá siempre: la semi-ciencia es impía; la ciencia adulta y completa hácese voluntariamente cristiana. Además la filología relativamente ha hecho progresos, pues ha revelado entre las diversas lenguas afinidades ó elementos comunes, sin los cuales ninguna de ellas pudo existir, lo que le obligará á conceder la existencia anterior de una lengua primitiva de la cual únicamente han salido los elementos comunes y esenciales á todas. Esta conclusión es la de todas las ilustraciones de la filología comparada. Definitivamente la comparación de las lenguas es evidentemente más favorable que contraria á la doctrina de una descendencia común. Antes al contrario afirma que toda la especie humana formaba en los principios una sola familia y, según la expresión del escritor sagrado, una sola lengua y un solo lenguaje. Pero repetámoslo todavía; este testimonio no era necesario, porque nada exige que los diversos idiomas hablados en otro tiempo ó hoy día sean derivados ó no de la misma lengua primitiva, subsistente ó perdida.

Es un hecho que los hombres de todas las razas conocidas y desconocidas pueden aprender y hablar todas las lenguas, sea naturalmente por la educación primera, sea artificialmente por estudios subsiguientes; luego la hipótesis de que haya organismos físicos ó intelectuales diferentes es arbitraria y falsa.

Puesto que hoy está en boga la ciencia experimental, ¿por qué la Antropología, tomando su sistema por lo sério, no confiará en sí misma, y se instalará en una colonia bien situada, bien organizada, para hacer alimentar y educar por nodrizas escogidas bastante número de niños entresacados del seno de las razas en la apariencia más degradadas? Nuestros adversarios se guardarán muy bien de hacer esta experiencia, porque están ciertos que haría resplandecer la unidad esencial de origen y especie de todas las razas humanas, bajo el punto de vista físico, fisiológico y psicológico. Despues de algunas gene-

raciones procedentes de uniones entre individuos de las mismas razas, tal vez antes que se hubiese recurrido á los cruzamientos, variábase borrar poco á poco, para disiparse por último, las diferencias, en realidad muy secundarias, que se ha tenido la audacia de elevar á la altura de caracteres de especies. Ellas sólo son en realidad caracteres de variedades ó de razas, cuyo origen evidente es la sucesión errática por medios tomados en su acepción más general.

Capítulo séptimo.— **Antigüedad del hombre.**— Estado de la cuestión.— Estamos en la época fatal en que el hombre sólo es atraído por la falsedad. Así, pues, la falsedad que publica más y más la incredulidad es la falsedad de la eternidad del mundo y del hombre, porque ella hace desvanecer como por encanto toda idea de creación y de un Dios creador. De otra parte lo que inclinaria mejor los espíritus á creer en el sueño de la eternidad del mundo sería el dogma científico de la antigüedad indefinida del género humano. Hé aquí cómo y por qué este dogma ha llegado á ser el gran caballo de batalla de la ciencia sublevada contra la fe.

Peró nadie se ilusione; toda doctrina que no considere al mundo eterno, ó al menos al prototipo ó protoplasma del que el hombre desciende por una serie de transformaciones ó evoluciones debidas al solo ejercicio de las fuerzas eternas de la naturaleza, no satisfará á la incredulidad. Los treinta, cincuenta, cien, doscientos mil años que los geólogos y arqueólogos pretenden adquirir para la humanidad, les son en el fondo indiferentes. En realidad, la cuestión de la antigüedad del hombre no es más que un artificio hipócrita, y podría dispensarse de discutirla. Lo que quieren es la eternidad del hombre, eternidad al menos virtual, sin relación ni dependencia alguna de Dios.

Esta eternidad ó al menos esta antigüedad indefinida del hombre, la ciencia, aunque en el fondo poco le in-

porte, ha logrado establecerla? Ha levantado ante la verdad una andamiada de hechos que la oculta ó todas las miradas; la seducción ha sido general, pero en esta cuestión capital como en todas las otras, prueba victoriosamente que la Revelación no ha sido descautelada siquiera.

La cuestión de la antigüedad del hombre en la actualidad puede reducirse á estos términos: ¿la existencia de Adán se remonta, no á algunos miles de años, sino á algunos miles de siglos? Con esta forma ¿quién podrá resolverse por la afirmativa? ¡Nadie! Tanto más que aquellos que han sido llevados á fingir una convicción contraria, fueronlo siempre arrastrados por ideas preconcebidas, por sistemas forjados á su gusto, y que este gran verdad de ninguna manera es oscurecida por los hechos ó los descubrimientos de la geología, de la paleontología ó de otra ciencia cualquiera.

Cronología bíblica.— Nosotros concedemos sin trabajo con el mayor número de intérpretes y comentaradores que la cronología del Antiguo Testamento de ninguna manera está fijada por sí misma, que no está tampoco definida por la Iglesia, y que la fecha exacta de la creación del hombre ó de su primera aparición en la tierra permanece completamente incierta y desconocida. Pero nosotros mantenemos que sería una temeridad colocarla más allá de *ocho mil años*. Ocho mil años no es nada para las imaginaciones que quieren perderse en sus aspiraciones y en sueños, pero es enorme para los espíritus serios que, como el gran Cuvier, han profundizado el conjunto entero de los hechos de la naturaleza. Demuéstro que, aun penetrando en las penumbras y sombras de la historia, corrándonos solamente ante sí la región de las falsedades, de la mitología, de lo imposible, de lo absurdo, el más atrevido espíritu no podría en lo pasado remontarse más allá de ocho mil años.

Todos los pueblos y sus primeros historiadores esforzaronse en darse y dar á la humanidad una antigüedad des-

medurada, perdiéndose en la noche indefinida de los tiempos. Un solo historiador, el historiador del pueblo judío, un solo pueblo, el pueblo judío, no han vacilado en señalar á su origen y al del género humano una fecha reciente, fijada en algunos centenares de años. Nos revelan sin vacilación el nombre del padre único del género humano y nos enumeran, salva tal vez la omisión forzosa de algunos de nuestros mayores que no tuvieron hijos varones, las generaciones que nos separan y nos acercan á Adán. Aún hacen más; nos dan la genealogía de todos los otros pueblos en su principio y nacimiento; nos los muestran descendientes todos de Noé y sus hijos obligados á dispersarse por un acontecimiento milagroso, pero histórico con toda certeza, y á esparramarse hasta las extremidades de la tierra. Aquí no hay sueños, sino una brillante claridad; no hay falsedades, sino una cadena interrumpida, de la cual somos como eslabones vivientes. Y por una extraña aberración, en un siglo positivista, que sólo pretende aceptar los hechos y las leyes, los simpatías de un gran número de personas son para la antigüedad fabulosa de los pueblos paganos y sus mentirosas historias, y sus antipatías, me atravesé casi á decir, su odio para el pueblo judío y su historiador Moisés.

Los monumentos.—El gran pretexto para esta necesidad insensata de antigüedad es siempre la hipótesis gratuita y absurda del estado salvaje, como condición primitiva del género humano; pero esta barbarie inicial jamás ha existido, al menos en Egipto. En efecto, la gran pirámide de Gizeh, el más antiguo de los monumentos egipcios y también el más admirable, no solamente por su naturaleza, dimensiones, volumen, fondo, solidez incomparable de su construcción y ausencia completa de jeroglíficos y nombres propios, sino también por los misterios que encierra, los cuales llama M. Piazzi-Smyth su inteligencia, por la significación extraordinaria de todos los elementos de su construcción, significación que denota una

ciencia muy adelantada, adquirida ó revelada. Esta ciencia misteriosa que nos revela la gran Pirámide y que es para los partidarios del estado salvaje, ó del desarrollo sucesivo de la humanidad por sí misma, una derrota completa, la encontramos en los ciclos ó nombres astronómicos del profeta Daniel, secreto que nos ha hecho patente un sabio astrónomo, M. de Chezeaux; nosotros lo explicamos por las largas vidas de los patriarcas que sucedieron durante dos mil años á Adán, que salió adulto de manos del Dios creador, en toda la plenitud de su inteligencia y demás facultades.

Resuelta para el Egipto, la cuestión de la antigüedad del hombre lo es asimismo para todos los otros pueblos. Resuelta monumentalmente esta gran cuestión, lo ha sido también geológicamente por confesión de nuestros adversarios, pues uno de los más encarnizados entre ellos, M. Luis Buchner, no ha vacilado en decir: al mismo tiempo en que el indígena europeo con sus pobres armas de piedra perseguía á los animales monteses, ya en el otro lado del Mediterráneo, en la feliz región que riega el Nilo, florecían poderosas y espléndidas ciudades, las artes y las ciencias eran cultivadas en todos sus ramos, un gobierno regular mantenía relaciones comerciales á lo largo de las playas mediterráneas, etc., etc.

La Historia.—Cuando, después de haber interrogado á los monumentos, interrogamos á la historia, el hecho de la neo-antigüedad del hombre resulta todavía de la manera más clara. Y desde luego qué historia osará compararse á la de Moisés? Era sacerdote de Hierápolis, es decir, instruido y sabio; escribía para un pueblo que había pasado tres ó cuatrocientos años en Egipto; había visto íntegros los monumentos más antiguos, monumentos que cuentan hoy día tres mil años de existencia y que habían una lengua que era la suya, mientras que nuestros sabios no hacen más que balbucearla ó deletrearla apenas. Oponer Herodoto y Manethon á Moisés es insultar á la razón y al buen

sentido: sin vileza, sin cierta especie de atentado contra la verdad, no se puede aceptar no tan sólo la lucha, sino ni siquiera proponerla, tanto más que la obra que lleva el nombre de Moisés está entera, perfectamente conservada y por todas partes es la misma, mientras que la obra de Manethon, relativamente reciente, no la conocemos más que por fragmentos informes, cuyas diversas versiones presentan entre sí diferencias considerables.

No obstante, interrogados y disentidos con atención, Herodoto, Diodoro de Sicilia, Manethon, los papiros de Turin, la sala de antigüedades del templo de Carnach, las tablas de Abydos, la antigua Crónica, etc., etc., de ninguna manera señalan al Egipto una antigüedad que difiera notablemente de la establecida por Moisés y la gran Pirámide.

La Astronomía.—Interrogada a su vez, la astronomía de los antiguos no supone de ninguna manera ni observaciones prolongadas durante largos siglos, ni una antigüedad desmesurada. En efecto, los egipcios no han conocido hasta muy tarde el año zodiacal de 365 días y un cuarto, y con mucha más razón el período zodiacal de 1460 años solares; y M. Biot no vacila en deducir de una larguísima discusión que la duración numérica de este período ha sido deducida en el segundo siglo de nuestra era, no por observaciones anteriores, sino por teorías astronómicas y por un cálculo retrogrado, para darle la apariencia de una determinación directa.

Dupuy quería que el Egipto fuese el país natal del zodiaco y que su origen se remontase á quince ó diez y seis mil años; pero, y lo probamos de sobras en otra parte, ninguna representación zodiacal completa se encuentra en los monumentos egipcios anteriores á la dominación romana; y en los zodiacos incompletos, el Sagitario está representado por un centauro, figura propia á la mitología griega y completamente extraña al arte egipcio. Está, pues, completamente en nuestro derecho el afirmar estas

deducciones de M. Carlos Lenormant: «La población de Egipto pertenece á la raa de Cham, y vino del Asia á establecerse en los valles del Nilo por el camino de Siria. Es un hecho adquirido para la ciencia y que confirman completamente los datos de Moisés.»

Los anales y la astronomía de los otros pueblos, de los Caldeos, Asirios, Babilonios, Indios, Indo-Europeos, Chinos, Persas, Georgianos y Armenios, Fenicios y Cananeos, Griegos y Arabes, hablan muy alto el mismo lenguaje. No solamente las tradiciones de algunos de estos pueblos no se remontan más allá de ocho mil años, fecha que la Revelación permite señalar á la creación del hombre, sino que los designan como descendientes de Noé y señalan su origen como posterior á los grandes hechos del diluvio y de la dispersión.

Un corto número de escritores, por otra parte ortodoxos, no vacilan en admitir que el hombre antediluviano habia habitado toda la tierra, y que los restos de existencias ó de industrias humanas encontrados en los terrenos cuaternarios pertenecian al hombre antes del diluvio; pero estoy en la convicción profunda de que estos restos pertenecian al hombre de la dispersión, lo he afirmado y lo voy á demostrar invenciblemente en los capítulos siguientes.

Capítulo octavo.—Antigüedad del hombre. (Continuación).—Cuando en agosto de 1871 confióseme el presentar á la Asociación británica del fomento de las ciencias los silices labrados encontrados por el abate M. Richard en Gál-gala, en la tumba de Josué, allí donde la Vulgata y los Setenta declaraban habia que buscarlos, no vacilé en decir: Estos pedernales encontrados en la superficie de la tierra, en Siria y Egipto, entre los cuales se encuentran todos los tipos conocidos, por históricos que sean, son más antiguos aún que los mismos de Saint-Acheul. Añadía que la cuestión de la antigüedad del hombre, en sus relaciones con la geología y paleontología, estaba completamente re-

sentido: sin vileza, sin cierta especie de atentado contra la verdad, no se puede aceptar no tan sólo la lucha, sino ni siquiera proponerla, tanto más que la obra que lleva el nombre de Moisés está entera, perfectamente conservada y por todas partes es la misma, mientras que la obra de Manethon, relativamente reciente, no la conocemos más que por fragmentos informes, cuyas diversas versiones presentan entre sí diferencias considerables.

No obstante, interrogados y disentidos con atención, Herodoto, Diodoro de Sicilia, Manethon, los papiros de Turin, la sala de antigüedades del templo de Carnach, las tablas de Abydos, la antigua Crónica, etc., etc., de ninguna manera señalan al Egipto una antigüedad que difiera notablemente de la establecida por Moisés y la gran Pirámide.

La Astronomía.—Interrogada a su vez, la astronomía de los antiguos no supone de ninguna manera ni observaciones prolongadas durante largos siglos, ni una antigüedad desmesurada. En efecto, los egipcios no han conocido hasta muy tarde el año zodiacal de 365 días y un cuarto, y con mucha más razón el período zodiacal de 1460 años solares; y M. Biot no vacila en deducir de una larguísima discusión que la duración numérica de este período ha sido deducida en el segundo siglo de nuestra era, no por observaciones anteriores, sino por teorías astronómicas y por un cálculo retrogrado, para darle la apariencia de una determinación directa.

Dupuy quería que el Egipto fuese el país natal del zodiaco y que su origen se remontase á quince ó diez y seis mil años; pero, y lo probamos de sobras en otra parte, ninguna representación zodiacal completa se encuentra en los monumentos egipcios anteriores á la dominación romana; y en los zodiacos incompletos, el Sagitario está representado por un centauro, figura propia á la mitología griega y completamente extraña al arte egipcio. Está, pues, completamente en nuestro derecho el afirmar estas

deducciones de M. Carlos Lenormant: «La población de Egipto pertenece á la raa de Cham, y vino del Asia á establecerse en los valles del Nilo por el camino de Siria. Es un hecho adquirido para la ciencia y que confirman completamente los datos de Moisés.»

Los anales y la astronomía de los otros pueblos, de los Caldeos, Asirios, Babilonios, Indios, Indo-Europeos, Chinos, Persas, Georgianos y Armenios, Fenicios y Cananeos, Griegos y Arabes, hablan muy alto el mismo lenguaje. No solamente las tradiciones de algunos de estos pueblos no se remontan más allá de ocho mil años, fecha que la Revelación permite señalar á la creación del hombre, sino que los designan como descendientes de Noé y señalan su origen como posterior á los grandes hechos del diluvio y de la dispersión.

Un corto número de escritores, por otra parte ortodoxos, no vacilan en admitir que el hombre antediluviano habia habitado toda la tierra, y que los restos de existencias ó de industrias humanas encontrados en los terrenos cuaternarios pertenecian al hombre antes del diluvio; pero estoy en la convicción profunda de que estos restos pertenecian al hombre de la dispersión, lo he afirmado y lo voy á demostrar invenciblemente en los capítulos siguientes.

Capítulo octavo.—Antigüedad del hombre. (Continuación).—Cuando en agosto de 1871 confióseme el presentar á la Asociación británica del fomento de las ciencias los silices labrados encontrados por el abate M. Richard en Gál-gala, en la tumba de Josué, allí donde la Vulgata y los Setenta declaraban habia que buscarlos, no vacilé en decir: Estos pedernales encontrados en la superficie de la tierra, en Siria y Egipto, entre los cuales se encuentran todos los tipos conocidos, por históricos que sean, son más antiguos aún que los mismos de Saint-Acheul. Añadía que la cuestión de la antigüedad del hombre, en sus relaciones con la geología y paleontología, estaba completamente re-

suelta en favor de la Revelación; que no solamente no surgirían de las profundidades de la tierra argumentos nuevos en favor de la tesis absurda de la desmesurada antigüedad del género humano, sino que el valor de los argumentos antiguos padecerá más y más con el tiempo. Considerame feliz en poder hacer constar hoy día que mi predicción se ha cumplido.

Asiento de la geología y paleontología.—Con todo derecho podría rechazarse la intervención de la geología y paleontología en el debate relativo á la antigüedad del hombre, porque como decía con infinita razón, en el congreso de Bruselas, un antropologista distinguido, M. Fraas, de Stuttgart: «Cuando se habla de terrenos terciarios, miocenos, pliocenos, cuaternarios, trátase de la época en la cual las capas de la superficie de la tierra formábanse en el fondo del mar y de los lagos, allí donde el hombre no podía habitar. Es preciso no confundir la formación de los depósitos con los fenómenos que se producen cuando la capa terrestre ya ha sido formada.» La geología terminó su tiempo, cuando el hombre apareció en la tierra. Esta ciencia además, como la paleontología, no es de ninguna manera una ciencia exacta; cada una de sus afirmaciones es desmentida y anulada por negaciones de igual valor. ¿Cómo marcaría ella una edad absoluta, cuando no pueda hacerlo con la edad relativa, y siendo el principal objeto de sus estudios el hacer constar las revoluciones y movimientos profundos y sucesivos del globo terrestre? Ella no encuentra restos del hombre sino en el *diluvium*; luego el diluvium es el último asiento, el fin de la geología.

Trátase del descubrimiento de piedras labradas, huesos de animales, cráneos ó esqueletos humanos, en terrenos más ó menos flojos, cuyo origen y el tiempo del depósito no son conocidos. Pero este descubrimiento había sido hecho y sólidamente interpretado en los siglos anteriores. A la Antropología moderna en el fondo no se le ha aña-

dido nada. Son simplemente restos de industrias de pueblos caídos casi en el estado salvaje después de la dispersión.

Lo que se encuentra en el diluvium, bajo capas de cascajos, arena, lodo ó turba, en las cavernas y bajo los glaciales estalactámicos, es lo mismo que se encuentra bajo el suelo de los dólmènes: hachas de piedra, cuchillos de pedernal, puntas de flechas de cuerno de hueso, fragmentos de vajillas de barro, etc. La notable semejanza de los objetos prueba evidentemente su contemporaneidad; luego los hombres de los dólmènes son hombres históricos ó casi históricos.

Los testimonios naturales y directos de la antigüedad del hombre son: las obras humanas, piedras ó sílices labrados ó no labrados, pulidos ó no pulidos; las edades diversas y sucesivas de la humanidad; los terrenos en que se enterraron los restos del hombre y de la industria humana; los animales contemporáneos del hombre, sus habitaciones, cavernas, ciudades lacustres, etc., el hombre fósil, etc. Y los he examinado uno á uno con el mayor cuidado, y todos atestiguan en favor de la reciente aparición del hombre en la tierra; ninguno de estos testimonios remóntase más allá del diluvio y de la dispersión.

Sílices labrados.—Parece fuera de duda que en un período lejano y en todos los puntos del globo tanto en los continentes antiguos como en los nuevos, el hombre ha recurrido á los pedernales ó piedras sílices para hacer toda clase de instrumentos, raspadores, raederas, puntas de flechas y de lanzas, borrenos, punzones, seguros, cuchillos, martillos, morteros, manos de morteros, etc.

Los sílices que se encuentran por doquiera son de tres clases: naturales ó abiertos, simplemente labrados, pero no pulidos, y labrados pulidos. Los sílices naturales ó reventados por el fuego, el rayo, el choque, la presión, por medio de mil juegos de la naturaleza, que no denotan invariablemente un trabajo humano, no indican la exis-

tencia del hombre en una época muy lejana; y como éstos son en realidad los únicos que se han encontrado en las capas depositadas en la apariencia en la tierra y no traídas de lejos, en estos terrenos á los cuales se ha tratado de dar el nombre de geológicos, terciarios, eocenos, miocenos ó pleocenos, resulta que la existencia del hombre geológico ó terciario no está de ninguna manera demostrada.

Los sílices labrados, obras incontestablemente humanas, son á la vez prehistóricos, históricos y contemporáneos; no son, pues, por sí mismos testigos de una antigüedad más ó menos lejana. Sólo hablan por el sitio en el que se han encontrado; y puesto que jamás se han hallado en las capas incontestablemente geológicas, de ninguna manera se puede considerar como afirmada por ellos la existencia del hombre en los tiempos geológicos, ó del hombre fósil. Los sílices labrados sólo se encuentran en los terrenos de transporte ó de tránsito; luego por esto mismo que el terreno ha sido transportado y removido, no se puede pedir un sílice que oculte en su seno la edad del hombre que lo ha labrado, á no ser que se conozca la fecha del tránsito ó del transporte. En segundo lugar, los sílices labrados que se han descubierto á grandes profundidades en algunos lechos, han sido encontrados además sobre la superficie de la tierra ó aun en sepulturas históricas ó cuasi históricas; es evidente que la edad real de estos sílices, en tanto que es obra humana, es indicada, no por la mayor ó menor profundidad á que se halla escondida, sino por las condiciones de su posición en la superficie del suelo. Cuánta elocuencia en este sencillo cotejo de M. Eugenio Robert! «Así en Précy-sur-Oise, como en Saint-Acheul sobre las riberas del Somme, hay profusión de instrumentos de piedra y restos de grandes paquidermos, con la diferencia capital de que en Précy las piedras labradas se encuentran solamente á la faz de la tierra y los fósiles en el fondo, mientras que en Saint-Acheul están en profundidades más ó menos considerables aún debajo de las osamentas fósiles.»

Otro carácter que vicia, ó al menos atenúa, el testimonio de los sílices labrados y de las obras humanas en general, en favor de una antigüedad fabulosa, es que son muchas veces falsas, ya sea absolutamente, porque han sido fabricadas recientemente, ya sea porque han sido introducidas en lugares á los cuales eran extrañas; cito numerosísimos ejemplos. Fuera de esto, casi por donde quiera que se encuentran los sílices labrados están mezclados con obras humanas más recientes, históricas ó casi históricas, fragmentos de vajillas ó vasos enteros, instrumentos de bronce ó de hierro, medallas, monedas, etc., puesto que el objeto antiguo no puede volver antiguo al moderno, es este el que necesaria y absolutamente rejuvenece al pretendido objeto testigo de una infinita antigüedad; luego los sílices labrados son históricos ó casi históricos, ya que son contemporáneos á objetos ciertamente históricos.

Monumentos de piedra no labrada. Dólmenes, menhires ó piedras levantadas, cromlechs, galerías cubiertas, túmulos, etc.—Todos estos monumentos megalíticos son idénticos en la Biblia; afirman la unidad de tronco y la aparición reciente del hombre en la tierra; son por una parte una protesta elocuente contra el poligenismo, y por otra contra la doctrina absurda de la antigüedad indefinida. No son solamente prehistóricos ó históricos, si que también contemporáneos. Se ha encontrado á cien kilómetros de Calcuta una tribu semi-salvaje, los kasienos, que con los nombres de dólmenes, menhires, etc., construían habitualmente monumentos enteramente semejantes á los monumentos megalíticos de Europa y Africa.

Obras de arte prehistóricas, grabados, esculturas, dibujos, etc.—Un sabio coleccionador suizo, M. Desor, afirma que, por los conocimientos que tiene, no se atrevería á atribuir una figura cualquiera á la edad del bronce, yoon mayor razon á la edad de la piedra pulida ó labrada.

Las obras de arte encontradas en las cavernas ó en otros lugares, obscenas algunas de ellas (la obscenidad supone una civilización adelantada), de ninguna manera son auténticas; no han sido fabricadas en las entrañas de la tierra, sino que son al contrario objetos de mercado ó de transporte. Si se tratase de otra cuestión, sin relación alguna con la Revelación, escuchárase la voz del buen sentido, y no se vacilaría en admitir que estas obras de arte son más recientes que los fragmentos de barro grosero que están tocando ya á la época histórica, partiéndose de esta certeza adquirida, para convenir en la formación reciente de los depósitos de las cavernas, en la mezcla enteramente accidental y posterior de estas obras de arte con los restos de animales y del hombre ó de la industria humana.

De los terrenos geológicos en sus relaciones con la existencia de la antigüedad del hombre.—En realidad, las divisiones de los terrenos admitidas por los geólogos nada ofrecen de determinante y fijo; muchas veces ignórase dónde principia un terreno y donde acaba y comienza el otro; los terrenos llamados primitivos y los terrenos designados con el nombre de secundarios hallanse mezclados, no tan sólo en un solo punto, sino en todos los grados, de manera que ni aun la denominación de terreno primitivo implica indicación alguna de edad relativa, y con mucha más razón de edad absoluta. Pero todos los geólogos están unánimes en admitir que los terrenos primitivos azóicos no ofrecen vestigio alguno de vida; todos admiten, pues, que no siempre ha existido la vida en la tierra, prestando así testimonio y homenaje á la creación. Todos admiten por otra parte que los seres superiores en general, y el hombre en particular, sólo aparecieron en los terrenos terciarios ó aun en los cuaternarios; y esto es una confirmación más de la cosmogonía mosaica. Un solo geólogo, un fervoroso sacerdote católico, el abate M. Bourgeois, afirma haber encontrado obras humanas, sílices labrados por la mano

del hombre en los terrenos de Thenay, que al parecer son terciarios. Pero: 1.º si es cierto que los terrenos de Thenay encierran elementos de terrenos terciarios, estos elementos están revueltos; todo parece indicar que estos terrenos depositáronse regularmente en otros lugares, y que en Thenay no háy más que terrenos de acarreo; 2.º por confesión misma de M. Bourgeois, estos terrenos han sido removidos y nada prueban; 3.º los sílices de Thenay muestran las huellas de la acción del fuego, sin que en su alrededor pueda hallarse traza alguna de carbon; luego vinieron de otra parte, tal vez con terreno no terciario, sino de transporte, ó despues de él; 4.º encuéntranse en la superficie de la tierra sílices absolutamente idénticos á los del fondo, y que, necesariamente recientes, determinan la edad de los otros; 5.º de ninguna manera está probado que los sílices de Thenay sean sílices simplemente abiertos por la acción del fuego ó por el choque; la mayoría de los jueces competentes rechazan ver en ellos el trabajo cierto de una mano inteligente; 6.º en fin, el mismo M. Bourgeois no vacila en admitir que el hombre ó el antropoidea que habría labrado los sílices de Thenay pertenecería á una raza extinguida que nada tenía de común con la raza adámica. Esta no existia, pues, cuando la formación de los terrenos terciarios. Encontráronse en Saint-Pré, en las inmediaciones de Chartres, en terrenos geológicos, sobre varios huesos de *Elephas meridionalis*, estrías ó rayos que al parecer sólo podían ser atribuidas á la mano de un ser inteligente; y esta mano habría sido la del hombre ó antropoidea de Thenay! Pero hoy día está admitido universalmente que estas incisiones son accidentales; ó efecto de voraces animales acuáticos.

Terrenos cuaternarios.—De las definiciones admitidas por la mayor parte de los geólogos, resulta que los terrenos cuaternarios no son capas regularmente depositadas en el fondo de los mares ó lagos, sino terrenos de acarreo cuya estratificación es muchas veces desordenada. Por

consiguiente los restos de animales ó los escombros de industria humana encontrados en dichos terrenos no están allí en su sitio primero y natural; fueron llevados allí arrastrados las más de las veces por aguas torrenciales. V, por consiguiente, en estos terrenos cuaternarios, el orden real de existencias es el inverso del que hay en el seno de los terrenos donde fueron desde luego escondidos. Los seres ú objetos más recientes que las aguas encontraron primeramente en la superficie del suelo, son aquellos que se hallan más profundamente ocultos; los seres ú objetos más antiguos que las aguas encontraron y se llevaron más tarde, hallanse por el contrario más cerca de la superficie. Hé aquí cómo, si el hecho fuera cierto, pudo ser encontrada en el terreno de Abbeville la harto célebre quijada humana, á algunos metros debajo del hueso del *elephas meridionalis*. Esta sencilla reflexion me dispensará refutar los innumerables argumentos en favor de la antigüedad indefinida del género humano, fundados en las excavaciones practicadas en los terrenos cuaternarios, en los diluviums, aluviones, depósitos de las cavernas, etc. Hay más, si la ciencia, harto ligera, no rompiese violentamente con todas las reglas fundamentales de la lógica y buen sentido, si consintiese en partir de lo conocido ó cierto á lo desconocido ó dudoso, convendría en que el hecho incontestable de que la presencia del hombre en las Gallias apenas remóntase á 1,300 años es una prueba de la reciente formación de los terrenos cuaternarios, ó por lo menos de los depósitos de cascajo de los valles del Somme, Sena y Saone.

Esta formación reciente es además confirmada por un estudio directo de los cauces de los grandes rios. Hé aquí, por ejemplo, en lo que M. de Rossi ha convenido acerca del rio de Roma: «Su orografía, el estado de sus pantanos en la época de la fundacion de la Ciudad eterna, los nombres primitivos del Tiber, la presencia de su embocadura, en los tiempos en que aun era todavía diluviano, en el lugar del desembarco de Eneas, la abundancia de sus aguas

y sus frecuentes inundaciones, sucediendo á un clima mucho más frio que el clima actual, demuestran invenciblemente que el terreno cuaternario del Tiber, por lo menos en su última fase, está encerrado en los tiempos históricos.»

Los deltas y los terramonteros son tambien terrenos de aluvion y acarreo, y por consiguiente los objetos que encierran no han sido depositados bajo el suelo. El mismo sir Carlos Lyell conviene en que el transporte por las aguas puede confundir en un tiempo cortísimo lo que los siglos tal vez habian separado. Estos terrenos son, por otra parte, de formacion relativamente moderna, y Cuvier tan sabio no ha vacilado en decir de la manera más general: «Por donde quiera la naturaleza tiene el mismo lenguaje, por donde quiera afirma que el orden actual de cosas no se remonta muy lejos.» Pruebo en particular que no remontan más allá los tiempos históricos los deltas del Misisipi y del Egipto, y que los restos humanos y vestigios de industria humana que se han extraido de ellos, no prueban en modo alguno una antigüedad incompatible con los datos de la Revelacion. Aun en el caso de que los terramonteros y deltas hubiesen crecido lentamente en la época histórica, no podria declararse imposible su rápido desarrollo en los tiempos prehistóricos; cuando las montañas estaban aun despojadas de tierra vegetal. Este razonamiento es extensivo á todo, á los depósitos de cascajo, á las turberas, á los limos de las cavernas, á las estalácticas, á las estalagmitas, etc.

Las turberas.—Su edad es desconocida. Los mismos partidarios de la antigüedad del hombre convienen en que generalmente faltan los datos necesarios para evaluar su aumento en espesor. Encuéntranse sin embargo en la historia hechos auténticos, algunos de los cuales cito yo expreso, para probar cuán rápidamente pueden formarse las turberas. Concienzudos observadores no vacilan en afirmar que despues de haber examinado las turberas no vacilan en colocar la formacion de la más antigua

más allá de 4,000 años antes de Jesucristo, y que hay muchos motivos en favor de un origen más reciente.

Del hecho de que las masas de turba que cubren en Francia é Inglaterra el lecho de los silices labrados encierran las mismas faunas, resulta que en la época que se formó esta turba, y con mucha más razón, que se formaron los depósitos de cascajo, Inglaterra estaba aún unida á Francia. Es por otra parte muy probable que esta separación tuviese lugar en los tiempos históricos ó prehistóricos, muy cerca de la era moderna. En efecto, en el siglo séptimo todavía, sólo un arroyo separaba de Francia la isla de Jersey, y las antiguas crónicas dan á entender que los cazadores pasaban de Inglaterra á Francia, sin ser detenidos por obstáculo alguno.

Los diluvios no son, probablemente, efecto ó producto del diluvio universal. Esta palabra *diluvium* nada tiene de preciso, y confúndese muchas veces con los aluviones de los valles; por eso muchos geólogos tratan de borrarla del lenguaje geológico.

Los depósitos glaciales son el término de la serie de los tiempos geológicos; son la consecuencia de la licuación de las neveras, inmensos fenómenos, evidentemente superficiales, que sobrevinieron cuando nuestros continentes tenían ya su forma actual. Estos depósitos hallanse cubiertos en ciertas regiones por una vasta sábana de barro muy fino, llamado lehm ó loess, y que constituye las mejores tierras vegetales. Este doble depósito de *moraines* y de lehm apenas remontase á la época de la dispersión, no siendo, pues, de ninguna manera extraño el encontrar en él restos humanos ó de industria humana, tan raros en otras partes donde no puede considerárselos sino como accidentes. Y, pues que estos terrenos son terrenos de transporta, los seres enterrados en su seno han vivido en otras partes, y no puede por lo tanto probar su presencia simultánea la coexistencia de hombres y animales enterrados allí.

En cuanto á la época glacial, en la cual no ten sólo casi todas las montañas de Europa y del mundo conocido, sino

también los valles que se cultivan y son habitados hoy día, estaban cubiertos de nieve, nada sabemos de cierto sobre su causa y época. Según el juicio de M. Constant Prevost, las causas físicas en juego actualmente bastan para explicar por completo la formación de las neveras y su inmensa y momentánea extensión. M. Tyndall afirma que esta extensión es tanto obra del calor como de la acción del frío; mas es absurdo, por consiguiente, hacer intervenir, para dar su explicación, una fase de enfriamiento extremo y universal, debida á causas astronómicas que la harían remontar á diez, veinte, cien mil, un millón de años. Hago resaltar las contradicciones y extravagancias á que conducen estas hipótesis absolutamente gratuitas. Sir Carlos Lyell, el que más las ha exagerado, se ha visto forzado á decir: «El período glacial es enteramente reciente, pues que casi todos los animales y plantas que, durante su duración, habitaron el hemisferio norte, son idénticas á las especies que viven en nuestros días.» Este período glacial, aunque anterior en gran parte al período de los depósitos de aluvión de los valles y cavernas de la época paleolítica, encuéntrase que tiene relaciones tan íntimas con este último período, que es difícil trazar entre ellos la menor línea divisoria. En realidad, el período glacial precedió muy poco á la época de las inundaciones que determinaron los depósitos de cascajos del Somme, del Sena, del Tiber, etc.

Las brechas huesosas más ó menos ricas en osamentas humanas ó de otra clase, cimentadas por concreciones calcáreas, son el resultado de depósitos que hácese aún en nuestros días en las grietas y hendiduras verticales del suelo. En el seno de uno de estos pedruscos antropolíticos, donde pretendíase encontrar un esqueleto humano de la más remota antigüedad, descubrióse recientemente un amuleto de jade verde, caribe de origen, parecido á los que usa todavía los primeros pueblos que habitaron las pequeñas Antillas.

Los travestinos ó *tufs* son depósitos de agua dulce, car-

gada de carbonato ó sulfato calcáreo, que se forman hasta en nuestros días, y que pueden ocultar restos humanos, sin que pruebe esto una antigüedad muy lejana. Lo propio hay que decir de los *tufs volcánicos* ó *peperinos*, montones de cenizas volcánicas, entre las cuales pueden haber sido escondidos restos de animales, plantas, vestigios de industria ó objetos de arte. La brecha volcánica de Denise en los alrededores de Puy, que engoraba un esqueleto entero, había sido tal vez fabricada artificialmente: en todo caso esta formación data de la época de la actividad de los volcanes de Velay, época muy cercana á los tiempos históricos. Debajo una capa de peperino encontróse un vaso funerario y también un *aes græte*, moneda romana, cuya aparición se ha de hacer remontar al año 250 ó 300 de la fundación de Roma.

Estalactitas y estalagmitas.—Exagerando hasta el exceso la lentitud de la formación de los depósitos que constituyen las estalactitas y estalagmitas, reduciendo el aumento anual de su espesor á una fracción de milímetro, se ha conseguido en la apariencia remontar á doscientos mil años la existencia de seres inteligentes que fabricaron los objetos de industria que dichos depósitos encierran. Así se tiene el triste valor de sacrificar lo conocido á lo desconocido para combatir con más ventaja á la Revelación. Pero recientes experiencias han probado que el aumento del espesor de las estalagmitas puede ser de cinco mil milímetros y aun más por año; según este modo de contar la existencia del hombre de la caverna de Torquay, que habían 254,000 años más viejo, remontaríase únicamente á 900 años antes de la época romana.

De esta larga discusión de los terrenos en que se encuentran restos humanos ó vestigios de industrias humanas, resulta, pues, que desde que se les ha examinado de cerca é interviene la observación de los hechos, los gaurismos fantásticos deducidos de vanas hipótesis entran completamente dentro los límites de la arqueología y de la historia.

Las edades de la humanidad.—Se han distinguido ordinariamente en la arqueología prehistórica cuatro principales edades: la edad arqueolítica ó de la piedra labrada no pulida, la edad neolítica ó de la piedra pulida, la edad del bronce y la edad del hierro. En realidad esta distinción no tiene alcance alguno, pues que los pueblos á los cuales se aplica salieron de una misma cuna, que sólo á través de estas cuatro edades por la misma razón de esta separación y dispersión. Hubieran permanecido probablemente como tantos otros en la edad de la piedra, si no les hubiese alcanzado la civilización de otras naciones. Por la misma razón la existencia sucesiva de las cuatro edades no es en manera alguna un argumento en favor de una antigüedad indefinida. En todo caso estas cuatro edades hólanse tan involucradas una en otra, que no hay entre ellas deslinde alguno visible; succédense en todo de una manera insensible, y encuéntranse por donde quiera, en los sepulcros ó en otras partes, amalgamas de instrumentos de piedra, de hierro y bronce. Luego la edad de hierro es histórica y apenas remontase á algunos siglos antes de nuestra era. Asimismo es histórica ó cuasi histórica la edad del bronce, la cual terminó, dice M. Rougemont, en Grecia, en Italia y tal vez en las Galias, 600 años antes de Jesucristo. La edad de la piedra pulida que toca á la edad del bronce es la edad de los dólmenes que son casi históricos. En fin, la distinción entre la edad de la piedra pulida y de la piedra simplemente labrada es más ficticia que real, puesto que se han encontrado sílices pulidos transformados en sílices simplemente labrados.

Edad de la piedra labrada.—Sólo nos queda en realidad la edad de la piedra tosca labrada; pues bien, ya hemos dicho que la piedra labrada no prueba absolutamente nada por sí misma, porque es á la vez prehistórica, histórica y contemporánea. Evidentemente no tendría valor alguno, sino en razón de la edad antigua de los techos en que se la encuentra.

Las excavaciones hechas en Italia por M. Estéban de Rossi acaban en fin de dar alguna luz sobre estos orígenes tan oscuros. Los pueblos del primer periodo arqueológico de la piedra simplemente labrada habitaban las cumbres y laderas de las montañas; encuéntrase sus huellas en las tradiciones primitivas de nuestras historias, en las que se les designa con el nombre de Aborígenas, acompañando en las montañas, en las cavernas y en las orillas de los corrientes de agua. Sobre varios puntos se ha notado la coincidencia de sus habitaciones con las de los pueblos neolíticos que les siguieron.

Edad de la piedra pulida.—El pueblo de la piedra neolítica ó de la piedra pulida habitó también en primer lugar en las montañas y cavernas, y descendió poco á poco á las llanuras. Hase descubierto, en el lugar en que fué construída la ciudad de Antem, una caverna habitada por él. Comercio con el Oriente y no ha sido olvidado en las tradiciones romanas. Un gran número de autores hablan de las armas de piedra, que era la industria de sus antepasados. El recuerdo de estas armas conservábase tan vivo entre los romanos, que Augusto mandábalas buscar y recoger con el mayor cuidado, llamándolas armas de héroes. En fin, encuéntrase frecuentemente muchas armas de piedra asociadas á objetos de bronce en los arsenales de armas neolíticas y en los sepulcros etruscos.

La edad del bronce toca aun de más cerca á la historia. Es contemporánea la aparición del bronce, que vino del extranjero, con el *aes rude*, del que se han encontrado grandes cantidades en las aguas del Vicarello, con otras de monedas de piedra y sobre una aglomeracion volcánica del *aes signatum*. Las armas de bronce en la forma prehistórica fueron empleadas por los etruscos. El bronce era el metal dominante, reinando Anco-Marcio, y en Herouliano.

La edad de hierro, en fin, es completamente histórica. El primer uso del hierro en el Lazio corresponde al primer periodo de la historia romana.

En resumidas cuentas, en la Italia central y por doquiera en aquellos tiempos, las cuatro edades llamadas prehistóricas están ligadas entre sí y encadenadas en un progresivo desarrollo del cual dejaron huellas indelebles, y las obras denominadas prehistóricas son obras de un tiempo que se encuentra en relacion directa con la historia.

En Bretaña hállanse también confundidas las obras de las edades de la piedra, del bronce y del hierro; lo que prueba por lo menos que la piedra y el bronce continuaron empleándose hasta la edad del hierro.

Habitaciones del hombre.—*Cavernas.*—Antes que todo hay que decir que los depósitos de las cavernas así como los de los valles son depósitos de aluvion y de transporte; no se puede deducir, pues, de la existencia, en su seno, de osamentas y restos humanos con osamentas de animales de razas ya extinguidas, la existencia de estos mismos seres con vida. En efecto, estas osamentas y restos pudieron ser confundidos, ya sea primitivamente por las aguas, ya sea por un procedimiento natural de fecha más reciente, ya por la misma mano del hombre... Resulta del conjunto de observaciones que la época en que fueron habitadas las cavernas es la de las grandes inundaciones, y que el hombre de las cavernas es el hombre de los depósitos de aluvion, cuya existencia casi toca á los tiempos históricos. Por otra parte uno de los grandes resultados del minucioso estudio de las cavernas hecho por M. Dupont y otros es la demostracion geológica y zoológica de la existencia del mammoth, del leon y del renghifero con el caballo, el buey, la cabra, el corleiro, etc.; lo que hace enormemente más recientes las pretendidas razas extinguidas.

Rechago con los entusiastas de la antropología moderna la increíble historia de los trogloditas ó habitantes de la caverna de Vézère, y probó que no es más que un tejido de sueños extraños, de aserciones puramente gratuitas, de

patentes contradicciones. A este tan estravagante lirismo, uno de los principales jefes de esta escuela, M. de Mortillet, se ha creído obligado oponer esta tan prosaica realidad. «La población de las cavernas de Langerie-Baja sostenía relaciones con el Mediterráneo donde tomaba sus oírpinas; las mantenía igualmente con el Océano como lo prueban sus conchas de floripa; era eminentemente nómada y viandante. Incurrieron, pues, en un error los que los llamaron trogloditas. Ella acampaba únicamente en las cavernas.» Al mismo tiempo M. Dupont y M. Soreil emitían el pensamiento de que la célebre caverna de Chaveau hábitóla el hombre de la meseta de Spierme y del campo de Hastodonte atacado por Julio César, campo en que se han encontrado un gran número de sílices labrados y otras armas de piedra. El poeta romano Claudio conocía los sílices de las cavernas de los Pirineos, acaso la de Lourdes, casi tan célebre como las cavernas de Vézère.

Falsos cálculos basados sobre falsas hipótesis arrastraron a M. Carlos Martins, profesor de la facultad de Montpellier, á hacer remontar á más de trescientos mil años la existencia del hombre de la caverna de Kent ó de Torquay. Pero los datos de cálculos rectificadós y rehechos han hecho descender el guarismo de trescientos sesenta y cuatro mil años á mil años únicamente; luego la existencia del habitante de esta caverna remóntase únicamente á los tiempos ceruánicos á la historia. Además la Comisión de sabios ilustres que ha dado sobre la caverna de Tose-ray una porción de minuciosas noticias, ha hecho conster más de una vez que su suelo hallábase confundido y removido, hasta el punto que los instrumentos trabajados con más delicadeza, en pedernal ó en hueso, son los que se hallan en los niveles más inferiores.

En resumen, bajo la pluma impresionada de los Antropólogos, las cavernas obscurécense hasta el exceso, y el hecho absolutamente cierto de la reciente aparición del hombre en la tierra es relegado en una lontananza espantosa; pero en el momento en que dichos misteriosos de-

pósitos se manifiestan á la luz del día, conviértense en testimonios patentes de esta gran verdad: el hombre de las cavernas vivía algunos siglos antes de la era cristiana.

Para hacer retroceder mas aún la existencia del hombre de los sílices labrados y de las cavernas, M. de Mortillet ha querido ver en estas obras humanas cinco diferentes tipos; los de Saint-Acheul, los de Moustier, los de Solutré, los de la Magdalena y los de Bovenhausen, que correspondería cada uno á un período de larga duración. Entre estos períodos ve por otra parte grandes lagunas correspondientes á nuevos y larguísimos períodos; pero esto no es más que un sistema arbitrario y aventurado, desmentido á cada instante por los hechos. Todos estos pretendidos tipos han sido encontrados á la faz de la tierra, y los más antiguos estaban á menudo sobrepuestos á los más recientes.

Restos de cocina.—Sobre diversos puntos de la costa de Dinamarca y de otras partes, encuéntranse aglomeraciones de crustáceos y moluscos, encerrando instrumentos groseros de sílice labrado, hogares, carbones, instrumentos de cuerno y hueso, fragmentos de vajillas de barro, etc... Estas acumulaciones de crustáceos son tal vez restos de comidas de las poblaciones indígenas que vivían de la caza y pesca. Pero estos hombres de los restos de cocina nada absolutamente tienen de común con la geología, vivían á la faz del suelo, alimentábanse de especies de animales que viven hoy todavía; son, en una palabra, parte de nuestra raza, son nuestros ascendientes, y estamos unidos con ellos por un lazo invisible pero real.

Las ciudades labustres, ó reuniones de habitáculos construidos sobre estacas de encina, son también prehistóricas, históricas y contemporáneas, pues que son todavía usadas por tribus salvajes, por ejemplo, por los Papous de la Nueva Guinea. Están acordes generalmente los arqueólogos en reconocer que la fauna y la flora de estas estaciones son la fauna y la flora actuales, que el hombre que las

habitaba es mucho más reciente que el hombre de las cavernas, que pertenecen en fin á la edad del bronce. La época más lejana en que pueden colocarse dichas estaciones es á diez siglos antes de la era cristiana. Las últimas ciudades lacustres datan únicamente de los tiempos carlovingios.

Los terramares, ó marerías de Italia, análogos á las ciudades lacustres, han sido habitados sucesivamente por los hombres de la piedra labrada, del bronce y del hierro. Esta sucesión ó continuación no interrumpida hace al hombre de la piedra labrada esencialmente noáquico y adámico.

Los animales contemporáneos del hombre.—La Revelación nos dice que el hombre en su nacimiento fué contemporáneo con los mastodontes, elefantes, leones, osos, rinocerontes, etc., y que estos eran mansos con él, pues que los revistaba y les daba nombres. Luego la ciencia, haciendo constar la presencia simultánea, en las cavernas y otros lugares, de estos animales y del hombre, no hace más que remachar el clavo; pues que la no-coexistencia de los mamíferos y del hombre es lo que hubiera podido ser un arma contra la Revelación. Esta coexistencia prueba á lo más que el hombre existía antes de la desaparición de los animales extinguidos, hecho tanto más natural en cuanto tuvo por causa principal la acción del hombre. Esta desaparición puede tener por consecuencia ó envejecer al hombre ó rejuvenecer á los animales extinguidos. Uno de estos efectos no es ni más necesario, ni más probable que el otro, pues que es infinitamente más razonable rejuvenecer las especies perdidas que remontar la existencia del hombre á algunos centenares ó millares de miles de años. La fecha de la desaparición de las razas extinguidas es desconocida, mientras que la fecha de la aparición del hombre en la tierra es conocida, al menos aproximadamente; esta prescribe y por lo tanto de su parte debe pesar la balanza. Pruebo con documentos auténticos

que sólo son necesarios algunos siglos para extinguir ó modificar profundamente la fauna de un país. Por otra parte la coexistencia sólo ha sido sentada por las escavaciones hechas en los terrenos de transporte de los depósitos fluviales y cavernas; luego la coexistencia en los terrenos de transporte no prueba de ninguna manera la coexistencia en el espacio y en el tiempo.

Sólo para abucinar, para envejecer más y más al hombre, se han apresurado á dividir la edad del hombre contemporáneo de los mamíferos extinguidos en tres ó más edades: la edad del renjifero, la del mammoth, la de los osos de las cavernas, etc., etc. Pues bien, hê aquí que las exploraciones practicadas en las cavernas y otros lugares obligaron á los maestros de la ciencia á confundir en una sola estas diversas edades, que no invocan ya más que para el sostenimiento de la causa, y á hacer existir á la vez sobre un mismo espacio muy limitado, no solamente entre sí, sino aun con las razas más recientes, con nuestros razas domésticas, el buey, el carnero, el cerdo, la cabra, etc., los animales de las especies extinguidas ó emigradas. «Afirmar la existencia de cincuenta y dos especies de mamíferos en Bélgica, decía M. Dupont, en una misma época, la del mammoth, declarar que á las especies que habitan allí todavía en nuestros días hallábanse adjuntas veinte y ocho especies, cuyos tipos genéricos ó específicos dejaron ya de existir, es plantear un problema de geografía bien extraño y evidentemente de los más complicados: estos son, sin embargo, otros tantos hechos definitivamente demostrados.»

El mammoth ó mastodonte habitó la Francia; pero nada prueba invenciblemente que fuese contemporáneo del hombre, y si esta contemporaneidad estuviese demostrada, no envejecería al hombre, sino que rejuvenecería el mammoth. Por ejemplo, si el mastodonte hubiese vivido con el hombre de Denise, testigo y tal vez víctima de la última erupción volcánica, hubiera existido todavía algunos

siglos antes de la era cristiana. Si el hombre de Langerie-Baja ha hecho verdaderamente el diseño al perfil del mammoth con este á la vista, diseño que M. de Vibray y Mr. de Lartet han encontrado casi en la superficie del suelo, es que el mastodonte vivía todavía entre el hombre ya civilizado; pero es más razonable admitir que este grahó, único en su género, es una obra muy posterior. Si creyéramos las noticias de algunos diarios, el mammoth viviría aún en la Siberia y en la América del Norte, sería una raza emigrada, pero no extinguida.

El renfiervo que vive y paca hoy mismo en los climas hiperbóreos, vivía aún en Inglaterra desde el siglo xi al xii, porque los pergaminos de aquel tiempo hacen mención de él. César habla del mismo como morador en su tiempo de los bosques de la Hercinia. No sería, pues, maravilloso que fuese contemporáneo con el hombre de las cavernas, y que si este hombre de los silices labrados hizo los curiosos diseños que se han encontrado en las cavernas, es porque era más que civilizado, lo que rejuvenecería en una proporción enorme la edad del renfiervo. La edad del renfiervo es además la edad del caballo, pues que se han encontrado en Solutré enormes cantidades de huesos de caballos y de renfiervos. Es verdad que todos estos caballos y sin duda también todos estos renfiervos eran adultos, de tres á siete años, lo que denota evidentemente, no un pueblo salvaje viviendo de la caza, sino un verdadero ejército, tal vez el de los Estonianos, del que nos habla Chateaubriand en sus *Estudios históricos*, y los cuales invadieron las Galias, montados los unos en caballos, y arrastrados los otros por renfiervos. En Solutré y en otros lugares el hundimiento es tan poco profundo que denota una fecha bastante reciente. ¿Qué son algunos metros comparados con los treinta metros de capas sobrepuestas, que M. Schlieman ha debido traspasar antes de encontrar las ruinas de la ciudad de Troya, que existía todavía á la sazón de la tierra doce ó trece siglos antes de la era cristiana? En fin, hácese actualmente en los Alpes tentativas para

actimatar en ellos el renfiervo, y parece que serán coronadas por el éxito. Hagamos alto y examinemos el hecho mas notable de las excavaciones de M. Schlieman. ¡Las ruinas de Troya encuéntranse debajo de ruinas de muchas ciudades, entre estas una ciudad lacustre! ¡Qué golpe tan tremendo para los antropólogos!

Lo que acabamos de decir del mammoth y del renfiervo estiéndose y con mucha más razon á las demás especies extinguidas; el leon, la hiena, el hipopótamo, el ciervo, el rinoceronte, los osos de las cavernas, el bucy primitivo ó aurochs, etc., etc.

En resumen, el argumento en favor de la antigüedad indefinida del hombre, basado en su coexistencia con los animales de las especies extinguidas, sólo puede hacer más recientes estas razas. Leemos bajo mil diferentes formas la historia de la humanidad fuera de la geología y paleontología, y únicamente encontramos en esta última la historia de las razas extinguidas. Es, pues, el hombre el que prescribe, y el que por su juventud relativa rejuvenece al animal contemporáneo suyo.

Numerosos relatos y leyendas parecen indicar la presencia en la Europa central, al principio de nuestra era, de un grandísimo número de monstruos ó animales salvajes, notables por su gigantesca talla, su ferocidad y el terror que inspiraban. Casi todos los primeros apóstoles de las Galias encontráronse, en las regiones que evangelizaban, con estos monstruos, á los que milagrosamente exterminaron. ¿Y por qué estos animales gigantescos no pudieran ser acaso mammoths ó rinocerontes? No se puede oponer á la posibilidad ó á la realidad de ciertos hechos el silencio ó el olvido de los siglos que precedieron. Se ha hecho valer en favor de la antigüedad remotísima del hombre de las cavernas ciertas prácticas antropológicas. Pues bien, san Jerónimo cuenta, que siendo aun joven, vió en las Galias á los Asticoles, pueblo pastor, paciendo en los bosques numerosos rebaños de cerdos, bueyes, corderos, que alimentaban con carne humana, pro-

veniente de jóvenes de ambos sexos. ¡Qué horrible revelación, y cuán poco sabemos en realidad nosotros! Nuestros geólogos no han encontrado todavía huella alguna de la serpiente de Regino, ni de la tarasca de santa Marta, cuyo recuerdo subsiste tan vivo, como hace diez y ocho siglos, puesto que se ha perpetuado y conmemorado cada año con una pompa extraordinaria.

El hombre preterrido, fósil.—El último testimonio sobre la antigüedad del hombre que nos resta interrogar es el mismo hombre, ó los restos de éste encontrados en las capas del suelo, las fragosidades de los pánecos, los depósitos de las cavernas, etc., etc. En el fondo esta última discusión es supérflua, porque el hueso sepultado sólo puede ser contemporáneo ó posterior al terreno que lo oculta. Luego, habiendo probado en demasía que el terreno no es un testimonio cierto de la existencia del hombre en una época incompatible con la Revelación, con mucha más razón no lo serán los restos del mismo hombre. Un cráneo humano no podría atestiguar una antigüedad desmesurada sino en razón de su forma bestial, y aun este testimonio sólo tendría algún valor en las insensatas teorías que hacen descender al hombre del mono. Pero hé aquí que se ha encontrado en un antiguo sepulcro de la América del Sud un tipo cráneo, visiblemente inferior al cráneo de Neanderthal, el más informe de todos los que se han encontrado en la tierra. Luego, la bestialidad no es un carácter de antigüedad indefinida. Por otra parte, los mismos maestros de la antropología afirman que los descendientes del hombre de Neanderthal están tan hoy día mezclados y en yuxtaposición con los representantes de los tipos más recientes; por consiguiente la conformación del cráneo no afirma por sí misma edad alguna de la humanidad, inferioridad alguna específica.

Si, con la mayoría de los geólogos, se reserva el nombre de fósiles á los cuerpos organizados cuyas huellas en-

cuéntanse en los depósitos de origen antiguo, ó en las capas regulares del globo, no podrá ya ser cuestión del hombre fósil. En efecto, solamente encuéntrase osamentas humanas en las turberas, los terrenos de aluvion y transporte, etc.; pues bien, estas no son capas regulares del suelo. Esta es la opinión de Cuvier, de la cual decía M. Elias Beaumont: «La opinión de Cuvier es una creación del géneo. Ella no puede ser destruida.» Si ateniéndose á la etimología, se diese el nombre de fósil á todo resto orgánico encontrado oculto en la tierra, á más ó menos profundidad, nada de verdad tendría la expresión de hombre fósil. Pero, aun admitiendo esta noción, el fósil supone antes que todo un sér geológico; pues bien, el hombre de ningún modo es un sér geológico.

En resumidas cuentas, aun suponiendo que el hombre fósil sea una realidad, no es en manera alguna un testimonio convincente de la antigüedad remotísima del hombre. El hombre fósil permanece siendo siempre el hombre adámico y noáquico. La naturaleza de los terrenos en donde se han encontrado enterrados sus restos, el estado físico y químico de sus osamentas, la conformación de su cráneo y de su semblante, etc., etc., no son de ninguna manera pruebas ciertas, ni aun probables, de una antigüedad desmesurada; más de una vez se han encontrado dos cráneos de la forma más opuesta el uno al lado del otro.

Añado, por el contrario, que el examen y la discusión atenta de los esqueletos y cráneos considerados como fósiles prueba más directamente aún la nulidad del argumento que se ha querido arrojar contra la Revelación.

El cráneo de Neanderthal, encontrado en una gruta de escasas dimensiones, bajo capas de limo, sin huellas de animales de especies extinguidas, conservó su materia orgánica, y en nada difiere del tipo medio de las razas germánicas. M. Pruner-Bey asegura la identidad de este cráneo con el de un celta. M. de Quatrefages y M. Hamy encuentran en él el tipo de una raza que aún existe.

El cráneo de *Englis*, con su doble carácter de superioridad é inferioridad, puede, dice M. Huxley, haber pertenecido á un filósofo ó á un salvaje.

Los cráneos de las tumbas de *Borreby* son probablemente los de los hombres que habitaron en Dinamarca durante la edad de la piedra, contemporáneos ó anteriores á los depositarios de los restos de cocina. De ningún modo se parecen al cráneo del mono.

El cráneo de *Egwisehm*, de cabeza prolongada, de rostro bien desarrollado, encontrada en un terreno de transporte, revela la raza céltica.

La choza de pescador, en donde se han encontrado los cráneos de *Stoderhölze*, en Suecia, es semejante á las que no há muchos siglos construíanse aun en Europa. Los mismos caracteres anatómicos tienen estos cráneos que los de las razas actuales; todo aquí es, pues, moderno.

En el cráneo *californio* extraído del fondo de un pozo se ve el tipo de los cráneos de los indios que habitan aun hoy día las vertientes de la Sierra Nevada.

Acercá de los cráneos humanos de la guarida de Cromagnon, el mismo M. Broca vése obligado á preguntar si el acaso no ha querido que la primera cara de hombre conocida de la raza de los trogloditas de Vézère fuera la de un individuo que ofrece algunos caracteres anatómicos excesivos. M. de Quatrefages y M. de Hamy pretenden que esta raza se ha conservado como poblacion hasta los tiempos modernos. Esta continuidad, lo mismo que la de la raza judía, hace entrar en los límites de la historia de la creación y de la dispersion á todas las razas humanas, que desatinadamente queríanse relegar en las profundidades de la geología.

El esqueleto de *Montmartre* de aspecto reciente pudo muy bien penetrar por un pozo vertical entre las capas de yeso, regulares y perfectamente horizontales, que se ha hecho creer desde luego tienen una antigüedad indefinida.

El esqueleto de *Langerie-Baja* no es el de un hombre sorprendido por un hundimiento, sino el de un hombre amor-

lajado con conchas regularmente distribuidas sobre su cuerpo por una mano amiga.

Con motivo del esqueleto de *Eisya*, M. Pruner Bey repite que todos los caracteres presentados por las osamentas pretendidas fósiles encuéntranse en la raza actual de los Estonianos.

El cráneo de *Long-Burrow* es el de una raza que precedió muy poco á la introduccion del bronce.

Los rasgos del hombre pretendido *plioceno* de Savona en nada difieren de los de un ligurio moderno. Las mandíbulas encontradas en los osarios de Paris ofrecen formas más excepcionales todavía. Todo indica un cuerpo abandonado á merced de las olas, detenido por una roca y cubierto por un hundimiento ó un depósito de aluvion; porque este pretendido terreno plioceno es un terreno de transporte.

Los cráneos de la caverna del hombre muerto, explorada por M. Broca, notables por la dulzura de sus rasgos, la pureza de sus contornos, la delgadez de sus temillas, al parecer son de origen fenicio, pertenecientes probablemente á la raza histórica ó casi histórica que construyó los dólmenes.

M. Rivière, que descubrió los esqueletos de las grutas de *Menton*, protestó con todas sus veras contra la calificación de hombres fósiles que se dió á los que se encontraron en el Museo de historia natural de la casa de Cuvier. Llámalos únicamente prehistóricos ó de la edad de la piedra; su ángulo facial es bello y recto; á su llegada á las grutas reemplazaron el sílice por la piedra calcárea ó el asperon que tenían á la mano.

La historia de la quijada de *Moulin-Quignon* es muy instructiva. En sí misma esta quijada nada presenta de extraordinario ni que denote una antigüedad desmesurada; en nada difiere de una quijada perteneciente á la edad del hierro; encuéntrase este tipo en el norte de Europa. También púedese creer que fué sacada de una sepultura de Mesnières é introducida en las excavaciones por un

obrero. El doctor Even no quiere que se le hable de ella. M. Joly de Tolosa, que saludó con entusiasmo el descubrimiento de M. Boucher de Perthes, ha acabado por decir: «No sé qué espíritus malignos cuchichean sobre la célebre quijada de Moulin-Quignon... Confieso que he concebido algunas dudas, os la digo al oído...»

Esto no es todo; era preciso que el triunfo de la verdad fuese más brillante aún y que se consumase la derrota del error por el ridículo. M. Boucher de Perthes dános cuenta en sus *Antigüedades celtas y antediluvianas*, de una sesión espiritista, en la cual, ante la famosa quijada, muchos sabios evocaron el alma del individuo que la había animado y fué del gran Cuvier. ¡Voté, un sabio, víctima del gran cataclismo sobrevenido hace veinte mil años, indicó en qué dirección y á cuántos metros de distancia se encontraría su cráneo! Cuvier reconoció con candor que erró, afirmando que el hombre había aparecido en la tierra en una época no muy antigua. ¡Así terminó lo que está en nuestro derecho llamar estrepitosa comedia...!

Altrévome à decir que he llegado, sobre todos los puntos de la controversia, á la evidencia de la demostración, que no he dejado en pie objeción alguna que no haya completamente refutado, ninguna dificultad que no haya resuelto de sobras, velo alguno que no haya rasgado, ningún misterio que no haya profundizado. Está en mi derecho el proclamar en voz alta, porque es fruto de un estudio sin igual por su vehemencia, persistencia, extensión y profundidad, que todas las afirmaciones de los adversarios de la Revelación se anulan y destruyen mutuamente, por el solo hecho que puede oponérselas en todas las cosas, de que sus afirmaciones no tan sólo son opuestas y contrarias, sino rigurosas y diametralmente contradictorias, como lo he demostrado de sobras respecto de la geología. Si Vogt, por ejemplo, afirma que el hombre de Solutré es anterior á Adán, Buchner afirmará que el troglodita de Vézère, contemporáneo ó descendiente del hombre de Solutré, es muy posterior al hombre de las pirámides. Todos los

testimonios interrogados: los terrenos en donde están sepultados los restos del hombre y de la industria humana, las pretendidas y sucesivas edades de la humanidad, las habitaciones del hombre, cavernas, restos de cocina, ciudades lacustres, etc., los animales contemporáneos suyos, en fin, el mismo hombre fósil, su esqueleto y su cráneo, han atestiguado en contra de la antigüedad indefinida del hombre de la manera más unánime y solemne. Todos afirman en muy alta voz por cierto que el hombre jamás tuvo relación alguna con la geología, que apareció recientemente en la tierra, puesto que la época de su aparición no se remonta más allá de la fecha que le señalan los Libros santos, ó por lo menos de la que la Iglesia, fiel intérprete de la Revelación, permite señalarla. Si queda alguna duda sobre la presencia, en la superficie antigua del globo, de seres racionales ó industriosos, nada prueba que estos seres fuesen hombres pertenecientes á la raza adámica y noáquica, la única de la cual han hablado la Revelación y la tradición cristiana.

Si hago esta restricción, es porque de todas las objeciones que he encontrado en mi senda, sólo hay una que puede haber conservado algún valor, los sílices de Thénay, dados á la luz por el abate Bourgeois. Pero nadie admite su hombre terciario, y los más moderados de sus adversarios confiesan que, en el estado actual de nuestros conocimientos, no tenemos motivo alguno para adoptar su hipótesis del precursor del hombre. Infinitamente más razonable es el atribuir las formas, en la apariencia intencionadas, de los sílices encontrados en los terrenos remojidos, á causas naturales conocidas ó desconocidas, el agua, la arena, la arena y el agua, la arena y el viento, la presión, el fayo que se ha visto más de una vez dar á los pedernales formas variadísimas de puntas de flecha, tornillos, cuchillos, etc., que con toda certeza se les colocaría en el período llamado edad de la piedra si se encontrasen con restos humanos.

No vacilo en repetir, concluyendo, y esta cuestión es

más clara que la luz del día, que la ciencia verdadera está en perfecta armonía con la Revelación, y que en sus nuevas sesiones el concilio Vaticano estará en su pleno derecho imponiendo silencio á las negaciones sin fundamento, negaciones que perturbaban á los espíritus y á las conciencias, y declarando solemnemente que el doble origen adámico y noaquéico, la unidad de la especie humana y la aparición reciente del hombre en la tierra, son dogmas de fe, como dogmas son también de la ciencia adulta.

He creído debía completar también este cuarto tomo con algunos apéndices cuyos materiales provienen de descubrimientos y publicaciones recientes.

Apéndice A.—Acuerdo de la Biblia y de la geología por el abate Gairol.—El cuadro sinóptico, comparando los hechos de la geología con los relatos del Génesis, constituye una concordancia perfecta. Encuéntrase por ambas partes: unidad de plan de la creación puesta en evidencia por el enlace providencial é inteligente de todos sus detalles; graduación ascendente en el orden en que los seres organizados aparecen uno tras otro, del menos perfecto al más perfecto, hasta el hombre; unidad orgánica ó de composición con coordinación perfecta de los órganos y de las funciones; el hombre punto central y final del objeto y del plan de la creación, etc., etc.

Apéndice B.—La teoría darwiniana y la creación llamada independiente por José Bianconi, profesor emérito de la Universidad de Bolonia.—Se ha querido hacer de la unidad del plan de la creación un argumento en contra de la doctrina de las creaciones independientes; M. Bianconi demuestra que la unidad del plan es la consecuencia necesaria de las condiciones de la existencia de los animales. Es sencillamente una repetición por necesidad mecánica. M. Bianconi va más lejos; demuestra que la perfección mecánica de los órganos de aprehension y locomoción es inexplicable en la teoría de las transfor-

maciones indefinidas, porque las formas intermedias por las cuales les sería preciso pasar son las más de las veces imposibles. Después de haber probado de este modo que los organismos animales son máquinas vivientes creadas según las leyes de la más sabia mecánica, pregántase el autor quién ha sido el mecánico, y responde en son de triunfo que es Dios.

Apéndice C.—La Evolucion y la Creacion por M. Saint-Georges Mivart.—El sabio profesor de la Universidad católica de Londres, limitando la creación inmediata al alma del hombre, admite que su cuerpo pudo resultar de una evolución verdadera y sucesiva, y prueba que esta opinión no es contraria á la tradición católica, de tal manera que, si la hipótesis darwiniana se hallase justificada, de ningún modo podríamos maravillarnos de ello. El autor prueba su tesis, invocando la autoridad de san Agustín, santo Tomás, Suarez y otros teólogos de todos los siglos de la Iglesia... Citemos aquí únicamente á san Agustín: «Del mismo modo que en la simple semilla hállase contenido todo lo que con el tiempo debe elevarse con el nombre de árbol, así también, cuando se dice que Dios *creó todo juntamente*, debe entenderse el mundo entero con todo lo que ha sido hecho en él y con él, al llegar su día, no solamente el cielo con el sol, la luna y las estrellas, sino que también todos los seres que la tierra y el agua han producido potencial y consecutivamente, antes que nacieran en la sucesión de los tiempos.» Según el pensamiento de S. Agustín, los cuerpos celestes fueron formados desde el primer momento de una manera completa. Ya entonces estaban separados en la tierra las aguas de los continentes; la tierra reunió todas las condiciones requeridas para llegar á ser la morada de los seres vivientes y animados; pero la producción de estos últimos seres no estaba completa y terminada sino en cierta manera, en el sentido que la tierra y las aguas, pasando de la nada al ser, habían recibido al mismo tiempo el poder de dar, en

el día y la época fijada, á los seres vivientes, destinados á derramarse por los aires, por los abismos de los mares y por todos los puntos del globo, la vida y el movimiento que constituye el más bello ornamento de la naturaleza. Los seres vivientes no habrían aparecido, pues, en su estado actual, sino con el tiempo ó desenvolvimiento de los siglos.

En la más rígorosa y sublime significación de la creación, dice M. Miart, esta es la generación inmediata y absoluta de todas las cosas, sin medios ó materia preexistentes, y constituye un acto sobrenatural. Pero la palabra creación puede significar también la formación mediata y derivativa de los seres, en el sentido que hubiese sido dotada la materia preexistente del poder de hacer evolucionar en ella, con condiciones apropiadas, todas las diversas formas que toma subsecutivamente, habiendo sido conferido por Dios este poder desde el primer instante, y habiendo sido también constituidas las leyes por El á fin de que su acción deparase las condiciones favorables. Este modo de creación es la acción natural de Dios en el mundo ejerciéndose por la intermediación de las leyes. Es preciso admitir necesariamente que el alma del primer hombre fué el objeto y la causa de una creación inmediata y sobrenatural; pero puede admitirse para el cuerpo del primer hombre una creación mediata ó derivativa, por medio de la evolución. A ninguna de estas concesiones me inclino.

Apéndice D.—Estudio elemental de la Filología comparada. Origen de las lenguas y de las Religiones.—En el cuerpo de mi obra ni podía ni debía considerar la filología más que bajo un solo punto de vista: la diversidad de lenguas en manera alguna está en contradicción con la unidad de origen y de especie del género humano. Creo haberlo probado de sobras. Aprovecho la aparición de una entretenida obra de M. Félix Julien: (*Vaño al país de Babel*), para resumir los progresos hechos por la filología en estos úl-

timos años. La deducción de todas las conquistas de la ciencia es perfectamente ortodoxa. Cualquiera lenguaje humano ha sido circunscrito á tres familias de lenguas, constituyendo tres grupos de raíces correspondientes, sanscritas, semíticas, y turanianas. ¿Estas raíces reducidas á tres grupos son reducibles entre sí? ¿Afirman la unidad de origen y de especie del género humano? La ciencia, á pesar de todos sus esfuerzos, no ha podido demostrar lo imposible de esta unidad. En todo caso la unidad de especie y de tronco no excluye por medio de las lenguas la diversidad de origen.

En un bello volumen intitulado: *Los Salmos ó estudios preparatorios para la inteligencia del texto sagrado*, el reverendo P. Champion, jesuita, no ha vacilado en ir más lejos que M. Max Muller y M. Julien. Atrévase á afirmar y cree haber demostrado que la lengua hebrea es la lengua primitiva, la madre y la nodriza de todas las lenguas del mundo.

Apéndice E.—Año religioso de Abraham.—El abate Chevalier, cura de Mandes, de la diócesis de Versalles, cree haber encontrado en la tradición y la Biblia una nueva unidad cronológica, el año religioso usado entre la familia de Abraham, de siete meses lunares; lo cual permitiría señalar la fecha verdadera de los principales hechos de la historia santa, y resolver las grandísimas dificultades que presenta todavía la cronología bíblica. Es todo un nuevo sistema, muy poco probable en sí mismo, pero que yo resumo fielmente por no omitir nada de lo que puede ser favorable á la grande causa que defiendo. La adopción del año religioso de Abraham restablece el acuerdo, al menos en la apariencia, entre las contradictorias historias de Jacob y Esaú; arroja mucha luz sobre el período de los Juocos, tan confuso y aun tan contradictorio; restablece el acuerdo, hasta ahora imposible, de las tres cronologías de la Biblia, hebrea, samaritana y de los Setenta, como también entre las cronologías de Moisés, de

los Caldeos, Asirios, Egipcios, Chinos, etc. Pero, lo repito, las bases de este sistema son demasiado inciertas, y sólo se alcanza el resultado buscado por medios arbitrarios.

Apéndice F.—Cronología bíblica.—Un sabio filólogo y arqueólogo, M. Julio Oppert, cree haber alcanzado restablecer, después de largos estudios, la cronología bíblica. He creído bueno el resumir los artículos que sobre este objeto ha publicado dicho señor en los *Anales de filosofía cristiana*, y dar á luz sus deducciones, acompañadas de su cánón bíblico.

Apéndice G.—La antigüedad del hombre y el origen reciente del hombre.—Estos son los títulos de dos grandes obras, una de ellas de M. Carlos Lyell, cuarta edición, la otra de M. Jaime C. Southwell, de Filadelfia. Encuentro en el análisis que de ellas hago la confirmación plena y entera de las deducciones á que me han conducido mis largos estudios bíblicos, históricos, arqueológicos, geológicos y paleontológicos. Esta última obra es, por otra parte, un glorioso testimonio de la reacción que comienza y que será muy pronto completa.

Apéndice H.—Arqueología céltica y gálica, memorias y documentos relativos á las primeras edades de nuestra historia nacional, por M. Alejandro Bertrand, director del museo de San Germain.—Esta es la división de un libro cuya aparición es un feliz acontecimiento, y que yo con mucha diligencia analizo, porque restablece completamente los verdaderos principios sobre la antigüedad verdadera del hombre.—Los resultados de la arqueología no van desacordes con los datos de la historia.—Las innumerables excavaciones hechas en inmensas superficies no nos enseñan nada capaz de causar sorpresa alguna á los viejos historiadores.—La introducción de la geología en la arqueología no es de ningún modo necesaria y presenta graves peligros.—La palabra *edad*, de la que tanto se ha

abusado, es irracional, porque siempre vá más allá del alcance de los hechos.—Las razas animales desaparecen por otras influencias que las de la atmósfera.—La civilización no es indígena, es traída de fuera, etc., etc.

Apéndice I.—Los estudios prehistóricos del libre-pensamiento ante la ciencia. Respuesta á M. de Mortillet por M. Chabas.—*Los exploradores de Solutré, carta de M. Chabas al abate Duerot y á M. Arcelet.*—*Una estación prehistórica de Thorigné-en-Charnié* por el abate Marchand.—*El lecho prehistórico del Monte Dol* por el abate Hamard.—Estos son los títulos de cuatro interesantes folletos que analizo, porque todos cuatro son otros tantos mentis dados á la fábula de la antigüedad indefinida del género humano. M. Chabas, corresponsal del Instituto, sabio de mucha autoridad, afirma que no puede relegar los límites de la civilización histórica más allá de seis mil años, sin entrar en el dominio de la mitología; que en las Galias la edad de la piedra no se remonta más allá de tres mil años; y que no puede sentar por principio el hecho de la barbarie ó salvajez de los primeros hombres.—En los exploradores de Solutré, M. Chabas hace constar que, según confesión de M. Ferry, la estación de Solutré no se remonta más allá de la edad de la piedra pulida. Era otorgar demasiado; es preciso descender á la edad del bronce, pues que M. Estéban Recamier ha encontrado un anillo de este metal en el dedo de un esqueleto de Solutré.—Las exploraciones del abate Maillard desalojan con mucha ventaja la clasificación completamente arbitraria de M. Gustavo de Mortillet; en Thorigné, el sítico *Monasteriano* es contemporáneo del *Magdaleniano*; el *Solutriano*, así como la piedra pulida y la vasija de barro romana, pertenecen á la época galo-romana.—El abate Hamard no vacila en convenir que el lecho del monte Dol, prehistórico en el sentido que es extraño á la historia, no es sin embargo anterior á este, pues su fecha aproximadamente data del principio de la era actual.

Apéndice J.—La especie humana, por M. de Quatrefages, miembro del Instituto de la Academia de ciencias y profesor de antropología en el Museo de historia natural. Feliz soy en poder hacer constar por el análisis que el mismo autor, cuya moderación, autoridad y ciencia nadie pondrá en duda, hace de su bueno y bello libro, que da completamente la razón á la Revelación (sin que con todo eso se meta en cosa alguna que á ella ataña, y permaneciendo en un terreno puramente científico) en todos los puntos esenciales: la unidad de origen, de especie y de centro de la creación, ó sea del tronco de todas las razas humanas: la aparición relativamente reciente del hombre en la tierra: la improbabilidad absoluta de los sistemas de Evolución, ó del Darwinismo, y de la descendencia del hombre del mono, etc. M. de Quatrefages no es tan firme sobre la fecha absoluta de la creación del hombre, porque, en contradicción con sus antiguos principios, no se ha librado bastante de las pretensiones de la Geología; sin embargo sus valuaciones hallanse encerradas entre los límites extremos de la cronología bíblica.

TOMO TERCERO.

LA FE Y LA CIENCIA.

(CONTINUACION Y FIN.)

Capítulo nuevo.—La verdad absoluta de los Libros santos.—No cesaremos de confesarlo: la inspiración concedida á los escritores sagrados no tuvo directamente por objeto constituirles en estado de sabios y hacer caer de su pluma el conocimiento dogmático de las leyes y fenómenos del universo. Podríamos conceder que enunciaron sencillamente los hechos de la naturaleza con el solo intento de darse á entender de aquellos á quienes dirigíanse; que la asistencia especial que recibieron limitóse á preservarlos de cualquier error personal, acerca del dogma y de la moral; que narraron muchos hechos según la opinión reinante en la época en que estos acontecieron; que se acomodaron á las ideas del tiempo y del vulgo, conformándose al espesarlos á la manera vulgar de presentar los fenómenos, etc. Pero no podré hacer estas concesiones, mientras la necesidad de ello no sea rigurosamente demostrada, mientras no se haya probado la existencia, en la santa Biblia, de un error científico evidente ó cierto. Ha llegado el momento de probar: 1.º que no se ha dado esta prueba; 2.º que de hecho todos los pasajes de los Libros santos que están relacionados con la ciencia son admirables por su verdad, y están en tan perfecta armonía con los oráculos de la ciencia más adelantada, que no se puede prohibir el mirarlos como divinamente inspirados;

Apéndice J.—La especie humana, por M. de Quatrefages, miembro del Instituto de la Academia de ciencias y profesor de antropología en el Museo de historia natural. Feliz soy en poder hacer constar por el análisis que el mismo autor, cuya moderación, autoridad y ciencia nadie pondrá en duda, hace de su bueno y bello libro, que da completamente la razón á la Revelación (sin que con todo eso se meta en cosa alguna que á ella ataña, y permaneciendo en un terreno puramente científico) en todos los puntos esenciales: la unidad de origen, de especie y de centro de la creación, ó sea del tronco de todas las razas humanas: la aparición relativamente reciente del hombre en la tierra: la improbabilidad absoluta de los sistemas de Evolución, ó del Darwinismo, y de la descendencia del hombre del mono, etc. M. de Quatrefages no es tan firme sobre la fecha absoluta de la creación del hombre, porque, en contradicción con sus antiguos principios, no se ha librado bastante de las pretensiones de la Geología; sin embargo sus valuaciones hallanse encerradas entre los límites extremos de la cronología bíblica.

TOMO TERCERO.

LA FE Y LA CIENCIA.

(CONTINUACION Y FIN.)

Capítulo nuevo.—La verdad absoluta de los Libros santos.—No cesaremos de confesarlo: la inspiración concedida á los escritores sagrados no tuvo directamente por objeto constituirles en estado de sabios y hacer caer de su pluma el conocimiento dogmático de las leyes y fenómenos del universo. Podríamos conceder que enunciaron sencillamente los hechos de la naturaleza con el solo intento de darse á entender de aquellos á quienes dirigíanse; que la asistencia especial que recibieron limitóse á preservarlos de cualquier error personal, acerca del dogma y de la moral; que narraron muchos hechos según la opinión reinante en la época en que estos acontecieron; que se acomodaron á las ideas del tiempo y del vulgo, conformándose al espresarlos á la manera vulgar de presentar los fenómenos, etc. Pero no podré hacer estas concesiones, mientras la necesidad de ello no sea rigurosamente demostrada, mientras no se haya probado la existencia, en la santa Biblia, de un error científico evidente ó cierto. Ha llegado el momento de probar: 1.º que no se ha dado esta prueba; 2.º que de hecho todos los pasajes de los Libros santos que están relacionados con la ciencia son admirables por su verdad, y están en tan perfecta armonía con los oráculos de la ciencia más adelantada, que no se puede prohibir el mirarlos como divinamente inspirados;

y 3.º que, si en cierto punto parece andan desacordes la Revelación y la ciencia, sobre todo y únicamente es porque la ciencia no ha hecho aún bastantes progresos.

Como ejemplo de la armonía que ha llegado á haber entre la santa Biblia y una ciencia muy adelantada, cité ya lo siguiente: el papel de la sangre en la vida fisiológica de los animales; á la cual Moisés llama su alma; la teoría de los vientos alisios; la precipitación de la lluvia por el rayo; la constitución del sol en estado de astro despues de la creación del fluido luminoso; la novedad del arco-iris despues del diluvio; el fuego asociado á las tinieblas, ardiendo sin materia inflamable, etc.

Los más recientes progresos han multiplicado aún más estas concordancias.

—El firmamento que Dios extendió ó desarrolló en el espacio, debía ser una especie de materia difusa, que es tal vez la materia firmamentaria descubierta y estudiada por M. Tyndall.

—El espectróscopo de M. Janssen nos ha revelado la presencia de aguas superiores en los espacios celestes.

—Inmediatamente despues del caos, y cuando llegó el momento de hacer que cesara, organizándolo, la santa Escritura hace intervenir la luz, el éter luminoso. Y hé aquí que en fin, rechazando la ciencia la falsedad de la atracción universal, de la que por tanto tiempo mostróse tan fiere, llega á demostrar que el fluido luminoso ó éter, no tan sólo infinitamente consistente, sino tambien infinitamente elástico; cuyas moléculas ó átomos, animados por movimientos muy rápidos, hacen excursiones no tan sólo infinitamente pequeñas, sino tambien infinitamente numerosas, es el verdadero origen de las aparentes atracciones de los cuerpos celestes, de la condensación de la materia nebulosa, de la formación de los mundos estelares y planetarios. El solo *fiat lux* de Moisés constituiría la grande síntesis de los fenómenos del universo.

—El autor del libro de la *Sabiduría*, no haciendo intervenir en la formación de los mundos más que una cierta

ley, la ley de atracción aparente causada por la impulsión real de las vibraciones etéreas, y cierto movimiento giratorio, ¿no nos revela á su vez la síntesis del universo: materia, éter, movimiento de traslación, de rotación y de ondulaciones? Y cuando el mismo autor nos dice, que el Creador dispúso todo con medida, número y peso, ¿no anuncia implícitamente la ley de los volúmenes, de las proporciones múltiples y de los equivalentes de la química y geología modernas?

—En la promesa hecha por Dios á Abraham, el número de estrellas del cielo es comparado á los innumerables granos de arena de las orillas de los mares, á los innumerables granos de polvo de la tierra. Esta grandiosa comparación seguramente no se aplicaba al corto número de estrellas visibles á simple vista; era como un conocimiento anticipado de lo que los gigantescos telescopios de Herschell, de lord Rosse, etc., debían revelarnos más tarde sobre la incommensurabilidad de las estrellas, sobre los grupos estelares y de las nebulosas.

—Sólo el espectróscopo, este incomparable instrumento del astrónomo de los modernos tiempos, podía dar todo su alcance á estas singulares palabras de S. Pablo: «Distinta es la claridad del sol, distinta la claridad de la luna, distinta la claridad de las estrellas; porque la estrella difiere de la estrella por su claridad.» En efecto, el análisis espectral ha probado que las diversas luces difieren, no tan sólo por su intensidad, sino tambien por su naturaleza y movimientos.

—San Pedro con la mayor claridad dice que la tierra fué formada del agua y por el agua; pues bien, la mayoría de los geólogos decláranse hoy día por la teoría neptuniana en contra de la teoría plutoniana. El Apóstol decía mas claramente aún que la tierra terminaría por el fuego; pues bien, la disociación por medio del calor de los elementos de la tierra es un dogma fundamental de los gémetras mecánicos.

—El profundo estudio de la hibridez, revelando á M.

Nágin que las plantas nacidas de la mezcla de dos especies son las más de las veces estériles, porque sus órganos sexuales están modificados y alterados, nos explica porque Moisés prohibía tan formalmente á los Hebreos sembrar sus campos con granos mezclados.

Podría añadir este comentario inesperado y maravilloso de la ciencia moderna á todo lo que he llamado la ciencia de la Biblia, y demostrar de este modo que los Libreros, en todos los puntos que tocan á la ciencia, están mucho más adelantados de lo que se cree estaba la ciencia de su tiempo. Pero tratase sobre todo de probar que jamás han cometido errores científicos, ó que no se hicieron eco de los errores populares de sus tiempos; en una palabra, que la que en la Biblia se relaciona con la ciencia es absolutamente verdad.

Hecho de la historia natural.—El libro de los Jueces nos cuenta que Sanson encontró, después de algunos días de haberle muerto, en las fauces de un león un panal de miel. Volvire proclama esta asercion impertinente y falsa. Los más autorizados apicultores afirman que una colonia de abejas, domésticas ó salvajes, puede en una hora ó dos construir un panal de un decímetro cuadrado y llenarlo de miel.

Avestruz.—Job dice que la *avestruz* era cruel, que estaba privada de sabiduría é inteligencia, porque abandonaba sus huevos sin empollarlos. Los naturalistas del siglo XVIII presentaban que esto sería un error de observacion. Pero el mismo Darwin afirma que el instinto de la *avestruz* no le permite aun tiempo de fijarse y perfeccionarse bastante para hacerla empollar todos sus huevos, pues que encontraron dia de caza una veintena de ellos extraviados y podridos.

—El autor del libro de los Proverbios decía de la *hormiga*: Aunque ni lengua ni jefe, ni amo, ni príncipe, prepara en el verano su comida, y acumula durante la siega lo que debe comer. Reaumur y casi todos los naturalistas habiau-

se atrevido á decir que estos pretendidos depósitos nada tienen de real, que las hormigas ni saben lo que es hacer provisiones. Era una ligereza de la ciencia que no habia observado que las hormigas, en las regiones frías, duermen durante el invierno. Un jóven naturalista inglés que las observó en un clima más dulce, en Menton, probó de *visu* que los granos acumulados en los graneros hábilmente contruidos sirven realmente para el alimento de las hormigas. Vió á estos insectos separar las partículas de un grano de mijo, húmedo y libre de su perispermo, para introducirselo en la boca. Las hormigas tienen una madre, pero su existencia es toda interior; jamás sale y no manda las evoluciones de sus hijas. Salomon sabia en esto más que los naturalistas de todos los siglos.

—Pretendíase que el *unicornio* fuese un animal imposible, en el sentido que un cuerno único, en la base del hueso frontal, repugnaba á las leyes de la anatomía. La ciencia moderna no nos ha manifestado claramente todavía cuál es el animal del cual ha dicho la santa Biblia: Librados de los dientes de los leones y del cuerno del unicornio! Pero nos ha probado la existencia de dos cuerdas de un solo cuerno, muy diferentes el uno del otro. Uno de ellos es el antilope, y el otro el rinoceronte ó aboukarn del África meridional. Este último animal concuerda más con las palabras y el sentido de los pasajes en que se trata del unicornio, con tanta más razon en cuanto el vocablo hebreo que se traduce por unicornio tradúcese en otras partes por rinoceronte.

La liebre.—El animal impuro, de pezuña hundida, del cual se trata en el Levítico, y cuyo nombre hebreo ha traducido la *Vulgata liebre*, es con mucha probabilidad, siguiendo la opinion de M. Milne Edwards, el pequeño mamífero, conocido entre los hebreos con el nombre de *daman*. Es preciso ser muy cauto en las deducciones para aplicar los nombres empieados por los traductores y los autores antiguos; porque los modernos están siempre dispuestos á aplicar á las especies, nuevas segun ellos, los

nombres de las especies antiguas con las que tienen más ó menos semejanza.

La distinción de *animales puros é impuros*, limpios é impuros, por la cual tanto se ha acriminado á Moisés, fundase con toda certeza en los principios de una ciencia muy adelantada, cuyo secreto no hemos logrado conocer. Los animales, que aun hoy día tiene el hombre repugnancia en comerlos, aunque su carne no sea dañina para la salud, sino que algunas veces, al contrario, es muy delicada, eran mirados todos como impuros.

—Pretendíase que las *langostas* de san Juan Bautista fuese un alimento imposible, y sin embargo son en Oriente un alimento histórico y contemporáneo. Cómense las langostas, hechas de diversos modos, y se les encuentra bastante buen gusto.

—El *pez de Tobias*, encontrado en el Tigris y de bastante magnitud para espantar á un joven ya adulto, fué proclamado una fábula; pues bien, este pez existe aun hoy día. M. Víctor Place, cónsul de Francia en Mossoul, vió coger uno que pesaba 300 libras y encontró demasiado pequeño para enviarlo al Museo de historia natural.

El *excremento de galatrina*, rico en ácido úrico ó en amoniaco, pudo muy bien ejercer una accion deletérea en la segunda ténica del ojo del anciano Tobias, y cubrirla de telas opacas. Por otra parte, si el bisturi puede hacerlo, si la abrasion de una ó de muchas telillas opacas del ojo puede hacerlo tambien, con mucha más razon pudo verificarse el milagro.

El *pez de Jonás*, que el texto hebreo denomina grande pez, pudo ser una ballena, como se ven aun hoy día en el Mediterráneo, ó una balla de la especie de los gatos marinos, de bastante magnitud para tragarse un hombre, ó simplemente un cocodrilo ó un liburón. Lo que la historia natural nos cuenta de estos monstruos marinos hace posibles todos los rasgos del relato bíblico.

La situacion de Jonás en el vientre del pez puede ser comparada á la de un niño que hábita en el seno de su

madre, á la de esos sapos que permanecen sepultados entre durísimas piedras y que se ha visto salir vivos despues de un tiempo indefinido. La Academia de ciencias vióse obligada á admitir la posibilidad de este hecho, confirmado además por una experiencia directa y positiva de M. Márcos Seguin. M. Babinet miraba como cierto que los Indios, por una pequeña suma de dinero, dejábanse enterrar y sembrar sobre sus cuerpos arroz, desenterrándolos vivos despues de la cosecha. Este hecho y el del sapo que sale vivo de la piedra, hechos simplemente naturales, son tan extraordinarios como el hecho sobrenatural de Jonás, que permaneció tres días y tres noches en el flexible vientre del gran pez.

—Lo de las trescientas *zorras* que Sanson lauzó sobre las mieses de los Filisteos para incendiárselas parece á su vez una fábula; pero estas zorras eran chacales, animales muy mansos, casi domésticos, que dejábanse coger sin trabajo, que abundaban y abundan todavia así en Palestina como en Argelia.

—Los *corderos manchados de Jacob*. Voltaire ha dicho del medio empleado por Jacob para hacer engendrar por sus ovejas corderos manchados (*de las ramas verdes despojadas en parte de su corteza*), que colocaba en las orillas de los arroyos durante la época del celo: «Esta particularidad de la historia de Jacob ajustada á una preocupacion impertinente, pero muy antigua, prueba que nada es más antiguo como el error». Tratar de preocupacion impertinente el hecho de la influencia de la imaginacion de la madre sobre la concepcion, más que una impertinencia, es una degradante ignorancia, porque á menudo ha probado la ciencia esta estraña influencia. Pero hé aquí que en estos últimos años, los hechos análogos á los de las ovejas de Jacob se han multiplicado de tal modo, que se ha llegado á decir, en plena sesion de la Sociedad general y central de agricultura de Francia: «El estraño hecho de Jacob es corroborado por todas las generaciones de ganaderos. Y seria muy útil calcular y preparar anticipadamen-

le, como lo hacia Jacob, qué influencia ejerce en los animales reproductores, en el momento del celo y de la concepcion, la vista de objetos deformes y de colores que resaltan, ó la condicion del centro habitual en que viven, etc. Esta influencia puede ser utilizada por los ganaderos. Aun todavia esta vez la verdad absoluta y el progreso estaban de parte de la Santa Escritura, y el error y la rutina de parte de la incredulidad. ¡Ah! si la ciencia tuviese una confianza entera en la Revelacion:

—¿Cómo dos osos pudieron vengar a Eliseo? No hay osos en Palestina; el clima no es bastante frío, y faltan bosques! El oso blanco y el oso negro exigen tal vez un clima frío; pero el oso bayo y el gris habitaban en los climas templados y aun cálidos, como la Libia y la Numidia, de donde los sacaron los Romanos en gran número. Aun en los tiempos modernos, la Samaria, allá donde vivia Eliseo, estaba cubierta de bosques.

—Admirárase de que los caballos fuesen llevados a Salomon de Egipto en donde eran muy raros; pues bien, los hechos afirmados por los monumentos de Egipto están en pleno acuerdo con los hechos de la Biblia. El asno era empleado de una manera universal en Egipto y Siria como animal de carga, desde los tiempos más remotos, según acreditan los monumentos. El caballo, al contrario, permaneció desconocido, en los países del Sud-Oeste del Eufrates, hasta que los pastores dominaron en Egipto, es decir a principios del siglo XIX antes de la era cristiana. Pero más tarde, y por consiguiente en los tiempos de Salomon, los caballos fueron muy abundantes en Egipto.

—No es preciso admirarse por ver indicada en la Palestina un rebaño de cerdos. La ley que prohibía a los judíos comer carne de cerdo no les prohibía criarlos. El asno y el perro eran animales inmundos como el cerdo, y estaban sin embargo en uso común entre los israelitas. Por otra parte, Gerasa estaba situada en la Decápolis, era muy renombrada por sus bosques de robles, y la mayor parte de sus habitantes eran paganos.

—No es creíble, decía Voltaire, que los *avispones* hayan puesto en fuga al Heveo, al Chanaanó y al Heleo! Pues bien, una multitud de historiadores nos cuentan hechos semejantes. M. de Castelnau, cónsul en Africa, hace la historia de una mosquita, la Thetá, apenas mayor que la que habita en nuestras casas, la cual mataba con sus picadas a los animales domésticos, hacia que la region fuese inhabitable, y obligaba á retroceder a las caravanas.

—Encuéntranse excesivas estas palabras del Génesis: *¡Con dolor parirás los hijos!* Y sin embargo un habillísimo profesor de obstetricia, M. E. Verrier, no vacila en decir: «No puede establecerse comparacion alguna entre el dolor y los peligros de la parturicion de las hembras salvajes y los de las hembras domésticas. La distancia que separa bajo el mismo punto de vista á la compañera de nuestra existencia de las hembras domésticas es tan grande como la distancia entre aquellas y las hembras salvajes.

—La existencia en los tiempos antiguos, no solamente de gigantes individuales, sino tambien de razas de gigantes, no puede ser puesta en duda. Los gigantes hacen un gran papel en las tradiciones de todos los pueblos; y aun más, estas tradiciones están acordes en presentar á los gigantes como hombres malos que sucumben en su lucha con el principio de todo bien. Los gigantes del Génesis no son, pues, ni imposibles, ni absurdos. Los gigantes de la raza de Enoch, los *Funqueros*, comparados con los cuales no eran los enviados de Josué más que langostas, son tal vez los antecesores de todos los gigantes de la historia, aun de los de la tierra magallánica ó de los Patagones, porque, arrojados por Josué, esparjáronse por doquiera.

—Los *Pigmeos* ó *Ganaditas*, guardianes de las torres de Tiro, pueden haber sido los *Bess* ó los *Akkas*, ó los *Niam-niam* (*niam* en egipcio significa *enano*) con los cuales traficaban los Fenicios, y que habitaban y habitaban todavia la costa meridional del golfo de Aden. En todo caso no hubiera habido en claro en la Biblia; si no hubiese señalado la existencia de los gigantes y de los pigmeos ó enanos?

—La duración prodigiosa de la vida de los primeros hombres es una de las más admirables cosas de la historia del mundo antes del diluvio; pero cuanto más extraordinaria es, más toma el carácter de un notabilísimo hecho histórico, que ha debido dejar en la memoria de los hombres impercederos recuerdos. Encuétrase, en efecto, en los anales de todos los pueblos, «Supérfluo sería, dice el doctor Poissac, en su libro de la Longevidad humana, buscar la explicación de cómo los hombres pudieron vivir ocho ó nueve siglos! Más pronto deberíanse esforzar en comprender por qué sucesión de deterioración natural, original ó adquirida, encuéntrase la raza humana reducida á los límites actuales... ¿Por qué la muerte? ¿Hé aquí lo incomprendible y el misterio! Antes del diluvio, sin duda, el aire atmosférico era menos rico en oxígeno, más cargado de vapor de agua y de ácido carbónico, la respiración menos activa, la temperatura más igual el desarrollo mucho más lento. El hombre podía no llegar á la pubertad hasta los ciento treinta años; y si es verdad que la duración de la vida sea siete veces la del desarrollo, el hombre podía en efecto alcanzar ciento treinta veces siete, ó sea novecientos diez años.

—De ningún modo es admirable que no haya podido adivinarse todavía cuáles eran los animales monstruosos que Job designa con los nombres de *Leviathan* y *Behemoth*. El *Leviathan* es tal vez el cocodrilo ó la ballena; el *Behemoth*, el hipopótamo, el rinoceronte ó el elefante. Todos dos pudieron pertenecer á las razas de los grandes mamíferos que desaparecieron.

—Los treinta y dos elefantes de combate del rey Antíoco nada tienen de increíble. Julio César hizo combatir en el circo veinte elefantes, llevando torres de madera en cada uno de las cuales había sesenta hombres. El elefante de combate con sus torres era y es todavía común en las Indias.

—Es preciso ver necesariamente un milagro en el número inmenso de *codornices* que cayeron sobre el campo

de los Hebreos; pero el hecho extraordinario anunciado anticipadamente por Moisés no es más que la exaltación ó la exageración divina de un hecho científico y completamente natural. En efecto, las codornices fatigadas por un largo viaje, déjense coger, aun hoy día, de la mano en los lugares en que sirvieron de alimento á los Hebreos. Los Hebreos pudieron conservar sus carnes, ya sea sencillamente haciéndolas desecar al redor del campo, porque el clima de Egipto es eminentemente seco y conservador; ó ya sea salándolas y haciéndolas secar al sol, porque la sal era muy abundante en las orillas del mar Rojo, y en los lagos amargos vecinos al punto en que los Hebreos atravesaron este mar.

—El *grifo*, del cual se ha pretendido hacer un animal fabuloso, era probablemente el condor ó el pigargo. El *ifíon* era un ave de rápida congénere del milano y del buitre. Podemos no saber qué aves corresponden á los nombres hebreos del Génesis, pero por lo mismo que se prohibía su carne, debían existir y ser conocidos de todos.

—La *ardiente serpiente del desierto* era muy probablemente la hidra, ó la chushida de Cuvier, cuya mordedura causa inflamaciones y ardientes dolores; se encuentra aun hoy día en el desierto, y los Arabes la consideran como muy ponzoñosa.

—El demonio para tentar á Eva pudo tomar la forma de *serpiente*, la cual no era entonces un objeto de horror como es ahora, y que tal vez no ha llegado á serlo, sino por el infernal papel que tuvo que representar, y por la maldición de que fué objeto. Su intervención es un hecho sobrenatural y maravilloso, que en nada contraria á la razón, que la razón al contrario nos obliga á que aceptemos, porque sería imposible explicar sin él este otro hecho de historia y mitología, que el demonio ó la serpiente que le sirve de emblema encuéntrase en las tradiciones de todos los pueblos, y encuéntrase en ellas con varios tipos á la vez, como un sér bueno y de superior naturaleza á la nuestra, como un sér malo y causa de nuestras

desgracias, y como un ser en relacion particular con la mujer. La fábula universal supone y demuestra invenciblemente la historia.

—Opónese á la cronología bíblica la existencia de ciertos árboles, el *Baobab*, por ejemplo, á los cuales es preciso señalar una antigüedad extraordinaria de más de seis mil años, por su enorme corpulencia y su indefinido número de capas de crecimiento anual. Pero el baobab pudo escapar al diluvio que no destruyó el mundo vegetal; y un botánico, que lo ha observado de cerca, afirma que puede formar hasta veinticinco capas por año. Además la creación de los vegetales ha precedido de mucho á la de los animales y á la del hombre.

—El *cominillo* del Evangelio es sin duda el *lotium tenui-ventosa*, la yerba de los borrachos, gramínea anual, común á los campos de trigo.

—Ha hecho amenaza á los Judios con no ver más *florecer su higuera*; se ha querido encontrar esta amenaza ridicula, porque, dicen, la higuera jamás florece; es un grande error. El fruto de la higuera tiene al mismo tiempo la flor; la flor de la higuera es también doble, macho y hembra. La higuera de Bethania fue maldecida, porque no daba frutos en tiempo de los bigos.

—El *cenabe* del Evangelio pudo muy bien no ser más que la herbácea que designamos con los nombres *sinapis alba* ó *sinapis nigra*. Puede ser una planta arborescente ó un árbol, como los *sinapis* de que habla el Talmud, y sobre el cual subíase como sobre una higuera.

—Muy bien se ha podido decir del trigo, confiado á la tierra, que muere, porque el cuerpo del grano se descompone y sirve de alimento al gérmen. La oxidación, que es el punto de partida de la germinación, es una verdadera combustión ó disolución, una especie de muerte.

—En el *maná del desierto*, así como cuando las codornices, es posible que el hecho sobrenatural haya venido á injertarse sobre el hecho natural, engrandecido, multiplicado por el poder divino, de manera que alcance las por-

porciones de milagro. El maná celeste puede haber tenido alguna analogía con el maná que produce el tamarindo del Sinai y de la Siria; el hecho natural puede ser considerado como el engendro del hecho sobrenatural, indicando la posibilidad científica de la alimentación milagrosa. Pero para nosotros las cimas de los árboles desaparecen, ó son reemplazadas por las regiones del aire y del cielo. Es Dios quien interviene directamente, quien dá á su pueblo un alimento completo.

—Las *cebollas* de Egipto no han perdido nada de su sabor, y no ceden en nada á los mejores frutos de Francia. ¿Por qué los israelitas no las habían de echar de menos?

—La *madera de la fuente de Mara* era el berberis al cual aun hoy día se atribuye en el desierto la propiedad de quitar á las aguas su amargura? Esto no es imposible. Pero no vacilamos en admitir el milagro. El trocito de leño, arrojado á la fuente, si hubiese simplemente obrado por una virtud natural, hubiera estado evidentemente fuera de proporcion con la inmensa cantidad de agua que debía convertir en potable.

—Job concede al *árbol muerto* la posibilidad de que reverdezca. ¿Por qué no? Un árbol decaído, escariado, seco, acepillado puede llamarse ciertamente un árbol muerto. Sin embargo se han visto reverdecer árboles así mutilados. La vida del árbol, múltiple hasta el exceso, es incomparablemente más tenaz que la del hombre, cuerpo vivificado por una única alma.

—No es muy natural atribuir la *incombustibilidad* de los árboles de Setim, árboles que servían para la construcción del altar y de los báculos, al bronce con que enteramente estaban cubiertos?

—La *triple cosecha del año sexto* podría, en rigor, y hasta cierto punto, explicarse naturalmente; entonces que la cultura intensiva no existía, que los abonos químicos no habían sido inventados, el burbecho del año séptimo, con desmenuzamiento del suelo, era una necesidad absoluta. Y no es dudoso que este exceso de cosecha asegurado por

esta buena repartición de tierras, equivalía á una triple cosecha del año sexto. Sin embargo, la fidelidad con que los judíos observaban esta rigurosa ley, ruinosa en la apariencia, la actividad con que al volver de la cautividad obligáronse todos solemnemente á dejar la tierra sin cultura el año séptimo, parece indicar que la triple cosecha del año sexto era una milagrosa realidad.

—La *lepra de las ropajes y de las habitaciones* no es una imaginación ridícula como quieró Voltaire; explicase perfectamente por el gran descubrimiento de M. Pasteur, de que todos á casi todos los contagios, fermentaciones y putrefacciones tienen por causas los seres infinitamente pequeños ó microscópicos, vegetales y animales, esporos, mucosidades, hongos, mohos, vibriones, bacterias, etc. Es de la naturaleza de los mucosidades dar nacimiento á las manchas blancas ó rojas, más ó menos penetrantes, más ó menos persistentes, y de ningún modo es imposible que la lepra sea engendrada ó comunicada por estos pequeños seres. La teoría de Moisés sobre la lepra, era, pues, de ciencia muy adelantada, demasiado adelantada para la ignorante ineducación del siglo xviii. En la colonia inglesa del Cabo, la lepra de las casas es una infección bien conocida, de que han sido víctimas muchos gobernadores ó cónsules europeos.

—Crítese sin fundamento la expresión de san Pablo que un poco de *levadura corrompe la pasta*. La levadura, en efecto, determina la fermentación de la pasta; pues bien, toda fermentación supone verdadera descomposición, y toda sustancia, descompuesta, es una sustancia realmente corrompida. En las teorías modernas la fermentación y la putrefacción son operaciones naturales de la misma especie.

—En el Génesis y otros lugares hácese mención de la *vid y del vino*; pues bien, Herodoto dice que no había vino en Egipto. Pero en la gran descripción del Egipto, M. Coste describe detalladamente la vendimia egipcia, desde el corte de la vid hasta la prensadura de los raci-

mos, tal como la ha encontrado relatada en el hipogeo de Helethen. Encuéntranse en las antiguas ciudades egipcias fragmentos de ánfora, impregnados todavía en tártaro depositado por el vino. ¡Qué triunfo para la verdad bíblica! Con toda certeza es esta vez Herodoto el padre de la falsedad.

—Es faltar á la historia pretender, como lo hacía Voltaire, que la *Palestina* era un país de poca extensión, seco, pedregoso y estéril. La tierra de Promisión, tomada en toda su extensión, comprende la Siria, desde el monte Tauro y el Eufrates hasta el Egipto y el mar Rojo; es un país vasto y fecundo, que iguala, si no excede, al soberbio y fértil Egipto.

—En las cercanías del monte Ararat, allá donde el arca debió detenerse, la paloma encontró un ramo de *olivo*; pues bien, Tournefort, hablando de lo que vio por los alrededores de las Tres-Iglesias, villa de la Armenia, afirma que encontró allí hermosos viñedos, pero que faltan olivares. ¡Las Tres-Iglesias no son toda la Armenia! Al contrario, Estabon decía que en la Armenia abundaban los olivares, pero que la vid no crecía en ella. ¡Es faltar también á la ciencia y á la historia el suponer que un arbusto, después de haber florecido en una región, no puede dejar de ser cultivado ó de prosperar en ella! ¡Y los viñedos de Picardía! ¡Un turista inglés acaba de subir á la cumbre del monte Ararat! ¡Ah! ¡si nos trajese un fragmento del arca!

Capítulo décimo.—Verdad absoluta de los Libros santos (continuación).—*Ciencias físicas y matemáticas.*—*El milagro de Josué.* Admitimos que el mandato de Josué *Sic, rot, el sol se paró*, y que lo mismo hizo la luna; pero que tal vez el mandato de Josué dirigiese á la tierra, á la cual ordenaba cesase de girar sobre sí misma, ó al rededor de su eje de rotación. Espresándose de este modo, ¡ha dicho Josué una frase hueca de sentido ó un error? ¡Ha querido decir que la tierra no giraba sobre su eje, que era el sol el que verificaba al rededor de ella su revolución diurna? ¡No, evidentemente no! Los astrónomos actuales, decía

Francisco Arago, creen incontestablemente en el movimiento de la tierra, en la inmovilidad relativa del sol, y sin embargo dicen todos sin escepcion: el sol sale, el sol pasa por el meridiano, el sol se pone. Y lo que dicen del sol, dicenlo de los planetas, de los cometas, de las estrellas, de las nebulosas, de todos los cuerpos celestes. Si Josué, añadía Arago, hubiese esciamado: Tierra, detente, no solamente ninguna soldado de su ejército le hubiera entendido, sino que hubiera hablado una lengua imposible, anticientífica. Es una de las grandes leyes de la mecánica el que no tenemos conciencia alguna del movimiento ó de los movimientos de rotacion ó de traslacion del sistema de que formamos parte. Referimos necesaria y fatalmente los movimientos que sufrimos al sistema del cual no formamos parte. El lenguaje de Josué es de tal modo natural y científico, que la ciencia más audaz no se atrevería á buscar y no podría inventar otro semejante. ¡Y la palabra *solfsticio* admitida por todos!

Pero si verdaderamente la tierra cesó de girar sobre su eje, cómo los objetos colocados en su superficie no fueron violentamente proyectados en el espacio? La objecion es natural. El que detiene un globo inmenso en movimiento, con mucha más razon puede mantener en su sitio á los objetos colocados sobre el globo. Para dar más fuerza á la objecion, algunos semi-sabios fingien confundir la detencion del movimiento de rotacion de la tierra con la detencion de su movimiento de traslacion sobre su órbita al rededor del sol. Pues bien, la velocidad del movimiento de traslacion, de treinta kilómetros cuatro décimos cada hora, es muy grande con relacion á la velocidad del movimiento de rotacion, que no es más que de cuarenta y cuatro céntimos de kilómetro. Si fuese súbitamente detenido, el movimiento de traslacion ó de mole cambiarse en movimiento molecular ó atómico, lo cual daría nacimiento á un calor enorme, capaz, muy probablemente, de fundir la mole entera de la tierra, de convertirla en vapor y disiparla en el espacio. Y sin embargo, concíbese que

la omnipotencia divina, animando simultáneamente cada molécula ó cada átomo con un movimiento igual, pero en contrario sentido al que resultaría para ese átomo ó para esta molécula de la extincion instantánea del movimiento de traslacion, pudo cerrar la salida del calor molecular ó atómico, y conjurar las terribles consecuencias de la detencion súbita del globo terrestre sobre su órbita. Pero en el milagro de Josué, tratábase más bien de extinguir la velocidad de la rotacion de la tierra, que de anular el efecto de la fuerza centrífuga, que, en su máximo, haria correr á un motor tres centímetros por segundo. Y concibiendo que cada objeto en la superficie de la tierra hubiese sido animado por una velocidad igual y en contrario sentido, el equilibrio se hubiera mantenido. Pero es absurdo el querer comparar el modo de accion de Dios al modo de accion del hombre. No estamos bastante enterados de esta gran verdad revelada por san Pablo: «Nosotros somos, vivimos y nos movemos en Dios.» El movimiento, que es para nosotros algo de absoluto y relativo á la vez, no existe para Dios.» Se hace en El y por El; cómo no será, pues, su moderador? Todas las energias actuales, virtuales, potenciales del mundo material, sólo son manifestaciones de la energia infinita del sér necesario.

El milagro de Josué supone dos ó aun tres cosas: la redondez de la tierra, su rotacion en torno de su eje, su traslacion en su órbita al rededor del sol. No tenemos la pretension de afirmar que estos tres fenómenos sean enunciadados ó enunciados formalmente por los Libros santos; pero estamos en disposicion de probar que más bien son afirmados que negados. En efecto, uno de los vocablos hebreos, con que es sin cesar designada la tierra, significa globo ó cuerpo redondo. Job dice que Dios suspende la tierra sobre la nada; que la coge por sus extremidades ó polos, y que la sacude violentamente para arrojar á los impíos de su superficie; lo que todavía supone un globo suspendido en el espacio. El Sabio invoca el tiempo en que Dios no había dado todavía sus goznes á

la tierra. Isaías muéstranos á Dios, lomando con tres dedos la masa de la tierra y arrojándola en una balanza para pesarla, sentándose sobre sus contornos, sobre su redondez, dándole su forma y labrándola redonda. Todo esto evidentemente proclama redonda á la tierra. Muchos Santos Padres entendieron así. San Agustín dice que la tierra es globulosa y redonda, suspendida en el vacío de los cielos. Rafael, intérprete espontáneo y fiel de la tradición en sus magníficos cuadros de la creación de las salas del Vaticano, ha representado siempre á la tierra bajo la forma de un globo redondo; y en la grande escena de descenso del día séptimo, muéstranos á Dios, apoyando los pies sobre un pequeño globo redondo. Por lo mismo que la tradición bíblica, atestiguada por Rafael, hacia á la tierra redonda, suponíala implícitamente animado por un movimiento sobre su órbita, porque es de la esencia de un cuerpo redondo el moverse y rodar; no puede ser concebida la tierra suspendida en el espacio sin estar animada por un movimiento bastante rápido de traslación. También san Agustín decía que la tierra se balanceaba en el vacío; y el cardenal de Cusa, muerto en 1464, tenía por cosa muy cierta que la tierra moviase en realidad sobre su órbita, aunque este movimiento no fuese en manera alguna sensible.

La redondez de la tierra, su rotación diurna y su revolución anual, son, pues, equivalentemente afirmadas por la Biblia: Y sin embargo la Iglesia católica, representada por su cabeza Urbano VIII y por las congregaciones romanas, condenó estas verdades, incontestables hoy día, y las condenó afirmando que eran contrarias á la Santa Escritura. Es el doloroso episodio de las dos condenaciones de Galileo, que discuto en todos sus esenciales detalles.

La primera condenación fué la del 24 de febrero de 1616: esta visiblemente no es más que una censura del sistema de Copérnico en los puntos en que se miñe en letra contraria á la Santa Escritura (porque un segundo decreto del 1620 permite enseñarlo como hipótesis); no

es más que una advertencia que se dá á la ciencia para que no atraviese los límites de sus dominios, para que no dogmatice ocupando el lugar de la Iglesia sobre el verdadero sentido de los textos de la Santa Escritura.

La segunda condenación es del 22 de junio de 1633; es mucho más grave y no tiene disculpa. Estamos obligados á confesar que los augustos representantes de la religión y de la Iglesia, cayendo por exceso de celo y bajo la presión de la opinion pública en un grande error, declararon herética una verdad científica, demostrada hoy día hasta la evidencia; que obligaron al noble anciano á una solemne retractación, forzándole á negar las inmortales consecuencias de sus descubrimientos, á declarar falso lo que sabia era verdadero, á hacer juramento de no enseñar lo que sabia era la verdad. ¡Triste es esto y doloroso hasta el exceso! (1). Pero sepáse al menos reconocer

(1) Nota de los Editores.

El Sr. de Frayssinous, Obispo de Hermópolis, en su defensa del Cristianismo, tomo III, dice lo siguiente:

«Se dá á Galileo condenado y perseguido por el Santo Oficio, por haber enseñado el movimiento de la tierra sobre sí misma. Felizmente se halla probado en el día por las cartas de Guichardini y del marqués Nicotini, embajador de Florencia, amigos ambos, discípulos y protectores de Galileo, por las cartas manuscritas de éste y por sus mismas obras, que hace un siglo se está engañando al público sobre el motivo de su persecución. Este filósofo no fué perseguido por ser buen ó mal astrónomo; sino como mal teólogo, y por haberse querido entrometer á explicar la Biblia. Es cierto que sus descubrimientos le suscitaron enemigos envidiosos; pero no fueron aquellos el motivo de su proceso, sino su terquedad en querer conciliar la Biblia con Copérnico; y sólo su pertinacia fué el origen de sus disgustos. Es falso que expusiese, pues, en las cátedras de la Inquisición lo estuvo únicamente en la habitación del fiscal, y con plena libertad de comunicación. En su defensa no se trató de lo sustancial de su sistema, sino de su pretendida concordancia con la Biblia; y después de dada la sentencia y hecha la retractación á que fué condenado, quedó en plena libertad para volver á Florencia. Estas noticias se deben al protestante Mallet-Dupan, que, fundado en documentos originales, ha vindicado en parte á la corte Romana. Véase *Mercure de France* del 17 de julio de 1784, núm. 20, ó *Dictionnaire de Théologie*, por Bergier, artículos *Monde* y *Science*»

que en este fatal debate no comprometiese en manera alguna la Fe, porque no puede ser cuestión de un juicio hecho por la Iglesia infalible. Trátabase, en efecto, de una cuestión de pura ciencia, enteramente extraña al dogma, á la disciplina y á la moral. Pues bien, la Iglesia afirma que su infalibilidad extiéndese únicamente al dogma, á la disciplina y á la moral, y de ninguna manera á la ciencia. Galileo encontrábase en presencia, no de una de estas majestuosas asambleas hablando en nombre de la Iglesia universal, sino de una de estas congregaciones de prelados hablando en nombre propio, y no teniendo más potestad que un mandato disciplinario. En todas las actas del proceso, encuéntrase por doquiera á Urbano VIII, pero no encuéntrase en parte alguna al Papa hablando con autoridad, juzgando *ex cathedra*. Véase en él al juez correccional, pero no al Pontífice sentado en la Silla de san Pedro, y enseñando soberanamente á la Iglesia universal. El Papa no asiste á ninguna de las sesiones; es la sola congregación del Santo Oficio la que autoriza y falla. La sentencia de condenación solo ostenta las firmas de seis cardenales, sin indicación alguna de la confirmación del Papa. La condenación sólo representa, pues, el fallible juicio de seis cardenales. Para que una decisión sea una decisión *ex cathedra*, es preciso: 1.º, que el punto definido toque á la fe; 2.º, que el papa notifique la definición á toda la Iglesia, dirigiéndose directamente á ella; 3.º, que los términos de que se sirve indiquen su intención de exigir un acto de fe sobre el punto definido. Pues bien, basta leer los decretos promulgados en el proceso de Galileo, para cerciorarse de que todas estas circunstancias á la vez faltan en él. Ni bula, ni encíclica, ni breve del Papa acompañan á las sentencias del Santo Oficio ó de la congregación del Índice, ni hay aun la confirmación ni la firma pedidas al Soberano Pontífice y otorgadas. Estas son de las congregaciones romanas que pueden engañarse y que se engañaron, porque salieron del dominio de la fe para entrar en el dominio de la pura ciencia. Es demasia-

do sin duda, pero qué tiene de extraño que en una época de lucha y de agitación, cuando la interpretación privada de la Santa Escritura era capaz de producir tan grandes males, un exceso de celo haya arrasado al error á los tribunales á los cuales no se ha hecho promesa alguna de santidad é infalibilidad? Trátese de un hecho único que Dios permitió para hacer á la autoridad eclesiástica más cuidadosa en marcar lo que corresponde á la ciencia y á la fe respectivamente, para mejor advertir, la que, en las cuestiones de ciencia, debe sobre todo limitarse á censurar, á vigilar, á contener á los sabios cuando estos no se paran en enunciar como verdades demostradas las aserciones ciertamente contrarias á la Revelación y por consiguiente á la ciencia. Trátese de un hecho único, ya viejo, pues cuenta nada menos doscientos cincuenta años, y que sin embargo no ha cesado de ser ocasión de violentos é iracundos ataques contra la Iglesia de Jesucristo. Es preciso que nuestros enemigos sean muy pobres, ó que lleguen al fin de sus argumentos, para levantar sin cesar contra Ella la gran sombra de Galileo, que piadosamente murió en su seno.

Probado está además, tanto por el testimonio auténtico de todos los contemporáneos más dignos de fe, como por las cartas del mismo Galileo y los procesos verbales de 1633, que no solamente no fué sometido al tormento, sino que, á decir verdad, jamás fué aprisionado ó privado de la libertad. Queda el tormento moral; pero quién se atreverá á decir que Galileo, abjurando cobardemente todas sus convicciones, no lo mereció?

— *El caso imposible.*— Dicho está en el libro de los Reyes: «Solomon hizo también el gran mar de bronce de diez codos desde un borde al otro, completamente redondo; su altura era de cinco codos y un cordón de treinta codos ceñía todo su contorno.» Trátese aquí de un vaso en la apariencia matemáticamente imposible, cuya circunferencia sería igual á tres veces el diámetro. Francisco Arago no se escandalizaba de esta relación de tres á uno; veía en esto, no

un error, sino una necesidad del lenguaje, como en el *Sol, debete*, de Josué, necesidad resultante de la inconmensurabilidad de la relación de la circunferencia con el diámetro. Pero en realidad refiriéndose los diez codos al diámetro exterior y los treinta á la circunferencia interior de un vaso que tenía cierto espesor, la imposibilidad desaparece enteramente. Hay más; si el espesor del mar de bronce nos hubiese sido manifestado, podríamos deducir de sus dimensiones la relación de la circunferencia con el diámetro, tal como es dado por la geometría. El estio de este mar de bronce conduce por otra parte á aproximaciones verdaderamente misteriosas. ¡El codo de Moisés, que es también el de Salomón, es asimismo el de la gran pirámide! La capacidad del arca de la alianza es la del cofre de la cámara del rey de la gran pirámide de Gizeh; la capacidad del mar de bronce es cincuenta veces la del arca de la alianza y la del cofre de la gran pirámide; la capacidad de cada uno de los diez vasos de bronce, igual al quincuagésimo del mar de bronce, es igual á la del arca de la alianza y á la del cofre! Todo esto es extraordinario, pero este extraordinario, tratándose de una obra innegada, no es completamente natural. ¿He aquí que un cálculo riguroso demuestra que la capacidad del arca de Noé es cien mil veces la del cofre de la gran pirámide, y por consiguiente la del arca de la alianza! Las dimensiones dadas por Dios pueden ser arbitrarias? ¿No deben al contrario tener una profunda significación?

— *Las tinieblas: la luz propia de la luna.* — Se acrimina á la santa Biblia, porque afirma: que la noche y las tinieblas el día y la luz, existían antes que el sol; que las tinieblas son una sustancia que puede compararse á la luz; que la luna tiene su luz propia como el sol; que hay sobre los cielos aguas parecidas á las de los mares. La ignorancia y la falsa ciencia pueden únicamente formular estas aseveraciones. Todo el mundo enseña hoy día que la luz, el día y la noche son anteriores al sol, no tal vez en el estado de nebulosa en vías de condensación, sino en el estado

de astro, llegado ya al término de su formación, constituido en estado de luminar del mundo planetario.

El Génesis no hace de las tinieblas una sustancia, no dice: *Fiant tenebrae*, como dice: *Fiat lux*. Para él como para nosotros las tinieblas son una negación. Separar la luz de las tinieblas, creando luminares, que tan pronto se presentan como se occultan, no es en manera alguna separar dos sustancias y dar á cada una su lugar. Cuando Job habla del lugar de las tinieblas, ¿acaso las materializa más? Fuera de esto, la luz y las tinieblas tienen los claros y las sombras, que son una verdadera localización. ¿Qué más localizada que la línea central de un eclipse de sol?

Cuando la santa Biblia dice: Distinta es la luz del sol, distinta la de la luna, no excluye el origen común de estas dos luces: las diferencia simplemente por su intensidad y cualidades particulares. El espectróscopo muestra que, sin presentar líneas específicas, la luz de la luna tiene sus reverberaciones y fajas propias. Uno de los profetas hace además una distinción admirable: *El sol brilla, la luna ilumina!*

En cuanto á las aguas superiores, el espectróscopo nos ha descubierto la existencia de agua ó de vapor de agua, en cantidad enorme, aun después de la precipitación del diluvio, en las profundidades de los cielos, en las atmósferas del sol, de los planetas y de las estrellas.

Para poder imputar á la Revelación una monstruosa herejía, la semi-ciencia no ha vacilado en transformar en eclipse la grande ofuscación del sol que sumió á la tierra en las tinieblas durante la agonia de Jesucristo. Las ofuscaciones del sol son sin embargo fenómenos naturales y aun históricos! Pero la repulsi6n instintiva de lo sobrenatural hace ciega voluntaria á la falsa ciencia y la hace olvidar todo lo mejor que sabe.

Un sapientísimo físico hasta ha llegado á ver en estas grandes palabras del Génesis: *la luz fue*, un extraño anacronismo fisiológico; por la razón que no pudo haber luz

hasta que hubiese un ojo que la contemplase. Fingia ignorar que en el lenguaje clásico la palabra *lux* igualmente significa la impresion recibida y el agente físico que causa la sensación.

—La *estrella de los magos*, que avanza, se detiene, desaparece y reaparece, incontestablemente es un hecho sobrenatural y milagroso. Pero no es menos verdad que una estrella que brilla, se acerca ó se aleja, se extingue, etc., está enteramente en las ideas modernas, porque sin cesar se trata, en la ciencia del día, de meteoros luminosos, de bólidos, de asteroides, de estrellas fugaces, cadentes, etc., de aerólitos ó cuerpos caídos del cielo. ¡La Santa Biblia y las crónicas de todos los pueblos hablan, hace más de cuatro mil años, de estos diversos meteoros, que la ciencia habiase obstinado en mirar como fabulosos ó imaginarios hasta el principio de este siglo!

—Del episodio del *becerro de oro*, hácese, contra la veracidad de los Libros santos, una objeción formidable en la apariencia, pero vana en realidad. En el fondo qué resulta de este relato bíblico? ¡Que en el tiempo de Moisés conocíase el oro, que se sabía consumirle ó oxidarle, es decir reducirle á polvo impalpable! Por lo mismo que el oro encuéstrase en estado natural, y porque es fusible á una temperatura relativamente poco elevada, la industria del oro ha sido la primera de las industrias metalúrgicas. El ejército inglés cogió en su campaña, contra los Achantis, nación semi-salvaje, una inmensa cantidad de vajillas de plata y de joyas de oro. Se ha probado por los monumentos que los Egipcios sabían producir, con muy débiles agentes de combustión, los más considerables efectos en la fundición de los metales.

—*El agua que saltó de la roca de Horeb* herida por la vara de Moisés es incontestablemente milagrosa, pero en sí misma esta roca, con sus agujeros por los cuales saltó el agua, es un objeto casi histórico. Transformar la vara en sonda, la fuente milagrosa en pozo, hábilmente ahondado por Moisés, es una inconsiderada invención de la semi-cien-

cia. Para apagar la sed de una multitud inquieta, para reprimir sus murmullos, conjurar su rebelion y sus violencias, ponerse tranquilamente á ahondar un pozo en la roca puede ser una idea de sabio abstracto y distraído, pero no una idea digna del divino é inspirado conductor del pueblo de Israel.

—Ver en las *columnas de fuego y humo* que precedían ó seguían al ejército de los hijos de Israel, para guiar sus pasos, no fenómenos milagrosos, sino alguna cosa parecida al fuego que los Persas llevaban á la cabeza de sus ejércitos, ó á la estufilla usada en las casas de los Egipcios modernos, sería una pueril tentativa.

—La *retrogradacion de las agujas del cuadrante de Achaé*, al mandato del profeta Isaias, es un prodigio del mismo órden que el milagro de Josué. Podría tal vez explicarse por uno de esos efectos de refraccion extraordinaria, tan comunes en la naturaleza, y que esta vez habiase reproducido sobrenaturalmente, en el momento en que era requerido y mandado. Pero si tanto se quiere buscar á esto una interpretacion física, vale más ver en ello el efecto del trastorno del movimiento de rotacion de la tierra, que nada imposible es á Dios, como de sobras lo probamos.

—Nada opónese á que la industria del *vidrio* existiese en tiempo de Salomon, porque cierto es que el vidrio fué conocido en Egipto desde la más remota antigüedad. Se han encontrado en las exploraciones del templo de Karnac vasos de vidrio que servían para los sacrificios; el museo del Louvre posee uno de estos vasos.

—*Las interrogaciones de M. Draper*.—Queriendo en un libro que destila ira, resumir, exagerándolas, las causas del abismo insondable y siempre creciente, que pretende existen entre el catolicismo y el espíritu del siglo, un publicista amigo de meter cizaña, el profesor Draper de Nueva-York esclamaba: «Cómo los hijos de la Iglesia podrán mirar como engañosas ilusiones la redondez de la tierra, su rotacion sobre su eje, su revolucion al rededor del sol? ¿Cómo podrán negar que existen antipodas y otros mun-

dos planetarios? ¿Cómo podrán estar convencidos de que el universo ha sido criado de la nada, el mundo hecho en una semana, y todo desde luego en el estado en que se halla hoy día; que ningún cambio se ha efectuado en él, sino que todas sus partes han funcionado con tal indiferencia, que la intervencion incesante de Dios ha sido necesaria para ponerla en movimiento y conservarla? «Estas interrogaciones son verdaderamente insensatas. Nosotros creemos, tanto ó más que M. Draper, en la redondez de la tierra, en su doble movimiento de rotacion y de traslacion, en otros mundos planetarios, habitables ó no habitables, habitados ó no habitados, pues que no sabemos nada de ello, porque no vivimos allá para verlo; lo mismo que M. Draper. Creemos en un sér necesario, y por consiguiente eterno, infinito, omnipotente; y rehusamos el creer con M. Draper en la necesidad, en la eternidad imposible de un protoplasma que podia tener mil formas, mil dimensiones diferentes y estar animado de mil y mil diversos movimientos, entre los cuales no pudo escoger antes de existir. Nuestro sér necesario pudo crearlo todo. El sér contingente, finito, el protoplasma de M. Draper no pudo hacerlo que es, ni valuarlo. Nada, por otra parte, obliga á admitir, aunque era posible al Dios eterno é infinito, ni tampoco nosotros lo admitimos, que el mundo haya sido hecho en una semana igual á la de hoy día, y que ningún cambio se haya operado en él. Decimos al contrario con el Rey profeta, y con este grandioso lenguaje que por cierto hace palidecer el lenguaje de la falsa ciencia: «Vos, Señor, habeis fundado en el principio la tierra, y los cielos son la obra de vuestras manos. Pero ellos perecerán, y Vos subsistireis; envejecerán como un vestido usado; los cambiareis como se cambia una tienda; pero Vos seréis siempre el mismo; vuestros años no pasarán, y los hijos de vuestros hijos habitarán con Vos.» En cuanto á la indiferencia de unas y otras partes de la tierra, no estamos de ningún modo dispuestos á reemplazarla por la atraccion universal, por el amor newtoniano, que no es más que una palabra vacía

de sentido, un error monstruoso de la ciencia, error que hace ruborizar hoy día á todo el mundo; sino que abandonamos el mundo solar y los mundos planetarios á la accion divina de la rotacion y de la impulsion, consecuencia grandiosa del *Fiat lux* solemnemente pronunciado por Dios.

Capítulo undécimo. — Verdad absoluta de los Libros santos (continuacion). — Ciencias geográficas é históricas. — El jardín del Eden. Los rios ó arroyos que regaban el jardín del Eden pudieron ser llamados de los nombres de los grandes rios, Phison, Gchon ó Nilo, Tigris, Eufrates, que estaban demasiado distantes, por los cualidades particulares que los adornaban para embellecer y fecundizar este lugar de delicias, y que les hacian como los diminutivos de estos cuatro grandes rios. Un hecho notable es que Jerusalem nos presente aun hoy día cuatro rios ó arroyos á propósito para llenar las mismas funciones. Todos cuatro tienen su origen casi en el mismo punto: dos desaguan en el Mediterráneo; los otros dos arrojarse en el Jordan y mar Muerto: uno de estos, el torrente Cedron, cuyo nombre no ha dejado de llevar, y que, como el de Eufrates, expresa la vegetacion riquísima y la densa sombra de sus orillas. Esta coincidencia, junta con otras tradiciones, haria colocar el Paraiso terrenal en la region que todavía ocupa hoy Jerusalem! Resultado de esto que el hombre fué rescatado allá donde pecó; que el espíritu infernal fué vencido allá donde reportó su fatal victoria; que el huerto de los Olivos, teatro de la agonía del divino Salvador, fué el testigo de la tentacion; que la cruz fué plantada en el mismo sitio del árbol del bien y del mal, y al mismo tiempo sobre el sepulcro de Adán. Una tradicion posterior supone tambien á Jerusalem el teatro de la última escena del mundo, del juicio final, en el valle de Josefai.

El diluvio de Noé. — La narracion de Moisés es sencilla, clara, metódica. Por otra parte Moisés, segun confesion de

dos planetarios? ¿Cómo podrán estar convencidos de que el universo ha sido criado de la nada, el mundo hecho en una semana, y todo desde luego en el estado en que se halla hoy día; que ningún cambio se ha efectuado en él, sino que todas sus partes han funcionado con tal indiferencia, que la intervencion incesante de Dios ha sido necesaria para ponerla en movimiento y conservarla? «Estas interrogaciones son verdaderamente insensatas. Nosotros creemos, tanto ó más que M. Draper, en la redondez de la tierra, en su doble movimiento de rotacion y de traslacion, en otros mundos planetarios, habitables ó no habitables, habitados ó no habitados, pues que no sabemos nada de ello, porque no vivimos allá para verlo; lo mismo que M. Draper. Creemos en un sér necesario, y por consiguiente eterno, infinito, omnipotente; y rehusamos el creer con M. Draper en la necesidad, en la eternidad imposible de un protoplasma que podia tener mil formas, mil dimensiones diferentes y estar animado de mil y mil diversos movimientos, entre los cuales no pudo escoger antes de existir. Nuestro sér necesario pudo crearlo todo. El sér contingente, finito, el protoplasma de M. Draper no pudo hacerlo que es, ni valuarlo. Nada, por otra parte, obliga á admitir, aunque era posible al Dios eterno é infinito, ni tampoco nosotros lo admitimos, que el mundo haya sido hecho en una semana igual á la de hoy día, y que ningún cambio se haya operado en él. Decimos al contrario con el Rey profeta, y con este grandioso lenguaje que por cierto hace palidecer el lenguaje de la falsa ciencia: «Vos, Señor, habeis fundado en el principio la tierra, y los cielos son la obra de vuestras manos. Pero ellos perecerán, y Vos subsistireis; envejecerán como un vestido usado; los cambiareis como se cambia una tienda; pero Vos seréis siempre el mismo; vuestros años no pasarán, y los hijos de vuestros hijos habitarán con Vos.» En cuanto á la indiferencia de unas y otras partes de la tierra, no estamos de ningún modo dispuestos á reemplazarla por la atraccion universal, por el amor newtoniano, que no es más que una palabra vacía

de sentido, un error monstruoso de la ciencia, error que hace ruborizar hoy día á todo el mundo; sino que abandonamos el mundo solar y los mundos planetarios á la accion divina de la rotacion y de la impulsión, consecuencia grandiosa del *Fiat lux* solemnemente pronunciado por Dios.

Capítulo undécimo. — Verdad absoluta de los Libros santos (continuacion). — Ciencias geográficas é históricas. — El jardín del Eden. Los ríos ó arroyos que regaban el jardín del Eden pudieron ser llamados de los nombres de los grandes ríos, Phison, Gchon ó Nilo, Tigris, Eufrates, que estaban demasiado distantes, por los cualidades particulares que los adornaban para embellecer y fecundizar este lugar de delicias, y que les hacían como los diminutivos de estos cuatro grandes ríos. Un hecho notable es que Jerusalem nos presente aun hoy día cuatro ríos ó arroyos á propósito para llenar las mismas funciones. Todos cuatro tienen su origen casi en el mismo punto: dos desaguan en el Mediterráneo; los otros dos arriájanse en el Jordan y mar Muerto: uno de estos, el torrente Cedron, cuyo nombre no ha dejado de llevar, y que, como el de Eufrates, expresa la vegetacion riquísima y la densa sombra de sus orillas. Esta coincidencia, junta con otras tradiciones, haria colocar el Paraiso terrenal en la region que todavía ocupa hoy Jerusalem! Resultario de esto que el hombre fué rescatado allá donde pecó; que el espíritu infernal fué vencido allá donde reportó su fatal victoria; que el huerto de los Olivos, teatro de la agonía del divino Salvador, fué el testigo de la tentacion; que la cruz fué plantada en el mismo sitio del árbol del bien y del mal, y al mismo tiempo sobre el sepulcro de Adán. Una tradicion posterior supone tambien á Jerusalem el teatro de la última escena del mundo, del juicio final, en el valle de Josefán. ®

El diluvio de Noé. — La narracion de Moisés es sencilla, clara, metódica. Por otra parte Moisés, segun confesion de

todos, es un hombre eminentemente digno de honra, de un gran mérito, profundamente instruido. La veracidad de su relato nos es atestigüada por un gran número de escritores sagrados, que se han convertido en ecos fieles de este hecho inmenso y milagroso. Es asimismo afirmado por una imponente tradición y por el mismo testimonio del Salvador de los hombres, Joséfo y Philon, los historiadores del pueblo judío, lo reproduce de Moisés en términos que prueban una confianza absoluta en la opinión pública, familiarizada con el recuerdo del diluvio, y que excluyen hasta la idea de una fábula ó de una leyenda popular. Todos los historiadores, todas las crónicas, todas las tradiciones de los pueblos están unánimes en la afirmación de un diluvio, y de un diluvio universal, que sumergió toda la tierra y hizo perecer al género humano. Y lo que en esto hay verdaderamente sorprendente es que todas ó casi todas estas tradiciones colocan este suceso en el mismo tiempo con poca diferencia. Esta armonía unánime de los testimonios está tan bien sentada, que no pudo ser rebudada por hombres tales como Bailly, Freret, Boulanger, eminentemente competentes y que hacían gala de su incredulidad. Es, pues, cierto, absolutamente cierto, que un diluvio universal destruyó completamente la raza humana, á escepcion de Noé con su familia, y que este diluvio sucedió en la época fijada por la cronología bíblica, y fué acompañado de todas las circunstancias con que lo rodea el historiador sagrado.

El diluvio de Moisés fué milagroso en su causa y en su razón de ser, la voluntad de Dios, resuelto á hacer perecer al género humano; en su amenaza y anuncio formulados con cien años de anticipación; en su agente, una lluvia extraordinaria, que duró cuarenta días y cuarenta noches, etc. Segun mi razonada convicción, las fuentes del grande abismo y las cataratas del cielo son manantiales de agua tomados fuera de los que se encuentran en la superficie y en el interior de la tierra; porque lo que dan las cataratas y los abismos del cielo es una

lluvia milagrosa, divina, cuyos elementos naturales existían con el nombre de aguas superiores, en la atmósfera y en el espacio.

En estas palabras de Moisés: «Dios hizo venir el espíritu á la tierra y las aguas disminuyeron», puede verse una intervencion sobrenatural del Espíritu Creador, haciendo volver en parte las aguas á los espacios celestes, al estado, misterioso para nosotros, de *aguas superiores*; ó simplemente un violento y abrasador viento que Dios hizo soplar en el momento dado para que se evaporasen las aguas. La evaporación era además muy facilitada por el poder absorbente del sol. Los sabios no temen afirmar que toda la tierra entera podría absorber cincuenta océanos como los nuestros, y que de hecho ha absorbido ya la quincuagésima parte de las aguas que la cubrían primitivamente, creyendo que su poder de absorción, si continúa ejerciéndose, las secará por completo, como ha cost sucedido en el planeta Marte, y enteramente en el satélite de la tierra que no presenta ya huella alguna de agua en su superficie.

La universalidad absoluta del diluvio es abiertamente afirmada: 1.º por el texto de Génesis que nos muestra á las mas altas montañas cubiertas de aguas, *bajo todo el cielo*. ¿Qué más podría decirse? 2.º por la tradición; 3.º por la incompatibilidad de un diluvio particular con el relato bíblico. ¿Qué necesidad habia de hacer construir un arca y encerrar en ella á los hombres y animales, para librarlos de un diluvio que sólo debia inundar una parte de la tierra? ¿No era más razonable invitar á las personas que se queria salvar, á emigrar á los países en los cuales el diluvio no debia desencadenarse? Y eso tanto más, en cuanto habian sido avisadas con anticipación, ó tenían cien años por delante. Es por otra parte enteramente conforme á las leyes de la mecánica que la tierra haya podido ser enteramente cubierta de nuevo por una capa líquida, como lo fué antes de su tránsito del estado líquido al sólido, y antes de la separación de los continentes, cuando las aguas lo invadieron todo.

La segunda dificultad, que se pretendía insuperable, y que se opone á la universalidad absoluta del diluvio, es que parece imposible concebir una lluvia bastante abundante para cubrir las cumbres de las montañas de cuatro, ú ocho mil metros de altura. Pero nosotros no conocemos el secreto de las aguas superiores del firmamento ó de los espacios celestes, que Dios había podido tener oculto, en proporciones de que no tenemos idea alguna.

Fuera de esto, los más acérrimos partidarios de la teoría de los levantamientos admiten que las enormes dislocaciones, levantamientos ó amontonamientos que hicieron nacer las inmensas cadenas de montañas de la Europa central, los Alpes, de la América central, los Andes, del Asia central, el Himalaya, son relativamente recientes, contemporáneos ó poco después del diluvio. M. Elias de Beaumont no vacilaba en decir que el hombre había sido testigo del levantamiento de los Alpes y de los Andes; añadía que estos levantamientos pudieron tener por causa el diluvio, en el sentido de que las aguas del mar batanadas por la depresión del suelo hubieranlo inundado todo. «La depresión súbita de una extensión suficiente de los continentes, dice M. Tait, produciría un lago capaz de sepultar las cumbres de las más altas montañas.» Segun esta hipótesis, las aguas subterráneas y los mares habían hecho, con la lluvia atmosférica, un papel considerable en la inmensa inundación. Me parece mas natural hacerse servir la inmensa inundación para la esplicacion de las dislocaciones gigantescas que la ciencia acepta como contemporáneas ó poco después del diluvio. Bajo la enorme presión de una columna de agua de muchos centenares de metros, el poder de absorcion debió alcanzar extraordinarias proporciones; y al contacto del fuego central, la masa de agua absorbida, reduciéndose súbitamente á vapor, pudo hacer nacer las explosiones volcánicas, tan extraordinarias en su género como, el mismo diluvio; ó mejor aun, las aguas absorbidas en tan enorme cantidad pudieron determinar los hundimientos subterráneos y las

formidables agrupaciones. En resumidas cuentas, las alturas de cuatro á ocho mil metros que existen hoy en dia, no existían tal vez antes del diluvio, las montañas primitivas de la tierra no tenían tal vez nada de excesivo; y la lluvia torrencial, ayudada del milagro, pudo bastar para producir un diluvio universal.

No puede oponerse, contra la verdad de un diluvio universal, la insuficiente capacidad del arca. En efecto, el arca es el mayor de los navios que hayan existido jamás, sin excluir el *Great-Eastern*, el gigante de la marina moderna. Cálculos rigurosos demuestran que la capacidad del arca excedía de un quinto la capacidad del *Great-Eastern*. (Pues bien, el ultimante Paris ha afirmado que el *Great-Eastern* habria podido tomar á bordo diez mil hombres y trasportarlos á China de un lado al otro del istmo de Suez! El arca pudo, pues, contener doce mil hombres, cifra enorme que se aproxima á la cifra de las especies de animales del globo, cuatro mil seiscientas veinte especies (cifra de Linneo duplicada), y que prueba de la manera más evidente que el arca bastaba y de sobras para contener todo el mundo animal entero. El argumento fundado en la insuficiencia del arca, no solamente pierde así todo su valor, sino que aboga invenciblemente en favor de la universalidad del diluvio. Para todo hombre sensato estas dimensiones extraordinarias del arca serian una demostracion palpable de su providencial destino, de su perfecta adaptacion al objeto para que debia servir, y de la universalidad del diluvio. No es el grandísimo número de géneros y especies la que es preciso invocar para afirmar la imposibilidad del arca y del diluvio universal, sino que al contrario á los dimensiones colosales del arca hay que preguntar el secreto de la multitud de géneros y especies que pueblan el globo. Este argumento es tanto más abrumador, en cuanto, en la hipótesis de un diluvio limitado, el arca grande ó pequeña no hubiera tenido en razon de ser. La emigracion hubiera sido un medio más seguro de salvar la universalidad de los seres. Afirmando

resuelto el problema de la capacidad del *Great-Eastern* en el transporte de diez mil hombres en una travesía de seis meses, el almirante Paris no deja lugar para las objeciones, y nos atrevemos a decir que, por primera vez, las grandes cuestiones del diluvio y del arca son aclaradas por una luz completamente nueva.

¿Pero cómo Noé pudo reunir tantas especies extendidas por toda la superficie de la tierra? El texto de Moisés es preciso: El Señor no dice *recoge*, sino *toma*, como el pastor toma entre el rebaño de ovejas las que quiere escoger, porque el rebaño era reunido por el Señor, como en el día de la gran revista del reino animal pasada en el paraíso terrenal. Filon, ego sin duda de la tradición, dice á su vez: «Ningun animal hizo resistencia, los feroces amasáronse de repente, siguieron á su salvador, como el rebaño sigue al pastor.»

Aunque sea cierto que el diluvio ha sido universal, la Iglesia jamás ha definido, como dogma de fe, que los aguas diluvianas hayan sumergido absolutamente todas las partes del globo, aun aquellas que no eran habitadas, de manera que en el caso que no se viese ningun otro medio de resolver las dificultades opuestas al relato de Moisés, pudiese admitir, por ejemplo, que la sola parte del Asia habitada estaba rodeada de altas montañas, y que las aguas pudieron acumularse entre ellas en cantidad suficiente para hacer parecer á todos los hombres y animales, mientras que los animales que vivían en los otros puntos de la tierra escapaban al diluvio, que no se desencadenó contra ellos.

En resumen, el diluvio de Moisés, que las tradiciones judaicas nos hacen casi tocar, inundacion sobrenatural en su objeto, natural y milagrosa á la vez en sus agentes físicos, que ha debido ser y que ha sido general, esto es, que ha cubierto toda la tierra, pero que ha podido en rigor ser limitado á la tierra habitada y á sus más altas montañas, las cuales por otra parte podían no ser muy elevadas, no es en modo alguno contradictorio por la ciencia.

¿Es preciso ir más lejos? ¿Es preciso solicitar y alcanzar de la geología pruebas directas de la verdad del diluvio? No vacilamos en decir que no. El diluvio está enteramente fuera de la geología, porque la geología habia terminado hacia ya mucho tiempo cuando aconteció el diluvio. Si, como nos parece cierto, la grande inundacion no destruyó el reino vegetal, si dejó casi intacta la superficie de la tierra, si, como dice el texto bíblico, una vez escurridas las aguas, las plantas reaparecieron vivas, los geólogos nada tienen que ver con ello; nosotros tendríamos culpa, gran culpa, en pedirles huellas, como ellos la tendrían tambien en oponernos la ausencia de depósitos diluvianos, que de ningún modo son necesarios. En efecto, según este orden de cosas, los cadáveres de los hombres y de los animales anegados por el diluvio habrían permanecido en la superficie del suelo. Las carnes abandonadas á los influencias atmosféricas habrían sido descompuestas por la accion del aire y de la humedad; los huesos á su vez habríanse tambien debilitado y reducido á polvo... ¿Tal vez estos restos humanos son restos sepultados en las aguas? Renunciamos, pues, absolutamente á invocar como prueba del diluvio todo ó casi todo lo que el célebre geólogo Buckland, en un exceso tal vez de ortodoxia bíblica, llama las reliquias del diluvio, y nos creemos dispensados de buscar al hombre antediluviano.

Ya sé que otros escritores católicos son de distinto parecer, pues no vacilan en admitir que la geología moderna da la solución definitiva de la grande cuestion del diluvio. Existe, en efecto, dicen, en toda la tierra un terreno de transporte llamado *diluvium*, cuya formacion no podría remontarse más allá del período cuaternario. El *diluvium* encierra los restos de seres organizados, idénticos ó análogos á las especies actualmente vivientes. En el seno de este mismo *diluvium* gris, como en las cavernas de osamentas, encontramos en diversos puntos sílices labrados por la mano del hombre y osamentas humanas. La coincidencia es completa, y podemos resueltamente

deducir que la grande inundación que atestigua el *diluvium gris* es tambien la que se tragó al hombre antediluviano. Nada más cómodo en apariencia, y nada menos admisible y más peligroso tambien en realidad. En efecto, por este sistema sería preciso envasecer considerablemente al hombre ó relegarle indefinidamente su aparición en la tierra. Es imposible, dicen sus partidarios, admitir para la formación del *diluvium* y de los terrenos que les son posteriores un período de tiempo tan corto, cual es el que los cronólogos han indicado. Fuera de esto, si alguna cosa hay cierta, es que el diluvio de Noé fué uno solo, y que su duración no excedió de un año. Pues bien, los partidarios del sistema de que hablamos reconocen que es imposible que las capas del *diluvium* hayan sido formadas simultaneamente en todas las regiones del globo. Debieron ser depuestas sucesivamente durante toda la duración del período cuaternario (muchos miles de años). Evidentemente esta inundación universal en sus efectos, pero sucesiva en sus desarrollos, no es el diluvio de Moisés, sino que más bien es su negación. Por otra parte, si el hombre de los depósitos cuaternarios, de las cavernas de osamentas, de las ciudades lacustres, es el hombre antediluviano, este hombre antediluviano es preadámico ó adamítico; si es preadámico, no será el hombre del Génesis, el hombre cuyos crímenes provocaron el diluvio; si es adámico, no será en todo caso noáquico, y por lo tanto no será el hombre de la dispersion: la doble unidad de la raza humana, tan claramente afirmada en la Santa Escritura y en la tradición cristiana, no subsistirá ya. El diluvio geológico no nos hace ganar nada, al contrario, todo nos lo hace perder.

En resúmdas cuentas: 1.º Moisés pudo y debió estar perfectamente al corriente no solamente del hecho fundamental del diluvio, sino tambien de sus circunstancias.

Abraham, en efecto, vivió doscientos cuatro años con Sem, Isaac y Jacob cien y cuarenta respectivamente. De Jacob á Moisés sólo hubo cuatro generaciones; y si Moisés

no vió á Jacob, su hermano Amram lo vió ciertamente. La tradición del diluvio lo más que ha tenido que pasar es por cuatro bocas para llegar á Moisés. Aun podría concebirse que sólo ha pasado por dos bocas, la de Jacob y la de Amram. 2.º La palabra de Moisés es precisa, circunstanciada, de una claridad que excluye todo sentido equívoco. Las dimensiones del arca están claramente designadas, y la ciencia moderna ha venido á confirmarnos que estas dimensiones son más que suficientes para el objeto para el que fué destinada. La construcción de esta gran obra era, sin contradicción, una empresa considerable, y lo sería aun para los hombres de nuestros días, si los viajeros modernos no hubiesen probado que una tal obra, por grandiosa que sea, no es con todo comparable á los monumentos gigantescos de la época de Noé, cuyos modelos tenemos todavía á la vista.

El mar Muerto.—Segun los textos sagrados: 1.º El valle de Siddim, llamado en la Vulgata el *valle silvestre*, y por los Setenta el *valle salado*, colindaba con las cinco ciudades, pero no formaba parte de su territorio; 2.º este valle estaba lleno de pozos de betun; 3.º este valle formóse luego despues del mar Muerto; 4.º por consiguiente el mar Muerto es reciente. M. Luis Lartet, que bjo la alta y sabia dirección del duque de Luynes, ha estudiado el perímetro entero del mar Muerto, afirma cómo probable ó posible que el mar Muerto sea anterior á la época de la destrucción de Pentápolis; que en una época muy remota, que precedió de muchos siglos á la aparición del hombre en la tierra, tenía más estension que la que tiene ahora; que esta depresión continental no fué más que un depósito de aguas atmosféricas, cuya salumbre debida á circunstancias locales aumenta más y más bajo la influencia de una incessante evaporación. Pero al mismo tiempo, M. Lartet admite, por una parte que la resolución del problema no está sin dificultades y misterios; y por otra, que el doble depósito del mar Muerto ha tenido sus fases sucesivas;

que ha sido modificado por fenómenos volcánicos cuya causa está todavía en acción. Nada impide, pues, que el depósito del mar Muerto sea de formación muy antigua, y que este depósito haya sido en una de sus extremidades profundamente modificado por el hundimiento que había tratado todo el valle de Siddim. Esta es la solución definitiva, á la cual el sabio y tan concienzudo viajero, Mr. Victor Guerin, ha sido llevado por un detenido estudio de los lugares. En la época de Abraham, el mar Muerto ya existente comprendía solamente el grande y profundo depósito septentrional, el cual se extendía hasta el norte de la península de Lisan; y la Pentápolis hubiera abrazado entre sus límites esta península, la laguna meridional, el canal que le une á la zona anterior, ó el lago propiamente dicho, y tal vez también la Sebkah, que circula como terreno pantanoso esta laguna. «En resumen, concluye M. Victor Guerin, la Pentápolis, regada en otro tiempo por el Jordán, bajó más tarde, poco después de la extinción de las ciudades culpables, para formar, ya sea el depósito completo del mar Muerto, ya sea solamente la laguna meridional. Y el duque de Luynes, como deducción de su exploración, no vacila en decir: «La grande laguna que forma la extremidad del mar Muerto, al sud de Lisan, ocupó el sitio de la llanura de Siddim. Las ciudades malditas estaban situadas al pié de las montañas, hacia el Gor. Yo busco á Sodoma y Gomorra al pié del lago.»

M. L. Lartet parece querer que el mar Muerto fuese ni más ni menos uno de estos lagos salados que bastante á menudo se encuentran en el interior de los continentes. Esta pretensión es combatida y refutada por la sola enumeración de las propiedades ó de las cualidades del mar Muerto, en tan perfecta concordancia con los nombres que la santa Escritura le da. 1.^o *Mar de sal*. La salumbre de sus aguas es extrema, incomparablemente más fuerte que la de los otros mares; su densidad varia entre 1,160 y 1,230. 2.^o *Mar Muerto*. San Jerónimo decía que en su tiempo jamás se encontraba nada en este mar que respirase ó

que pudiese moverse. El mismo microscopio no ha podido hacer descubrir la más pequeña huella de vida ó de sustancia animal. M. Luis Lartet prueba que los animales ya acostumbrados á vivir en una agua muy salada mueren instantáneamente en él. En ciertas épocas, si menos, el habitar en sus aguas es malsano y peligroso, y costó la vida á muchos viajeros, entre otros á Dale y Molineux, oficiales de marina. 3.^o *Mar Asphaltites ó de asfalto*. El lago, decía Strabon, está lleno de asfalto, que, en épocas irregulares, sube del fondo, al mismo tiempo que se elevan muchos vapores, especie de humo transparente que deslustra los metales pulidos ó brillantes. Al decir de los Arabes, la aparición del asfalto sería precedida de conmociones subterráneas. M. L. Lartet dice á su vez: «Sin duda de las profundidades del lago es de donde salieron estas masas considerables de betun de Judea que se exportaron tan lejos.» El mismo Jesucristo (S. Luc. XVII, 29) dijo que el día en que Loth salió de Sadoma, cayó del cielo una lluvia de fuego y azufre que hizo perecer á todos los habitantes. Así es el fuego, no fuego salido de la tierra, sino caído del cielo, que fué el agente destructor de las ciudades de la Pentápolis. Y hé aquí, en efecto, que M. de Luynes rechaza la hipótesis, que atribuye á los volcanes la destrucción de estas ciudades: «El estudio de los lugares, dice, no permite admitirla.» Un celebre y eminente viajero, monseñor Meslin, el autor de los *Lugares santos*, dice á su vez que la acción del fuego es aún visible en toda la cuenca del mar Muerto.

Quando en 1812 Burckard dió á conocer el gran valle de Arabah que se estiende al sud del mar Muerto, en dirección al mar Rojo, se le consideró naturalmente como el antiguo canal por el cual el Jordán iba á desaguar en el golfo elasmítico. Pero la profunda depression del mar Muerto, y la línea divisoria, elevada doscientos cuarenta metros, la cual, formando una doble vertiente, divide en dos cauces independientes el valle de Arabah, que envían sus aguas, el uno al mar Muerto y el otro al mar Rojo, harían impo-

sible el desague del Jordán en el golfo elamítico. Serio, pues, preciso admitir que la línea divisoria descubierta por Borchard es el resultado de un levantamiento del suelo producido por una erupción volcánica. ¡Patente coincidencia! Un fenómeno semejante está claramente indicado en el salmo CXIII: «Cuando Israel salió de Egipto, vió el mar y huyó; volvióse atrás el Jordán, los montes saltaron de gozo como carneros, y los collados como corderos.» No puede admitirse que el antiguo cauce del Jordán daba á este levantamiento su forma actual, consistente en dos cuevas de pendientes opuestas, El-Arabah y El-Akabbá, separadas por el asiento ó línea de límite de El-Sathé.

El episodio de la mujer de Loth no tiene nada que sea científicamente imposible. Sorprendido por la lava líquida, mezcla de refreda de betun inflamado y de sal, tan abundante en la región, el cuerpo de la mujer de Loth pudo ser carbonizado y petrificado á la vez, conservando en esta posición su forma primitiva. El autor del libro de la *Salvidad* invoca, como testimonio de la destrucción por el fuego de las ciudades de la Pentápolis, la configuración de una mole de sal, recuerdo de una alma incrédula. Muchos santos Padres parece afirmar que esta configuración subsistió aún en la forma de una de estas columnas de sal muy numerosas en la montaña de Sodoma.

El paso del mar Rojo.—En el relato del Éxodo, trátase evidentemente de un suceso real, con designación de los lugares en que tuvo lugar y de todas sus esenciales circunstancias, de un suceso, que, como todos los grandes hechos bíblicos, ha sido recordado de edad en edad, siendo además consagrado por el sublime cántico de Moisés, inspiración visiblemente divina. Se han hecho mil esfuerzos para reducir á proporciones vulgares este gran hecho, del cual el ilustre viajero Bruce decía: «El paso del mar Rojo nos es contado por la santa Escritura como un hecho milagroso; desde luego no debemos buscar en él causas na-

turales.» Espinosa ha imaginado que el paso á pié seco del mar Rojo fué el efecto de un violento viento que sopió toda la noche. Muchos autores antiguos pretendían que los Hebreos no habían atravesado realmente el mar Rojo, sino que solamente habían costado la ribera. Según M. Salvador, el flujo permitió á los Hebreos pasar el estrecho, así como el reflujo ahogó á los Egipcios. Otros quieren que Moisés, que había recorrido mucho tiempo las riberas del mar Rojo, condujese á la multitud entera de los Hebreos por un vado que conocía. Estas son otras tantas aserciones gratuitas, que dan al relato de los Libros santos otros tantos mentis arbitrarios ó insensatos. M. Ricardo Owen hace desaparecer el mar Rojo de la región por la cual debió ser traspasado por los Hebreos; pretende que los dos mares hayan sido separados por el istmo consolidado de Suez, desde los tiempos miocenos, é invoca en favor de esta separación, remontando á muchos miles de años, el pretendido hecho de que no hubiera especie alguna animal, común á los dos mares, Rojo y Mediterráneo. Pero, en primer lugar, M. de Lesseps y los ingenieros del canal de Suez no vacilan en afirmar que, en la época en que los israelitas abandonaron á Egipto, guiados por Moisés, eran sensibles las mareas del mar Rojo muy lejos, en el interior del istmo de Suez, é invocan, en prueba de su afirmación, el enorme banco de sal de los lagos amargos. En segundo lugar, uno de los colegas de M. Ricardo Owen, M. Woodward, ha señalado ya cerca de cincuenta especies de animales comunes á los dos mares.

Un ingeniero distinguido en construcciones navales, M. Lecolnre, ha deducido de una exploración muy profunda de la región, que el paso del mar Rojo por los Hebreos tuvo lugar en la parte del istmo de Suez, que constituyó más tarde los lagos amargos. Nosotros probamos que esta solución de un problema interesante y difícil es muy conforme con el relato de los Libros santos. Podría tal vez colocarse en el momento solemne del paso el levantamiento, del cual se ha tratado de una manera más

profunda con motivo del Jordán. Después de haberse elevado el fondo para dar paso á los Hebreos, hubiérase tenido que hundir bajo los piés de los Egipcios. Este doble movimiento no nos parece bastante indicado por el texto sagrado. Queremos mejor colocar más tarde, tal vez en la fecha de los acontecimientos del Sinaí, el levantamiento del suelo, que elevando por una parte el asiento de Chalong y del Serapeum, en el istmo de Suez, hubiera separado los lagos amargos del mar Rojo, y elevando, por otra, la línea divisoria del valle de Arabah hubiera balanceado el Jordán en el mar Muerto.

Opónese al testimonio de los Libros santos el silencio de los historiadores profanos en general, y sobre todo de los historiadores del Egipto. Este silencio está muy lejos de ser tan absoluto como se afirma; encuéntranse, al contrario, en una multitud de documentos, alusiones desfiguradas, pero muy transparentes, á las relaciones de Moisés y de los Hebreos con los reyes y el pueblo de Egipto; yo cito algunas de las más importantes. ¿No se podría ir más lejos y admitir con el abate Guerin de Rocher (*Herodoto historiador del pueblo hebreo sin saberlo*) que la historia antigua de los reyes de Egipto no es más que una alteración sistemática y grosera de lo que los Libros santos encierran relativo al Egipto y á los Egipcios? Estas confrontaciones obligan una vez más á preguntar cómo los enemigos de la revelación tienen el triste valor de comparar, y lo que es más odioso aún, de preferir Herodoto, Maneton, Diodoro de Sicilia, etc., á Moisés.

El paso del Jordán.—No tomar el pié de la letra el texto de Moisés, querer que los Hebreos hayan pasado el Jordán por un puente ó por un vado que hubiera existido aún en el tiempo de la mayor crecida del río, es atentar contra la verdad del relato bíblico, y la veracidad de los escritores sagrados. Josué afirma que el paso tuvo lugar en abril y en el tiempo de la cosecha de la cebada juntamente; pues bien, dice Voltaire, la cebada sólo se daba en las

orillas del Jordán, en junio. Es un grande error; las primicias de la cosecha de la cebada eran ofrecidas al Señor el día siguiente de la fiesta de Pascua, y las de la cosecha de trigo el día de Pentecostés, que á menudo caía en mayo. El mes de abril era, pues, el tiempo de la plena cosecha. M. Victor Guerin, testigo ocular, afirma que en el valle del Jordán la cosecha se da ordinariamente al fin de abril. Voltaire concede apenas cuarenta y cinco piés á la anchura del Jordán; esta anchura es tal, que es preciso, aun sin hallarse en la época de las avenidas del río, el brazo de un hombre vigoroso para arrojar con la honda una piedra de un orilla á otra.

El sílice ó cuchillo de piedra de Josué.—La Vulgata afirma que por orden de Dios, Josué hizo tallar en Gálgala cuchillos de piedra para circuncidar á los hijos de Israel. Los Setenta añaden que, una vez enterrado Josué, los Israelitas arrojaron en su sepulcro los cuchillos de piedra de la circuncisión. Por mis réplicas, el abate Richard, hidrogeólogo célebre, ha ido á buscar en Gálgala, en el sepulcro de Josué, los cuchillos de piedra ó sílices tallados que debían estar en él, y que ha encontrado en gran número.

Ciencias históricas.—General armonía de los descubrimientos egipcios y de la Biblia.—El mismo Champollion es el que escribía: «Ningun monumento egipcio es realmente anterior al año 2200 de nuestra era... Esta antigüedad nada ofrece de contrario á las tradiciones sagradas; ellas las confirma en todos los puntos. Todos los reyes de Egipto nombrados en la Biblia encuéntranse en los monumentos. La Biblia escribe mejor sus nombres que no lo hicieron los escritores griegos.»

Reconocimiento general de los lugares de la Biblia.—Uno de los grandes resultados de la exploración topográfica de la Palestina, hecha por los oficiales del estado mayor de Inglaterra, ha sido la identificación de los nombres de los

lugares árabes con los nombres de los lugares de la Biblia. Ha llegado esto á tal punto, decía el teniente Couder, en su última relación, que apenas hay uno en los lugares de la Biblia que no esté señalado en los mapas; de modo que de aquí en adelante los relatos de la Santa Escritura, aclarados por el perfecto conocimiento de los lugares, tomarán de nuevo toda la vida de anales contemporáneos.

Roboam rey de Judá.—El libro de los Reyes nos enseñaba que el rey egipcio Sesac, el *Sesouch* de los monumentos, tomó á Jerusalen y se llevó cautivo al rey Roboam; y hé aquí que sobre el muro meridional de la gran sala de Carnac, véase á Sesouch arrastrar á los pies de sus dioses, entre otros muchos, á un personaje humano, llevando en el pecho esta inscripción: *Reino de Judá.*

Chodorlahomor y Amraphal.—El Génesis nombra á estos dos reyes entre los que declararon la guerra á los reyes de Pentápolis; sus nombres no figuran en otros lugares de la Biblia. Pues bien, el célebre asiriólogo Jorge Smyth ha encontrado sobre un ladrillo esta inscripción en caracteres cuneiformes: «Al dios Hurki (la Inna) su rey Kundur-Mabug (Chodor-Lahomor), conquistador de la Siria, por su vida y por la vida de Amar-Bellih (Amraphal, rey de Luisia (Senkerch, Sennaar), construyen el templo de Raba de Hurki.» Estos ladrillos fueron hechos y grabados por orden de Chodor-Lahomor y Amraphal, contemporáneos y rivales de Abraham, hace cuatro mil años.

Alocucion de Ramsés III.—En los papiros hábilmente conservados de M. Harris, M. Eisenhor de Heidelberg ha leído una alocucion en la cual Ramsés III recuerda que ha llegado á reprimir una revolucion religiosa, el monoteísmo de Moisés, y hace alusion á la serie de sucesos que terminaron con el Éxodo de los Israelitas. Es un testimonio treinta veces secular rendido á la verdad de los Libros santos: estas son palabras textuales de M. Eisenhor.

Los Rekabitas.—El profeta Jeremías dijo á los Rekabitas: «Porque habeis obedecido las palabras de Jonadab vuestro padre... la raza de Jonadab no cesará de producir hombres que servirán siempre en la presencia de Dios.» Era esto como una promesa de duracion indefinida hecha á un pueblo que jamás edificaba ciudades, que habitaba las cavernas, cultivaba los campos, criaba rebaños, nunca usaba ni vino ni carne, y que andaba siempre vestido de negro. Pues bien, el 30 de noviembre de 1860, M. Pierrotti, autor de *la Palestina actual en sus relaciones con la Palestina antigua*, ha probado la existencia, en el sud del mar Muerto, de tribus nómadas de Rekabitas, en número de cuarenta mil, tan fieles como en el tiempo de Jeremías á las prescripciones de Jonadab, su padre.

Los Ismaelitas.—El Génesis dijo de Ismael: «Levantará la mano contra todos, y todos levantarán la mano contra él, y armará sus tiendas frente á frente de sus hermanos.» El mismo M. Pierrotti dice ha encontrado en Tiberíades algunos hombres de la tribu independiente de los Yandil-el-Bekir que le han dicho: «Nosotros somos los hijos de Ismael, hijo de Abraham; no somos musulmanes; nuestro nombre significa *Judios*, grandes y antiguos; nuestro número es aproximadamente de diez mil.» Que un pueblo inteligente, activo, rodeado durante los siglos de naciones civilizadas, haya permanecido hasta el presente errante, es, dice un viajero inglés, Kie-Porter, un milagro subsistente, uno de los hechos misteriosos que prueban la verdad incontestable de las profecías.

Misah, rey de Moab, y Ochorias, rey de los Judios.—M. Clermont-Ganneau, canceller del consulado de Jerusalen, tuvo la buena fortuna de descubrir por los alrededores del mar Muerto, en el antiguo país de Moab, una gran piedra ó estela de basalto, llevando una inscripción en caracteres hebreos que ha podido imprimirse y que M. de

Vogüé ha descifrado. Léese en ella: «Yo soy Mesah, hijo de Chamos, hijo de Moab. Yo he combatido á Israel. Chamos ha humillado á Jehovah.» Esta estela nos revela, pues, despues de muchos siglos, el nombre y los actos de Mesah, presentado por la Biblia como rey de Moab, y nos revela una campaña hecha por los Moabitas contra Israel, campaña que dejan sospechar los Libros santos.

Ezequías y Sennacherib.—El libro de los Reyes cuenta que en el año catorce del rey Ezequías, Sennacherib, rey de los Asirios, apoderose de un gran número de ciudades fortificadas de Judá, impuso á Ezequías un pesado tributo, y, conforme la promesa hecha á Ezequías por Isaiás, volvióse sin haber tomado á Jerusalem, espantado de la certeza de que había sido teatro su campamento. Pues bien, M. Oppert y M. Rawlinson han leído, escritas en caracteres cuneiformes sobre prismas, inscripciones que confirman completamente el relato de los Libros santos.

«Ezequías el Judío no se sometió... Le cerré en Jerusalem, la ciudad de su poder, como un pájaro dentro de su jaula... Me envié á Ninive treinta talentos de oro y cuatrocientos de plata.» Beroso, por otra parte, nos cuenta, casi en los mismos términos que el cuarto libro de los Reyes, la vergonzosa manera con que Sennacherib perdió la corona y la vida. Despues de la curación de Ezequías, la Biblia dice que Baladan, rey de Babilonia, escribió felicitándole, y M. Rawlinson ha probado, en efecto, por las inscripciones, que el rey Merodach-Baladan envió un embajador á Ezequías, Sennacherib y Baidadan son, pues, como Ezequías, personajes históricos.

Ruina de Babilonia.—Dios por boca de Isaiás dijo de Babilonia: «Borraré el nombre de Babilonia, anonadaré su raza, sus habitantes, la daré al erizo de las ruinas, la cubriré de pantanos, barreré hasta la última huella de esta maldita mansion.» Todos los viajeros están unánimes en decir que hoy parece Babilonia herida por la maldición.

que es su nombre un nombre de horror para los habitantes del desierto, que es el espanto de las naciones, y que las caravanas aléjanse de ella con precipitación para evitar hasta el aspecto de sus ruinas.

Derrota y cautividad de Manasés; derrota de Sennacherib; caída de Ninive.—Confirmando completamente el relato de los Libros santos, distintos monumentos asirios nos revelan: 1.º que Assarhaddon, rey de Asiria, vicario de Babilonia, se apoderó de toda la Asiria y deslerró á sus habitantes; lo que esplica como Manasés pudo ser enviado á Babilonia; 2.º que Manasés fue en efecto restablecido en el trono como delegado del rey de Asiria; 3.º que, como lo había predicho el profeta Nahum, Assarhaddon se apoderó de la ciudad de Tebas; 4.º que por efecto sin duda de la derrota de Sennacherib y de la exterminación del ejército sirio, Phasort, rey de los Medas, el Arphaxad de la Biblia, redobló sus esfuerzos y se apoderó de Ninive; que, conforme á las profecías, Ninive, la ciudad inmensa, de siete leguas de longitud, con diez y ocho de rueda, desapareció tan completamente, que parecia imposible descubrir aun el mismo lugar en que estuvo situada, y hasta se atrevían á negar su existencia y su grandeza. M. Botta, consul de Francia en Mossul, ha llegado al fin á descubrir los palacios de Assarhaddon y de Nabucodonosor, y á probar que Ninive, que cubria el espacio que separa Korsabad del Tigris, correspondia por su magnificencia al relato de los profetas y á los recuerdos del Oriente. Por otra parte un cónsul, M. Victor Place, ha encontrado en una cámara subterránea inmensa provision de instrumentos de hierro y de acero que habían servido para la erección de estos espléndidos monumentos.

Animales simbólicos de Ezequiel.—Los museos asirios de Paris y Londres ofrecen hoy á la admiración de todos los que las ven estatuas colosales, llamadas toros alados, que parece han sido exhumados de su olvido secular para lle-

gar á ser gigantescos testimonios de la verdad de nuestros Libros santos. Estos sin duda son aquellos animales de los cuales decía Ezequiel: Su aspecto es una semejanza humana.

Ruinas de Tiro.—La suerte ha tocado á Tiro, dice M. de Volney, á la reina de los mares, á la cuna del comercio que civilizó el mundo. El pescador indigente habita las abovedadas cuevas allá donde en otro tiempo amontonábanse los tesoros del mundo. Sus ruinas parece sólo han sido conservadas como una prueba visible del cumplimiento de la palabra divina: «será como la cima pelada de una roca, y servirá para secar las redes de los pescadores.»

Ruinas de Samaria.—La hora marcada para el castigo de los crímenes de Samaria había sonado. El libro de los Reyes nos cuenta que en el cuarto año del rey Ezequías, Salmanasar, rey de Asiria, sitió á Samaria, y que no fué Salmanasar, sino los Asirios los que la tomaron al cabo de tres años. Isaías añade que el Tartan enviado por el rey de Asiria contra Azoth y que fué el que la tomó se llamaba Sargon, de quien no se hace ya mas mención en la Biblia. Todo está explicado en una de las láminas de mármol que adornaban las salas del palacio Korsabad. «Yo he, dice Sargon, ocupado la ciudad de Samaria y reducido á la cautividad las siete mil doscientos ochenta personas que la habitaban.» De aquí en adelante, no podrán ponerse dudas sobre esto. El nombre del conquistador de Samaria es Sargon, general destituido por Salmanasar, que destruyó y se apoderó de la corona de su señor. Su nombre cuando general era probablemente Enemesar, nombre que le da el texto griego del libro de Tobías. La verdad de los Libros santos está completamente confirmada.

Profecía de Abías á Isaías contra la Idumea.—Como lo

anunciaron los Profetas, la Idumea, está enteramente cubierta de ruinas, más de treinta ciudades destruidas están absolutamente desiertas, los escorpiones abundan y los cuervos marinos son innumerables en ella... Edom es renombrada por la multitud de sus cuervos; las gamuzas (*pitons* del profeta) encuéntranse por doquiera en sus montes.

Castigo del Egipto.—Volney y otros viajeros no hacen más que repetir el lenguaje de los profetas cuando dicen: «El Egipto ha cesado de pertenecer á sus propietarios naturales, ha visto sus fértiles campos llegar á ser sucesivamente presa de los Persas, Macedonios, Romanos, Griegos, Arabes, Georgianos y por último de esta raza de Tartaros conocidos con el nombre de Turcos otomanos. El sistema de opresion es metódico; todo lo que el viajero vé á oje le recuerda que está en una tierra de esclavitud y tiranía. En Egipto no hay ni clase media, ni nobleza, ni clero, ni negociantes, ni propietarios.»

Daniel y Nabucodonosor.—Aun la misma existencia de Nabucodonosor era puesta en duda por Voltaire, bajo el pretexto de que Herodoto no lo había nombrado. Una inscripción descubierta por M. Oppert nos enseña que las ruinas llamadas hoy Bar-Nemrud es el resto de un edificio erigido por Nabucodonosor, y que en tiempo de este rey, hácia el año 558, antes de Jesucristo, contábanse cuarenta y dos vidas humanas de cincuenta y cinco años cada una, ó sean 2,730 años. Pues bien, este intervalo difiere en diez años del que daría la cronología bíblica. Esta aproximacion es verdaderamente extraordinaria. M. Oppert ha descubierto tambien en Babilonia una colina artificial llamada *Mohattha*, cuadrada, orientada, construída de ladrillo, y que parece fué el pedestal de la colosal estatua elevada por Nabucodonosor. La Biblia atribuye la reconstrucción de Babilonia á Nabucodonosor. Herodoto la atribuye á Semiramis. Otra inscripción pone esta de-

claracion en boca de Nabucodonosor: «Yo he construido el asiento de mi reino, yo he construido este palacio indestructible... He hecho mencion de esta construcion en cilindros cubiertos de betun y ladrillos.» Estos son precisamente los cilindros que la ciencia verdadera acaba de descifrar para gran confusion de la falsa ciencia. En fin, haciendo sin duda alusion á su terrible enfermedad mental, Nabucodonosor exclama en la inscripcion relativa á la reconstruccion de Babilonia: «Acepta mi humillacion, concedeme la prolongacion de mi vida hasta los días más lejanos.»

Nosotros probamos, en fin, que M. Oppert ha leído, en un ladrillo, el nombre del rey Baltasar, para quien su padre invoca la proteccion de la gran divinidad.

Daniel fué dos veces librado de los leones, la primera bajo el reino de Nabucodonosor, la segunda bajo el de Darío, quien le habia encargado el gobierno de una provincia; pues bien, he aquí que en las ruinas de Babilonia y en la ciudad de Susa, de la cual fué Daniel gobernador, se han encontrado monumentos en los cuales están esculpidos hombres y leones: las inscripciones cuneiformes nos enseñarán tal vez muy pronto que tenemos ante la vista monumentos conmemorativos del milagro bíblico.

El libro de Esther.—La primera conquista moderna relativa á la veracidad de la historia, de Esther ha sido la identificacion hecha por M. Oppert del nombre Asuero de la Biblia con el de Jerjes. Los Selenia habian traducido Ayagita por Macedonio; las inscripciones de Kersabad nos han manifestado que el país de Ayac formaba parte de la Media, y que Aman por consiguiente no era Persa, sino Medo, como lo indica el libro de Esther. La existencia de correos que montando en caballos corrian con la mayor rapidéz es confirmada por Herodoto. Encuéntranse en la lengua persa de los caracteres cuneiformes cincuenta vocablos ó nombres propios, mencionados en el libro de Esther, etc.

Destruccion del segundo templo de Jerusalem.—El mismo Tito en su famosa declaracion: «Conjuró á los dioses de Roma, á la divinidad de este país, á los soldados que me rodean, á los judíos que están cerca de mí y á vosotros mismos, que vosotros solos sois los que llamáis la ruina sobre este templo, proclamá resuestamente que sólo ha sido el ciecutor de las profecías divinas. Pero después del vasto incendio que devoró el templo, quedaban todavia piedras sobre piedras. Para que el oráculo tuviese un completo cumplimiento fué preciso que Juliano el Apóstata tuviese el extraño pensamiento de levantarlo de entre sus ruinas. Amiano Marcelino, autor contemporáneo, nos cuenta que terribles torbellinos de fuego salidos de las entrañas de la tierra devoraron á los trabajadores ó hicieron imposible el acceso á las canteras. El elemento destructor parecia tener cierta terquedad en resistir á los esfuerzos que se hacian, y fué preciso abandonar la empresa. No solamente no quedó piedra sobre piedra en el templo, sino que sus últimos vestigios se han perdido tan completamente, que hoy es rigurosamente imposible saber exactamente en dónde estaba situado.

Episodio del doctor Colenso.—Hace un corto número de años un ministro anglicano, profesor de aritmética en una oscura escuela, fué nombrado obispo de Natal. Muy pronto encontrósese bastante conocedor de la lengua zulú para tratar de traducir la Biblia á esta lengua. El mismo confieso que desde el principio encontrósese detenido en las dificultades de su trabajo. El aritmético estaba ligado al registro de los guarismos suministrados por la Biblia, y no habia podido conciliar con ellos ningún cálculo. Por otra parte el jefe zulú á quien instrua habiale colmado de objeciones que el obispo no supo resolver; los papeles del misionero y del salvaje invirtiéronse así de este modo: la autoridad, el ascendiente, la razon pasaron al lado del zulú. El convertidor llegó á ser el convertido. Fué una verdadera apostasia. El libro en el cual el obispo

desarmado nos cuenta su malaventura y desarrolla sus objeciones. *El Pentateuco y el Libro de Josué ante la crítica*, hizo un gran ruido y causó un verdadero escándalo. Decía, no sin hipocresía: «Como yo, servidor del Dios de verdad, hubiérame atrevido á obligar á uno de mis hermanos á creer lo que yo mismo no creía?» Las objeciones de Colenso nada tienen de científico; es verdaderamente estraña su pretension de convencer de error al Pentateuco y al Libro de Josué, por mezquinas y detalladas dificultades que desde hace dos mil años todos conocen y que jamás han quitado la fe á nadie, porque son errores de gustismos particularmente expuestos á las distracciones y caprichos de los copistas. Es, como por fortuna dice el arcediano Prat, una cacería entre ciegos. ¡Todos sus peligros consistían en la posición importante que el doctor Colenso ocupaba en la Iglesia anglicana! Pero una protesta y declaración solemne de doscientos diez sabios, amigos de la Religión, recordaron muy pronto al infeliz obispo que, «lejos de abrumar á todo espíritu sabio las diferencias aparentes que hay entre la ciencia y las divinas Escrituras, debe aquel, al contrario, únicamente detenerse en los puntos en que ambas están de acuerdo, sin suponer, sin temer jamás que la palabra inspirada de Dios y la ciencia, cuyo gran objeto debe ser celebrar la gloria de sus obras, puedan no tener siempre el mismo lenguaje sobre las materias que les tocan en comun. El triunfo del pasado asegura el triunfo del porvenir. ¡Cada uno de los descubrimientos tan laboriosamente llevados á cabo, en todos los ramos de las ciencias humanas, es la más patente é inesperada confirmación de los textos más disputados de nuestros Libros santos! Así ha acontecido desde Porfirio hasta nuestros días. De este modo ha permanecido en pié la Biblia triunfante é inmortal. A medida que la mano de los demolidores ha socavado en torno de los fundamentos del edificio para derribarlo, se han encontrado en él nuevos asientos de piedra siempre indestructibles.» Racionalistas, exclama el abate Darra, no creéis en los milagros, y vosotros

mismos sois el más admirable de los milagros. Veinte siglos hace ya, que sucesivamente arrojaís legiones contra legiones interesadas para destruir un libro escrito en otro tiempo por algunos Hebreos. Todas las pasiones humanas se han ligado con vosotras en esta guerra. ¡Tantos libros se han destruido, y vosotros no habeis logrado destruir aquel, esto es en verdad un prodigio! ¡Colenso ha sido débil hasta el ridículo!

— Otro adversario del Antiguo y del Nuevo Testamento, M. Jaccoliot, lleva su odio hasta la extravagancia. Atrevese á afirmar que los hechos del Antiguo Testamento no tuvieron realidad más que en la India; que Jesucristo jamás ha existido, y que sus historiadores no han hecho más que atribuir á un ser imaginario milagrosas aventuras que copiaron de los libros sagrados del último extremo del Oriente. Refutar esta tesis impía sería suponer que descansa sobre algun fundamento. Los hechos del Antiguo y Nuevo Testamento identificados con el país de Judea, monumentalizados mil veces, han llegado hasta nosotros en toda realidad y claridad, por una sucesion no interrumpida. Suponer que se les puede disputar la verdad de su naturaleza y de su origen, sería suponer que en pleno día se puede negar la realidad de la luz y la misma existencia del sol. La era de los Vedas, lejos de remontarse á doce ó quince mil años, remóntase apenas á algunos siglos antes ó aun despues de nuestra era. De todos es sabido que es preciso atribuir á la superchería de los Pandus la mayoría de las similitudes entre los Vedas y la Biblia. El mismo nombre del héroe mesiánico de M. Jaccoliot, *Christus*, es un atestado contra la filosofía de las lenguas.

Capítulo duodécimo.—La ciencia auxiliar de la Fe.—No solamente la ciencia verdadera, la ciencia de los hechos y de las leyes de la naturaleza, no es opuesta á la fe, sino que algunas ciencias, por no decir todas ellas, nos suministran pruebas directas y rigurosas de la verdad de muchos dog-

desarmado nos cuenta su malaventura y desarrolla sus objeciones. *El Pentateuco y el Libro de Josué ante la crítica*, hizo un gran ruido y causó un verdadero escándalo. Decía, no sin hipocresía: «Como yo, servidor del Dios de verdad, hubiérame atrevido á obligar á uno de mis hermanos á creer lo que yo mismo no creía?» Las objeciones de Colenso nada tienen de científico; es verdaderamente estraña su pretension de convencer de error al Pentateuco y al Libro de Josué, por mezquinas y detalladas dificultades que desde hace dos mil años todos conocen y que jamás han quitado la fe á nadie, porque son errores de gustismos particularmente expuestos á las distracciones y caprichos de los copistas. Es, como por fortuna dice el arcediano Prat, una cacería entre ciegos. ¡Todos sus peligros consistían en la posición importante que el doctor Colenso ocupaba en la Iglesia anglicana! Pero una protesta y declaración solemne de doscientos diez sabios, amigos de la Religión, recordaron muy pronto al infeliz obispo que, «lejos de abrumar á todo espíritu sabio las diferencias aparentes que hay entre la ciencia y las divinas Escrituras, debe aquel, al contrario, únicamente detenerse en los puntos en que ambas están de acuerdo, sin suponer, sin temer jamás que la palabra inspirada de Dios y la ciencia, cuyo gran objeto debe ser celebrar la gloria de sus obras, puedan no tener siempre el mismo lenguaje sobre las materias que les tocan en comun. El triunfo del pasado asegura el triunfo del porvenir. ¡Cada uno de los descubrimientos tan laboriosamente llevados á cabo, en todos los ramos de las ciencias humanas, es la más patente é inesperada confirmación de los textos más disputados de nuestros Libros santos! Así ha acontecido desde Porfirio hasta nuestros días. De este modo ha permanecido en pié la Biblia triunfante é inmortal. A medida que la mano de los demolidores ha socavado en torno de los fundamentos del edificio para derribarlo, se han encontrado en él nuevos asientos de piedra siempre indestructibles.» Racionalistas, exclama el abate Darras, no creéis en los milagros, y vosotros

mismos sois el más admirable de los milagros. Veinte siglos hace ya, que sucesivamente arrojaís legiones contra legiones interesadas para destruir un libro escrito en otro tiempo por algunos Hebreos. Todas las pasiones humanas se han ligado con vosotras en esta guerra. ¡Tantos libros se han destruido, y vosotros no habeis logrado destruir aquel, esto es en verdad un prodigio! ¡Colenso ha sido débil hasta el ridículo!

— Otro adversario del Antiguo y del Nuevo Testamento, M. Jaccoliot, lleva su ódio hasta la extravagancia. Atrevese á afirmar que los hechos del Antiguo Testamento no tuvieron realidad más que en la India; que Jesucristo jamás ha existido, y que sus historiadores no han hecho más que atribuir á un ser imaginario milagrosas aventuras que copiaron de los libros sagrados del último extremo del Oriente. Refutar esta tesis impía sería suponer que descansa sobre algun fundamento. Los hechos del Antiguo y Nuevo Testamento identificados con el país de Judea, monumentalizados mil veces, han llegado hasta nosotros en toda realidad y claridad, por una sucesion no interrumpida. Suponer que se les puede disputar la verdad de su naturaleza y de su origen, sería suponer que en pleno día se puede negar la realidad de la luz y la misma existencia del sol. La era de los Vedas, lejos de remontarse á doce ó quince mil años, remóntase apenas á algunos siglos antes ó aún despues de nuestra era. De todos es sabido que es preciso atribuir á la superchería de los Pandus la mayoría de las similitudes entre los Vedas y la Biblia. El mismo nombre del héroe mesiánico de M. Jaccoliot, *Christus*, es un atentado contra la filosofía de las lenguas.

Capítulo duodécimo.—La ciencia auxiliar de la Fe.—No solamente la ciencia verdadera, la ciencia de los hechos y de las leyes de la naturaleza, no es opuesta á la fe, sino que algunas ciencias, por no decir todas ellas, nos suministran pruebas directas y rigurosas de la verdad de muchos dog-

mas fundamentales de la fe ó de muchos hechos de la Revelacion.

La Aritmética.—Cualquier número, es decir, cualquier serie de unidades reales sucesivas, es esencialmente finito, porque, puesto que cada uno de los números obtenidos por adiciones sucesivas sólo difiere del precedente por una unidad, todos estos números sucesivos son necesariamente finitos á la vez, el segundo por el primero, el tercero por el segundo, etc. Cualquier número es necesariamente par ó impar, primero ó no primero; si es par, no contendrá todos los números impares; si es primero, no será el último de los números primeros, puesto que el número de estos es ilimitado. En todo caso, sea par ó impar, primero ó no primero, no contendrá su cuadrado, su cubo, su cuarta potencia; no será, pues, el mayor de todos los números dados, no será infinito, sino finito. Cualquier número es esencialmente finito; luego el número de hombres que han existido en la tierra es finito, y ha habido un primer hombre; luego el número de revoluciones de la tierra al rededor del sol es finito, y hubo una primera revolución; y el sol y la tierra han sido equivalentemente lanzados en su órbita por una voluntad soberana. Luego en todas y en cada una de las órdenes de la naturaleza ha habido un prototipo sin predecesores, y los seres no se han sucedido siempre eternamente. Hé aquí, pues, que la aritmética, la más elemental, la más común, de las ciencias, depara una prueba irrefutable de la falsedad de la tesis fundamental del ateísmo, la existencia necesaria y por consiguiente eterna del universo y de los elementos que la componen. La Aritmética prueba la necesidad, la verdad de una creación en el tiempo. Importa notar que, dejando aparte su origen y en virtud de las propiedades esenciales y conocidas de los números, cualquier número formado de unidades sucesivamente añadidas es esencialmente finito. Esta proposición una vez demostrada, no puede ser ya cuestión de origen ó de primera uni-

dad á una distancia infinita; el origen está necesariamente á distancia finita. En otros términos, número actualmente finito y origen á distancia finita es una sola y misma cosa, y como todo número es esencialmente finito, todo origen está asimismo á una distancia finita. Un número que tuviera su última cifra; y que no tuviese la primera cifra sería un baston de un solo extremo, y ¿cómo concebir su baston real existente sin sus dos extremos?

El Álgebra.—M. Fas de Bruno, matemático muy distinguido, nos pone por el álgebra en posesion del primer extremo del baston, ó sea de la primera unidad del número de hombres que se han sucedido en la superficie de la tierra. Partiendo del guarismo actual de las poblaciones humanas, y admitiendo que el aumento anual de la población sea cerca de un centésimo, el más probable promedio, deduce de la teoría de las progresiones esta capital proposición: es imposible que la creacion del hombre se remonte mucho más allá de cinco mil ochocientos sesenta y seis años.

Esta misma teoría aplicada á los cuatro mil doscientos cinco años que han transcurrido despues del diluvio, tomando por aumento anual de la población un doscientos diez y siete, da, por el número de hombres que existen actualmente en la superficie de la tierra, mil trescientos millones, guarismo que difiere muy poco del guarismo real.

Calculado por esta misma fórmula, el número total de hombres que han vivido en la tierra desde el diluvio sería de doscientos noventa y seis millones de millones; la Francia entera, suponiendo cinco hombres por metro cuadrado, no bastaria para contener esta inmensa multitud.

En los cálculos de M. Fas de Bruno hay que distinguir dos cosas, los datos numéricos y el método. Los datos numéricos, la población total del globo, el guarismo de su aumento anual, pueden permanecer indecisos, pero el método es absolutamente exacto; el número de años cor-

respondiente al número actual de población es necesariamente finito, y es muy cercano á seis mil años.

La Física.—Es incontestable que toda luz, que todo calor, que todo movimiento y todo desarrollo de la vida, en el interior y en la superficie de la tierra, tienen su origen y su causa en el sol. Si es, pues, verdad que el sol no ha iluminado y calentado siempre la tierra, si vendrá un tiempo, después del cual la actividad solar, suponiendo que haya estado continuamente en juego, será necesaria y fatalmente extinguida; forzoso será también admitir que el calor, la luz, el movimiento y la vida tuvieron un principio y tendrán un fin, como lo afirman la Santa Escritura y la Revelación. Y en efecto, los datos ciertos de las ciencias físicas modernas, hábilmente manejados por uno de los más ilustres físicos contemporáneos, sir William Thomson, profesor de la Universidad de Glasgow, señalan al calor solar un principio y un fin. La vida ha comenzado en la superficie de la tierra y tendrá un término! El origen eterno de los seres es una vana quimera! Estas deducciones del gran físico han irritado sobremanera á los evolucionistas; severamente le han echado en cara la entrada en un terreno que no era el suyo; rehúsan á la física el derecho de dar lecciones á la geología y á la fisiología! Hé aquí, pues, una despótica ciencia que rehúsa á otra ciencia el derecho de la crítica, mientras que todas las ciencias emancipadas se atribuyen de común acuerdo el derecho de censurar la teología ó la ciencia de lo sobrenatural.

Para hacerse perdonar esto, sir William Thomson ha admitido más tarde que la vida pudo ser traída á la tierra por un fragmento de serollito. Es una concesion ridicula, puesto que no hace más que aumentar la dificultad. Será preciso encontrar el origen de la vida en la superficie del astro del cual se deshizo el fragmento que ha vivificado y fecundizado la tierra! Pero hágameos constar que sir William Thomson ha reparado su debilidad proclamando: «Nos-

otros vemos por doquiera la natural influencia de una voluntad libre, y que todos los seres vivientes están bajo la dependencia [única del Creador y] regulador soberano de los mundos.»

—En su volumen, *La Conservación de la energía*, M. Balfour-Stewart, profesor de filosofía natural en el colegio de Owen, dice á su vez:

«Nosotros dependemos del sol, centro de nuestro sistema, no solamente por la energía de nuestros cuerpos, sino también por la delicadeza de nuestra constitución; el porvenir de nuestra raza está ligado al porvenir del sol.... Hemos visto que el sol tuvo un principio y que debe tener un fin. Si generalizamos, miremos no solamente nuestro propio sistema, sino todo el universo material, considerado bajo el punto de vista de energía utilizable, como esencialmente transitoria.» La ciencia formula, pues, como la fe, el terrible juicio: *Calum et terra transibunt.*

—M. Pablo de Saint-Robert conviene á su vez en que: «El universo converge hácia un estado final en el que todas las actividades de la naturaleza serán detenidas y fijadas en un reposo relativamente eterno.» Tales consecuencias de esta parte de la física llamada *termodinámica* son tanto más notables, en cuanto había tratado ruidosamente en su principio de hacer de la invariabilidad de la suma de las energías de la naturaleza, de su unidad de origen y de su convertibilidad mútua, un argumento contra de la creación y del Creador.

—M. Helmholtz y M. Tyndall, físicos ilustres, pero emancipados de la fe y libres pensadores, exprésanse en estos términos: «A medida que los siglos se sucedan, cada planeta deberá caer á su vez sobre el sol... En caso de que aquel no se convierta en candente, al rozar en su carrera con la atmósfera del sol, como acontece á las estrellas fugaces, el primer rozamiento contra la superficie solar producirá un inmenso desarrollo de luz y calor: Luego, sea al primer golpe, sea después de muchos saltos, como una baía de cañon rebotando sobre la superficie de la tierra

ó del agua, toda su masa será pulverizada, fundida, reducida á vapor por un incendio que producirá en un momento muchos millones de veces tanto calor, como se produciría encendiendo una mole de carbon de las mismas dimensiones.»

M. Rolfe, de la Academia de ciencias de Bélgica, dice en fin: «*Si el mundo existiese desde toda la eternidad, hay una eternidad que debiera haber finido, pues que la tendencia al aniquilamiento de todo trabajo y al equilibrio final de la temperatura, obrando desde toda la eternidad, hubieran de realizarse enteramente hace ya una eternidad.*» Se está plenamente en derecho al afirmar científicamente que el universo sólo existe hace un tiempo limitado, por mas largo que este tiempo pueda ser. ¿Y qué causa lo ha constituido así en el tiempo? [Una voluntad libre! La creación encuéntrase así demostrada físicamente, lha á decir, matemáticamente.]

Hé aquí, pues, que lo más misterioso, lo más improbable, lo más imposible humanamente, que había en la Santa Escritura, el principio del mundo por una creación verdadera y su fin por el fuego, ha llegado á ser uno de los dogmas fundamentales de la ciencia actual. ¡Esplendor!

La Física molecular.—Después de la física matemática y de la física corpuscular, escuchemos á la física molecular. M. Clerk Maxwell, profesor de física, en la universidad de Cambridge, uno de los sabios más renombrados de Inglaterra, en un profundo estudio, cual no se hizo jamás, de las moléculas y de los átomos, no vaciló en sacar esta grandiosa consecuencia: «*Penémeno alguno de la naturaleza ha podido producir desde su origen la menor diferencia en las propiedades de las moléculas, de manera que la existencia ó la identidad de sus propiedades no puede ser atribuida á ninguna de las causas que nombramos.*» Las moléculas presentan, según el parecer de sir John Herschell, el carácter esencial de *artículos manufacturados, y excluyendo la idea de una eterna existencia,*

ó de una eternidad subsistente por sí propia..... Son hoy día en cuanto á sus dimensiones, á sus pesos y á los caracteres indestructibles que presentan, lo que eran cuando fueron creadas y concluidas..... *Nosotros nos alegramos de ello, porque son el sello de Aquel que en el principio creó no solamente el cielo y la tierra, si que tambien las materias que los componen.*

M. Tyndal dice con motivo de esto: «*Gassendi suponía la causa primera como un postulatam. En sus átomos manufacturados, Clerk Maxwell encuentra la base de una inducción que le permite escalar las alturas filosóficas que Kant juzgaba inaccesibles, y lanzarse lógicamente desde las moléculas hasta su creación.*»

Una bella página de la filosofía natural del inmortal Tomás Young hácenos entrever como el mundo visible constituyóse con ayuda de estos átomos primordiales, y como estos mismos átomos pueden entrar en relacion con el universo invisible.

A propósito del universo invisible, señalamos la aparición de un libro muy notable, que tiene por título *Espectulaciones físicas sobre la vida futura*, por dos físicos y matemáticos de primer orden, M. Tait y M. Balfour-Stewart, libro cuya conclusion es la siguiente:

«*La ciencia así desarrollada (es decir la ciencia adulta, la ciencia verdadera), en lugar de ponerse en antagonismo con las exigencias del cristianismo, es en realidad su mas eficaz auxiliar, y el cargo de demostrar que los primeros cristianos no tenían razon, proclamando la existencia y la constitucion de un universo invisible, semejante á aquel que la ciencia proclama, es arrojada sobre las espaldas de los adversarios del cristianismo. La verdad es que la ciencia y la Revelacion no son ni pueden ser dos campos de conocimientos sin comunicacion posible entre sí: semejante hipótesis es simplemente absurda.*» Este sabio y buen libro ha causado gran sensacion en Inglaterra, y se ha hecho ya la cuarta edicion del mismo.

Ciencias fisiológicas.—La tendencia actual de la falsa ciencia es el ateísmo; quiere á todo precio que Dios no exista, y para llegar á negar á Dios, niega la creación y busca los orígenes de la vida en una multitud de sistemas ó de génesis más jusepsalos los unos que los otros, y terminando necesaria y fatalmente en la generación espontánea. Pues bien, la ciencia acaba de demostrar victoriosa ó invenciblemente que la generación espontánea es una quimera. El mismo M. Tyndall, que en un arranque de ardor materialista habíase atrevido á decir: «Yo veo en la materia la promesa y el poder de engendrar todas las formas de la vida,» se ha visto obligado á declarar, poco después, que no puede alegar prueba alguna satisfactoria en favor del desarrollo de la vida, sin una vida anterior demostrada.

«Cómo, en efecto, admitir científicamente la generación espontánea después de la memorable información hecha á la Academia de ciencias, en su sesión del lunes 25 de febrero de 1865, por M. Balard, en nombre de una comisión compuesta por MM. Flourens, Dumas, Brongniard, Milne-Edwards, y Balard? Tratábase en el fondo de probar la verdad de una experiencia de M. Pasteur, experiencia que, según confesión de los partidarios de la generación espontánea, negaba su existencia y posibilidad. Hé aquí las conclusiones de la información.

«En resumen, los hechos observados por M. Pasteur y probados por MM. Pouchet, Joly y Musset, son de la más perfecta exactitud. Licores fermentables pueden resistir, ya sea al contacto de aire confinado, ya sea al contacto de aire renovado á menudo, sin alterarse; y cuando, bajo la influencia de este fluido, desarrollanse en él organismos vivientes, no se tiene que atribuir á estos elementos gaseosos el desarrollo, sino á las partículas sólidas (gérmenes vivientes), de las cuales puede despojárselos por diversos medios, así como lo había afirmado M. Pasteur.»

Después de haber repetido su memorable experiencia tan sencilla, pero tan clara y concluyente, en una de las brillantes veladas científicas de la Sorbona, M. Pasteur

no vaciló en pronunciar estas solemnes palabras coronadas de aplausos:

«Alejando el germen, he alejado la vida, porque la vida es el germen, é inversamente el germen es la vida. Jamás la generación espontánea se levantará del golpe mortal que esta experiencia le ha dado. No, ni una sola circunstancia hay hoy día conocida, en la cual se haya visto venir seres al mundo sin padres. Los que lo afirman son el juguete de ilusiones ó de causas de errores, de los cuales no han podido apercibirse ó que no han visto todavía.»

Después de haber transcurrido mucho tiempo, el 17 de julio de 1876, decía M. Pasteur en la Academia de ciencias: «Hé aquí que luego hará veinte años que persigo, sin encontrarla, la averiguación de la vida sin la vida anterior semejante. Las consecuencias de tal descubrimiento serían incalculables. Las ciencias naturales en general, y la filosofía en particular, recibirían un impulso que nadie podría prever. Así también, desde que sé que he sido adelantado por otro, corro cerca el dichoso investigador. Es verdad que corro tras él lleno de desconfianza.» Con motivo de una nueva tentativa del doctor Bastian, dijo M. Tyndall: «Todo lo que se alega en favor de las generaciones espontáneas obtiene en no manifestarse;» al mismo tiempo que reclamaba el auxilio de todos los espíritus ilustrados para desterrar de la ciencia la doctrina de las generaciones espontáneas que no se apoya en nada!!

Probamos además que los sabios de buena fe que afirman lo más enérgicamente posible las generaciones espontáneas, M. Pouchet en Francia, y M. Bastian en Inglaterra, reconocen y proclaman resueltamente que, si es debido á la materia el poder de organizarse á sí misma y de engendrar la vida, es únicamente por comunicación del poder creador. «Los fenómenos físicos, químicos y biológicos, dice M. Bastian, permiten afirmar que reina por doquiera un orden inmutable, leyes fijas, y que nada en la naturaleza, á pesar de las apariencias contrarias,

está entregado al acaso. Las mismas fuerzas que obran actualmente, dentro y fuera de nosotros, han sido y son siempre activas en el universo entero; las fuerzas que producen tan bellos resultados, tan complejos y variados, atestiguan la existencia de un poder supremo, cuya expresión son los mismos resultados.»

Citemos aún dos autoridades más: primero la de un naturalista muy distinguido, M. Strauss-Dwekheim: «Todos los seres vivientes, hasta el último animalito, deben sin escepcion su existencia á individuos semejantes á los que los engendran; luego despues la de la Academia de ciencias de San Petersburgo: «Los organismos más dudosos, que parece pertenecen al mismo tiempo á dos reinos orgánicos, están encerrados en su propio círculo morfológico.

Origen simético del hombre.—M. Gratiolet, quien, más que cualquier otro, y con singular talento, ha estudiado la anatomía comparada del mono y del hombre, concluye así: «Los hechos me permiten afirmar una convicción fundada en un atento y personal estudio, que la anatomía no da ninguna base á la idea, tan violentamente defendida en nuestros días, de un estrecho parentesco entre el hombre y el mono... La divina majestad del hombre saldrá algún día consagrada por este combate, y desde aquella hora invencible y triunfante.»

M. Manuel Rousseau, director de los trabajos anatómicos en el Museo de la historia natural, ha probado mejor que Camper una diferencia esencial entre el hombre y el mono: «Los mamíferos sin escepcion están provistos del hueso infermaxilar... Este hueso falta únicamente en el hombre.»

Astronomía y cronología india y egipcia.—M. Biot ha sido arrastrado invenciblemente á esta deducción: Cuanto más se examinan detalladamente, con sentido práctico, los escritos astronómicos de los Hindus, más se persuade uno que, en estos libros, texto ó comentarios son fabricados

especulativamente, con trozos de relatos tomados en todas partes, sin que se encuentre en ellos vestigio alguno de observaciones antiguas que hubieran hecho con determinados instrumentos, para un objeto de perfeccionamiento abstracto que les ha sido siempre extraño.

—El abate Guérin, misionero de las Indias, ha deducido matemáticamente de una observación del Surya-Sidantá la edad verdadera de su autor, al cual se atribuye una antigüedad desmesurada. La observación fué hecha hace 1,484 años, lo cual hace vivir á Surya en 345 despues de Jesucristo.

—M. Cooper, ayudado del astrónomo real M. Airy, probó que un eclipse mencionado en una inscripción jeroglífica, como acontecido bajo el reinado del Faraon biznieto de Sheska I, que tomó á Jerusalem, tuvo lugar el año 851 antes de Jesucristo, á las 5 y 10 minutos de la tarde. M. Cooper ha sido conducido á una cronología muy distinta de la de Maneton. No se podrán oponer los guarismos de Maneton á la cronología bíblica.

—Suponiendo que las fosas de la gran Pirámide hayan sido inclinadas 62 grados, en su punto culminante, para que Sirio, el pequeño Can ó Sothis, hiriese perpendicularmente con sus rayos la faz meridional, el monumento tiene la edad 3,300 años antes de Jesucristo. No doy gran importancia á la hipótesis de Mahmud-Bey; creo con M. Piazzi Smyth que la estrella Sothis ó Sirio no ha jugado en la astronomía egipcia el papel que se le atribuye; pero está al menos probado que, sea cual fuere el punto de partida que se escoja, consiguiese siempre para la edad de la gran Pirámide un guarismo que concuerda perfectamente con la cronología bíblica.

La Pluralidad de los mundos.—La pluralidad de los mundos nada tiene que de cerca ó de lejos pueda contrariar á los dogmas cristianos. Los Beneficios de la Encarnación pudieron estenderse á los otros mundos; san Pablo nos muestra á Jesucristo pacificando por su sangre derramada.

mada desde la cruz lo que hay en la tierra y en los cielos; y un antiguo himno, *Pange lingua*, canta la gloria de la preciosa sangre que lava los crímenes de la tierra, de los mares, de los astros, del mundo entero. Sin embargo, no puede negarse que algo hay de irreverente con la fe en la manía con que se quería poblar de habitantes todos los astros del firmamento. Felices somos al probar que la ciencia del día es mucho menos prodigo. Hé aquí las deducciones de una larga disertación, sobre las condiciones astronómicas de la vida, insertada en el Anuario del bufo de longitudes para 1874, por M. Faye, del Instituto: «Lejos de poder admitir *a priori* que las condiciones de la vida encuéntrase naturalmente realizadas por doquiera, apenas púedese citar, fuera de la tierra, dos planetas de nuestro sistema solar en que solamente sean un poco probables, y el solo globo sobre el cual sea permitido pronunciar con entera certidumbre, la luna, no posee ninguna de ellas.»

ANÁLISIS Y MECÁNICA ANALÍTICA.—*El alveolo de las abejas*.—Lord Brougham ha probado por el análisis más completo de lo que se haya hecho antes que él, que el alveolo de las abejas es, una obra maestra de matemática. No puede dudarse, dice, que la abeja ha resuelto el problema del *minimum maximum* de la superficie del fondo de su alveolo, en condiciones que no habian sido todavía examinadas, y que su arquitectura es más perfecta que todo lo que puede imaginarse. Si se reflexiona que es la obra maestra del instinto, será imposible decir con Virgilio: *In tenui labor*, sin añadir: *At tenuis non gloria...*

«Lo que llamamos el instinto es la acción continua de Dios, y estas especulaciones tienden a su gloria ó al menos á hacernos cumplir nuestro deber, esplicando y aclarando sus obras.»

Nuevas observaciones que citamos prueban que este instinto se ejerce espontáneamente, sin educación previa, sin vacilacion alguna, sin andar á tientas, sin cálculo,

sin estudio de los obstáculos. Tambien M. Chevreul no vacila en decir: «Los hechos del instinto, á pesar de todo lo que dicen los filósofos, á los cuales se atribuye una especie de enseñanza, dada por los ascendentes á los descendentes de su especie, están en contradicción evidente con esta esplicacion. Los hechos precisos, observados y experimentados por Federico Cuvier, me han llevado á pensar que son inexplicables sin una causa providencial.»

Simplicidad y espiritualidad del alma.—M. Félix Lucas demuestra por el análisis: 1.º que si la percepción de las sensaciones se derivase del sacudimiento mecánico de un *sensorium*, habriase absolutamente de admitir, lo que es absurdo, que una fórmula de análisis puede reemplazar una fuerza motriz real; 2.º que el centro de las percepciones no puede tener dimensiones finitas, que debe ser esencialmente un átomo inseparable, indescomponible, inaccesible al escápel del analomista, un puro espíritu.

—M. Félix Breton encuentra una demostracion de la simplicidad del alma, no en sus percepciones, sino en su accion sobre el cuerpo. La misma voluntad obra sobre un elemento físico ó mecánico al cual imprime directamente movimiento... Estamos lógicamente obligados á reconocer la creacion de nuevo de un trabajo por la voluntad... La voluntad es otra cosa muy distinta que la materia y el movimiento. Materia y movimiento no lo es todo, aunque es la realidad simplemente física todo sea materia y movimiento.

La reversión. La fórmula de Laplace, la ecuacion del mundo y de los mundos.—Laplace dijo en su *Ensayo filosófico sobre las probabilidades*: «Una inteligencia que, en un instante dado, conociese todas las fuerzas de que está animada la naturaleza y las situaciones respectivas de los seres, si era además bastante vasta para someter sus datos al análisis, abrazaria en la misma fórmula los mo-

vimientos de los mayores cuerpos del universo, y los del mas ligere átomo. Nada seria incierto para ella, y el porvenir, como el presente, sería presente á sus ojos.

Es posible que el ilustre geómetra haya pretendido comprender en un gigantesca fórmula los séres y los fenómenos de los cuatro reinos de la naturaleza, mineral, vegetal, animal y humano, con tanta más razon quanto que para él las causas finales son causas imaginarias, expresión de nuestra ignorancia. En todo caso, de este modo ha sido y es universalmente entendida por la ciencia emancipada de nuestra época, por los Haeckel, los Huxley, los Du Bois-Reymond, etc., etc. De manera que en realidad, esta teoría mecánica de los mundos es el pretendido origen y la última expresión de las teorías de la Escuela positivista y racionalista del siglo XIX, de donde sacan todos sus insensatos dogmas de la eternidad de la materia y de la vida, de la transformación ó evolucion, de la necesidad y de la fatalidad de los actos humanos, etc. Pues bien, M. Felipe Breton ha hecho resaltar de la manera más picante lo absurdo de esta teoría. En efecto, si la verdad fuese esta, todo átomo, toda molécula, todo sér, considerado en el espacio y en el tiempo, describiria equitativamente una curva continua; pues bien, todo movimiento curvilíneo es esencialmente reversible, es decir, que se puede concebir que el átomo, la molécula, el sér, vuelve sobre sus pasos, y recorre en sentido contrario el camino seguido, ó que todos los fenómenos del mundo y de los mundos puedan y deban reproducirse en sentido contrario, dando así nacimiento á un mundo en desorden (al revés). Este mundo, el más extraño que pueda imaginarse, llega á ser á su vez una demostración por lo absurdo, extremadamente patente, de la falsedad, de la inutilidad de las premisas que le hacen absolutamente necesario en teoría.

Citemos un ejemplo de reversion: En el mundo al revés los muertos renacen, vuelven á la tierra en estado de cadáveres, toman vida, y despues de ser cierto tiempo

cuerpos enfermos recobran la salud, Salen de la tierra los unos viejos, los otros adultos, y otros niños; rejuvenecen á medida que el tiempo corre, y todos sin excepcion llegan á ser semejantes á nuestros niños recién nacidos, despues desaparecen totalmente en el seno de su madre. De la parte de allá de este singular género de muerte, llega á ser cada vez más difícil comprender los efectos de la reversion. M. Félix Breton deduce con razon de esto, que fuera de lo que es verdaderamente cantidad, ó de lo que puede ser concebido doble, triple, cuádruple, sólo pueden los matemáticos conducir al error ó á verdaderas conclusiones vacías de sentido.

Autropologia.—El R. P. Monsabré dió en Nuestra Señora, durante la cuaresma de 1875, sobre la belleza, la grandeza y la vida divina del hombre, tres eruditas y elocuentes conferencias que forman por sí solas una brillante síntesis de la obra maestra de la creacion. He creído deber hacer de ella, con las propias palabras del orador, un resumen rápido, que es un himno magnífico cantado, por tres de los más nobles entre las ciencias, la fisiología, la filosofía y la teología, en honor del Dios creador del hombre y en honor de la Revelacion. Páreceme imposible que este himno glorioso no hiciera vivamente é impresión profundamente á todos aquellos que lo leerán. Estas sublimes verdades no se inventan; forzosamente son reveladas y divinas.

Química y síntesis química.—M. Bechamp, profesor de quimica en la Facultad de Montpellier, decano hoy de la Facultad de medicina de la Universidad católica de Lille, ha pedido á la ciencia, de la cual es maestro, el secreto divino del origen y de la esencia de la materia orgánica ó inorgánica, y su respuesta es un nuevo triunfo para la Revelacion. Citemos algunos párrafos: «En virtud de las admirables y tan fecundas relaciones que la ciencia ha descubierto entre el reino mineral, vegetal, animal y el

hombre, los vegetales deben aparecer los primeros, pues son los aparejos de la síntesis, mientras que los animales, bajo el punto de vista químico y fisiológico, deben venir después. Los vegetales son, en efecto, así como lo ha establecido con gran evidencia M. Dumas, los aparejos de la combustión; es decir, los aparejos del análisis; ellos no podían crear la materia necesaria á la edificación de un sér. La ciencia fija, pues, en cierta manera el momento de la aparición de la vida en el globo; pero además fija con certeza este orden de subordinación: la materia mineral antes que los vegetales, los vegetales antes que los animales. Prueba aun que el hombre es el último que ha pisado la tierra, y que, como en los otros séres, la materia de su organismo es mineral por esencia. Si, todo esto es absolutamente verdad y de una evidencia científica... Hay otra evidencia no menos cierta, científica y experimentalmente; y es que los materiales minerales del aire, del agua y de la tierra, no pueden engendrar por sí solos un átomo de materia orgánica. En el orden puramente químico, es preciso la intervención de una inteligencia, la de un químico bastante sabio, de un génio bastante elevado, para gobernar la materia en sus aptitudes. En el orden de la naturaleza son precisos los vegetales, es decir, un conjunto de aparejos que funcionen sin cesar para operar las síntesis orgánicas, teniendo en sí mismas el gérmen de su propia reproducción y multiplicación... El espiritualismo dá al universo por padre á Dios. Dios, siguiendo esta doctrina, ha creado la materia, y con ella creó todos los mundos, todo lo que vive, respira y piensa en la tierra. El verbo *crear* significa *sacar de la nada*; hacer de la nada alguna cosa. La doctrina espiritualista es la de la ciencia, no de la ciencia de ayer y de un cualquiera, sino de la ciencia de hoy y de los verdaderos sabios. M. Bechamp termina por esta deducción de M. Hirn, corresponsal del Instituto de Francia: «La materia, la fuerza, el alma humana sólo pudieron ser creadas en el sentido propio de la palabra (es

decir sacadas, hechas de la nada) con sus atributos, sus propiedades y facultades.... En este suelo, ciertamente jamás tendrá el hombre la más lejana idea de este acto del Creador; sólo puede probar la necesidad primera de este.»

La Teología ó la ciencia de las causas finales y del designio en la naturaleza.—Es tan evidente que por doquiera y siempre, en la naturaleza, la indicación de un objeto que hay que alcanzar, la acomodación de los medios al fin, la apropiación de los órganos en las funciones que se tienen que llenar, son cosas tan palpables, que tratar de demostrarlas sería suponer que pueden ser el objeto de una duda y por lo mismo aminorarlas. Además la Escuela positivista, la única intérprete formal del libre pensamiento, admite las causas finales. M. Littré dice hablando del ojo: «Es natural deducir que una causa inteligente tuvo delante sí el efecto particular que cada una de las partes debía producir, y el efecto comun que debían producir todas en conjunto. En otros términos, que esta causa tuvo un plan ó se propuso un objeto que ha alcanzado.» Si, más tarde á propósito del virus de la rabia y de los entozoarios, exclama M. Littré: «Transportado al orden de la finalidad estremécense necesariamente el espíritu y vacía....» «La ciencia no quiere una finalidad que no se verifique ni experimentalmente,» es un arranque contra lo desconocido y el misterio que se tiene absolutamente que sufrir.

Un naturalista célebre, M. Van Beneden, dijo con motivo de estos mismos entozoarios: «Cuanto más avanzamos en el conocimiento de la naturaleza, más profunda es también nuestra convicción de que sólo puede resolver los enigmas de la naturaleza, así como los de la vida humana, la creencia en un Creador omnipotente y en una sabiduría divina, que ha creado el cielo y la tierra según un plan preconcebido y eterno.»

Agustín Comte dijo también desde luego: «No hay órgano sin función, así como no hay función sin órgano, pues que el desarrollo preciso de la correlación entre las ideas

de organizacion y las ideas de la vida constituyen la ley característica de todos nuestros estudios biológicos... La disposicion del espíritu que nos conduce á pensar que por lo mismo que tal órgano forma parte de un sér viviente, concurre necesariamente de una manera determinada, pero tal vez desconocida, al conjunto de actos que componen su existencia, es eminentemente filosófica y de un uso indispensable. Si en otra parte Agustín Comte protesta contra la inutilidad fundamental del cristalino, es porque ignoraba que este órgano ejerciese por sí solo la funcion capital de acomodar la vista á las distancias... Si dió, hablando de la vejiga, que esta sólo tiene una importancia secundaria y que su accion perturbadora accidental está bien lejos de ser compensada por su utilidad en el estado normal, es un arranque inconsciente, inspirado sin duda por el recuerdo de dolores causados por lesiones en la vejiga.

Dios sin duda alguna no está obligado á preferir las cosas más perfectas. La sana filosofía y la sana teología condenan igualmente las teorías optimistas de Leibnitz y Malebranche. El Creador se ha contentado con decir de cada una de sus obras que era buena. Pero la perfeccion de los organismos vivientes es un hecho tan constante, que la ciencia y la industria han desesperado siempre de alcanzarla aun de lejos. ¿Que símbolo humano de propulsion podemos comparar á la pata del cisne, á la cola y á las aletas del salmón, á las piernas del caballo ó del ciervo, á las alas del águila ó del palomo?

—El Corazon es un motor maravilloso que el génio del hombre jamás hubiera concebido. Su trabajo elevaria en una hora su propio peso á 5,689 metros, mientras que el del hombre más robusto no se eleva á 300 metros en una hora; es, pues, veinte veces más enérgico. La cantidad total de la sangre, de 35 á 45 kilogramos, hace su circulacion completa en 40 minutos, lo cual es enorme. El corazon, dice M. Bouillaud, es una admirable bomba comprimida, que no reclama para el ejercicio de sus movimien-

tos una fuerza extraña y exterior, como las bombas creadas por la mano del arte; es automotriz. El juego de sus válvulas es más admirable todavía. Las válvulas aurico-ventriculares están dispuestas de manera que dejen el libre paso á la sangre, que viene de los arillos durante la diástole ventricular, é impiden su reflujó durante la sístole ventricular. Durante esta sístole, las válvulas ventriculo-arteriales bajan para permitir el paso de la sangre á las arterias y se enderezan para oponerse al reflujó de la sangre durante la diástole ventricular. Los movimientos y los reposos de las arterias, comparados á los movimientos y reposos del corazon, hácense en tiempos inversos los unos de los otros; esta especie de inversion era necesaria para que la sangre pudiese ejecutar su movimiento circulatorio. Un centro nervioso, tan misteriosamente disimulado, que no se ha podido todavía descubrir, preside á estos movimientos de una regularidad verdaderamente divina. ¡Y cuántas leyes desconocidas todavía! Muy recientemente el doctor Marcy probaba que no se puede en un tiempo dado obtener del corazon más que una misma cantidad de trabajo, y que si por medio de excitantes enérgicos provocase un gasto irregular, forzosamente viene despues un reposo, y el corazon encuéntrase al cabo de un momento, que no ha hecho más que su trabajo ordinario.

—Si en lugar de considerar el corazon, consideramos el cerebro, veremos en él con el mismo M. Tomás Huxley, el padre del hombre mono, al más extraordinario, al más sensible, al más delicado de los órganos de percepcion, hímno admirable cantado á su vez en alabanza del Creador y organizador supremo de los mundos. La maravilla sería mucho más admirable, si, con la Escuela positivista, estuviésemos obligados á ver en el cerebro un órgano materia, sintiendo, pensando, queriendo, recordando; en tal caso, segun confesion de los más acérrimos, el paso de la impresion á la sensacion, al sentimiento, á la volicion, al recuerdo, está absolutamente sobre la com-

prehension humana! *Ignoramus! Ignorabimus!* «La omnipotencia divina, dice el doctor Eduardo Fournié (uno de los sabios que mejor han estudiado el cerebro), después que creó el mundo con la inmensidad de sus fenómenos, extendió bajo la bóveda del cráneo del hombre un órgano debido á una facultad desconocida, incomparable, que le constituye en estado de foco consciente, hacia el cual converge toda luz... y del cual emana todo conocimiento... En cuanto al orden admirable que preside la clasificación de estos diversos conocimientos, debémoslo á una inteligencia sublime que lo ha creado todo. El cerebro es un tapiz maravilloso, cuyo cañamazo ha facilitado el Creador y cuyas redes llenamos todos los días.»

Lo que hemos dicho del cerebro enténdese naturalmente á los otros órganos de percepción, los cuales indican de la manera más evidente un designio preconcebido, un medio sabiamente combinado para alcanzar un objeto claramente determinado. Un joven fisiologista, de un talento muy original, ha querido determinar *a priori* las condiciones que debería reunir el órgano destinado á recibir la impresión de las vibraciones luminosas, y su retina teórica se ha demostrado ser una imitación bosquejada de retina natural. Esta tesis de las causas finales está tan invenciblemente demostrada, que aun un mismo heterogéneo, M. Julio Daval, se ha visto obligado á concluir en estos términos un largo estudio de los fermentos ó virus, que tanto embarazan á Augusto Comte y M. Littré. ¡Fatalidad, dirán los filósofos! No. Este estudio nos muestra que en la naturaleza *todo se liga, todo se encadena y se confunde en la misma armonía*. Cuando se consideran los más sencillos fenómenos que se verifican en la superficie de la corteza terrestre, ó se penetra con la mirada el plan majestuoso del universo entero, hégase á esta concepción, grandiosa y verdadera á la vez, que nada en este suelo está entregado al capricho ó al acaso. El hombre como los otros seres tiene que cumplir su misión; y esta misión lo ha recibido de Dios. La de los infinitamente

pequeños no tiene ciertamente otro móvil, no tiene otro origen que el origen divino.»

Confesémoslo, pues; el ateo es un pobre insensato, ó un desgraciado furioso reducido á creer en un mundo sin razón de ser, en obras admirables sin obrero, en efectos continuos é inmensos sin causas.

Síntesis general y clasificación de los conocimientos humanos.—La clasificación natural de los conocimientos humanos, es decir, de las propiedades de los seres y de sus relaciones mútuas, procediendo directamente de lo simple á lo compuesto, de lo general á lo particular, de lo cual creo un deber reunir el cuadro, constituye una magnífica síntesis, que es al propio tiempo la síntesis católica y cristiana. ¿Quién se atrevería á afirmar que las distinciones tan familiares á nuestro espíritu, de ser necesario, de seres contingentes, de ser corporal, de ser mixto, de ser puramente espiritual, de espíritus buenos y malos, sólo son fenómenos subjetivos, abstracciones de nuestra inteligencia? Todos estos seres son presentes en nuestro pensamiento; ¿por qué no serán también reales como nosotros?

Capítulo duodécimo.—La ciencia y los sabios auxiliares de la fe (continuación).—*Los sabios.*—Los sabios vienen en ayuda de la fe, por los testimonios que la rinden, sea voluntariamente, estos son los *sabios amigos*; sea involuntariamente, permaneciendo *enemigos*. Los sabios enemigos son aun auxiliares de la fe, por los errores á menudo groseros en que caen cuando arriésganse á atacarla.

1. *Los sabios amigos.*—*Napoleón el Grande*, miembro del Instituto de Francia, con motivo del apostolado ateo del célebre astrónomo Lalande: «Mi primer deber es impedir que se emponzoñe la moral de mi pueblo, porque el ateísmo es el destructor de toda moral, si no en los individuos, al menos en las naciones.»

Homaius de Halloy, geólogo eminente: «La Biblia,

hablando de la imagen de Dios, no pudo hacer alusión á la parte material y descomponible del hombre, sino más bien á su parte espiritual, la cual, para ser digna de Dios, debe estar dotada de la inmortalidad, es decir, de la propiedad de conservar eternamente su individualidad...» «No vacilo en decir que no existe, á mi vista, oposicion alguna real entre nuestras creencias religiosas y las demostraciones hechas por el estado actual de nuestros conocimientos...» «La teoria que atribuye el origen de nuestras altas montañas á levantamientos relativamente recientes, destruye las objeciones dirigidas contra la existencia de las aguas del diluvio sobre las materias que forman las cumbres de las más elevadas mesetas.»

Agassiz, uno de los más grandes naturalistas de los tiempos modernos, combatió hasta la última hora de su vida la teoría del darwinismo. «Nuestra ciencia no está bastante adelantada, decía, para discutir á fondo el origen de los seres organizados.»

Faraday, el gran físico. «Su fe y su piedad, dice M. Samuel Mariti, su panegirista, inundaban de alegría su alma. Tenia una fe absoluta en lo que reconocemos como la esencia del Cristianismo. Su fe no peració por falta de obras; muy lejos de esto, era vivificado por una beneficencia continua, por una aplicación continua al consuelo del sufrimiento y por una confianza inalterable en la Divinidad. M. Tyndall resume así las copivcciones de Faraday: «Dudar de las verdades humanas es abrir la puerta á los descubrimientos; dudar de los artículos de la fe es cerrarla. Dudar de las verdades divinas es entregar su vida al acaso; creer en ellas es darle su instr.»

M. Stokes, físico y matemático profundo: «Señalemos sin temor el encadenamiento de un eslabon á otro (en la série de los seres), pero estemos alerta, en este estudio de las causas segundas, en no olvidar la *causa primera*, y en no cerrar los ojos á las pruebas maravillosas de sabiduría que sobre todo en el estudio de los seres organizados encontramos á cada paso.»—«Una verdad no puede

ser contraria á otra, aun cuando se hubiese llegado á ellas por caminos totalmente diferentes, en un caso por una sana investigación científica, en otros por lo fe en testimonios de una autenticidad cierta.»—«Cuando de los fenómenos de la vida pasamos á los del espíritu, la ciencia sólo puede darnos claridad sobre la profundidad de nuestra ignorancia y llevarnos á fijar los ojos en un orden más elevado.»

M. Dumas, el gran químico: «¿La naturaleza de la materia nos es conocida? No. ¿Conocemos la naturaleza de la fuerza que rige el movimiento de los cuerpos celestes y el de los átomos? No. ¿Conocemos la naturaleza del principio de la vida? No. ¿Qué diferencia hay, pues, entre el sabio y el ignorante? *El ignorante no vacilará en negarlo todo!* El sabio tiene el derecho y el valor de creerlo todo. No, la vida no principia ni termina en la tierra.»—«La ciencia es grande, glorioso su papel, pero su dominio circunscrito: manda á la materia, no puede nada sobre el espíritu. El hombre no tuvo necesidad de la ciencia para sumirse en las profundidades del alma humana, y lo que ha descubierto, estudiando las fuerzas físicas, sólo ha servido para probar que entre ellas y él nada hay de común.»

M. Dumas dijo de *M. de la Rive*, físico eminente: «El espíritu de tolerancia de nuestro cofrade imponíale la ley de evitar todo lo que pudiese herir las convicciones de otro; pero llega un momento sin embargo en que callarse sería renegar de la fe; y él no quería dejar creer á los hombres que los que predicaban el materialismo en nombre de la ciencia están enorgullecidos con la aprobación ó la complicidad de todos los sabios. Esto no es así, decía, y nuestro deber es proclamarlo.»

M. Becquerel padre, decano de la seccion de física en la Academia de ciencias. Hace suyas en una circunfancia solamente estas grandes palabras del gran *Berzelius*: «Es preciso admitir la existencia de una potencia creadora que se ha manifestado en ciertas épocas, y que parece

sólo obra hoy para perpetuar las especies vivientes... Todo lo que tiene la naturaleza orgánica prueba un objeto sabio, y nos revela un entendimiento superior. Más de una vez, el filósofo, con vista de pájaro, ha pretendido que todo era obra del acaso... No ha comprendido que lo que designa con el nombre de acaso es una cosa física imposible.»

Agustín Cauchy.—El primer matemático del mundo, M. Biot, dijo de él: «¿Quién podrá plantar al verdadero cristiano, cumpliendo con fe y amor todos los deberes de lealtad, de equidad, de caridad afectuosa que la Religión nos prescribe hácia nosotros y hácia los demás? Se le ha visto ocuparse en hacer bien en torno suyo hasta sus últimos momentos, esperando y aceptando la muerte con una seguridad y confianza, que sólo una fe profunda puede inspirar. ¡Feliz aquel en que Dios, para ejemplo nuestro, ha querido así mezclar los dones del genio y los del corazón!»

Estas palabras prueban que el mismo Biot, el sabio de los sabios, era profundamente cristiano; se le vió más de una vez recibir la comunión en San Estéban del Monte, de manos de su nieto, vicario general de la diócesis de Beauvais.

Agustín Cauchy no vacilaba en decir: «Cultivad con ardor la ciencia abstracta y las ciencias naturales: desconponed la materia; descubrid á nuestras sorprendidas miradas las maravillas de la naturaleza, explorad, si se pueda, todas las partes de este universo; ojead en seguida los anales de las naciones, las historias de los pueblos antiguos; consultad sobre toda la superficie del globo, los antiguos monumentos de los siglos pasados. Lejos de alarmarme por vuestras exploraciones, las provocaré sin cesar, os animaré con mis esfuerzos y súplicas; no temeré que la verdad se encuentre en contradicción consigo misma, ó que los hechos y los documentos acumulados por vosotros puedan jamás no andar acordes con los Libros sagrados.»

M. Baumgartner, físico celebre, antiguo ministro de Austria: «Algunos naturalistas de nuestra época, viendo que ninguno de los fenómenos del mundo material se verificaba, sin que al mismo tiempo se operase un movimiento cualquiera, se han creído autorizados para reducir todos los fenómenos del mundo intelectual á simples movimientos de la materia... Según ellos, las funciones intelectuales sólo serian los resultados de la actividad específica del cerebro, directamente modificada por la composición de la masa cerebral y de la sangre; el mismo espíritu no sería más que una combinación de átomos cerebrales susceptibles, por la continuación de ciertos movimientos determinados, de sentir, imaginar, pensar, querer, etc., en una palabra, el cerebro haría secreciones del pensamiento, como el hígado hace secreciones de la bilis. Semejante doctrina, que remueve hasta sus fundamentos las creencias que desde una larga serie de siglos viene profesando la inmensa mayoría del género humano, que pone en tela de juicio el valor moral de nuestras acciones, que en fin amenaza seriamente la existencia de toda sociedad humana, no debería ser enunciada, sin que se estuviese bien seguro de apoyarla con pruebas convincentes.» Esas pretendidas pruebas M. Baumgartner las discute, las reduce á la nada y concluye así: «que, sin embargo, abstiénesse de creer que las ciencias naturales conduzcan por ellas mismas fatalmente al materialismo... ¡No! Este estudio sabio y concienzadamente dirigido constituye la mejor y más fuerte salvaguardia contra todo especie de errores; y más que cualquier otra rama de conocimientos humanos, condúcenos á reconocer auténticamente en la inmensidad de la naturaleza un magnífico templo del Dios omnipotente.»

M. Chevreul, decano ilustre de los químicos del mundo: «Yo me he preguntado si, en una época en que más de una vez se ha dicho que la ciencia moderna arrastra el materialismo, no era un deber para un hombre que ha

pasado su vida en medio de sus libros y de su laboratorio de química la investigación de la verdad, el protestar contra una opinión diametralmente opuesta á la suya, y tal es el motivo por el cual, diciendo que jamás he sido ni escéptico, ni materialista, espongo las razones de ello.

«La primera opinión atañe á la certeza que tengo de la existencia de la materia fuera de mí mismo; yo, pues, jamás he sido escéptico. La segunda es una convicción de la existencia de un Sér divino, creador de una doble armonía, la armonía que rige al mundo inanimado y que revela primero la ciencia de la mecánica celeste, después la ciencia de los fenómenos moleculares, y la armonía que rige al mundo viviente y organizado. Viendo esta sabiduría pródiga que preside en la constitución del mundo... está uno tentado de preguntar si, en ciertas épocas, este espectáculo admirable de las cosas inanimadas y de los seres vivientes, escépto el hombre, sería no tanto una lección dada al orgullo humano, cuanto que una ocasión se le ofrece de comparar de tiempo en tiempo las armonías sublimes que no ha hecho, con el espectáculo... de la sociedad de individuos pertenecientes á la única especie perfecta, dotada de libre arbitrio, de razonamiento y de sentido moral en guerra constante consigo misma... de manera que el mayor enemigo del hombre sea el hombre. Con todo, por una amarga ironía, ciertas cosas dicen humanidad, como otras dicen divinidad.»

M. Samuel Huxton, autor de los *Principios de mecánica animal*: «La inteligencia divina que formó el plan de todas las cosas presidió á la misma evolución. Yo no veo el porque no podrá tener lugar en la vida orgánica un procedimiento semejante de evolución, de las formas inferiores de la existencia á las formas superiores, pero esto sería una *evolución teleológica*, en la cual cada paso y cada resultado deberían ser previstos con anticipación.»

M. Trousdale, profesor de la Facultad de medicina de

París: «Yo creo que en el hombre y en los animales hay un principio inmaterial y libre.»

M. Strauss Durckheim, anatomista célebre: «Forzosamente soy partidario del alma, de la vitalidad, de la organización, y de la espiritualidad; *partidario del alma*, como creyente en la existencia del alma; de la *vitalidad*, porque reconozco que la vida no es más que la acción del alma sobre el cuerpo; y de la *espiritualidad*, porque admito forzosamente que existe en el hombre... un espíritu, sér inmaterial é intelectual, gozando él solo de una voluntad espontánea, y por lo tanto que él solo debe ser responsable de la conducta que el sér que dirige ha tenido en este mundo.»

M. Haudin, de la Academia de ciencias: «Dios podía hacer el mundo de una infinidad de maneras, y es de todo punto indiferente á la teología que lo haya creado de un solo golpe, sin intervención de las causas secundas, ó por el camino mas lento de la evolución y del encadenamiento de los fenómenos. Admitase la hipótesis que se quiera, siempre la vida hubo de comenzar en nuestro planeta, y todo principio, todo lo que emana de lo invisible es inexplicable... Sea cual fuere la autoridad que se conceda á Moisés, á Miresele ó no como un profeta inspirado, su teoría es una teoría evolucionista, una teoría mejor combinada y más conforme á las leyes de la naturaleza que las teorías de los evolucionistas modernos.»

M. Le Conte, presidente de la Asociación americana para el adelanto de las ciencias: «Los salvajes de la Australia no han concebido lo que puede ser un designio; mostrádeles la fotografía exacta de un hombre ó de un objeto común, no lo reconocerán, ni podrán establecer ningun lazo entre el objeto y su imagen. Hé aquí un sentido que les falta. Del mismo modo, ciertos hombres, instruidos por lo demás, permanecen indiferentes en presencia de

las obras maestras del arte, y no comprenden su belleza. ¡Este es un sentido que les faltó! Tal es el estado de los hombres inteligentes que rehusan admitir las verdades reveladas por la religión, y que no comprenden la armonía superior preestablecida en el universo. Lejos de acomodarse mutuamente, la religión y la ciencia préstanse mutuo apoyo... Es preciso mantener entre ellas la paz por la tolerancia y la paciencia, la tolerancia con los desheredados, que por falta de facultades estéticas no ven en el universo más que la materia y la energía; la paciencia, porque la empresa tardará largo tiempo en alcanzar su objeto final.»

M. Dawson, vicepresidente de la sección de Historia natural de la Sociedad americana para el adelanto de las ciencias: «La teoría de la evolución descansa... sobre un círculo vicioso... La vida no es el producto de las leyes físicas de la naturaleza, y el desarrollo de los cuerpos organizados únicamente puede comprenderse admitiendo la existencia de un poder invisible, anterior á la existencia de nuestro mundo, á quien se debe la creación, y que obra todavía sin cesar para continuarla de una manera permanente y eterna. Sobre este terreno vienen á encontrarse como amigos y aliados la ciencia humana de la naturaleza y la teología, sin que nadie tenga el derecho de separarlas.»

Yo hubiera podido multiplicar hasta lo infinito estos ejemplos, estas citas de sabios amigos. Remontándome en la historia, hubiera podido probar de nuevo que todos ó casi todos los grandes genios han sido sinceramente religiosos, al menos en el sentido de que adoraban ó invocaban al Dios de los cristianos, y que profesaban el dogma capital de la espiritualidad ó inmortalidad del alma. El hecho es tanto más concluyente, en cuanto es menester aplicar á los sabios, aun más todavía que al resto de los hombres, el dogma del corto número de los elegidos

ó fieles creyentes: *non multi sapientes*, y además que los sabios, por el hecho mismo de su ciencia, que hincha, son condenados, como fatalmente, á la ceguera de que ya tantas veces hemos hablado.

Pero pretender que la ciencia verdadera, que los verdaderos sabios son hostiles á la Revelación y á la fe, es dar pruebas de imprudencia y á la vez de grosera ignorancia.

Los intransigentes que se jactan, en sus periódicos y profesiones de fe, de estar por la razón contra la fe, por la ciencia contra el milagro,—esta es la fórmula admitida—no tienen absolutamente ciencia alguna; á lo más son dómínes en rebeldía.

II. Los sanos ENEMIGOS.—Estos vienen en nuestra ayuda, tanto por las confesiones que se les escapan, como por sus floquezas, aberraciones, y podemos decir, extravagancias.

M. Huxley, secretario perpétuo de la Sociedad real de Londres, el autor de la *Descendencia simiaca del hombre*, nos ha prestado el servicio de reducir á su justo valor, es decir, á lo nada, al jefe del positivismo, Augusto Comte. «Augusto Comte habíase atrevido á escribir sobre el frontispicio de su templo: «Reorganizar sin Dios ni rey, por el culto sistemático de la humanidad!» Y esta inscripción insensata, esta loca pretension, en vez de hacer huir atrajo un gran número de discípulos... Desde hace diez y seis años, ha sido para mí una causa de irritación continua el ver proclamar á M. Comte representante del pensamiento científico... Su filosofía positiva contiene una multitud de particularidades contrarias aun al espíritu de la ciencia.»

M. Huxley dice además: «En todas las cuestiones prácticas, la victoria pertenece á la doctrina que proclama la existencia en el mundo y en el hombre de un elemento libre, dotado de voluntad.»

M. Hooquer, presidente de la Sociedad Real de Londres, dijo en su discurso inaugural de la reunion en Norwich de la Asociacion británica: «Yo quisiera ver grabar profundamente en los espíritus... la conviccion tan profundamente deseada de que la religion y la ciencia se hablen el lenguaje de la paz, y caminen dándose la mano en los días y las generaciones del porvenir.» Hace suyas las palabras del poeta: «Pero hablemos de Aquel que nos ha colocado aquí, que tiene los llaves de donde venimos y á donde vamos. La muerte común á todos, la vida renovada allá arriba, están todas dos en los designios de este amor que todo lo encierra.»

M. John Tyndall.—El ilustre físico ha impelido en la aparición el materialismo hasta sus últimos extremos; ha llegado hasta decir en plena reunion de la Asociacion británica que presidia en Belfast: Remontando el pensamiento más allá de toda demostracion experimental, vislumbro en la materia la promesa y el poder de engendrar toda vida.» Felizmente hizo algunos días despues esta confesion: «He notado que en mis horas de lucidez y vigor esta doctrina se impone á mi espíritu.» Antes y despues; á esta cuestion: ¿Cómo las operaciones físicas están asociadas al hecho de la conciencia? Él ha respondido: «El abismo entre estas dos clases de fenómenos permanecerá siempre insondable. Los agrupamientos moleculares y los movimientos moleculares nada esplican... Pero si el materialismo está confundido y la ciencia permanece muda, ¿á quien pertenecerá dar la respuesta? ¿A aquel á quien ha sido revelado el secreto. Inclínemos nuestras cabezas y reconozcamos nuestra ignorancia una vez por todas.»

No solamente ha hecho esta profesion de fe: «Los hombres verdaderamente científicos admiten francamente que no pueden dar prueba alguna satisfactoria del desarrollo de la vida sin una vida anterior demostrada, lo cual es la formal negacion de la omnipotencia de la materia; sino que se ha declarado el campeón de la ortodoxia,

hasta el punto de reclamar, de nuestra Academia de ciencias, el concurso de los espíritus ilustrados para desterrar de la ciencia esta doctrina de las generaciones espontáneas que en nada se apoya.»

Lo que prueba mejor aún cuánto el libre pensamiento ciego y turba los mejores espíritus, es que un físico tan hábil, un tan ejercitado observador y experimentalista, haya llegado á hacerse el eco y el intérprete de la formacion espontánea de los órganos de los sentidos y sus funciones por la evolucion lenta de los organismos desde los más bajos á los más elevados. «En los más bajos organismos hay un sentido tangible extendido por la superficie del cuerpo entero. Poco á poco en un largo periodo de tiempo, á fuerza de recibir impresiones, y de correspondierlas, ó de adaptarse á ellas, ciertas partes de la superficie llegan á ser más impresionables. Los sentidos están en estado naciente, teniendo todos por origen el sentido del tacto.... La accion química de la luz se localiza poco á poco en las celdillas pigmentarias, más sensibles á su accion que los tejidos que circundan. El ojo comienza á formarse.... Suponiendo siempre activo el ajuste, un ligero bulbo sale de la epidermis y de las glándulas pigmentarias. Una lentejuela está en camino de formarse; se desarrolla por la accion sin cesar repetida del ajuste hasta que llega á la perfeccion que se presenta en el ojo del águila.... Lo mismo ha sucedido en los otros sentidos.... Las adaptaciones entre el organismo y su contorno se extienden en *espacio* y tambien en *tiempo*, en complejidad y especialidad.... hasta el dominio de la razon.» Hé aquí lo que M. Tyndall se ha atrevido no solamente á escribir, sino tambien á pronunciar desde lo alto de su silla de presidente ante un auditorio de cerea de dos mil personas. Demasiada verdad es, pues, que los sabios, como decía san Pablo, porque no han querido adorar al Dios que ha formado el ojo y ha colocado la oreja, están fatalmente envanecidos en sus pensamientos. ¡Y cuán oscurecidos quedan sus insensatos corazones!

M. Littré, de la Academia francesa, obligado á hacer, en el seno de una logia de francmasones, su profesion de fe sobre Dios, sobre el hombre, y sobre los deberes de este hácia aquel, no supo decir más que lugares comunes, abstracciones, evasivas, negaciones..... que son un bochorno para la filosofía positivista: «La noción de los dioses ó de Dios ha llegado hasta nosotros bajo dos formas..... la una histórica, y la otra filosófica..... ¿Qué se tiene que pensar de la forma histórica? Una revelacion es un milagro; pues bien no hay ciencia que admita el milagro..... Ninguna ciencia lo niega en principio, pero ninguna jamás lo ha encontrado como un hecho.....! ¿Qué es preciso pensar de la noción de causa primera, de causalidad suprema? Ninguna ciencia niega una causa primera, no habiendo encontrado jamás una causa que la desmienta; pero ninguna la afirma, no habiendo encontrado jamás nada que la probase.»

M. de Bois-Reymond, físico muy conocido, profesor, ex-rector de la Universidad de Berlín. Exagerando hasta el desalino la fórmula en la cual Laplace parecía resumir la teoría puramente mecánica del mundo y de los mundos, esclama: «La inteligencia concebida por Laplace discutiendo su fórmula universal podría decirnos quién fué la Máscara de hierro, y cómo pereció Lapeyrouse..... el día en que la cruz griega recuperará su sitio sobre la cúpula de Santa Sofía, ó el día en que Inglaterra quemará su último trozo de carbon; si un espacio finito ó infinito nos separa de este estado final de inmovilidad glacial con que el teorema de Carnot amenaza al universo (11). Ella sabría el número de los cabellos de nuestra cabeza, y ni un pájaro caería á la tierra sin que lo supiese.» «La fórmula matemática es Dios! ¡Y M. de Bois-Reymond admite que se pueda poner en ecuacion la peinada que me dará, así como la pisada con que aplastaré centenares de hormigas! ¡Y sabrá el número de cabellos desprendidos de mi cabeza y el de hormigas inmoladas á mi capricho! ¡Grande hombre! ¡Pobre hombre!

Viene otra vez en ayuda nuestra por la confesion forzada de su impotencia absoluta. «Frente á frente de los enigmas del mundo material, la filosofía está habituada á pronunciar con una vigorosa energía este antiguo veredicto escocés: *Ignoramus!*..... Pero frente á frente de la cuestión: ¿Qué es la fuerza y la materia, y cómo dan nacimiento al pensamiento? es preciso que una vez por todas se resigne á este veredicto, mucho más difícil de pronunciar: *Ignorabimus!*»

Moleschott.—Despues de haber sentido como mayor es la afirmacion sentenciosa de un pretendido sabio de la antigüedad: *El hombre es la medida de las cosas*; despues de haber sentido como menor: *Pues que la medida de las cosas que obedecen en todos sus cambios á la fatalidad, debe tener en sí misma razones de ser absolutamente necesarias é inmutables*, acepta sin fruncir las cejas esta delectérea conclusion: *Luego las sensaciones, los pensamientos, la conciencia, las voliciones están ligadas por las mismas leyes de necesidad natural que gobiernan la órbita de los planetas, la formacion de las montañas, el oleaje del mar, la vegetacion de las plantas y el instinto de los animales*. Partir de una cosa vacía de sentido para llegar á negar la espontaneidad, la libertad y la responsabilidad humanas, ¿no es una dolorosa abnegacion de la razon?

Carlos Vogt, profesor de la Academia de Ginebra, otro oráculo del libre pensamiento: «Demostrar que no hay lugar en el mundo orgánico, ni en el inorgánico, para una fuerza independiente de la materia y capaz de obrar según su gusto ó capricho..... es la esencia íntima del darwinismo!... ¡Lo importante es que esta direcion se encuentre..... en el aire; que se imprima en todos los trabajos, y que se sienta aun al lado del adversario para corregir sus pruebas antes de que pasen á la publicidad!» «¿Qué sed de ateísmo!... Prosigue: «La conclusion que me parece muy cierta es la desaparicion de nuestra personalidad

después de la muerte... Ella hace venir abajo todo el tablado de recompensas y penas futuras; destruye toda esperanza de revivir más tarde y de recordar con dicha, en una forma más perfecta, las imperfecciones de nuestra existencia pasada... Es preciso resignarse á morir por completo... *La esperanza es un esclavo, la desesperacion un hombre libre.* ¿No es este el lenguaje de un furioso?

M. Carlos Martins, profesor de la Facultad de ciencias de Montpellier, corresponsal de la Academia de ciencia.— Expongo más detalladamente el atestado contra la ciencia, las monstruosas faltas de cálculo que el odio á la fe le ha hecho cometer, faltas que dan á la estalácmita de la caverna de Torquay trescientos sesenta y cuatro mil años de existencia, en vez de treinta y seis mil cuatrocientos años. El reclama para la formacion de otra estalácmita dos mil años en vez de ocho. ¡Qué hombre! ¡Qué sabio!

El médico materialista y ateo.—Un profesor de la Facultad de Paris, rodeado de sus discípulos, encontrábase en presencia de una enferma, retenida por una inflamacion cancerosa de los dos senos... Aconsejar á la pobre paciente que se matase hubiera sido la expresion natural de las convicciones ateas y materialistas del maestro; pero se habria dado pábulo al escándalo... ¡Expresar el deseo de verla recurrir al suicidio hubiera sido muy lógico, pero demasiado arriesgado! El maestro se contentó con expresar la pena que sentia, porque cierto escrupulo religioso impedía á su enferma librarse por la muerte de los terribles sufrimientos de un mal ciertamente incurable. Si no hay para el médico, como el mismo pregona, ni alma inmortal, ni vida futura, si así el fin como el origen del hombre es el del animal, tambien es absolutamente cierto, que para él seria un derecho y un deber, ayudar á morir al enfermo incurable, y aun hacerle morir sin consultarle, como se mata un caballo muermoso, ó que se haya perniquebrado.

La Estadística.—Bajo la pluma de M. Quetelet, secretario perpétuo de la Academia de ciencias de Bruselas, aquella de las ciencias modernas que parece sólo ha nacido para negar ó maldecir la Fe y la Revelacion, el cálculo filosófico de las probabilidades con su hija primogénita, la estadística, ha llegado á ser un auxiliar de la Fe. Ha probado en efecto, que las cualidades físicas de cada série de seres vivientes y sus cualidades morales, cuando se trata de seres inteligentes, son ordenadas, en su desarrollo, por una ley muy notable, la misma por doquiera, que arrastra necesariamente á la unidad de origen y de especie.

Capítulo décimo tercero.—*La Fe, salvaguardia de la ciencia.*—El ilustre Cauchy no habia vacitado en decir á todos los sabios de su tiempo, sus cofrades y rivales: «Si el sabio busca verdaderamente la verdad, que rechace sin vacilar toda hipótesis que esté en contradiccion con las verdades reveladas. Este punto es capital, no diré, en interés de la Religion, sino en interés de las ciencias. Por desatender esta verdad, algunos sabios han tenido la desgracia de consumir en vanos esfuerzos un tiempo precioso, que debiera haber sido empleado en hacer útiles descubrimientos.»

Hemos demostrado hasta la evidencia que nada de lo que, en la santa Biblia, toca de cerca ó de lejos con la ciencia, ha recibido un mentís; y sin embargo la ciencia humana ha tratado millones de veces de ponerse en contradiccion con la Revelacion! Es, pues, necesario que la ciencia haya caído millares de veces en el error; pues bien, el error es siempre, más ó menos, una falta y un bochorno.

Esta gran verdad de que la fe es la salvaguardia divina, y como el guarda-fuego de la ciencia, está por doquiera en evidencia en mi libro; probámoslo todavía sin embargo, con algunos ejemplos.

La Luna y Laplace.—El Génesis afirma de la manera

después de la muerte... Ella hace venir abajo todo el tablado de recompensas y penas futuras; destruye toda esperanza de revivir más tarde y de recordar con dicha, en una forma más perfecta, las imperfecciones de nuestra existencia pasada... Es preciso resignarse á morir por completo... *La esperanza es un esclavo, la desesperacion un hombre libre.* ¿No es este el lenguaje de un furioso?

M. Carlos Martins, profesor de la Facultad de ciencias de Montpellier, corresponsal de la Academia de ciencia.—Expongo más detalladamente el atestado contra la ciencia, las monstruosas faltas de cálculo que el odio á la fe le ha hecho cometer, faltas que dan á la estalácmita de la caverna de Torquay trescientos sesenta y cuatro mil años de existencia, en vez de treinta y seis mil cuatrocientos años. El reclama para la formacion de otra estalácmita dos mil años en vez de ocho. ¡Qué hombre! ¡Qué sabio!

El médico materialista y ateo.—Un profesor de la Facultad de Paris, rodeado de sus discípulos, encontrábase en presencia de una enferma, retenida por una inflamacion cancerosa de los dos senos... Aconsejar á la pobre paciente que se matase hubiera sido la expresion natural de las convicciones ateas y materialistas del maestro; pero se habria dado pábulo al escándalo... ¡Expresar el deseo de verla recurrir al suicidio hubiera sido muy lógico, pero demasiado arriesgado! El maestro se contentó con expresar la pena que sentia, porque cierto escrupulo religioso impedía á su enferma librarse por la muerte de los terribles sufrimientos de un mal ciertamente incurable. Si no hay para el médico, como el mismo pregona, ni alma inmortal, ni vida futura, si así el fin como el origen del hombre es el del animal, tambien es absolutamente cierto, que para él seria un derecho y un deber, ayudar á morir al enfermo incurable, y aun hacerle morir sin consultarle, como se mata un caballo muermoso, ó que se haya perniquebrado.

La Estadística.—Bajo la pluma de M. Quételet, secretario perpétuo de la Academia de ciencias de Bruselas, aquella de las ciencias modernas que parece sólo ha nacido para negar ó maldecir la Fe y la Revelacion, el cálculo filosófico de las probabilidades con su hija primogénita, la estadística, ha llegado á ser un auxiliar de la Fe. Ha probado en efecto, que las cualidades físicas de cada série de seres vivientes y sus cualidades morales, cuando se trata de seres inteligentes, son ordenadas, en su desarrollo, por una ley muy notable, la misma por doquiera, que arrastra necesariamente á la unidad de origen y de especie.

Capítulo décimo tercero.—*La Fe, salvaguardia de la ciencia.*—El ilustre Cauchy no habia vacitado en decir á todos los sabios de su tiempo, sus cofrades y rivales: «Si el sabio busca verdaderamente la verdad, que rechace sin vacilar toda hipótesis que esté en contradiccion con las verdades reveladas. Este punto es capital, no diré, en interés de la Religion, sino en interés de las ciencias. Por desatender esta verdad, algunos sabios han tenido la desgracia de consumir en vanos esfuerzos un tiempo precioso, que debiera haber sido empleado en hacer útiles descubrimientos.»

Hemos demostrado hasta la evidencia que nada de lo que, en la santa Biblia, toca de cerca ó de lejos con la ciencia, ha recibido un mentís; y sin embargo la ciencia humana ha tratado millones de veces de ponerse en contradiccion con la Revelacion! Es, pues, necesario que la ciencia haya caído millares de veces en el error; pues bien, el error es siempre, más ó menos, una falta y un bochorno.

Esta gran verdad de que la fe es la salvaguardia divina, y como el guarda-fuego de la ciencia, está por doquiera en evidencia en mi libro; probámoslo todavía sin embargo, con algunos ejemplos.

La Luna y Laplace.—El Génesis afirma de la manera

más formal, que entre los diversos fines de su creación la luna tiene por destino iluminar la tierra. El más ilustre de nuestros astrónomos matemáticos ha querido dar un mentís á esta verdad más clara que el día: «Algunos partidarios de las causas finales, dijo Laplace, han imaginado que la luna fué dada á la tierra para iluminarla durante la noche.... En este caso la naturaleza no hubiera alcanzado el objeto que se había propuesto, pues que á menudo nos venimos privados á la vez de la luz del sol y de la luna.... Para hacer de la luna un luminar de la tierra, hubiese bastado poner en el origen la luna en oposición con el sol, en el plano mismo de la eclíptica, á una distancia de la tierra igual á la centésima parte de la distancia de la tierra al sol, y daría la luna y á la tierra velocidades paralelas, proporcionadas á sus distancias de este astro. Entonces la luna, en oposición incesante con el sol, hubiese descrito al rededor de este una elipse semejante á la de la tierra. Los dos astros se hubieran sucedido el uno al otro en el horizonte, y como á esta distancia la luna no hubiese sido eclipsada, su luz hubiera completamente reemplazado á la del sol.»

«Esto es á la vez un mentís y una lección dadas al Creador: Pero el mentís y la lección sólo eran en realidad una distracción, por no decir una extravagancia. M. Lionville, discípulo ilustre de Laplace, ha demostrado rigurosamente la siguiente proposición: «Si la luna hubiese ocupado en el origen la posición particular que indica Laplace, sólo habría podido mantenerse en ella durante un tiempo muy corto.» «Qué golpe! Laplace, además, cerraba la puerta á los más interesantes fenómenos y violaba las leyes más esenciales de la astronomía, aun las mismas leyes de Kepler! Suprimía la precesion de los equinoccios, la nutacion, los eclipses de sol y de luna, eclipses que Kepler llamaba los pedagogos del cielo, etc. No fin, hacer brillar todas las noches la luna en el cielo era representar impotente á la astronomía, ó el menos aminorar su dominio en una proporción enorme. ¡La aberración de espi-

ritu del gran astrónomo conducía hasta el suicidio! Héme aquí bien autorizado para decir que la Revelación es el guarda-fuego de la ciencia. Cuéntase que Laplace atrevióse á decir al gran Napoleón, que había podido *constituir y explicar los Mundos, sin ni siquiera recurrir á la hipótesis de la existencia de un Dios.* ¡La palabra es cruel, pero nada prueba, aunque haya sido preferida! Laplace, en su lecho de muerte, pidió y recibió los auxilios de la religión!

Los zodiacos de Denderah y de Esné.—De la disposición de las constelaciones sobre estos dos zodiacos, deducióse con estruendo que la creación del hombre, si es que había sido creado, remontábase á quince ó veinte mil años, y durante muchos años, la ciencia atea que crece en todo, excepto en la verdad, vivió de esta revelación anfibólica. Pero presto los astrónomos y los arqueólogos llegaron á demostrar que estos dos monumentos no expresaban en lo más mínimo la precesion de los equinoccios, que eran de una fecha muy poco anterior, ó mejor dicho, posterior á la era cristiana, aun antes de que se hubiese leído sobre uno de estos zodiacos la palabra *autocrator*, que los colocaba en la era de los emperadores romanos. En efecto, Champollion el joven había deducido del carácter de las esculturas de los templos, todas del más moderno estilo, que no podían remontarse más allá de los Trajanos y Antoninos. Y el vizconde de Rougé da como absolutamente cierto que el zodiaco de Denderah no puede ser más antiguo que los Ptolomeos, ó ni siquiera que los primeros Césares. Ha demostrado despues invenciblemente que un zodiaco casi idéntico á los de Denderah y Esné no era más que un monumento astrológico, un tema de nacimiento, *signum natalitium*. Está, pues, completamente en nuestro derecho el repetir con el gran Cuvier: «Hé aquí lo bastante para disgustar á un espíritu acostumbrado á buscar en la astronomía la prueba de la antigüedad de un pueblo.»

Las láminas de la astronomía india.—Silvano Bailly, en

su *Tratado de la astronomía india*, no había vacilado en decir: «Creemos que los indios son inventores, que sus descubrimientos son originales y tomados de la naturaleza. Riqueza de la ciencia, variedad de los métodos, exactitud de las determinaciones, todo asegura á los indios la posesión de la invención de su astronomía. La cronología india abraza por una filiación seguida un intervalo de 7030 años.» Bailly devinábase los sesos en probar que esta duración está en armonía con la cronología de los Setenta. Pero sus conclusiones sólo eran un sueño. «Bastaron, dice Francisco Arago, algunas líneas escritas por la pluma de Laplace, líneas siempre marcadas con el sello de la razón y de la experiencia, para hacer desvanecer todo este castillo, y hacer descender al infortunado Bailly de lo alto del pedestal á que se había elevado á tan poca costa.» Sólo recordamos uno de los argumentos de Laplace: «Los movimientos medios que las láminas indias señalan á la luna y al sol, más rápidos de lo que debían ser segun Tolomeo, indican que son posteriores á este astrónomo, porque sábase por la teoría de la gravedad universal que los movimientos toman mayor rapidez desde un gran número de siglos.»

M. Biot y sobre todo el abate Guérin han completado la obra comenzada por Laplace.

El origen de la grasa y de la leche en los mamíferos; origen de la cera y de la miel en las abejas.—Aunque esto sea colocarme un poco fuera de mi tésis, perdonárame citar un cuarto ejemplo de los desvaríos ó de las debilidades de la ciencia, cuando no tiene bastante en cuenta las verdades de la teología natural ó revelada. Perdiendo de vista el progreso que caracteriza las obras de la creación, olvidando que el organismo de los animales es incomparablemente más complejo y perfecto que el de las plantas, cuatro de los más ilustres miembros de nuestra Academia de ciencias coligáronse y declararon con solemnidad que los animales no producen en manera alguna la grasa

que nos prodigan; que las abejas pueden formar completamente en la corola de las flores la miel y la cera que nos dan. «Las materias grasientas sólo se forman en las plantas; pasan ya completamente formadas á los animales.» Esta era la conclusión de esta ruidosa manifestación. Asistí á la sesión en que se leyó, y jamás olvidaré el efecto de admiración que produjo. Afirmer que la grasa, la manteca, la cera están contenidas completamente en las yerbas, las raíces ó las flores; que los granos comidos contienen y proporcionan toda la grasa del cerdo, del gamo y del capon, parecia un atentado al buen sentido. Y en efecto, otro químico ilustre, M. Liebig, demostró pronto por experiencias positivas que las materias grasientas contenidas en las patatas y en el heno no contribuyen en lo más mínimo á la formación de la manteca, puesto que se encuentran aquellas en las heces de la vaca.» Después probó M. Persoz, balanza en mano, que la cantidad de grasa elaborada en los consumos de almidón y azúcar de maíz es más del doble de la contenida primitivamente en el maíz. El retorno al buen sentido verificóse, y todos admiran que los animales tienen la facultad de crear la grasa por medio de las sustancias azucaradas ó de los hidrocarburos que encuentran en las plantas.

Los errores y las aberraciones de la imaginación y del microscopio.—El demasiado célebre Haeckel, el oráculo en Alemania de las ciencias naturales emancipadas de la fe, ha llevado la extravagancia hasta decir: «Todos los seres animados ó inanimados son el resultado de la actividad material, segun las leyes definitas de las fuerzas pertenecientes á la nebulosa primitiva del universo.» El mundo actual existía virtualmente en el vapor cósmico; y una inteligencia capaz, conociendo las propiedades de las moléculas de este vapor, hubiera podido predecir, por ejemplo, el estado de la fauna de la Gran Bretaña en 1859, con tanta certeza como se puede decir en qué se convertirá el vapor del aliento en un día de invierno. ¡Qué loca aserción!

Como prueba de esta evolución continua que hubiera dado sucesivo nacimiento a todos los seres organizados y no organizados, Haeckel invoca el hecho de que los fetos de cuatro meses de edad del hombre, del perro, de la tortuga y del pollo vistos en el microscopio muestren idénticos ó al menos casi idénticos. Y no advierte que esta pretendida identidad es ja, negacion de la doctrina de la evolución. En efecto, el primer ser protista ó protógeno, ni en el huevo, sólo se hubiese convertido sucesivamente en dátumio, risápodo, ciclope, ascidio, pez, tortuga, pollo, perro y hombre, por medio de una serie de transformaciones indefinidas; y, por consiguiente, los fetos de la tortuga, del pollo, del perro y del hombre, que son toda la tortuga, todo el pollo, todo el perro y todo el hombre, deben diferir esencialmente los unos de los otros; de modo que el solo pensamiento de probar la identidad de fetos, productos necesarios, según Haeckel, de evoluciones y de transformaciones innumerables, en el espacio y en el tiempo, es en sí misma una contradicción escandalosa, una indecorosa burla. Si el microscopio afirma esta identidad imposible, es que se le pide lo que no puede dar, ó que miente. Sólo podía afirmar y ha debido afirmar en realidad la unidad, la composición orgánica, ó la similitud del desarrollo embrionario, doctrina admitida por Geofredo Saint-Hilaire, y la cual no es de ninguna manera ni el transformacionismo, ni el evolucionismo, ni el darwinismo.

A propósito del microscopio, del cual tanto ha abusado la escuela materialista, recuerdo esta ruda lección que un gran físico, M. Tyndall, dió á su colega M. Huxley: «Espero que vos, de quien malas lenguas han formado un biólogo (un correigionario de Haeckel...), me escuchéis ante vuestros hermanos, si me atrevo á decirlos que algunos se forman una idea muy imperfecta de la distancia que separa el límite microscópico del límite molecular; y que, por una consecuencia necesaria, emplean alguna vez una fisiología que podría imaginarse calculada antici-

padamente con el objeto de engañar, cuando, por ejemplo, describen lo contenido en una celdilla como perfectamente homogéneo y absolutamente sin estructura, porque el microscopio no puede distinguir en él estructura alguna. En tal caso, creo que el microscopio comienza á desempeñar un papel ocioso.» Despues prueba M. Tyndall por experiencias irrecusables, que entre el límite microscópico y el verdadero límite molecular, hay sitio para permutaciones y combinaciones infinitas.

LA FE SALVAGUARDIA DE LA HISTORIA.—La ciencia de la historia tiene necesidad, más que cualquier otra ciencia, de ser custodiada, por no prevaricar en su mision, ó sea en el relato verdadero de la accion de Dios sobre el mundo, y de unos hombres sobre otros. El alma de la historia es la verdad. Luego, desde que la fe no domina ya á la inteligencia y á la voluntad, más aun, desde que el espíritu se ha hecho hostil á la fe, la es imposible al historiador no caer en los más odiosos errores, ó no dejarse arrastrar á desnaturalizar los hechos, lo que es prevaricar en su noble mision. Es fácil, en efecto, probar que el error histórico, voluntario ó involuntario, tiene por principal causa el odio ó el temor de la verdad religiosa, y que, bajo este punto de vista, la fe puede y debe ser para la ciencia de la historia una preciosa salvaguardia. Todas las veces que un hecho cualquiera sea en perjuicio ó en bochorno de la Iglesia, de sus actos, de sus doctrinas ó de sus costumbres, se puede, se debe estar cierto anticipadamente de que este hecho es inventado ó está desnaturalizado. Pruebo esta verdad capital por un suficiente número de ejemplos tomados de la *Defensa de la Iglesia contra los errores históricos de M. Guizot, Agustín y Amadeo Thierry, Michelet, Ampère, Pauriel, Enrique Martin, etc.*, por el abate Gorini; y de los *Errores y falsedades históricas de M. C. Barthélemy*. Seguiré el orden cronológico.

La independencia de san Pablo.—Michelet dijo: «La ve-

ciudad de los otros apóstoles estorbaba á san Pablo, y le era preciso, como á un aguilá, un horizonte para él solo. » Sueño y mentira! Pablo no se muestra ni coartado, ni independiente. Predica á viva voz y por escrito á los habitantes de Damasco, Jerusalem, Antioquía, Roma, etc... convertidos por otros apóstoles.

La rebelion de san Ireneo.—Ireneo, dice M. J. J. Ampère, escribió á un gran número de obispos para exhortarles á estar firmes y mantener la independencia de sus Iglesias. » ¡Nuevo sueño y engaño! Tratábase del día de la celebracion de la Pascua. Ireneo quería impedir lo que creia ser una precipitacion de la autoridad. Como hubiese podido afirmar la independencia de las Iglesias particulares el que en su libro sobre las herejías exclamó: «Con esta Iglesia muy grande, muy antigua, conocida de todos, fundada en Roma por los dos apóstoles más ilustres, san Pedro y san Pablo, á causa de su poderoso primado, es con la que es necesario que toda Iglesia vaya acorde; por ella es por la cual los fieles espartamados por todos los lugares han conservado la tradicion apostólica.

La caída del papa Liberio.—Teodoreto cuenta que, requerido por el emperador Constancio para suscribir el juicio hecho por los obispos arrianos de Oriente contra san Atanasio, ó á partir para el destierro despues de tres dias de reflexion, Liberio respondió: «El espacio de tres dias ó de tres meses no cambiará mi resolucioin; envidíame allá donde os plazca. » Transcurridos dos años, á peticion de las damas romanas, Liberio volvió del destierro bajo la condicion impuesta por el emperador de que gobernaría con Félix, diácono, consagrado obispo de Roma. Pero esta condicion no fué aceptada por el pueblo que exclamó unánimemente: ¡Un Dios, un Cristo, un Obispo! Entonces Félix fué á habitar en otra ciudad, y Liberio permaneció en Roma.

Este relato de un autor casi contemporáneo no supone Ermula alguna suscrita á gusto del emperador, y confir-

ma lo que san Atanasio dijo de Liberio que enseñaría á nuestros nietos como se debe combatir hasta la muerte por la defensa de la verdad. El Martirologio romano afirma que Liberio volvió á su grey, llena de una invencible adhesion hacia él, gobernóla santamente y murió. San Ambrosio que le conoció jamás le da otro nombre que el de santo pontífice. San Basilio le llama bienaventurado. La crónica de san Jerónimo contiene un pasaje que parece autoriza la creencia en la caída de Liberio, pero los Bolandistas han probado que este pasaje falta en los ejemplares más antiguos y autorizados de esta crónica, y que se trata de una interpolacion póstuma. El relato del *Liber pontificalis*, afirmando que Liberio se somete á los órdenes del emperador y que promete comunicar únicamente con herejes, con la condicion de que no se le exigiria su *rebauticacion*, está llena de errores y contradicciones y no puede dudarse de que no sea obra de los urrianos. (La reserva de la *rebauticacion* es absurda, aun en el caso de que no se tratase de la de Liberio! El pretendido concilio de Roma que hubiera depuesto á Félix jamás ha existido, y es falso que Félix fuese á morir en paz en su *pradiotum* de la *via Portuensis*, pues que se le cortó la cabeza en la ciudad de Sora por órden de Constancio, que le condenó con sus cómplices Ursacio y Valente, como lo prueba la inscripcioin de un sarcófago que contiene su cuerpo: *Corpus sancti Felicis qui damnavit Constantium*.

Las *Acta sancti Basubii* que nos muestran al emperador Constancio y á Liberio conjurados contra el obispo Félix, así como el relato del *Liber pontificalis*, son contradictorios por la cronología, la historia y los monumentos. Colocan la entrevista de Eusebio, Liberio y Constancio en el año 359; pues bien, es cierto que el emperador no puso los pies en Roma desde el mes del 358 que pasó en ella, y que jamás se encontró en Roma con Liberio. Las Actas hacen morir á Félix en su reducida casa de campo. El pretendido concilio reunido en Roma para condenar á un papa muerto es una fabula odiosa, refutada anticipadamente

por un monumento solemne, irrecusable, por la veneración que Dámaso profesaba á Liberio. Se ha movido grande alboroto con las tres pretendidas cartas del papa Liberio, en las cuales anuncia que se pone fuera de la contienda promovida con motivo de Atanasio, y que le ha condenado; cartas que Bossuet, que las encontraba sin embargo exosivamente miserables, creyó deber admitir como auténticas en las notas de su Defensa. Pero el célebre bibliaadista Stirling, que ha encontrado muchas copias de estas pretendidas cartas, ha probado que son muy diversas entre sí, y que por consiguiente no se les puede conceder fe alguna. Además en ellas hormigean imposibilidades manifiestas: en efecto, el mismo san Atanasio atestigua en un documento auténtico que Liberio jamás le condenó; no encuéntrase en la historia huella alguna del concilio de Campania que Liberio hubiera reunido para condenar á Atanasio, y la afirmación de que Liberio, antes de partir para el destierro, escribió á todo el mundo católico letras que llevaban la condenación de Atanasio, es contradicha por la negación solemne de romper con Atanasio que Teodoro puso en boca de Liberio. Es, pues, completamente natural que la ciencia actual haya anulado el juicio del siglo xvii y proclamado la perfecta inocencia de Liberio: Su pretendida caída es una gran falsedad histórica.

Se ha descubierto recientemente un sarcófago, ejecutado con toda certeza en la segunda mitad del siglo iv, en la época de la imaginaria caída de Liberio, y que parece ser una protesta enérgica contra las calumnias de que han comado los arrianos su memoria. El escultor representó á Jesucristo dando á Pedro la vara de Moisés, es decir, la plenitud de la autoridad administrativa, judicial y dogmática. No podía expresarse mejor la indefectibilidad é infalibilidad de los sucesores de san Pedro. No son únicamente las llaves, este emblema evangélico que hubiera podido interpretarse en un sentido puramente espiritual, es la vara milagrosa lo que Pedro, rodeado de los

apóstoles, recibe él solo como insignia de una autoridad que no tiene igual en el mundo.

Los crímenes de Sta. Clotilde.—San Gregorio de Tours dijo de Clotilde: «La reina Clotilde mostróse tal y tan grande, que fué el honor de todos. Ni la real dignidad de sus hijos, ni la ambición del mundo, ni las riquezas pudieron arrastrarla á su perdición por medio del orgullo. Pero su humildad la elevó por la gracia.» ¿Y sin embargo este mismo Gregorio de Tours, tan entusiasta de Clotilde, pondría en su boca un discurso lleno de indignación, expresando un ardiente deseo de ver á sus hijos vengar en Segismundo, hijo de Gondebaudo, la muerte de su padre y madre? Este discurso es por cierto una interpolación hecha en el texto del gran historiador para justificar la invasión de la Burgundia por los tres reyes francos. Gregorio de Tours demasiado había previsto estas interpolaciones, cuando, al fin de su manuscrito, decía á los sacerdotes de Tours: «Jamás cuando hagáis escribir segunda vez, dictéis ciertas partes, omitiendo otras.»

A su vez, Fredegasto, citado por M. Enrique Martin, pretende que Clotilde volviendo á Francia, antes de pasar la frontera, rogase á sus guías que saqueasen é incendiasen dos lugares del país de Burgundia, situados á uno y otro lado del camino; y que esclamase despues de esta bárbara ejecución: «Dios todopoderoso, yo te doy gracias; veo por fin comenzar la venganza de mis padres y amigos!» ¡Qué bárbara satisfacción! ¡Qué singular oración en la vigilia de un desposorio! El mismo M. Enrique Martin se recitaba y revela el secreto de esta acusación engañosa, añadiendo: «Esta union y sus graves consecuencias hirieron la imaginación popular, y el matrimonio convirtióse en el texto de esos relatos romancescos que fueron orándose y embelleciéndose de generación en generación.»

El incendio de la Biblioteca de Alejandria.—A J. J. Ampère se le escapó decir: «Omar ha sido declarado casi

inocente del incendio de los libros de Alejandria. Se le han descubierto al menos dos cómplices, que se le adelantaron y que han hecho mucho más mal que él, César y el Cristianismo.... M. Leon Lefort, profesor de la Escuela de medicina, ha ido más lejos; abstuve á su vez á César, y deja á los cristianos únicos culpables de un gran crimen. Es verdad que la estatua de Serapis fue destrozada y su templo destruido, pero no se derribarón los compartimentos en que se hallaba la Biblioteca, y en la cual se hallaban fortificados los paganos. Hubo amenaza cuya ejecucion suspendió la orden del emperador, pero no ataque, y la Biblioteca no tuvo en modo alguno que sufrir un asalto que no se verificó, como lo prueba el mismo texto de Rufino. Las obras del Serapeum fueron destruidas tan poco en esta ocasion, que en 492, el populacho enseñoreóse de todo, y quemó vivos á los soldados romanos que se hallaban encerrados en ellos. Eunopo, filósofo contemporáneo de estos hechos y enemigo de los cristianos, habla de una batalla librada contra las estatuas y riquezas sagradas, pero no dice ni una palabra de los libros ó de la Biblioteca. Habla Orosio del incendio de cuatrocientos mil volúmenes causados por los Romanos (que él llama los «Nuestros»), pero ni una sola palabra dice del incendio, que hubiesen promovido los cristianos, de una segunda y grande Biblioteca. Reconocidos inocentes los cristianos, no por monjes de la Edad media, sino por historiadores árabes muy estimados, defiende quienquiera ó Omar de la calumnia levantada contra él.

Este mismo M. Leon Lefort habíase atrevido á afirmar que antes de Hipócrates no habia habido ni médicos, ni cirujanos, ignorancia y mentira! Recuerdo un gran número de textos de la santa Escritura, escritos muchos siglos antes de Hipócrates, y que forman como una legislación del médico y de la medicina.

Usurpacion de Pepino el Breve consagrada por Zacarias.—Á la pregunta formulada por Bunhard, obispo de Wurzburg, y Fulrado, abate de San Dionisio, del modo siguiente: «¿A quién es más justo dar el nombre de rey, á aquel que no tiene más autoridad real que el nombre, ó á aquel que la posee por completo sin el nombre?» Zacarias responderia: «Es justo y razonable que aquel que tiene todo el poder real tenga tambien el nombre de rey.» «Es esto como se ha pretendido una injusticia, una usurpacion sobre lo temporal de los reyes? No, dice Bosuet. No se pedia al pontífice que él mismo quitase ó diese el trono, sino que declarase si el reino podia ser quitado ó dado por los que juzgaban tener derecho para ello. La Iglesia, dice á su vez Fenelon, no destitua, ni institua á los príncipes laicos: respondia únicamente sobre lo tocante á la conciencia en materia de contrato y juramento... Era una potestad directora únicamente de las conciencias, tal como lo prueba Gerson. Chateaubriand añade: «Tratar de usurpacion el advenimiento de Pepino á la corona es una de esas viejas mentiras históricas que llegan á ser verdades á fuerza de ser repetidas. No hay usurpacion allí donde la monarquía es electiva.» Aun en 1830, los obispos de Francia preguntaron al soberano Pontífice si podian prestar juramento de fidelidad á Luis Felipe, electo rey de los Franceses.

El Papa Zacarias y los Antipodas.—En una carta á san Bonifacio, el papa Zacarias hubiera dicho de Virgilio, obispo, acusado de haber admitido los antipodas: «Arrogado de la Iglesia, despues de haberle despojado de su carácter en el seno de un concilio.» Realmente no se trataba de simples antipodas, sino de otro mundo, de otros hombres situados bajo la tierra, y que no serian descendientes de Adán. M. Tyndall, en su discurso de Belfast, acusa á san Agustín, que sin embargo admitia la redondez de la tierra, de haber negado la existencia de los antipodas; pues bien, hé aqui el mismo texto de san Agus-

tin: «No es bastante que la tierra sea un globo redondo para que haya en él antípodas. No bastaría, aunque debajo de nosotros la tierra fuese llana y sólida; sería preciso además que los descendientes de Noé pudiesen llegar ó transportarse allá. Pues bien, me parece absurdo afirmar que algunos hombres, partidos de aquí, hayan podido, navegando de un lado á otro de la inmensidad del Océano, abordar en las tierras que están bajo nuestros pies.» Lo que san Agustín niega no es, pues, la posibilidad de los antípodas, sino los progresos de la navegación.

La mutilación de Leon III.—Con motivo del concilio del Vaticano y de la proclamación del dogma de la infalibilidad, una prensa impía ha recordado las horribles mutilaciones de que fué objeto un papa santo, y que pretendía fué el castigo de un crimen infame. San Leon III. distinguióse desde su juventud eclesiástica por su clemencia, la firmeza de su carácter, su caridad y sus abundantes limosnas. Fué elegido papa por voz unánime. Dos ambiciosos sacerdotes cuyas esperanzas habia defraudado su elección, compraron una tropa de bandidos, que llegaron á arrancarle los ojos, á cortarle la lengua, etc., etc., y arrastráronle ciego á una prisión. A esta nueva noticia se llenó la ciudad de confusión y horror... Pero muy pronto un milagro atestiguado por gran número de autores volvió la vista y la palabra á Leon. Presto la entrevista del Pontífice con Carlo-Magno vengóle noblemente de estos inmerecidos ultrajes. Abrazáronse el uno al otro, vertiendo lágrimas de enternecimiento. Leon con voz conmovida entonó el himno de los Angeles, y Carlo-Magno le llevó en triunfo á la Iglesia, donde se rindieron solemnes acciones de gracias á Dios... Esto no era bastante. Al año siguiente fué el mismo Carlo-Magno á Roma para completar la pacificación. Una gran asamblea de obispos y señores tuvo lugar en la basílica. El humilde y piadoso pontífice quería justificarse de las calumniosas acusaciones de sus asesinos, y pedía ser juzgado; pero la asamblea

clamó con una sola voz: «Nosotros todos somos juzgados por la silla y el pastor que preside en ella, pero este no es juzgado por nadie.» El papa, sin embargo, subió á la tribuna, y con la mano puesta sobre el libro de los Evangelios, juró ante Dios, y por voluntad propia, que era inocente de las acciones que se le habian imputado. El día de Natividad del año 800, Carlo-Magno volvió á la Iglesia de San Pedro. Leon acercósele, y colocó sobre su cabeza una corona relicente de pedrería, proclamándole emperador de los Romanos. Esta alianza así consagrada por Leon entre la Iglesia y el Estado es uno de los grandes motivos del odio de que aquel es objeto.

La papisa Juana.—Esta hubiera ocupado la silla de san Pedro entre los papas, Leon IX, muerto en 17 de julio de 855, y Benito XIII, elegido el 1 de setiembre del mismo año. Pues bien, Anastasio el Bibliotecario dice en términos formales: «Después que el papa Leon cerró los ojos á la luz, todo el clero, los notables y el pueblo de Roma, acordaron elegir á Benito; al instante, *illico*, encontráronle orando en el título de San Calixto; luego, después de haberlo sentado en el trono pontifical y de haber firmado el decreto de su elección, enviáronlo á los muy invencibles augustos Lotario y Luis.

Bayle, Blondel y Jurieu han protestado contra esta extraña invención.

San Gregorio VII.—¿De qué no se ha acusado á este gran papa? De haber sido tenido por santo, y por razón de esto, de haberse hecho como el amo del mundo, de haber creído en la santidad de los pontífices romanos, de haber querido humillarlo todo, de sólo haber visto en la historia la Iglesia, de haber sido uno de los antepasados de los Montañeses, de haber muerto como un escéptico. Estos son otras tantas falsedades y calumnias, que el abate Gorini rechaza victoriosamente, pero que refuta más victoriosamente aún la carta tan patética, escrita por este

gran papa á un piadoso amigo que había dejado en Cluny... «Cuando vuelvo en mí, encuéntrome de tal modo postrado bajo el peso de mis propias acciones, que no me resta otra esperanza de salvacion, que la sola misericordia de Cristo. Si yo no aspirase á una vida mejor y á ser útil á la santa Iglesia, no permanecería en Roma, donde estoy forzado, Dios es testigo de ello, á habitar desde hace veinte años. Aquel que me ha atado con estas ligaduras... yo le aguardo, y muchas veces le digo: ¡Daos prisa, no tardeis, apresuraos y lo más pronto soldadme, por el amor de la bienaventurada María y de san Pedro! Esta es el alma de un gran santo que se desahoga de este modo ante Dios y los hombres.

Reciente del todo, y aunque sea todavía el eco de las preocupaciones vulgares, M. Zeller, de la Academia de las inscripciones y bellas letras, no ha vacilado en reconocer con un escritor alemán, M. Dreyen, que éste fué un pensamiento tan moral como animoso, una obra de civilizacion así como un bien para la Iglesia, reclamar del estado, del Imperio, la libertad del sacerdocio avasallado, corrompido por la feudalidad. Esta empresa extraordinaria dió á la vida cristiana de Occidente un nuevo impulso, una direccion más alta, una corporacion más santa.»

Y luego qué esplendor de la fe en el cuadro tan conmovedor hecho por M. Zeller sobre la célebre entrevista del rey Enrique y del papa Gregorio! Hé aquí su desenlace.

«El 18 de enero, con túnica de lana, con los pies desnudos, como un penitente, Enrique presentóse ante la primera cerca del castillo de Canossa. Era entonces un hombre en el vigor de la edad, de estatura y belleza dignas de un emperador... En la noche del tercer día, únicamente el papa cedió y prometió dar la absolucion que se le pedía, pero tomando sus garantías para conservar su interencion en las cosas públicas... El rey obligóse á presentarse á la Dieta de los príncipes para ser reconocido

en ella inocente ó culpable, á prolongar al papa en su vida, en sus miembros, en su honor, hasta que hubiese pasado los Alpes y pronunciado el fallo la Dieta, sujetarse á no llevar insignia alguna de su dignidad real, y abstenerse de todo acto de gobierno (*nihil regium, nihil publicum*).

El alma de las mujeres.—Se ha repetido desde hace mucho tiempo y se repite todavía cada día que «en un concilio de Macon, se trató de si las mujeres eran una criatura humana, y que no decidíronse por la afirmativa sino despues de un largo examen.» Pues bien, en el concilio de ningún modo se trataba del alma de las mujeres sino solamente de su nombre! Uno de los obispos dudaba que la mujer pudiese ser llamada «hombre». Recordóse que en el Antiguo Testamento se dice que Dios crió al hombre varon y hembra, y que el Señor es llamado Hijo del hombre, porque es hijo de la Virgen María: toda duda desapareció al instante.

Las matanzas de Beziers.—Preténdese que, diciendo al abate Arnaldo de Gileaux que los católicos encontrábase en la ciudad tomada confundidos con los herejes, y preguntándole: «¿Qué haremos, señor? No podemos distinguir los buenos de los malos!» contestase: «Heridlos, porque el Señor sabe cuáles son los suyos.» M. Guizot pone estas palabras,—así modificadas: *Matadlos á todos*,—en boca de Milon, secretario del Papa y nuncio de la Santa Sede. Pero cinco autores contemporáneos atestiguan que los Ribaudos y los Truandos, exasperados por una salida de los sitiados, entraron en la ciudad con los fugitivos, sin aun esperar la órden de los jefes, y tomaron la iniciativa de la carnicería, cayendo toda la responsabilidad sobre los mismos, de manera que no hubo lugar para el diálogo entre Arnaldo ó Milon y los sitiadores. Los pretendidos cien mil habitantes de Beziers reduciense á doce ó quince mil, y el número de los desgraciados que perecieron en la

malanza se escude de siete mil. Esto es demasiado, pero los revoltosos no hubieran debido olvidar que sembrando vientos se recogen tempestades.

La Inquisición y Torquemada.—Como esto no hay cuestión más envuelta en errores, en mentiras envenenadas, en declamaciones apasionadas y furibundas, que se hayan echado con la mayor audacia en cara de la santa Iglesia. Y al mismo tiempo no hay cuestión más sencilla, más inofensiva, y aun mejor resuelta por el simple buen sentido, privado y público. En efecto, en los siglos cristianos, el gobierno que tomaba al hombre en su síntesis, tal como nos es presentado por la naturaleza, la razón y la fe, al hombre del tiempo y al hombre de la eternidad, al hombre material y al hombre espiritual, al hombre de la naturaleza y al hombre de la gracia, al hombre de las necesidades y de los intereses materiales, morales, religiosos ó sobrenaturales, obligábase á ordenar y defender con todo su poder estos diversos y múltiples intereses sagrados para él en un mismo grado. En este orden de gobierno, la religion reconocida y aceptada como única verdadera, única divina, era ley de Estado. Este podía y debía castigar el atentado exterior contra la fe de un individuo, como castiga el atentado contra el honor y contra el bolsillo ajeno. Un poder á tribunal intermediario entre el Estado y el individuo, instituido para conocer, juzgar y castigar los atentados exteriores á la fe religiosa, era tan legítimo como los tribunales nombrados para conocer los delitos contra el Estado ó contra las personas. El individuo que denunciaba á aquel que no tenía reparo en tender una celada á su fe, no tenía menos delicadeza que aquel que denunciaba el atentado cometido contra su persona ó contra sus bienes. Estos principios se aplicaban evidentemente á los moros y á los judíos de España, á los albigenses y á los hugonotes de Francia, así como á los insurrectos de julio de 1830, de febrero de 1848, de julio de 1849, de marzo de 1871. Basta enunciarlos para hacer justicia á las acusa-

ciones formuladas contra la Iglesia y el gobierno con motivo de la Inquisición.

La Inquisición eclesiástica fué contrapuesta en 1204 á los Albigenses insurreccionados contra la Iglesia y el Estado. No fué fundada á los Dominicos hasta 1234, doce años despues de la muerte de santo Domingo, el cual sólo opuso á los herejes el arma de la oración, del santo Rosario y de la palabra. La Inquisición política fué instituida en 1478 por Fernando el Católico contra los judíos, que, por sus riquezas, su influencia, sus alianzas, habían llegado á ser infinitamente temibles, y formaban como una nación en la nación. Un edicto del 24 de marzo de 1492 ordenó á todo judío que rehusase abrazar el cristianismo, el abandonar España antes del 30 de julio del mismo año. Treinta mil familias, cien mil individuos, aceptaron el destierro. El 12 de febrero de 1502, otro edicto real colocó á los moriscos en la alternativa de abrazar el cristianismo ó expatriarse.

Es preciso, antes que todo, cuando se trata de la Inquisición, marcar la parte del gobierno y la de la Iglesia. Todo lo que el tribunal despliega de severo y terrible, los tormentos, la pena de muerte, pertenecen al gobierno. Toda la clemencia que juega tan gran papel en los relatos de la Inquisición es la acción de la Iglesia, que sólo se ocupa de los suplicios para suprimirlos ó endulzarlos. Esta distinción estaba tan marcada en las costumbres, que los Templarios pedían con instancia ser juzgados por el tribunal de la Inquisición, *sabiendo muy bien*, dicen los historiadores, *que si obtenían tales juicios, no podrían ser condenados á muerte*. La Iglesia romana fué la única que en el universo protestó contra los edictos excesivos de san Luis y Carlos V. Era un proverbio alemán el que decía, que era bueno el virir bajo el báculo, ó sea en las soberanías eclesiásticas. «Jamás en estos pacíficos gobiernos, dice M. de Maistre, se trataba ni de persecución, ni de juicios capitales contra los enemigos espirituales del poder que reinaba. Roma es tal vez el

único lugar de Europa en que el judío no es ni maltratado ni humillado; una frase proverbial llama á Roma el paraíso de los judíos.» Los reformadores del siglo xv no supieron librarse de estos excesos de severidad. Uno de los dogmas de Calvino era que se debe reprimir á los herejes por medio de la cuchilla; y en una pequeña ciudad de Alemania, Nordlingen, que cuenta una población de seis mil almas, quemó en cuatro años treinta y cinco hechiceras. A esta terrible cuenta, el número de hechiceras quemadas en España, en cuatro años, hubiera sido de treinta mil, número superior en veinte mil al total de los que estuvieron sujetos á la justicia de la Inquisición, de los que, durante trescientos cincuenta años, fueron condenados á muerte.

El barón Dupin probó en la tribuna del Senado que la intolerancia religiosa no tan solo únicamente tenía asilo en los países herejes, sino que allí era donde se maltraba con un rigor tanto más injusto, en cuanto los gobiernos católicos consideraban un crimen el usar de reciprocidad.

En realidad, las víctimas de la Inquisición eran las víctimas de la ley. El Tribunal del Santo Oficio sólo abandonaba al brazo secular y el último suplicio á *las gentes, cuya conciencia estaba perdida*, culpables y convictos de las más terribles impiedades. Por otra parte, antes de la fatal invención de los gobiernos puramente civiles y de las leyes atenas, el Evangelio era la gran ley de los Estados y de los individuos, de los soberanos y de los súbditos. La fe era el único bien sagrado; todos, entonces exclamaban sin vacilar: Cortad, quemad, pulverizad en este suelo, con tal que perdonéis en la eternidad.

El Auto de Fe no llegaba ni á condenar á muerte ni á quemar, sino que reducíase á pronunciar la sentencia de absolución de las personas falsamente acusadas, y á reconciliar con la Iglesia á los culpables arrepentidos. Hecha la reconciliación, los herejes obstinados, así como

aquellos cuyos delitos eran en parte civiles eran remitidos al brazo secular. El *Auto de Fe* había terminado, y los inquisidores se retiraban. M. de Bourgoing, en su cuadro de la España moderna, no ha vacilado en decir: «Confesaré, para rendir homenaje á la verdad, que la Inquisición podría ser citada en nuestros días como un modelo de equidad.»

El *Saco bendito* ó *Sambenito* era simplemente el traje de penitencia que visten todavía hoy día las cofradías de penitentes del mediodía de Francia. Tanto menos era un vestido de eterna infamia, que el mismo Florentino nombra á condenados que contrajeron ilustres alianzas.

El tormento adoptado por las leyes griegas y romanas estaba introducido en las leyes y costumbres de todas las naciones modernas. El Santo Oficio hizo perder su uso mucho tiempo antes de que fuese borrado de los códigos; no permitía que se recurriese á él más de una vez en un mismo proceso, y exigía que el médico estuviese presente para que indicase el instante en que corría peligro la vida del paciente... Los reglamentos prescribían tratar al acusado con benevolencia, dejarle sentado constantemente, desconfiar tanto del acusador como del juez, etc.

El árbol debe juzgarse por sus frutos. El mismo Voltaire prueba que España sólo escapó por la Inquisición de los horrores que dishonraron á las otras naciones: la guerra de los treinta años, los excesos de los anabaptistas y de los paisanos, las guerras civiles de Francia, Inglaterra, Flandes, las matanzas de las Cetenas y de San Bartolomé... ¡Un navío flotaría sobre la sangre que los novadores han derramado; la Inquisición sólo hubiera hecho correr la soya!...

Se echa en cara á la Inquisición su tenebrosa influencia sobre el espíritu humano, y sin embargo el siglo de oro de la literatura española fué el de Felipe II.

Torquemada.—En cuanto á Tomás de Torquemada, el primer inquisidor general, los historiadores españoles cuentan entre los hombres eminentes de su siglo, entre los más distinguidos por su nacimiento, su talento, su piedad y su celo por la religion. ¡Pero para los espíritus á quienes no ilumina la fe, el Santo Oficio continuará siendo una sangrienta anomalía y Torquemada un monstruo! Así debe ser.

Los crímenes de Alejandro VI.—Todo el mundo conviene en que jamás falsó en la fe, al menos manifiestamente y con escándalo. Su Bulario tiene gran valor, la lista de sus letras y otros escritos, compuestos durante un pontificado tan corto como agitado, es larga y variada, prueba su habilidad, su energia y talento. Solamente de su vida privada se ha querido hacer un arma contra la santidad de la Iglesia. Pero ¡ya que entre los doce apóstoles, escogidos por el mismo Jesucristo, se encontró un monstruo, de ningún modo sería asombroso que entre los doscientos sesenta sucesores de san Pedro, elegidos por los hombres, se contasen algunos pontífices escandalosos. Será sin embargo un consuejo sober que este eminente papa no merezca la odiosa reputación que se le ha formado. Maquiavelo, que pasó su vida conspirando y que aborrecía á César Borgia; Guicciardini, á quien el mismo Voltaire trata de impostor y que pedía en su lecho de muerte que se quemase su historia de Italia; Pablo Jove, escritor venal y apasionado que vendía caras sus mentiras; Thomas-Thomasi, adulador cortesano de la Duquesa de Florencia y amigo personal de los Borgias; Barchart, cuyo libro (no quiso que viese la luz) ha sido adicionado y sin duda alterado por los protestantes, puesto que sus diversas ediciones no se asemejan, etc., etc.; no merecen confianza alguna. En segundo lugar el motivo principal de las acusaciones sostenidas contra Alejandro VI es que se sirvió de César Borgia para defender á los Estados Pontificios

contra los principes italianos y sus aliados extranjeros; más aún, es que principalmente despues de su pontificado los papas comenzaron á figurar como poder secular, como reyes.

Nadie prueba que no estuviese casado legitimamente con Julia Farnesio, y que sus hijos no fuesen legítimos. El cuadro del reinado de Carlos VIII no da á los hijos de Borgia el nombre de bastardos que no perdona ni á los principes de sangre, cuando se presenta la ocasion de aplicarlo. Por otra parte tuvo todos estos hijos antes de recibir órden alguna sagrada.

La acusacion de incesto no merece ser discutida, tanto más que Lucrecia Borgia no fué tal como la han pintado los poetas satíricos. Muchos historiadores contemporáneos citados por Bascoe llámanla una mujer cumplida, la princesa más adornada de todas las virtudes.

Alejandro VI no compró el soberano pontificado; la distribución, no de sus bienes, sino de sus dignidades ó de las dignidades cuyos titulares habian muerto, explica con la mayor naturalidad sus larguezas con respecto á algunos cardenales, sin que sea necesario hacer intervenir la simonía. Jamás elección alguna fué más regular, ni más breve. Fué elegido el primer dia del cóncilava por una mayoría de catorce votos independientes.

Alejandro VI no fué ni pérfido ni inconstante en sus relectones con Carlos VIII, no llamó á los franceses á Italia, permaneció fiel á los principes de Aragon, tanto que estos no le obligaron á volverse á Francia.

¿Alejandro VI no trató de envenenar á algunos viejos cardenales para enriquecer su tesoro con sus despojos? El mismo Voltaire es el que rechaza con horror la acusacion de Guicciardini: «Pretendeis que un anciano soberano, cuyos cofres estaban en aquel entonces llenos de un millon de ducados de oro, quisiese envenenar á algunos cardenales para apoderarse de su tan poco lujoso mobiliario, y del cual se apoderaban casi siempre las ayudas de cámara...? ¿Cómo quereis que un papa tan prudente haya

querido arriesgarse por tan poco lucro en una acción tan infame, en una acción que pedía cómplices, y que tarde ó temprano se hubiera descubierto? La causa está juzgada y nosotros estamos autorizados á decir con M. de Maistre: «Tiempo vendrá en que los papas contra quienes se han ensañado más, serán mirados en todos los países, á como los amigos, los tintores, los salvadores del género humano, los venerables géneos constituyentes de Europa.»

El San Bartolomé.—Podríamos no decir nada de este suceso exclusivamente político, y cuya responsabilidad es imposible hacer caer sobre la religión ó sobre la Iglesia. Reestablezcamos sin embargo los hechos. En 1569, el partido protestante era una nación en la nación, trataba con el rey de igual á igual. Aun más, amenazabale con hacerle guerra, si no se decidía á hacerla á España. El jefe abiertamente reconocido del partido era el almirante Coligny, cuya audacia había llegado hasta ofrecer diez mil hombres de tropas al rey para llevar la guerra á Holanda; lo cual hacía decir á Tavannes: «¿Cómo es que os ofrece lo que es vuestro? Señal es de que los ha ganado y corrompido. Ha hecho suyos diez mil de vuestros súbditos para volverlos contra vos.» El San Bartolomé fué, pues, en realidad una pútrición enteramente civil, consecuencia inevitable de una venganza política, desde mucho tiempo excitada y meditada, y que se hizo pública manifestamente en este grito del rey Carlos IX: «*No me ha sido posible soportar más tiempo!*» La religión no prestó ayuda alguna. No fueron ni el cardenal de Brague, ni el cardenal de Retz, sino el canciller de Brague y el mariscal de Retz, los que tomaron parte en las deliberaciones de la corte, en donde fué preparada la matanza. ¿Cómo se podría acusar á la religión católica de haber sido consejera ó actora en esta terrible ejecución, cuando se ha probado por una multitud de documentos auténticos que ella abría por doquiera sus puertas á los infelices que el furor del pueblo perseguía gritando: «*Es-*

tas son los que han querido matar al rey!» En Tolosa y otros lugares, los conventos sirvieron de asilo á los calvinistas. Si á la noticia del terrible golpe de Estado rindiéronse á Dios en Roma solemnes acciones de gracias, si Gregorio XIII fué procesionalmente de la iglesia de San Marcos á la de San Luis, si se hizo grabar una medalla, no á causa de la matanza de los hugonotes, sino únicamente á causa del descubrimiento y aborto de la conspiración de que el rey de Francia les acusaba en el mensaje enviado á todas las córtes de la cristiandad. Más tarde la verdad fué conocida en todos sus detalles, y el soberano Pontífice, por sus discursos y bulas, manifestó su horror por semejante crimen.

En cuanto al número de las víctimas, es cierto que no pasa de dos mil. Es demasiado ¡ay!

Es absolutamente falso que Carlos IX disparase sobre los hugonotes de lo alto de la ventana de la reina; esta ventana no existía entonces. El autor de un folleto publicado en 1572, *El logue de alarma contra los matadores*, dice en términos claros: «El rey á su vez no se daba punto de reposo, *mas no puso las manos*, sino mandaba que se le llevasen los nombres de los muertos, ó de los prisioneros, á fin de que deliberase sobre los que tenían que guardarse ó matarse.» Es falso tambien que Juan Goujon y Ambrosio Paré fuesen designados como víctimas. Antonio Paré era católico, ferviente católico. Y la reina Catalina de Médicis hubiera, dicen, hecho prevenir á Juan Goujon de que no saliese de casa por la noche; además el ilustre escultor no murió en la noche de San Bartolomé.

La revocación del edicto de Nantes.—Este edicto de 1598 concedía la libertad de conciencia á todos, el ejercicio público de la religión reformada, la libre admisión de los protestantes á todos los empleos del reino, la paga de los ministros, la custodia por los reformados de todas las plazas, ciudades y castillos, los cuales ocupaban en nú-

mero de ciento veintuno, encargándose el rey de pagar las guarniciones; «Nada menos era esto, decía Enrique IV á Sully, que la creacion en medio de la Francia de un estado republicano, como en los Países Bajos.» Apenas fué firmado el edicto, cuando vióse á los reformados unirse con juramento, renunciar sin permiso, levantarse sin motivos, solicitar socorros extranjeros, ligarse contra el rey, cometer mil estragos, etc., etc. La revocacion del edicto de Nantes fué de parte de Luis XIV un acto pensado hacia tiempo, cuya necesidad política fué el principal, si no el único fundamento, en el que fué apoyado por la opinion pública, etc., etc. Si es verdad que una tendencia odiosa arrastra hoy á ver en los incrédulos, en los impíos, en los revoltosos de toda especie, á los mejores ciudadanos, en los siglos de fe, al contrario, todo extravió en materia religiosa era considerado como un crimen de lesa majestad. Para ser buen ciudadano era preciso profesar la religion del Estado. Un artículo del tratado de paz de Passau (1552) reconocia á toda potestad alemana el derecho de poner á sus súbditos en la alternativa de abrazar la religion del soberano y de salir de sus Estados, despues de haber pagado cierta suma de dinero. Esto era justificar completamente la conducta de los reyes de España con los judíos y los moriscos, y la de Luis XIV con los hugonotes, con la diferencia completamente en favor de los reyes cristianos, que estos imponian, no su religion, sino la religion del Estado, no una secta, sino la religion de Jesucristo.

Pre-téndese que la revocacion del edicto de Nantes haya causado á Francia un perjuicio inmenso por el considerable número de súbditos ricos e inteligentes que perdió, por las industrias que fueron entonces exportadas, por las enormes sumas de dinero que no percibió el haber de Francia, por la disminucion que sufrió nuestro comercio, en fin, por los soldados que abandonaron nuestro ejército... Todo esto sólo está en la imaginacion de los enemigos de la religion. Cincuenta mil protestantes á lo más salie-

ron de Francia; no se llevaron más de dos millones; las pérdidas de nuestra industria y comercio fueron imperceptibles; la disminucion del ejército sólo fué de tres mil hombres, más pronto enemigos que amigos.

En realidad las declamaciones contra la Inquisicion y la revocacion del edicto de Nantes son una tiránica injusticia y una odiosa hipocresía, puesto que los reformadores de Alemania en el siglo XVI y los gobiernos de Alemania, Suiza, Rusia e Italia en el XIX, han hecho sufrir á los católicos los más crueles tratamientos, aunque jamás hayan formado un Estado en el Estado, ni jamás hayan tratado de defender sus derechos con las armas en la mano. ¿Qué son las proscripciones de Francia y España, comparadas á las persecuciones, á las confiscaciones, á las condenaciones que cayeron sobre los católicos de Inglaterra á Irlanda bajo Enrique VIII, Isabel, Cromwell, etc.; á los destierros, á las matanzas de los sacerdotes, nobles y ciudadanos que permanecieron fieles á su Dios y á su rey en la Francia cristiana? ¿Y los millares de polacos, sacerdotes, nobles y paisanos, que el gobierno ortodoxo de Rusia exportó y martirizó en Siberia, porque no ha podido hacerlos apostatar? Y esos millares de religiosos y religiosas, que siempre han dado ejemplo de fidelidad á todas las leyes, que los gobiernos de Prusia, Italia y Suiza, arrojan de sus conventos, de sus propiedades seculares, y que condenan á vivir aislados, sostenidos por una pensión verdaderamente irrisoria, etc., etc.?

Epilogo.—He creído deber dar como epilogo á la demostracion victoriosa de estas dos proposiciones fundamentales: *La ciencia auxiliar de la fe; la fe salvaguarda de la ciencia, el solemne arranque del alma, del espíritu, del corazón del gran Kepler y del gran Newton, expresado en sus inmortales obras: Los cinco libros de la armonía de los mundos y los Principios matemáticos de la filosofía natural.*

Kepler.—«Agradézco, Criador y Señor, todo lo que he

experimentado en los éxtasis en que me ha sumido la contemplacion de la obra de tus manos... He proclamado ante los hombres toda la grandeza de tus obras. Me he visto obligada á elevarme hasta la verdad. Si se me ha escapado alguna cosa indigna de tí, recíbeme en tu clemencia y misericordia, concóedeme la gracia de que la obra que acabo de concluir contribuya á tu glorificacion y á la salud de las almas.»

Newton.— Dios es omnipotente y omnisciente, es decir, que subsiste desde la eternidad, rige y concóelo todo, lo que sucede y puede suceder. El no es la duracion en el espacio, sino que subsiste y está presente, subsiste siempre y está presente por doquiera: El constituye la duracion y el espacio. Como cada particula del espacio es siempre, y como cada momento de la duracion está por doquiera, es imposible que el Criador y Señor soberano de todas las cosas deje de ser en algun momento ó en algun lugar... Dios es uno solo y al propio tiempo Dios siempre y por todo lugar. Está presente en todas partes, no tan sólo por su poder activo, sino tambien por su misma sustancia; porque el poder no puede subsistir sin la sustancia. Todas las cosas están contenidas con Él y se mueven en Él, sin que Él ni ellas experimenten impresion alguna; porque Él no es afectado por los movimientos de los cuerpos, y los cuerpos no encuentran resistencia en la omnipresencia de Dios. Este es un arranque magnífico del género humano ó del alma humana naturalmente cristiana.

Estos magníficos homenajes rendidos por los dos inmortales astrónomos á Dios y á la Revelacion han encontrado no há mucho un glorioso eco en los labios del más ilustre químico del siglo XIX, M. Dumas. En su discurso de recepcion en la Academia francesa, tenia que hacer el elogio de otro grande hombre, Guillermo Guizot, y el momento llegó de apreciar al eminente escritor, al experimentado hombre de Estado, bajo el punto de vista de sus tan profundas convicciones religiosas.

A esta doble cuestion: ¿Por qué la ciencia del hombre ha sido completa desde las primeras edades? ¿Por qué la ciencia de la naturaleza ve el objeto que persigue alejarse sin cesar? M. Dumas responde con M. Guizot: «Estudiándose el hombre presto reconoció que más allá de los órganos hay una voluntad; más allá de los sentidos, un espíritu; debajo del barro de que está formado su cuerpo, un alma, cuya naturaleza, origen y destino ignora. Desde que el hombre piensa, el sentimiento de lo infinito le fué revelado, y lo infinito se muestra inaccesible; su pensamiento detúvose al borde del abismo de lo desconocido. Cara á cara con la naturaleza, observando los hechos y remontándose hácia su causa primera y soberana, tenía necesidad, al contrario, de ese trabajo de cuarenta siglos, para reconocer que es todavía lo infinito lo que se ocultaba á sus ojos...»

«M. Guizot ha defendido el cristianismo contra el escepticismo picante y mordaz; ha dejado á otros que no flaquearán la fama de defender la personalidad del alma humana contra la oleada creciente de la filosofía de la naturaleza. Nacer sin derechos, vivir sin objeto, morir sin esperanza, tal sería nuestro destino, suficiente tal vez para satisfacer á estos raros espíritus que atraviesan el mundo sostenidos por la curiosidad ó por la satisfaccion de haber vencido la dificultad, por el orgullo tal vez, pero que no contentaria á la mayor parte de los hombres. La religion, la moral, la civilization de Europa descansan sobre esta firme base del derecho de todos los hombres á la justicia, á la simpatía, á la libertad, obra del cristianismo. Aquellos que poseen estos grandes bienes los conservarán, aquellos que están todavía privados de ellos los disfrutarán á su vez. Al mismo tiempo la fiebre pasajera del pensamiento científico en trabajos alumbramiento que amenaza estas fuertes doctrinas, sin que se apoye en nada para sustituirle, se apaciguó como se apaciguó en tiempos lejanos.»

Algunos dias despues del discurso de M. Dumas, M. Le-

verrier presentaba en la Academia los últimos pliegos de sus *Investigaciones astronómicas*, comprendiendo las teorías y las tablas del Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, y se expresaba así: «Durante esta larga empresa, verificada en cinco años, hemos tenido necesidad de ser sostenidos por el espectáculo de una de las más grandes obras de la creación, y por el pensamiento de que ellas fortalecen en nosotros las verdades impercedereras de la filosofía espiritualista. Con emoción hemos oído, pues, en la última sesión de la Academia francesa, afirmar a nuestro ilustre Secretario perpetuo los grandes principios, que son las mismas fuentes de la más pura ciencia. Esta sublime manifestación permanecerá siendo un honor y una fuerza para la ciencia francesa. Feliz soy, viendo que se ha presentado la ocasión de caszarla en el seno de nuestra Academia, y de tributarle una cordial adhesión.»

Apéndice A.—Una hipótesis sobre el Diluvio por el abate Goulet (autor de la *Biblia sin la Biblia*). El diluvio universal cae bajo el dominio de la historia. Sobre estos testimonios históricos, la santa Escritura es como una columna luminosa que domina a todos los demás documentos por la antigüedad, sencillez y majestad de su relato. La geología da la razón a la historia, y recibe de ella nuevas luces. La contemporaneidad del diluvio geológico y del diluvio bíblico es tan probada como posible. Sin embargo, el diluvio del abate Goulet es en demasía el diluvio de M. Lambert, que para nosotros no es el diluvio de Moisés.

Apéndice B.—El proceso original de Galileo, publicado por primera vez, por Domingo Berti. M. Berti ciertamente ha publicado estos documentos con intención hostil. Ha querido reanimar las acusaciones envenenadas que después de más de dos siglos repitense todavía cada día. En mi convicción profunda ha hecho como Balaam: vino para maldecir, y se extendió a pesar suyo en bendiciones,

porque estos documentos originales ponen perfectamente en evidencia los hechos siguientes: 1.º Galileo fué únicamente encausado con motivo de su carta al R. P. Castelli, ó de su excursion en el dominio de la explicación bíblica y de la teología. Galileo cayó en un grande error que envenenó todo; miró como falsas en su sentido propio las palabras de Josué: *Sol, detente!* mientras que estas palabras, en cuanto sirven para mandar á uno de los cuerpos celestes con el objeto de prolongar la duracion del día, son verdaderas y necesarias, aun en el sistema de Copérnico; la prueba es que todos los astrónomos, hoy día todavía, dicen y dirán siempre: el sol sale, el sol se pone, el sol pasa por el meridiano, el sol se detiene en el solsticio, etc. 2.º Por haber usado de frases equívocas sobre el mandato de guardar un silencio completo sobre el sistema de Copérnico que se le hizo en presencia del cardenal Belarmino, y por el hecho de la fragante violacion de la promesa que hizo, Galileo fué amenazado con el exámen riguroso ó el tormento; pero el mismo M. Berti se apresura á reconocer que las amenazas no fueron ejecutadas. Galileo fué tratado hasta el fin con dulzura y con el mayor miramiento. 3.º Los derechos de la ciencia y de la verdad fueron respetados por el hecho de que la opinion de Copérnico era autorizada ó tolerada como hipótesis científica, completamente independiente de los Libros santos. 4.º Galileo en sus interrogaciones afirmó que condenaba y abjuraba verdaderamente el sistema de Copérnico. 5.º Era la filosofía, es decir, la ciencia del tiempo la que afirmaba la inmovilidad del Sol y la movilidad de la Tierra, como era también la ciencia de Galileo la que declaraba incompatible la inmovilidad del Sol y el mandato: *Sol, detente!* 6.º La condenacion de Galileo, en las condiciones en que fué pronunciada, era necesaria, inevitable, eminentemente razonable y razonada. Aquella se comprende, pero lo que no se comprende es el consentimiento dado por Galileo a la sentencia pronunciada contra él, ó sea su abjuracion. 7.º El Santo Oficio se engañó, pero permaneció al menos

verrier presentaba en la Academia los últimos pliegos de sus *Investigaciones astronómicas*, comprendiendo las teorías y las tablas del Sol, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno, y se expresaba así: «Durante esta larga empresa, verificada en cinco años, hemos tenido necesidad de ser sostenidos por el espectáculo de una de las más grandes obras de la creación, y por el pensamiento de que ellas fortalecen en nosotros las verdades impercedereras de la filosofía espiritualista. Con emoción hemos oído, pues, en la última sesión de la Academia francesa, afirmar a nuestro ilustre Secretario perpetuo los grandes principios, que son las mismas fuentes de la más pura ciencia. Esta sublime manifestación permanecerá siendo un honor y una fuerza para la ciencia francesa. Feliz soy, viendo que se ha presentado la ocasión de caszarla en el seno de nuestra Academia, y de tributarle una cordial adhesión.»

Apéndice A.—Una hipótesis sobre el Diluvio por el abate Goulet (autor de la *Biblia sin la Biblia*). El diluvio universal cae bajo el dominio de la historia. Sobre estos testimonios históricos, la santa Escritura es como una columna luminosa que domina á todos los demás documentos por la antigüedad, sencillez y majestad de su relato. La geología da la razón á la historia, y recibe de ella nuevas luces. La contemporaneidad del diluvio geológico y del diluvio bíblico es tan probada como posible. Sin embargo, el diluvio del abate Goulet es en demasía el diluvio de M. Lambert, que para nosotros no es el diluvio de Moisés.

Apéndice B.—El proceso original de Galileo, publicado por primera vez, por Domingo Berti. M. Berti ciertamente ha publicado estos documentos con intención hostil. Ha querido reanimar las acusaciones envenenadas que después de más de dos siglos repitense todavía cada día. En mi convicción profunda ha hecho como Balaam: vino para maldecir, y se extendió á pesar suyo en bendiciones,

porque estos documentos originales ponen perfectamente en evidencia los hechos siguientes: 1.º Galileo fué únicamente encausado con motivo de su carta al R. P. Castelli, ó de su excursion en el dominio de la explicación bíblica y de la teología. Galileo cayó en un grande error que envenenó todo; miró como falsas en su sentido propio las palabras de Josué: *Sol, detente!* mientras que estas palabras, en cuanto sirven para mandar á uno de los cuerpos celestes con el objeto de prolongar la duracion del día, son verdaderas y necesarias, aun en el sistema de Copérnico; la prueba es que todos los astrónomos, hoy día todavía, dicen y dirán siempre: el sol sale, el sol se pone, el sol pasa por el meridiano, el sol se detiene en el solsticio, etc. 2.º Por haber usado de frases equívocas sobre el mandato de guardar un silencio completo sobre el sistema de Copérnico que se le hizo en presencia del cardenal Belarmino, y por el hecho de la fragante violacion de la promesa que hizo, Galileo fué amenazado con el exámen riguroso ó el tormento; pero el mismo M. Berti se apresura á reconocer que las amenazas no fueron ejecutadas. Galileo fué tratado hasta el fin con dulzura y con el mayor miramiento. 3.º Los derechos de la ciencia y de la verdad fueron respetados por el hecho de que la opinion de Copérnico era autorizada ó tolerada como hipótesis científica, completamente independiente de los Libros santos. 4.º Galileo en sus interrogaciones afirmó que condenaba y abjuraba verdaderamente el sistema de Copérnico. 5.º Era la filosofía, es decir, la ciencia del tiempo la que afirmaba la inmovilidad del Sol y la movilidad de la Tierra, como era también la ciencia de Galileo la que declaraba incompatible la inmovilidad del Sol y el mandato: *Sol, detente!* 6.º La condenacion de Galileo, en las condiciones en que fué pronunciada, era necesaria, inevitable, eminentemente razonable y razonada. Aquella se comprende, pero lo que no se comprende es el consentimiento dado por Galileo á la sentencia pronunciada contra él, ó sea su abjuracion. 7.º El Santo Oficio se engañó, pero permaneció al menos

consecuente consigo mismo; sólo pueden mostrarse inexorables los que no saben que la Fe es el más necesario y el mayor de los bienes, no solamente del hombre individual, sino también de las sociedades humanas, y que propiamente para salvarlo es un accidente desagradable pero honroso. El pobre sabio, al contrario, se mostró débil é inconsecuente hasta el exceso; esto es una abdicacion desesperadora. 8.º El texto de la sentencia prueba también que es obra exclusiva de los doce cardenales cuyos nombres lleva, y que de ningún modo es un juicio dogmático de la Iglesia universal, ó del soberano Pontífice juzgando y hablando *ex cathedra*.

La veracidad absoluta de los Libros santos y la infalibilidad de la Iglesia están salvadas.

Apéndice C.—Estudio crítico sobre el texto, las doctrinas y el autor del Eclesiastés, por el abate *Motais*. Siendo principalmente mi objeto, en los *Esplendores*, defender la verdad científica de los libros inspirados, no debía ocuparme de su autenticidad y moralidad, pero he creído debía hacer una escepcion en favor del libro del *Eclesiastés*.—*El autor*. Basta enumerar los mil sistemas arbitrarios inventados por los críticos alemanes para hacerle justicia; se refutan, se rechazan los unos á los otros. El *Eclesiastés*, hijo de David y rey de Jerusalem, designado al principio del libro por el texto hebreo y los Setenta es evidentemente Salomón.—*La obra*. ¿Cómo este tratado sublime, que expone con tanta elocuencia la nada de las cosas humanas, el gobierno misterioso de la Providencia y la necesidad de la virtud, sería una obra impregnada de escepticismo, de materialismo, de epicureismo? No solamente el *Eclesiastés* no niega en ninguna parte, al contrario afirma la inmortalidad del alma. «El espíritu del hombre sube hacia el cielo, y el de la bestia desciende á la tierra. El polvo torna á la tierra de donde era, y el espíritu vuelve á Dios que lo dió.»—*El tiempo*. Salomón escribió esta obra en el fin de su vida.

Apéndice D.—Demostracion de la existencia de Dios por la obra de los seis dias. Este apéndice es un resumen substancial en una série de artículos publicados por el R. P. Carnoldi en la *Civiltà cattolica*, la sabia revista de los jesuitas de Florencia, de junio de 1875 á mayo de 1877. El autor demuestra invenciblemente que, fuera de la existencia de Dios, sólo se encuentran en la naturaleza principios sin fundamento, efectos sin causa eficiente, ó efectos no realizados, es decir, contradiccion y nada.

La obra del primer dia: *Los elementos*.—Los elementos ó átomos de los cuerpos son evidentemente artículos manufacturados que indican un obrero eterno y todopoderoso.

La obra del dia segundo: *La formacion de los cuerpos inorgánicos*.—Su materia y forma no tienen en sí mismas su razon suficiente.

La obra del dia tercero: *Los cuerpos celestes*.—El éter... Separados de la existencia de Dios, la naturaleza, las fuerzas de la naturaleza, los hechos naturales no son más que palabras vacías de sentido, bajo las cuales se oculta una ignorancia profunda ó una impiedad irracional. La existencia del éter, principio ó causa inmediata de la atraccion universal, agente postrero de todos los fenómenos de la naturaleza, luz, calor, electricidad, magnetismo, etc., es la prueba más evidente é irrecusable de la existencia de Dios.

La obra del dia cuarto: *La creacion de las plantas*.—Es imposible admitir que, en virtud de combinaciones químicas, la materia pueda jamás adquirir la forma substancial ó el principio vital de la planta, ni la virtud que tiene el grano de hacerla germinar. La vida vegetal sólo pudo aparecer en la tierra por la accion inmediata de un sér todopoderoso y sabio... La tesis darwinista aplicada á las plantas sólo es una pura hipótesis, que no está apoyada en prueba ó hecho alguno.

La obra del dia quinto: *La creacion de los animales*.—Si las plantas deben ser producidas inmediatamente por Dios en los primeros individuos de su especie, los anima-

les, que, por asociación de la vida sensitiva á la vida vegetativa, son más perfectos que las plantas, exigen con mucha más razón la creación inmediata. Sería locura afirmar que la belleza, la variedad, el orden de los organismos animales son el resultado fortuito de un encuentro accidental de moléculas ó de átomos sin vida. Los instintos tan admirables que guían al animal en todo lo que concierne á la nutrición, generación, distribución de su habitación, fabricación de armas ó de redes, con que aprisiona á su presa, etc., indican evidentemente la existencia de un motor ó principio intermediario, que debe necesariamente proceder de Dios. El mismo inmortal Cuvier ha determinado á grandes rasgos y de una manera admirable la distinción entre el animal y el hombre.

La obra del día sexto: 1.^o *La creación del hombre.*—Todo lo que se ha dicho de las plantas y de los animales, se aplica con mucha más razón al hombre. El alma humana, substancial, única, simple y espiritual, debió ser creada en su totalidad por una creación inmediata. 2.^o *El hombre considerado en su naturaleza física.* Si es imposible admitir que un mosaico, por ejemplo, el de la Transfiguración de Rafael, háyase formado por el solo encuentro de piedrecitas coloreadas, sin idea creadora y sin poder coordinador, es incomparablemente más absurdo admitir la transformación fantástica de los séres, partiendo del ínfimo límite del reino mineral, y elevándose gradualmente hasta alcanzar el límite supremo del reino animal. 3.^o *Su esencia física.* La impresión que constituye á nuestra inteligencia en estado de inteligencia activa ó en acto, tiene un valor absoluto; ella es la voz de una verdad, de una justicia, de una bondad universal, la cual no advierte solamente á cada uno, sino que manda á todos y obliga á todos; es, pues, la voz de Aquel que es superior á todas las criaturas racionales; no puede ser más que la voz de Dios. Luego Dios existe. 4.^o *La verdad católica sobre el hombre.* La verdadera definición del hombre es: *Animal racional.* El hombre tiene una vida intelectual, que

tiene su principio inmaterial, substancial y subsistente en el mismo: su nombre propio es el alma. El alma es la forma substancial del cuerpo, es á la vez intelectual, sensitiva y vegetativa; es el principio por el cual somos, vivimos, sentimos y comprendemos. El cuerpo y el alma unidos no forman más que una sola persona, un solo yo; su unión es inmediata y universal. El alma es toda en todo el cuerpo, y toda en cada una de sus partes. Está presente en cada una de las partes por la totalidad de su esencia, pero no por la totalidad de su potencia, que ejerce diversamente por los distintos órganos. El alma sólo puede tener su origen y principio en una creación inmediata de Dios; cada hombre recibe de Dios su alma intelectual propia; esta alma es creada en el momento en que es infundida en el cuerpo, es decir, en el fin de la generación humana. 5.^o *La voluntad humana.* Nosotros no somos libres de aspirar ó de no aspirar al sosiego de nuestra voluntad. Esta tendencia natural y necesaria no puede disminuir en nada nuestra voluntad; tiene al contrario su razón de ser. Para satisfacerla es preciso la verdad y la bondad infinitas. Luego es á Dios á quien tiene necesariamente el hombre por sus dos facultades esenciales, la inteligencia y la voluntad; luego Dios existe. 6.^o *La sociabilidad humana.* El hombre es hecho esencialmente para la sociedad, la sociedad es para el hombre el deseo y el objeto de la naturaleza. Pero la sociedad, como la entiende la naturaleza, es imposible sin Dios; luego la misma naturaleza nos enseña que hay Dios. 7.^o *La creencia universal del género humano.* Es un hecho constante y general que el género humano todo entero ha creído en un Dios eterno, autor y conservador del universo, juez supremo de las acciones humanas. ¡Qué elocuencia en estas conclusiones de M. de Quatrefages! (*Especie humana*, 1877). He buscado el ateísmo en las razas humanas, así en las más inferiores como en las más elevadas. El ateísmo no está en parte alguna, sino en estado errático, y ninguna raza humana es atea. »

LA FE Y LA RAZON.

Capítulo primero.—Estado de la cuestion. Método que vamos á seguir. **Discusion y Exposicion.**—Despues de haber reconciliado perfectamente la Ciencia con la Revelacion, falta tambien para reconciliar perfectamente la Razon con la Fe: 1.º demostrar invenciblemente, por argumentos palpables é irresistibles, la verdad de la Revelacion divina, la divinidad de Jesucristo y la de la santa Iglesia católica romana; 2.º disipar todas las nubes, amontonadas desde hace tantos años, por respuestas victoriosas á las objeciones de la impiedad y del libre pensamiento; 3.º aclarar con la mayor luz posible los misterios de la Fe.

¿Qué método seguiremos en esta demostracion y en esta refutacion? La dialéctica, la filosofia y la teologia escolásticas son excelentes cosas, pero sólo están al alcance de un corto número de espiritus; no se imponen á la inteligencia: excitan más bien que subyugan á la voluntad; no convierten. Si la inteligencia fuese la única parte, sería fácil iluminarla; pero la inteligencia está bajo la influencia, ó mejor dicho bajo el poder de la voluntad; y la voluntad, siempre más ó menos perversa, siempre más ó menos revelada contra la verdad sobrenatural, tiende á presentar esta verdad como inaccesible á la inteligencia. Aquel que ha hecho el mal, dice la misma Verdad, huye y rechaza la luz. Esta influencia de la voluntad sobre la inteligencia colocada en presencia de la verdad, nula ó casi nula cuando se trata de una simple exposicion, deja-

se sobre todo sentir desde que comienza la discusion y sobre todo la demostracion escolástica ó silogística, resultando de esto que jamás ó casi jamás la discusion determina la conviccion y sobre todo la conversacion. Hago la historia de seis conferencias ó controversias célebres sobre cuestiones religiosas: 1.º la conferencia ó coloquio de Poissy, reunida por Catalina de Médicis. A los argumentos victoriosos por los cuales el cardinal de Lorena y el R. P. Lainez habian establecido el hecho de la presencia real, Teodoro de Beza opuso la imposibilidad del misterio. Probóse el movimiento poniéndose en marcha, persistió en declararlo imposible. 2.º La conferencia de Fontainebleau en presencia de toda la corte. Duplessis de Mornay sólo pudo defender su tesis invocando textos truncados; el cardinal Duperron los rectificó al instante; pero, por más que le desenmascaró, su adversario no concedió nada; sin embargo todos los asistentes declaráronle vencido. 3.º La correspondencia de Bossuet con Leibnitz sobre un proyecto de reunion de católicos y protestantes. Leibnitz estrechado de cerca presto huyó el cuerpo por medio de consideraciones indignas de él y sin relacion alguna con los principios fundamentales de la discusion. 4.º La entrevista de san Francisco de Sales y de Teodoro de Beza. Desde el primer momento, Teodoro de Beza reconoció que la Iglesia católica, Iglesia madre, era la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que se podian salvar en su seno. Pero mantuvo hasta el fin que se podian salvar en la Iglesia calvinista, y más fácilmente por este principio absurdo en sí mismo y en contradiccion con el Evangelio y la Tradiccion de que la Fe salva sin las obras. 5.º La conferencia de Bossuet y de Claudio sobre el acto de fe en presencia de Mma. de Duras. Bossuet habia tomado el empeño de hacer admitir á Claudio, tantas veces como quisiera, que, segun las doctrinas del Calvinismo, cada cristiano puede entender la Escritura mejor que los concilios universales, y que el acto de fe es imposible sin un acto previo de infidelidad é incredulidad. Estas dos monstruosidades no desarmaron á Clau-

dio. 2.ª La conferencia entre los teólogos católicos y protestantes sobre la venida de san Pedro á Roma. Pruebo que en cualquier caso, arrojado á sus últimas trincheras y colocado en la imposibilidad de responder, el adversario de la verdad jamás se dá por vencido.

Si fuese asimismo la historia de las discusiones académicas, políticas, judiciales, pasadas ó contemporáneas, que han tenido el privilegio de preocupar y sponiar la opinion pública, hubiérame visto reducido á probar de nuevo que ninguna ó casi ninguna es terminada por la derrota confesada de uno de los adversarios; que ninguno ó casi ninguno de los luchadores ha tenido el valor de reconocer que su causa era mala.

Un hecho me ha impresionado vivamente en el Evangelio, y es el desden, me atreveré á decir, la aversion, que Jesucristo, la Sabiduría infinita, atestigua por la discusion. Acepta la objecion y la refuta, pero con una palabra, con un *no*, sin discutir la jamás. Jesucristo no argumenta; ha mas lejos; no probaba, propiamente hablando, no demostraba; pero mostraba la verdad, haciála sensible y palpable por parábolas y figuras. ¿Qué cosa no causa admiracion en esos apólogos tan ingénuos, tan pasmosos, que crean casi inevitablemente la evidencia de la verdad en los espíritus más prevenidos? Me es un deber el recordar, porque son modelos que debemos imitar, las parábolas del Sembrador, de la Higuera estéril, de la Viuda y el Juez del Fariseo y Publicano, del Servidor infiel, de las Diez vírgenes prudentes y diez tontas, de los Dos Hijos, de los Convidados al festin, de los Viñadores rebelados, del grano de mostaza, del Tesoro escondido, de la Perla encubierta, de las Redes arrojadas al mar, del Hijo pródigo, etc.

Estas figuras y parábolas salidas de la boca del divino Salvador, que venia á iluminar al género humano todo entero, son una enseñanza que se ha olvidado demasiado. Nos revelan uno de los secretos más ocultos de la razon humana en las condiciones en que la cuida origi-

nal la formó. Para llegar á la inteligencia, para hacerle aceptar la verdad, sobre todo la verdad religiosa, es preciso antes que todo desembarazarla, aislarla, sorprenderla en cierta manera en su aislamiento de la voluntad; y entonces de repente, por una figura, por una imágen, por un hecho simple y grandioso, etc., iluminarla con una luz inesperada y muy viva, á la cual no pueda ocultarse ó resistir. Gran sentido hay en estas palabras de un moralista francés: *No discutáis, no convenceréis á nadie; las opiniones son como los clavos; cuanto más se golpean más se hunden.*

No discutiré, pues, sino que, para convencer la razon de la divinidad de la Fe, haré brillar con toda su simplicidad, con toda su pureza, con toda su claridad dulce y bienhechora, la luz de ciertas palabras evangélicas, que son á la vez profecías, milagros y hechos inmensos que han llenado el mundo... Estas son las palabras evangélicas que llamo propiamente *Los Esplendores de la Fe*. Nosotros las poseemos desde los primeros siglos de la Iglesia, antes que fuesen perfectamente cumplidas, y no es de ningun modo necesario, para que tengan todo su valor, que hayan auténticamente salido de la pluma de los evangelistas á quienes se las atribuye. He las aquí:

1. «Todas las generaciones de la tierra me dirán bienaventurada.» (Luc., I, 48.)
2. «Mis ojos han visto al Salvador que Tú nos has dado, y ofreces á todos los pueblos, luz que iluminara á las naciones.» (Luc., II, 30, 31, 32.)
3. «Este niño está puesto para la ruina y la resurreccion de muchos.» (Luc., II, 34.)
4. «Este niño está puesto para señal á la que se hará contradiccion.» (Luc., II, 34.)
5. «Venid en pos de mí, y haré que vosotros seáis pescadores de hombres.» (Math., IV, 19.)
6. «Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.» (Math., V, 48.)
7. «A los pobres les es anunciado el Evangelio.» (Math., XI, 5.)

8. «Os aborrecerán todos por mi nombre.» (Luc., xxi, 17.)

9. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» (Math., xvi, 18.)

10. «Y si yo fuere levantado de la tierra, todo lo atraeré hacia mí.» (Juan, xii, 32.)

11. «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.» (Juan, xiii, 35.)

12. «En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago, y mayores que estas hará.» (Juan, xiv, 12.)

13. «Jerusalén, tus hijos caerán á filo de espada, y serán llevados en cautiverio á todas las naciones... Jerusalén será hollada de los gentiles...» (Luc., xxi, 24 y 25.)

14. «Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado, y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.» (Math., xxviii, 19 y 20.)

15. «Yo he rogado por ti para que no falte tu fe, y tú ya convertido confirmas á tus hermanos.» (Luc., xxi, 32.)

Estos son otros tantos oráculos cuyo cumplimiento estaba fuera y sobre todas las fuerzas humanas. ¡Y se han cumplido! Luego el dedo de Dios está ahí.

Capítulo segundo.—La divinidad de nuestra fe demostrada por las profecías.—La profecía es el anuncio más ó menos anticipado de un hecho contingente. Por hecho contingente se tiene que entender el acto eventual de una voluntad libre, un hecho que no sea el producto necesario de causas físicas ó morales, que pueda ser ó no ser realizado.

La profecía, revelación, á través del tiempo y el espacio, del hecho de una voluntad libre, supone necesariamente una intervención, una inspiración, una revelación

divina, consciente ó inconsciente. No puede, en efecto, haber otra revelación de un acto libre distante, que la revelación de Dios. Sér de séres, que ha sido, es y será, para quien no hay espacio ni tiempo, inmenso á la vez que eterno y todopoderoso, árbitro soberano de las voluntades que inclina á sus fines, dejándolas, ó mejor dicho, haciéndolas libres.

La intervención divina es todavía más necesaria, si esto es posible, cuando la profecía tiene por objeto sucesos sobrenaturales y milagrosos: el poder de predecir confundese entonces con el poder de producir.

El profeta, en el sentido propio de la palabra, es el hombre privilegiado, á quien y por quien Dios revela ó anuncia sucesos contingentes, que se realizarán, las más de las veces, cuando aquel no exista y allá donde él no habite.

Sentados estos principios, está en nuestro derecho el decir: los grandes objetos de nuestra fe, Jesucristo y su Iglesia, han sido el objeto de numerosas profecías, circunstanciadas y brillantes. Todos los grandes hechos del cristianismo, la Encarnación, la Redención, etc., han sido prometidos, predichos, figurados y preparados con muchos siglos de anticipación por un gran número de hombres; y estos hombres eran evidentemente inspirados, puesto que veían á distancia en el tiempo y en el espacio; luego Jesucristo es Dios, la religión cristiana y la Iglesia son divinas.

¿Quién podrá, en efecto, no ver á Jesucristo en el Mesías, de quien se dijo en el Antiguo Testamento por boca de los profetas: Tendrá un precursor; nacerá en Belén, ciudad de Judá y de David; se manifestará particularmente en Jerusalén; cegará á los doctos y sabios; anunciará el Evangelio á los pobres y á los pequeños; abrirá los ojos á los ciegos y devolverá la salud á los enfermos; introducirá la luz en los que languidecen en las tinieblas; enseñará la senda perfecta y será el preceptor de los gentiles; será víctima por los pecados del mundo; será

a la vez la piedra angular y la piedra de tropiezo ó de escándalo contra la cual se quebrantará Jerusalén; será despreciado, desoconocido, vendido, ofendido, atormentado de mil maneras, abrevado en hiel; sus manos y pies serán horadados, se le escupirá en el rostro, será condenado á muerte, y sus vestidos serán sorteados; resucitará al tercer día; subirá al cielo á sentarse á la derecha de Dios; será entonces victorioso de sus enemigos; los reyes de la tierra y todos los pueblos le adorarán; los Judíos continuarán formando una nación, pero andarán errantes, sin rey, sin sacrificios, sin profetas, esperando la salud y no encontrándolo; hará nacer un gran pueblo, elegido y santo, á quien conducirá, alimentará, reconciliará con Dios, á quien librára de la esclavitud del pecado, al cual dará leyes que grabará en su corazón, y por el cual, sacerdotale según el orden de Melquisedec, ofrecerá el pan y el vino consagrados; será á la vez el doctor de los Judíos y de los gentiles; destruirá los ídolos y el culto impio que se les rinde; las naciones más infieles se someterán á su yugo y le adorarán como un solo y único Dios; vendrá cuando el cetro no esté en la tribu de Judá, después de la destrucción de la tercera monarquía, la de los Griegos, durante la duración de la cuarta monarquía, la de los Romanos, setenta semanas de años ó sean cuatrocientos ochenta años después de la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén; vendrá el templo reedificado en tiempo de Aggeo y Malaquías y destruido por los romanos.

Las promesas hechas en el Antiguo Testamento á los patriarcas y profetas, los caracteres innumerables atribuidos á Moisés, las particularidades aún las más minutas de su vida y muerte, los resultados de su misión, ó sea la conversión de los gentiles, son incontestablemente otras tantas profecías que han llegado á ser hechos evangélicos realizados en Jesucristo. Luego Jesucristo es Dios y su Iglesia divina.

No eran suficientes simples predicciones ó anuncios hechos con gran número de siglos de anticipación. Los

hechos más notables de la Redención han sido figurados por sucesos y personajes simbólicos: Isaac, la Serpiente de bronce, Jonás, etc., etc.

Añadamos que estos anuncios irrecusables de tantos hechos, tan eventuales como inverosímiles, están consignados en los libros más antiguos del mundo, fundamento inmutable de la Religión y del gobierno de una gran nación, fielmente guardados por ella, aunque tuvo interés en ocultarlos á las miradas, ó aún en destruirlos, puesto que están llenos de testimonios de su infidelidad, de las más violentas reprensiones, de las más terribles amenazas, etc.; aunque sean, en una palabra, el monumento de su condenación y el triunfo del cristianismo al cual aborrecen.

Gracias á las profecías, la religión cristiana es tan antigua como el mundo, porque en todos los tiempos el hombre ha adorado al mismo Dios como su creador, y al mismo Cristo como su salvador. Tuvo sus diversas fases, sus progresos y decadencias, pero ella permanece una en todas las edades de su duración.

Probamos en fin que hay en el mundo un hecho capital que domina á la antigüedad, que ilumina aun las mismas tinieblas del politeísmo, y que prueba elocuentemente que estas misteriosas profecías son divinas: es la esperanza universal de un Dios salvador, este eco de las promesas que el género humano nos envía por las bocas más lejanas: *¡Y Él será la expectación de las naciones!* Toda la tierra habla como Moisés habló. En el primer período de la historia, durante cuatro mil años, el mundo espera y aguarda, en el segundo período el mundo cree y adora. Si, hácia los tiempos de la venida de Jesucristo, todos los pueblos esperaban, sobre la fe de oráculos antiguos, un enviado del cielo que debía regenerarlos. Voltaire, Boulanger, Volney, etc., han proclamado este hecho extraordinario: prueban que se llamaba á este enviado de Dios: *agran mediador, juez final, salvador futuro, Dios, rey único, legislador supremo, etc., que traerá consigo la edad de oro á la tierra y librarla á los*

hombres del imperio del mal. Dicen en términos propios: *que era esperado, que no había ningún pueblo que no estuviera en expectativa, y que el punto del globo en que debía nacer podría ser llamado el Polo de la esperanza de todas las naciones.* ¡Las naciones de la tierra lo han esperado durante diez y ocho siglos! Desde que Jesucristo apareció ya no le esperan; ¡luego Jesucristo es el Mesías prometido y enviado de Dios! *Estudios religiosos* de M. Nicolás, t. II, p. 134, t. IV, p. 199. En fin, todas estas tradiciones parten necesariamente de una fuente común, que no puede ser otra que las Escrituras antiguas y sagradas: *Antiquis sacerdotum litteris*, á las cuales hacías remontar Tácito. Esta universalidad y perpetuidad de la Religión de Jesucristo son pruebas palpables de su divinidad y de la divinidad de su santa Iglesia.

Capítulo tercero.—La divinidad de nuestra fe probada por los milagros.—El milagro es una suspensión del curso regular de los fenómenos naturales, una derogación de las leyes de la naturaleza, producida por una voluntad particular y excepcional de Dios, obrando fuera de la voluntad general que rige al universo y le constituye lo que es. Probado está por una experiencia de seis mil años, que el sol permanece, por término medio, doce horas sobre el horizonte; esta es la ley de la naturaleza. Luego, si acontece que, al mandato de un hombre inspirado, el sol permanece diez y ocho ó veinticuatro horas sobre el horizonte, sin ocultarse, esto será una derogación de las leyes de la naturaleza ó un milagro. El milagro es, pues, la acción particular ó excepcional de Dios, sustituyéndose momentáneamente á la acción general y regular que forma el orden de la naturaleza. La primera de estas acciones no supone en su causa, la voluntad de Dios, más poder que la segunda; es solamente caracterizada por su singularidad. El hecho natural es el orden constante y habitual; no se nota. El hecho excepcional y milagroso es el orden alterado; se nota y se admira. La multiplicación

del grano confiado á la tierra y la multiplicación de los panes son hechos del mismo orden, uno natural, el otro sobrenatural ó milagroso.

Antes de ser un hecho sobrenatural ó milagroso, el hecho de la derogación de las leyes de la naturaleza es un hecho físico, que, como todos los hechos físicos, cae bajo el dominio de los sentidos. Del mismo modo se vé y se prueba que el sol permanece doce horas ó veinticuatro sobre el horizonte. El milagro puede por consiguiente llegar á ser metafísicamente cierto para aquel ó aquellos que son el sujeto ó el objeto del mismo, físicamente cierto para aquellos que lo ven, moralmente cierto para aquellos que poseen testimonios oculares dignos de fe.

Negar la posibilidad del milagro es en realidad negar la presencia y la acción de Dios en la naturaleza. Ningun milagro es comparable por su grandeza á los inmensos hechos de la creación y de la conservación de los mundos. Todo hombre que reconoce en Dios creador y conservador del universo, no está, pues, en su derecho, al afirmar la imposibilidad del milagro. En otros términos, negar la posibilidad del milagro es en realidad hacerse ateo. Negar el milagro es también quitar á Dios su voz, el único medio por el cual pueda manifestar su voluntad; es colocar á Dios debajo de todos los seres animados de la tierra, provistos cada uno de la facultad de expresar sus pensamientos, sus deseos y su voluntad. El milagro, en efecto, la derogación de las leyes de la naturaleza, la producción en el interior ó en el exterior de un fenómeno que sale del orden regular de las cosas, es el único medio por el cual Dios pueda entrar en comunicación con sus criaturas inteligentes y libres. Suprimid el milagro, y reduciréis á Dios á la condición de los ídolos que tienen ojos y no ven, orejas y no oyen, manos y no palpán, piés y no andan. Ahn los paganos, por un sentimiento innato ó invencible, admitían que sus dioses de piedra y madera podían hacer milagros. Se lo pedían, y les expresaban su agradecimiento por los *ex-votos*. En todo caso, el

milagro es al menos la condición esencial de toda revelación hecha ó de toda fe impuesta por Dios á los hombres, de suerte que Moisés, Jesucristo y los Apóstoles debieron por necesidad hacer milagros.

Los milagros son hechos extraordinarios, brillantes, pero que se prueba, se ven, se tocan como los hechos del mundo físico. Es, pues, trastornar todas las leyes de la lógica y constituirse á sí mismo en estado de milagro de sí mismo, decir con M. Renan, el enemigo personal de la divinidad de Jesucristo (Prefacio de la décima tercera edición de *la Vida de Jesucristo*): «Si el milagro tiene alguna realidad, mi libro es un tejido de errores. Si, al contrario, el milagro es cosa inadmisibles, tengo razón en considerar los libros que contienen relatos milagrosos como leyendas llenas de inexactitudes y de errores de partido.»

Lo repetimos de nuevo, los hechos del Evangelio, antes de ser hechos milagrosos, son simplemente hechos perceptibles, del mismo grado que los hechos naturales; aquellos que los cuentan son tan dignos de crédito cuando afirman haberlos visto, como si se tratase de hechos del orden común; en ambos casos es cuestion de testimonios; pues bien, qué testimonios más dignos de fe que el Evangelio y los evangelistas, de los cuales Juan Jacobo Rousseau decía: «Cómo rechazar el testimonio de un libro escrito por testigos oculares que lo han firmado con su sangre, recibido en depósito por otros testigos que no han cesado de publicarlo en toda la tierra, por el cual han muerto más mártires que letras hay en sus páginas...? La santidad del Evangelio habla á mi corazón. ¿Es posible que un libro á la vez tan sublime y tan sencillo sea obra de los hombres? Sí, mil veces sí, los apóstoles son los testigos oculares más dignos de fe; en sus personas y palabras está impreso un carácter irresistible de sinceridad y de verdad.»

En el sencillo relato de los innumerables milagros hechos á la luz del día por Jesucristo, nada indica, muy al

contrario, todo excluye la idea de complot, artificio, simulación, invención, coacción. Esos milagros prueban tanto más la divinidad de Jesucristo y de su santa Iglesia, cu cuanto todos ó casi todos ellos tienen directa ó indirectamente por objeto y por efecto probar que El era el Mesías enviado por Dios. Recordémoslos rápidamente en su orden cronológico.

1.° *Los milagros del nacimiento de Jesucristo.*—El canto de los Ángeles (*Gloria á Dios, paz á los hombres!*) la aparición á los pastores, la estrella y la adoración de los magos, el aviso misterioso que reciben de no volver á pasar por Jerusalem, etc., ¿pudieron ser inventados?

2.° *Bautismo de Jesucristo.*—Después de haber sido bautizado Jesús, y de haber salido del agua, el cielo abrióse, y el Espíritu Santo descendió sobre él bajo la forma de una paloma. Una voz salida del cielo decía: Hé aquí mi Hijo muy amado, en quien me he complacido. Véase. Juan Bautista añade: Este es el Hijo de Dios.

3.° *El agua transformada en vino en las bodas de Caná.*—No tienen vino, dice María madre de Jesús.... Llenad las hidrias de agua.... Sacad ahora y llevad al maestra-sala. El agua estaba convertida en vino.... Este fué el primer milagro de Jesús, manifestó así su gloria, y sus discípulos creyeron en él.

4.° *La conversión de la Samaritana.*—Llama á tu marido.—Yo no tengo.—Verdad dices, porque he tenido cinco maridos, y aquel con quien vives no lo es....—Yo sé que el Mesías debe venir....—Este soy yo....—Venid á ver á un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho....—Muchos creyeron en él... porque escuchándole asegurábanse de que él era verdaderamente el Salvador del mundo.

5.° *Curación del paralítico.*—Hijo mio, tus pecados están perdonados....—¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios únicamente?—Para que sepas que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados, dijo á este paralítico: ¡Levántate: coge tu cama y vete! Este hombre se fué rindiendo un testimonio de gloria á Dios.

6.ª *La transfiguración.*—Su semblante era brillante como el sol, sus vestidos luminosos y blancos con una blancura que el arte no puede imitar; Moisés y Elías rodeados de majestad conversaban con él. Una nube luminosa les cubrió, y oyose una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado en quien me he complacido, oídle. Cuando llegó el momento, san Pedro habló de este milagro en términos magníficos, que el humilde batiquero del lago de Genesareth no inventó ciertamente: «No hemos hecho conocer el poder y la virtud de la venida de Jesucristo segun doctas fábulas, sino despues de haber sido los espectadores de su majestad. Estuvimos con él en la montaña en que recibió honor y gloria.»

7.ª *El ciego de nacimiento.*—Ni este pecó ni sus padres, mas es así (ciego) de nacimiento para que las obras de Dios se manifiesten en él... Es necesario que yo obre las obras de aquel que me envió... Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra ó hizo lodo con la saliva, y ungió con el lodo los ojos del ciego y le dijo: Vete, bñvate en la piscina de Siloé. Se fué, pues, y se lavó, y volvió con vista. Aquel que se atreviera á decir que este relato es inventado mentiría á su conciencia y al Espíritu Santo, y era sábado...—Este hombre no es de Dios, pues que no guarda el sábado...—Nosotros sabemos que este hombre es pecador...—Si es pecador no lo sé: una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo...—Dios habló á Moisés, más este no sabemos de dónde sea...—Cierto que es cosa maravillosa que vosotros no sepáis de dónde es... Si este no fuese Dios, no pudiera hacer cosa alguna...—En pecado todo tú has nacido, y tú quieres enseñarnos... Y le echaron fuera de la Sinagoga... Jesús le halló y le dijo: ¿Crees tú en el Hijo de Dios...?—¿Quién es Señor para que crea en él?...—El que habla contigo...—Creo, Señor, y postrándome le adoré.

8.ª *La resurrección de Lázaro.*—El que amas está enfermo...—Esta enfermedad es para gloria de Dios... Lázaro está muerto, vamos á él...—Si hubierais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto...—Resucitará tu hermano... Yo

soy la resurrección y la vida...—Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo...—¿En dónde le pusisteis?...—Ven Señor, y lo verás... Quitad la losa...—Ya hiede...—No le he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?... Padre, gracias te doy, porque me has oído... Por el pueblo que está alrededor, para que crean que tú me has enviado... Lázaro, ven fuera! Y Lázaro salió al instante... Muchas oyeron en él.

9.ª *La multiplicación de los panes.*—Pasó Jesús á la otra parte del mar de Galilea. Le seguía una gran multitud de gente, porque veían los milagros que hacía...—Compadímonos de esas gentes!...—¿En dónde compraremos pan para que coman estos?...—Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces... Tomó Jesús los panes y los repartió entre los que estaban sentados y asimismo los peces... Todos comieron cuanto quisieron. Cuando se hubieron saciado, recogieron los pedazos que habian sobrado, y llenaron doce canastos. Aquellos hombres, que eran como cinco mil, decían: Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo.

10.ª *Jesús anda sobre las aguas.*—Se levantaba el mar con el viento recio que soplabá... A la cuarta vigilia de la noche, vino Jesús hacia ellos andando sobre el mar... el terror les embargó... Pedro le dice: Si tú eres, mandame venir á tí sobre las aguas... Pedro andaba sobre las aguas... pero tuvo miedo y comenzó á hundirse... Valedme, Señor! Y luego entendiendo Jesús la mano asió de él... Y luego que entraron en la barca, cesó el viento... Y los que estaban en el barco vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente Hijo de Dios eres.

11.ª *Los milagros de la muerte de Jesucristo.*—La oscurecion del sol, las espesas tinieblas que cubren toda la tierra, la tierra que tiembla, las rocas que se hunden, el velo del templo rasgado, los muertos que resucitan, el centurion que baja del Calvario, dándose golpes en el pecho y exclamando: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios, etc., etc., nada de esto pudo ser inventado....

Dionisio Areopagita, testigo de esta ofuscacion del sol, esclama: ¡O el Dios de la naturaleza sufre, ó la naturaleza vá á caer en la nada!

12.° *La resurreccion de Jesucristo.*—¿Por qué señal nos probarás que tienes el derecho de hacer estas cosas...?—Destruíd este templo y yo lo reedificaré en tres días... Así como Jonás permaneció tres días y tres noches en el seno de la ballena, el Hijo del hombre permanecerá tres días y tres noches en el seno de la tierra. Resucitará al tercer día... A las tres horas del tercer día sintióse un gran temblor de tierra... El ángel del Señor bajó del cielo y quitó la piedra... Los guardas espantados cayeron como muertos... Este fué el momento de la resurrección. Antes del día María Magdalena y otra María fueron al sepulcro y lo encontraron vacío. El ángel les dijo:—Buscais á Jesús que ha sido crucificado; no está aquí, ha resucitado... Despues Jesús manifestóse á Pedro, á los discípulos de Emaús, á todos los apóstoles y particularmente á santo Tomás:—Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano y métala en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel...—Señor mío y Dios mío...! Y Pedro, el día de Pentecostás, atrivióse á decir á todos los judíos reunidos:—A Jesús de Nazareth, varon aprobado por Dios entre vosotros con virtudes y prodigios y señales, á quien vosotros matasteis, lo ha resucitado Dios, de lo cual somos testigos todos nosotros.

13.° *La ascension de Jesucristo.*—Dentro de poco tiempo no me veréis... Yo voy á mi Padre... Me seréis testigos en Jerusalem y en toda la Judea y Samaria hasta las estremidades de la tierra... Cuando llegó el momento, Jesús llevó á sus apóstoles y discípulos á Bethania; y cuando acabó de hablar, levantó sus manos, los bendijo, y elevándose subió al cielo y ocultóse á sus miradas.

14.° *Venida del Espíritu Santo.*—Estaban todos reunidos en un mismo lugar... Vino de repente un grande estruendo, que llenó toda la casa en que estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, y

repositó sobre cada uno de ellos... Y fueron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron á hablar en varias lenguas. Y acudió mucha gente, y quedó pasmada, porque los oía hablar cada uno en su propia lengua.

15.° *El cojo de la puerta del Templo.*—Jesucristo habia dicho á sus apóstoles: Aquel que cree en mí hará los mismos milagros que yo hago, y mayores aun todavía. En efecto los Hechos de los Apóstoles nos dicen: «Divididos los Apóstoles predicaron en todos los lugares, el Señor cooperando con ellos y confirmando su palabra por los milagros que le acompañaban... Sacaban los enfermos á las calles, y los ponian en camillas para que cuando pasase Pedro, al menos su sombra tocase á alguno de ellos y quedasen libres de sus enfermedades...» San Pablo en muchas de sus Epístolas habla de lo que Jesucristo hizo por medio de él para la conversion de los Gentiles, de sus milagros y prodigios. Un día Pedro y Juan iban al templo, y habia un hombre que era cojo desde el vientre de su madre, y que les pidió limosna. Pedro dijo: No tengo oro ni plata; pero lo que tengo esto te doy: En el nombre de Jesucristo Nazareno levántate y anda. Al momento fueron consolidados sus piés y plantas, y dando un salto se puso en pié y echó á andar, saltando y alabando á Dios.

Digámoslo de nuevo, es preciso verdaderamente un milagro de ceguera ó de falta de razon para imaginar y afirmar que estos relatos han sido inventados, que estos brillantes hechos son ilusiones ó mentiras.

En los lugares y en el tiempo en que Jesucristo y los Apóstoles vivieron, y cuando Jerusalem podia contar tantos testigos de sus obras como habitantes, millares de personas de todas condiciones mostráronse de tal manera convencidas que le adoraron como su Dios. La santa Iglesia de Jesucristo, que sólo ha tenido por fundamento los milagros del divino Salvador y de los Apóstoles, esta todavía en pié desde hace diez y ocho siglos. Todas las fuerzas de la tierra han querido hacerla bambolear; la ciencia de todos los siglos se ha esforzado en minarla; y se levanta

todavía entre el cielo y la tierra. ¡Este es otro milagro fundado sobre el milagro! Si no le veis, ¿qué vereis! Los escribas, los sacerdotes y fariseos, enemigos de Jesucristo, jamás han negado sus milagros, trataban únicamente de espiarlos por el poder de los demonios. Ningun escritor judío en los primeros siglos del cristianismo ha osado desmentir á los evangelistas. Los dos Talmudes de Babilonia y Jerusalem limitanse á decir muy gravemente que Jesucristo ocultó el nombre inefable de Dios, nombre que basta pronunciarlo para operar los mayores prodigios. Si se juzga por los más sabios apologistas, san Justino, Tertuliano, Orígenes, etc., etc., ni los idólatras, ni los filósofos atrevíanse siquiera á contradecir abiertamente los milagros de Jesucristo y las consecuencias que los cristianos sacaban de las mismas. El mismo Celso los reconoce expresamente y los atribuye á la magia. Es que entonces todos creían en Dios ó en los dioses, y á ninguno pasábale por el pensamiento negar la posibilidad del milagro, de lo maravilloso, de lo sobrenatural que formó el fondo del alma humana. El ateísmo reconocido ó disfrazado del siglo XIX únicamente pudo inventar la tesis, tan impía como insensata, de la imposibilidad del milagro, é inspirar á M. Renan esta explicación odiosa de los milagros de Jesucristo: «Es, pues, verdad que Jesucristo sólo fué taumaturgo y exorcista á pesar suyo. Sus milagros fueron una violencia que le hizo su jera, una concesion que le arrancó la necesidad posejera. Tanto el taumaturgo como el exorcista han cuido, pero el reformador religioso vivirá eternamente» (*Vida de Jesucristo*, 1.^a edición, p. 268). ¡Pero qué título podía tener á vivir eternamente el miserable reformador que dejábase arrastrar á pesar suyo á hacer milagros imposibles, y que iba repitiendo sin cesar que hacia sus milagros en nombre de su Padre con quien dividia todo poder? Esta afirmacion audaz y blasfema de M. Renan es un brillante especulador de la fe.

Los milagros son muy raros hoy por una razon que san Gregorio el Grande expone en términos admirables: «Los

milagros son indispensables al principio, cuando la mayoría es todavía infiel, y se multiplican entonces bajo los pasos de los apóstoles del Evangelio; son superfluos cuando la mayoría ha llegado á ser creyente y fiel: *Miracula infidelibus, non fidelibus!*

Pero no es menos verdad que, en la Iglesia católica, y en la Iglesia católica únicamente, con exclusion de todas las Iglesias cristianas (lo que es para ella un carácter pasmoso de divinidad), los milagros no han cesado de producirse en todos los siglos, y son aún hoy todavía numerosos; testigos los lugares de peregrinacion de la santísima Virgen y de los Santos; testigos tambien las informaciones jurídicas relativas á los milagros obrados por los Santos, cuya beatificacion ó canonizacion proclama la Iglesia.

Capítulo cuarto.—Las notas ó signos característicos de la verdadera Iglesia de Jesucristo.—La Iglesia es la sociedad de los cristianos, unidos por la profesion de una misma fe, por la participacion á los mismos sacramentos, por la sumision á un solo y único pastor legítimo, representante de Jesucristo. Que Jesucristo haya constituido una Iglesia, y que esta Iglesia subsiste todavía hoy, nadie se atreverá á tener el pensamiento de negarlo. Despues que Pedro hizo su solemne profesion de fe, «Tu eres Cristo hijo de Dios vivo», Jesús le dice: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» En los Hechos de los Apóstoles, así como en todas las epístolas canónicas, tratase sin cesar de la Iglesia fundada por Jesucristo, adquirida por El al precio de su sangre, á la cual es preciso escuchar bajo pena de ser contado en el número de los paganos ó publicanos. Jesucristo que la llama su reino, el reino de Dios, su herencia, su redit fuera del cual no hay salud, nos ha manifestado las notas ó los signos por los cuales la reconoceremos. Estos signos ó *Notas* de la Iglesia son, según el orden más lógico, el ser visible, apostólica, única, santa, católica é infalible. Pues bien, estas notas

son propias sobre todo, algunas de ellas exclusivas, de la Iglesia católica, cuyo jefe es el soberano Pontífice romano, y la muestran entre todas como la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Visible.—La Iglesia debió ser una ciudad situada en la cumbre de una alta montaña, una antorcha colocada en el candelero á fin de que brille á la vista de todos. Pues bien, la Iglesia visible por excelencia es la Iglesia católica. Domina á todas las otras por el número y calidad de sus miembros; marcha triunfante á través del tiempo y el espacio; muéstrase con esplendor en su cabeza, sus miembros, sus innumerables santuarios, sus ensalzados lugares de peregrinación. Muéstrase más aún en el odio que se la profesa. Las otras sectas y los impíos son como perros encadenados en su persecución, y aclamanla con gran estruendo por sus mismos ladridos. El 3 de julio de 1877 el mundo católico celebraba el quincuagésimo aniversario del Pontificado de Pío IX, y el mundo entero se conmovió: los miradas y los corazones se dirigían hácia Roma; los vapores y los vagones de los caminos de hierro llenábase de peregrinos, que corriendo como en otro tiempo los Magos, cargados con los más ricos presentes, oro, mirra, incienso, esclaman á su vez: (Hemos visto su señal, y del Norte como del Mediodía, del Oriente como del Occidente, venimos á adorarle).

Apostólica.—Jesucristo confió exclusivamente á sus Apóstoles la misión de fundar su Iglesia, gobernarla y perpetuarla; les prometió estar con ellos hasta la consumación de los siglos. Los Apóstoles pusieron en su lugar pastores escogidos, ordenados por ellos, y san Pablo quiere que se les considere como establecidos por Dios, como fieles guardianes de la doctrina y de las tradiciones de la Iglesia de Jesucristo. Pues bien, la sola Iglesia apostólica es la Iglesia romana, de la cual decía ya en su tiempo san Ireneo: «Citamos entre todas á la Iglesia muy grande, muy antigua, conocida por todos, fundada en Roma por los dos más ilustres apóstoles, Pedro y Pablo. La tradición

que viene de los Apóstoles y la fe anunciada á los hombres ha llegado hasta nosotros por la sucesión de sus Obispos. Los nombramos nosotros, y nombrándolos nos confundimos á todos aquellos que compilan en otra parte los artículos de su Símbolo. Por esta Iglesia han conservado los fieles espartrados por todos los lugares la tradición apostólica.» Si, la sola serie de soberanos Pontíficos de Pedro á Pío IX es una prueba palpable y gloriosa de que es apostólica. (Ninguna otra Iglesia es apostólica! Para confundir á las otras sectas cristianas, basta recordarles el nombre de sus fundadores, Arrio, Nestorio, Eutiques, Focio, Socino, Lutero, Calvino, Enrique VIII, Jansenio, etc., etc.

Una.—No hay sociedad sin unidad, sin programa universalmente adoptado, sin constitución libremente consentida. Jesucristo mandó que sus discípulos sean unos, como su Padre y él son uno, quiere que solo haya un redil y un pastor. Esta unidad es necesaria y esencialmente triple; unidad en la fe, unidad en la participación á los mismos sacramentos, unidad en la subordinación á un mismo pastor; un solo cuerpo y un solo espíritu; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, decía san Pablo. Esta triple unidad es completa y absoluta en la Iglesia católica. No existe, no puede existir en las otras Iglesias, ó mejor dicho en las otras sectas cristianas, que toman por dogma fundamental el principio mismo de la división intestina, la libertad de exámen, la interpretación privada de la santa Escritura, la inspiración personal, etc. En vano es que para conciliarse una especie de unidad, inventen la distinción entre los dogmas fundamentales y los secundarios; porque Jesucristo ha reprobado anticipadamente esta distinción sacrilega; no quiere que se omita un solo apice ó un solo punto de su doctrina ó de sus mandamientos. Y además si se trata de las Iglesias protestantes de Alemania, Inglaterra y Francia, la división ha llegado á ser tan profunda en estos últimos años, que se extiende al dogma capital de la divinidad de Jesucristo.

Santa.—Jesucristo, dice san Pablo, se dió á su Iglesia á fin de santificarla, y para que fuese pura y sin mancha. Manda á sus miembros que sean santos y perfectos como su Padre celestial es perfecto; lo promete estar con ella hasta el fin de los siglos, en la santidad y la justicia. Pues bien, la Iglesia católica ha contado y cuenta siempre en su seno un gran número de santos; ella sola tiene el privilegio y el secreto de las virtudes heroicas, ella sola ejerce el derecho de beatificación ó de canonización. En las otras Iglesias ni aun se aspira á la santidad, y sobre todo á las virtudes heroicas, no se dá á nadie el nombre de santo; no se beatifica, no se canoniza. La Iglesia católica es, pues, la única santa en la verdadera significacion de la palabra.

Católica.—La catolicidad es la universalidad en la unidad. Jesucristo envió sus Apóstoles á enseñar á todas las naciones, con orden de enseñarlas á guardar fielmente su doctrina y mandamientos. Y efectivamente, los Apóstoles fueron predicando por todas partes los mismos dogmas y la misma moral, administrando por doquiera los mismos sacramentos, sometiendo por todos los lugares á la misma autoridad á los cristianos, etc.; de manera que por un milagro verdaderamente extraordinario, la Iglesia fué católica al hacer. La Iglesia romana es eminentemente católica; cuenta no solamente miembros, sino Iglesias y obispos en el mundo entero. Sentado en la cátedra de Pedro en Roma, centro de su unidad, su Jefe supremo, por doquiera y por lejos que dirija sus ojos, vé siempre pueblos sumisos á su autoridad. Verdaderamente Dios le ha dado todas las naciones por herencia. Por ella y por ella sola se cumple la grandiosa profecía de Malaquías: «Desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrificia y ofrece á mi nombre ofrenda pura, dice el Señor.» La más elocuente manifestacion de que la Iglesia es visible, apostólica, una, santa y católica, es el santo sacrificio de la misa celebrado á todas horas, casi en todos los minutos, en la superficie entera del globo.

Indefectible é infalible.—Jesucristo prometió estar con su Iglesia hasta el fin de los siglos. Le envió su Paráclito, el Espíritu de verdad que debe habitar con ella siempre. Él ha dicho: «Aquel que os oye me oye.» Esta indefectibilidad se la atribuye únicamente la Iglesia católica. Sólo, en efecto, ella la posee, la ejerce desde su origen, firme en las promesas formales de Jesucristo, fundándose en el principio de que Dios no habría dejado bastamente asegurado el depósito de la fe, si no hubiese constituido un juez supremo que falle sin apelacion, que decida infaliblemente. Ninguna Iglesia aspira á la infalibilidad; todas se contentan con presentar á sus adeptos, en las santas Escrituras, un código que interpretan con asistencia del Espíritu Santo á quien no ven, sin juez infalible de hecho y de derecho.

Además de esta indefectibilidad prometida á la Iglesia representada por el Soberano Pontífice y los obispos, jueces de la fe, además de la infalibilidad propia á los concilios inspirados por el Espíritu Santo, la Iglesia católica está dotada de otra infalibilidad prometida á Pedro, encargado por Jesucristo de apacentar los corderos y las ovejas. Y cuando llegó el momento, reunida en concilio ecuménico en el Vaticano, proclamó dogma de fe la infalibilidad del Soberano Pontífice romano hablando *ex cathedra*, ó fallando en materias de dogma, moral, disciplina, como juez supremo y dirigiéndose á la Iglesia entera.

Infalible en sí misma y en su jefe, la Iglesia católica romana, es más que toda otra la ciudad edificada sobre la montaña, que no puede ocultarse á ninguna mirada. Es un faro, á cuyos fuegos brillantes, á cuyos rayos sólo escapan los ciegos voluntarios.

En resumidas cuentas, sólo la Iglesia católica, apostólica romana puede invocar en su favor las profecías, los milagros; sólo ella puede afirmar que es visible, apostólica, una, católica, santa, indefectible é infalible; luego ella es divina y sólo ella divina.

Su divinidad resultará más todavía de los esplendores de la Fe.

Capítulo quinto.—Primer esplendor de la fe.—Todas las generaciones me dirán bienaventurada. (Luc., c. I, v. 48.)

Una niña nació en Judea del matrimonio, por mucho tiempo estéril, de Joaquín y Ana. Presentada en el templo a la edad de tres años, fué criada á la vista de los sacerdotes en la más profunda soledad. Salió del templo, como á los catorce años, para desposarse con José, descendiente como ella de los reyes de Judá, modelo cumplido de todas las virtudes, pero humilde y pobre carpintero. Fué á habitar en Nazareth en una muy modesta habitación, que podemos ver todavía hoy en Loreto, ciudad de Italia.

Un día que oraba con fervor, el arcángel Gabriel la saludó con estas palabras extraordinarias: *Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres.* Turbado María, tiembla y se pregunta lo que puede significar esta salutación misteriosa. El Angel la dice: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Concebirás y parirás un hijo; este será llamado hijo del Altísimo. Se sentará en el trono de David, y su reino no tendrá fin.* María, más admirada y confusa todavía, afirma que esta concepción y alumbramiento son imposibles para ella que ha hecho voto de una virginidad inviolable. El Angel la interrumpe diciéndola: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Por eso lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios.* María inclina la cabeza diciendo: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros.*

Apenas el Angel subióse á los cielos, cuando María, transportada por una ardiente caridad, corre á ofrecer sus buenos servicios á su prima Isabel, cuya milagrosa preñez le había revelado el Angel. Entra en la casa de Zacarías y saluda á Isabel. Al instante sintió Isabel que daba sal-

tos la criatura que llevaba en su seno, é inspirada por el Espíritu Santo exclama: *¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Y de dónde esto á mí, que la madre de mi Señor venga á mí? María, inspirada y transportada á su vez, exclama: «Mi alma engrandeció al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador; porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso. Porque miró la bojeza de su esclava, he ahí que ya desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.»*

Algunos meses más tarde, María dá al mundo, en las puertas de Belen, en un establo abandonado, al Hijo anunciado por el Angel; ella lo colocó en un pesebre carcomido; y al instante gran número de ángeles hicieron resonar por los aires este canto de triunfo y amor: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra, paz á los hombres de buena voluntad.*

He creído debía hacer en resumen este relato evangélico; prescindamos ahora de lo que contiene de maravilloso para detenernos únicamente en estas sencillas palabras: *¡Desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones!* Cuando fueron escritas por san Lucas, el compañero fiel de apostolado de san Pablo, María vivía todavía en Efeso con Juan, el discípulo amado que la había aceptado por madre. Más tarde habiendo vuelto á Jerusalem, ciudad llena de recuerdos de la vida y de los sufrimientos de su divino Hijo, murió consumida por el amor. San Dionisio Areopagita cuenta que los apóstoles ya dispersos, advertidos por voces celestiales, encontráronse al pie del lecho en el cual María se durmió en el Señor, rindieronle respetuosos homenajes, y le proclamaron de nuevo bienaventurada. Lo cierto es que en el concilio de Jerusalem, el primero de los concilios, al formular el Símbolo agosto que lleva su nombre, enseñaron al mundo entero á hacer este solemne acto de fe: *Creo en Jesucristo, hijo único de Dios, que nació de la Virgen María.* Este es el punto de partida del culto particular de hiperdulia, del cual de aquí en adelante será María objeto en el mundo cristiano.

Una piadosa combinación de las palabras del Angel, de la salutación de Isabel, y de las invocaciones escapadas de los labios de los primeros devotos de María, hizo nacer en buena hora la deliciosa oración *Ave, María: Dios te salte, María*. Entrada en los hábitos de la Iglesia, recitada por la mañana, por la noche, muchas veces entre día, por los fieles de todos los países, la Salutación angélica es por sí sola el más maravilloso cumplimiento de la profecía salida de la boca de María: *Me dirán bienaventurada todas las generaciones*.

Desde los primeros siglos de la Iglesia fueron consagradas capillas á María en la cueva de Getsemani y sobre el monte Carmelo. El templo de la Fortuna de Éfeso convirtióse en santuario de la *Panagia*, de la Santísima Virgen, como el Panteón de Roma convirtióse en Santa María de todos los Mártires. Y ya en tiempo de Constantino vióse edificar, en un sitio designado milagrosamente, la magnífica basilica de Nuestra Señora de las Nieves ó de Santa María la Mayor, gloriosa reina de todas las iglesias consagradas á María. Créese comúnmente que san Lucas, pintor hábil, escogido por patron por los artistas cristianos, hizo muchas veces el retrato de María, y que algunas de sus Madonas son todavía veneradas hoy en las iglesias de Roma: la más célebre es el principal ornamento de Santa María la Mayor. En todo caso se han encontrado en las paredes de las catacumbas imágenes de María que datan del tercero, del segundo y aun del primer siglo de la Iglesia. En una de ellas la Virgen está sentada, teniendo al divino Infante sobre sus rodillas y extendiendo sus brazos en ademán de orar; el pintor ha dibujado á derecha e izquierda el monograma de Cristo. En gran número de otras pinturas, María está representada en esta misma actitud de oración, pero sola, con esta inscripción abrumadora para los incrédulos: *María Virgo, Ministere du temple Gerusalem*. Los Padres de la Iglesia y los escritores eclesiásticos proclamaron á porfía bienaventurada á María. Desde san Clemente papa, segundo sucesor de san Pedro, hasta san

Bernardo y san Francisco de Sales, es un concierto unánime de entusiastas alabanzas y súplicas ardientes. Llénan cuatro grandes volúmenes de la *Summa Arca de Laudibus Beate Virginis, Migne*, 1862.

El nombre, la conmemoración, la invocación de María han tenido lugar en todas las liturgias, partiendo de la de Santiago, la más antigua de todas. No contentándose con invocarla en la celebración de los santos misterios, en los momentos más solémnnes, antes y después de la consagración, la Iglesia ha comenzado por celebrar en hora buena los misterios y las circunstancias gloriosas de su vida: sus desposorios, su purificación, la expectation de su parto, su anunciacion, su compasion, su visitacion, su asuncion, su nutividad, sus siete dolores, su pureza, su maternidad, su concepcion inmaculada. Estas solemnidades tan numerosas no bastaban; la Iglesia ha querido que todos los sábados libres fuesen fiestas de María. No era esto bastante todavía; el calendario de María ha ido aumentándose cada día de siglo en siglo. Sucesivamente se han hecho festividades: Nuestra Señora de Loreto, Nuestra Señora del Monte Carmelo, Nuestra Señora Auxilio de los cristianos, Nuestra Señora del santo Rosario, la Madre del amor hermoso, la divina Pastora, el santo Nombre de María, el Patrocinio de María, etc., etc. Y todas estas fiestas recientes recuerdan sucesos grandiosos que son para María brillantes triunfos, proclamados por la Iglesia universal: la batalla de Lepanto, el levantamiento del sitio de Viena, la derrota de los Albigenses, la toma de La Rochela, la vuelta de Pio VI y Pio VII á Roma, etc., etc.

Además de las invocaciones litúrgicas y de sus fiestas, la Iglesia ha compuesto en honor de María antifonas é himnos más admirables, más tiernos los unos que los otros, y que la proclamaban bienaventurada bajo todas las formas posibles. Cada uno de estos himnos ó antifonas ha inspirado una deliciosa melodía, que se canta después de tantos siglos con una emoción siempre nueva. La mayor parte de sus oraciones, así como las devociones particu-

lares de María, el Escapulario, el Rosario, el Angelus, etc., recuerdan por otra parte sucesos milagrosos, grandes beneficios de la bienaventurada Madre de Dios. En el siglo XIII, poderosas sectas maniqueas, los paturones, los valdenses, los albigenses, etc., hacían á la Francia y á la Iglesia una guerra implacable. Santo Domingo les opuso la devoción del santo Rosario, y fueron vencidos cuando se creían más seguros de la victoria. Cuando todo el Occidente entero se arrojó en cierta manera de sus fundamentos para arrojarse sobre el Oriente, y marchar á la conquista de los Santos Lugares; los papas Urbano II, Juan XXII, Calixto III ordenaron que el Ave María fuese recitada tres veces al son de la campana, por la mañana, al medio día y á la tarde, por todo el mundo y de rodillas. Hoy todavía después de algunos siglos, el Angelus resuena tres veces cada día, de suerte que no hay un minuto del día ó de la noche en que María no sea proclamada bienaventurada, visible y solemnemente.

Los herejes no podían atacar á Jesucristo sin atacar á su divina Madre. Se insurreccionaron, pues, contra María. Arrio negó que el Hijo de Dios fuese consubstancial á su Padre en su divinidad, como también que fuese consubstancial á María en su humanidad. Nestorio disputó á María su maternidad divina. Joviniano osó blasfemar contra su triple virginidad, etc., etc. Estos violentos ataques fueron para María el motivo de los más brillantes triunfos. Los Padres de la Iglesia, los soberanos Pontífices, los Concilios particulares y generales tomaron su defensa con una energía verdaderamente divina y la proclamaron con más solemnidad bienaventurada y gloriosa. Cuando el pueblo de Ereso supo la condenación de Nestorio, dió grandes gritos de alegría, colmó de bendiciones á los Padres del concilio, y los acompañó, iluminándoles el camino con antorchas hasta sus moradas. La atmósfera de la ciudad fué embalsamada al instante con perfumes quemados en honor de María Madre de Dios, el entusiasmo llegó á su colmo, las lágrimas corrían por todas las mejillas.

María ha sido sobre todo proclamada bienaventurada en los bendecidos santuarios de los lugares de peregrinación, que sobre toda la superficie de la tierra van multiplicándose sin cesar desde las primeras edades del cristianismo hasta nuestros días. Todos, en número de más de mil doscientos, han tenido por origen un suceso sobrenatural, una aparición celeste, una gracia insigne obtenida, un prodigio obrada por ella, etc., etc. Todos tienen su estatua milagrosa, al pie de la cual millares de peregrinos, venidos muchas veces de muy lejos, han orado y oran con fervor siempre antiguo y siempre nuevo.

En la Edad media, la devoción á María tomó un impulso verdaderamente magnífico: todas las ilustraciones de la época, san Francisco de Asís, san Buenaventura, Escoto, Alejandro de Ales, Alberto el Grande, san Bernardo, etc., fueron devotos entusiastas de María. Para los sabios y los escritores de estas edades de fe, María era como un espejo divino en el cual todas las verdades teológicas ó especulativas, todos los hechos de la historia de la Religión venían á reflejarse. Cuando el genio creyente inventó la arquitectura gótica con su arco diagonal, símbolo del pensamiento cristiano aspirando al cielo, elevó sus más bellos monumentos á la gloria de María. En Francia solamente, de nuestras ochenta y tres catedrales, treinta y seis están dedicadas á María.

Partiendo desde la Edad media los letras y las artes celebran á porfia las glorias de María. Los pintores Bellini, Cimabue, Fra Angelico, Memling, Alberto Durer, le consagraron sus más bellos lienzos. Aun después que el Renacimiento hubo en cierto modo pagанизado el pincel, los maestros más ilustres, Perugini, Rafael, Guddi, Tintoretto, los Carraccio, Murillo, Mignard, Rubens, etc., jamás fueron inspirados mejor que cuando reprodujeron la graciosa imagen de María madre de Dios. Los escultores á su vez, Miguel Angel, Luca della Robbia, Donatello, Bouchardon, Canova, Bonnassien, han esculpido admirablemente las glorias de María. Los músicos Haydn, We-

ber, Pergoleso, Beethoven, Mozart, Haendel, Rossini, Gounod, etc., las han cantado con mares de armonía; sus *Aves Marías*, sus *Regina cæli*, sus *Stabat* cuentanse en el número de sus obras maestras. Los poetas, en fin, desde Sedullo hasta Sanieult, desde los Trovadores hasta Lamartine y Victor Hugo, han cantado sus alabanzas.

Un sentimiento profundo de respeto y veneración había hecho tímidos á los primeros cristianos tal vez hasta el exceso; apenas habían osado dar á sus hijas el nombre augusto y suave de María. Pero poco á poco, á medida que la devoción hacía la Madre de Dios, y de los hombres fué creciendo, alentáronse, y el nombre de María llegó á ser más y más universal. Hoy el mayor número de niñas considérase feliz y envanécese de llevarlo. Y es una de las más graciosas glorificaciones de María esta multitud diligente que, la vigilia de la fiesta de la Asunción, recorre en todos sentidos nuestras grandes ciudades, llevando en la mano ramilletes de flores que va á ofrecer á nuestras innumerables Marías.

¿Y qué decir de este número maravilloso de familias religiosas, órdenes de caballería, congregaciones ó asociaciones piadosas, de hombres, mujeres, jóvenes, doncellas, niños, que se han agrupado en todos los siglos bajo el estandarte de María, cumpliendo así el oráculo del Profeta? «Serán llevadas el rey vírgenes en pos de ella, serán traídas con alegría y regocijo: en lugar de tus padres te han nacido hijos.» (Ps. XLIV, vv. 15, 16 y 17.)

Desde el principio del segundo siglo de la Iglesia hasta el diez y nueve, el oráculo se había cumplido: todas las naciones de la tierra habían proclamado bienaventurada á María! Pero era preciso, para que el oráculo llegase á su colmo, que la profecía se realizase con más brillo todavía en el siglo diez y nueve, y que nuestro siglo fuese más que cualquier otro siglo de María. Su principio fué señalado con una devoción nueva, dulce y tierna entre todas; esta no fué sólo un día, sino un mes entero, el bello mes de Mayo, con sus flores, sus perfumes y sus cantos,

del cual se hizo una larga fiesta de María, y que se celebra hoy en el mundo entero. Después del mes de María vino en 1830 la Medalla milagrosa, revelada á una hija de la Caridad, con su obligatoria invocación: «O María concebida sin pecado, rogad por nosotros que hemos recurrido á Vos.» medalla que brilla hoy en millares de millones de pechos bendecidos. Presto en 1836 nació la archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, á la cual están asociadas ya 174,441 entre diócesis y parroquias. El número de cirios que queman á cada instante ante su altar privilegiado es de más de 100, la cantidad de cera consumida cada año excede de 100,000 francos. Al fin de marzo último, el número de los *ex-votos* suspendidos en sus paredes era de 1871; en el oficio de la tarde del domingo las recomendaciones venidas del mundo entero atestiguan la enorme cifra de 25,000, 100,000 cada mes, 1,200,000 cada año. ¡En ninguna parte y en ningún siglo, María fué proclamada bienaventurada con más entusiasmo!

¡Y las apariciones de la Saleta, en 19 de diciembre de 1846; de Lourdes, en febrero de 1855; de Pontmain en 17 de febrero de 1871, con sus arroyos milagrosos, sus santuarios magníficos, sus multitudes de peregrinos venidos de todas las partes del mundo, y los innumerables prodigios que se obran en ellos cada año! ¡Y la manifestación completamente reciente de María á dos niños de corta edad en el bosque de Marpingen, que tanto ha irritado al enemigo personal de la Iglesia y de la Francia!

Hace algunos días, la peregrinación anual de la *salud* tenía el noble valor de llevar á Lourdes *doscientos enfermos*, cuyo estado era tan grave que muchos estuvieron á punto de morir en el camino. ¡Todos fueron aliviados ó consolados! Veinte han sido milagrosamente curados. Jamás María se ha mostrado más generosa, más llena de ternura por la Francia. Al mismo tiempo veinticinco mil peregrinos, con la reina madre de Baviera á la cabeza, rodean el bosque de Marpingen, como arrojando un reto al perseguidor que temblaba de coraje. Es que en efecto, en un mo-

mento dado, Nuestra Señora de Lourdes y de Marpingen, fuerte como un ejército ordenado en batalla, asegurará el triunfo de la Francia y reparará todas sus pérdidas.

Es, pues, verdad, con una verdad absoluta y brillante, que hoy como en la Edad media, más que en los primeros siglos de la Iglesia, en el universo entero, la gloria de María es como el sol en el firmamento. Es preciso hacerse ciegos para sustraerse al brillo de sus rayos evidentemente divinos.

Entre María inmaculada en su concepción y tres veces virgen, antes del parto, en el parto y después del parto; entre María Madre de Dios y María proclamada bienaventurada por el universo entero, por los reyes y por los pueblos, por todas las potestades del mundo, la santidad, el génio, la elocuencia, la poesía, la arquitectura, la pintura, la escultura, el grabado, el dibujo, la música, etc., etc., hay la proporción del efecto á la causa y de la causa al efecto, es el milagro engendrando el milagro. ¡Entre María, mujer común, esposá vulgar, madre de muchos hijos, uno de los cuales fué un sabio con algo de impostor (según M. Renan y el libre pensamiento), pues que se proclamaba Dios, hay un abismo insondable. ¡Esto sería un edificio colosal fundado sobre el vacío! Despojando á María de sus prerogativas, de sus privilegios, de su preatigio, M. Renan ha ceñuplicado la claridad del milagro. ¡Ha convertido lo absurdo en sobrenatural y divino!

¿Y qué sería esto si describiésemos el cuadro verdaderamente admirable y divino de la influencia del culto de María sobre la condición de la mujer, sobre la vida de los individuos, de las familias y de las sociedades? María es propiamente hablando el alma del mundo cristiano; es ella sobre todo quien ha formado á los santos, y todos los santos han tenido por ella una tierna devoción. Cada día se verifica esta promesa divina: Israel será tu herencia, echá tus raíces en el corazón de los escogidos.

Exclamemos, pues, concluyendo: María había anunciado y predicho que todas las generaciones la proclamarían

bienaventurada; el oráculo se ha cumplido en todas sus condiciones maravillosas. Es á la vez una grandiosa profecía y un brillante milagro. Luego María es Madre de Dios. Luego la fe cristiana es divina. Luego, entre todas las iglesias, la Iglesia católica, apostólica, romana, resplandece divina, pues que ella es por excelencia la Iglesia de María, y resplandece únicamente divina, puesto que solamente en su seno ha tomado el culto de María su pleno desarrollo; puesto que es ella la que, más que todas las otras juntas, proclama bienaventurada á María.

Capítulo sexto.—Segundo esplendor de la Fe.—Mis ojos han visto al Salvador que viene de tí, que has aparejado ante la faz de todos los pueblos, luz que se revelará á las naciones. (Luc., c. II, vv. 30, 31, 32).—Cuando llegaron los días de la purificación y de la presentación, José y María llevaron al niño á Jerusalem, y lo presentaron al Señor en el templo; llevaban al mismo tiempo dos palominos, que debían ofrecer para rescatarlo. Pero había en Jerusalem un hombre llamado Simeon, justo y temeroso de Dios, lleno del Espíritu Santo y que esperaba el consuelo de Israel. Llevado por una inspiración interior, fué al templo, tomó al pequeño infante Jesús en sus brazos y exclamó: «Ahora, Señor, deja morir en paz á tu siervo, según tu palabra, pues que mis ojos han visto al Salvador que viene de tí, que has aparejado ante la faz de todos los pueblos, para ser la luz que iluminará á todas las naciones.»

El santo viejo inspirado proclama, pues, en alta voz que el pequeño infante por el cual José y María han pagado el rescate de los pobres, es: 1.º la salud enviada de Dios y ofrecida á todos los pueblos; 2.º la luz que se revelará á las naciones. ¡Hé aquí el oráculo, la profecía clara, solemne, brillante! Cuando san Lucas lo escribía, los apóstoles sólo estaban todavía al principio de su apostolado. ¿Se ha cumplido el oráculo? ¡Evidentemente! El mundo está lleno de la salud de Dios é inundado con la luz de Jesucristo. El cumplimiento del oráculo se ha convertido á

mento dado, Nuestra Señora de Lourdes y de Marpingen, fuerte como un ejército ordenado en batalla, asegurará el triunfo de la Francia y reparará todas sus pérdidas.

Es, pues, verdad, con una verdad absoluta y brillante, que hoy como en la Edad media, más que en los primeros siglos de la Iglesia, en el universo entero, la gloria de María es como el sol en el firmamento. Es preciso hacerse ciegos para sustraerse al brillo de sus rayos evidentemente divinos.

Entre María Inmaculada en su concepción y tres veces virgen, antes del parto, en el parto y después del parto; entre María Madre de Dios y María proclamada bienaventurada por el universo entero, por los reyes y por los pueblos, por todas las potestades del mundo, la santidad, el génio, la elocuencia, la poesía, la arquitectura, la pintura, la escultura, el grabado, el dibujo, la música, etc., etc., hay la proporción del efecto á la causa y de la causa al efecto, es el milagro engendrando el milagro. ¡Entre María, mujer común, esposá vulgar, madre de muchos hijos, uno de los cuales fué un sabio con algo de impostor (según M. Renan y el libre pensamiento), pues que se proclamaba Dios, hay un abismo insondable. ¡Esto sería un edificio colosal fundado sobre el vacío! Despojando á María de sus prerogativas, de sus privilegios, de su preatigio, M. Renan ha ceñuplicado la claridad del milagro. ¡Ha convertido lo absurdo en sobrenatural y divino!

¿Y qué sería esto si describiésemos el cuadro verdaderamente admirable y divino de la influencia del culto de María sobre la condición de la mujer, sobre la vida de los individuos, de las familias y de las sociedades? María es propiamente hablando el alma del mundo cristiano; es ella sobre todo quien ha formado á los santos, y todos los santos han tenido por ella una tierna devoción. Cada día se verifica esta promesa divina: Israel será tu herencia, echá tus raíces en el corazón de los escogidos.

Exclamemos, pues, concluyendo: María había anunciado y predicho que todas las generaciones la proclamarían

bienaventurada; el oráculo se ha cumplido en todas sus condiciones maravillosas. Es á la vez una grandiosa profecía y un brillante milagro. Luego María es Madre de Dios. Luego la fe cristiana es divina. Luego, entre todas las iglesias, la Iglesia católica, apostólica, romana, resplandece divina, pues que ella es por excelencia la Iglesia de María, y resplandece únicamente divina, puesto que solamente en su seno ha tomado el culto de María su pleno desarrollo; puesto que es ella la que, más que todas las otras juntas, proclama bienaventurada á María.

Capítulo sexto.—Segundo esplendor de la Fe.—Mis ojos han visto al Salvador que viene de tí, que has aparejado ante la faz de todos los pueblos, luz que se revelará á las naciones. (Luc., c. II, vv. 30, 31, 32).—Cuando llegaron los días de la purificación y de la presentación, José y María llevaron al niño á Jerusalem, y lo presentaron al Señor en el templo; llevaban al mismo tiempo dos palominos, que debían ofrecer para rescatarlo. Pero había en Jerusalem un hombre llamado Simeon, justo y temeroso de Dios, lleno del Espíritu Santo y que esperaba el consuelo de Israel. Llevado por una inspiración interior, fué al templo, tomó al pequeño infante Jesús en sus brazos y exclamó: «Ahora, Señor, deja morir en paz á tu siervo, según tu palabra, pues que mis ojos han visto al Salvador que viene de tí, que has aparejado ante la faz de todos los pueblos, para ser la luz que iluminará á todas las naciones.»

El santo viejo inspirado proclama, pues, en alta voz que el pequeño infante por el cual José y María han pagado el rescate de los pobres, es: 1.º la salud enviada de Dios y ofrecida á todos los pueblos; 2.º la luz que se revelará á las naciones. ¡Hé aquí el oráculo, la profecía clara, solemne, brillante! Cuando san Lucas lo escribía, los apóstoles sólo estaban todavía al principio de su apostolado. ¿Se ha cumplido el oráculo? ¡Evidentemente! El mundo está lleno de la salud de Dios é inundado con la luz de Jesucristo. El cumplimiento del oráculo se ha convertido á

su vez en un milagro patente, incomparable; es el establecimiento de la religion cristiana; luego la Religion cristiana es divina. Y porque Jesucristo no es en ninguna parte tanto y más la salud del mundo, la luz de las naciones, como en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, esta Iglesia es la verdadera Iglesia de Dios.

1.^o *Jesucristo es y ha sido la salud de Dios.*—En efecto; todo pueblo salvado ha sido salvado por Jesucristo; todo pueblo que Jesucristo no ha salvado, permanece sepultado en la muerte y perdido; todo pueblo que se ha separado de Jesucristo, ha corrido de nuevo á su perdicion.

Este es el más notable de todos los hechos, es la enseñanza más cierta de la historia pasada y presente. San Pedro dijo: «Jesús se ha convertido en la piedra angular y fundamental; no hay salud más que en él, porque no ha sido dado á los hombres ningún otro nombre por el cual podamos ser salvados.» San Pablo dijo despues de san Pedro, felicitando á los Romanos por su fe en Jesucristo: *«Ni donde el pecado habia abundado, la gracia ha sido superabundante. Asi como el pecado ha reinado y por el pecado la muerte, la gracia reina á su vez y con la gracia la justicia y la vida eterna.* No hay más elocuente testimonio de la historia de los pueblos, griego, romano, judío, que el del Apóstol de los Gentiles en esta misma Epistola á los Romanos: «Son inexcusables, pues aunque conocieron á Dios en sus obras, no lo glorificaron como á Dios... Antes se desvanecieron en sus pensamientos, y se oscureció su razon.... Porque teniendose ellos por sabios, se hicieron necios... Mudaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre corruptible, de aves y cuadrúpedos. Por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazon, de modo que deshonraron sus cuerpos en sí mismos. Los cuales mudaron la verdad de Dios en la mentira, y adoraron y sirvieron á la criatura, y por eso los entregó Dios á pasiones vergonzosas... Los hombres y las mujeres han cometido crímenes contra la naturaleza. La mujer ardió en deseos por la mujer, el hombre por el hom-

bre, entregados como estaban á un réprobo sentido.... llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de envidia, de muerte. Son perversos, pendencieros, delatores, murmuradores, violentos, arrogantes, calumniadores, desobedientes, disolutos, insensatos, sin afeccion, sin misericordias.... Hé aquí escrita por un gran genio y gran santo la historia del mundo, ó al menos de la parte del mundo más civilizada. San Juan, el apóstol de la castidad y de la caridad, ha resumido este cuadro en una sola palabra: *«El mundo entero estaba sumido en el mal. Nosotros á quienes Jesucristo ha salvado somos de Dios y no pecamos.*

Jesucristo ha salvado al mundo de todos los vicios más degradantes... El mismo Ciceron, que ha hablado tan bien de los dioses y de la virtud, decíase autorizado por los antiguos para practicar la sodomia y el incesto.

Jesucristo ha salvado al mundo de la idolatria y de una idolatria sistemáticamente corruptora, puesto que las pasiones más contrarias á la razon y á la naturaleza tenian sus dioses, sus templos, sus altares, sus sacerdotes, sus cultos, y á menudo sus misterios secretos é infames.

Jesucristo ha salvado al mundo de la barbarie, y de la civilización corrompida, peor aun que la barbarie, peor que el estado salvaje.

Jesucristo ha librado al hombre de la esclavitud, no de la esclavitud ordenada, moderada, suavizada, que el cristianismo ha podido tolerar al menos provisionalmente, sino de la esclavitud sacrilega, terrible, abominable, tiránica, establecida y glorificada por el paganismo en todos las naciones, y con más refinamiento y crueldad en los pueblos más ilustrados y civilizados. Entre los Griegos y los Romanos, los esclavos eran no hombres, sino cosas; comprábanse, vendíanse y se mataban cuando para nada servian; arrojábaseles aun como alimento á las bestias feroces del circo ó á las mironas guardadas en los estanques de los ricos patricios. Su número era inmenso. Ate- nas contaba cuatrocientos mil esclavos y veinte mil ciu-

dadanos. Roma en tiempo de Ciceron contaba apenas dos mil propietarios, sobre una poblacion de un millon quinientos mil proletarios. Se ha encontrado recientemente en Roma el sitio de las vastas prisiones, en las cuales, terminado el día, amontonábanse los esclavos en número de veinte y treinta mil. ¡He aquí la esclavitud de que Jesucristo ha librado al mundo! ¡He aquí los desgraciados cuyos hierros, si no ha quebrantado, al menos ha hecho cesar!

Jesucristo ha librado á la mujer de una servidumbre mas dura tal vez y más humillante que la esclavitud. Por Él la mujer ha sido elevada á la dignidad de compañera del hombre; ha encontrado, en fin, en los agasajos y miramientos que la rodean la recompensa de su sumision y fidelidad. Con la mujer cristiana el niño ha ocupado en el hogar doméstico el sitio que le correspondia; se ha convertido en luz de union de los dos esposos; la autoridad ha reemplazado al despotismo brutal.

Jesucristo ha librado á los pueblos de la tiranía de los poderes públicos. «Los gobiernos modernos, dice Juan Jacobo Rousseau (*Emilio*, libro VI), deben incontestablemente al catolicismo su más sólida autoridad, y ha hecho que sus revoluciones sean menos frecuentes, menos sangrientas; pruébanlo los hechos, comparándolos á los gobiernos antiguos. Este cambio no es en lo más mínimo obra de las letras; las crueldades de los atenienses, de los dictadores, de los emperadores romanos dan fe de ello.» Un protestante célebre, lord Fitz-William, en sus admirables *Cartas de Aático*, no vacila en decir: «que es imposible formar cualquier sistema de gobierno que sea permanentemente provechoso, á menos que no esté apoyado en la religion católica romana.»

Salvador del hombre, de la tierra y del tiempo, del individuo, de la familia, de la sociedad, Jesucristo es más bien el Salvador del hombre de la eternidad. Las víctimas humanas no podian apaciar la justicia de Dios. Él dijo: Yo vengo; y es constituido víctima de propiacion por los

pecados del mundo; lo ha rescatado por su sangre; ha cargado el infierno bajo nuestras piés; ha abierto el cielo sobre nuestras cabezas; nos ha enriquecido con tantas gracias, que, por sublevadas que puedan estar las pasiones, está en su derecho al decirnos como á san Pablo: «Mi gracia te basta, tanto más que mi omnipotencia brilla mejor en la flaqueza.» La salud de Dios ha hecho más todavía; ha hecho brotar una multitud de virtudes heroicas y verdaderamente divinas, ha multiplicado los Santos, bastante raros en el Antiguo Testamento en una proporcion inmensa. El mismo Voltaire ha dicho: «Todas las virtudes humanas pueden encontrarse en los antiguos; las virtudes divinas sólo están en los cristianos;» y en los cristianos católicos, apostólicos, y romanos.

Se ha cumplido, pues, de la manera más evidente y extraordinaria, el oráculo de Simeon: *Mis ojos han visto al Salvador que viene de tí*. El mundo todo entero dice bien alto: ¡Por todas partes y siempre la salud ha venido ó viene por Jesucristo! ¡Por todas partes y siempre la salud se ha ido y se va con Jesucristo! ¡Y el crimen sobrecabunda de nuevo!

Si Jesucristo es Dios, el Verbo eterno de Dios hecho carne, este hecho de salud se explica naturalmente. Si como pretende Renan, Jesucristo sólo es un reformador humano, bastante débil, bastante cobarde para dejarse forzar á simular milagros, á constituirse impostor, la salud del mundo es un efecto sin causa, un monstruo absurdo. Y porque sobre todo en la Iglesia católica, apostólica, romana, Jesucristo es Salvador del mundo, la Iglesia católica, apostólica y romana es divina.

2.ª *La luz que se revelará á las naciones.*— La historia del cristianismo se resume por completo en algunas palabras que el apóstol san Mateo da por exordio á su Evangelio: «El pueblo que estaba sentado en las tinieblas ha visto una gran luz; la luz ha nacido para los que están sentados en la region de la sombra de la muerte.»

Esta singular palabra de Jesucristo: «Yo soy la luz del

mundo; aquel que me sigue no camina entre tinieblas, sino que tendrá la *luz de la vida*, se ha convertido a su vez un acontecimiento inmenso.

Que el mundo antes de Jesucristo fué sumido en las más profundas tinieblas, en las tinieblas de la muerte, que fué entregado á los más monstruosos errores, nadie ha tentado todavía ponerlo en duda. Si, por doquiera la noción del verdadero Dios estaba oscurecida, la noche reinaba en torno de los conocimientos fundamentales de nuestro origen, de nuestra naturaleza, de nuestros deberes, de nuestros destinos. Mientras que el pueblo se alimentaba en todos los lugares con tradiciones desfiguradas y se sumía en una idolatría monstruosa, la ciencia antigua esforzabase en recobrar la verdad que las pasiones habían oscurecido; trataba de hacerse un Dios; pero este Dios es una mezcla de todos los seres, un abrazo ridículo de todas las contradicciones, un principio impotente que parte con el mal el soberano imperio de todas las cosas, un monarca egoísta que se encierra para gozar en el palacio de su gloria, dejando marchar el mundo á los caprichos del acaso.... un destino desapertado que ahoga la libertad y cierra el oído á las súplicas de la miserable humanidad. Es el ser de razón que se llama Naturaleza, es la materia infinita, eterna, subsistente por ella misma, y tirando de su vasto seno todas las existencias.

¿De dónde venimos nosotros? ¿Quién lo sabe? Las fábulas daban al hombre un padre en los mismos dioses. Dios es un océano infinito que lleva en sí los gérmenes de todas las cosas; el torbellino eterno, cúmulo de átomos, en el seno de los cuales la casualidad opera felices encuentros.

¿Qué somos nosotros? Aquí brutos, allá particulares de lo infinito; tan pronto sin alma, como con una, como con dos ó tres. Para unos el alma es un espíritu, para otros un agregado de átomos. Para muchos el género humano se compone de castas distintas y rivales que no deben mezclarse.

¿Qué debemos hacer? Contemplar lo bello, dejarnos lle-

var por los caprichos del destino, poner en orden nuestras sensaciones, medir el placer por la fuerza de nuestro temperamento, hacer todo lo moral posible el deleite, imitar á los dioses que la pasión ha fabricado, ó exagerrar el honor de la virtud en provecho del orgullo.

¿A dónde vamos? Á perdernos sin recuerdo y sin conciencia de nosotros mismos en lo infinito, á rodar sin fin de un cuerpo á otro, á tomar posesion de un paraíso sensual, á extinguirnos en el abismo de la nada.

Y todo esto, *tal vez* (!!!); porque el error antiguo y moderno no afirma nada; porque Sócrates, Platon, Aristóteles, Ciceron, Séneca, despues de haber escrito sucesivamente el pró y el contra, permanecieron en un escepticismo absoluto. El mismo Voltaire ha dicho: «Quisiera, por diversion é instruccion nuestra, que todos los grandes filósofos de la antigüedad, los Zoroastros, los Mercurios, Trimegistas, los mismos Numas, apareciesen hoy en la tierra y que conversasen con Pascual, qué digo? con los hombres menos sabios de nnestras días, que no son los menos sensatos; pido perdon á la antigüedad, pero creo que harian una triste figura. ¡Pobres charlatanest! ¡No venderian caras sus drogas en el Puente-Nuevo!»

Al contrario Jesucristo luz del mundo nos ha enseñado por sus ejemplos, por sus lecciones, por su Espíritu Santo, *toda verdad*. El resumen de la fe que hemos colocado á la cabeza de este libro prueba de sobras que un niño cristiano sabe más sobre Dios, sobre el prójimo, sobre sí mismo, que los filósofos más ensalzados.

Pero no solamente en el órden religioso y moral ha sido Jesucristo la luz del mundo. Necesitaba mucho tiempo el cristianismo para corregir las costumbres, iluminar las inteligencias, convertir las naciones, organizar la sociedad moderna. En la Edad media estaba todavia demasiado preocupado con los intereses sobrenaturales y eternos del hombre, para cultivar con ardor y éxito las ciencias humanas. Sin embargo, las aborataba animosamente, cuando el Renacimiento vino á detener el impulso cristiano y á

comenzar de nueva lucha de la carne contra el espíritu. No es menos evidente que la luz científica es una dilatación de la luz evangélica, y que en realidad todas las conquistas y progresos de las ciencias, de la industria, de las bellas artes, de las artes, son el fruto del cristianismo. La prueba es que las únicas naciones instruidas é industriales son las naciones cristianas; que la ciencia y la industria no hacen, ó se reducen á una rutina mecánica, en el seno de las naciones que el cristianismo no ha iluminado, como la China ó el Japon; que el progreso, la invención, los descubrimientos son propiedad de los pueblos que iluminan más ó menos la luz de Jesucristo; que se les ve aparecer muy tarde en las naciones que no son ó que sólo son cristianas por simple importación ó imitación.

Illuminada por la fe, la inteligencia se dilata, la voluntad se fortifica; entonces solamente es cuando el hombre aspira á dominar los sentidos y la naturaleza.

Enseñando al hombre por autoridad las verdades cuya averiguación agotaba en otro tiempo sus fuerzas, la fe lo ha librado del desaliento ó del escepticismo, y le ha dado una base fija; ha hecho mucho más por la difusión y comunicación de las luces, ha creado para él un contrapeso de sentido común que le defiende eficazmente de sus desvíos individuales, y una palanca poderosa que centuplica sus fuerzas, poniendo las de todos á la disposición de cada uno. En fin, por la comunión íntima entre el alma y su autor, entre la verdad y la virtud, la fe ha puesto en el hombre un principio de vida que es al espíritu lo que este mismo es al cuerpo; que concentra, disciplina, inspira sus movimientos, y preserva sus tesoros del moño ó de la corrupción. La fe en Jesucristo conviértese, según la feliz espresion de Bacon, en el *aroma de la ciencia*, *Fides aroma scientiarum*. He aquí cómo, fuerte en los socorros de la fe, el espíritu humano, que había permanecido durante cuatro mil años adormecido y como en estado de infancia, se ha levantado á una altura que jamás había conoci-

do; ha marchado de progreso en progreso. «Cuando veis, decía también Voltaire en una de sus confesiones, á la razón no hacer progresos tan prodigiosos sino solamente en el momento de la predicación del Evangelio, mirad la fe como una aliada que debe venir en vuestro auxilio, y no como una enemiga que es preciso atacar; atraeyos á quererla y no á temerla.»

La prueba, además, de que la luz de la fe es la luz de la ciencia, es que los más nobles representantes de la razón, de la ciencia, del progreso bajo todas sus formas, los conductores de la humanidad, han sido apóstoles ó discípulos de Jesucristo. «Podríase producir con facilidad, dice d'Alembert, la lista de los grandes hombres que han mirado la Religión como obra de Dios, lista capaz de hacer estremecer, aun antes del exámen, á los mejores espíritus, suficiente al menos para imponer silencio á una turba de conjurados, enemigos impotentes de las verdades necesarias á los hombres, que Pascal ha defendido, que Newton creía, que Cartesio ha respetado.»

Lo hemos recordado ya cien veces; en el pasado como en el presente, á la cabeza de todas las ramas de las ciencias, y entre los genios especialistas, que son el honor de la humanidad, cuéntanse cristianos sinceros, católicos fervientes; M. Augusto Nicolás hace notar que entre los sesenta y nueve sabios cuyo elogio hizo Fontenelle, no hay tres tal vez que no brillen tanto por la piedad como por el saber, de manera que el libro de sus elogios es en el fondo una historia edificante. En pleno siglo xix, en el tiempo fatal en que la fe ya! ha llegado á ser tan rara, cada una de las secciones de nuestra Academia de ciencias, Astronomía, Geometría, Mecánica, Geografía y Navegación, Física, Química, Historia natural, Mineralogía y Geología, Botánica, Medicina y Cirujía, tienen todavía su sabio, no solamente amigo del cristianismo y de la Iglesia católica, sino creyente y piadoso.

El catolicismo ha marchado y marchará siempre á la cabeza de la ciencia y del progreso, porque hay, dice Bal-

mes, «en la civilización europea basada sobre el cristianismo un deseo ardiente de perfección en todos los ramos... un espíritu cosmopolita de universalidad y de propaganda, un fondo inagotable de recursos para rejuvenecerse, una impacencia generosa que quiere adelantarse al porvenir, y de lo cual resulta una agitación, un movimiento incessante, etc. En Francia antes de la revolución, la ciencia era toda cristiana y católica; contaba en su seno catorce grandes universidades y treinta observatorios astronómicos. Si en los cincuenta primeros años de este siglo, la Iglesia católica ha marchado en segundo rango, es porque había verificado la más noble y pura de su sangre, porque había sido despojada de todas sus riquezas, dejándola apenas de que vivir, y porque le ha sido menester muchísimo tiempo para salir de sus ruinas. Pero vada, en pie, y en su primer impulso aspira á resucitar la enseñanza superior que languidece sin ella; quiere cultivar con ardor las ciencias humanas; desplega de nuevo la bandera de Jesucristo, luz del mundo! Sus enemigos saben muy bien, como lo hemos de sobras demostrado, que la ciencia verdadera es forzosamente cristiana y católica, pues dan contra ella gritos de rabia y quisieran, como Juliano el Apóstata, retirarle con violencia la semi-libertad que le ha sido concedida. Pero nuestros adversarios lo saben muy bien: si en el naufragio con que las doctrinas amenazan á la sociedad, las ciencias humanas no perecen, serán defendidas y salvadas por el clero católico romano. Sus Universidades sólo son de ayer, y algunas al menos tienen ya aseguradas un brillante porvenir. Podriase decir de Pío IX que es el pontífice más apostólico, más católico, más romano, que se haya sentado en la silla de Pedro, y la sola enumeración de lo que este glorioso Papa ha hecho por la ciencia, sería verdaderamente admirable.

Si Jesucristo es la luz del mundo no solamente religioso, moral y social; sino del mundo sabio. Su fe es la salvaguardia necesaria de la ciencia y de la civilización. En lo

porvenir como en lo pasado, las naciones y los pueblos que la abandonaron cayeron en la barbarie.

Resumamos. El anciano Simeon dijo del pequeño infante pobre presentado en el templo, que sería un estandarte izado á la faz de las naciones, la salud del mundo, la luz que iluminará á todas las naciones. Y el triple oráculo se ha cumplido. Es á la vez una profecía evidente y un milagro brillante: milagro completamente natural, si este infante es Dios; milagro imposible, si este infante no es más que un hombre. Luego Jesucristo es Dios, y porque sobre todo Jesucristo es estandarte, salud y luz en presencia y en el seno la Iglesia católica, la Iglesia católica, apostólica y romana es divina.

Capítulo séptimo.—Tercer esplendor de la fe.—Hé aquí que este está puesto para caida y levantamiento de muchos—(Luc., c. II, v. 34).—Después de haber devuelto á María su madre el pequeño infante Jesús, que en nada distínguese en el exterior de los otros niños de su edad, que no ostenta señal alguna de fuerza ó de poder, que no tartamudea todavía, que sólo habla con su sonrisa, el anciano Simeon bendiciéndolo, le dirige esta palabra profética, verdaderamente extraña, inaudita y de un significado inmenso: *He aquí que este está puesto para caida y levantamiento de muchos!* Es decir, será como el dueño soberano y el árbitro único del género humano, del cual sólo dependerá la perdición ó la salud, la elevación y la ruina de los Estados y de los hombres, sobre el cual reposarán de aquí en adelante los destinos del universo.

Si este infante no es Dios, este oráculo es una locura. Y sin embargo se ha cumplido al pie de la letra. Sobre toda la superficie de la tierra y en toda la sucesión de las generaciones, desde el día en que fué pronunciada hasta nuestros días, esta palabra es el resumen más fiel y más notable de toda la historia. La suerte de muchos de aquellos que resisten con obstinación á Jesucristo, es la de pe-

recer aun en este mundo; el destino de muchos de los que combaten bajo su estandarte es el de vencer.

La caída de muchos.—El pueblo judío.—No contenta con desconocer á Aquel á quien Dios le había enviado, la nación judía lo persiguió y condenó á muerte: tambien fue la primera de cuya ruina fué causa Jesucristo. En el sitio para siempre memorable de Jerusalem, por una complicacion de males sin ejemplo, temblores de tierra, hambre, peste, guerra intestina y estranjera, viéronse petecer, en el espacio de algunos meses, hasta un millon de hombres. De la ciudad inmensa y del templo tan magnífico de Jerusalem no quedó piedra sobre piedra. Dispersos por toda la tierra, los restos de este pueblo desgraciado parecen tener por mision dar en espectáculo á todo el universo el cadáver mutilado y siempre vivo de una nacion reprobada, adjudicándose la tierra y desheredándose del cielo.

Roma pagana.—Está fué, despues de la nacion judía, la más implacable enemiga del nombre cristiano; será la segunda victima inmolada á la gloria de Dios del Evangelio... Esta ciudad orgullosa estaba todavia al mas alto punto de su poder y esplendor, cuando Juan el evangelista proclamaba, tres siglos anticipadamente, sus humillaciones y caída; designaba los futuros vencedores del pueblo tantas veces invencible, y los representaba desde luego aliados, y despues enemigos. Se cree ver á los Godos, los Hunos, los Héruulos... Se distinguen los furores de un Alarico y de un Átila, que consumarán en fin la desolacion de la antigua Roma, la gran ciudad, edificada sobre siete colinas, que reina sobre los reynos, la madre de las fornicaciones de la tierra, embriagada con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús.

Los decididos.—Judas.—Arrojó sus treinta monedas de plata en el templo, se fué y ahorcóse. Su cuerpo abrióse por en medio y sus entrañas esparriáronse por el suelo.

Pilato.—Encontró en el tribunal de Caligula, sucesor de

Tiberio, un juez digno de él. Desterrado á Viena capital de los Alóbrogos, se dió él mismo la muerte.

Caifás, que rasgó su ropaje de gran sacerdote, al esclamar que Jesus había blasfemado, despojado de la púrpura por un procónsul romano, cayó en la desesperacion y puso fin á sus dias.

Anás, suegro de Caifás, acabó por el suicidio.

Los tiranos y los perseguidores de los cristianos.—Herodes Agripa.—El primero de los perseguidores mandó matar á Santiago el Menor y aprisionó á san Pedro. Habiendo ido á Cesarea para presidir las fiestas en honor de César, deslumbraaba por el brillo de su vestidura, y el pueblo exclamaba: «Hasta aqui os miráramos como hombre; hoy reconocemos que dominais á la naturaleza!» Al mismo instante un ángel se le apareció, y comprendió que este era el mensajero de las venganzas divinas. Presa de dolores muy vivos de entrañas, volvióse hácia sus aduladores y les dijo: «Hoy aquí que Dios me condena á abandonar esta tierra.» Transportado á su palacio, y viendo desde su lecho al pueblo prosternado en la plaza, llora y muere cinco dias despues entre dolores insoportables.

Neron.—Declarado por el Senado enemigo del bien público y condenado al suplicio de la roca Tarpeya, es consuetudado en el monte Palatino. Ganados á precio de oro, los soldados abandonan su cuerpo de guardia y van á pasearse por los arrabales de Roma. Neron permanece solo, y corre á darse una cuchillada en una cuera que uno de sus libertos tuvo á bien prestarle para morir.

Domiciano.—Fué tan cruel, llegó á ser tan odioso, que sus libertos, sus oficiales y su mujer conspiraron contra él y lo mataron.

Galerio Máximo.—Preparábase á celebrar con nuevas crueldades contra los cristianos el vigésimo año de su reinado, cuando una úlcera terrible apoderóse de toda la parte inferior de su cuerpo. Sangre negra y corrompida escapábase incesantemente con gusanos siempre renacientes. Sus sufrimientos son intolerables; quisiera no

haber perseguido jamás á los cristianos, pero es demasiado tarde y muere desesperado.

Maximino II Dacia.—Ha tragado veneno, pero la dosis es demasiado débil ó demasiado fuerte. Es presa de un delirio furioso acompañado de horribles dolores, causados sobre todo por un fuego interior, precursor del fuego del infierno. Cree ver á Jesucristo armado con el rayo, viniendo á vengar á sus servidores degollados, y muere llenando su palacio con sus siniestros alaridos.

Juliano el Apóstata.—Entra en Persia á la cabeza de un ejército inmenso y seguido de una escuadra considerable. Su retaguardia es bruscamente atacada por los soldados de Sapor; vuéla en su socorro sin haber tenido tiempo de endosarse la coraza; un dardo lanzado por una mano desconocida traspasa el costado y penetra profundamente en el hígado. Teodoreto cuenta que llevando la mano á su herida, llenábase de sangre que arrojaba al cielo exclamando: «¡Venciste, Galileo!»

Valeriano.—Incitado por Meorino, uno de sus generales, persiguió violentamente á todos los cristianos de su imperio. Hecho prisionero por Sapor, tuvo que sufrir los más indignos y crueles tratamientos. Hicieron servir de pena cuando montaba á caballo; hizolo desollar vivo, y una vez muerto, hizo preparar su piel para servir de tapete.

Diocleciano.—Constantino, su vencedor, mandó derribar sus estatuas; concibió tal tristeza por ello, que resolvió morir. Iba errante de una parte á otra, agitado por continuas inquietudes, sin tomar alimento ni tener reposo, no haciendo más que gemir y derroamar lágrimas. Despreciado, maltratado, reducido á aborrecer la vida, dejóse morir de hambre y desesperacion.

Ruina de los enemigos de la Iglesia y de los Papas.—Es una de las grandes enseñanzas de la historia, dice M. Maistre: todo príncipe que osa levantar la mano sobre el soberano Pontífice, ó afligirlo sin medida, puede contar con

un castigo temporal y visible: muerte violenta ó degradante, mal renombre durante la vida y memoria deshonrosa despues de la muerte.

Astolfo y Desiderio, reyes de los Lombardos.—Hicieron guerra á los papas Estéban II, Estéban III y Adriano I; Pepino y Carlomagno marchan contra ellos, ponen fin al imperio Lombardo y dan el exarcado de Ravena al papa.

Enrique IV, emperador de Alemania.—Demasiado célebre por sus luchas impías y violentas contra los papas Gregorio VII, Victor III, Urbano I, muere miserablemente en Lieja solemnemente depuesto, arrojado vergonzosamente del trono por sus súbditos conjurados contra él, implorarlo en vano la intervencion del soberano Pontífice y de los obispos.

Enrique V, emperador de Alemania.—Siguiendo las huellas de su padre, no deja de perseguir al papa y á la Iglesia; muere excomulgado y sin dejar sucesion.

Enrique VI, emperador de Alemania.—Excomulgado por Celestino III, á quien habia arrebatado el ducado de Benevento, muere poco despues á la edad solamente de treinta y dos años.

Oton IV, emperador de Alemania.—Infiel á sus obligaciones, excomulgado y depuesto por Inocente III, murió en un profundo olvido.

Pedrico II, emperador de Alemania.—Excomulgado por el concilio de Lion por haber querido despojar á la Santa Sede de su poder temporal; destituido de su dignidad, murió en un rincón ignorado de Italia. Su hijo no le sobrevivió más que algunos meses; su nieto muere en el cadalso; su hijo natural, Manfredo, probablemente su asesino, usurpador de la Sicilia, á su vez, y excomulgado, es muerto en la batalla de Benevento; su cuerpo fué arrojado en una fosa; su mujer, sus hijos, sus tesoros fueron entregados al vencedor.

Felipe el Hermoso, rey de Francia.—Irritado por la excomunion lanzada contra él por el papa Bonifacio VIII, envia á Italia un diputado encargado, en la apariencia, de

notificar su apelacion al futuro Concilio, pero en realidad de apoderarse de la persona del papa, á quien esta violencia hizo morir de pesar. Felipe pereció de resultas de una caída de caballo á la edad solamente de cuarenta y seis años.

Luis XIV, rey de Francia.—La firme actitud de la Santa Sede en las cuestiones de las Regalias, al derecho de franqueia de los embajadores y la declaracion del clero de Francia indispusieronle fuertemente; hizo amenazas y se apoderó del condado de Aviñon. Partiendo desde esta época fatal; el brillo del Rey-Sol marchó rápidamente á su menguante. La gloria de su bandera palideció; admiró á la Europa con sus revases. Dios descargó visiblemente su brazo sobre él, y lo atacó por los lugares más sensibles. Convirtióse en esclavo de los gustos felizmente buenos de madama de Maintenon, la cual hizo que muriese cristiano ferviente y resignado.

El Directorio de la República francesa.—Después de haber hecho significar á Pio VI que el pueblo romano criticaba su soberanía y no le reconocia ya por su jefe temporal, le hizo levantar de la cama á pesar de sus graves enfermedades y lo mandó encerrar en la ciudadela de Valence, en donde murió. ¡Gloriábase de ver pulverizados los ídolos antiguos, como lo querian la libertad y la política! Tres meses después, entre las burlas de la Francia, el Directorio inclinábase ante la espada de un joven general y desaparecia de la escena.

Napoleon I, emperador de los franceses.—Vencedor de la Europa entera, en el apogeo de una gloria que escudará lo de Alejandro el Grande, el emperador cayó á su vez sobre la piedra angular y fué quebrantado. Excomulgado por Pio VII, después de la invasion de Roma, hizo salir forzosamente de ésta al angusto anciano; tuvo prisionero en el palacio de Fontainebleau; cometé con él mil vejaciones; separólo de sus consejeros, etc. Esperaba siempre que lo arrastraría á sus fines: el abandono del poder temporal y la cesion de los Estados pontificios. «Es verdaderamente

extraño, decia un dia Napoleon al noble y santo anciano, todos los principes de Europa obedecen mis órdenes, todos los pueblos inclinanse ante mis armas vencedoras; sólo un viejo, mi prisionero, rehusa mi amistad...—Vuestra amistad me sería dulce, pero lo que me pedis es injusto.—Puesto que rechazais mi amistad, experimentareis mi odio.—Majestad, yo pongo vuestras amenazas al pié del crucifijo, yo abandono á Dios el cuidado de mi causa.—Necia exaltacion!—Emperador, callaos; el Dios de otro tiempo vive todavia. Os herirá cuando la medida esté llena. Doce años más tarde, Napoleon prisionero en Santa Elena, decia á un joven page, testigo de la terrible escena de Fontainebleau: «¿Te acuerdas de Pio VII, de su prediccion y palabras?—¡Sí, señor! ¡el Dios de otro tiempo vive todavia! ¡os herirá!—El Papa no ha sido falso profeta. ¡Mi cetro no fué destruido por los hombres, sino por Dios!»

Luis Felipe, rey de los franceses.—Veia en la religion un medio de gobierno: la ley debía ser atea, es decir, indiferente á todos los cultos. Liberal, aconsejó mal á Pio IX al principio de su Pontificado. En su última conversacion con M. Affre, el cual habia osado decir que la Iglesia pedia libertad y no proteccion, que mantenia el derecho que tenian los obispos de reunirse para tratar de los intereses de sus diócesis, que rehusaba decirle qué concesion habia ido á pedir al soberano Pontifice un delegado de los obispos, Luis Felipe levantóse, toma al arzobispo del brazo y le dice: «Acordaos que se ha destrozado más de una mitra! El arzobispo, levantándose á su vez, le contesta: «¡Esto es verdad! pero conserve Dios al rey sus coronas, porque cuántas coronas se han destrozado! El 21 de Febrero, el rey, abatido ya por la trágica muerte del duque de Orleans, subia precipitadamente en un coche de alquiler con la reina, sin escolta, sin dinero, sin provisiones de viaje, y hacíase conducir á Versalles primero, después á Dreux, disfrazado, entre mil temores de ser reconocido, detenido, juzgado. De Dreux alcanza las costas de la Mancha, y habiéndose embarcado en una frágil chslupa

con una mar muy agitada, desembarcaba en fin en Inglaterra, y moría despues de un destierro bastante corto.

Carlos Alberto, rey del Piemonte.—Aduló á la Revolución en sus persecuciones contra el catolicismo. Dejó violar los santos asilos de religiosos y sacerdotes, robar las casas de los Jesuitas é intradir los palacios episcopales de muchos prelados muy recomendables. Vencido en la batalla de Novara, abdicó al mismo día la corona, y fué á morir de pena y de vergüenza á Oporto, en una cabaña de pescador.

Napoleon III, emperador de los franceses.—Los primeros años de su reinado fueron felices. Había querido que Pio IX fuese el padrino del principe imperial. Mas mucho tiempo despues se hizo hostil al poder temporal de los papas: luchósele vivamente á que no firmase el tratado de setiembre por el cual se obligaba á retirar sus tropas de Roma en dos años. Recordáronse los destinos de su gran tio. Todo fué inútil. Los Estados Pontificios fueron invadidos. Roma convirtiósse en la capital del reino de Italia. Al mismo tiempo en el castillo de Bellevue, Napoleon III venerado, aniquilado, humillado, entregaba su espada al rey Guillermo, y partía para el lugar de su prision. Menos de dos años despues, moría en el destierro, despojado de todo su prestigio, en el modesto retiro de Chichehurst, felizmente reconciliado con Dios.

Ruina de los impios, herejes y cismáticos.—*Simon el Magico.*—Llamábase Hijo de Dios, y gloriábase de subir al cielo. Prometió á Neron su ascension solemne en su presencia. Elevóse, en efecto, por los aires á la vista del emperador, pero por efecto de la oracion de san Pedro, cayó, rompióse las piernas y murió.

Arrio.—En el momento que hacia su entrada triunfal en la iglesia de Constantinopla, poseido de un violento dolor en las entrañas, retiróse á un lugar secreto y murió subitamente.

Nestorio.—Expulsado por Teodosio de todo el imperio de Oriente, fué preso por los nómadas. Reconciliado, fué

desterrado de nuevo tres veces, y murió, su cuerpo en descomposicion, roída su lengua por los gusanos.

Lutero.—Sentado en la suntuosa mesa de los condes de Mansfield, vaciando sendas copas de vinos preciosos, desahoga su buen humor en sarcasmos contra el Papa, el emperador, los frailes y el mismo diablo. Despues levantándose, descolgó de la pared un pedazo de creta y escribió este famoso verso: *Pestis eram vivens, mortuus ero papa.*—viviendo era tu peste, ó Papa, muriendo seré tu muerte!—Al instante sintióse herido por una tristeza invencible que no le abandonó ya. En la noche del 17 al 18 de febrero de 1545, mortales angustias torturan su alma, entra en la agonía y muere, despues de haber protestado en una Oracion sacrilega que ha confesado y predicado á Cristo, pero el Cristo que el papa deshonra, persigue y blasfema.

Calvino.—Uno de sus discipulos cuenta así su muerte: «Calvino murió desesperado, atormentado y consumido por esta enfermedad vergonzosa y cruel con que Dios alige á los rebeldes y malditos.... He visto con mis ojos su fin, su ruina y su suplicio.»

Enrique VIII, rey de Inglaterra.—Sus excesos habituales habianle dado una corpulencia tal, que sólo podia moverse auxiliado por una maquinaria inventada por él mismo. Pero nada había perdido de su ferocidad y de su pasión por la sangre. Estaba ya tendido en su lecho de muerte, sin que nadie se atreviese á advertirle su estado; porque la mas pronta y violenta muerte no hubiera dejado de seguir á esta advertencia. Murió, pues, antes de saber que llegaba al término de su vida, y sin haber podido firmar un gran número de sentencias que había resuelto hacer ejecutar. Afirmase que en su última agonía, mirando á los que rodeaban su lecho, exclamó: «¡Todo lo hemos perdido, señores: el Estado, la Iglesia, la conciencia y el cielo!»

Isabel, reina de Inglaterra.—Capaz de todos los crímenes, no había logrado ahogar los ramordimientos con que la conciencia de sus maldades atormenta á los tiranos.

En su postrera enfermedad, espantada de la abominacion de su vida, decia á los médicos sollicitos en prodigarle los socorros de la ciencia: «Dejadme; quiero morir; la vida me es insupportable.» Los grandes de la corte y el arzobispo de Cantorbury arrojáronse á sus piés, suplicándola tomáse algunos remedios; no pudieron conseguir nada. Estaba resuelta á morir matándose de este modo á sí misma.

Tomás Cromwell.—Este fué el que impulsó á Enrique VIII á declararse jefe de la Iglesia de Inglaterra, y el que persiguió al clero para obligarle á que se sometiese. Despues de la solemn e abjuracion del rey, éste nombróle su virey y su vicario general en lo tocante á lo espiritual. Disgustado de Ana de Cleves con quien Cromwell le habia hecho casar, Enrique VIII resolvió perderlo y lo hizo condenar á muerte por su Parlamento como hereje y enemigo del Estado. Rodó su cabeza, y todos sus bienes fueron confiscados.

Oliviero Cromwell.—Habiase convertido en el alma de la conspiracion impia que habia jurado aniquilar al papismo y al Papa. Murió en su lecho, (pero despues de cuántas angustias! Perseguido por la conciencia de sus crímenes, creíase sin cesar amenazado por la espada de la venganza divina. Sus amigos, sin servidores fieles, no osándose fiar de nadie, tenia á cada paso ser asesinado, no dormia dos noches en el mismo aposento, y habia mandado preparar en las habitaciones en que dormia una puerta secreta por la cual pudiese escapar.

Voltaire.—Cuéntase que habiendo entrado jóven aún en un convento de Recoletos, apostrofando al gran Crucifijo que se levantaba en el centro del claustro, dijo: «Tú eres grande y yo soy pequeño; pero cuando yo sea grande, te haré pequeño!» Mantuvo su palabra y se convirtió en el enemigo personal de Jesucristo y de su santa Iglesia, llamándolos *infames* y combatiéndolos con todas las armas posibles. *¡Al piñal en la fama!* ¡Este era su infernal grito de guerra, que sin cesar repetía! En febrero de 1778 recibió

la autorizacion de volver á Paris, y fué recibido allí como triunfador; coronóse su busto en su presencia en la pieza de la Comedia francesa. Por la tarde, extenuado por las emociones, saturado por las aduaciones, fué presa de una fiebre violenta. Mandó llamar al abate Gautier, sacerdote de la comunidad de San Sulpicio, firmó en presencia de testigos la retractacion que le fué pedida; y recibió los últimos sacramentos! Era un postrer acto de hipocresia. Su aposento llenóse de nuevo de enciclopedistas que no le abandonaron ya. Chanceóse con ellos sobre lo que llamaba su fantasia de penitencia. En el mes de mayo dió una recaída grave. Quiso llamar de nuevo al abate Gautier, pero sólo se dejó aproximar á éste cuando el delirio del moribundo hizo imposible su ministerio. Murió en una horrosa desesperacion, haciendo á sus discipulos sangrientas recriminaciones, invocando y blasfemando de Dios sucesivamente. Luego con voz lamentable, las más de las veces en accesos de furor, exclamaba: «Jesucristo! Jesucristo!» Torciase sobre el lecho, y raspándose el pecho con los uñas.... «Siento, exclamaba, una mano que me arrastra al tribunal de Dios.... ¡El diablo está allí! Quiere cogermel; lo veo; veo el infierno; escóndemel!»

En un acceso de sed ardiente, llevó su vaso de noche á sus labios, vaciólo de un solo trago, lanzó un postrer grito, y murió inundado en sus inundaciones y en la sangre que salía á mares de la boca y de las narices.

«No puedo sin horrorizarme recordar este espectáculo! escribia el célebre doctor Tronchet á Bonnet de Ginebra. Desde que él vió que todo lo que habia intentado para aumentar sus fuerzas habia producido un efecto contrario, ya la muerte estuvo siempre delante sus ojos y aumentó sin cesar la rabia en su alma.» ¡Ruina! ruina!

Condorcet.—Tenia grandes cualidades, génio y tal dulzura de maneras, que contrastaba con su efervescencia revolucionaria. D'Alembert comparábalo á un volcan cubierto de nieve, y llamábalo carnero rabioso. No reconociendo en este mundo más que la materia, pero la mate-

ria dotada de una fuerza de progreso eterno y de una energía divina, destinada á purificarse y engrandecerse por sí misma, fué como el padre del ateísmo científico moderno. Como tantos imprudentes novadores, sembraba los vientos sin prever bastante la tempestad de que debía ser víctima. Puesto fuera de la ley, vióse reducido á ocultarse en las caveras abandonadas en las cuales pasó muchas noches. El hambre obligóle á salir: fué reconocido, arrestado, encerrado en un calabozo. Cuando el carcelero entró en esta á las veinticuatro horas, encontrólo muerto, víctima de un violento veneno que llevaba hacia mucho tiempo consigo, para escapar al suplicio que le amenazaba.

Los corifeos de la gran revolución francesa.—Chaumette, el organizador de la fiesta de la Razon; Hebert, jefe de los ateos; Robespierre, el inventor y el Pontífice del Sér supremo; Pellion, el cómplice del 2 y 3 de Setiembre; Cluots, que se declaraba el enemigo personal de Jesucristo; Danton, el organizador de la carnicería de las Carmelitas; Fouquier-Tinville, el feroz acusador público; Carrier, el ministro de los matrimonios republicanos; Lebon, sacerdote apóstata y bestia feroz sedienta de sangre; Schneider, el nuevo Nerop, etc., ¡han perecido todos de muerte trágica y violenta! ¡Y aconteció las más de las veces que su sentencia de muerte fué escrita sobre actas de acusación impresas anticipadamente y dejadas en blanco por ellos! ¡Ruinas! ¡ruinas!

Los corifeos de la unidad italiana. El conde de Cavour.—Segun su espíritu, nuestras divinas creencias eran un ozolo, y retardaban el desarrollo regular y progresivo del genio humano. El fué el que proclamó á Roma capital de Italia. Acanzó la cumbre de la gloria, pero de repente oscurecese su inteligencia, su mano tiembla. Muere de una fiebre perniciosa el día mismo en que se celebraba por una fiesta nacional el aniversario de la unidad.—Armellini, que pronunció en 1848 la caída del Papa Soberano temporal, á quien su mujer echaba en cara sin cesar la viola-

ción del juramento que habia prestado como abogado consistorial, muere en Bruselas, despreciado por todas las gentes honradas.—Farini, el cual en su juventud, en Bolonia, mostrando su brazo desnudo, afirmaba que lo sumergiria hasta el codo en la sangre de los sacerdotes, murió loco. Rehusando tomar alimento alguno, hurtaños sus ojos, perseguido por la sombra de una víctima inocente que habia entregado en manos de un populacho furibundo, causando horror á sus guardianes, sumerge su brazo hasta el codo en sus propias inmundicias y muere.

De Lamennais.—Pocos hombres ¡ay! aun entre los herejes han terminado su vida más miserablemente: Arrio fué como herido de un rayo en un lugar inmundo; pero no se anonadó á sí propio, no fué condenado al abandono de todos, al ocultamiento civil, al coche mortuario que usan los pobres á la fosa comun, al silencio universal sobre una tumba que hubiera debido ser tan ilustre. Todo esto, dice Lacordaire, forma un espectro que me persigue. ¡Ruina!

¡HA SIDO PUESTO PARA EL LEVANTAMIENTO DE MUCHOS!—El triunfo de muchos, de las sociedades, de los principes y de los particulares, que están fielmente adheridos á Jesucristo y á su santa Iglesia, y han puesto en Él solo toda su confianza, es á su vez un gran hecho histórico, cierto y palpable.

Naciones y soberanos.—Israel.—Parecia que con la reprobacion del pueblo judío las promesas hechas á los patriarcas y las esperanzas del universo desvanecianse como un sueño. Pero todo renacia con la Iglesia cristiana, y esta resurreccion es admirable! Jesucristo reservó de toda la nacion judía doce hombres humildes é ignorantes. Siémbralos en el mundo como un grano fecundo, y al instante una cosecha abundante de adoradores en espíritu y en verdad brota de todas partes.

Constantino.—Al principio de su gloriosa carrera, leyó en el mismo cielo, al pié de una cruz luminosa, la promesa de sus futuros sucesos: ¡In hoc signo vinces! Hizo grabar

estas palabras en la bandera de sus soldados, y la desplegó como estandarte á la cabeza de sus legiones. Desde entonces cuenta sus años por sus victorias; derrota á cinco emperadores idólatras que le oponen sus ejércitos; consigue ser el amo del mundo romano, al cual hace adorar el divino Crucificado; funda un segundo imperio más floreciente que el primero, y muere en una apacible vejez, después de haber reinado treinta años.

Clodoveo.—En lo más fuerte del peligro esclama: «¡Dios, que Clodive adora, socórreme!»; «¡Si me haceis vencedor, yo no tendré otro Dios que Vos!» Venció y mantuvo la palabra. El día de Navidad recibió el bautismo con tres mil Francos, sin contar las mujeres y los niños. ¡Qué gloria para él haber alcanzado ser el primero de los reyes cristianos de este bello país de Francia por los cuales Dios ha hecho tantas y tan grandes cosas.

Carlomagno.—Subió al trono muy jóven todavía, pero sólo tenía de la juventud el vigor y la actividad, y sólo empleó su poder en extender el reino de Jesucristo. Jamás gloria alguna fué comparable á la suya. Marchaba de victoria en victoria, de triunfo en triunfo. Su majestad y bondad desarmaban á los rebeldes que sus manos no habían vencido. ¡Qué bello día aquel, en que el soberano Pontífice Leon III colocó en la basilica de San Pedro, y en el día de Navidad, sobre su cabeza la corona imperial, al mismo tiempo que el pueblo romano repetía: ¡Vida y victoria al muy piadoso Carlos, coronado por Dios, grande y pacífico emperador! El mundo lo cuenta en el número de sus héroes, y la religion en el número de sus Santos. ¡Resurrección!

Los convertidos ilustres.—Pero la más magnífica realización del oráculo de Simeon brilla sobre todo en la historia de los grandes convertidos. La conversion es un milagro de la resurrección de las almas, más admirable en realidad que el milagro de la resurrección de los cuerpos. El cuerpo muerto, en efecto, no opone á su resurrección más que una resistencia pasiva, en tanto que el alma

muerta por el pecado opone á su resurrección una resistencia activa y á menudo muy obstinada. La conversion prueba, pues, invenciblemente la divinidad de la Religion en el seno de la cual se opera, y porque es propia de la religion católica, apostólica, romana, con exclusion de toda otra secta cristiana, porque son los mejores afiliados de la herejía ó del cisma los que lo abandonan para hacerse católicos, vencidos por una conversion sincera, en tanto que son los malos católicos los que pasan á la herejía ó al cisma por una perversion verdadera. La Iglesia católica, apostólica, romana, es únicamente divina.

Tracemos la historia de algunos de estos convertidos ilustres.

Maria Magdalena.—El Evangelio la llama la pecadora de la ciudad. Es poseida de siete demonios. Simon el Fariseo admira de que Jesucristo la consienta estar á sus piés. Pero arrepiéntese y ama. Sus pecados le son perdonados, y su vida no será más que un continuo acto de amor. Renan ha hecho de ella una loca; Jesucristo una gran Santa, cuyas alabanzas entonaré el mundo entero hasta el fin de los siglos. El oráculo se ha cumplido. ¡Resurrección!

San Pablo.—Es Benjamín lobo maravilloso, que por la mañana devora á su presa, y por la tarde se convierte en manso cordero. «Yo atormentaba, dice, á los santos en las sinagogas. Mi furor aumentábase cada día hasta el exceso. Estaba á las puertas de Damasco. Vi una luz más brillante que el sol. Caí en tierra... Oí una voz que me decía: Saulo, Saulo ¿por qué me persigues? Yo respondí: ¿Quién eres, Señor? El Señor me dice: Yo soy Jesús á quien tú persigues... Te envío á los Gentiles, á fin de que se convirtan de las tinieblas á la luz, de Satán á Dios.» Al mismo tiempo que los compañeros de san Pablo, tomándolo por la mano le introducian en Damasco, apareciase Dios á Ananías y le decía: ¡Levántate! Vé á casa de Judas y pregunta por Saulo de Tarsis.—Pero, Señor, el viene para cargar de cadenas á los que invocan vuestro nombre... Hé aquí está orando, añade el Señor, y lo he escogido para

predicar mi nombre á los Gentiles, á los reyes y á los hijos de Israel. Ananias fué, impuso sus manos á Saul; al instante cayeron de sus ojos las escamas y recobró la vista. Predicaba en las Sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios... Su impulso fué el de un gigante: ¡Alcanzó de un salto el heroísmo de todas las vistudes, el amor á Dios, el amor á Jesucristo, el amor á sus hermanos, amigos y enemigos. Y su ministerio fué soberanamente eficaz. El más sabio de los filósofos, Aristóteles, el más elocuente, Platon, Sócrates el más ilustre, etc., honraron la Grecia con sus enseñanzas y con los ejemplos de su vida. No fueron más que bronce sonoro ó cimbalos estruendosos. Corinto, á pesar de la presencia de los Siete Sabios, era la ciudad más corrompida del mundo; en un solo templo de Venus, contábase nada menos que mil cortesanas. Pablo, asociado con un judío, que le ayudaba en la fabricación de las tiendas, predica á esta ciudad impúdica la mortificación de los sentidos y el desprecio de las riquezas, y la convierte... Al alcanzar el término de su divino apostolado, Pablo decía á Dios con la sencillez de su alma: He consumado mi curso; he combatido en el buen combate; he guardado la fe. Me falta la corona de justicia que me está reservada y que el justo Juez no me hará esperar... Su noble y santa cabeza cayó bajo la cuchilla del verdugo, pero su sepulcro, más glorioso que el de los conquistadores y más ensalzado filósofos, está bajo de una inmensa y magnífica basílica, á la que acuden á orar los peregrinos del mundo entero. San Juan Crisostomo, á quien su genio, su elocuencia y su celo ardiente por la salvación de las almas han hecho llamar la *Boa de oro*, ha rendido á Pablo este sublime homenaje: «Cuando yo te contemplo, estoy en estupefacción!» Mr. Renan, con su pluma escéptica y acerada, resume su sacrilego *Estudio de san Pablo* con estas palabras crueles, pero que son un esplendor de la fe: «El Cristo que le hace revelaciones personales, es su propia sombra: es él mismo que se escucha creyendo oír á Jesús.»

¡Jesús impostor! ¡Pablo alucinado! ¡Y el mundo convertido! ¡Resurrección!

San Dionisio Areopagita.—Un día vió entrar en el Arcópago de Atenas á un hombre de vasta frente, de profunda mirada, en cuyo semblante brillaba la inspiración: era san Pablo. Escucha, se conmueve, conviértese, y consigue ser un escritor inspirado. Bajo su sabia pluma, la enseñanza de san Pablo extiéndese en una armonía misteriosa, que sube de la tierra al cielo. Llega á ser apóstol á su vez, evangeliza las Galias, funda la Iglesia de París; muere mártir, haciendo ilustrar para siempre la feliz colonia regada con su sangre. La espléndida basílica de San Dionisio hará su nombre para siempre inmortal, en tanto que los de sus colegas del Arcópago permanecen sepultado en un profundo olvido. ¡Resurrección!

San Justino.—Había estudiado sucesivamente las doctrinas de Zenon, Aristóteles, Platon, y su espíritu permanecía turbado, y su corazón estaba más y más inquieto. Un día que se paseaba por las orillas del mar, un anciano desconocido, de un exterior venerable, le enseñó que la verdad sólo se encuentra en los oráculos de las profecías y en los milagros del Evangelio. Hacese cristiano, recibe las órdenes sagradas, conservando empero su maná de filósofo, y forma en la primera escuela eclesiástica discípulos ilustres. Su ardiente fe tradúcese en sus brillantes obras; su primera apología desarma al emperador Adriano, la segunda causa una impresión profunda en el espíritu de Marco Aurelio. ¡Cuán elocuente era al decir á los romanos: «He sido en otro tiempo lo que vosotros sois; sed hoy lo que yo soy. La fuerza de la religión cristiana me ha iluminado; ha librado mi alma de la servidumbre de las pasiones, ha hecho reinar en ella la serenidad y la paz. El alma así iluminada está segura de reunirse con su Creador.» ¡Pagano, Justino hubiera permanecido siendo un filósofo ignorado! ¡Cristiano, Justino brilla y brillará siempre con un brillo puro, vivo y vivificante! ¡Resurrección!

San Agustín.—Alma ardiente y sensible, espíritu vivo y penetrante, corazón amante hasta el exceso, sigue muy fácilmente la pendiente de los placeres y del error. Pero una madre incomparable, santa Mónica, vela sobre él con ternura y ruega por él con fervor. La gracia le persigue incesantemente. Un día oae de rodillos y exclama: ¡Hasta cuándo, Señor, dirá yo: mañana, mañana? ¿Por qué no hoy, en este mismo instante? Oye una voz interior que le dice: «Toma y lee.» Un volumen de las *Epístolas* de san Pablo estaba á sus pies. Lo toma y lee: «¡Marchemos honestamente, no en los excesos de la mesa y de la embriaguez, no en la disolución y en la impudicia, no en la contienda y la rivalidad! Revistámonos del Señor Jesús, y no tengamos cuenta alguna de la carne.» Al instante su vida de errores y placeres apartécele en todo su horror, una luz sobrenatural ilumina su inteligencia, los encantos de la virtud enajenan su corazón: ¡Está convertido! Retírase con su madre en una soledad cercana á Milan, y sólo la abandona para recibir el bautismo de manos de san Ambrosio. Vuelve á África sin Mónica; ¡ay! había muerto en Ostia, y continúa cerca Tagasté su vida solitaria y laboriosa. Acepta, muy á pesar suyo, las funciones de coadjutor de Valerio, obispo de Hipona, y le sucede más tarde, viviendo únicamente de las obras de la Religión, no suñando más que en la obra de la Iglesia y la felicidad de su patria, y muere á los setenta y seis años, muerto por la sola perspectiva de las desgracias que el sitio, de que estaba amenazada, presagiaba á su querida ciudad de Hipona, dejando á la posteridad monumentos impercederos de su genio, de su erudición y celo. Posidonio, uno de sus contemporáneos, valúa el número de sus obras en mil treinta, comprendiendo, entre ellas, los sermones y las cartas. No resucitado por Jesucristo, Agustín hubiera permanecido siendo un hábil retórico, olvidado después de mucho tiempo; ¡una ruina moral! Antór de una de las cuatro grandes reglas de la vida religiosa, fundador de los clérigos regulares, padre de una multitud in-

numerable de religiosos y religiosas agustinos que forma en la justicia, brillará como una estrella en las perpétuas eternidades. ¡Resurrección!

San Ignacio de Loyola.—Gentil-hombre español, había escogido la carrera de las armas y llevaba la disipada vida de la milicia. Si Dios no le hubiese resucitado, hubiera permanecido vulgar y desconocido. Herido en el sitio de Pamplona y condenado á un reposo forzoso, pidió un libro para distraerse. Sólo había en el castillo una *Vida de los Santos*. Esta lectura conmovióle profundamente y le convirtió; toma al instante la resolución de consagrarse por completo á la defensa de la santa Iglesia y á la mayor gloria de Dios. Caballero de Jesucristo y de su divina Madre, hace su primera vela de armas en la capilla de Nuestra Señora de Montserrat, y corre á ocultarse en la cueva de Manresa, en la cual parece le revió Dios sus *Ejercicios espirituales*, con los cuales hará la conquista de los primeros compañeros de su apostolado, le inspirará más tarde sus tan admirables Constituciones y le hará el padre de la inmensa familia de apóstoles, que será la edificación del universo. Conducido á Roma por una atracción irresistible, un día que oraba en una arruinada capilla, vió al Padre eterno, que le presentó á su divino Hijo Jesucristo, cargado con una pesada cruz y que le prometió serle propicio. En efecto, por una buía del 27 de setiembre de 1540, el Soberano Pontífice aprobó, bajo el nombre de Compañía de Jesús, su novel orden, consagrada especialmente á la persona del Soberano Pontífice, á la santificación de las almas y á la educación de la juventud. Sacrificándose sin reserva, fundó sucesivamente en Roma, fuera de su sabia congregación, una casa de retiro para los judíos convertidos, un refugio para las corlesanas arrepentidas, asilos para los huérfanos pobres y de corta edad y para los jóvenes en peligro de perder su inocencia. En fin, modelo cumplido de todas las virtudes, y rico en méritos, después de haber recibido del Soberano Pontífice una bendición especial, *in articulo mortis*, le-

vantando los ojos y las manos al cielo, pronunció el sagrado nombre de Jesús y espiró tranquilamente el 31 de julio de 1566. Su vida resumiese en esta famosa divisa: *Ad maiorem Dei gloriam*, y también en las dos bellas plegarias que recitaba sin cesar: *Suscipe!* y *Auxilia Christi!* La más pura gloria de san Ignacio y de su Compañía es haber sido con Jesucristo el objeto especial de las contradicciones del infierno y de sus secuaces: *signum cui contradicetur*. Se les ha contradecido por doquiera, siempre y en todo. ¡Esplendor!

El copero mayor Rance.—Joven y celebrado por todos, el abate de Rance trataba de conciliar juntos el placer y la moral. «Yo predico por la mañana, decía, como un ángel, y cazo por la tarde como un diablo.» El Señor llamólo insensiblemente a él por muchos accidentes sucesivos que le hicieron tomar la resolución de consagrarse enteramente á Dios. Retiróse á su castillo de Veret en Turana: pero presto cansado de la magnificencia y voluptuosidad que respiraba todo en él, lo vendió, con su vajilla de oro y plata, dió el importe de su venta á los pobres, despidió á sus criados, renunció á todos sus beneficios, excepto la abadía de la Trapa, en la que se estableció en calidad de abad regular, con la firme voluntad de restablecer en ella la estricta observancia. Inquebrantable en su resolución, sin cansarse jamás de esta vida austera, siempre ardiente en la práctica de su eminente y ardiente piedad, murió, penitente sublime, sobre la paja y la ceniza, siendo la edificación de la corte de Luis XIV. ¡Qué gloria para el antiguo gentil-hombre de costumbres tan ligeras, haberse convertido en el padre, muy grave y venerado, de estas numerosas familias de trapenses que rogación al cielo, admiran la tierra y hacen estremecer al infierno por el heroísmo de una vida mortificada hasta el exceso!

El R. P. Lacordaire.—Había bebido, en la provincia, en la fuente misma de la incredulidad, y aunque, á su llegada á Paris, fué puesto en relacion con fervientes cristia-

nos, no tenía la más mínima intencion de convertirse en creyente. Hé aquí cómo cuenta su conversión: «Ninguna luz me vino de los hombres. Yo vivia solitario y pobre, abandonado al trabajo de mis veinte años, sin goces interiores, sin relaciones agradables, sin atractivos por el mundo, sin la embriaguez del teatro, sin pasiones en el exterior que yo conociese, si no es un vago y débil tormento de reputacion. En este estado de aislamiento y melancolla interior vino Dios á buscarme. Me es imposible decir en qué dia, en qué hora, y cómo mi fe, perdida hacia muchos años, reapareció en mi cabeza como una luz que no estaba extinguida. La teología nos enseña que hay otra luz que la de la razon, otra impulsión que la de la naturaleza; que esta luz y esta impulsión emanadas de Dios obran sin que se sepa de dónde vienen y á dónde van.» El R. P. Lacordaire ha tenido dos grandes glorias: la de crear un género de elocuencia nuevo é inspirado á su manera, que ha iluminado muchos espíritus y conmovido muchos corazones; y la de restaurar en Francia la ilustre orden de Padres Predicadores y convertirse en el padre de una generacion de oradores que continúan con brillo y éxito su santa mision.

El R. P. Libermann.—Su padre, rabino muy influyente, le destinaba á los honores de la sinagoga, y le habia inspirado desde temprano el odio que los judíos profesan á los católicos. La vista de una cruz haciale huir, la presencia de un sacerdote arañabale gritos. Sus estudios, exclusivamente rabinicos, tuvieron por resultado un horror hacia los cristianos, llevado hasta el fanatismo.—Pero la gracia esperaba al nuevo Saul! Abrió ampliamente su corazón, y recibió el bautismo con sentimientos de calma y de fe verdaderamente admirables. No era solamente un cristiano que Dios daba á su Iglesia; era un sacerdote, un fundador de congregacion religiosa y un apóstol. Al librarse de las molestias de una enfermedad cruel, la epilepsia, que debia reducirlo á una impotencia absoluta, apenas hubo recibido el sacerdocio, convirtióse como en

el fundador y superior general de las Congregaciones reunidas del Espíritu Santo y del Corazon inmaculado de María por el apostolado de los negros. Consumido en pocos años, recorrió una inmensa carrera, brilló en virtudes heroicas, y se ha instruido ya la causa de beatificación. ¡Resurrección!

Podriase multiplicar hasta lo infinito esta gloriosa lista de los resucitados por Jesucristo, conquistas gloriosas de su gracia, milagros animados de su omnipotencia siempre subsistente.

Monseñor Roess, el sabio y piadoso obispo de Strasburgo, tuvo la feliz idea de escribir la historia de los principales convertidos de Alemania desde la Reforma hasta nuestros días. Sus doce volúmenes, en los cuales figuran y resplandecen millares de resucitados por Jesucristo, son un monumento incomparable elevado á la gloria de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. ¡Ah! si se escribiese asimismo la historia de los pervertidos, aunque poco conocidos que han pasado al gisma ó á la herejía, ¡cuán elocuente sería el contraste! En aquellos era la resurrección con todas sus glorias; en éstos sería la ruina con sus tristezas é ignominias.

Los Santos y Santas.—Los resucitados, en fin, por Jesucristo son esta multitud innumerable de santos y santas, generosos vencedores del mundo, del infierno y de sí mismos, que ostentando las palmas en sus manos y en sus cabezas las coronas, resplandecientes de luz divina, y embriagados en las delicias inmortales, celebran con himnos de gracias la gloria de su triunfo y los inesfables beneficios de su Salvador. ¡Cuán grandes son! cuánto honor hacen á Jesucristo y á su santa Iglesia estos apóstoles que recorren el mundo entero subyugando, por la fuerza de la verdad, por el ascendiente de un poder verdaderamente sobrenatural, á los sabios y á los ignorantes, á los filósofos y á sus discípulos, á los pueblos y á los Césares! ¡Cuán grandes son estos profetas inspirados por el cielo que predijeron muchos siglos anticipadamente esta ad-

mirable revolución! ¡Cuán grandes son estos mártires cuyo valor nada pudo abatir; estos confesores de virtudes heroicas y de ardiente caridad; estas Virgenes, radiantes lirios brotando del seno de las espinas de todos los vicios, etc., en una palabra, todos estos santos que cantan mejor que el firmamento la gloria de Dios, que, según la enérgica expresión de san Pablo, han vencido por la fe á los reinos, practicado la justicia, conquistado las promesas, cerrado la boca á los leones, extinguido la impetuosidad de las llamas, escorado al filo de la cuchilla, triunfado de la enfermedad, tomando su fuerza en la debilidad y poniendo en confusión el campo de los infieles, etc... ¡Resurrección!

Capítulo octavo.—Cuarto esplendor de la Fe.—Este infante será señal á la que se hará contradicción.—(Luc., c. II, v. 34).—El infante, tan hermoso y dulce, de quien el anciano Simeon dice que será señal á la que se hará contradicción, *signum cui contradicetur*, es el mismo cuyo nacimiento señalaron los ángeles cantando: *Pax hominibus bonae voluntatis*. Resumirá sus enseñanzas en esta sola palabra: *Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazon*. Y su vida se escribirá en estas dos palabras: *La ha pasado haciendo bien*. Su voz no resonaba ruidosa en las plazas públicas; no acababa de romper la caña medio rota; no apagaba la mecha que humeaba todavía. Los niños estrechábanse en torno de él, y la multitud le seguía bien lejos en el desierto, arrastrada por los atractivos de su conversacion, la sublimidad de su doctrina y el brillo de sus milagros. Salvador enviado por Dios, luz que se revelará á las naciones, cordero inmolado por los pecados del mundo, debería ser adorado, amado, bendecido por todas; y hé aquí que Simeon predice que será señal á la que se hará contradicción, en toda la energia de esta palabra terrible, contradicción universal, incesante, encarnizada, excesiva. ¡Esa es la profecía, el oráculo! Y su cumplimiento llena también el mundo, el tiempo y el espacio. ¡Esplendor!

el fundador y superior general de las Congregaciones reunidas del Espíritu Santo y del Corazon inmaculado de María por el apostolado de los negros. Consumido en pocos años, recorrió una inmensa carrera, brilló en virtudes heroicas, y se ha instruido ya la causa de beatificación. ¡Resurrección!

Podriase multiplicar hasta lo infinito esta gloriosa lista de los resucitados por Jesucristo, conquistas gloriosas de su gracia, milagros animados de su omnipotencia siempre subsistente.

Monseñor Roess, el sabio y piadoso obispo de Strasburgo, tuvo la feliz idea de escribir la historia de los principales convertidos de Alemania desde la Reforma hasta nuestros días. Sus doce volúmenes, en los cuales figuran y resplandecen millares de resucitados por Jesucristo, son un monumento incomparable elevado á la gloria de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. ¡Ah! si se escribiese asimismo la historia de los pervertidos, aunque poco conocidos que han pasado al gisma ó á la herejía, ¡cuán elocuente sería el contraste! En aquellos era la resurrección con todas sus glorias; en éstos sería la ruina con sus tristezas é ignominias.

Los Santos y Santas.—Los resucitados, en fin, por Jesucristo son esta multitud innumerable de santos y santas, generosos vencedores del mundo, del infierno y de sí mismos, que ostentando las palmas en sus manos y en sus cabezas las coronas, resplandecientes de luz divina, y embriagados en las delicias inmortales, celebran con himnos de gracias la gloria de su triunfo y los inesfables beneficios de su Salvador. ¡Cuán grandes son! cuánto honor hacen á Jesucristo y á su santa Iglesia estos apóstoles que recorren el mundo entero subyugando, por la fuerza de la verdad, por el ascendiente de un poder verdaderamente sobrenatural, á los sabios y á los ignorantes, á los filósofos y á sus discípulos, á los pueblos y á los Césares! ¡Cuán grandes son estos profetas inspirados por el cielo que predijeron muchos siglos anticipadamente esta ad-

mirable revolución! ¡Cuán grandes son estos mártires cuyo valor nada pudo abatir; estos confesores de virtudes heroicas y de ardiente caridad; estas Virgenes, radiantes lirios brotando del seno de las espinas de todos los vicios, etc., en una palabra, todos estos santos que cantan mejor que el firmamento la gloria de Dios, que, según la enérgica expresión de san Pablo, han vencido por la fe á los reinos, practicado la justicia, conquistado las promesas, cerrado la boca á los leones, extinguido la impetuosi- dad de las llamas, escorado al filo de la cuchilla, triunfado de la enfermedad, tomando su fuerza en la debilidad y poniendo en confusión el campo de los infieles, etc... ¡Resurrección!

Capítulo octavo.—Cuarto esplendor de la Fe.—Este infante será señal á la que se hará contradicción.—(Luc., c. II, v. 34).—El infante, tan hermoso y dulce, de quien el anciano Simeon dice que será señal á la que se hará contradicción, *signum cui contradicetur*, es el mismo cuyo nacimiento señalaron los ángeles cantando: *Pax hominibus bonae voluntatis*. Resumirá sus enseñanzas en esta sola palabra: *Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazon*. Y su vida se escribirá en estas dos palabras: *La ha pasado haciendo bien*. Su voz no resonaba ruidosa en las plazas públicas; no acababa de romper la caña medio rota; no apagaba la mecha que humeaba todavía. Los niños estrechábanse en torno de él, y la multitud le seguía bien lejos en el desierto, arrastrada por los atractivos de su conversacion, la sublimidad de su doctrina y el brillo de sus milagros. Salvador enviado por Dios, luz que se revelará á las naciones, cordero inmolado por los pecados del mundo, debería ser adorado, amado, bendecido por todas; y hé aquí que Simeon predice que será señal á la que se hará contradicción, en toda la energia de esta palabra terrible, contradicción universal, incesante, encarnizada, excesiva. ¡Esa es la profecía, el oráculo! Y su cumplimiento llena también el mundo, el tiempo y el espacio. ¡Esplendor!

En la hora de su nacimiento, no hay sitio para él en las posadas de Belén; nace en un establo abandonado. Advertido tarde de su nacimiento, Herodes resuelve mandarlo matar, y vedle condenado á huir á Egipto. A la vuelta del destierro, está amenazada todavía su vida por Arquelaos; irá á vivir á Nazareth, en la obscuridad, la pobreza y el trabajo. Durante su vida pública, sufre hambre, sed, fatiga, y no tiene donde recostar su cabeza. Será sin cesar contradecido: Si arroja á los demonios es en nombre de Belzebú, si hace milagros es por intervencion satánica, pues que es pecador. Tiéndensele celadas, conspirase contra él, prepárase su muerte, diciendo que es bueno que un hombre muera por el pueblo; pronúnciase contra él la gran excomunion y se le arroja de la sinagoga; vése reducido á no presentarse en público, á ocultarse, á huir al desierto. La hora de las postreras contradicciones ha sonado. Sus enemigos han resuelto prenderle; convienen con Judas el precio de su traicion; Judas le entrega con un beso; es preso, sujetado con fuertes ligaduras, arrastrado á Jerusalem, acusado, declarado blasfemo, insultado, golpeado, escupido, abandonado de sus apóstoles; renegado por Pedro, despreciado y revestido con la vestidura de los locos, azotado, coronado de espinas, escarnecido como un rey de teatro, comparado á Barrabás y desechado, condenado á muerte, teniendo que cargar con su cruz, arrastrado al suplicio, crucificado, ultrajado, blasfemado, maldecido. Muere lanzando un gran grito. Un soldado romano traspasa su corazon con el hierro de su lanza, y son puestos guardias en su sepulcro para que sus discipulos no puedan robar su cuerpo y hacer creer en su resurreccion. ¡Contradiccion!

Habiendo resucitado y subido al cielo, más que nunca será señal á la que se hará contradiccion, no en su persona materialmente inviolable, sino en la persona de los suyos. Les habia prometido que serian odiados á causa de su nombre, y en efecto el odio se desencadenó antes que todo contra los apóstoles y los primeros cristianos; arro-

jados á su vez de las sinagogas, puestos en prision, martirizados como Estéban, Santiago el menor, etc. Cuando desesperados y privados de todo poder, los judíos estuvieron en la imposibilidad de saciar su odio contra los cristianos, los emperadores romanos convirtieron en implacables instrumentos de la contradiccion. Neron, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio, Severo, Maximino, Decio, Aureliano, Diocleciano, Juliano el Apóstata, ordenaron persecuciones generales en las cuales perecieron millones de cristianos. Á Jesucristo era á quien se contradecia en sus mártires, pues que la primera intimacion que se hacía á estos es que le renegasen, que hollasen su cruz, que sacrificasen á los ídolos que la predicacion del Evangelio ha destruido.

Cuando habrán desaparecido los perseguidores, todos ó casi todos victimas memorables de la justicia divina, los ejecutores del oráculo sagrado de la contradiccion serán los herejes y las cismáticos. Disputarán á Jesucristo, todo su ser: su divinidad que ha como aniquilado por amor á nosotros, su santa humanidad de que se ha revestido para hacerse nuestra victima, su alma que fué triste hasta la muerte, su voluntad que sacrificó á la de su Padre, su libertad que ha abdicado, su cuerpo que ha entregado al suplicio por nosotros, etc., etc.

Arrio contradice la divinidad del Verbo, sosteniendo que el Hijo de Dios no es igual en todo, ni consubstancial á su Padre. Macedonio, negando la divinidad del Espíritu Santo, contradice la encarnacion del Verbo divino en María por virtud del Espíritu Santo. Pelagio negando el pecado original, contradice la necesidad de la gracia y de la Redencion por Jesucristo. Los semi-pelagianos contradicen tambien al divino Redentor, afirmando que el hombre puede merecer la gracia por un principio de fe y por un buen movimiento de la naturaleza. Nestorio contradice la divinidad del Hijo del hombre, afirmando que María, su Madre, no puede ser llamada Madre de Dios, distinguiendo así la persona de Jesucristo de la persona

del Verbo divino. Entiques contradice á Jesucristo, negando la unidad de las personas y la dualidad de las naturalezas, afirmando que despues de la Encarnacion no hay en Jesucristo más que una sola naturaleza. Los monotelistas contradicen á Jesucristo, negándole dos voluntades y dos operaciones, divina y humana. Los iconoclastas contradicen á Jesucristo, haciéndlo la guerra á sus imágenes, á las imágenes de su divina Madre y de sus santos. Focio contradice á Jesucristo, negando que el Espíritu Santo proceda del Padre y del Hijo, y separándose de su santa Iglesia. Berengario disputa á Jesucristo su presencia real en la santa Eucaristía, negando la transubstanciación. Wiclef ataca á Jesucristo en la autoridad del soberano Pontífice romano, que niega ser el jefe de su Iglesia. Lutero contradice las doctrinas de la revelación sobre el pecado original, la justificación, los sacramentos, las indulgencias, el primado de la Santa Sede, el Purgatorio, el libre albedrío, el mérito de las buenas obras, etc., y trastorna la Iglesia de Jesucristo, etc. Calvino, excediendo á Lutero, no quiere ni invocación de santos, ni papa, ni obispos, ni sacerdotes, ni fiestas, ni ceremonias sagradas. Enrique VIII contradice á Jesucristo, haciéndose el jefe de la Iglesia, y pasando muy de prisa del cisma á la herejía protestante. Bayo contradice á Jesucristo por numerosos y grandes errores sobre la gracia, el libre albedrío, la justificación y el pecado original. Jansenio átrévase á afirmar que Jesucristo no murió por todos los hombres; que Dios rehúsa la gracia no solamente á los pecadores, sino también á los justos; que los sacramentos sólo deben ser administrados á los santos.

Después de los reformadores que prepararon los espíritus á la insubordinación y á la incredulidad, vienen los socinianos que arrojan de su símbolo todos los dogmas y misterios inaccesibles á la razón: la santísima Trinidad, la divinidad de Jesucristo, la Encarnación, la satisfacción del divino Salvador, los efectos de los Sacramentos, la operación de la Gracia, etc., que afirman en una palabra que la Redención consiste por completo en los ejemplos y

lecciones de santidad que Jesucristo nos ha dado y que murió para confirmar su doctrina.

Después de las negaciones del socinianismo vinieron los rabiosos desenfrenos de la filosofía del siglo XVIII, materialista y atea. El jefe del partido, Voltaire, había, desde hacía mucho tiempo ya, hecho juramento de consagrar su vida á la ruina de la Iglesia y de toda religión revelada. Obstinándose en ver en el cristianismo una invención humana propuesta por los sacerdotes, impuesta por los reyes, llegó á verle con horror; le designa con el nombre de infame y desde este instante su terrible grito de guerra será: «¡Aplastad al infame! Lo que más me interesa es el envilecimiento del infame... Obligad á todos los hermanos á perseguir al infame, de viva voz y por escrito, sin darle un minuto de descanso... Era un ejército el que había organizado contra Jesucristo y la Iglesia... Formad un cuerpo, amotinad y seréis los amos...» Y esta jauría lleva con sus infernales ladridos la *Enciclopedia universal*, inmenso monumento de la falsa filosofía, de la semi-ciencia subvertida contra la fe, de la historia engañosa, etc., etc.

Después de la filosofía, y conducida por ella, vino la Revolución francesa, que pasó de las palabras á los actos, de las amenazas á los golpes. Después de haber sembrado el desorden y la división en la Iglesia, suprimió todas las órdenes religiosas, secularizó y avasalló al clero, proscribió la religión cristiana y proclamó el culto de la Razon. Jesucristo fué arrojado de su tabernáculo y de su templo! Y las viles cortesanas haciéndose llamar las reinas de la Divina Razon, recibieron el incienso de la multitud. La contradicción fué como un mar inmenso que lo había tragado todo.

Hasta aquí sin embargo se había dejado á Jesucristo su ser, su realidad histórica. Pero ahí está la crítica moderna que le disputará las acciones de su vida, las palabras de su boca, su personalidad, su existencia, en una palabra. En su *Vida de Jesús*, que ha tenido tan fatal eco,

el doctor Strauss llega hasta decir: «El sujeto de los atributos que el Evangelio y la Iglesia conceden a Jesucristo, es, no un individuo, sino una idea. En un individuo, en un Dios-Hombre estos atributos se contradicen. En la idea ó en la especie concuerdan. La humanidad es la reunion de dos naturalezas, el Dios hecho hombre, lo infinito descendido á la condicion de finito, y el espíritu finito que se acuerda de su infinitud. Ella es la hija del Padre invisible y de la madre visible, del espíritu y de la naturaleza... Ella es el taumaturgo... Ella es la impercedero... Ella es Aquel que muere, renuncia y sube al cielo. Cristo es la Humanidad.» Y esta abstraccion suofrilega, insepansa, ha hallado eco en gran número de espíritus contradictores de Jesucristo.

La contradiccion de Mr. Renan es más escandalosa todavía. Complácese en despojar al divino Salvador de todo su brillo real, de todo su prestigio sobrenatural y divino, para hacer de él un personaje vulgar hasta el exceso, ó más bien el «gusano de la tierra de las profecías.» El origen de su familia es desconocido... Su padre y su madre de mediana condicion... Era el primogénito de una familia numerosa, pero sus hermanos y hermanas le detestaron siempre... Estaba insurreccionado contra la autoridad paternal... Pisoteó todo lo que es más caro al hombre, la sangre, el amor, la patria... Con una docena de pescadores y algunas mujeres que se disputaban el honor de asistirle, entre otras María de Magdala, mujer muy exaltada y dominada por una enfermedad nerviosa, recorre la Galilea... No hura de la alegría é iba á las diversiones de los casamientos... Su vida era una fiesta perpétua... Afectaba rodearse de personas de vida equívoca, aventurándose á encontrar la mala sociedad en las casas de mujeres de mala vida... Nada de escandaloso, pero poseido de un profundo horror por los devotos... Como principio social, el comunismo con sus accesorios, el odio al rico, la destruccion de la propiedad... Nada precisamente nuevo en su doctrina... Sus continuas afirmaciones sobre sí mismo tenían algo de fastidiosos... Jesús hizo milagros... Era un

exorcista experto en todos los secretos del arte, con algo de brujo, un poco magnetizador, y algo espiritista... Impúsosele la reputacion de taumaturgo... Los actos de ilusion y de locura tenían un gran lugar en su vida. Provincial admirado por los provinciales, fué mal acogido por la aristocracia de Jerusalem... Llamóse resucitadamente el Hijo de Dios; pero esto fué un equívoco... Era panteísta, pero lo fué sin saberlo... En el postrer período de su vida, traspasó toda medida... Hizo creer que era él á quien se comía y á quien se bebía... Gigante caído, quería que sólo se existiese, que sólo se amase por él... Viendo en la propia muerte un medio de fundar su reino, concibió con propósito deliberado el designio de hacerse matar... Desesperado, impelido hasta el fin, no perteneciéndose, se prestó á una miserable escena (la fingida resurreccion de Lázaro) que le condujo al suplicio... Todo aconteció con mucha legalidad... Un gran sentimiento de orden y de policia conservadora presidió á todas las medidas... Jesús fué gñado á la cruz... Tratóse de establecer la fé en su resurreccion... La ardiente imaginacion de María de Magdala jugó en esta circunstancia un papel capital. Poder divino del amor, momentos sagrados, en que la pasion de una alucinada dá al mundo un Dios resucitado!»

Hé aquí el Cristo de M. Renan... No un rey, sino un personaje teatral. Y *proidentes adoraverunt eum*. Estos son ya no procedimientos humanos, sino procedimientos verdaderamente satánicos. Estamos en pleno sobrenatural, y nada demuestra mejor la divinidad de Jesucristo. ¡Resplendor!

La contradiccion sin embargo no se detuvo aquí. Del odio hipócrita debía pasar á la burla y al desdén. Un conocido literato, miembro de la Asamblea legislativa, ha contado este villancico abominable... «Era verdaderamente un admirable soñador... Distinguiendo poco entre el mío y el tuyo... No trabajando para vivir... Mendicante, un admirable vagabundo... Felizmente Dios, el padre desconocido, lo había dotado de la peligrosa facultad de la indignacion... El divino hijo comete terribles inconve-

niencias contra las cosas y las gentes acomodadas... Fué tan lejos, que la sacristía, la bolsa..., el gobierno..., cogiéronle por los cabezones como un simple periodista y lo mataron... Los niños de corta edad pueden muy bien celebrar el nacimiento de tal cándido. Considerad las consecuencias... La fé está muerta, la hipocresía se manifiesta... ¡Pudor de Tartufo ante la verdad desnuda...! ¡Compromisos, mentiras, perversión del entendimiento, gangrena de carácter! En lugar de Jesús los jesuitas... Diez y ocho siglos perdidos. ¡No hubiera sido mejor que hubiese herido al Salvador, en la paja de su establo, una buena fluxion de pecho y salvar de este modo al mundo? ¡Pobre gran corazón, si hubiera podido prever lo que iba á ser de él, con qué precipitación, antes de abrir la boca, se hubiera arrojado al Jordán con una piedra al cuello! Enrique Rochefort ha ido todavía más lejos en la fria expresión del desdén. «Si este muchacho hubiese querido aplicarse un poco, hubiera hecho admirables progresos en la carpintería; pero sus padres no podían sujetarle; estaba siempre fuera; cuando llegaba á hacer medio jornal, era al fin del mundo; se le despedía de todos los talleres. Y no era la inteligencia lo que le faltaba para su estado... Cuando se le presentó la cruz en que debía morir, exclamó á la primera mirada: «¡Qué mal accpillada! esto debe venir de casa de fulano...»

¡El abismo llama al abismo! Ved, en fin, la contradicción llevada hácia lo horrible. En el reino del cristianismo, el 1 de setiembre, un diario pudo decir impunemente, á propósito del proceso hecho á M. Gambetta... «Hace diez y ocho siglos, un revolucionario llamado Jesucristo tuvo pendientes ciertas cuentes con la justicia...! hasta el punto que el infortunado taumaturgo pereció en el cadalso de infamia...; despues, se pasó á Dios gracias á la sentencia judicial, que tan cara le costó como hombre...»

A mediados de la cuaresma, cierto dia (15 marzo de 1877), la liga de tabernas miserables, organizadas en

procesion carnavalesca, paseó por las calles, durante muchas horas, bajo la protección de la autoridad municipal, una Imagen del Sagrado Corazon, con esta inscripción: «¡Ved al que tanto ha amado á los jóvenes!»

Repitámosto de nuevo: El cumplimiento del oráculo del anciano Simeon ha tomado gigantescas proporciones. Humana y razonablemente hablando, esta contradicción inmensa y despiadada parecia increíble é imposible; pues Aquel que debía ser el objeto de ella presentábase al mundo como su salud, su luz, su camino, su verdad, su vida, el legislador supremo de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello! Ella nos coloca, pues, frente á lo sobrenatural y divino en su supremo poder. El espíritu á quien este esplendor de la fé no deslumbrará y alterrará será á su vez un prodigio de ceguedad.

¡Este infante será una señal de contradicción!

Capítulo noveno.—Quinto esplendor de la fé.—*Venid en pos de mí y haré que vosotros seais pescadores de hombres.*— (Matth. c. iv, v. 19).—Pasando Jesús á lo largo del mar de Galilea, vió á Simon y Andrés, su hermano, que arrojaban sus redes al mar, porque eran pescadores; y les dijo: Venid en pos de mí, que yo haré que seais pescadores de hombres... Y dejando las redes, le siguieron. *¡Yo os haré pescadores de hombres!* es decir, pescadores de almas! ¿Qué extrañas palabras dirigidas á pobres barqueros! Jamás el universo había oído nada semejante. *¡Yo os haré pescadores de hombres!* ¿Qué, si no era Dios, hubiera podido tener esta pretension extraordinaria, tomar esta solemne obligación? Es un oráculo brillante, una profecía maravillosa—El oráculo se ha convertido en una realidad inmensa. La profecía se ha cumplido. Y la obligación también. Desde el dia en que esta misteriosa palabra fué pronunciada, el mundo ha estado notoriamente lleno de pescadores de hombres. Los apóstoles y sus sucesores son por profesion pescadores de hombres. El hecho de que han cogido en sus redes multitud de hombres y de pueblos

es patente. Hémos aquí, pues, en presencia de una profecía y de un milagro espléndidos.

Antes de subir al cielo, Jesucristo dice á sus apóstoles: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñadlos á guardar mis mandamientos.» Y al instante, aunque despues que fueron llenos del Espíritu Santo, estos pescadores de hombres van por doquiera predicando y convirtiendo, es decir, haciendo por doquiera pescas milagrosas de hombres. El día mismo de Pentecostés y al día siguiente, Pedro pescó ocho mil grandes peces-hombres. Despues los apóstoles se dividen el mundo y lo envuelven por completo en sus divinas redes. Simón Pedro pesca en Ponto, Bitinia, Capadócia, Asia Menor, Antioquia, Roma; Andrés entre los Scytas, en Grecia y en el Epiro; Santiago el Mayor en Judea y probablemente en las Galias y España (1); san Juan en el Asia Menor; Felipe en el alta Asia; Bartolomé en el alta Armenia; Mateo en la Cólquida; Tomás entre los Partos, en la India y tal vez en la China; Santiago el Menor en Jerusalem; Simón en la Libia; Judas en la Mesopotamia, etc. Pablo, sobreañadido á los apóstoles por una vocación directa, arrojó sus redes en sesenta y siete regiones ó ciudades; la simple enumeración de los lugares de su apostolado es una brillante confirmación del oráculo divino: *¡Yo haré que vosotros seais pescadores de hombres!*

La pesca de almas se hace en primer lugar directamente por las misiones apostólicas propiamente dichas; en segundo lugar, en el púlpito cristiano por la predicación; en tercer lugar, en el tribunal de la penitencia por la confesión; todos están autorizados para decir á sus pueblos como san Pablo á los Corintios: Sois el sello de mi apostolado.

(1) Que vino á España, no solo es probable, sino cierto, como lo prueba una tradición no interrumpida y venerable monumentos que lo acreditan. Nota de los Editores.

lado; yo soy quien os he engendrado, vosotros sois mi obra, mi gloria, mi consuelo y mi alegría.

1. *Las misiones apostólicas.*—Estas san Jesus Salvador del mundo continuado á través del espacio y el tiempo; es el reino de Dios estableciéndose sobre toda la tierra por la conquista de las almas á la beatitud eterna. La historia de la Iglesia no es otra cosa que la historia de las misiones; no han cesado, ni cesarán hasta el fin del tiempo. La lista por orden cronológico y alfabético de las principales misiones llena veintiseis grandes columnas de la *Historia universal de la Iglesia católica*, por el abate Rohrbacher, séptima edición, 1877. Desde hace diez y ocho siglos, todo el mundo entero no ha cesado de ser sacado en todos sentidos por gloriosos pescadores y cazadores de hombres ó de almas. Y no son pescadores de hombres unos pocos, sino familias enteras, generaciones de pescadores de hombres, que se suceden y se lanzan sin cesar á la conquista de las almas. Cada año numerosos misioneros parten de Italia, Francia, Bélgica, Irlanda, Roma, Génova, Milan, Londres, de las casas de Jesuitas, Franciscanos, Dominicos, Lazaristas, Maristas, Padres del Espíritu Santo, Oblatos, etc., etc. Van por el África: á la Argelia, Sahara, Marruecos, Túnez, Fezzan, Senegal, Guinea, alto y bajo Egipto, Abisinia, país de los Gallas y de los Sajos, Zanzibar, Senegambia, Nigricia, etc. Van por el Asia: á Siria, Armenia, Mesopotamia, Turquestan, las orillas del Tigris y del Eufrates, los picos del Libano, del Cáucaso, del Tibet, del Himalaya, la Cochinchina, China, Japon, Corea, Birmania, reino de Siam, Tonkin, Cambojé, la India transgángética y la cisgángética, Oceanía, Australia, etc. etc. Van por la América, desde California hasta Labrador, etc., etc.

Y en condiciones verdaderamente sobrehumanas, sobrenaturales, divinas, ejercan su evangélico ministerio! ¡Condiciones de desinterés! Como san Pablo, el modelo de los Apóstoles, estaban y están plenamente autorizados para decir: «Yo no he codiciado ni el oro, ni la plata de

me; estas manos nos han provisto de lo que yo y aquellos que están conmigo tenemos necesidad; yo os he mostrado en todo que trabajando es como hay que sostener á los menesterosos y acordarse de las palabras de Aquel que dice: «Es más dichoso dar que recibir!» «Condiciones de intrepidez: Ignoro lo que me debe acontecer, sino es que el Espíritu Santo me dice que me esperan cadenas y tribulaciones; yo no temo nada de estas cosas, siempre que cumpla mi carrera y el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de rendir testimonio del Evangelio de la gracia de Dios.» «Condiciones de consagración sin límites! «Libre con respecto á todos, me he hecho el esclavo de todos para ganarlos á todos. Yo me he hecho como judío con los judíos para ganar á los judíos;... como si hubiese nacido sin ley, con aquellos que no la tienen á fin de ganarlos;... débil con los débiles para ganar á los débiles;... todo en todos para ganarlos á todos.» Hé aquí verdaderamente el pescador de hombres evangélico, primitivo y moderno, acomodándose á todas las necesidades, arrojando todos los peligros, tomando todas las formas, usando de todas las astucias santas, siguiendo el ejemplo del pescador y del cazador que aspira ardientemente á apoderarse de su presa, pero á la mayor gloria de Dios y por la salvación de las almas únicamente!

Si los hielos del polo, ni los ardores de los trópicos podrían detenerle. Vive con los Esquimales y los Groenlandeses en un odre de piel de vaca marina, arastrado con trineos, sobre las nieves eternas, por renqíferos ó perros, leyendo su breviario al resplandor de las auroras boreales, alimentándose con aceite de ballena. Recorre la soledad montada en el dromedario de la Arabia, ó sigue al Cefre á pie en los abrasadores desiertos. En la India, en Maduré, se condenará á la mortificación y monótona vida de los bonzos; se hará paria, proscrito, maldicido, privándose, durante largos años, de toda correspondencia, ni siquiera secreta, con aquellos de sus cofrades que evangelizan las

castas nobles. En China tomará el ropaje de los letrados, dará lecciones de geometría, se convertirá en presidente del tribunal de matemáticas, se armará con el telescopio y el compás, desarrollará los mapas, hará girar los globos terrestre y celeste, iniciará á los mandarines en el curso verdadero de los astros, para enseñarles al mismo tiempo el nombre verdadero de Aquel que los dirige en sus órbitas, inspirándoles á la vez una veneración profunda por su Dios y un alta estima por la Francia. En Paraguay y Brasil, traspasa los grandes ríos y penetra en los bosques, con su breviario debajo el brazo izquierdo, y una gran cruz de madera en la derecha, sin otras provisiones que su confianza en Dios, atravesando las vírgenes selvas, caminando por terrenos pantanosos con el agua hasta la cintura, trepando por escarpadas rocas, escudriñando las cavernas y los precipicios, con riesgo de encontrar serpientes ó animales feroces en vez de hombres. Cuando no logra alcanzar al salvaje que huye siempre, el cazador de hombres planta su cruz en un lugar descubierta, y vá á ocultarse en las malezas; los indios se acercan poco á poco; entonces saliendo súbitamente de su emboscada y aprovechándose de la sorpresa, les obliga á abandonar una vida miserable para gozar de las dulzuras de la sociedad. A menudo se embarca en una piragua con sus jóvenes catecúmenos, surcando los ríos, entonando cánticos, que los neófitos repiten, como peces privados de la libertad para atraer á los peces salvajes. Los indios déjanse, en fin, coger en esta dulce red, descendiendo de sus montañas hasta la orilla; para oír mejor muchos de ellos se arrojan al río y siguen al barco encantado. Los pescadores de hombres llegaron á constituir de este modo en poco tiempo treinta pueblos ó Reducciones, especie de repúblicas cristianas, cuyos habitantes son cultivadores sin esclavitud y guerreros sin ferocidad. «En el seno de estas poblaciones numerosas compuestas de Indios inclinados á todos los vicios, reinaba, dice un testigo ocular, el obispo de Buenos Aires, tan gran inocencia, que no creo que se

cometiese en ellas un solo pecado mortal...» ¡Este era el cristianismo en el máximo de la felicidad! En Guayana, el misionero se sumergía en los pantanos malsanos, hacíase unguible á los indios á fuerza de aliviarles en sus dolores; llegaba á alcanzar de ellos algunos niños que educaba en la religión cristiana; al regresar de los bosques, estos jóvenes apóstoles improvisados predicaban el Evangelio á sus ancianos padres que comovíanse fácilmente. El momento de fundar un pueblo con su capilla presto llegaba. «Una mañana, dice Chateaubriand, en un solitario bosque del Canadá, caminaba lentamente; aperebí que se dirigía á mí un venerable anciano de blanca barba, vestido con una larga vestidura, leyendo atentamente en un libro y caminando apoyado en un bastón. Ved la vida que llevaba el misionero. Tan pronto seguía á los salvajes en cazas que duraban muchos años... como vagaba á medida del capricho de sus neófitos, que, como niños, jamás sabían resistir á un movimiento de su imaginación y de sus deseos... considerándose como muy ampliamente recompensado si había, por sus largos sufrimientos, conquistado un alma á Dios, abierto el cielo á un niño, aliviado á un enfermo, enjugado una lágrima. El cielo, enternecido con sus virtudes, le concedía algunas veces la palma del martirio que tanto había deseado.» En los mares de Levante, el misionero se dejaba encerrar en la celda de las sultanas, para oír toda la noche las confesiones de los galeotes, decirles la misa y darles la comunión muy de mañana. (Muchos estaban atacados por la peste, y más de uno moría antes de que saliese! Un jesuita que, hacía algunos años apenas, había solicitado el honor de consagrarse al servicio espiritual de los forzados, bajo el mortífero clima de la Guayana francesa, escribía á su superior: «El puesto que ocupó desde hace cuatro años es verdaderamente aniquilador, y yo me siento algunas veces abrumado por el trabajo. Tener siempre á la vista un millar de grandes criminales que humanizar, iluminar, convertir, es un peso que me rinde. ¡Pero es tan bella mi

misión? De los ochocientos hombres de mi penitenciarío, seiscientos treinta han cumplido con la Iglesia á despecho de las injurias y sarcasmos de los endurecidos.»

Apuntaré aquí la vida de algunos de los pescadores de hombres más populares. San Patricio, apóstol de Irlanda; San Agustín, apóstol de Inglaterra; San Eloy, apóstol de los Flamencos y Frisones; San Bonifacio, apóstol de Alemania; San Auscario, apóstol de Suecia, Groenlandia é Islandia; San Adalberto, apóstol de Polonia y Prusia; San Estéban, rey y apóstol de Hungría; Santo Domingo, apóstol de los Albigenses, fundador de la orden de Padres predicadores; Santa Catalina de Sena, la gran convertidora, celebrada por los papas; San Vicente Ferrer, cuyas pisadas seguían multitudes inmensas; San Francisco Javier, apóstol de las Indias y del Japon, que llevó la fé á cincuenta y dos reinos y enarbó la cruz en tres mil lugares, que bautizó con sus propias manos cerca de un millón tanto de musulmanes como de idólatras, que procuró á la Iglesia más súbditos que desertores habían hecho los célobres herejes de su tiempo. San Francisco de Sales, el Apóstol del Chablais, que fué dulce y humilde de corazón, del cual el cardenal Duperron decía: «Estoy seguro de convencer á los calvinistas; pero el convertirlos es un talento que Dios ha reservado al obispo de Ginebra.» San Juan Francisco de Regis, apóstol de Velay, á quien nadie podía delener en sus escursiones evangélicas, que, muriendo en plena misión, sobre el campo de batalla, decía á su compañero: «¡Ah! hermano mío, qué felicidad! ¡Cuán contento meo yo!» Pedro Claver, apóstol, el padre, ó mejor el esclavo de los esclavos, el esclavo de los negros, á quienes sirvió cuarenta años, y á los cuales, á fuerza de ternura y de afectuosas lecciones, enseñaba á ser puros, castos y sobrios. El padre Anchieta, el apóstol del Brasil, á quien se llama el nuevo Adán, por la inocencia de su vida y el maravilloso poder que ejerció sobre los elementos y los animales. El reverendo padre Maunvir, apóstol de la baja Bretaña, que dió en término medio

diezmissiones por año, durante cuarenta años, y fundó estas bendicidas casas de retiro anual que perpetúan eficazmente su apostolado...

Los pescadores de hombres son antes que todo los misioneros; pues bien, quien dice misionero, dice mision, mision legitimamente dada, mision recibida, mision llena. La fe, decía San Pablo, nace del oido, *fides ex auditu*, pero como se oira sin predicador del Evangelio, *quomodo audiat sine predicatore?* ¿Y con qué derecho se predicará si no es uno enviado; *quomodo predicabunt nisi mittantur?* Pues bien, aquel que envia es por consiguiente el pescador de hombres por excelencia, es el Soberano Pontífice, sucesor de Pedro. Este es, en efecto, el Papa, que hoy aún, como hace diez y ocho siglos, tiende incesantemente sus redes evangélicas sobre todos los pueblos, del norte al mediodía, del oriente al occidente. Como modelo de estos pescadores supremos de almas, recuerdo á San Gregorio el Grande.

II. *El púlpito y la predicacion evangélica.*—Los pescadores de hombres son en segundo lugar los predicadores, los amadores cristianos; Sócrates establece el principio de que el arte de persuadir, ó la elocuencia, solo debe servir para inculcar el bien y desterrar el mal; y en caso de que este se haya cometido, hacer que cada uno se acuse rigurosamente, á fin de recibir el castigo correspondiente. Lo que solo era en Sócrates un ideal, se ha convertido en el ser del catolicismo en una realidad palpable, en todos los tiempos y en todos los lugares. El púlpito católico es la tribuna, sino el trono del que cae incesantemente la palabra de Dios, viva, eficaz, más penetrante que la espada de dos filos, alcanzando hasta la division del alma y del espíritu, hasta la juntura y la médula de los huesos, que descubre los pensamientos y deseos del corazon. Tambien la historia de la Iglesia está llena de los maravillosos efectos de salud producidos por la palabra de los grandes maestros del púlpito cristiano, Leon el Grande, Gregorio el Grande, los Bssillos, los Gregorios de

Nazianzo, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Agustines, los Crisólogos, los Tomases de Aquino, los Buenaventuras, los Lejenne, los Bossuet, los Bourdaloue, los Massillon, los Flechter, los Bridaine, los Beaugerard, los MacCarthy, los Lacordaire, los Ravignan, los Félix, los Monsabré, etc. De lo alto del púlpito es de donde la verdad brilla, gusta la virtud y la gracia conmueve profundamente. ¡Luz, amor, conversion! Estos son los grandes objetos de la elocuencia inspirada por Dios.

III. *El confesonario.*—Despues de los misioneros y predicadores, vienen los confesores que son propiamente hablando los pescadores de hombres prácticos y definitivos. Por la confesion acabase el pecado. El confesonario es verdaderamente la garita del cazador, la choza del pescador de hombres. Cada uno de los millones de confesonarios de la Iglesia católica es, pues, un testigo visible, elocuente, del solemne oráculo: ¡Venid en pos de mí, que yo haré que vosotros seais pescadores de hombres! Y porque solamente en la Iglesia católica el confesonario está en pié, la Iglesia católica es solo la Iglesia del Dios salvador que ha constituido á sus apóstoles pescadores de hombres. La confesion es, por otra parte, un yugo tan insoportable á los fieles y al sacerdote á la vez, que, si no hubiese sido divina ó instituida por Jesucristo, hubiera sido imposible hacerla aceptar. ¿Qué representa, en efecto, el confesor en las aproximaciones de Pascua de Navidad, ó de alguna otra gran fiesta, durante una mision ó los mismos ejercicios, en la vigilia de una comunión general, etc.? Está obligado á permanecer en su puesto todo el dia entero y una parte de la noche, si no toda, sin poder casi removerse, en una actitud molesta, con el oido siempre atento, y temiendo no oir, etc. Apodéruse de él el frio muchas veces, el sueño le mata, las exhalaciones molas, físicas y morales, le llegan á ser insoportables. Si, igné martirio para el infortunado que apenas puede salir del confesonario para tomar un poco de reposo ó de alimento, y cumplir las otras funciones igualmente

penosas del santo ministerio! Ah! si no sintiese que es Dios quien le ha puesto, quien le ha como enclavado allí, para hacer volver al redil las ovejas perdidas de su rebaño, mil veces se desanimaría! ¡Qué admirables pescadores de hombres son estos dos nobles y santos ancianos, asistentes ambos del General de la Compañía de Jesús, que, en la Iglesia de Jesús en Roma, oían cada uno, cada año, doce mil confesiones de penitentes venidos de todas las partes del mundo! ¡Y cuántos gordos peces iban á morder los dormidos sedales siempre tirantes, ó á enredarse en sus redes tendidas sin cesar! ¡Vióse salir un día del confesionario del padre Rozaven al más ilustre de los químicos, y al más eminente de los fisiologistas de nuestra Academia de ciencias; ¡Y estos dos santos jesuitas, de edad hoy de setenta y seis años, que oyen en París, de catorce á veinticuatro mil confesiones por año! Todos dos, pero sobre todo el segundo está tan familiarizado con las milagrosas pescas de las almas, que me decía ingénuamente: «Que un pecador sano ó enfermo consienta en darme su dedo meñique, y yo lo conduciré al cielo.» Y el venerable Juan Bautista Viannay, cura de Ars, hombre sencillo, bueno y sin artificios, confesor incomparable, pescador de almas como jamás se ha visto, hacía el cual corría, de todos los vientos del horizonte, una multitud ávida de los beneficios de que era dispensador. Por temprano que se levantase, antes de las tres, ya los penitentes le esperaban á la puerta de su Iglesia. Aun algunos pasaban en ella la noche para estar seguros de llegar á su confesionario. Cuando entraba ó salía de su Iglesia ó atravesaba la plaza, todos se precipitaban hacía él para oír su voz ó al menos para tocar su humilde sotana. Ahí qué emoción causa todavía hoy la vista de este confesionario grosero é incómodo, en el cual tantos pecadores se han arrojado, en el que tantas lágrimas han corrido, en el que tantas alegrías, luces y consuelos han brillado!

El apóstol católico, pescador de hombres en sus misio-

nes, en sus predicaciones, en el confesionario, es también pescador de hombres en la administración de los otros sacramentos, el Bautismo, la Confirmación, la santa Eucaristía, el Orden, el Matrimonio, la Extrema-unción.

Pero mientras que la Iglesia católica cuenta en su seno tantos pescadores de hombres, el pescador de hombres es desconocido en el seno del cisma ó de la herejía. Las misiones protestantes datan de ayer, de los primeros años de este siglo; y se puede decir que si la Reforma, que se llama sin embargo evangélica, trató tan tarde de llevar el Evangelio á las naciones idólatras, fué más por odio al catolicismo que por celo ó caridad. Una vez resuelta esta propaganda, ó mejor dicho esta exportación del cristianismo evangélico, hízose con gran estruendo por sociedades numerosas, bajo la protección de los gobiernos, á fuerza de directores, secretarios, corresponsales, misioneros ó mejor dicho emisarios, cuidadosos viajeros en Biblias, que no son la palabra inmaculada de Dios, y en extractos ó pequeños tratados de moral secos ó sin unción. Estas sociedades bíblicas, á pesar de su enorme crecimiento anual, de sus 25 millones de libros, su ejército de 5 mil misioneros, el millón de biblias ó extractos que distribuyen cada año, de cuyos productos se fabrican en la India estatuas de dioses, y en China suelas de zapatos, son absolutamente estériles. Los anuncios de conversiones son una excepción rara, muy rara, y aun son ellas desmentidas por cofrades celosos ó más sinceros. El misionero ó mejor dicho el comisionario bíblico no es pescador de almas, porque no es enviado, porque no tiene carácter ni misión divina, porque no va, del mismo modo que los apóstoles, según las órdenes de Jesucristo, sin bastón, sin saco, sin provisiones, sin dinero. Recibe 6,000 francos por él, 1,000 por su mujer, 500 para cada niño; aprovecha su posición para hacer un ventajoso comercio; hácese abonar ó compra á vil precio tierras que explota ó vende muy caras. Los numerosos millones de las sociedades bíblicas son el oro del fariseo que dá por ostentación; y que reci-

de su recompensa en este mundo. Los pocos millones de la Asociación para la propagación de la fé son el cuarto del pobre, que se multiplica hasta el céntuplo. Las misiones protestantes son el máximum del poder humano con el mínimum del efecto divino. Las misiones católicas son el mínimum del poder humano con el máximum del efecto divino.

El ministro evangélico no es pescador de hombres en el pálpito cristiano, porque no es enviado, ó porque lo es por una autoridad humana y usurpada. Tambien su palabra no tiene razon de ser; los fieles tienen derecho de discutirla y rehusarla, invocando el principio fundamental de la Reforma que los hace intérpretes de la santa Escritura y jueces supremos en la fé. Diputado por César ó por el pueblo, no es independiente; él tiene intereses de familia que gobernar. Es simplemente un hombre vestido de negro que sube al pálpito cada domingo para hablar de cosas razonables. Su palabra no tiene autoridad, ni carácter sacramental. Fuera de esto, el protestantismo ha degradado la elocuencia cristiana por el lenguaje bajo, trivial, de mal gusto, que quisieron afectar los primeros reformadores para hacerse aceptar mejor del pueblo.

El ministro evangélico, en fin, no es pescador de almas en la administración de los sacramentos. El bautismo apenas es para él una pura ceremonia, una simple aspersión de agua lustral; la confesion está abolida, la comunión es rara, y la Eucaristía no es más que un símbolo, la ordenación es muy probable ó mejor dicho ciertamente nula, el matrimonio, en fin, sólo es un contrato natural. Para él la sola condicion de salvacion es la fé, aun sin el mérito de las buenas obras; su religion es en el fondo el socialismo; no cree ya en la divinidad de Jesucristo; luego no puede haber para él ni redencion, ni conversion.

En resumidas cuentas: Jesús habia tomado el solemne empeño de hacer de los apóstoles y de sus sucesores verdaderos pescadores de hombres. El empeño ha sido mantenido á la faz del universo entero. El verdadero tipo de

los pescadores de hombres existe en gran número; existe en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, y en ninguna parte más. Como, pues, en un oráculo tan increíble y extraño se ha convertido en una inmensa realidad, Jesucristo es Dios, y la Iglesia católica es divina.

Señalemos un hecho que no está bastante marcado: en Francia y por doquiera, el pescador de hombres ha dejado á menudo su nombre en el seno de su apostolado, ó en el lugar de su martirio, de suerte que el cumplimiento del oráculo divino es mil veces monumentalizado: *Venid en pos de mí; que yo haré que vosotros seáis pescadores de hombres.*

Capítulo décimo.—Sexto esplendor de la Fé.—Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.— (Math. c. V, v. 48.)—Al mismo tiempo que son un mandato ó un consejo, estas palabras son tambien una profecía. Jesucristo, en efecto, no imponía mandatos á sus discípulos, ó no les daría consejos evangélicos, si estos mandatos y consejos no debían ser puestos en práctica por un mayor ó menor número de entre ellos. Significan, pues, que la religion de Jesucristo formará una gran multitud de hombres perfectos, siguiendo las huellas de su divino Maestro. Pues bien, este anuncio se ha convertido á su vez en una realidad inmensa que llena el universo. La Iglesia católica, romana, solo entre todas las Iglesias cristianas ha contado siempre, cuenta todavia y contará siempre en su seno un gran número de almas perfectas, santos y santas de virtudes sobrenaturales; luego ellas son divina y solo divina. Ya en el Antiguo Testamento habia sido dicho á los elegidos de Israel: «Vosotros seréis santos, porque vuestro Dios es santo.» Y en efecto, por la fé en el Mesías que debía venir, por la gracia que debía conquistar con su sangre, cierto número de personajes de la Biblia han sido notables por su santidad. San Pablo, en su Epístola á los Hebreos, exalta la fé y la virtud de Abel, Enoch, Noé, Abraham y de todos aquellos que, sin haber

de su recompensa en este mundo. Los pocos millones de la Asociación para la propagación de la fé son el cuarto del pobre, que se multiplica hasta el céntuplo. Las misiones protestantes son el máximum del poder humano con el mínimum del efecto divino. Las misiones católicas son el mínimum del poder humano con el máximum del efecto divino.

El ministro evangélico no es pescador de hombres en el pálpito cristiano, porque no es enviado, ó porque lo es por una autoridad humana y usurpada. Tambien su palabra no tiene razon de ser; los fieles tienen derecho de discutirla y rehusarla, invocando el principio fundamental de la Reforma que los hace intérpretes de la santa Escritura y jueces supremos en la fé. Diputado por César ó por el pueblo, no es independiente; él tiene intereses de familia que gobernar. Es simplemente un hombre vestido de negro que sube al pálpito cada domingo para hablar de cosas razonables. Su palabra no tiene autoridad, ni carácter sacramental. Fuera de esto, el protestantismo ha degradado la elocuencia cristiana por el lenguaje bajo, trivial, de mal gusto, que quisieron afectar los primeros reformadores para hacerse aceptar mejor del pueblo.

El ministro evangélico, en fin, no es pescador de almas en la administración de los sacramentos. El bautismo apenas es para él una pura ceremonia, una simple aspersión de agua lustral; la confesion está abolida, la comunión es rara, y la Eucaristía no es más que un símbolo, la ordenación es muy probable ó mejor dicho ciertamente nula, el matrimonio, en fin, sólo es un contrato natural. Para él la sola condicion de salvacion es la fé, aun sin el mérito de las buenas obras; su religion es en el fondo el socialismo; no cree ya en la divinidad de Jesucristo; luego no puede haber para él ni redencion, ni conversion.

En resumidas cuentas: Jesús habia tomado el solemne empeño de hacer de los apóstoles y de sus sucesores verdaderos pescadores de hombres. El empeño ha sido mantenido á la faz del universo entero. El verdadero tipo de

los pescadores de hombres existe en gran número; existe en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, y en ninguna parte más. Como, pues, en un oráculo tan increíble y extraño se ha convertido en una inmensa realidad, Jesucristo es Dios, y la Iglesia católica es divina.

Señalemos un hecho que no está bastante marcado: en Francia y por doquiera, el pescador de hombres ha dejado á menudo su nombre en el seno de su apostolado, ó en el lugar de su martirio, de suerte que el cumplimiento del oráculo divino es mil veces monumentalizado: *Venid en pos de mí; que yo haré que vosotros seáis pescadores de hombres.*

Capítulo décimo.—Sexto esplendor de la Fé.—Sed perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.— (Math. c. V, v. 48.)—Al mismo tiempo que son un mandato ó un consejo, estas palabras son tambien una profecía. Jesucristo, en efecto, no imponía mandatos á sus discípulos, ó no les daría consejos evangélicos, si estos mandatos y consejos no debían ser puestos en práctica por un mayor ó menor número de entre ellos. Significan, pues, que la religion de Jesucristo formará una gran multitud de hombres perfectos, siguiendo las huellas de su divino Maestro. Pues bien, este anuncio se ha convertido á su vez en una realidad inmensa que llena el universo. La Iglesia católica, romana, solo entre todas las Iglesias cristianas ha contado siempre, cuenta todavia y contará siempre en su seno un gran número de almas perfectas, santos y santas de virtudes sobrenaturales; luego ellas son divina y solo divina. Ya en el Antiguo Testamento habia sido dicho á los elegidos de Israel: «Vosotros seréis santos, porque vuestro Dios es santo.» Y en efecto, por la fé en el Mesías que debia venir, por la gracia que debia conquistar con su sangre, cierto número de personajes de la Biblia han sido notables por su santidad. San Pablo, en su Epístola á los Hebreos, exalta la fé y la virtud de Abel, Enoch, Noé, Abraham y de todos aquellos que, sin haber

visto el cumplimiento de las promesas, las han saludado de lejos con el profundo sentimiento de que eran estran- jeros y viajeros en la tierra. Comentando esta apoteosis de san Pablo, san Ambrosio tómase el cuidado de hacer notar que la filosofía pagana no ha engendrado ningún héroe que se pueda comparar á los patriarcas y profetas de la antigua ley, santificados anticipadamente por la fé en Jesucristo. Pero solo despues de la venida, los ejemplos, las lecciones y la muerte del divino Salvador, la tierra de- bía dar á los ángeles y á los hombres el espectáculo no so- lamente de actos en gran número de virtudes heroicas, si que tambien la costumbre de virtudes heroicas que la Iglesia católica exige de aquellos que coloca sobre los al- tares. Las virtudes heroicas están caracterizadas y defi- nidas en el admirable capítulo quinto de San Mateo, que termina por el llamamiento á la perfeccion, y que es al mismo tiempo el *Sermón* hecho en la montaña: «Bienaven- turados los pobres de espíritu; bienaventurados los man- sos; bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia; bienaventurados los misericordiosos; bienaventurados los limpios de corazón; bienaventurados los pacíficos; bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia. Bienaventurados sois, cuando os maldijeren y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo, á causa de mi nombre. Gozaos y alegraos, por- que vuestro galardón es por cierto muy grande en los cie- los; pues así tambien persiguieron á los profetas, que fue- ron antes de vosotros... Vosotros sois (notemos que se trata aquí de una afirmacion y no de una simple invitacion) la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo... Vuestra luz ha de brillar delante los hombres para que den gloria á vuestro Padre que está en los cielos... Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos... Fué dicho á los an- tiguos: «No matarás;» mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, le dice *raca*, y le llama insensato, obligado será á juicio y pasará por el fuego... Si fueres

á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante el altar, y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano; y entonces vén á ofrecer tu ofrenda... Fué di- cho á los antiguos: «No adulterarás.» Pues yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codi- ciarla, ya cometió adulterio en su corazón... Si tu ojo de- recho te sirve de escándalo, sácalo... Si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala de tí... Fué dicho á los antiguos; «No perjurarás: más cumplirás si Señor tus juramentos.» Pero yo os digo que de ningún modo ju- reis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por tu cabeza. Que vuestro hablar sea: sí, sí, no, no, porque lo que excede de esto de mal procede. Fué dicho: «Ojo por ojo y diente por diente.» Mas yo os digo que no volvais mal tratamiento por mal tratamiento. Antes si alguno te hierie en la me- jilla derecha, párale tambien la otra... Da á aquel que te pidiere, y al que te quiere pedir prestado no le vuelvas la espalda. Fué dicho: «Amarás á tu prójimo y aborrece- rás á tu enemigo.» Mas yo os digo: Amad á vuestros ene- migos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, á fin de que seáis bendi- cidos de mi Padre que está en los cielos. Si amais á los que os aman ¿qué recompensas tendreis? ¿No hacen tambien lo mismo los publicanos? Cuando ameis á vuestros hermanos, no heisais lo que hacen los paganos. Sed, pues, vosotros perfectos así como vuestro Padre celestial es per- fecto.»—Este sublime lenguaje de simplicidad y santi- dad es por sí solo un brillante esplendor de la fe. Carac- teriza al Verbo encarnado Hijo de Dios vivo. Una inteli- gencia humana hubiera sido impotente para concebir este divino ideal. Pues bien, todo lo más perfecto que pide Je- sucristo, millones de héroes católicos se lo han habitual- mente concedido. La Iglesia no beatifica á los que, ha- blendo entrada en el camino de la santidad, ceden todavia á algunas debilidades humanas. Con dificultad ha perdo- nado á Pedro Claver un movimiento de impaciencia contra

sus muy amados negros, que, aunque á menudo advertidos, hallaban todavía sus indecentes danzas. Las virtudes cuya costumbre suponen los decretos de beatificación son: las virtudes teologales, la Fe, la Esperanza y la Caridad; las virtudes cardinales, la Prudencia, la Justicia, la Templanza, la Fortaleza; las virtudes religiosas, el Zeo de la gloria de Dios, la Humildad, la sumisión á la voluntad de Dios, la Durez, la Prolencia, el Desprecio del mundo, la Mortificación, la Pobreza, la Castidad, la Obediencia. Pues bien, la historia eclesiástica de todas las edades prueba de una manera brillante que todas estas virtudes han sido llevadas hasta el heroísmo por una multitud de santos perfectos, como Jesucristo quería que fuesen perfectos. Es imposible pensar en cualquiera de estas virtudes evangélicas, sin enlazarla al nombre popular de uno de los santos cuyas fiestas celebramos.

¡Qué bello monumento la serie de decretos de beatificación y canonización de los santos de los cuatro últimos siglos! ¡Qué gloriosa lista de nombres y de virtudes evangélicas! ¡Qué admirables tipos de perfección de todas las edades, de todos los sexos, de todas las condiciones de la vida, estando fielmente reproducidos en ellos los rasgos del divino autor y consumador de nuestra fe, espejo, modelo, regla, sello de santidad! Recordemos algunos.

San José.—Es justo, es decir modelo cumplido de todas las virtudes. La milagrosa preñez de su esposa le inquietó, le turba; quiere abandonarla sin ruido, en secreto. El ángel lo tranquiliza con una palabra. Cree en esta palabra del cielo y adora al Niño Dios. Ordenásele partir de noche y llevar al niño con su madre; parte. Es pobre y lleva con alegría las fibras de la pobreza. Durante tres días, con los ojos inundados en lágrimas, buca al divino Infante perdido en el templo. Ama la laboriosa soledad de Nazareth. Jesús y María reciben su último suspiro.

San Juan Bautista.—«Qué feliz! Aquel que vendrá después de mí, ha sido hecho antes que yo... ¡llé aquí el condono de Dios que quita los pecados del mundo!» ¡Qué hu-

mildad! «Yo soy la voz que clama en el desierto... Yo no soy digno de desatar las correas de sus zapatos.» ¡Qué austeridad! Tiene por vestido un manto de pelos de cabra, por cinturón una tirilla de cuero, por alimento la miel salvaje del bosque y la langosta de los campos. ¡Qué amor tan perfecto! «Es preciso que él crezca, pero que yo disminuya.» ¡Qué energía! No vacila en reprender á Herodes al escándalo que da, é inclina dócilmente la cabeza bajo el hierro del verdugo.

San Juan Evangelista.—Su virginidad hizole el discípulo amado. En la postrer Cena, coloca su cabeza sobre el corazón de Jesús, es el confidente de sus secretos. Al morir, Jesús le confía su madre y lo dá como hijo á María... Es el águila que sube á lo más alto de los cielos y que cuenta sus maravillas... Es el apóstol inspirado de la divinidad y caridad de Jesucristo. Sólo hay en su corazón amor... Sólo hay en sus labios estas benditas palabras: «Hijos míos, amáos los unos á los otros.»

Un niño, San Cirilo.—Tenía sin cesar en la boca el nombre de Jesús. Furioso su padre al ver que no quería adorar los ídolos, lo arroja de su casa y lo denuncia como cristiano. El juez le insta á que ceda á la voluntad de su padre, y entre de este modo en posesión de su herencia. «Yo estaré mejor, dice, con mi Padre que está en el cielo; yo no temo la muerte, será para mí el principio de una nueva vida.» So le conduce al lugar del suplicio; muéstrale la hoguera, la cuchilla, todos los instrumentos de muerte. Permanece inquebrantable. «No temo ni el hierro, ni el fuego; apresuraos á matarme á fin de que vuele más prontamente al cielo.» Los asistentes horran; confjérales á que se reconcijen con él y les anima. Muere como héroe... ¡Vuestras alabanzas, Señor, han salido gloriosas de labios de este santo niño!

Una joven doncella, Santa Inés.—Tenía trece años. Su belleza y riquezas hicieronla pedir en matrimonio por muchos jóvenes de las primeras familias de Roma. Pero ella no quiere tener otro esposo que Jesucristo. Insisten;

permanece inflexible. Irritados llaman en su auxilio las amenazas del juez y la vista de los instrumentos de suplicio... Se enciende una gran hoguera, llévanse los caballetes y las uñas de hierro; lués no experimenta movimiento alguno de debilidad. Se la arrastra ante los ídolos para forzarla á ofrecerles incienso; levanta la mano, pero es para hacer la señal de la cruz. Enciérranla en un lugar de desipacion. «Nada temo, dice al juez; Jesucristo es demasiado celoso de la castidad de sus esposas, para consentir que yo sea violada.» Vencidos por su angelical belleza, los libertinos la respetan. Uno sólo más temerario atrevése á dirigirle sus impúdicas miradas. Al instante queda ciego. Más furioso aun, el juez la hace decapitar. Inés, dice san Ambrosio, marchó al suplicio con más alegría que otra al tálamo nupcial.

Una jóven esposa. Santa Cecilia.—Era de una familia ilustre y cristiana. Su vida estaba por completo consagrada á la oracion y á la caridad. Era la abeja siempre activa y zumbidora que llenaba su colmena con la miel de todas las virtudes. Desposóse con un jóven patricio llamado Valeriano. Fué levantado el tálamo nupcial, pero Cecilia habia dirigido á Dios esta oracion: «Haced que mi corazón y mi cuerpo, que han permanecido hasta ahora inmaculados, conserven la flor de la virginidad.» Fué escuchada. Valeriano abrió los ojos á la verdadera fe y conviértose en cristiano. Lo mismo hizo Tiburcio, su hermano, y un jóven oficial del pretorio llamado Maximo. Estos tres jóvenes murieron mártires de su consiencia en defender su religion. Cecilia, despues de haber asegurado su salvacion eterna, obtuvo á su vez la gloria del martirio. Se le cortó la cabeza.

Una madre y sus hijos mártires. Santa Felicidad, dama romana, tan distinguida por sus virtudes como por su nacimiento, tuvo siete hijos que educó en el temor del Señor y en la piedad. Habiendo quedado viuda, consagró todas sus comodidades á Dios y á la conversion de los idólatras. Denunciada como cristiana por los sacerdotes paganos,

compareció ante el tribunal de Publico. Requerida á que sacrificase á los ídolos, rehusó hacerlo y exclama: «Con la virtud del Espíritu de Dios que combatirá en mí, saldré victoriosa del combate.—¡Pero vuestros hijos! ¡Me obligaréis á arrebatárlas la vida!—Mis hijos vivirán eternamente con Jesucristo si son fieles.—¿Qué no teneis piedad alguna de ellos! ¡Están en la flor de la edad y pueden esperar las más altas dignidades!—¡Vuestra piedad es una impiedad! Hijos míos, mirad al cielo en que Jesucristo os espera con sus santos.» Publico mandó entonces abofetear á Felicidad, é interrogó separadamente á los siete niños. Ninguno se inmutó por sus amenazas ó sus promesas. Murieron todos en distintos suplicios, á la vista de su madre que recogió, la última, la corona del martirio. Temia más, dice san Gregorio el Grande, dejar en la tierra sus siete hijos, que las otras madres no temen sobrevivirles. Fué ocho veces mártir, pues que sufrió lo que sufrió cada uno de sus siete hijos.

Un mártir en la fuerza de la edad.—San Lorenzo.—Las extraordinarias virtudes de que dió ejemplo en su juventud, conquistaronle la afeccion de san Sixto que le nombró el primero de los diaconos, guardian de las riquezas de la Iglesia, y encargado de distribuir las rentas á los pobres. Cuando el santo Papa marchó al suplicio, Lorenzo entristecido exclamó: «¿Dónde vais, Pontífice, sin vuestro diacono?—Yo no te abandono, hijo mio... pruebas mayores y una victoria más gloriosa te esperan! Dentro tres dias me seguiras. Entre tanto dá á los pobres los tesoros de que eres depositario.» Lorenzo obedeció. Y cuando, más tarde, el prefecto de Roma le exigió que le ramificase su depósito, Lorenzo le contesta, mostrándole una multitud de pobres: «¡Ved á quiénes han sido distribuidas las riquezas de la Iglesia!» Irritadísimo el juez esclama: «Sé que deseas tu muerte, la tendrás; pero no creas que sea pronta, te haré morir por grados.» Colocáronse parrillas de hierro sobre carbones medio encendidos; Lorenzo fué colocado encima. Su semblante mostróse á las miradas

de los cristianos rodeado de una aureola de gloria. Era como insensible á los ardores del fuego material. «Podeis volver mi cuerpo, dice á los verdugos despues de algun tiempo, está bastante tostado de este lado.» Algo despues: «Mi carne está bastante cocida, podeis comer de ella.» Oraba con fervor pidiendo á Dios la conversion de Roma. Terminada su oracion, elevó los ojos al cielo y entregó el espíritu. Su fin, coincidido con el de la idolatría que desapareció poco á poco, hasta el día en que el mismo senador veneró los sepulcros de los apóstoles y de los mártires.

Un anciano mártir.—*San Policarpo* tuvo la felicidad de conversar con aquellos que habian visto al Salvador, y de beber el espíritu de Jesucristo en las instrucciones de los mismos apóstoles. San Juan á quien se adhirió más particularmente, hizo le obispo de Esmirna: Un dia encontró en Roma á Mercurio, el enemigo de la divinidad de Jesucristo, que atrevióse á preguntarle si le reconocia. «Sí, dijo, yo te reconozco por el hijo primogénito del diablo.» Sufrió el martirio bajo el reinado del emperador Marco Aurelio. Condujosele al anfiteatro, y el juez le amenazó con hacerle arrojar á las fieras ó á la hoguera: «Sólo temo una cosa, contesta Policarpo con calma, y es el fuego eterno.» ¡Entráguesele á las llamas! esclama el pueblo. Al mismo instante, la leña es amontonada en torno de una columna á la cual se está el santo anciano. Hace á Dios esta oracion: «Señor Jesús, Dios del cielo y de la tierra, os doy gracias, porque ha llegado la hora en que tengo la felicidad de ser asociado á los mártires.» Las llamas rodearonle al instante, pero respetaron su cuerpo. El verdugo le mató de una puñalada. Así murió gloriosamente, por el nombre de Jesús, este venerable pontífice, á la edad de ochenta y seis años.

Un mendigo.—*San José Labre.*—Pobre, humillado, despreciado, errante por el mundo, vestido de harapas, sólo vivía de limosnas que jamás pedía, y que dividía entre más pobres que él cuando escedían á sus necesidades. Pasaba el día en su querida iglesia de Nuestra Señora de los

Montes, y la noche en el hospital. Cuando lanzó el último suspiro, un grito escapóse de todas las bocas. «El santo ha muerto!» Dios ha manifestado su gloria por numerosas milagros. La Iglesia lo ha colocado entre sus santos, y débese decir que su canonizacion ha sido uno de los actos más gloriosos del soberano Pontificado de Pio IX (1).

Una pastora.—*Santa Genoveva.*—Apenas contaba siete años cuando ya un santo obispo, German de Auxerre, anunció su futura santidad. Consagróse á Dios, del que llegó á ser fiel esposa. Su mortificación era extrema, profunda en humildad, viva en fe, ardiente en caridad. Tratabasele de visionaria ó hipócrita. Aumentó la ira, cuando atrevióse á predecir que Paris escaparía á la espada de Alia que acababa de invadir las Galias. Pero cuando vióse á los Hunos cambiar el plan de marcha, la persecucion dirigida contra la santa cedió su lugar á la admiracion. Genoveva hizo mucho tiempo todavía brillantes prodigios. Murió á los noventa años. Y despues de tantos siglos es honrada solemnemente é invocada con un fervor siempre nuevo como patrona de Paris. Sus cenizas han sido arrojadas al viento, pero la piedra de su sepulcro grita: victoria!

Un labrador.—*San Isidro.*—Desde temprano brilló su santidad por su paciencia en sufrir las injurias, por su dulzura con aquellos que le profesaban envidia, por su fidelidad á sus amos. Hacia de su trabajo un acto de religion. Mientras su mano conducía el arado, su corazón conversaba con los angeles y con Dios. Lleno de caridad por los pobres, repartía entre ellos su salario. Inspiró tambien á su mujer los sentimientos de su fe profunda, que mereció ser inscrita en el número de los santos que honra España. El piadoso labrador preparóse dignamente á la muerte por un acrecentamiento de fervor; fué la admiracion de todos los que asistieron á su postrer hora. Su

(1) Pio IX la llamó y Leon XIII la ha terminado recientemente. Nota de los editores.

eminente, aunque oculta santidad, ha sido el objeto de una admiración universal. España y la villa de Madrid cuentanle en el número de sus más gloriosos patronos.

Un portero. A Iñonso Rodríguez.—Primero fué mercader, pero habiendo experimentado muchos reveses de fortuna, dió la mano de Dios, entregóse por completo á las obras de la santificación cristiana, y entró en la Compañía de Jesús. Sus superiores confiáronle el cargo de portero del colegio de Mallorca, y desempeñó este empleo hasta el fin de su vida. En este humilde puesto fué donde se elevó á la más alta santidad, caminando sin cesar en la presencia de Dios. Su mortificación era extrema. Su obediencia y su humildad no tenían límites. Con todos era afable y amasador. Velasele muy á menudo en éxtasis; pero los dones de Dios no envañecían su corazón; mirábase como el mayor de los pecadores. Murió á la edad de noventa años y convirtióse en el objeto de una veneración profunda.

Una sirvienta. Santa Zita.—Nació de padres pobres. A la edad de doce años púsose al servicio de un rico habitante de Luca, y no abandonó á éste hasta su muerte. Divinamente con los pobres to poco que tenía. Su cama ordinaria es una tabla de madera, ó la tierra desnuda. Dulce, humilde, sumisa con todos, mostraba un valor intrépido ante los libertinos. Su virginidad era la recompensa de una vida mortificada y de una oración continua. Su servicio no disminuía por sus ejercicios de piedad. También sus amos acabaron por tratarla con bondad, y aun con veneración. En su vejez, fué considerada no como una criada, sino como la sirvienta de Dios. Su muerte fué sin agonía, espiró dulcemente con los ojos elevados al cielo. Al mismo instante una estrella brillante apareció en el cielo de la ciudad, y los niños exclamaron: «Corramos á la iglesia de Santa Fredegunda, porque Zita la santa ha muerto.» Milagros numerosos atestiguaron su santidad. La república y la ciudad de Luca la han escogido por su patrona.

Un fugitivo. San Alejo.—Hijo único de un rico senador de Roma, recibió una educación conforme á su rango, y se distinguió desde temprano por su beneficencia con los pobres. Cuanto más avanzaba en edad, menos podía apartar de su imaginación el pensamiento de Dios y de la eternidad. Sus padres quisieron absolutamente casarle, pero, por una inspiración extraordinaria, el día mismo de las bodas, usando de la libertad que la santa Iglesia concede de abrazar un estado más perfecto, antes de la consumación del matrimonio, huyó y fué á ocultarse en una pequeña cabaña vecina á una iglesia dedicada á María. Sus virtudes atrajeron la atención; todo en su persona manifestaba un origen noble. Cambió de residencia, volvió á Roma vestido de peregrino, y pidió hospitalidad en la casa de su patria. Se le concedió un pequeño retrete en que pasó el resto de sus días, ignorado de los miembros de su familia. Sólo dióse á conocer en la hora de su muerte. Hicieronle magníficos funerales. Su cuerpo encontrado en el siglo XIII, descansa hoy en una iglesia levantada en su honor. Su nombre encuéntrase en todos los martirologios griegos y latinos.

El abogado de los pobres. San Ivo.—Descendiente de una familia ilustre y piadosa, hizo, en las más renombradas universidades, brillantes estudios de filosofía, teología y derecho canónico. La santa gravedad de su conducta imponía á los más libertinos y acababa por conmovierles. Su vida estaba dividida entre la oración, el estudio y la caridad. Su mortificación era excesiva; acostábase sobre el duro suelo, con un libro ó una piedra por almohada. El día de su ordenación y de su primera misa virtió lágrimas de alegría y de amor. Nombrado oficial, esto es, juez eclesiástico de la diócesis de Vannes primero, y de la de Treguier despues, desempeñó este empleo con una abiduría y habilidad incomparables. Los huérfanos, las viudas, los pobres, los desamparados encontraban en él un defensor infatigable. Los más ilustres jurisconsultos admiraban su ciencia y conocimientos en derecho, al

mismo tiempo que estaban bajo la influencia de los encantos de su elocuencia. Mandó edificar junto á su presbiterio un hospital para los pobres y enfermos. En los últimos tiempos de su vida, velasele sostenido por dos personas, predicar y responder á todos los que venían de lejos á consultarle. Sucumbió á tantas fatigas, y vióse obligado á meterse en cama. Habiendo recibido los últimos sacramentos, no habló más que con Dios hasta su último suspiro. Había practicado la virtud hasta un grado heróico en las tan peligrosas funciones de juez, de abogado, de cura-párroco, funciones que han dado á la Iglesia tan pocos santos.

Un ermitaño. San Pablo.—Nacido en la baja Tebaida, aún no tuvo quince años fué á vivir apaciblemente en la práctica de todas las virtudes cristianas, cuando el emperador Decio inauguró la persecucion contra los cristianos. El joven Pablo, para poner su fe en seguridad, creyó debía antes que todo ocultarse; pues sentíase inspirado á vivir enteramente en el retiro. Encontró una caverna junto á la cual había una fuente y una palmera que le daban vestido y alimento. Tenia ya ciento trece años, cuando san Antonio fué conducido á su soledad por una revelacion del cielo. Los dos santos conociéronse sin haberse jamás visto. Conversaron todo el dia sobre las cosas de Dios y pasaron la noche en oracion. Al dia siguiente por la mañana Pablo rogó á Antonio que fuese á buscar el manto de san Atanasio y que se lo trajese, para poderse revestir con él un instante antes de morir. A su vuelta, Antonio encontró al santo de rodillas sin movimiento y sin vida. Dos leones venidos del desierto cavaron una fosa en la cual pudo Antonio sepultar al servidor de Dios.

Un Patriarca. San Atanasio.—Elevado á la edad de treinta años á la silla patriarcal de Alejandria, consagróse por completo á sus deberes de pastor de almas. Gobernaba con dulzura y firmeza el rebaño confiado á su cuidado, cuando apareció en el horizonte el audaz menospreciador de la divinidad de Jesucristo. El impío Arrio

se quitó luego la máscara; agrupó en torno suyo numerosos partidarios y creyóse seguro del triunfo... Pero Atanasio está allí en pie sobre la brecha, como un centinela avanzado y vigilante. Aterrorizó y abatió con su elocuencia vehementemente y llena de caridad al nuevo Cerinto. Vencido en el terreno de la doctrina, Arrio atacó á Atanasio por la calumnia y trató de hacerle abominable á los ojos de la cristiandad. El santo y animoso doctor fué injuriado á que compareciese ante un conciliábulo formado de obispos, antes dignatarios del imperio que defensores de la enseñanza de la Iglesia. Atanasio desoecierda á sus jueces prevaricadores con la majestad de su actitud y la precision de sus respuestas. Ganada es su causa, manifiesta es su inocencia; pero aquí, como demasiado á menudo sucede, la fuerza domina el derecho. El intrépido obispo debió tomar el camino del destierro. Cinco veces será de este modo alejado de su querido rebaño. ¡Qué importa! La inextinguible llama del amor de Jesucristo arde pura y ardiente en su noble pecho. Inmutable testimonio de la verdad, esperará en la oracion, las vigillas y el ayuno, la hora de la calma y del regreso. La tempestad acabó por apaciguarse, y Atanasio fué á terminar sus dias en medio de este pueblo fiel de Alejandria, á quien no habia cesado de edificar por su paciencia heróica, su humildad profunda, su austeridad sin limites y su invencible adhesion á la doctrina de la Iglesia.

Una Emperatriz. Santa Elena.—Casóse con Constancio Cloro, cuando este sólo era oficial, quien vióse forzado á repudiarla al ser asociado al Imperio. Era una de las condiciones de su elevacion. El honor de haber dado á luz al gran Constantino presto hubiera consolado á Elena de esta ofrenda, si hubiese podido prever sus felices consecuencias, sobre todo para su salvacion. Abrazó la fe cristiana despues de su hijo; pero supo recobrar el tiempo perdido en la idolatria. Distinguióse sobre todo por una piedad humilde y sincera, que haciale olvidar su dignidad, y confundirse con el pueblo en las santas asam-

bleas, por un amor tierno y generoso hácia los pobres, cuya madre era, por un celo y liberalidad sin límites por la construcción de iglesias. Elena tenía ochenta años cuando su hijo la rogó se encargase de velar por la construcción de un templo que quería edificar en el Calvario. Elena partió á los Santos Lugares, ardiendo en el deseo de encontrar la cruz en que fué muerto Jesucristo. Sus deseos fueron oídos: la verdadera Cruz apareció á la luz del día. Elena atestiguó á Dios su agradecimiento por una ininidad de buenas obras. De regreso á Roma, presto entregó su santa alma á Dios, bendiciendo tiernamente á su familia arrodillada al pié de su lecho.

Un doctor. San Ambrosio.—Era gobernador de Milan, cuando fué llamado, como por inspiración, á la sede episcopal de esta gran ciudad. Su conducta no tardó en justificar esta elección. Viéronse brillar en él todas las cualidades que poseen los grandes y santos obispos. Su celo en instruir el pueblo era infatigable, su desinterés ejemplar, su caridad sin límites, su dulzura con las almas extraviadas incomparable. A él debe la Iglesia la conversión de san Agustín. Mostróse inflexible con las usurpaciones de la emperatriz Justina, y negó enérgicamente la entrada de la Iglesia al emperador Teodosio, manchado con la muerte de los habitantes de Tesalónica.

Una madre. Santa Mónica.—Educada por una sabia aya, aprendió desde temprano á domar sus nacientes pasiones y á reprimir los arranques de su carácter. Desposóse con un ciudadano de Tagaste llamado Patricio, hombre de honor, pero pagano todavía. Tuvo que sufrir mucho con el humor violento y colérico de su esposo, pero no se dispensó jamás de la sumisión que la religion manda á las mujeres cristianas. Esta moderación endulzó poco á poco el impetuoso carácter de Patricio. Acabó por renunciar á la idolatría y tuvo una muerte santa. Dejaba un hijo que debía prolongar todavía por mucho tiempo los pesares de su digna viuda, antes que le diese á su vez tan dulces consuelos. Este hijo era el gran Agustín, alistado

entonces en el error y esclavo de sus pasiones. Todas las exhortaciones de Mónica parecían inútiles; pero las oraciones y las lágrimas que no cesaba de derramar ante el Señor, adelantaban en secreto la hora de su tan milagrosa conversión. Llegó al fin, y esta buena madre no teniendo nada que desear en la tierra, fué á recibir al cielo la recompensa de tantos méritos. Murió en el puerto de Ostia, en los brazos de su querido Agustín.

Un Obispo. San Nicolás.—Este gran santo, que tan popular ha llegado á ser á través de los siglos, vivía en el siglo iv y era obispo de Mira, en Licia. La gran veneración que se ha tenido siempre por él en la Iglesia, y la multitud de templos edificadas en honor suyo, son brillantes testimonios de su eminente santidad. Es mirado como el patron de los niños. Y este título le ha sido con justicia aplicado, porque desde su infancia fué un modelo de inocencia y de virtud. Tenía un extremo placer en formar esta tierna edad en la piedra, y muchas veces salvó á doncellas en peligro de perder su inocencia. Operó muchos milagros perfectamente probados.

Un Doctor. Santo Tomás de Aquino.—Nació en 1226 de una de las primeras familias del reino de Nápoles, y mostró, muy joven aun, grandes disposiciones para el estudio y la virtud. A la edad de diez y siete años tomó el hábito de santo Domingo. Sus parientes desesperáronse á hiciéronle encerrar en un fuerte castillo, donde no se descuidó nada para hacer vacilar su resolución, y en el cual tambien corrió grandes peligros su inocencia. El santo novicio triunfó de todas estas dificultades, consiguiendo escaparse y acabó por pronunciar sus votos. Estudió bajo el gobierno de Alberto el Grande. La superioridad de su espíritu, junto á su pertinaz trabajo, hiciéronle presto capaz de instruir á sus mismos maestros, y de componer estas bellas obras de Teología, que le han hecho dar el sobrenombre de Ángel de las escuelas. El estudio sólo sirvió para aumentar su celo por la perfección y su fidelidad á las prácticas de la devoción, particularmente hácia Je-

sús en el Santísimo Sacramento. Escribió sus más bellos tratados al pie del Crucifijo y mereció oír de la boca del divino Salvador estas dulces palabras: «Tomás, bien has escrito de mí»

Una enferma. Santa Lidwina.—Nacida en Holanda, Lidwina amó á Dios desde sus más tiernos años; á los doce hizo el voto de virginidad. Fué afligida por una horrible complicación de males que obligaronla á guardar cama los treinta postreros años de su vida. Vióse durante siete años privado de uso de casi todos sus miembros. Á estos sufrimientos físicos añadíanse grandes penas interiores. Pero jamás, por un milagro de la gracia, la desesperacion se apoderó de esta alma purificada al crisol del sufrimiento. Meditaba habitualmente sobre la pasion del Salvador de la cual sacaba fuerzas para añadir á sus propios dolores otras mortificaciones voluntarias. Esta paciencia heroica acompañada de una dulzura y humildad raras, de un vivo amor á los pobres, merecióronla el don de milagros y revelaciones. Santa y alegremente crucificada en la tierra con su divino Maestro, debió dividirse con él la corona prometida á los fieles amantes del Calvario.

Un Rey. San Luis.—La reina Blanca, su madre, le educó con gran cuidado. «Hijo mio, deséale á menudo, desearia mas verte ser muerto á mis piés, que cometer un pecado mortal.» Estas palabras grabáronse profundamente en el corazón del jóven Luis. Meditábulas muchas veces, siendo ya rey de Francia. Mostróse tambien tan gran príncipe como ferrento cristiano, y supo ligar todas las virtudes de los santos con las cualidades de un héroe y de un sabio legislador. Después de haber ordenado y pacificando el interior de sus Estados, tomó la cruz y partió á Palestina. Habiendo caido en poder de los musulmanes, nada perdió de la tranquilidad de su espíritu, ni de la dignidad de su carácter. Los mismos bárbaros, conmovidos por tanta grandeza de alma, decían que era el más noble cristiano que jamás habían conocido. Una segunda cruzada no tuvo más feliz éxito, pero procuró al santo Rey la ven-

laja de morir soldado de Dios y de su santa Religion. La peste le arrebató bajo los muros de Túnez. El mismo Voltaire ha rendido un solemne y fiero testimonio á la gran santidad de este modelo incomparable de soberanos, más padre aún que rey.

Un Papa. San Pio V.—Desde la edad de quince años tomó el hábito de san Domingo é hizose una regla el tender siempre á una perfeccion más elevada. Después de haber enseñado con mucho éxito la filosofía y teología, alcanzó ser sucesivamente maestro de novicios, prior, etc., y fué más tarde promovido al cardenalato. Bajo el papa Pio IV, mostró tan gran aptitud para la direccion de los negocios de la Iglesia, que á la muerte de este pontífice fué llamado por aclamacion á sucederle. Hizo todo lo que pudo para alejar de sí este peso, pero debió obedecer. Pio V mostró todavía más ardor por la oracion y la mortificacion: estaba aquí toda su fuerza. Publió los decretos del concilio de Trento, y trabajó con todas sus fuerzas para hacerlos ejecutar. Á su prodigiosa actividad y á sus eficaces oraciones débese la memorable victorja reportada sobre los turcos en 1571. Pio V fué un gran papa y un gran santo.

Un grande de mundo. San Francisco de Borja.—Pasó sus primeros años en la corte de Carlos V que le trató siempre con gran consideracion. Casó con Leonor de Castro de la que tuvo cinco hijos. Habiendo sido encargado de conducir el cadáver de la emperatriz Isabel á Granada, Francisco, horrorizado del estado del cadáver de esta princesa, concibió tal desprecio por las cosas de este mundo, que resultó desde entonces abrazar una vida más perfecta. Viudo á la edad de treinta y seis años, virrey de Cataluña, cuarto duque de Gandía, renunció á todas las grandezas humanas y entró en la Compañía de Jesús. San Ignacio envióle á predicar en varias provincias de España, y le nombró superior de todas las casas de su Orden en este reino. Su extraordinaria humildad y sus otras virtudes, á las cuales su nacimiento daba nuevo brillo, conciliá-

ronle el respeto de grandes y pequeños. Su ministerio fué bendecido. Fué el tercer general de la Compañía. Trece cosas, decía, aseguraron la prosperidad de la Compañía: 1.º El espíritu de oración y el uso frecuente de los sacramentos; 2.º La oposición del mundo y las persecuciones; 3.º La práctica de la más perfecta obediencia.

Un gran canceller. Santo Tomás de Cantorbery.—Canciller del reino de Inglaterra, reinando Enrique II, y arzobispo de Cantorbery ejerció estas pesadas funciones con un celo y un talento que fueron desde luego apreciados por el rey. Tomás era el modelo de su clero, el padre de los pobres, el ardiente defensor de los derechos de la Iglesia. Esta inquebrantable firmeza valiéronle la enemistad de la monarquía. «¡Nadie, decía el rey, tendrá, pues, el valor de librarme de este sacerdote que me da mas malos ratos que todo el resto de mis súbditos!» Tomás, asesinado en su Iglesia al pie del altar, murió como héroe cristiano.

Un fundador. San Juan de Malla.—Nació en Faucon, en Provenza, hacia la mitad del siglo XII, y estudió primero en Aix, despues en París donde recibió el sacerdocio. Mientras decía su primera misa, vió una vision que le dió á entender lo que el cielo pedía de él. Pero á fin de asegurarse más, fué á encontrar en el desierto á un santo ermitaño. Félix de Valois, con el cual concertó la fundación de una orden religiosa destinada al rescate de los cristianos cautivos entre los mahometanos. El soberano Pontífice, despues de haber consultado á Dios en la oración, aprobó el nuevo instituto que tomó el nombre de Orden de la Trinidad. Juan hizo dos viajes á Túnez en los que tuvo que sufrir mucho. Millares de cautivos fueron rescatados. Extenuido de fatiga por los ayunos y mortificaciones fué á morir en Roma en olor de santidad, por el año 1213.

Una fundadora. Santa Teresa.—Nació en Ávila en 1515. Desde la más tierna edad, abrazada por las piadosas lecturas que hacía en su familia, ardía en el deseo de sufrir el martirio, y se portaba con un ardor increíble en todas

las prácticas de piedad. Este primer impulso debilitóse sin embargo con la lectura de algunas novelas y por la amistad que trabó con personas demasiado mundanas. Hubiérase relajado enteramente, si un eficaz movimiento de la gracia no le hubiera inspirado el pensamiento de entrar en la religion. Escogió la órden del Carmelo. Allí todavía tuvo que luchar contra la debilidad humana. Pero en fin, por un nuevo y glorioso impulso, dióse toda á Dios y marchó á grandes pasos por los heroicos senderos de la perfeccion. Recibió el cielo favores extraordinarios, por los cuales Dios la preparaba á la gran obra de la reforma del Carmelo. Llegó laboriosamente á su propósito. Mil contrariedades, mil contradicciones vinieron á asaltarla. Teresa confiaba cada vez más en Dios. Su divisa era: *¡sufrir ó morir,* y despues de haber sufrido mucho, de haber combatido todos los combates del Señor, pudo lograr ver cura al divino Esposo de su alma, el año 1581.

Podría multiplicar hasta lo infinito esta gloriosa lista de modelos de virtudes heroicas, pero forzoso es detenerme.

¿Y quiénes son aquellos á los cuales Jesucristo mandaba la santidad y la perfeccion, que han sido verdaderamente santos perfectos? Estos son los hombres de los cuales el Sabio ha dicho: «El sér humano, en sus sentidos, en sus sentimientos, en su corazon, está inclinado al mal desde su más tierna juventud.» Son aquellos en quienes «la fascinacion de la frivolidad oscurece el bien, y la inconstancia y la concupiscencia hace nacer como invenciblemente la malicia...» «Esta naturaleza humana que hacía esclamar á Job: «¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has hecho contrario á tí?» Que inspiraba á san Pablo estos acentos de desesperacion: «¡Infortunado, yo no hago el bien que amo, y hago el mal que odio!» Estos santos, estos perfectos, son estos apóstoles, estos discípulos, á los cuales decía Jesucristo: «Velad y orad sin cesar, porque el espíritu está pronto y la carne es débil...»

Insensatos y lentos en creer, cuánto tiempo os sentiré á mi lado? Son estos mismos apóstoles, estos mismos discípulos, que, en el día de su Pasión, no habían tenido el valor de velar y orar una hora con él, y que todos huyeron. Si, há aquí los que Jesucristo há hecho santos y aún perfectos. Un gran número de santos, en efecto, como santa Teresa, santa Francisca de Chantal, san Francisco de Borja, san Andrés Avelino, etc., etc., han hecho el voto de tender sin cesar á la perfección, de hacer á cada instante lo que conocerían ser más excelente. Siguiendo las tan elocuentes expresiones de las santas Escrituras, corrían por el camino de la virtud con la rapidez de la centella que invade una gran extensión de cañaverales secos; la habían erigido como por grados en su corazón y los subían con intrepidez; eran como la luz de la aurora, débil al principio de su salida, pero que sube y crece sin cesar hasta que muestra el esplendor del mediodía. Y, repitámoslo de nuevo, estas transformaciones, estas transfiguraciones son propias exclusivamente de la Iglesia católica, apostólica, romana, que es sólo santa, que sólo ella ha hecho, hace todavía y hará siempre santos y perfectos.

Un templo á sangre fría y demasiado célebre. Proudhon, á la invitación divina: «Sed santos porque yo soy santo,» respondió con estas abominables blasfemias, que cualquiera imaginaria salen de boca de Satanás, pero que son por sus excesos un esplendor de la fe: «Espíritu mentiroso, Dios imbécil, tu reinado ha concluido, busca entre las bestias otras víctimas. Yo sé que no soy, ni puedo jamás llegar á ser santo. ¿Y cómo lo serás tú, si yo me asemejo á tí?... ¡Dios, esto es, necedad y cobardía; Dios, esto es, hipocresía y mentira; Dios, esto es, tiranía y miseria; Dios, esto es, el mal! Cuanto más la humanidad se inclina ante un altar, cuanto más el hombre sea esclavo de los reyes y de los sacerdotes, tanto más será reprobado... la paz y el amor serán desterrados de entre los mortales.» Y bien, este mismo Proudhon, vencido por la evidencia de los hechos y el brillante testimonio de la historia, ha dicho de

la religión católica: «Ella es la que cimienta los fundamentos de la sociedad, la que da la unidad y la personalidad á las naciones, la que sirve de sanción á los primeros legisladores, anima con un soplo divino los poetas y los artistas, y, colocando en el cielo la razón de las cosas y el término de nuestra esperanza, derrama á mares sobre un mundo de dolores la serenidad y el entusiasmo... ¡Cómo sabe ennoblecer el trabajo, hacer ligero el dolor, humillar el orgullo del rico y reanimar la dignidad del pobre! ¡con qué valor enardece sus lágrimas! ¡cuán las virtudes hacen nacer! ¡qué de abnegaciones suscita! ¡qué torrente de amor vierte en el corazón de las Teresas, de los Franciscos de Sales, de los Vicentes de Paul, de los Fenelon, y con qué lazo fraternal une los pueblos confundiendo, en sus tradiciones y oraciones, los tiempos, las lenguas y las razas!... La religión ha creado tipos á los cuales la ciencia no añadirá nada; felices nosotros, si enseñámos á la ciencia á realizar en nosotros el ideal que la religión nos ha mostrado!» ¡Esplendor! ¡esplendor!

Jesucristo dijo: «¡Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto, ó más bien, muchos de vosotros seréis perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto!» El oráculo divino se ha cumplido, y su cumplimiento es un milagro evidente de la omnipotencia divina.

Capítulo undécimo. — Séptimo esplendor de la Fe. — A los pobres les es anunciado el Evangelio. — Math. c. XI, v. 5.)

— Los discípulos de Juan vacilaban todavía en colocarse bajo la dirección de aquel que su maestro había llamado «Cordero de Dios.» El precursor estaba prisionero. Herodes había resistido hasta entonces á las sollicitaciones de una esposa ambiciosa y cruel. El lustre cautivo aprovechó los últimos instantes que le dejaba la moderación ó pusilanimidad del Tetrarca. Mandó venir á dos de sus más fieles discípulos y los dirigió directamente á Jesús: «Juan Bautista, dijeron al Salvador, te pregunta: ¿Eres tú el que has de venir, ó esperamos á otro? En aquel momento estaba

rodeado Jesús de una gran multitud de pueblo. Ante los discípulos de Juan, cura á enfermos de sus enfermedades y dolencias, libra á endemoniados y vuelve la vista á los ciegos. Despues, tomando la palabra responde á los enviados: «Id y oadad á Juan lo que habeis visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y á los pobres les es anunciado el Evangelio.» Es, pues, el mismo Jesucristo el que ha colocado el Evangelio anunciado á los pobres en el rango de los milagros que demuestran su divinidad y la divinidad de su santa Iglesia, y que formá un esplendor de la Fe. Los pobres son evangelizados, es decir, rehabilitados, respetados, amados, socorridos y enseñados. Es de nuevo un oráculo, una profecía, y un oráculo que se ha cumplido y se cumple todos los dias. Por doquiera en el cristianismo, teórticamente al menos, pero por doquiera en el seno de la Iglesia católica, romana, dogmática y prácticamente, el pobre es evangelizado de la manera más perfecta, y esta evangelizacion del pobre es de nuevo un gran hecho que llena el mundo. Luego la Iglesia católica es divina, Jesucristo habia ya llamado la atencion sobre este objeto capital de su mision. En una circunstancia memorable, un dia que enseñaba en la sinagoga de Nazaret, su ciudad natal, presentósele el libro del profeta Isaías, abriólo y leyó: «El espíritu del Señor está sobre mí y me ha consagrado por su santa unción; me ha enviado para evangelizar á los pobres.» El evangelio anunciado á los pobres, objeto capital de la mision del divino Maestro, es, pues, también una profecía del Antiguo Testamento, cuyo cumplimiento es verdaderamente maravilloso.

Apenas nació el Mesías, pobre en medio de los pobres, cuando el ángel aparecía á pobres pastores y les decía: «Os anuncio una buena noticia, un gran gozo: que hoy os ha nacido un Salvador, el Salvador de los pobres. Id, encontraréis un niño recostado en un pesebre y envuelto en pañales.» Y al instante una multitud de espíritus celestes entona el himno de salvacion: «¡Gloria á Dios!....

¡Paz á los hombres de buena voluntad!» Los pastores corrieron á Belen, encontraron al niño recostado en el pesebre, creyeron en él y lo adoraron; despues hicieronse los ecos de la buena nueva. Los primeros atraídos al redil del Salvador fueron, pues, los pobres. Fundará su Iglesia sobre los pobres. Sus apóstoles serán pobres, el jefe de su apostolado será un pobre. Al comenzar su predicacion, la primera de las bienaventuranzas será: «¡Felices los pobres!» Hasta entonces, en todos los tiempos, en todas las sociedades, en la antigüedad pagana y en los pueblos cuya civilization más se ha ensalzado, los griegos y los romanos, no solamente ninguna pobreza y miseria era respetada, la historia entera nos lo atestigüa, sino que todas las miserias eran bárbaramente ultrajadas. Allí la indigencia era una verdadera degradacion social, que colocaba al pobre fuera de la familia y de la humanidad. Allí el niño pobre, cobardemente vendido por la sociedad, era abandonado sin defensa á los inhumanos caprichos de un padre que podía á su gusto arrojarlo á la plaza pública como una inmundicia, ó ahogarle con sus propias manos. Allí al lado de un puñado de hombres que gozaban exclusivamente de la vida como un monopolio, vegeaban entre el suplicio del hambre y el más duro aun del desprecio, millares de esclavos, especie de rebaños con figura humana dedicados de día á los más rudos trabajos, y encerrados de noche como viles animales en infectos subterráneos, raza privilegiada para el dolor y el oprobio. Todo esto acontecia bajo el reinado de la razon humana, sin que esta jamás hubiera protestado en favor de la dignidad del hombre. No solamente la filosofía permanecía sin lágrimas ante tantos infortunios, sin palabras contra tanta opresion, sino que proclamaba por boca de Séneca, de Marco Aurelio y de sus otros sabios, que la piedad sólo es una debilidad: «¡Guárdate de llorar con los que lloran!» Pero hé aqui que de repente aparece al mundo la dulzura y la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, gritando al mundo: «¡Mi padre me envia para evangelizar á los pobres!» Dicho

solos los pobres, dichosos los que gimen! Llorad con los que sufren, afligios con los que están afligidos.» Y para obrar esta revolución inmensa, Jesucristo ha encontrado en su corazón humilde y dulce un secreto increíble y divino, mucho más de lo que podamos decir. Quiere que el pobre desde aquel instante sea honrado como El mismo; quiere crearle no solamente títulos a la consideración y al respeto; sino también títulos a una especie de culto y adoración. Y por esto hará de su condición como un inefable sacramento en el cual se revela sensiblemente a nosotros hasta el fin del tiempo. Se encarna en el pobre, se identifica con el pobre: «En verdad, en verdad os digo, lo que hagáis al más pequeño de los míos, me lo hacéis a mí mismo... Aquel que le toca, me toca a la pupila del ojo.» El pobre llora, ¡es Jesucristo quien llora! El pobre tiene hambre, ¡es Jesucristo el hambriento! El pobre mendiga, ¡es Jesucristo el mendicante! El pobre tiene la apariencia de hombre, pero la realidad ha desaparecido; en su lugar no hay más que Jesucristo. Y por miedo de que de esta transformación sólo quedase una idea estéril, el mismo Jesucristo ha sacado la consecuencia práctica. Después de haber revestido al pobre de su dignidad, lo ha revestido de su omnipotencia; lo ha hecho tesoro del cielo. Lo que Jesucristo da, el pobre lo da. Da la verdad, la gracia, el cielo; porque la fe, la gracia, la salvación eterna, todo esto sólo está prometido a los pobres.» Venid, benditos de mi Padre... Yo tuve hambre y vosotros me disteis de comer... Yo tuve sed y vosotros me disteis de beber... ¡Retiraros, malditos, id al fuego eterno! Hé aquí, pues, al pobre verdaderamente divinizado. Vedle asegurado con los homenajes del universo. Será de toda necesidad, bajo pena de muerte eterna, que el hombre se acerque al pobre con respeto. Los derechos de Jesucristo son los derechos del pobre, y esta delegación era absolutamente necesaria para que la indignancia no quedase sin recursos, y para que la humanidad fuese verdaderamente una familia de hermanos, para que el Padre común que está en el cielo ase-

gurase a cada uno el pan cotidiano. ¡Jesucristo en el pobre es la obligación de la limosna, es la deuda de agradecimiento debido a un amor infinito! Es también la regla del amor que debe medirse, no sobre las necesidades del pobre, sino sobre los derechos de Jesucristo en las dimensiones de la cruz. Y la cruz es lo infinito en el amor. Es de nuevo el consuelo y la gloria en la limosna. Es, en fin, la refutación de todas las objeciones que el mundo no cesa de oponer a la limosna.

Importa probar que Jesucristo para afirmar mejor la bienaventuranza del pobre, le ha opuesto la desgracia del rico: «¡Ay de vosotros ricos! En verdad os lo digo, es difícil que un rico entre en el reino de los cielos.... Os lo repito, es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el cielo.»

¡Qué cosa más extraordinaria que estas extrañas doctrinas sobre la pobreza y la riqueza, escándalo para el judío, locura para los gentiles, sabiduría y virtud de Dios para los elegidos, hayan entrado anticipadamente en la sociedad humana, que hayan cambiado todas las ideas, todos los sentimientos, todas las relaciones! Es que el pobre tiene derecho de sacudir el polvo de su oprobio, de erigir su cabeza inclinada por la desgracia y más aun por el desprecio. Las humillaciones del pobre han acabado. Ahora son los días de su grandeza y de su gloria. Puede sin ruborizarse tender la mano y cerrarla sobre la limosna del rico, porque esta limosna no es sólo un socorro arrojado a la miseria, sino un tributo pagado a la dignidad real de Jesucristo, a quien representa. Pues bien, un tributo jamás degrada a la dignidad real que lo reclama y lo acepta. ¡Qué sublime designio poner al pobre sobre todo por el solo hecho y en el solo nombre de su pobreza! ¡Qué conocimiento de su propia fuerza para tentar tal revolución! ¡qué poder para hacerla aceptar! A falta de otro esplendor, este solo basta para hacer caer de rodillas ante Jesucristo y su santa Iglesia católica, apostólica, romana; porque verdaderamente tanto poder, tanta

grandeza y caridad sólo pueden pertenecer á un Dios.

Antes de ser civilizada por la Cruz, la sociedad no conocía otros monumentos que los arcos de triunfo, los teatros y los templos de los ídolos, esto es, los tristes monumentos del error, del orgullo y de la voluptuosidad. Ahora admírase al ver levantar nuevos edificios, caritativos y gloriosos, cuya sola inscripción revela el genio que les da nacimiento: «*A Jesucristo en sus pobres*». Pero la Iglesia hace más todavía. Con este poder de creación que le ha legado su divino Fundador, suscita por todos lados instituciones religiosas que se reparten entre sí todas las miserias que hay que recoger y aliviar. A su voz y bajo su influencia, entre los mismos sacudimientos de las revoluciones y las tinieblas de la barbarie, surgen generosas asociaciones rivalizando entre sí en abnegación, disputándose á porfia la palma del sacrificio, cuyas leyes son el verdadero título de beneficencia, cuya constitución permanecerá siendo siempre la viviente organización de la caridad. Ninguna de las innumerables miserias se escapará á la santa conspiración de su celo, cuyo ejercicio es un nuevo esplendor de la Fe. «Conoceran que sois mis discípulos si os amáis los unos á los otros.»

Sólo se tratará aquí de la evangelización que se ejerce por la instrucción, por la enseñanza de los pobres y de los pequeños. Es de nuevo un hecho más brillante que el día, que, 1.º en el seno del cristianismo, en general, y de la Iglesia católica, apostólica y romana, en particular, la enseñanza ha tomado enormes proporciones; que las escuelas que remontense á los siglos apostólicos han ido multiplicándose sin cesar hasta alcanzar una cifra prodigiosa; 2.º que en las naciones que han permanecido siendo idólatras, aun en aquellas en que la civilización es muy antigua y avanzada, como la China y el Japon, la instrucción reduce á muy poca cosa, á la esplicacion de algunos textos de Confucio; 3.º que entre las naciones que han abandonado el cristianismo, la instrucción de las clases inferiores de la sociedad ha llegado á ser casi nula. De

manera que la enseñanza, la instrucción del pobre es muy evidentemente un brillante esplendor de la Fe.

Ya en el siglo primero, san Juan en Efeso fundó una escuela en la cual instruía á los jóvenes. San Policarpo, su discípulo, hizo lo mismo en Esmirna. En los siglos II y III, vemos escuelas y bibliotecas colocadas al lado de las iglesias. En primera línea de estas escuelas hay que colocar la de los catecúmenos, cuya instrucción y educación duraban ordinariamente dos años. Probemos aquí que el catecismo, este pequeño libro que, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, sirve de texto en la instrucción religiosa de los catecúmenos y de los niños, es por sí solo un brillante esplendor de la fe. «Leed este libro», dice Jouffroy, uno de los jefes menos sospechosos de la escuela de Filosofía ecléctica, y encontrareis en él una solución á todas las cuestiones que se planteó, á todas sin excepción. Preguntad al cristiano de dónde viene la especie humana, lo sabe; á dónde va, lo sabe. Preguntad al niño pobre, que jamás ha pensado en su vida; ¿por qué está en este suelo, y lo que le acontecerá después de la muerte? Os dará una respuesta sublime que no comprenderá, pero que no por eso es menos admirable. Le preguntáis por qué, le preguntáis cómo ha sido creado el mundo y con qué fin? ¿por qué Dios ha colocado en él animales y plantas? ¿cómo ha sido poblada la tierra? ¿si es por una sola familia ó por muchos? ¿por qué los hombres hablan muchas lenguas? ¿por qué sufren, por qué se hacen guerra, y cuándo acabará todo esto? Lo sabe. Origen del mundo, origen de la especie, origen de las razas, destino del hombre en esta vida y en la otra, relaciones del hombre con Dios, deberes del hombre en sus relaciones con sus semejantes, derechos del hombre sobre la creación, no ignora nada. Y cuando será hombre no vacilará sobre el derecho natural, el derecho político, el derecho de gentes; y todo esto sale ó es fruto del cristianismo y del catecismo...» La escuela de Alejandría y la de Constantinopla, en que Juliano el Apóstata tuvo por condiscípulos á san Basilio y

á san Gregorio de Nazianzo, eran verdaderas universidades. La biblioteca agregada á la escuela de Alejandría comprendía cien mil volúmenes. Estas escuelas y bibliotecas estendianse á la literatura profana, testigo el hipócrita decreto de Juliano el Apóstata, que prohibió á los cristianos interpretar á Homero, Hesiodo, etc., bajo el pretexto de que es criminal explicar autores cuya doctrina se contiene, á quienes se acusa de error, de locura é impiedad. Es osimismo un hecho cierto que los tesoros literarios de la antigüedad griega y romana fueron conservados en los conventos. Entre los libros que llevaron á Inglaterra los monjes encargados por Gregorio el Grande de convertir la Gran Bretaña, admirábase un muy bello manuscrito de Homero.

PERO la misión de evangelizar las naciones debía sobre todo ejercerse por las escuelas elementales. Ya en 680, el sexto concilio de Constantinopla ordenaba establecer escuelas gratuitas hasta en los pueblos, y recomendaba á los sacerdotes que tuviesen cuidado con ellas. En el siglo viii, diversos concilios ordenan á los obispos y á los párrocos que se apliquen á la instrucción de los jóvenes, sobre todos los que se destinan al estado eclesiástico. En el siglo ix, Carlomagno, ayudado por Alcuino, fundó la Universidad de París y dió un inmenso impulso á las escuelas eclesiásticas y laicas. Al mismo tiempo, Alfredo el Grande fundaba la Universidad de Oxford. En el siglo x, cuando Luis el Gordo emancipó á los siervos, quiso que uno de los principales cuidados de los obispos fuese su instrucción. Viéronse formarse entonces muchas Congregaciones de uno y otro sexo, dedicadas no solamente á la enseñanza de las altas ciencias, sino sobre todo á la enseñanza de los primeros elementos de las letras y de la religión. En una serie de artículos sobre las bibliotecas de la Edad media, insertos en los *Anales de Filosofía cristiana*, 1839, el R. P. Cahier prueba hasta la evidencia que en esta tan calumniada época, gracias á la poderosa acción de la Iglesia, la instrucción de los reyes y de los señores, de

los ciudadanos, aun de las mujeres, estaba mucho más estendida de lo que podría creerse. Dá la lista, admirable por el número, de las escuelas de Francia, Alemania, Inglaterra, é Irlanda. Refuta la necia columna de que los nobles gloríabanse de no firmar su nombre, y esplica la ausencia de las firmas de la nobleza sobre los actos públicos por la tiranía de la etiqueta de no firmar. San Luis rey de Francia, que firmaba sus cartas, no firmaba sus diplomas, y un escritor écha en cara á Carlos V el haber firmado con su propia mano todos los actos emanados de su autoridad. Sábese, además, que la mayor parte de los trovadores y romanceros de la Edad media eran casi todos gentilhombres. Ana de Volvre, llamada la santa de Neant, á la cual un piadoso uso breton había dado por padrinos á dos buenos pobres, era ya á los catorce años madrina de cuatro niños pobres, y ella misma daba clase en su castillo á los niños indigentes. En el siglo xvi viéronse nacer, una tras otra, una multitud de congregaciones ú órdenes de religiosos y religiosas, única ó principalmente dedicadas á la instrucción y educación de los niños y de los pobres. Las Ursulinas fundadas por Angela de Mérici, los Jesuitas por san Ignacio de Loyola, los sacerdotes del Oratorio por san Felipe de Neri, la Congregación de Nuestra Señora por el bienaventurado Pedro Fourier, la Orden de la doctrina cristiana por san Hipólito Galande, los Somascos por san Jerónimo Emiliano, los Religiosos de las Escuelas pías por san José de Calasanz, la Orden de la Visitación por san Francisco de Sales y santa Juana de Chantal, la Congregación del Oratorio por el cardenal de Berulle, los sacerdotes de la Congregación de la Misión y las Hijas de la Caridad por san Vicente de Paul y Luisa de Marillac, los Redistas por el padre Endes, la Congregación de san Carlos fundada en Lorena, las Hermanas de la Doctrina cristiana, las Hermanas de la Providencia, los Hermanos de las Escuelas cristianas por J. B. de la Salle, los Hermanos de la Caridad fundados por el abate Rosmini, los Hermanos de la Instrucción cristiana, los Herma-

nos de la santa Familia, etc., etc. Trazaré rápidamente la vida de algunos de estos piadosos fundadores.

Jerónimo Escitiano.—Era de Venecia, de una familia noble. Despues de haber servido con distinción en los ejércitos de la República, fué hecho prisionero y cargado de cadenas. Habiendo obtenido su libertad por intercesion de la santísima Virgen, consagróse á la práctica de todas las virtudes cristianas, especialmente á los ejercicios de la caridad. El alivio de los pobres y de los enfermos, el cuidado de los huérfanos, la instruccion de los niños y de los jóvenes eclesiásticos, fueron sucesivamente el objeto de su solicitud. El deseo de perpetuar estas buenas obras indujéronle á fundar la Congregacion de los Somascos. Tomaron este nombre del pueblo en que se reunieron por vez primera los miembros del nuevo instituto. Jerónimo murió de una enfermedad contagiosa, adquirida cuidando enfermos.

José de Calasanz.—Vino al mundo el 11 de noviembre de 1556, en Peralta de Aragon. Desde su infancia hizose notar por su piedad. Sacerdote, predica, confiesa, visita enfermos y achacosos, en una palabra, se entregó á todas las obras de la caridad y del apostolado. Su mortificacion era excesiva; sus oraciones eran incessantes; los pobres, los enfermos, los prisioneros eran el objeto constante de su ternura y de sus limosnas. Cuando la peste asolaba á Roma; iba de enfermo en enfermo, y aun llevaba sobre sus espaldas los cuerpos de las victimas del contagio. La vista de una turba de niños ociosos y entregados á la más vergonzosa ignorancia conmueve su corazon. Quiere poner remedio á ese triste estado de cosas. No basta el solo para esta tarea; procura se cooperadores, fundando, con la aprobacion del Papa, la Congregacion de las Escuelas pias, que prestaron inmensos servicios á la Iglesia en la persona de los niños del pueblo.

Juan Bautista de la Salle.—Nació en Reims de una familia cristiana y venerable, tuvo desde su juventud el deseo de consagrarse á Dios. Ordenado sacerdote, recibió

el bonete de doctor en Paris. Nombrado canónigo en Reims, abandonó muy aprisa sus funciones, demasiado poco activas para su celo, y se consagró á la educacion de los niños. En 1679 establece en Reims escuelas gratuitas, forma maestros que aloja en su casa y les dá sabios reglamentos. Así tuvo nacimiento el Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas, que no ha hecho más que desarrollarse á través de los siglos, á pesar de las persecuciones y calumnias de todo género. Este venerable y modesto servidor de pobres abandonó en paz esta tierra de destierro, á la edad de sesenta y ocho años, en 1719.

Juan de Lamennais.—Hermano del demasiado célebre autor del *Ensayo sobre la indiferencia*, Juan de Lamennais nació sobre el viejo católico suelo de Breñaña. Educado en los sentimientos de una piedad sincera y sólida y habiendo abrazado la carrera eclesiástica, Juan hizose notar por su fe ardiente y su gusto por el estudio. En 1825, en Ploermel, echó los fundamentos del Instituto de los Hermanos de la Caridad, destinado á educar á los niños pobres. Los principios fueron humildes; pero el grano de mostaza germinó, y la cosecha llegó á ser más y más abundante con el tiempo. Hoy la obra querida del corazon de este sacerdote sencillo y recto es del todo floreciente. No hace mucho tiempo todavía, que este humilde evangelista de los pobres entregó su bella alma á Dios, en los sentimientos de la mayor piedad y de una dulce confianza en la misericordia divina. Fué llorado de todos aquellos que lo conocian. Su querido Instituto de los Hermanos de la Caridad ha prestado y continuará prestando grandes servicios por lo quiera que se le llama.

Al fin del siglo xviii, el número de escuelas de Caridad en Paris y en las diócesis de Francia era inmenso. Bergier probaba que no era ni la filosofía, ni la política, ni la filantropía, sino la religion únicamente, que, marchando á la cabeza de sus grandes obras, habia fundado todos estos establecimientos de instruccion para las clases ricas y pobres. La Revolucion francesa rompió violentamente con

todas las tradiciones del pasado, suprimió los establecimientos religiosos y dispersó la santa legión de los evangelistas de los pobres. Arrasó, en una palabra, todo lo que había existido. Quiso en seguida reorganizar, pero sólo empleó un despotismo ridículo y bárbaro. El Directorio no fué más feliz. Sus mismas escuelas centrales permanecieron desiertas. Demostró entonces hasta la evidencia que la demagogia atea, tan poderosa para destruir, es completamente impotente para edificar; que sola la Iglesia, que tiene únicamente la misión de enseñar las naciones, puede crear, construir y conservar.

Francia, que antes de la Revolución contaba una innumerable multitud de Colegios y de Universidades florecientes, sólo tuvo Escuelas centrales sin discípulos, Facultades sin oyentes, Colegios comunistas vacíos, Liceos que prebían solamente los pensionados del Estado, un solo Observatorio, que no tiene todavía adherido su nombre á ningún gran conjunto de observaciones. Con el Imperio y la Restauración, las congregaciones religiosas de enseñanza han podido renacer. Ahora se han multiplicado en una proporción verdaderamente enorme. El *pauperes evangelizatur* se ha convertido de nuevo en una inmensa realidad. Y lo que hay más extraordinario es que los colegios del clero, las instituciones eclesiásticas, las escuelas preparatorias á las carreras públicas dirigidas por religiosos y sacerdotes, son superiores de mucho por el número, la distinción de los discípulos y los éxitos obtenidos en los concursos para la Escuela politécnica y para la Militar, los certificados de capacidad, las becas á las escuelas especiales, etc. Las Universidades católicas sólo están todavía en su principio, y todo anuncia ya que en derecho y medicina tendrán una concurrencia formidable para las Facultades del Estado. Probarán al menos que la ciencia más avanzada no inspira á la Iglesia terror alguno; que la Fe considera á la ciencia como una hermana querida, que tiene la misión de evangelizar en armonía perfecta con ella. Tambien el odio hace oír ruidos sordos lejanos

todavía, pero que se acercan, más y más. Oyése la expresión de los rencores ulcerados y amenazadores que inspira lo poco de libertad concedida á la Iglesia, sobre todo para la enseñanza superior. Vése levantarse en ademán amenazador la bandera de la liga de enseñanza, el espectro de la instrucción gratuita, obligatoria y laica. Es siempre, y más encarnizado que jamás, el odio de Dios, á quien es preciso y á todo precio arrojar del corazón de los niños y sobre todo del corazón de los pobres. Lo que es más horrible es que este odio, que no puede simular amor á la ciencia y al progreso, pues que los resultados están en el campo opuesto, prepara, sin tratar de disimularlo, el castigo cruel de las sociedades que déjense gobernar locamente por una odiosa minoría. La religion se ha retirado ante las preocupaciones salvajes que la prohíben el ejercicio de su gran misión de evangelizar á los pobres. ¿Qué ha acontecido? Ved á todas las miserias, levantándose inguientes y libres de aquí en adelante del solo freno que las detenía consolándolas. Es la ola del pauperismo que, vanamente contenido por la ley, sube, sube todavía y amenaza la propiedad. La riqueza espantada dá el grito de alarma, la sociedad angustiada cubre la cabeza con un velo... ¿Dónde se detendrá la ola siempre bramadora? ¿Lo sabe Dios! Pero lo que nosotros sabemos, es que allá donde el catolicismo está en pié, y en que los pobres son evangelizados por él, la desesperación es un crimen. ¿Que la religion vuelva, pues! ¿Que avance, que plante su cruz ante las olas, que las diga: «Hasta aquí y no más lejos!» Y las olas irán á morir á sus piés, la espatanza renacerá y el mundo estará salvado.

Capítulo duodécimo. — Octavo esplendor de la Fe. — Seréis aborrecidos de todos por mi nombre. (Math., X, 22.) — Jesucristo estaba al principio de su vida pública. Recorria las ciudades y los pueblos, predicando el Evangelio, curando todos los enfermeidades y dolencias. Viendo la multitud que le seguía, tuvo compasión de estas ovejas sin pastor,

todas las tradiciones del pasado, suprimió los establecimientos religiosos y dispersó la santa legión de los evangelistas de los pobres. Arrasó, en una palabra, todo lo que había existido. Quiso en seguida reorganizar, pero sólo empleó un despotismo ridículo y bárbaro. El Directorio no fué más feliz. Sus mismas escuelas centrales permanecieron desiertas. Demostró entonces hasta la evidencia que la demagogía atea, tan poderosa para destruir, es completamente impotente para edificar; que sola la Iglesia, que tiene únicamente la misión de enseñar las naciones, puede crear, construir y conservar.

Francia, que antes de la Revolución contaba una innumerable multitud de Colegios y de Universidades florecientes, sólo tuvo Escuelas centrales sin discípulos, Facultades sin oyentes, Colegios comunistas vacíos, Liceos que prebaban solamente los pensionados del Estado, un solo Observatorio que no tiene todavía adherido su nombre á ningún gran conjunto de observaciones. Con el Imperio y la Restauración, las congregaciones religiosas de enseñanza han podido renacer. Ahora se han multiplicado en una proporción verdaderamente enorme. El *pauperes evangelizatur* se ha convertido de nuevo en una inmensa realidad. Y lo que hay más extraordinario es que los colegios del clero, las instituciones eclesiásticas, las escuelas preparatorias á las carreras públicas dirigidas por religiosos y sacerdotes, son superiores de mucho por el número, la distinción de los discípulos y los éxitos obtenidos en los concursos para la Escuela politécnica y para la Militar, los certificados de capacidad, las becas á las escuelas especiales, etc. Las Universidades católicas sólo están todavía en su principio, y todo anuncia ya que en derecho y medicina tendrán una concurrencia formidable para las Facultades del Estado. Probarán al menos que la ciencia más avanzada no inspira á la Iglesia terror alguno; que la Fe considera á la ciencia como una hermana querida, que tiene la misión de evangelizar en armonía perfecta con ella. Tambien el odio hace oír ruidos sordos lejanos

todavía, pero que se acercan, más y más. Oyése la expresión de los rencores ulcerados y amenazadores que inspira lo poco de libertad concedida á la Iglesia, sobre todo para la enseñanza superior. Vése levantarse en ademán amenazador la bandera de la liga de enseñanza, el espectro de la instrucción gratuita, obligatoria y laica. Es siempre, y más encarnizado que jamás, el odio de Dios, á quien es preciso y á todo precio arrojar del corazón de los niños y sobre todo del corazón de los pobres. Lo que es más horrible es que este odio, que no puede simular amor á la ciencia y al progreso, pues que los resultados están en el campo opuesto, prepara, sin tratar de disimularlo, el castigo cruel de las sociedades que déjense gobernar locamente por una odiosa minoría. La religión se ha retirado ante las preocupaciones salvajes que la prohíben el ejercicio de su gran misión de evangelizar á los pobres. ¿Qué ha acontecido? Ved á todas las miserias, levantándose inguientes y libres de aquí en adelante del solo freno que las detenía consolándolas. Es la ola del pauperismo que, vanamente contenido por la ley, sube, sube todavía y amenaza la propiedad. La riqueza espantada dá el grito de alarma, la sociedad angustiada cubre la cabeza con un velo... ¿Dónde se detendrá la ola siempre bramadora? ¿Lo sabe Dios! Pero lo que nosotros sabemos, es que allá donde el catolicismo está en pie, y en que los pobres son evangelizados por él, la desesperación es un crimen. ¿Que la religión vuelva, pues! ¿Que avance, que plante su cruz ante las olas, que las diga: «Hasta aquí y no más lejos!» Y las olas irán á morir á sus piés, la espatanza renacerá y el mundo estará salvado.

Capítulo duodécimo. — Octavo esplendor de la Fe. — Seréis aborrecidos de todos por mi nombre. (Math., X, 22.) — Jesucristo estaba al principio de su vida pública. Recorria las ciudades y los pueblos, predicando el Evangelio, curando todos los enfermeidades y dolencias. Viendo la multitud que le seguía, tuvo compasión de estas ovejas sin pastor,

y volviéndose hácia sus discípulos les dice: «La miés verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la miés, que envíe trabajadores á su campo.» Convocando en seguida á solas á los doce, despues de haberles dado poder de arrojar los demonios y curar todos los males, les dice: «Id y predicad que se acerca el reino de Dios. Yo os envío como ovejas en medio de lobos... Los hombres os harán comparecer en sus tribunales y os azotarán en sus Sinagogas... Sereis llevados ante los gobernadores y los reyes á causa de mí... Y cuando os entregaren, no penseis como y qué habeis de hablar... El Espíritu de vuestra Padre os sugerirá lo que teneis que decir y hablará en vosotros... ¡Sereis aborrecidos de todos por mi nombre! No es el discípulo más que su maestro... Si llamaron Belzebú al Padre de familias, ¿cuánto más á sus domésticos? No temais á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma...»

Es este el relato evangélico con toda su sencillez. Otra vez dice Jesucristo de nuevo á los doce: «Os entregaran á la tribulación y á la muerte, y sereis aborrecidos de todas las gentes á causa de mi nombre (Math. XXIII, 9). Si el mundo os odia, sabed que he sido odiado antes de vosotros. Si hubieseis sido del mundo, el mundo os amaría, porque ama lo que es suyo. Pero, porque no sois del mundo, y os he escogido en medio del mundo, por esto el mundo os odia. No es más el servidor que su amo; me han perseguido á mí y os perseguirán á causa de mi nombre, porque no reconocen como su Dios al que me ha enviado.» Resumiendo la palabra del Maestro, san Pablo ha dicho: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecución.» (2.^a Epist. á Timoteo, c. III, 12.)

¡Sereis por doquiera y siempre un objeto de odio, vosotros apóstoles y discípulos míos, sacerdotes y fieles servidores míos, vosotros á quienes envío y que sereis realmente corderos en medio de lobos! Ved el círculo, pues, que se cumple todos los días; ved el milagro. ¡Corderos y odio! ¡Asociación absurda, monstruosa y divina, sin embargo realidad

inmensa que ha llenado tambien el espacio y el tiempo! Es que se trata de un odio sobrenatural y divino por el que se ataca á Dios. Y pues que el objeto único de este odio implacable es el sacerdote y el fiel católico, romano, con exclusion de todo otro, la Religión católica, apostólica, romana, es la sola Religión de Jesucristo; es ella sola divina.

En realidad, para todo lo que la misma Verdad ha llamado *el Mundo*, para todos aquellos que no doblan la rodilla ni ante Dios, ni ante Jesucristo; para todo lo que, por una consecuencia necesaria, está enteramente bajo el imperio del maligno espíritu, el sacerdote y el fiel católico son el objeto incesante de un odio concentrado. Que un ministro de una religion cualquiera, un morabito, un derviz, un bonzo, un lama, un ministro protestante, un pope, un mufti, etc., pase ante un grupo de libre-pensadores, el sentimiento que excitará será un sentimiento de curiosidad y de respeto. Que el que pase sea un sacerdote católico ó un hermano de las Escuelas cristianas, será el objeto de un odio contenido tal vez, pero mal disimulado. Esta es la historia del tiempo pasado y presente, esta será la historia del porvenir. «Sereis aborrecidos á causa de mi nombre y porque no han conocido á mi Padre que me ha enviado!» El discípulo de Jesucristo no ha sido solamente un objeto de odio, lo ha sido en las condiciones milagrosas y divinas que el Maestro enunciaba en estos términos: «Bienaventurados sereis cuando los hombres os maldigan, os persigan y digan falsamente toda clase de mal de vosotros. Rejocijaos y salid de alegría, porque así se ha tratado á los profetas que han sido antes de vosotros.» ¡El odio! el odio! ¡La alegría y la felicidad frente al odio! Esta es la profecía y esta es la historia.

1. El odio enciéndese ante que todo en el corazon de los judíos. Los Apóstoles comenzaban apenas á predicar á Jesucristo en Jerusalem, cuando los príncipes de los sacerdotes pusieron la mano sobre ellos y los arrestaron á

una prisión. Un ángel abrióles las puertas, de ella é hizo-les salir. Enseñan de nuevo en el templo, los magistrados reaparecen al instante y los llevan ante el Consejo que, después de haberlos maltratado á golpes, los suelta prohibiéndoles, bajo las más severas penas, que hablen de nuevo de Jesucristo. Los Apóstoles salen del Consejo llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús. Estéban, uno de los primeros diáconos de la naciente Iglesia, jóven lleno de gracia é inteligencia, admira á los judíos con sus respuestas. El Espíritu Santo habla verdaderamente por su boca. Estremécense de rabia en su corazón y rechinan los dientes contra él. Arrástranle fuera de la ciudad y le apedrean, mientras oraba y decía: «Señor Jesús, recibe mi espíritu y no les imputes este crimen.» Es siempre el odio y la alegría en el odio lo que San Pablo celebra en estos términos más elocuentes todavía: «Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta latigazos menos uno; he sido tres veces despedazado con varas. Peligros de parte de mi raza, peligros de parte de los Géntiles, peligros de parte de los falsos hermanos. Dios me ha ofrecido á mi, el último de los apóstoles, en espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres, como destinado á la muerte; vosotros, vosotros sois sabios, nosotros somos insensatos por causa de Cristo; vosotros sois fuertes, nosotros somos débiles; vosotros sois honrados, nosotros somos despreciados. Nosotros sufrimos hambre y sed; nuestro cuerpo es desnudado y azotado; no tenemos habitación estable; nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos. Se nos maldecie y handecimos; se nos persigue y perdonamos; se nos blasfema y oramos; nos hemos hecho como la inmundicia y basura del mundo arrojada por todos.» Lo que decía de sí San Pablo, lo decía de sus hermanos en la fé. «Los unos han sido torturados, los otros han sufrido las burlas, las varas y las prisiones, han sido apedreados, sujetos al tormento, han sido muertos, heridos por la cuchilla; han vagado por acá y allá vestidos de pieles de carnero ó de

cabra, en la necesidad, en la angustia, en la aflicción. ¡Ellos, de los que el mundo no es digno, veíanse reducidos á acullar en los desiertos, en las fragosidades de las montañas, en los antros y cavernas de la tierra! ¡Odio, inmundicia y basura del mundo era san Pablo; los primeros cristianos lo eran; los primeros cristianos de todos los lugares y de todos los siglos lo han sido! Nosotros, católicos romanos, debemos serlo, y lo somos por parte todavía de una multitud de lobos.

II. Del corazón de los judíos el odio pasó al corazón de los Romanos, y ejercióse por el martirio en proporciones evidentemente sobrenaturales y satánicas. ¡Neron, dice Tácito, hizo morir á hombres destetados que el vulgo llamaba cristianos, menos convictos de haber puesto fuego á Roma que de ser odiados del género humano. El exceso diximo de este odio resalta en las siguientes circunstancias: 1.º *El número de los mártires.* Tácito los llama *una multitud*. Plinio el jóven dice en su carta á Trajano, que si se continúa castigando á los cristianos, una infinidad de personas de toda edad, de todo sexo, de toda condición, se encontrarán en peligro de muerte, pues que se les denuncia en gran número. San Clemente de Roma afirma que san Pedro y san Pablo fueron seguidos de una gran multitud de elegidos que han sufrido los ultrajes y los tormentos, dándonos el ejemplo. ¡Muchos autores han valuado en diez y ocho millones el número de víctimas de las diez persecuciones generales de los emperadores romanos! 2.º *La calidad de las víctimas, inocentes y modelos de todas las virtudes.* Plinio afirmaba que no solamente no se les acusaba de crimen alguno, sino que ellos se obligaban por juramento á no cometer ni hurto ni adulterio, á no faltar á su palabra, á no negar el depósito confiado, etc. Estos eran niños adolescentes, jóvenes vírgenes, mujeres elevándose sobre las debilidades de su naturaleza, magistrados íntegros con los sujetos á su justicia, amos con sus esclavos, nobles y plebeyos, personajes ilustres y ciudadanos ocultos, de todas las naciones civilizadas y bár-

baras. 3.^o *El motivo del odio y del martirio.* Los perseguidores han hecho á los cristianos un crimen, por no querer adorar á los dioses y sacrificar á lo ídolos, por estar obstinadamente adheridos á la nueva religion, por no consentir en abjurar la fé en Jesucristo. Maximiano quiere forzar á la legión Tebea á tomar parte en el solemne sacrificio que hace á los dioses antes de penetrar en las Galias. Aquella rehusa hacerlo. Hácela diezmar dos veces, una despues de otra. Rehusa hacerlo de nuevo. Mauricio responde en nombre de sus compañeros de armas: «Nosotros confesamos á un Dios creador de todas las cosas y á Jesucristo su Hijo. Nosotros tenemos armas, pero no nos servirémos de ellas. Queremos mas bien morir inocentes que vivir culpables.» ¡Eran seis mill! Dejéronse degollar como corderos. 4.^o *La multiplicidad y crueldad de los tormentos.* Tácito decia ya que se habian inventado contra los cristianos tormentos muy refinados, y cuya sola enumeracion hacia estremecer. Son entendidos sobre el potro, azotados con varas, degollados vivos, desgarradas sus carnes con unas de hierro ó de bronce, consumidos por el fuego, clavados en la cruz, hechos pedazos y devorados por perros, osos y leones, cubiertos de planchas eurojicadas al fuego, sentados sobre sillas ardientes, sumergidos en aceite hirviendo, quemados á fuego lento, triturados bajo inuebles, sumergidos en las olas, metidos desnudos en estanques helados, enterrados vivos, cortados en pedazos, empaados, decapitados por la cuchilla ó el hacha, etc., etc. Toda piedad hacia ellos es extinguida hasta en el corazon de las mujeres y de los niños, que son sus verdugos, en el corazon tambien de la multitud, á quien el suplicio de los mayores criminales conmueve casi siempre, y que aplaudian los tormentos de los cristianos con gritos de alegría. Aun la misma muerte no ponía á los mártires al abrigo de la rabia de los perseguidores; encarnizábanse sobre los mutilados restos de sus cuerpos; eran reducidos á cenizas que se arrojaban á los vientos. 5.^o *La constancia de las víctimas.* No era este el fanatismo de los indios que se preci-

pitán bajo las ruedas del carro de sus dioses, de los peregrinos de la Meca que hácese pisotear por el caballo blanco del profeta, de las mujeres indias que déjense quemar sobre los cuerpos de sus maridos. ¡Los mártires tenían calma! Cuando se les mandaba la apostasia, guardaban silencio. Pero cuando se les intimaba á que renegasen de Jesucristo, avanzaban firmes é invencibles. Jesucristo les habia prometido una subiduria y una fortaleza de alma á las que sus enemigos no podrian resistir; confiando en esta promesa y no contando en sí mismos, preparábase al combate por la penitencia, la oracion y el ayuno. El hecho es que esta constancia heroica ha sido concedida á todos los mártires, á vírgenes delicadas y tímidas, á tiernos niños que han vencido á sus verdugos con su energia modesta y calmosa. 6.^o *Los frutos del martirio.* Frecuentemente conversiones extraordinarias, milagros brillantes han arrancado á los más incrédulos la confesion de que el heroísmo del mártir venia del cielo. Pero el mayor de los prodigios es que el cristianismo no se haya ahogado en la sangre superabundantemente virgen, que al contrario la muerte, este principio de destruccion, haya multiplicado más y más el número de los cristianos, hasta el punto que la sangre de los mártires se haya convertido en semilla de generaciones nuevas de discípulos de Jesucristo, y que despues de tres siglos de terribles matanzas, el mundo se haya hecho cristiano.

III. Del corazon de los emperadores romanos, el odio ha pasado al de una multitud de otros perseguidores paganos, herejes, cismáticos, etc., etc.; los reyes de Persia, los de los godos y visigodos, los soberanos de China, Japon, Tonkin, Siam, Corea, Etiopia, etc. Los musulmanes, los emperadores de Alemania, los reyes de Inglaterra han odiado á su vez á la Iglesia de Jesucristo y hecho un gran número de mártires. No sólo un siglo, no sólo un año se ha visto correr la sangre de cristianos estóicos. Para ellos el odio y el martirio son la regla general, mientras

que para todas las otras sectas cristianas son una muy rara excepcion. Cada cisma, cada herejía, trae consigo una nueva explosion de ódio y crueldad. Los arrianos, los valdenses, los albigenses, los calvinistas, los luteranos, los anglicanos, han ejercido las más crueles violencias contra los católicos. Han quemado iglesias, destruido monasterios, matado sacerdotes y religiosos, etc. Un corsario calvinista llamado Souris apodórase del navio que transporta al Brasil el padre Ignacio Azevedo con los veintinueve compañeros de su apostolado, y al instante los inmoló á los manes de Calvino.

IV. Del corazón de los corifeos del cisma y de la herejía, el ódio contra los católicos pasa al corazón de los filósofos del siglo xviii y de Voltaire su jefe. Desbórdase, no en torrentes de sangre, sino en torrentes de blasfemias, sarcasmos, injurias, calumnias odiosas, mentiras descaradas, etc. Jesucristo, la santa Iglesia, los fieles, estos son el «infame» que es preciso destruir á todo precio. El odioso patriarca de Ferny llegará hasta emitir el terrible voto de ver ahogar al último jesuita con las tripas del último de los reyes. «Qué lástima, exclama, que los filósofos no sean bastante numerosos, ni bastante zelosos para destruir por el hierro y el fuego á los enemigos del género humano y la secta abominable que ha producido tantos horrores.» Es de nuevo aquí el ódio, no humano, sino satánico, que imprime en la frente de la religion católica un carácter brillante de divinidad. Es más significativo todavía este ódio, cuando arrastra á Juana de Arco, la santa heroína, al lodo de un poema en que la obscenidad más inmunda rivaliza con la más execrable impiedad. Y este ódio, dividido entre una legión de cooperadores, ha inundado la capital y las provincias de libros perversos, al uso de todas las edades, de todos los sexos, de todas las condiciones. Han corrompido profundamente el espíritu público; han hecho de una nacion noble y generosa una sociedad incrédula, inmoral, interesada, sedienta de placer y de oro.

V. Del corazón de los filósofos, el ódio pasa al fin al corazón de los revolucionarios, que decretan sucesivamente la confiscación de los bienes del clero, la constitucion civil de la Iglesia de Francia, la supresion de los votos monásticos, la deportación de los sacerdotes no juramentados, las matanzas de 2 de setiembre en Paris, Versailles, Reims y otros puntos. Mandan las fiestas impúdicas de la diosa Razon, la solemne abjuración de su sacerdocio á los presbiteros juramentados, la reforma del calendario cristiano, la supresion de las fiestas, el trabajo forzoso del domingo, la clausura de los templos, el derribo de las cruces, la deportacion de los sacerdotes á Cayena, su amontonamiento en los pontones, su sentencia de muerte, el mártirio de un gran número de religiosos y religiosas, etc., etc. ¡Este es el ódio en su paroxismo más violento, el ódio verdaderamente infernal! «Sereis aborrecidos á causa de mi nombre.»

Avergonzado de sus excesos, el ódio filosófico y revolucionario ha resuelto ocultarse para herir con nuevos golpes, y ha organizado sociedades secretas, estando en primera linea la Francmasonería que, como un inmensa red, cubre no solamente la Europa, sino el mundo entero. El número de los logias es de más de cinco mill. El de los compañeros es de ocho millones al menos por todos los países, de seiscientos mil en la sola Francia. Según confesion de Proudhon, la Francmasonería es la negacion directa del elemento sobrenatural. Enemiga jurada de Dios y de la religion, tiene por objeto final excluirlas de la educacion, de las costumbres privadas y públicas, de la vida humana y de la muerte. Inficia en sus secretos hasta á las mujeres y las jóvenes y no teme decir las cuando llega el momento: «La primera de vuestras obligaciones será irritar el pueblo contra los sacerdotes y los reyes; ¡trabajad por doquiera con esta intencion sacrosantísima! La Francmasonería solo sueña en el aniquilamiento de toda autoridad divina.

¡El ódio! Un ódio verdaderamente satánico he visto

puesto en práctica bajo todos los gobiernos que se han sucedido desde hace sesenta años.

Bajo la Restauracion.—Fuerza de ley dada á la declaracion del clero de Francia en 1682.—Violenta cólera suscitada por las leyes del sacrilegio y del descanso del domingo.—El desenfreno de la prensa liberal.—Ridículo arrojado incesantemente sobre el rey Carlos X. Oíd estas pérdidas escansiones del más popular de los poetas contemporáneos:

Aux pieds de prélats coussus d'or
Charles dit son *Confitebr.*
On l'humble, on le baise, on l'huile.
Puis au bruit des hymnes sacrés
Il met la main sur l'Evangile,
Son confesseur lui dit: «Jurez;
Oïseaux, oïseaux, votre maître à des maîtres!
Gardez bien, gardez bien votre liberté.

Combien d'imperceptibles êtres!
De petits Jésuites bilieux!
De milliers d'autres petits prêtres
Qui portent de petits bons dieux!
Béni par eux, tout dégénère,
Par eux la plus vieille des cours
N'est plus qu'un petit séminaire,
Mais les barbons regnent toujours.

A los pies de prelados cubiertos de oro dice Carlos su *Confiteor*. Le visten, le besan, le ungen, y luego al son de sagradas himnos, pone la mano sobre el Evangelio, y le dice el confesor: «Jurad, pájaros, pájaros! ¿vuestro amo tiene señores? guardad, guardad bien vuestra libertad.

«Cuántos seres imperceptibles! ¿Cuántos miseros biliosos Jesuitas! ¿Cuántos millares de otros insignificantes sacerdotes que llevan pequeñas formitas! Por ellos «benedicid, todo degenera, merced á ellos la más antigua de las cortes no es ya más que un pequeño seminario. Pero ellos vejancones reñan siempre.

Los refranes impíos de la calle.—La efervescencia de la juventud de las escuelas.—Insultos á las sotonas que se muestran en los cursos y en las salas de la Sorbona.—Grosas injurias prodigadas al clero; ira furiosa contra la Congregacion, piadosa asociacion de jóvenes que animanse mutuamente al bien.—Decreto de clausura de los colegios de los Jesuitas, arrancado al Rey cristianísimo, que expiará su debilidad en el desierto en el que morirá.

Bajo la monarquía de Julio.—El noble y piadoso arzobispo de Paris, monseñor de Quélen, reducido á huir y ocultarse para escapar á la muerte.—El saqueo odioso y sacrilego de San German-l' Auxerrois.—El pillaje y la destruccion del palacio arzobispal.—La iglesia de Santa Geneveva arrebatada al culto y convertida en Panteon de los grandes hombres de Francia.—Proyecto de supresion de las escuelas de los hermanos pretendidos ignorantes.—Prohibicion de celebrar otras fiestas que las del Concordato.—Casamientos protestantes de los hijos del rey.—Autorizacion concedida al primado de las Galias de abrir su Iglesia francesa.—Inmenso desarrollo de las sociedades secretas.

Bajo el segundo imperio.—Ódio más disimulado, pero no menos activo.—Persecucion contra la prensa religiosa.—Hostilidad á las órdenes religiosas de enseñanzas.—Ataques de los órganos del poder contra el clero y contra los hombres fieles á su conciencia y á la Iglesia.—La dispersion del Consejo superior de la obra de San Vicente de Paul.—Violacion de la obligacion solemne de hacer respetar el poder temporal del Papa.—Los franceses alistados al servicio del Papa amenazados en su nacionalidad.—El dinero de San Pedro denunciado como una obra mala.—Los destinos del papado tratados entre Francia y Piemonte sin el Papa.—La mision de defender al Jefe de la Iglesia confiada á su despojado.—La caducidad del poder temporal del Papa realizada por la astucia y la mentira.—Desaprobaciones hipócritas inmediatamente seguidas del reconocimiento de los hechos consumados por

una política desleal y contraria á los intereses de Francia. —El progreso material animado sin límites. —El lujo tomando en todas las clases de la sociedad locas proporciones. —La inmoralidad resucitando enseñada en los teatros. —El peligroso drama de Galileo. —Escándalo de las fiestas paganas y bailes escotados del palacio de las Tullerías.

Bajo el Gobierno de la Comuna. —Excitado por la acogida demasiado cálida que el clero había hecho al imperio y al Emperador, el odio tomó su curso, y se lanzó de un salto á los excesos más irritantes. Comenzó por las profesiones de feitas; «Dios es la hipótesis; nosotros le concedemos su retiro... Dios y Dios, al miserable Dios del sacerdote; y quisiera escotar el cielo como los Titanes y coserle á puñaladas.» Vienen en seguida los decretos de proscripción y confiscación. —La Iglesia es separada del Estado. —El presupuesto del culto es suprimido. —Los bienes de las congregaciones religiosas son declarados propiedades nacionales. —El arresto de los sacerdotes es decretado. —Las iglesias son transformadas en clubs. —En fin vienen las ejecuciones capitales. Las nobles víctimas, entre las cuales se cuentan monseñor Darboy y el abate Deguerry, son transportadas de la prisión de Mazas á la prisión de la Roquette en los furgones del camino de hierro, y en el tránsito oyen sus salvajes gritos de: ¡Abajo los clerizontes! ¡Cortémoslos aquí en pedazos! ¡Hace diez y ocho siglos que estos miserables nos fastidian! etc., etc. Cuarenta y siete víctimas, diez de ellas sacerdotes ó religiosos, son conducidas de la Roquette á la calle de Haxo. A caballo, una cantinera vestida de rojo, batiendo el tambor, acompañada de una sonata de clarines, derramaba la embriaguez del ruido sobre sus cabezas ya enloquecidas por la borrachera del alcohol y de la sangre. La multitud armada empujaba á las rehenes, las mujeres les daban, á los sacerdotes sobotados, puñetazos... Exclamaban: Aquí, aquí,

es preciso matarlos aquí! No hubo uno que no quisiese herirlos á su vez, ladrar una injuria, lanzar su piedra. Cantaban, danzaban, aullaban... No había allí más que juguetes humanos que se iban á atormentar y locos furiosos incapaces de distinguir el bien del mal. La barrera del arrabal de Vincennes, calle de Haxo, 85, estaba cerrada; la empujan, la estrechan, la barrera cae; con un solo movimiento los rehenes fueron arrastrados al pié de un pequeño muro no acabado. La cantinera baja del caballo, corre hacia ellos y dá el primer golpe. Fueron al instante asaltados á balazos, á tiros de revólver y á sablazos. Federados, subidos á una muralla vecina, cantaban furiosamente y hacían fuego hacia abajo. La matanza no bastaba. Obligóse á los desgraciados á saltar por encima del muro. Tirábaseles al vuelo. Esto hacía reír. Los sacerdotes rehusaron saltar. Un federado los agarraba con sus brazos y los arrojaba por encima la muralla. Una postrera víctima estaba desvanecida; tomóronla por las piernas y los brazos; balanceóse un instante, y fué lanzado sobre los otros desgraciados. Entonces finé cuando se hizo á estas dulces víctimas del nombre de Jesús el honor de una descarga general. ¡Odio! odio satánico!

Bajo el cielo de plomo de la hora presente. —El odio prometido y predicho está cruelmente desencadenado por doquiera. En Francia, los hombres de Estado que se alaban de su moderación no temen exclamar públicamente: «El enemigo es el clericalismo, el ultramontanismo.» ¡El gran vencido de las elecciones es el clericalismo! Pues bien, ya que, según confesión de nuestros mismos enemigos, no hay ya en Francia galicanos, es por lo tanto el catolicismo el gran predestinado al odio, el que es blanco permanente de sus ataques. Y sin embargo el gobierno es el primero en repetir que no sufre en manera alguna la influencia de los clericales y de los curas (!!!) Al mismo tiempo, las sociedades secretas y sus órganos comienzan sus gritos de muerte: «Se os olvidaba casi, pero vosotros nos habeis probado demasiado que tenéis la

vida dura como la víbora, que, cortada en pedazos, se agita todavía: se sabrá impedirlos que silbeis y mordáis. Hobeis querido el combate, pues bien, estamos dispuestos á él.»

En Italia, el Papa despojado de todo lo que poseía, encerrado en el Vaticano bajo la protección de una ley de garantías, sacrilega é irrisoria, encuéntrase atado de pies y manos, entregado á los insultos y á las amenazas de los enemigos de la Iglesia. Las iglesias están confiscadas, las Congregaciones religiosas arrojadas de sus conventos y despojadas de sus bienes... En una palabra, por doquiera una persecucion no confesada, pero real y ardiente.

En Alemania, el odio es más frío, más sistemático, más filosófico, si se puede expresar así, pero más profundo y envenenado. Reposa sobre los principios de 1789, arreglados de tal modo que sea un combate á muerte el emprendido entre la Iglesia y el Estado moderno. «La Iglesia quiere hacer del Estado su gendarme; el Estado quiere y debe hacer de la Iglesia su pupila.» «Ningun miembro del Estado puede sustraerse á la obediencia á las leyes, dando por pretexto los dogmas y las constituciones de la Iglesia ó su conciencia. El Estado debe trabajar incesantemente á dominar la autoridad de la Iglesia, sobre todo de la Iglesia católica, institucion eminentemente peligrosa; debe además trabajar sin cesar para consolidar su propio poder.» Tal es el objeto de la lucha religiosa en Alemania. Los medios puestos en práctica para alcanzar este fin son de una violencia extrema: separacion de la Iglesia y del Estado, matrimonio civil obligatorio, registros civiles, leyes penales contra el abuso del púlpito, vigilancia de la educacion del clero, alta policía del Estado sobre la administración de los bienes eclesiásticos, prohibicion de imponer penas eclesiásticas teniendo un efecto civil, presentacion de las ordenanzas eclesiásticas á la aprobacion del Estado, supresion y expulsion de la orden de los Jesuitas y de los otros religiosos no autorizados, apelacion de abuso contra la autoridad eclesiástica, emancipacion interior de la Iglesia, emancipacion exterior de los poderes

extraños. Esto es en el fondo imponer la abjuracion del dogma fundamental: «Creo en la Iglesia católica.» Esto es una profesion equivalente de ateísmo. Tambien la persecucion sigue su camino. Destierro, apriamiento, multas, destituciones; todo puesto en práctica para realizar este plan infernal.

En Rusia, el odio se ha manifestado y se manifiesta todavía por malos tratamientos ejercidos contra los Griegos unidos ó Unidos de Polonia. Poblaciones enteras de 10, 20, 40, 50 mil almas son arrancadas de sus hogares y enviadas al destierro, sin recursos, sin abrigo. Los sacerdotes ortodoxos son deportados á la Siberia y condenados á una miseria horrible. ¡Y el soberano que deja atormentar de este modo millares de súbditos inocentes y felices, vá á la cabeza de sus ejércitos, á pedir á Turquia la emancipacion de las poblaciones cristianas oisnáticas! ¡Qué brillante cumplimiento de la increíble profecia: *Seréis atormentados á causa de mi nombre!* ¡Odio á los católicos, porque ellos solos son los discípulos declarados de Jesucristo!

En Inglaterra, es el mismo odio, la misma conjuracion de los hombres de Estado y de los diarios contra la autoridad de la Iglesia católica y de la Santa Sede, unico obstáculo invencible al desarrollo de la Reforma y de la Revolucion.

En Suiza, sobre la vieja tierra del honor y de la libertad, las iglesias católicas con sus prebisterios, los ornamentos necesarios al culto, en una palabra, con todo lo que constitua en otro tiempo la propiedad absoluta y sagrada de cien mil católicos de Jura y del canton de Ginebra, son entregadas á un puñado de sectarios ó, mejor dicho, infrosos sin ningun sentimiento religioso. Los párrocos legítimos son arrojados, desterrados, batidos como criminales y reemplazados, después de aparentes ódios de eleccion popular, por miserables sacerdotes apóstatas italianos, alemanes ó franceses, que la vindicta pública persigue por todas partes. ¡Odio, odio satánico é infernal, y al mismo tiempo esplendor, esplendor!

En Bélgica, es el odio abierto, ruidoso de la Francmasonería, de la prensa liberal, de las Universidades, pero con un refinamiento que es la obra maestra de Satanás. La Bélgica ha dado á luz al *Solidario*, esto es, al impío que rompe abierta y públicamente con la Iglesia de Jesucristo, que se obliga por juramento á no hacer bautizar sus hijos, á no poner jamás los pies en un templo consagrado á Dios, á casarse civilmente, á rechazar los últimos sacramentos. El solidarismo no es otra cosa que una profesión abierta de materialismo y ateísmo grosero, ó de un desismo desligado de toda práctica religiosa. Es el odio en su última etapa: «No se destruye á la Iglesia persiguiéndola, discutiéndola con ella; testigos Diocleciano y Voltaire. Pero cuando nadie ó casi nadie quiera su ministerio, será preciso que desaparezca. La religion cristiana descansa sobre dos fantasmas que espantan á los simples: el Juicio y el Infierno. El único medio de desembarazarse de este espantajo es quitar al sacerdote su confesionario é hicierse. Tal es el lenguaje del solidario. ¡Y qué no se intenta para recordarle los sentimientos de la familia y las corresponsabilidades que esto impone! Antes de ser padre, esposo, hermano, es solidario. Ha dado su fé, su bautismo, su alma, la religion de su madre, la salvacion eterna de sus hijos. Es más que odio, es la rabia del condenado. Y en efecto ¿cuál que no cree en el Hijo de Dios está ya juzgado? No verá la vida, la cólera de Dios descansa sobre él.»

El odio fué solemnemente predicho bajo todas sus formas, y nosotros lo hemos encontrado por doquiera, en todos los tiempos, y en la hora presente más exasperado que nunca. El odio en el que te alimenta y dá á conocer es el sello de la bestia; en la Iglesia católica y sus hijos es el sello de Dios. Los locos furiosos que nos aborrecen proclaman el origen divino de la Iglesia y la fé no menos divina de los odiados. Sin embargo, se tiene que cumplir una condicion indispensable para que el odio sea verdaderamente para la Iglesia la prenda de la victoria, y para nosotros el sello

de los elegidos. Es que no cesamos de ser corderos. «Tan-to tiempo como seamos corderos, decia san Juan Crisóstomo, esta boca de oro de la Iglesia, nosotros venceremos. Aun en el momento que tuviéramos en torno nuestro millares y millares de lobos, seriamos vencedores. Pero si nosotros mordiésemos á los que nos muerden, nuestros enemigos nos arrastrarian tras sí, porque no tendríamos ya el auxilio del pastor que apacienta no á lobos sino á corderos.»

«Seréis aborrecidos.» Y hemos sido aborrecidos. «Yo os envío como corderos en medio de lobos. ¡Esplendor! ¡esplendor!

¡Cuán bellas y consoladoras son estas palabras del Principe de los apóstoles, y cuán aplicables son á los tiempos actuales! «Carísimos, no os sorprendais del fuego de la tribulacion, que sirve para probaros, como si os acaeciese alguna cosa de nuevo. Mas gozaos de ser participantes de la pasion de Cristo, para que os gocéis tambien trasportados de júbilo en la posesion de su gloria. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, bienaventurados seréis, porque entonces la gloria, la virtud y el espíritu de Dios reposan sobre vosotros. Pero ninguno de vosotros padezca como ladrón ó maldiciente ó codiciador de lo ajeno. Mas si padeciéreis como cristiano, no se avergüence: antes bien bendecid y glorificad á Dios.» ¡Esplendor!

Capítulo décimo tercero.—Noveno esplendor de la Fé.—
Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia
y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.—
 (Math. xxvi, 18).—Vino Jesús por Cesárea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos respondieron: Los unos que Juan Bautista, los otros que Elías, y los otros que uno de los profetas.—¿Y vosotros quién decís que soy yo? Simon Pedro tomando la palabra dijo: *Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo!* Y Jesús dirigiéndose á Pedro, le dice: «Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque

no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A tí te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos.» Otra vez á las orillas del mar Tiberiades, Jesús resucitado despues de haber exigido de Pedro una triple profesion, no de fé, sino de amor, le dice: «Me amas, Pedro? Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas. Es decir, le establece por jefe supremo de su redil, de su reino, de su Iglesia... Así pues, Jesucristo declara abiertamente que edificará una Iglesia, que el fundamento y el jefe supremo de esta Iglesia, reino de Dios, su reino, su redil, será Simon Pedro; y que contra esta Iglesia edificada de este modo, las puertas del infierno, esto es, el reino y el rey del infierno, aunque indefinidamente conjurados contra ella, no prevalecerán jamás. Ved la profecía, el oráculo. ¿Se ha cumplido? Jesucristo ha edificado una Iglesia cuyo jefe es Pedro? Incontestablemente. El infierno se ha desencadenado incansablemente contra esta Iglesia de Pedro, católica, apostólica, romana, valiéndose de la Sinagoga, de los tiranos, del islamismo, del relajamiento de las costumbres, del cisma, de la Reforma, de la filosofía, de la Revolucion etc., etc.? Incontestablemente. Es la historia entera de la Iglesia. ¿Ha prevalecido el infierno? No evidentemente. La Iglesia ha salido triunfante de todas las conjuraciones que hubieran debido aniquilarla, si no hubiera sido divina, si, al mismo tiempo que Jesús decía á sus apóstoles: «Id, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á practicar todo lo que os he recomendado,» no hubiera añadido: «Ved que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» Yo estoy con vosotros enseñando, con vosotros bautizando, con vosotros enseñando á guardar los mandamientos, con vosotros ejerciendo un ministerio exterior visible, con

vosotros y con aquellos que os sucederán, con la sociedad reunida bajo su direccion, con su Iglesia hasta que el mundo tenga fin, todos los dias, sin interrupcion. Ved, pues, la profecía, ved el milagro y su cumplimiento.

PRIMERA TRMPESTAD.—Conjuracion de la Sinagoga y de los judios rebeldes.—Cincuenta dias habian transcurrido desde que cargado con las maldiciones de todo un pueblo, Jesús habia espirado en los tormentos, que su cuerpo habia sido encerrado en el sepulcro y la piedra que le cubria sellada con el sello de la autoridad pública. Sus tímidos discípulos ocultos en el Cenáculo no osaban presentarse en público; su nombre no era ya pronunciado; sólo oíanse en Jerusalem las voces de sus enemigos, y no habia más poder que el suyo. De repente un grito de resurreccion resuena en la ciudad deicida: lenguas de fuego han aparecido; los apóstoles han salido de su retiro como hombres poseidos de un espíritu divino. Habian todas las lenguas á la vez, predicán que el crucificado está vivo, que es el Mesias anunciado por los profetas. Brillan milagros autorizando sus palabras, y son ercidos; los cómplices en la muerte del Salvador se convierten en millares; el pueblo precipitase en masa, siguiendo los pasos de los nuevos predicadores; la primera Iglesia cristiana se establece en Jerusalem, á la vista del Calvario; se establecen otras en toda la Judea; la Sinagoga estremécese en vano; turbada, desatinada, resiste algún tiempo, y presto cae; la ciudad y el templo caen con ella; el pueblo judío es dispersado por toda la tierra. ¿Qué victoria! ¿Hubo jamás otra más pronta y más maravillosa?

SEGUNDA TRMPESTAD.—Conjuracion de los tiranos.—Todo el mundo romano conjurase contra doce pescadores de Genesaret, que han osado tomar sobre sus hombros la empresa de someter el universo á la ley de su divino Maestro. Todo el poder de los Césares, toda la autoridad del Senado, de los pontífices y de los magistrados, todos los prestigios de los falsos dioses, todo el arte de los escritores y de los sofistas, la fuerza de los ejércitos, el odio ciego de los pueblos,

la crueldad de los verdugos, el horror de los suplicios y de las torturas; todo es empleado, todo es agolado, durante trescientos años, para ahogar la naciente religión y asegurar el triunfo de la idolatría. En fin, después de tan largos y crueles esfuerzos, una postrera persecución, más furiosa que todas las otras, parece haber cumplido el deseo de los perseguidores, gloríase de haber estinguido el cristianismo en las olas de sangre que ha vertido, y proclámaselo solemnemente que este culto abominado ha desaparecido de la tierra. Ved los fastuosos monumentos que andan solícitos en erigir para eternizar el recuerdo de tan memorable acontecimiento. Leed estas orgullosas inscripciones: «A Diocleciano, el nuevo Júpiter, y a Maximino, el nuevo Hércules, por haber por fin abolido el nombre cristiano, y destruído en el mundo entero la superstición de Cristo: *Nomine Christianorum deleta... superstitione Christi ubique deleta.* Apenas acabáronse estos monumentos cuando el joven Constantino, todavía pagano, advertido por un ángel misterioso y por un signo celeste, despliega el estandarte de la cruz, entra vencedor en Roma y enajolaba el signo de salvación. El universo admirado es á pesar suyo cristiano. Allí perece el paganismo y su imperio que el impío Juliano se esforzará en levantar. La misma Roma pagana, la maravilla de las naciones y el centro de la idolatría, parecerá un siglo más tarde, y cederá su lugar á la Roma cristiana, que será hasta el fin del tiempo la sede de la verdadera religión y la capital del mundo católico.

TERCERA TEMPESAD. — *Conspiración de las herejías y de los cismas.* — La que extremo no se vio reducida la Iglesia, cuando, bajo los emperadores cristianos, divididos entre sí, pero unidos y animados de un mismo odio contra ella, las herejías vinieron á desgarrar su seno y á arrancarle sus entrañas: Nestorianos, donatistas, pelagianos, maniqueos, iconoclastas, etc., etc., qué terrible tempestad desencadenaron que turbacion y trastorno en el reino de Jesucristo! Por doquiera altar contra altar, púlpito

contra púlpito, pastor contra pastor, rebaño contra rebaño; el error sostenido por el poder público, hablando más alto que la verdad; concilios ortodoxos y conciliábulos enemigos de la verdadera fe; el Oriente y el Occidente divididos; el pueblo fiel andando incierto en esta luz mezclada con tantas tinieblas; el mundo expuesto á dormirse cristiano y á levantarse arriano. ¿Quién volverá á la verdad su oscurado brillo? ¿quién hará salir de nuevo otra vez del seno de las aguas la tierra casi sumergida y tragada? ¡Dios, que ha prometido á su Iglesia que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella! En efecto, á la voz de Dios, las espesas sombras de la mentira se disipan; los cismas y las herejías pasan, corren como torrentes, desaparecen. La Iglesia, siempre inquebrantable sobre la roca en que ha sido fundada, domina, de lo alto de la montaña santa, el océano de las pasiones y de los errores humanos, y ve perpetuamente venir á estrellarse á sus piés las olas que bramán vanamente contra ella.

CUARTA TEMPESAD. — *Conspiración del Mahometismo.* — Mahoma continúa la obra de Arrio. Él también ataca á la divinidad de Jesucristo, no concediéndole otro título á la veneración de los pueblos que el de Gran Profeta. Preséntase como enviado por Dios, y juró convertir el universo á su doctrina, mezclada de fanatismo austero y de misticismo voluptuoso, cuyo atractivo es impotente para realisar el sueño ambicioso del desconfiado hijo de Ismael. Buscará, pues, recursos en la fuerza brutal. El Islamismo atacó por todos lados á la vez á la cristiandad sorprendida de tanta audacia, pero de ningún modo inquieta por el resultado final. Los Mahometanos, infestaron el Mediterráneo con flotas de corsarios; invadieron sucesivamente Cerdeña, Córcega, Sicilia, Calabria, España, Francia meridional, Hungría, Bohemia, Austria. Pero cuando el peligro llegó á ser extremo, el sucesor de Pedro hizo un llamamiento á los generosos sentimientos de la Europa católica y de los héroes cristianos. Carlos Martel, don Juan de Austria, Sobieski, vencedores en las célebres batallas

de Toledo, de Tours, de Lepanto, de Viena, detenían á estos furiosos enemigos en el momento en que les parecia estaban más cercanos de subyugar la Europa para sumirla de nuevo en la barbarie. Las Cruzadas por una parte, las conquistas de los Portugueses por otra, han quitado á esta potencia formidable los recursos del comercio y de las riquezas del Oriente; la han, en fin, reducido al grado de debilidad en que la vemos hoy, hasta que sea en fin arrojada más allá de los Balcanes, ó que se desplome sobre sí misma.

QUINTA TEMPESTAD.—*Conspiración é invasión de los Bárbaros.*—En el siglo x la Iglesia tuvo que sufrir mucho de la ferocidad de los pueblos del Norte que ocuparon sucesivamente todas las provincias de la Europa occidental. Los Normandos, los Húngaros y otros pueblos salvajes recorrieron, empuñando el hierro, la Alemania, Inglaterra, Francia, Italia y España, y causaron por doquiera males infinitos. Las ciudades fueron reducidas á cenizas, los monasterios saqueados y derribados, los estudios y las artes casi olvidados. La Iglesia tuvo bastante fortaleza, no solamente para curar las heridas que había recibido de mano de los bárbaros, sino para convertir y asimilar á sus nuevos perseguidores. Ha sido menester mucho tiempo para refrenar los excesos de su salvajez ordinaria, y para disipar la ignorancia que habían arrastrado consigo; pero en fin Dios ha hecho triunfar la Iglesia de la barbarie y de la ignorancia, como triunfó de las persecuciones y de las herejías.

SEXTA TEMPESTAD.—*Los escándalos de la edad de hierro.*—Los trastornos y la ignorancia introducidos por la invasión de los bárbaros produjeron el debilitamiento de la disciplina y la corrupción de los costumbres; los escándalos multiplicáronse, las leyes más santas eran públicamente violadas; el concubinato y la simonía estaban en la orden del día; el mal había ganado hasta los primeros pastores, y la misma Roma no estaba exenta de ello. La Iglesia gemía al ver estos desórdenes, y esta prueba era

mil veces más dolorosa para ella que las persecuciones. Estos escándalos, en vez de debilitar nuestra fe, deben al contrario fortalecerla; porque jamás parece más sensible que es la mano de Dios la que sostiene la Iglesia y no la de los hombres. En medio de tantos desórdenes, la fe se mantuvo siempre pura; Dios no permitió que se diese en la enseñanza el menor golpe á los dogmas cristianos, ni á la creencia católica. La Iglesia jamás ha cesado de clamar contra los excesos y los abusos; renovaba en todos los Concilios las leyes de disciplina y esforzábese en restablecer su observancia. La divina Providencia suscitó santos ilustres que se opusieron con un celo indomable al torrente de las iniquidades. Las ciencias y las artes encontraron un asilo en el clero y los monasterios; las casas episcopales y religiosas convirtieron en escuelas públicas. Los clérigos y los monjes ocupáronse en copiar las obras antiguas que habían arrancado de las manos de los bárbaros. No solamente la tradición constante y seguida de las verdades que ordenan nuestra fe y nuestras costumbres, sino también el renacimiento de las letras, de las ciencias y bellas artes en Europa, fueron obra propia de la Iglesia católica.

SÉPTIMA TEMPESTAD.—*El gran cisma de Occidente.*—En el siglo xiv, desanimados por las guerras intestinas que desolaban la Italia, los soberanos Pontífices habían creído deber alejarse de Roma, y venir á fijar su residencia en Aviñón. No hay duda que esta mudanza fué muy fatal á la Iglesia; sin embargo permaneció siendo apostólica, una, visible, católica, romana... Pero á la muerte del papa Gregorio XI, los cardenales residentes en Roma, en número de diez y seis, creyéronse en derecho de reunirse en cónclave y eligieron papa á Urbano VI, italiano de nacimiento, prelado tan distinguido por sus virtudes como por su ciencia. Al mismo tiempo los cardenales de Aviñón escogían por papa á un francés, Clemente VII, que fijó su sede en Aviñón. ¿Cuál era el jefe legítimo de la Iglesia de Dios? Nadie lo sabía de una manera cierta; la duda, al contrario, ha-

bia llegado á ser tan grande, que viéronse santos y sabios personajes colocarse los unos bajo la obediencia de Urbano, y los otros bajo la de Clemente. Fué para la barca de Pedro una cruel tempestad, y el Señor parecía dormir todavía. Urbano y Clemente tuvieron muchos sucesores, convencidos todos de la legitimidad de su elección, y viendo en su rival un antipapa. Este rompimiento cruel duró treinta años. En vano el concilio de Pisa había depuesto los dos concurrentes de Roma y Aviñón; en vano procedió á la elección de Alejandro V; el cisma continuó. La obstinación de los elegidos, la rivalidad de los cardenales de las dos obediencias, los contrarios intereses de las coronas eran obstáculos invencibles para que se verificase la unidad. Pero la Iglesia tiene promesas, y Dios no la abandonó en este peligro extremo. A despecho de todas las pasiones humanas, la union se verificó en el Concilio general de Constanza; los pretendientes al papado abdicaron ó fueron depuestos, y Martin V, el nuevo elegido, fué universalmente reconocido por único y legítimo sucesor de san Pedro.

OCTAVA TEMPESTAD.—*Las violencias de la Reforma protestante.*—A pesar de tantas derrotas, el espíritu de tinieblas no se dió por vencido. Arrojó en el alma de un monje orgulloso y libertino el soplo de la sublevacion. Lutero quemó las bulas del Papa en la plaza pública, protestando violentamente contra la autoridad del soberano Pontífice, y proclamó la doctrina del libre examen. Esto era más que la negacion de tal ó cual dogma, era la negacion del principio mismo de autoridad, base de todos los dogmas. Esta emancipacion de la razon tuvo eco en una multitud de almas impacientes desde hacia mucho tiempo al yugo, y la nueva religion, más ó menos profundamente modificada, hizo tan rápidos progresos, que en pocos años invadió una gran parte de Europa, Inglaterra, Dinamarca, Suecia, casi toda la Alemania y Suiza rompieron los lazos que las unian á Roma. Las nuevas sectas no respetaban ni las leyes humanas, ni las divinas. Lutero había dicho

á su propio soberano: «Si me es permitido por amor á la libertad cristiana hollar los decretos del Papa y los cánones de los Concilios, ¿pensais que yo respetaré bastante vuestras órdenes para considerarlas como leyes? Ved cómo la Reforma se ha mostrado por doquiera violenta y sanguinaria. En Alemania, los luteranos formaronse en gavillas, levantaron ejércitos; llevaron el estrago en las provincias, quemaron las iglesias, destruyeron los castillos y los monasterios, mataron á los sacerdotes y los religiosos. En Inglaterra, ¡cuantos despojos y miseria! cuánta sangre derramada tambien en nuestra pobre Francia, desgarrada durante tres largos reinados por facciones insurreccionadas, por guerras civiles, por numerosas batallas! Un discípulo de Lutero, Ecolampadio, decia algunos años después solamente que su maestro comenzó á predicar: «El Elba, con todas sus aguas, no podria administrar bastantes lágrimas para llorar los males que la Reforma ha hecho.» Estos males enormes han alcanzado sobre todo á la santa Iglesia contra la cual todas estas sectas, unidas ó divididas, amigas ó enemigas, se han conjurado; y sin embargo permanece en pié. Ha conservado seis grandes reinos, Francia, Italia, España, Portugal, Austria, Polonia; cuenta gran número de hijos fieles hasta en los reinos más infectados por la herejía; recobra cada dia por numerosas conversiones, en Inglaterra sobre todo, mucho más del terreno que había perdido. Las conquistas de nuevos apóstoles le dan en China, Japon y las Indias, casi tantas almas como la Reforma le había hecho perder. Dos grandes acontecimientos, en fin, la feliz terminacion del Concilio de Trento á pesar de todos los obstáculos suscitados por el espíritu del error y de la sublevacion, y el impulso verdaderamente maravilloso de la nueva orden religiosa, la Compañia de Jesús, fundada por san Ignacio con el particular objeto de realzar la autoridad del Pontífice romano, acabaron por apaciguar las olas.

NOVENA TEMPESTAD.—*El desencadenamiento de la Filosofía del siglo XVIII.* La incredulidad del siglo XVIII, tan or-

guilosa de sus luces y de sus fuerzas amotinadas contra la Iglesia de Jesucristo, desplegó todas sus falanges, deístas, atees, escépticas, materialistas de todos los países, de todas las sectas; colocólas bajo una misma bandera, la bandera del odio implacable contra el nombre católico. Formó un ejército innumerable con este solo grito de guerra: *¡Apíastad al infame!* Nada le detuvo; todo medio le pareció legítimo para destruir una religion que osa decirse verdadera y soa divina; la verdad y la mentira, la violencia y la perfidia, los respetos hipócritas y los desprecios insultantes, las máximas de la tolerancia y los furores de la persecucion. Profetizó bien alto que la última hora del catolicismo habia llegado; que la impercedera Iglesia iba á caer inevitablemente bajo sus golpes. Atrastra á la multitud, no persuadiendo los espíritus, sino corrompiendo los corazones, adulando todas las pasiones, favoreciendo todos los vicios. Desoló á la Iglesia con numerosas defeciones; pero su fecundidad le dará nuevos hijos que enjugarán sus lágrimas. Los complots y los excesos de la filosofía han dejado en pie á la Iglesia católica que pretendia aniquilar, pero que han minado la sociedad civil cuyos intereses afectaba defender. Ha acarreado la revolucion francesa, ha hecho verter mares de sangre y se ha inundado á sí misma en ella, mientras que la Iglesia católica ha salido de su doble lucha contra la incredulidad y la revolucion más triunfante que nunca.

DÉCIMA TEMPUESTAD.—*Los excesos de la Revolucion francesa.*—Una generacion corrompida por la filosofía creyó que, una vez roto el yugo de la religion cristiana y católica, y una vez reconocida la razon del hombre por la única divinidad de la tierra, veríase renacer la edad de oro de las naciones iluminadas y libres. La religion fué proscrita, su culto y sus leyes abolidas, sus ministros perseguidos y exterminados como enemigos públicos; Dios no tuvo ya altares y la razon en delirio tuvo templos. Al instante en que fué pronunciado el divorcio entre el cielo y la tierra, vióse acontecer en el órden moral una cosa semejante

á lo que aconteceria en el órden de la naturaleza, si la lumbrera del dia se extinguiese, y se confundiesen los elementos. Francia, convertida al cristianismo hacia quince siglos, se despenó casi de repente de la cumbre de la civilizacion al fondo del precipicio de la barbarie; no hubo en ella ni decencia, ni cortesía, ni humanidad, ni forma de sociedad cualquiera. Sólo ofrecia la imagen del caos y del infierno, cuando los impíos, espantados de su propia obra, viendo que el abismo abierto iba á devorarlos á ellos mismos, desesperando de contener los impetus del torrente cuyos diques habian roto, llamaron en su auxilio á este misma religion católica que habíase esforzado en aniquilar, abrieron de nuevo con sus propias manos los templos de su Dios y dieron alguna libertad á su culto. Desde entonces los males disminuyeron, y los más incrédulos convencírouse de que el único medio de salvacion estaba en la reconciliacion de Francia con la Iglesia. Tambien, cuando un hombre salido de sus filas, y que despues llegó á ser tan famoso, subió al soberano poder, juzgó imposible dar á las leyes y á la autoridad un sólido fundamento sin recurrir á la Santa Sede apostólica, para restablecer las sillas legítimas de los obispos, dar pastores católicos á los pueblos y apoyar el órden público sobre la moral del Evangelio. ¡Qué homenaje rendido á esta Iglesia oprinida! qué solemne retractacion de tantas equívocas, qué confesion de la impotencia absoluta de conservar sin ella las costumbres, las virtudes sociales y la misma vida del cuerpo político! Y lo que no se podria todavía negar es que la vuelta de la religion de nuestros padres ha sido la época precisa de la resurreccion de las ciencias, de las letras, del comercio, de la industria, de las artes, por las cuales se manifiesta hoy tanto cielo y que hubieran perecido con todo lo demás, bajo la dominacion del ateísmo.

Bajo otro punto de vista todavia, la Revolucion francesa fué para la santa Iglesia de Jesucristo el motivo de un brillante triunfo. Lo que la historia contaba de las crueles persecuciones de otro tiempo y del heroismo de los

primeros fieles, era relegado por un mundo incrédulo á las exageraciones, á las fábulas. Y hé aqui que, cuando la Iglesia, en su pretendida vejez, fué llamada á sostener el más violento de los asaltos, pudo probar con brillo que el fuego sagrado que inflamaba á los mártires no estaba de ningún modo extinguido. Quisieron imponer al clero francés leyes que alteraban su constitucion divina y contradecian su fe. Teníase que prestar juramento ó exponerse á todos los efectos de la más implacable venganza. ¿Delibero un instante? Treinta obispos y cuarenta mil sacerdotes, por negarse unánimes al perjurio, conságranse sin vacilar á todos los sacrificios, á todos los peligros y á las malanzas. En las prisiones, sobre los pontones, sus sepulcros flotantes, en los que sufren suplicios casi peores que la muerte, en los baños de Cayena, en los cadalsos, etc., no se les escapa un murmullo ó una queja. No hubo uno solo á quien la vista de la muerte arrancase un solo signo de debilidad, que aspirando no hubiese renovado sus juramentos de fidelidad á su Dios y á la santa Iglesia de Jesucristo. ¡Triunfo y esplendor!

UNDÉCIMA TEMPESTAD.—*Los atentados del Directorio y del emperador Napoéon contra la Santa Sede*.—Dos veces, al principio de este siglo, el infierno dirigió todos sus esfuerzos contra la sede impercedora de Pedro; glorióse de haberla abatido, y osó cantar su victoria contra el Cristo. ¡Pero su alegría fué corta, y por algunos milagros de su potestad, Dios levantó su trono apostólico, que creían destruido y reducido á polvo. Fué Dios evidentemente el que derribó en un momento al poderoso coloso que pesaba sobre el mundo entero, afirmándose más y más todos los días, y ante el cual inclinábanse los cetros y las coronas. Fué Dios el que de repente hirió al capitán famoso, cuyas empresas, hábilmente concertadas hasta entonces, habian sido siempre coronadas por el éxito. ¿Quién sino Dios venció por los solos elementos naturales á ejércitos juzgados invencibles, y dispersó por el solo soplo del aquilón, como ligeras hojas, á estas innumerables legiones que parecian

destinadas á la conquista del universo? ¿Quién sino Dios, reuniendo en un mismo objeto y en un sentimiento común de conservacion, á los soberanos de Estados tan separados por sus distintas miras, intereses, política, religion, reyes y príncipes venidos de todos los puntos de la tierra, aun herejes y cismáticos, en socorro del jefe de la Iglesia, rompió con sus propias manos sus hierros, y los transportó, por decirlo así, en brazos á esta Roma, cuya autoridad y derechos combatian?

DUODÉCIMA TEMPESTAD.—*Las pretensiones y las audacias de la falsa ciencia y de la semi-ciencia*.—En el siglo XVIII y en los primeros años del XIX víose formar una vasta coalicion de sabios con el objeto de convencer á los escritores inspirados de ignorancia ó de impostura. Hombres presuntuosos se dividieron el dominio entero de las ciencias y se entregaron á gigantescos trabajos. Interrogaron los anales de las naciones, las leyes de la naturaleza, los cursos de los astros del firmamento, las revoluciones del globo, su superficie y sus entrañas, los movimientos de los mares y de los rios á la vez; hicieron un llamamiento á todos los sáres animados é inanimados, al cielo, á la tierra, al Océano, al hombre con su razon y sus sentidos, á la filosofía con sus sutilezas y abstracciones, á la historia con sus hechos, sus datos y sus monumentos, etc., contra la veracidad de los Libros santos, anunciando cada dia descubrimientos nuevos y nuevos títulos de conviccion contra la revelacion divina, demostraciones siempre más evidentes de su incompatibilidad con los hechos más incontestables de la historia. El Egipto nos presentaba sus constelaciones grabadas en piedra; la India sus tablas cronológicas y astronómicas para dar mentis auténticos á la historia sagrada. El edificio de la fe parecia caer pedazo por pedazo y sepultarse bajo sus fundamentos. Admiróse que el mundo hubiese podido tomar tanto tiempo por verdades reveladas tan palpables errores; no se cesaba de publicar el mérito de hombres extraordinarios, cuyo génio y saber iban en fin á desengañar al género humano y á

sacar la rana de su larga infancia. ¿Pero qué ha acontecido? Las mismas investigaciones continuas, los mismos estudios más profundizados, han hecho reconocer que los mismos grandes hombres habían sido engañados por las más groseras ilusiones; sus invenciones y sistemas se han desvanecido como sueños y fantasmas; sus dificultades mejor examinadas se han convertido en pruebas de la religión que pretendían destruir. Los monumentos transportados desde tan lejos y con tantos gastos para rendir testimonio contra ella han depuesto en su favor; en fin los cálculos más justos y las más exactas observaciones han devuelto íntegramente a la Escritura santa sus orígenes, sus datos, su irrefragable autoridad, que gloriábanse de haber entregado á la irrisión para siempre. ¡Qué confusión para la falsa ciencia! ¿qué triunfo para la Iglesia! Está bien en su derecho, después de esto, de exclamar con el gran Apóstol: «Oh sabios, oh doctos, oh buscadores del siglo, ¿en qué os habéis convertido? *Ubi sapientia, ubi scriba, ubi conquistator hujus seculi.* Dios ha perdido la sabiduría de los sabios, ha reprobado la ciencia de los más entendidos.» Este oráculo tan claro: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella,* se ha cumplido, pues, de la manera más brillante, á él solo pertenece toda la historia, y ha llegado á ser un nuevo hecho inmenso que llena el mundo; luego la Iglesia de Jesucristo es divina! Y porque es divina, ha no hasta aquí de triunfo en triunfo, y triunfará hasta el fin. El oráculo que se ha cumplido de una manera tan patente en lo pasado, se cumplirá de una manera más patente aún en lo porvenir. En el momento presente, las potestades del infierno están más desencadenadas que nunca contra la Iglesia de Pedro. Italia ha ejecutado sus órdenes, tiene el soberano Pontífice cautivo en el palacio del Vaticano, después de haberle despojado de todos sus recursos materiales, morales y espirituales. A Inglaterra se la ha denunciado como la implacable enemiga de las soberanías temporales. Francia ó al menos la mayoría legislativa de Francia señala al clericalismo,

al ultramontanismo, como el adversario mortal de la patria. Austria muestra á la luz del día sus desconfianzas, más pórdidas tal vez que una hostilidad abierta. Prusia exhala su ódio por todas sus voces. Su mal genio, más fuerte ó no menos astuto que Juliano el Apóstata, que ha vencido la Dinamarca, el Austria y la Francia, declaróse seguro de vencer á Roma á su vez. Cuenta las horas del papado. Sólo espera para horrorear de la historia la muerte de Pio IX sucumbiendo bajo el peso de los años. Prusia é Italia, estrechad los brazos que os unen, concertad hábilmente vuestros desiguos, urdid profundas tramas, tomad infalibles medidas, profetizad bien alto que la Iglesia imperecedera de Pedro vá á caer inevitablemente bajo vuestros golpes. Vosotras seréis vencidas. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Jesucristo, el cordero leon, estará con ella hasta la consumación de los siglos. Y á la consumación de los siglos, la eterna separación de los elegidos y de los réprobos, la dicha eterna de los buenos, la desgracia eterna de los malos, serán para ella el triunfo de los triunfos, porque todos los elegidos serán sus hijos, todos los réprobos fueron sus enemigos, y ella será la Jerusalem celeste, la vision beatífica de la paz. ¡Pio IX ha muerto y Leon XIII reina!

Capítulo decimocuarto. — Décimo esplendor de la Fe. — Y cuando yo seré levantado de la tierra todo lo atraeré hacia mí. — (Juan, XII, 32). — Casi al principio de su vida pública, en la misteriosa conversación que tuvo con Nicodemo, príncipe de los judíos, Jesucristo le hizo esta extraordinaria revelación: «Del mismo modo que Moisés elevó la serpiente de bronce en el desierto, del mismo modo es preciso que el Hijo del hombre sea elevado y ofrecido á todas las miradas, á fin de que todo hombre que crea en él no perezca, sino que posea la vida eterna. Porque Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado su Hijo único, á fin de que ninguno de aquellos que creen en él perezca, sino que tenga la vida eterna. . . . Aquel que cree en él no será juzgado. . . . Aquel al contrario que no cree en él está ya

sacar la rana de su larga infancia. ¿Pero qué ha acontecido? Las mismas investigaciones continuas, los mismos estudios más profundizados, han hecho reconocer que los mismos grandes hombres habían sido engañados por las más groseras ilusiones; sus invenciones y sistemas se han desvanecido como sueños y fantasmas; sus dificultades mejor examinadas se han convertido en pruebas de la religión que pretendían destruir. Los monumentos transportados desde tan lejos y con tantos gastos para rendir testimonio contra ella han depuesto en su favor; en fin los cálculos más justos y las más exactas observaciones han devuelto íntegramente a la Escritura santa sus orígenes, sus datos, su irrefragable autoridad, que gloriábanse de haber entregado a la irrisión para siempre. ¡Qué confusión para la falsa ciencia! ¡qué triunfo para la Iglesia! Está bien en su derecho, después de esto, de exclamar con el gran Apóstol: «Oh sabios, oh doctos, oh buscadores del siglo, ¿en qué os habéis convertido? *Ubi sapientia, ubi scriba, ubi conquistator hujus seculi*. Dios ha perdido la sabiduría de los sabios, ha reprobado la ciencia de los más entendidos.» Este oráculo tan claro: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*, se ha cumplido, pues, de la manera más brillante, a él solo pertenece toda la historia, y ha llegado a ser un nuevo hecho inmenso que llena el mundo; luego la Iglesia de Jesucristo es divina! Y porque es divina, ha no hasta aquí de triunfo en triunfo, y triunfará hasta el fin. El oráculo que se ha cumplido de una manera tan patente en lo pasado, se cumplirá de una manera más patente aún en lo porvenir. En el momento presente, las potestades del infierno están más desencadenadas que nunca contra la Iglesia de Pedro. Italia ha ejecutado sus órdenes, tiene el soberano Pontífice cautivo en el palacio del Vaticano, después de haberle despojado de todos sus recursos materiales, morales y espirituales. A Inglaterra se la ha denunciado como la implacable enemiga de las soberanías temporales. Francia ó al menos la mayoría legislativa de Francia señala al clericalismo,

al ultramontanismo, como el adversario mortal de la patria. Austria muestra a la luz del día sus desconfianzas, más pórdidas tal vez que una hostilidad abierta. Prusia exhala su odio por todas sus voces. Su mal genio, más fuerte ó no menos astuto que Juliano el Apóstata, que ha vencido la Dinamarca, el Austria y la Francia, declaróse seguro de vencer a Roma á su vez. Cuenta las horas del papado. Sólo espera para horrorear de la historia la muerte de Pio IX sucumbiendo bajo el peso de los años. Prusia é Italia, estrechad los brazos que os unen, concertad hábilmente vuestros desiguos, urdid profundas tramas, tomad infalibles medidas, profetizad bien alto que la Iglesia imperecedera de Pedro va á caer inevitablemente bajo vuestros golpes. Vosotras seréis vencidas. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Jesucristo, el cordero leon, estará con ella hasta la consumación de los siglos. Y á la consumación de los siglos, la eterna separación de los elegidos y de los réprobos, la dicha eterna de los buenos, la desgracia eterna de los malos, serán para ella el triunfo de los triunfos, porque todos los elegidos serán sus hijos, todos los réprobos fueron sus enemigos, y ella será la Jerusalem celeste, la vision beatífica de la paz. ¡Pio IX ha muerto y Leon XIII reina!

Capítulo decimocuarto. — Décimo esplendor de la Fe. — Y cuando yo seré levantado de la tierra todo lo atraeré hacia mí. — (Juan, XII, 32). — Casi al principio de su vida pública, en la misteriosa conversación que tuvo con Nicodemo, príncipe de los judíos, Jesucristo le hizo esta extraordinaria revelación: «Del mismo modo que Moisés elevó la serpiente de bronce en el desierto, del mismo modo es preciso que el Hijo del hombre sea elevado y ofrecido á todas las miradas, á fin de que todo hombre que crea en él no perezca, sino que posea la vida eterna. Porque Dios ha amado tanto al mundo que le ha dado su Hijo único, á fin de que ninguno de aquellos que creen en él perezca, sino que tenga la vida eterna. . . . Aquel que cree en él no será juzgado. . . . Aquel al contrario que no cree en él está ya

juzgado: no verá la vida; la cólera de Dios reposa sobre él.»

En una circunstancia solemne, el día de su entrada triunfante en Jerusalem, en presencia de la multitud, Jesús hacía á su Padre esta oracion: *Padre mio, glorifica á tu Hijo!* Una voz, descendiendo del cielo, y que la multitud tomó por un trueno, hizo oír estas palabras: «Yo lo he glorificado y lo glorificaré todavía.» Entonces Jesucristo exclamó: «*Y cuando yo fuere levantado de la tierra, lo atraeré todo hacia mí mismo.*» Juan el Evangelista añade: «Y decia esto haciendo alusion al género de su muerte.» El divino Salvador afirma muy claramente que, como la serpiente de bronce, debía, por la salvacion del pueblo, ser clavado en la cruz, suspendido entre el cielo y la tierra y que así lo atraería toda hacia él. Decia equivalentemente: «Yo, hombre mortal y muerto, yo el divino crucificado, yo lo atraeré todo hacia mí! En tanto que el poder de los más ilustres emperadores, de los conquistadores más intrépidos se extingue en el sepulcro, cuando estará clavado en la cruz, el suplicio de los esclavos, entonces Jesucristo pretende ejercer una atracción universal é irresistible. Ved la profecía! Ved el milagro! Una mirada, una palabra de Jesús era suficiente para conmovier profundamente, para subyugar, para encadenar á sus primeros discípulos y apóstoles. Ha atraído hacia sí á Zaqueo, á la Magdalena, á tantos otros. Sobre la cruz atrae al buen ladrón, que fué con él aquel día en el paraíso. Hasta tal punto era la vida de la naturaleza entera, que cuando dió el último suspiro, el sol perdió su brillo, la tierra tembló, las rocas se hundieron, los muertos salieron de la tumba, el velo del templo se rasgó, los sepulcros se abrieron, y muchos santos que estaban dormidos se levantaron. El centurion y los que estaban con él decian: «Este era verdaderamente el Hijo de Dios!» Jesucristo los había atraído hacia sí. También en el sepulcro, descendió al Limbo, y salió de él, atrastrando tras sí las almas de los patriarcas y de los justos, que hizo entrar en el cielo. Resucitado, Jesucristo ha atraído hacia él al géne-

ro humano todo entero, las naciones, los pueblos, los reinos, los imperios de todo el universo. Ha barrido de un soplo los idólos, purificado la religion pública de los errores é infamias que la deshonraban; y despues de haber arrojado á los pueblos de los templos que derribaba, los ha conducido á los nuevos templos, á los pies de sus altares, y se ha apoderado de las adoraciones de la humanidad. Del templo ha penetrado en la sociedad, ha renovado en ella las instituciones, ó mejor dicho, ha reconstituido los elementos, ha introducido en todo el cuerpo social su propia vida, y ha hecho entrar en sus entrañas los principios ignorados, antes de su venida, del derecho, de la justicia y de la libertad. Ha llamado antes que todo á los pequeños; y los pueblos han venido á consolarse rogando y esperando á sus pies. Ha llamado en seguida á los sabios; y el genio, desertando de la escuela de los sofistas y retóricos, ha venido á pensar, á escribir, á predicar por su causa. Ha llamado, en fin, á los Césares; y los emperadores, cediéndole el trono, han exclamado á la faz del universo: «Sólo hay un Señor y un Amo, este es Jesucristo. *Christus regit, regnat, imperat!*» El universo había llegado á ser y no todavía cristiano; pero dividido forzosamente en dos campos, el campo de los amigos de Jesucristo y el campo de sus enemigos. Restauracion de los unos y ruina de los otros, convencidos están todos de esto. Si, únicamente gracias á la atracción ejercida por Jesucristo, el mundo ha sido salvado, iluminado, civilizado, devuelto á la libertad, vivificado por la caridad. Si, esta atracción es de tal modo la vida de las sociedades modernas, que, si ellas pudiesen aislarse bruscamente, con cristianismo en astros errantes, presto extinguiridos por el vacío y el frío de los espacios celestes, serian tierras sin sol. Perderian rápidamente toda civilizacion, toda libertad, toda caridad; testigos las saturnales de la Revolución francesa en 1793 y las de la Comuna de París en 1871. Jesucristo ha atraído hacia él al hombre individual, á la personalidad humana. Ha hecho suyas su inteligencia y su

voluntad; ha hecho suyo su corazón, y hasta su cuerpo, en una palabra, todo su sér.

Su inteligencia.—En efecto, por la fe en Jesucristo, el hombre abdica su razon propia y la funde en la razon superior del Verbo divino. Destruye el molde personal, más ó menos lato y estrecho, para entrar en el molde largo y profundo de que ha salido el Evangelio. Nadie más en la tierra ha obtenido esta suprema dictadura de la inteligencia humana. Los tiranos han oprimido el pensamiento, impidiendo, castigando su manifestacion, pero no lo han gobernado, conquistado, atraído hácia sí.

Su voluntad.—Después de diez y ocho siglos, millones de hombres sólo quieren lo que quiere Jesucristo. Tienen por única voluntad la voluntad de Jesucristo, y por única ley de su vida su santa ley y las divinas enseñanzas de su ejemplo. Hácense como él dulces y humildes de corazón; toman voluntariamente su yugo, proclamando ante el universo entero que es bueno y ligero. Y para estar enteramente con él, abandonan sus casas, su padre, su madre, sus hermanos, sus mujeres, sus hijos, su patria, etc. Hacen abnegacion entera de sí mismos; crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias, castigan su cuerpo y lo reducen á la servidumbre. A fin de asegurar su union eterna con Jesucristo, y al mismo tiempo procurar la salvacion de sus hermanas, suplén en su carne lo que falta á la pasion del Salvador. Están, en una palabra, atraídos de tal modo por Jesucristo, que no vacilan en decir con san Pablo: «Yo estoy clavado en la cruz con Jesucristo; yo vivo, pero no soy yo quien vivo, Jesús vive en mí.» Esta fusion en Jesucristo del sér entero del hombre, se consuma en este sér en el sacramento de la Eucaristía, en que Jesús se hace nuestra comida y bebida, cuando su carne está confundida con nuestra carne, y su sangre está mezclada con nuestra sangre, y su corazón late contra nuestro corazón, y nuestra alma es animada por su alma (Cuán admirablemente formulada está esta fusion con Jesucristo, este revestimiento entero de Jesu-

cristo, al cual el gran Apóstol convidaba á los primeros fieles: *Induimini Dominum Jesum-Christum*, tambien lo está en estas dos bellas oraciones inspiradas á san Ignacio en la cueva de Manresa: «1. Recibid, Señor, mi libertad toda entera; recibid mi memoria, mi inteligencia, mi voluntad; sois Vos quien me habeis dado todo lo que tengo y todo lo que poseo; os lo devuelvo sin retorno, y lo dejo á la entera disposicion de vuestra voluntad. Dadme solamente vuestro amor con vuestra gracia; yo seré bastante rico; yo no os pido nada más. 2. Alma de Jesucristo, santificadme; cuerpo de Jesucristo, salvadme; sangre de Jesucristo, embriagadme; pasion de Jesucristo, fortificadme; oh buen Jesús, escuchadme; ocultadme en vuestras llagas; no permitais que sea separado de Vos; defendedme de los males; en la hora de mi muerte llamadme, mandadme venir á Vos, á fin de que sea feliz con Vos en los siglos de los siglos.»

Su corazón.—Jesucristo ha atraído el corazón del hombre. Ha conquistado su afeccion y su amor. El amor ha guardado su tumba. Su sepulcro no es solamente glorioso, es amado. Cada dia renace en el pensamiento de una multitud innumerable de sus discípulos. Es visitado en su pesebre por los pastores y los reyes que le ofrecen á porfía oro, mitra, incienso, como á su Rey, su Redentor y su Dios. Una percion considerable de la humanidad toma su camino y sigue sus pasos en todos los lugares de su antigua peregrinacion, sobre las rodillas de su madre, á las orillas de los lagos, á la cumbre de las montañas, en los senderos del valle, bajo la sombra de los olivares, sobre el Tabor, etc.; espía su sueño y su vigilia; están pendientes de sus labios; cada palabra que ha dicho vibra todavia, y no produce más que amor, virtudes fructificando en el amor. Millares de adoradores se acercan cada dia en espíritu á la cruz, trono de su suplicio y de su triunfo, pónense de rodillas ante él, prostérnase siempre que pueden sin avergonzarse, y allí besan con un indecible fervor sus ensangrentados piés. Una pasion in-

describible le resalta de la muerte y de la infamia para colocarle en la gloria de un amor que no desfallece jamás, que encuentra en Él la paz, la dicha y hasta el éxtasis. Pide á cada generacion que se levante con los apóstoles y los mártires, y cada generacion responde á su llamamiento. Y este amor, obtenido despues de su muerte, de millones de hombres que jamás le han visto, es antiguo de diez y nueve siglos; y no arde en un solo lugar, sino bajo todas las zonas del globo terrestre, haciendo á todos los tiempos, á todos los hombres, tributarios de un amor que no se extinguirá jamás. Jesucristo es rey del corazon, como es rey de las inteligencias.

Su cuerpo.—Porque el cuerpo, la carne con sus concupiscencias, sus deseos, la corrupcion que engendra, es el obstáculo ó la resistencia invencible, opuesta al ejercicio de la divina atraccion, los atraídos por Jesucristo se han hecho los enemigos encarnizados, los verdugos de su cuerpo. Han inventado contra él, como los tiranos contra los mártires, mil instrumentos ó maneras de suplicio, disciplinas ó cilicios, cruces armadas de clavos, abstinencias, ayunos prolongados, etc., etc. No se han detenido en su suntuosidad, sino cuando el cuerpo ha estado completamente reducido á la servidumbre, segun el lenguaje enérgico de san Pablo. Y lo que es más extraordinario, más divino, es que las carnes más aborrecidas y las más crucificadas son las más tiernas y puras. Tales son las carnes de los Luises de Gonzaga, de las Rosas de Lima, etc., etc. Napoleón el Grande ha hecho sobre esto un comentario, que es un rasgo de génio y una inspiracion sobrenatural á la vez. «Admirárese las conquistas de Alejandro el Grande, pero que son comparadas á las de Cristo? Aunque Alejandro hubiera conquistado el universo, sus conquistas fueran pasajeras. Jesús, al contrario, conquista y adhiere no una nacion, sino la raza humana toda entera. Sus conquistas estendiéndose durante diez y ocho siglos, y segun toda opinion se estenderán hasta el fin de los siglos. ¿Y qué toma Jesús de cada hombre? ¿Lo que se gana con más

dificultad! El corazon, el amor! Jesucristo conquistalos á millones desde hace diez y ocho siglos. ¡Alejandro, César, Anibal, jamás han conquistado un corazon humano! ¡Y Cristo! Los corazones de millones de individuos le pertenecen. ¡Desde hace diez y ocho siglos, millones de hombres se han dejado martirizar por él; millones aceptan su yugo, soportan por él las más duras privaciones! ¿Dónde están mis amigos? ¿Dos ó tres mortales dividen mi destierro! ¿Qué abismo entre mi miseria y el reino eterno de Cristo, que es anunciado, predicado, amado, adorado por toda la tierra! Vivirá durante los siglos en millones de corazones. Este reino maravilloso de Cristo prueba superabundantemente su divinidad. Pero, si Cristo es Dios, su Iglesia es divina, manifiestamente divina.

Esta atraccion ejercida por Jesucristo sobre las almas es igualmente maravillosa y omnipotente, ya se trate de un alma infiel, ya de una fiel, y sobre todo de una de estas almas escogidas, que él se digna llamar sus esposas carísimas. Colócese lucosamente al umbral del alma extraviada, y no se cansa de conmovérlo. La agita, la estremece, la arranca de los sentidos y del mundo, la subyuga. Libertada en todos sentidos por la mano divina, la pobre alma bien podrá agitarse y tocar todos sus resortes; no le será posible continuar en el sueño que la encantaba. Jesús tiene el poder de despertar y turbar las almas. Cuando las ha despertado y turbado, tiene el poder de penetrar en ellas cuando le place, sin quitarlas su libertad, dejándolas, ó mejor dicho, haciéndolas libres. (A menudo la conversion es instantánea. Una exhalacion, una voz que brillando en la nube desciende á Saulo, y cambia el león en cordero, el perseguidor en apóstol. Jesús vuelve la cabeza y ve que Pedro acaba de negarle tres veces. Pedro, convertido, va á llorar amargamente en las tinieblas, y sus lágrimas cotidianas ahondaron dos cursos en sus mejillas. ¡Este atraído para siempre! Y cuando el divino Maestro le preguntara si le ama, no vacilará en responder: «Señor, vos sabéis que yo os amo.»

¡Qué divina atracción la que arranca cada día á los lazos de la familia estas vírgenes bendecidas, destinadas á seguir al Cordero á donde quiera que vaya, hasta el Calvario, hasta el cielo! Se arrancarán todas jóvenes y risueñas á los brazos de un padre y de una madre amados, á todas las esperanzas é ilusiones de la vida, para ir á ocultarse en la soledad del claustro. Algunos meses después, la hora de la toma del hábito ha sonado. Aparecen radiantes en la veje del coro, vestidas como las jóvenes desposadas, cargadas de joyas y encajes, que algunos minutos después arrancarán y pisotearán, ostentando en su frente el reflejo de una alegría divina, que les da un conocimiento eterno de aquel á quien se ha dado su corazón. Cuando después de uno ó dos años de pruebas definitivas acaban por última vez por pronunciar los votos irrevocables; cuando su voz se eleva en el silencio de la asamblea santa para decir: *Mi mundo está en mí, yo estoy en él*, no es solamente la alegría, es el entusiasmo el que hace latir su corazón, y el que descubre, en la emoción de su voz, la pasión que las transporta. Y es Jesucristo muerto sobre la cruz quien ejerce esta atracción milagrosa. Sí, Jesucristo levantado de la tierra lo atrae todo hacia sí.

En estos tristes siglos en que la indiferencia universal pedía una gracia todopoderosa que despertase y vivificase á las almas, en que la impiedad estremeciéndose por doquiera hacia sentir la necesidad de un nuevo lazo que uniese con Jesucristo á los hombres, en que las violencias desencadenadas de la herejía desolaban la Iglesia y la arrancaban millares de hijos, en que los crímenes que clamaban al cielo hacían necesarias una gran expiación y una gran reparación, Jesús aparecióse á Margarita María Alacoque, y la llamó en primer lugar su prometida, después su esposa. Descubriéndola su corazón le dice: «*Há aquí el corazón que tanto ha amado á los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para manifestarles su amor...* Yo le pido que el primer viernes de la octava del Santísimo Sacramento sea dedicado á una

fiesta particular para honrar mi corazón, haciéndole reparación y pública retractación de los ultrajes que ha recibido en el sacramento de mi amor... Te prometo que mi corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre aquellos que le prestan este obsequio. Ved, en fin, que, bajo el glorioso pontificado de Pío IX, la voz de la humilde virgen de Paray-le-Monial ha sido plenamente oída. El mundo celebra con pompa la fiesta del Sagrado Corazón. La Iglesia católica en su conjunto, la Iglesia de Francia en general, cada diócesis de Francia en particular, la ciudad de París de una manera completamente especial, han sido solemnemente consagrados al Sagrado Corazón de Jesús. Margarita María ha sido elevada sobre los altares; su sepulcro, que ha llegado á ser glorioso, atrae millares de peregrinos que oran con el fervor de los primeros cristianos; y hé aquí que en el seno de la gran Babilonia moderna, en la cumbre de la santa colina de los mártires, antiguos y modernos, vá á alzarse la inmensa, basilica del Sagrado Corazón, de lo alto de la cual Jesucristo agradecido atraerá de nuevo hacia él los corazones de nuestra bella patria.

Es, pues, verdad que la profecía, que el milagro, que el imposible se han convertido en inmensas realidades. Levantado de la tierra, Jesucristo lo ha atraído todo hacia sí. Jesucristo, siempre viviente en su muerte, se ha impuesto al mundo. Al cesar de vivir ha comenzado á reinar. Del fondo de su sepulcro, ó más bien de lo alto de los cielos, remueve el mundo y subyuga la humanidad. Luego es Dios y su religión divina. ¡Esplendet!

Capítulo decimo quinto. — Undécimo esplendor de la Fe. — Conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros. — Juan, XIII, 35. — El divino Salvador hace la última Cena con sus apóstoles: se ha levantado de la mesa, ha depuesto su ropaje, cñte sus lomos con un lienzo y ha lavado los pies á los doce, aun á Judas. Les ha dado la última prueba de su infinito amor, su cuerpo

para comer y su sangre para beber... Turbado su espíritu, con el corazón lleno de angustia, les anuncia que uno de ellos va á venderle. Esta revelacion hace salir á Judas, y habiendo quedado solo Jesús con los once, les dice: «Hijos, un mandamiento nuevo os doy, que os améis los unos á los otros... así como yo os he amado. En eso conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéssis caridad entre vosotros.» Un poco más tarde en el adorable discurso de la Cena; Jesucristo dirá á su Padre: «Que aquellos que me has dado sean uno, uno como yo soy uno; que sean consumados en la unidad, á fin de que el mundo conozca que eres Tú el que me has enviado.» De este modo ha hecho Jesucristo dos veces de la caridad hacia el prójimo un esplendor de la Fe.

El apóstol san Pedro ha sido más explícito todavía, porque ha dicho: «La voluntad de Dios es que cerréis la boca á las objeciones de los ignorantes é insensatos, haciendo bien á toda criatura.»

El oráculo es, pues, que la Iglesia de Jesucristo debía resplandecer por una caridad sin límites, por una fusión entera de corazones y de almas. Y en efecto, conocióse á los primeros cristianos por esta señal, que eran un solo corazón y una sola alma. Esta caridad debía abrazar todas las miserias y todos los dolores; pues bien, es en efecto en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, donde la caridad ha sido superabundante, y donde ha tomado en sus excesos todas las formas imaginables. Luego la Iglesia católica, apostólica, romana, es la verdadera Iglesia de Jesucristo. San Pablo decía ya: «Quién sufre sin que sufra yo con él?» Digámos antes que todo lo que esta caridad debía ser, enumerando sus reglas, sus obras, sus cualidades, su perfeccion, su coronamiento.

1.º Reglas de caridad evangélica.

Primera regla: *No hagais á los otros lo que no quisierais que se os hiciese.*

Segunda regla: *Haced á los otros lo que quisierais que se os hiciese.*

Tercera regla: *Amad á tu prójimo como á tí mismo.* (Math., XXII, 39). El amor que tenemos por nosotros es real, activo, eficaz; quisiéramos comunicarlo á todos, ó que todos nos amasen tan cordialmente como nos amamos á nosotros mismos. El amor que nos profesamos á nosotros mismos es tierno: nos hace sensibles á todos nuestros males y nos hace creer que jamás son pequeños; nos oculta nuestros propios defectos y persuádenos de que jamás son grandes. Nuestro amor por el prójimo debe, pues, también hacernos sensibles á sus menores penas, y hacernos cerrar los ojos á sus mayores defectos: regla verdaderamente divina, cuya idea jamás tuvieron los sabios de la antigüedad. Un príncipe pagano, muy ilustrado, á quien se le revelaba por primera vez, no vaciló en proclamar divina la religion que lo enseñaba y que por milagro lo predicaba.

Cuarta regla: *Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian.* (Math. V, 44.)

Quinta regla: *Amad al prójimo, ó al menos esforzaos en amar al prójimo, como Jesucristo os ha amado.* «Amos los unos á los otros como yo os he amado.» Regla sublime, cuya práctica constituye una perfeccion empuñable, el heroísmo de la caridad. Este es, propiamente hablando, el mandamiento nuevo que sólo un Dios podía traer al mundo, cuyo ejemplo solo podía hacernos imitar un Dios. Porque Jesucristo nos ha amado: 1.º sin ningún interés de su parte y sin ningún motivo de su nuestra, no solamente cuando pecadores, no éramos de ningún modo amables, sino cuando éramos soberanamente aborrecibles. Nos ha amado más que á sí mismo, puesto que se ha como aniquilado por nosotros, y ha derramado su sangre hasta la última gota, diciendo san Juan (1.º Epíst., III, 16): «Pues que Jesucristo nos ha manifestado su amor, dando su vida por nuestros hermanos.» El apóstol de la caridad añade:

«Hijos míos, amaos los unos á los otros, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad. En esto conocemos y se conocerá que somos de la verdad... Nosotros hemos sido transportados de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos... Aquel que ama, cumple la ley... Si amáis, esto basta...»

Jesucristo ha recomendado de nuevo la caridad á sus discípulos bajo otra forma: «Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso.» La misericordia: piedad del corazón por la miseria del prójimo, y las obras de la misericordia son recomendadas en estas palabras de la última sentencia: «Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os he preparado desde el principio. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; no tenía asilo y me recogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; estaba enfermo y me visitasteis; estaba prisionero y vinisteis á verme.» Las obras de caridad y misericordia son de dos clases: corporales y espirituales. Las primeras en número de siete son: 1.° visitar los enfermos; 2.° dar de comer al que tenga hambre; 3.° dar de beber al que tenga sed; 4.° vestir á los desnudos; 5.° dar hospitalidad á los que no tienen asilo; 6.° visitar y socorrer los enfermos; 7.° enterrar los muertos. Las segundas también en número de siete son: 1.° enseñar á los ignorantes; 2.° dar buenos consejos á los que los han de menester; 3.° corregir á los que van errados; 4.° perdonar las injurias; 5.° consolar á los tristes; 6.° soportar los defectos del prójimo; 7.° rogar á Dios por los vivos y por los muertos.

La caridad cristiana debe además estar revestida de las cualidades ó llenar las condiciones que san Pablo enumera con una complacencia inspirada en este sublime pasaje: «Si yo hablare todas las lenguas de hombres y de ángeles, y no tuviese caridad, soy como metal que suena ó campana que retine. Y si tuviere el don de profecía, y supiere todos los misterios y cuanto se puede saber, y si tuviese toda la fe de manera que transportase los montes... y si entregase todo mi cuerpo para ser quemado...; si no tu-

viere caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es dulce y benigna; no es envidiosa, no es temeraria y precipitada, no se hincha de orgullo, no es celosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa el mal, no se regocija de la injusticia y de la mentira, sino que se regocija de la justicia y de la verdad. Lo soporta todo, lo cree todo, lo espera todo, lo sufre todo. Las profecías se desvanecerán, las lenguas cesarán, la ciencia será abolida, la Caridad no acabará jamás. La Fe, la Esperanza y la Caridad son tres cosas excelentes, pero la más excelente es la Caridad! La Fe pasará, la Esperanza pasará, pero la Caridad sola permanecerá.»

En fin, Jesucristo ha resumido toda su doctrina en esta palabra inefable: «Aprended de mí, que soy dulce y humilde de corazón.» La dulzura es la perfección, el barniz, la flor, la unción de la caridad. La humildad es el fundamento, el medio, la salvaguardia de la caridad. En todas sus formas y en todos sus grados de perfección, la caridad es la virtud sobrenatural por la cual amamos al prójimo por amor de Dios, de suerte que, según el sentir de santo Tomás, el amor de Dios y el amor al prójimo no forman más que un sólo y único hábito ó disposición del alma, capaz de actos diferentes. Interrogado sobre los mandamientos de la ley, el divino Salvador respondió: «El primero es el más grande de los mandamientos: Amarás al Señor tu Dios de todo corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu espíritu.» El segundo es semejante al primero: «Ama á tu prójimo como á ti mismo.» El motivo ó razón del primer mandamiento es el mismo Dios. El motivo del segundo es Jesucristo, Dios encarnado en la humanidad, en el hombre, pero encarnado de una manera particular en el pobre. «Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber... Lo que habeis hecho al más pequeño de los míos, me lo habeis hecho á mí mismo.»

No es esto todo todavía, y he aquí el coronamiento indispensable de la caridad evangelica. Es menester que

obré sin cesar, pero también que se oculte. «Guardaos, dice Jesucristo, de hacer vuestras buenas obras ante los hombres para atraer sobre vosotros sus miradas, sin lo cual perderéis vuestra recompensa. Cuando hagais la limosna, que vuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha, á fin de que vuestra limosna permanezca en el secreto y que vuestro Padre que vé en el secreto os la vuelva.» Ved la caridad evangélica en todo su esplendor divino, sus reglas, sus obras, sus exquisitas cualidades, sus motivos, su perfección ó su coronamiento.

Y en efecto, la señal por la cual, desde los primeros edades de la Iglesia, se reconocía á los cristianos, era su fraternal caridad. Por sus buenas obras es con lo que, según la voluntad de Dios, cierran la boca á aquellos que blasfeman lo que ignoran. Se les señala con el dedo diciendo: «Ved cómo se aman!» Era un solo corazón y un alma sola; ved cuán grande es su solicitud por los pobres. San Pacomio, fundador de la vida cenobítica, cuando era aun soldado, de paso en una ciudad cristiana, llenóse de admiración al ver los dones voluntarios que un gran número de habitantes hacían á los pobres. Preguntó quiénes eran estos ángeles de caridad, y se le respondió que eran cristianos. Al instante eleva las manos al cielo y hace juramento de abrazar el cristianismo. La viuda y el huérfano, el anciano sin apoyo y el infortunado vestido de harapos son el objeto no solamente de la compasión y del amor del cristiano, sino también de su respeto y veneración. La Iglesia es la que ha enseñado á los príncipes y reyes á lavar y besar los pies de los pobres, de los que ha sido siempre nodriza y madre. Cuando los más lesosos fué, tanto más pródigo fué en su favor, construía para ellos magníficos hospicios é institua órdenes religiosas de ambos sexos, para alimentarlos, aliviarles en sus necesidades, cuidarles en sus enfermedades, consolarles en sus dolores. Hoy, indigno y pobre ella misma, solicita al menos la piedad pública en favor de sus hijos que sufren; ella gime, hace oír el potente grito salido de sus entrañas

maternas; armada de todos sus medios de autoridad y persuasión, no cesa, de lo alto de sus púlpitos, de amenazar á los ricos avaros é insensibles, de invitar á nuevos esfuerzos, á nuevos sacrificios, á los ricos caritativos y misericordiosos...

En resumen, desde los primeros días del Cristianismo, y este es uno de los hechos mas brillantes de la historia, se han visto surgir una multitud de héroes de la humanidad regenerada, que á porfía han observado fielmente todas las reglas de la caridad evangélica, practicando todas las obras de misericordia corporal y espiritual con el lujo divino de las dedicadas cualidades que san Pablo enumera tan complacientemente, sellándola con este sello de humildad y dulzura, cuyo ejemplo nos ha dado el divino Salvador, haciéndola exhalar este dulce perfume de modestia tímida que se oculta á sí misma el bien que hace. Y no son solamente héroes de la caridad los que el Catolicismo ha hecho, son generaciones de héroes que suceden incesantemente á su santo fundador, y que continúan el glorioso apostolado de su caridad sin límites.

Después de haberla admirado en teoría, veamos cómo algunos de sus más bellos modelos la han practicado en un grado heroico.

San Pablo.—Celador ardiente de la secta de los Fariseos, no conocía otros amigos que los de su perdition y de su ruina; perseguita con furor todo lo que se desviaba de las tradiciones de sus padres. Pero cuando adoró á Jesucristo ¡ved cómo se ensanchó su corazón! «No hay ya, esclama, distincion de judío y de gentil, de circunciso é incircunciso, de griego, bárbaro, escita, de hombres esclavos y hombres libres; no hay más que Jesucristo; está todo en nosotros, y todos estamos en él. Yo me debo por su amor, no á un pueblo, no á una secta, sino á todos los pueblos civilizados y salvajes, á todos los hombres sabios é ignorantes, prudentes é insensatos. La caridad de Jesucristo me consume. Yo llevo en mi seno y en mis entrañas todo lo que ha rescatado con su sangre.

Yo derramaría voluntariamente toda la mía por el habitante más desconocido de la región más lejana del universo. De libre que era, me he hecho esclavo de todos; recorro toda la tierra para servir á mis semejantes, llorando con los que lloran, regocijándome con los que se regocijan, sufriendo, sin quejarme, el hambre, la sed, la desnudez, las fatigas extremas y las más crueles persecuciones, olvidándome de mí mismo y haciéndome todo en todos, para reunirlos á todos bajo la dulce ley del Dios de misericordia y amor.»

San Juan el Evangelista.—Bebió la caridad sobre el pecho de Jesucristo que lo hizo dulce y humilde de corazón como él. ¡Cuán admirable es cuanto nos dice en su primera epístola! «Carísimos, amaos los unos á los otros porque la caridad es de Dios. Aquel que ama ha nacido de Dios y conoce á Dios. Aquel que no ama no conoce á Dios, porque Dios es amor. Si alguien dice: Amo á Dios y aborrece á su hermano, miente, porque ¿cómo aquel que no ama á su hermano á quien ve, amará á Dios que no ve?» Sentencia divina, pero terrible, que se explica por esta solemne palabra de Jesucristo: «Lo que hegas al más pequeño de los míos, me lo hegas á mí mismo.» En sus últimos años, llevado á la iglesia en brazos de sus fieles, impotente para dirigirles largas exhortaciones, contentábase con decir: «Hijos míos, amaos los unos á los otros.» Y cuando se le hacía alguna dulce acriminación, porque no tenía en el corazón y los labios más que estas palabras, respondía: «Este es el precepto del Señor: si lo cumplis, esto basta.» A la edad de ochenta años, supo que un jóven necioso conñado por él á la solicitud paternal del obispo de Ereso había llegado de exceso en exceso á hacerse jefe de una turba de bandidos, viviendo con ellos de rapiñas y asesinatos, sobre una montaña escarpada y cubierta de bosques. Al instante, Juan monta á caballo, toma un guía y se dirige precipitadamente hácia la guarida de los bandideros. Conseguido su objeto, baja del caballo, despidе á los que le acompañaban y se interna en las malezas. De-

tenido muy pronto por los centinelas avanzados, pide que se le conduzca á la presencia del jefe de la banda. Al reconocer á Juan, echó á correr aquí; pero Juan le persiguió, gritándole: «¿Por qué huyes de tu padre, enviado para buscar la oveja extraviada y devolverla al redil?» No pudiendo resistir á sus apremiantes instancias, el jóven se detiene, abraza, llorando, al santo anciano, que lo estrecha con amor sobre su corazón, lo lleva consigo y lo reconcilia con Dios.

San Nicolás, obispo de Mira.—Ha merecido, por la inocencia de su vida, por su piedad, por su tierna compasión por los pobres, ser el modelo y patrono de la infancia y de la juventud cristiana. La muerte prematura de sus padres habíale hecho amo absoluto de su suerte y poseedor de una herencia inmensa. Convirtió ésta en el tesoro de los pobres. Buscaba las necesidades ocultas, las miserias tímidas y las aliviaba en secreto. Nada más conmovedor que las santas astucias, las amables industrias de que usaba para ocultar, no solamente á las miradas extrañas, sino también á los objetos mismos de sus larguezos, el origen de lo que se distribuía entre ellos, para que sólo pudiesen dar gracias á Dios, del cual se hacía ministro invisible. Dos virtuosas hermanas á quienes no había podido dotar un padre en otro tiempo rico, pero reducido, por una serie de desgracias, á una gran indigencia, habían recibido de esta mano desconocida sumas que las procuraron honrosos casamientos. Una tercera hermana, no menos digna de interés que sus primogénitas, concibió la esperanza de ser también favorablemente tratada á su vez. Una tercera bolsa, arrojada de improviso por la abierta ventana, no se hizo esperar. Pero esta vez el misterioso bienhechor fué apercibido, y no pudo escapar al agradecimiento que había eludido por tanto tiempo. Se pose desde entonces á quién atribuir cien otras secretas liberalidades, cuyo autor en vano se había tratado de descubrir.

San Paulino, obispo de Nola.—San Agustín ha dicho de

él: «Id á Campania, ved á Paulino, este hombre tan grande por su nacimiento, por su génio, por sus riquezas; ved con qué generosidad este servidor de Dios se ha despojado de todo para no poseer más que á Dios; ved cómo ha renunciado al orgullo del mundo, para abrazar la humildad de la cruz; ved cómo empica de pronto en alabar á Dios estos tesoros de ciencia, que son perdidos cuando no se les consagra á estar á Aquel que los ha confiado.» Un día, no teniendo nada que dar, se tendió él mismo para volver la libertad al hijo de una pobre viuda. Hecho prisionero por los godos, decía á Dios con simplicidad: «No permitais que se me atormente por el oro y la plata; vos sabéis en qué he colocado todo lo que me habeis dado.»

San Juan el Limosnero, Obispo de Alejandría.—Apenas fué puesto en posesión de su prelacia, volvió á los pobres de su Iglesia y les dice: «Id por toda la ciudad ó inscribid con cuidado los nombres de nuestros señores y ámos. Ellos te preguntaron con admiración cuántos eran sus señores y ámos.» «Estos son, contesta, los que vosotros llamáis pobres.» Encontráronse más de siete mil, á los cuales hizo dar limosna todos los días. Ved su testamento: «Yo os doy gracias, ó Dios mío, porque habeis escuchado mi oración, y porque no me resta más que un tercio de sueldo, aunque en mi ordenación hubiese encontrado en la casa episcopal de Alejandría cuatro mil libras de oro, además de las sumas innumerables que he recibido de los amigos de Cristo.»

San Juan Gualberto.—Un día de Viernes Santo, encontrando en un pasaje estrecho al matador de su hermano, puso mano á la espada y quiso pasarle de parte á parte. Pero aquí arrojóse á sus pies, y con los brazos en cruz conjuróle en nombre de Jesucristo que no le quitase la vida, Conmovido de lo que veía, Juan tiende la mano al asesino y le dice: «Yo no puedo rehusaros lo que me pedís en nombre del Dios Salvador; yo os concedo no solamente la vida, sino también mi amistad; y le abrazó firmemente. Convertido en fundador de la orden de Valmubro-

sa, Juan hizo su principal virtud de la caridad hacia los pobres; no veía á ninguno de estos sin darles limosna; y á menudo le aconteció vaciar las dispensas de sus monasterios para aliviar á los indigentes. Dios permitió que en una gran carestía multiplicase milagrosamente las provisiones del convento de Rózzuolo, el que los pobres acudían de todas partes.

Santa Isabel de Hungría.—El castillo de Marburgo que habitaba estaba edificado sobre una escarpada roca, y los dolientes no podían llegar á él. Mandó construir al pié dos hospitales, en que todos los enfermos y los pobres eran recogidos. Visitábalos frecuentemente y se empleaba en los servicios más humillantes y penosos. Todos los días distribuía á su puerta abundantes limosnas, en dinero y en provisiones, á novecientos indigentes, de suerte que sus rentas eran verdaderamente el patrimonio de los pobres. Prudente en su caridad excesiva, hacía trabajar á los que podían, de una manera proporcionada á su fuerza y habilidad. Despojada de sus Estados y fortuna, reducida á faltarle lo necesario, tendía la mano sin vergüenza y vivió de limosnas. Cuando más le dolía su despojado, su verdadero, convertido á los sentimientos de justicia y bondad, le suplicó que le perdonase el mal que le había hecho, por toda respuesta se arrojó en sus brazos, regándole con sus lágrimas y exclamando: «Yo no quiero, ni vuestras castillos, ni vuestras ciudades; dadme solamente lo que me es debido para remediar las necesidades de los pobres.» Al recibir los quinientos marcos de plata que el duque de Henry le enviaba, hizo los distribuir á los pobres por una sola vez y el mismo día. Hubo hecho publicar por todas partes, á veinticuatro leguas en torno de Marburg, que todos los pobres se reuniesen en el día fijado en una llanura, cerca de Wherda. El día indicado, muchos millares de mendigos, lisados, enfermos, encontráronse reunidos. La misma Isabel presidió á la repartición de sus arras, pasando de él en fila, sirviendo á cada pobre, confida su cintura con un lienzo, como quien hubiera servi-

do á Jesucristo. Por la tarde, sabiendo que los más débiles debían pasar la noche al descubierto, ordenó que, despues de haber encendido grandes fuegos, se les lavase los pies y se les perfumase. Al oírlos cantar, gozosos por tales aquejos, exclamó: «Bien os lo habia dicho: es preciso hacer á los hombres tan felices como es posible.» Y corrió para tomar parte en su alegría.

San Juan de Dios, fundador de los Hermanos de la Caridad.—Contruido por Juan de Ávila, púsose á correr por las calles de Granada, arrancándose los cabellos, con tal desesperacion, que el populacho, creyéndolo loco, le perseguía á patradas y bastonazos. Vuelto en sí, cubierto de sangre y lodo, dió á los pobres todo lo que tenia, y se redujo á una carencia absoluta. Llamado por el santo religioso, cuya voz habia conmovido su corazon á la práctica de la caridad, se procuró algunos recursos en el comercio de madera, y alquiló al instante una casa para recibir los pobres enfermos. Remediaba sus necesidades, pasaba el día á la cabecera de sus lechos, y empleaba las noches en transportar nuevos dolientes. Un día que se prendió fuego á su hospital, vivamente alarmado del peligro que corrían sus queridos enfermos, tomólos sucesivamente de dos en dos y los sacó á través de las llamas. Estas parecían extinguidas al contacto de la caridad ardiente que abrasaba su corazon, y ni él ni sus enfermos fueron alcanzados por ellas. Su caridad no se concentraba en su hospital; penetrado de dolor al solo pensamiento de que los infortunados no tenían lo necesario, hizo hacer una indagacion exacta de todos los pobres de la provincia, y remedió sus necesidades, enviándoles víveres á domicilio y procurándoles trabajo. Un día que el arzobispo de Granada le reprendia por haber recibido en su hospital á vagamundos y hombres de mala vida, respondió con un candor admirable: «Yo no conocia en mi hospital á otros pecadores que á mí, que soy indigno de comer el pan de los pobres!» Sus religiosos, que van de puerta en puerta pidiendo limosna y diciendo: *Hermanos míos, haced*

bien por amor de Dios, son conocidos en Italia bajo el nombre de *Fate Bene, Fratelli!*

Santo Tomás de Villanueva.—Muy pequeño aún daba ya su desayuno á los pobres, y sus vestidos á los que tenían frio. Llegó más de una vez á su casa sin vestido, sin chaleco, sin sombrero y sin zapatos. Si se le hubiese escuchado, hubiera dado su almuerzo por contentarse con pan seco. A la muerte de su padre, dió toda su herencia á los pobres, hizo de su casa un hospital, y entró en el orden de Ermitaños de san Agustín. Nombrado arzobispo de Valencia, hizo el camino á pié con su gastado hábito de monje. El cabildo, que conocia su pobreza, hizo el presente de cuatro mil ducados para sus muebles y alhajas; los recibió, pero fué para darlos al hospital que estaba sobrecargado de pobres. Guardó su hábito monástico y lo remendó él mismo, como queria la regla. De los diez y ocho mil ducados que daba el arzobispado de Valencia, consagraba trece á obras de caridad. Velase quinientos pobres á su puerta todos los dias, y todos recibian, con una porcion de pan y vino, una moneda. Contribuia al dote de las jóvenes que se casaban. Pero su ternura particular era por los huérfanos; recompensaba á aquellos que se les llevaban. Antes de morir, quiso que se diese á los pobres todo lo que quedaba de dinero y sus muebles. Y porque, despues de haber dado largamente á todos, sus servidores llevarónle todavia mil quinientos ducados, él les echó en cara el retardar su bienaventurada muerte. «Id, les dijo, concluid la tarea á fin de que no viva más tiempo.» Cuando volvierón, exclamó: «Ahora marcharé alegre al combate, no teniendo nada por lo cual el enemigo pueda retenerme.» Sabiendo al mismo momento que un pobre padre de familia, conserje de la cárcel, no habia tenido parte en la distribucion de sus bienes, lo mandó venir, le pidió perdon de este olvido, le dió el lecho sobre el cual estaba acostado, é hizo señal de que se le pusiese en tierra para que se lo pudiese llevar. Como nadie quiso obedecerle, el santo volvióse hacia el padre de

familia, y le rogó en nombre de Jesucristo, que le concediese el uso de la cama hasta su muerte. ¡Esplendor!

San Luis Gonzaga.—Este santo joven pertenecía más al cielo que á la tierra; se necesitaba todo el santo rigor de la obediencia para arrancarle de sus últimos entretenimientos con Dios, y sin embargo mereció que el papa Benito XIII le rindiése este glorioso testimonio. Sería preciso emplear las más magníficas palabras para ensalzar dignamente la caridad de Luis de Gonzaga, porque ella atestiguaba el más alto grado á que se puede llegar. Brilló sobre todo cuando, despues de la carestía, la peste se declaró en la ciudad de Roma, é hizo en ella tan numerosas víctimas. Aunque este joven apenas podía ponerse en pie, tanto las mortificaciones que practicaba le habian debilitado, pidió y obtuvo de sus superiores el permiso de visitar á los apesados, de llevarlos en sus espaldas, lavarles los piés, bañarles, ir mendigando de puerta en puerta para los hambrientos, etc. Atacado él mismo del contagio en este ministerio de caridad, murió á la edad de unos veintitres años.

San Vicente de Paul.—Una piedad rara, la pureza sin mancha de sus costumbres, la solidez y la penetración de su espíritu, el candor de su alma, una ternura por los pobres, que le hacía dividir con ellos lo que apenas bastaba á sus propias necesidades, un amor ardiente por la casa del Señor, un celo prematuro por su gloria, manifestaron los secretos designios de la divina Providencia, y bajo los harapos del joven pastor, ocultaban al buen pastor... Jamás hubo corazón más sensible que el suyo á las misérias humanas; tenía el genio de la beneficencia y lo supo comunicar á los otros.

Por doquiera pasará Vicente, el infortunio y el dolor se verán como obligados á huir... Dios, que lo ha establecido de una manera completamente especial el ministro de su caridad y el depositario de sus dones en este suelo, le ha dado autoridad sobre todos los corazones, derecho y acción, por decirlo así, sobre todas las fortunas, de suerte

que es imposible rehusarle nada de lo que pide en calidad de proveedor y ecónomo de los pobres... Díriase verdaderamente que todo está á disposición del hombre de Dios, y que ha recibido como el alto dominio de todos los bienes... Tambien ¿qué es lo que él no podrá? ¿Lo que no podrá ningún soberano! Alimentar la población entera de cuatro grandes provincias! Luchar contra los azoles reunidos de la guerra, del contagio, del hambre y vencerlos! Proveer durante veinte años consecutivos todas las necesidades de veinticinco ciudades y un número décuplo de villas y pueblos! Hacer distribuir diariamente en ochenta lugares de su residencia, víveres, remedios y vestidos á todo un pueblo desnudo, enfermo y hambriento! Ser, en una palabra, para los habitantes de una notable parte de Francia lo que la divina Providencia es para el universo! ¿Qué sería si contásemos los hospitales, los refugios, los asilos, etc., que ha abierto á todas las edades, á todas las debilidades humanas? ¿Y si le mostrásemos resolviendo con un pleno éxito hasta el fin de sus días el problema, insoluble para todos los gobiernos, de la abolición de la mendicidad? Probando así que la religion puede únicamente lo que será siempre imposible al poder humano, porque éste emplea el celo mercenario que trata de enriquecerse, y aquélla la caridad generosa que trata de despojarse.

La Hija de la Caridad.—Es la obra maestra de san Vicente de Paul que, á imitación de Dios, tomó el limo de la tierra, lo labró y le comunicó su espíritu. Enseñóte de una vez los tiernos cuidados que reclaman los dolores y los lechos de la enfermedad, las dulces insinuaciones que consuelan y confortan á los moribundos, la atenta solicitud que adivina las necesidades, la diligencia que previene los deseos, el celo que triunfa del hastío, la paciencia que no exaspera ni la ingratitude, ni los murmullos injustos; el arte tan útil de preparar con sus propias manos los remedios, de aplicarlos con discernimiento, de curar delicadamente las heridas, de sanar las enfermedades; el arte de tartamudear con la infancia para formarla en la

ciencia y la virtud, de inspirar la fe á los pobres aliviando sus miserias, de hacer de este modo una doble limosna á la vez el alma y al cuerpo, etc. Escuela de un género nuevo, en que la misma caridad engendra madres para los huérfanos, institutrices para las jóvenes pobres, médicos para los enfermos, mujeres económicas para la indigencia, consoladoras para todos los dolores, etc. Y después de dos siglos esta enseñanza de su Vicente de Paul es tan viva, tan viva que el primer día. La filosofía, la herejía, el cisma jamás habieran logrado hacer una sola Hija de la Caridad. Y la Santa Iglesia católica, apostólica, romana cuenta en su seno *veinte mil*, un ejército que admira y parece al mundo. Por doquiera amadas, por doquiera estimadas, por doquiera dedicadas á la custodia, á la pobreza, á la obediencia, y si es preciso, á la muerte.

En París, durante el sitio, noventa y siete Hijas de la Caridad cuidaban en Bicêtre á los soldados atacados por las viruelas ónce, heridos por la peste, sucumben en pocos días. Bendidas de fatiga, la mitad emponzoñadas por el aire pestífero que respiran, las treinta y seis hermanas restantes no pueden bastar para el servicio de la ambulancia. Pidenle once nuevas y se presentan treinta y dos.

La Hermana Rosalia.—Tenía apenas quince años, y era de una belleza resplandeciente, cuando entró en el noviciado de las Hijas de la Caridad. Muerta á los setenta años consagró exclusivamente á Dios y á los pobres cincuenta y cinco años de su vida. Terminado su noviciado, fué enviada al asilo de la calle de l'Épée-de-Bois, arrabal de Saint-Marceau, el barrio de París más pobre, más grosero, el más entregado á todas las sugestiones de las malas pasiones y que no abandonó jamás. Si llegaba á hablarse de los vicios que roían estas desgraciadas muchedumbres, respondía: «Son mis hijos, y si yo no estuviere sostenida por la gracia, sería peor que ellos!» Ejercía sobre todo el que se le acercaba un poder extraordinario, el poder de un espíritu superior y de un corazón animado del

ardiente amor de Dios y de los pobres. Los mismos incrédulos no la resistían, con tal que estuviesen dispuestos á dar: los ponía en presencia de necesidades tan grandes, tan formidables, tan crueles, que su bolsa se abría cada día más, hasta que en la hora marcada encontrábase inundado de fe, de conocimiento y amor de Dios. ¿Cuántas almas había así abierto á la gracia, obteniendo antes la abertura de las bolsas! No se contentaba con el concurso de las limosnas, pedía y obtenía el concurso de los corazones. Habíase dado numerosos auxiliares, damas, jóvenes, hombres juiciosos. Tenía un talento extraordinario para excitar el celo de los más indiferentes. La autoridad que tomaba en nombre de los pobres sobre todos aquellos que la rodeaban, creaban inmensos recursos; también su caridad abrazaba todas las miserias que se dirigían á ella, y alcanzaba á aliviarlas. Nada le espantaba; sabía encontrar siempre el medio de vencer los obstáculos que se oponían al bien. En las grandes crisis desplegaba un poder inconcebible. Siempre calmosa, aún fría en la apariencia, logró, como se vió en los cóleras de 1832 y 1849, como durante las jornadas de 1848, organizar medios de socorro al nivel de las mayores necesidades. Sería difícil enumerar los prodigios de caridad y misericordia que ha hecho. Pero, para dar una idea de ello, basta recordar que con una actividad prodigiosa pasó todos sus días, ocupada únicamente en el prójimo, sin otro reposo que el tiempo consagrado á la oración. Y no era este el en que trabajase menos eficazmente en su misión colidiana de ardiente caridad. ¡Esplendor!

Las Hermanitas de los pobres.—Un humilde vicario de Saint-Servan, pequeña ciudad de Bretaña situada frente Saint-Malo, el abate Lepailleur, lleno de una tierna compasión por los pobres ancianos, fatalmente condenados á la mendicidad, ó mejor dicho á la vagancia, tuvo el pensamiento de fundar un asilo que les asegurase los recursos temporales y espirituales á la vez. Como no tenía ninguno de los recursos indispensables para esta creación,

debió limitarse á expresar sus deseos á dos doncellas, penitentes suyas, en quienes habia descubierto las mismas aspiraciones. Las invitó á unirse y á estar dispuestas á responder al llamamiento de Dios. El reglamento que redactó para ellas contenía esta corta frase, que fué el punto de partida de una de las más bellas creaciones de la caridad católica: *Nosotras amaremos sobre todo el tratar con bondad con los pobres ancianos, achacosos y enfermos; nosotras no les rechazaremos nuestros cuidados.* Cuando llegó el momento, la bondadosa Providencia puso sobre el camino de las dos jóvenes otros dos ángeles de caridad, Juana Jugan y Fanchon Aubert, que les dieron asilo en un desván que habitaban, así como á una anciana ciega que habían adoptado. Este fué el origen de la obra incomparable que ha como invadido el mundo. En el consejo del desván se tomó al instante la resolución de recoger el mayor número de ancianos. Las cuatro asociadas sólo podían pensar en ganar la vida de sus pobres por el trabajo; los cuidados que reclamaban su edad y sus achaques absorbían todo su tiempo. Hacer mendigar á los ancianos habiéndose sido exponerles de nuevo al peligro de sus malas costumbres. El Padre les propuso hacerse mendicantes por ellos á la mayor gloria de Dios. ¿Quién hubiese pensado que esto sería para el naciente instituto un recurso ingoable? Y sin embargo desde este día remediaron todas las necesidades de sus pobres por esta noble y santa mendicidad. Señalábaselas con el dedo, mofábanse de ellas, creábase en torno suyo un círculo de ridículo y oprobio.

El número de sus ancianos, que aumentaba sin cesar, exigía imperiosamente nuevas *Hermanitas de los pobres*; éste es el nombre tan humilde como amable que recibieron, después de haber añadido á los tres votos ordinarios de pobreza, castidad y obediencia, el voto particular de hospitalidad. Tenían tan gran certeza de que su ejemplo sería ampliamente seguido, que sólo cuidábase de fundar nuevas casas. Comprendíase, en efecto, al mo-

mento que la obra iba á tomar una extensión milagrosa. El piadoso fundador apenas podía creer á lo que veían sus ojos, cuando veía con qué rapidez se formaban los sujetos aptos para dirigir las nuevas casas y desempeñar los principales empleos. Eran éstas casi siempre pobres obreras ó simples sirvientas, transformadas por amor de Dios y del prójimo; cada día abundaban más y más; los noviciados se multiplicaban y perfeccionaban; las Hermanitas de los pobres se formaban como por encanto. ¡Hoy su Congregación, tan joven todavía, compónese de *dos mil ochocientos miembros*, y estos 2.800 miembros encárganse de alimentar por sí solos, de consolar, de aliviar más eficazmente que no supieron hacerlo todas las administraciones, *á veinte mil pobres ancianos!*

Una sola cama dotada en un hospital cuesta *diez mil francos*: Las 105 casas, las 20.000 camas de las Hermanitas de los pobres representarían, pues, *doscientos millones*, y no han costado nada. Este es un mundo salido de la nada por la omnipotencia divina. Estas casas benedictas son en el fondo el conjunto de todas las miserias imaginables. Pero del seno de esta pobreza que parte el alma, de estas enfermedades asquerosas, sale como un centelleo de dignidad, de dicha, de contento. Las almas son felices, ven y gustan á Dios. Las hermanas lo honran y aman en sus pobres, los pobres lo bendicen y aman en sus hermanitas, y nada es más suave y conmovedor que la expansión de todos estos pobres corazones felices, reposados, consolados, llenos de agradecimiento y esperanza. ¡Se les trate como niños, y toman su carácter, la franqueza de sus risas, su alegría, sobre todo su alegría. ¡Y cuántas conversiones milagrosas producidas por este espectáculo conmovedor hasta el exceso! Cuántas veces esta confesión espontánea se ha escapado del corazón: *Tomad, madre mía, con vuestros pobres me abris la puerta del cielo: antes de conocerlos, yo era un mal cristiano, y no amaba á los pobres; ahora amo á los pobres y al buen Dios!*

¡Sí, una sola Hija de la Caridad tal como ha salido del

corazon de san Vicente de Paul, con su cofia, su toca, su jubon, su delantal y su rosario, su crucifijo y su calavera; una sola Hermanita de los pobres tal como se apareció en la persona de Juana Jugou; con su manto, su gorro, su ropa de virgen, su cordón, es un brillante esplendor de la fe! Qué decir, pues, de los veinte mil Hermanas de la Caridad, de las dos mil ochocientas Hermanitas de los pobres Ejército glorioso de brillantes testimonios de la divinidad de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. Ah! cuán celestiales son, al levantarse de la mesa santa, llevando en su casto pecho al divino Esposó que adoran, que sirven, que aman, en los niños y ancianos adoptados por ellas!

En todos los siglos, y en el siglo diez y nueve más todavía que en los otros, esta santa Iglesia ha podido arrojar al mundo este fiero reto de san Pablo: ¿Quién está enfermo sin que ya lo esté con él? ¿Quién es aquel á quien el fuego del dolor ha alcanzado sin abrasarse el corazón? Si, en la demasiada larga serie de miserias humanas, miserias del cuerpo y miseria del espíritu, no hay una sola á la cual no haya llevado el alivio y abierto un cielo. Sigamos, en efecto, rápidamente al hombre del seno de su madre al umbral de la eticidad, y probemos que por *Ella* el remedio está colocado siempre cerca del mal.

En su nacimiento.—Hospicios de maternidad. Sociedades de maternidad. Hermanas de Nuestra Señora de la Asistencia de las parturientas. Obra de las canastillas. Tornos. Hospicio de los niños expósitos. Obra de las nodrizas. Obra de la Santa Infancia, para el rescate, bautismo y educación de los niños chinos.

De la cuna á la escuela.—Salas de asilo. Obra de damas protectoras de las Salas de asilo. Obra de adopción. Obra de huérfanitas. Vestuario del Infante Jesús. Obra de la tutela de los niños expósitos y abandonados. Huérfanos agrícolas. Obra de los niños desamparados. Obra de campo para los niños pobres. Obra de la reconciliación de niños desamparados.

De la escuela al aprendizaje.—Escuelas primarias de to-

das clases. Dotes pios para las escuelas primarias. Obra de la primera comunión. Obra de los catecismos y parroquias para el vestuario de niños y niñas de la primera comunión. Sociedades de colocación, educación y aprendizaje de los niños. Obra de la primera comunión y de la perseverancia de los artífices que arreglan las chimeneas para que no hagan humo y de los deshoñadores. Sociedades de educación y enseñanza.

Del aprendizaje al taller.—Obra de los aprendices y de los jóvenes obreros. Obra del patronato de los aprendices convalescentes. Orfanatos y obradores de muchachos pobres en la ciudad y el campo. Escuelas profesionales.

En el taller y en casa.—Asociaciones de jóvenes y de señoritas de comercio. Escuelas nocturnas. Asociación de institutrices. Obra de los criados y sirvientes. Refugio para las jóvenes y mujeres sin asilo. Sociedades para enviar á su familia á las jóvenes sin colocación y á las mujeres abandonadas por sus maridos. Obra de san Vicente de Paul. Oficinas de beneficencia. Damas de la Caridad de las parroquias. Damas de la Caridad de los distritos. Sociedades filantrópicas, médicas y suministradoras. Cajas de ahorros. Asistencia judicial. Obra del secretariado de los pobres. Obra de rescate de los efectos empeñados en el Monte de piedad. Asilos de la buena noche. Sociedad de san Francisco de Regis para la rehabilitación de los matrimonios civiles y religiosos. Sociedad de patronato para los acusados de deudas.

Asilos.—Asilos de los pequeños y pequeñas ahogados de mules incurables. Hospitales de Berck-sur-Mer y de Forges-les-Bains para niños escrofulosos. Asilos y escuelas de sordo-mudos de ambos sexos. Asilos y escuelas de jóvenes ciegos. Asilos de los *Quinze-Vingts* para los ciegos. Sociedad para la enseñanza simultánea de los sordo-mudos y parlantes. Escuelas de tartamudos. Asilo de san Vicente de Paul para los epilépticos.

Enfermos.—Hospitales y hospicios generales. Hospita-

les y hospicios especiales. Fundaciones Monthyon para los convalecientes. Obras de los pobres enfermos. Obra de la visita de los pobres enfermos en los hospitales. Hermanas enfermeras a domicilio de los ricos y de los pobres. Socorros á los ahogados y asfixiados. Socorros de hospicio. Consultas gratuitas. Recetarios. Hospitales y asilos de locos.

Ancianos.—Hospitales y hospicios de la vejez. Asilo de santa Ana. Casa de retiro y asilo para los ancianos de ambos sexos. Casas de Hermititas de los pobres.

Criminales.—Sociedades de patronato para los acusados por delitos. Sociedades de patronato para los jóvenes detenidos y los jóvenes libertados. Colonias y penitenciarias agrícolas para los jóvenes condenados. Obradores de jóvenes víctimas de una primera falta. Casas y obras del Buen Pastor. Obras de señoras y caballeros visitantes de prisiones. Congregaciones de hermanos y hermanas para el servicio de prisiones. Trinitarios y sacerdotes de la Merced para la libertad de cautivos en países infieles. Documentos auténticos prueban que el número total de los infortunados librados de la esclavitud, de 1217 á 1632, alcanza la enorme cifra de un millón cuatrocientos mil, y que su rescate no costó menos de ocho mil cuatrocientos millones! *Vida de san Juan de Mata*, por el R. P. Calixto de la Providencia, páginas 345 y 346. ¡Qué esplendor de la Fe!

Moribundos y muertos.—Sacerdotes de las últimas oraciones. Congregaciones de los hermanos del bien morir, para la asistencia de los agonizantes. Limosneros de los condenados á muerte. Ordenes y congregaciones de penitentes para la asistencia de los condenados á muerte. Hermanos sepultureros. Archicofradía de la buena muerte. Cofradía de Nuestra Señora de la Piedad por los muertos. Señoras auxiliadoras de las almas del Purgatorio.

¡Cuántas obras especialmente consagradas á satisfacer las necesidades religiosas y morales de las poblaciones! Obra de los arrabales. Obras de las iglesias del cam-

po. Obra de los tabernáculos. Obras de las lámparas. Obra de la adoracion del Santísimo Sacramento. Obra del descanso del domingo. Obras de la santa Familia. Obra de la doctrina cristiana. Obras de los estudiantes. Obra de los recién convertidos. Obras de la juventud. Obra de los clérigos de San Sulpicio. Obra de las escuelas apostólicas. Obras y sociedades de los buenos libros. Bibliotecas parroquiales. Obra de los Bretones, de los Alemanes, de Alsacianos, Flamencos, Ingleses, Italianos, congregaciones y cofradías de hombres y de mujeres, etc.

Viajeros peregrinos, etc.—¿Quién no admira el sacrificio de los Padres de san Bernardo, condenados voluntariamente á respirar un aire enrarecido y frío que devora su vida? ¿Quién no sabe el origen y la historia de la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles en el bosque de Bondy, la de la abadía de Nuestra Señora de las Ermitas en Einsiedeln, de los numerosos monasterios erigidos en los lugares más salvajes de los Abruzzos, de las órdenes de caballeros de la Tierra Santa, etc., instituciones inspiradas con el solo objeto de defender la vida de los viajeros de las avalanchas, ó de los ataques de los bandidos, y las caravanas de los peregrinos de las rapinas de los Arabes, etc.?

Los centros de acción que acabamos de enumerar son, en nuestra sola Francia, en número de más de veinte mil. Cada centro de acción cuenta por término medio diez cooperadores. Es, pues, un total de doscientos mil agentes activos de la caridad católica, prestando un codo alente y fiel á la voz de Dios que ha dicho: «Amad al prójimo como á vosotros mismos. Esforzaos en amarle como yo os he amado... Lo que haced al más pequeño de los míos me lo haced á mí mismo... Aquel que no ama al prójimo que vé, ¿cómo amar á Dios que no vé?»

¿Quién no se vé dominado del respeto á la vista de estos innumerables monumentos de la caridad católica, en que todas las enfermedades son curadas ó al menos aliviadas, en que los dolores sin esperanza son endulzados, en que la vejez indigente encuentra calma y reposo, en que el huér-

fano encuentra familia, en que son prodigados al desgraciado privado de razon cuidados que no sabe agradecer? Providencia visible de Dios sobre la tierra, la Iglesia católica podía sola mitigar los males de la humanidad que sufre. ¡Splendor!

Capítulo décimo-seis. — **Duodécimo esplendor de la fe.** — *En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago y mayores que estas hará.* — Jesús acaba de celebrar la Pascua legal. Despues de haber amado tiernamente á los suyos, ha querido dejarles una última y excesiva prueba de su amor. Les ha dado su mismo cuerpo para comer, su sangre para beber, con los más sagrados derechos á la inmortalidad, á la resurrección bienaventurada, á la vision intuitiva, á la dicha eterna. Desahoga su corazon en sus corazones: «Yo voy á la casa de mi Padre, y voy á aparejaros lugar. Cuando esté aparejado, vendré otra vez y os tomaré conmigo, á fin de que allí donde yo esté, estéis vosotros... No soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Yo estoy en mi Padre y mi Padre está en mí... Quien me ve, ve á mi Padre... Si no creéis en mi palabra, creed al menos en mis obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él hará también las obras que yo hago y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre... Todo lo que pedireis á mi Padre en mi nombre os será concedido.» Jesucristo promete, pues, á sus apóstoles un poder igual y aun superior al suyo, y les indica el fin de este todo poder. Consista en hacer milagros. ¿Qué milagros ha hecho Jesucristo? Los ciegos veían, los cojos andaban, los leprosos eran limpiados, los sordos oían, los muertos resucitaban, los pobres eran evangelizados, los demonios huían, una virtud se escapaba de su cuerpo y curaba todos los males. Será, pues, preciso que los apóstoles y los sucesores de los apóstoles hagan los mismos milagros y mayores todavía. Ved la profecía, ved el oráculo claro, brillante, sobrenatural, divino. ¿Se ha cumplido? Evidentemente, y al

pié de la letra. Los milagros de los apóstoles, mayores que los mismos de Jesucristo, han llenado y llenan el mundo. Estos milagros, además, son propios exclusivamente de la Iglesia católica, romana. Ninguna otra Iglesia trata ni de reclamarlos, ninguno tiene la pretension del milagro. Luego la Iglesia católica es divina y sola divina.

Jesucristo fué más explícito todavía el día de su gloriosa ascension: «Id, dice á sus apóstoles, por todo el universo y predicad el Evangelio á toda criatura.» Pues bien, hé aquí los prodigios que acompañaron á los que creyeron: «Arrojarán á los demonios, hablarán nuevas lenguas, cogerán impunemente serpientes, beberán mortales venenos sin que les dañen, impondrán sus manos á los enfermos y los enfermos serán curados.» El oráculo fué inmediatamente cumplido, porque san Marcos añade: «Y ellos salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.» Este oráculo de Jesucristo, que los apóstoles harán los milagros que él ha hecho y mayores todavía, cuando se le añade la afirmacion por la cual san Juan termina su Evangelio, es verdaderamente abrumador. Hé aquí las palabras del apóstol: «Otras muchas cosas hay también que hizo Jesús, que si se escribiesen una por una, el mundo no podría contener los libros que se habrían de escribir.» Podriase ver alguna exagujacion en el lenguaje hiperbólico del discipulo amado; pero es rigurosamente verdad que los apóstoles, han hecho los milagros de Jesucristo y mayores todavía.

Yo en el principio de su apostolado, despues del ruido que se oyó en el Cenáculo, la multitud se aglomeró en torno de ellos y permaneció confundida, porque cada uno les oía hablar su lengua. «Todos ellos son galileos, y sin embargo cada uno de ellos habla la lengua en que hemos nacido!» Hablar todas las lenguas juntas, es hacerse entender á la vez de los más diversos pueblos, ¡este es un milagro extraordinario! No leemos que Jesucristo lo haya hecho. ¡Y cuántas veces es renovado este milagro! Pablo

fano encuentra familia, en que son prodigados al desgraciado privado de razon cuidados que no sabe agradecer? Providencia visible de Dios sobre la tierra, la Iglesia católica podía sola mitigar los males de la humanidad que sufre. ¡Splendor!

Capítulo décimosesto. — Duodécimo esplendor de la fe. — En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago y más poras que estas hará. — Jesús acaba de celebrar la Pascua legal. Despues de haber amado tiernamente á los suyos, ha querido dejarles una última y excesiva prueba de su amor. Les ha dado su mismo cuerpo para comer, su sangre para beber, con los más sagrados derechos á la inmortalidad, á la resurrección bienaventurada, á la vision intuitiva, á la dicha eterna. Desahoga su corazon en sus corazones: «Yo voy á la casa de mi Padre, y voy á aparejaros lugar. Cuando esté aparejado, vendré otra vez y os tomaré conmigo, á fin de que allí donde yo esté, estéis vosotros. No soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Yo estoy en mi Padre y mi Padre está en mí... Quien me ve, ve á mi Padre... Si no creéis en mi palabra, creed al menos en mis obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él hará también las obras que yo hago y mayores que estas hará, porque yo voy al Padre... Todo lo que pedireis á mi Padre en mi nombre os será concedido.» Jesucristo promete, pues, á sus apóstoles un poder igual y aun superior al suyo, y les indica el fin de este todo poder. Consista en hacer milagros. ¿Qué milagros ha hecho Jesucristo? Los ciegos veían, los cojos andaban, los leprosos eran limpiados, los sordos oían, los muertos resucitaban, los pobres eran evangelizados, los demonios huían, una virtud se escapaba de su cuerpo y curaba todos los males. Será, pues, preciso que los apóstoles y los sucesores de los apóstoles hagan los mismos milagros y mayores todavía. Ved la profecía, ved el oráculo claro, brillante, sobrenatural, divino. ¿Se ha cumplido? Evidentemente, y al

pié de la letra. Los milagros de los apóstoles, mayores que los mismos de Jesucristo, han llenado y llenan el mundo. Estos milagros, además, son propios exclusivamente de la Iglesia católica, romana. Ninguna otra Iglesia trata ni de reclamarlos, ninguno tiene la pretension del milagro. Luego la Iglesia católica es divina y sola divina.

Jesucristo fué más explícito todavía el día de su gloriosa ascension: «Id, dice á sus apóstoles, por todo el universo y predicad el Evangelio á toda criatura.» Pues bien, hé aquí los prodigios que acompañaron á los que creyeron: «Arrojarán á los demonios, hablarán nuevas lenguas, cogerán impunemente serpientes, beberán mortales venenos sin que les dañen, impondrán sus manos á los enfermos y los enfermos serán curados.» El oráculo fué inmediatamente cumplido, porque san Marcos añade: «Y ellos salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.» Este oráculo de Jesucristo, que los apóstoles harán los milagros que él ha hecho y mayores todavía, cuando se le añade la afirmacion por la cual san Juan termina su Evangelio, es verdaderamente abrumador. Hé aquí las palabras del apóstol: «Otras muchas cosas hay también que hizo Jesús, que si se escribiesen una por una, el mundo no podría contener los libros que se habrían de escribir.» Podriase ver alguna exagujacion en el lenguaje hiperbólico del discipulo amado; pero es rigurosamente verdad que los apóstoles, han hecho los milagros de Jesucristo y mayores todavía.

Yo en el principio de su apostolado, despues del ruido que se oyó en el Cenáculo, la multitud se aglomeró en torno de ellos y permaneció confundida, porque cada uno les oía hablar su lengua. «Todos ellos son galileos, y sin embargo cada uno de ellos habla la lengua en que hemos nacido!» Hablar todas las lenguas juntas, es hacerse entender á la vez de los más diversos pueblos, ¡este es un milagro extraordinario! No leemos que Jesucristo lo haya hecho. ¡Y cuántas veces es renovado este milagro! Pablo

en Éfeso bautiza á doce discípulos del divino Precursor; no sabían aún que hubiese un Espíritu Santo, y les impone las manos. Al instante llenos del Espíritu Santo profetizan y hablan muchas lenguas. Y estos dones, estas gracias, diversas y maravillosas, que san Pablo dice toda vía son la obra de Dios; el espíritu de palabra, la sabiduría de la ciencia, el don de curar, la gracia de milagros, el discernimiento de los espíritus, etc., tan comunes en la primitiva Iglesia, salía de Jesucristo una virtud que curaba todos los males... Pero seguid á san Pedro en su marcha triunfal. Llevábanse los enfermos á las plazas públicas, colocábaseles sobre camillas, y la sombra de Pedro los curaba... Ananías y su mujer han sorprendido la buena fe de Pedro. Han depuesto á sus pies una parte del precio del campo que han vendido... ¿Por qué este mentira y este fraude? dice san Pedro á Ananías. ¡Tú has mentido á Dios y no á los hombres! Al instante Ananías cae y muere. La mujer de Ananías miente á su vez y consume el fraude. «Por qué, le dice Pedro, os habeis concertado juntos para tentar al Espíritu Santo? Miro en la puerta los pies de los que han sepultado á tu marido, ellos mismos te llevarán á tí. Al instante se tambalea y espira. Eran estos pecados á sangre fría. Fueron severamente castigados. ¡Pero qué gran milagro comparado aun á los mismos de Jesucristo! Resucita á Lázaro, pero no hace morir á ningún pecador por la sola cuchilla de su palabra. Sobre todo en la grande obra de la predicacion del Evangelio es cuando los milagros de los apóstoles exceden á los de Jesucristo. Al primer sermón de san Pedro tres mil hombres se convierten. Al segundo, cinco mil. En el momento de la ascension del divino Salvador, el número de discípulos encerrados en el Cenáculo era de ciento veinte. Contábanse, además, aquí y allí algunos discipulos ocultos, pero en pequeño número. Cuando Pablo vuelto á Jerusalem con Santiago, contó á los ancianos reunidos lo que Dios había hecho por los Gentiles, por medio de su ministerio; aquellos glorificando á Dios, decían: «Lo ves, hermano, cuán-

tos millares de judíos han creído! Y sin embargo eran todos muy celosos por la ley.» Millares de judíos celosos por la ley, convertidos, ¡qué milagros!... Y el paganismo de Grecia y de Roma desvanecido. Y el Evangelio recibido en el mundo entero. Los bellos pies de cada uno de estos admirables pescadores de almas, de estos evangelistas de la paz, de estos evangelistas del bien, corriendo siempre, sembraban por doquiera milagros. El mundo entero ha resonado con prodigios semejantes ó mayores que los del divino Salvador. El cumplimiento de la profecía Mens, pues, también el mundo. Jamás en la Iglesia de Jesucristo los milagros han faltado al ejercicio del apostolado. Pero hay santos, cuyos numerosísimos milagros les han valido el nombre glorioso de *Taumaturgos*. Son por sí solos los testimonios más solemnes, más brillantes de la verdad de la palabra de Jesucristo y el cumplimiento de la increíble profecía. Nosotros tenemos que hacer pasar ante los ojos del lector algunas de estas grandes é inmortales figuras.

San Martín de Tours.— Nacido en Pannonia de una familia idólatra, por el año 316, vióse forzado por su padre á abrazar la carrera de las armas. Era todavía catecúmeno, cuando Jesucristo se le apareció en vision, y le dió gracias por haber dado la mitad de su capa á un pobre. Abandona el estado militar, hácese bautizar y va á encontrar á Hilario, obispo de Poitiers, que le hace exorcista. Levanta aún, funda el monasterio de Ligugé, y allí fué donde hizo su primer milagro. Un negocio importante habia obligado á Martín á abandonar su celda. Durante su ausencia, un novicio que no estaba todavía bautizado muere súbitamente. Consiérnase los monjes. Martín vuelve... es, le notifica lo ocurrido. Entra en la celda del muerto, ojea á todos, hace una ferviente oracion, y vuelve á la vida á aquel que no era más que un cadáver. Nombrado obispo de Tours, el santo-taumaturgo continúa su vida penitente y mortificada. Predica por todas partes; los milagros acompañan su palabra. En Traves cura á una jóven paráliti-

ca cuya muerte estaba próxima... En París, libra á un leproso el mal que le carcome, abrazándole y dándole su bendición. En un pueblo de la diócesis de Chartres, resuscita á un niño, milagro que verifica al instante la conversión de una multitud de almas... Vuelve la vista á Paulino de Nola, tocando sus ojos atacados de una catarata.... Rogaba su hija á los ídólatras que derribasen un árbol, objeto de un culto pagano; sus instancias son aceptadas, pero con la condición de que el obispo se ponga al lado en que está caer el árbol. El santo acepta. Se le quiere estar con guardas... Se deja amarrot, confiando en el poder de Dios. El árbol va á caer... Inclinase hacia Martín.... Oyése un terrible crujido... el santo va á perecer inevitablemente... pero no! Hace la señal de la cruz... ¡el árbol pónese en pié de nuevo y cae con estruendo del lado opuesto! Los paganos maravillados palmeaban con entusiasmo, y piden con instancia que se los bautice. Sulpicio Severo, testigo digno de fe, cuenta además muchos otros milagros operados por este grande y humilde servidor de Dios. Cargado de años y de trabajos, le advierte Dios su próximo fin. Estremécese de alegría á esta buena noticia, ofreciéndose sin embargo á permanecer todavía sobre la tierra para trabajar por la salud de las almas y de los cuerpos. Pero su corona inmortal está preparada; el cielo le espera! El demonio trata entonces de espantarlo. «¿Por vienes tú á hacer aquí, bestia cruel? le dice el santo. Tú no encontrarás nada en mí que te pertenezca; el senar de Abraham está abierto para recibirme.» Estas fueron sus últimas palabras. Espiró tranquilamente á la edad de ochenta años. Ved con toda certeza milagros tan grandes y mayores que los obrados por Jesucristo.

San Gregorio.—Este también nació en la idolatría. Pero su alma era recta, su corazón puro, su inteligencia activa y ardiente. No tarda en concebir dudas sobre las supersticiones del paganismo. El grande Orígenes le inicia en los misterios de la fe, y desde entonces marcha á grandes pasos por el camino de la virtud. Recibe el bautismo; y

poco despues, á pesar de su resistencia, es consagrado obispo de Neocesarea. Convierte á su madre; solo su padre permanece sordo á sus exhortaciones... La fuerza de Dios reside en Gregorio. Los paganos llenan su diócesis; sólo se cuentan en ella diez y siete cristianos! Á su muerte no habia en ella más que diez y siete paganos! Brillará sobre todo por su extraordinario poder de operar milagros. Solo tiene que hablar y su deseo es escuchado. Un día entra para ponerse al abrigo en un templo consagrado á los ídolos. Despues de haber hecho muchas veces la señal de la cruz, pasa la noche en oración... Al día siguiente llega el sacerdote del templo; los demonios le declaran que no pueden residir en un lugar del cual les ha arrojado el hombre que vino la noche última. El sacerdote enfurecese... corre hácia Gregorio... El santo le dice tranquilamente que ha recibido de Dios el poder de arrojar y de llamar á Satanás á su voluntad... Léense de admiración el sacerdote. Conjúrale á que llame los demonios. Gregorio acepta y le remite estas palabras: «Gregorio á Satanás ¡entrata! Apenas es colocada la notificación sobre el altar, cuando los demonios vuelven y hacen funcionar los oráculos. El sacerdote pagano siéntese dispuesto á convertirse. Sin embargo pide otro milagro más brillante todavía... Una grandísima piedra embaraza el camino; expresa el deseo de verla cambiar de lugar... Gregorio le manda... y la piedra se coloca en el lugar indicado... Esta vez toda duda ha desaparecido del corazón del pagano, que se convierte en fervoroso discípulo de Jesús. Otra vez tiene una vision, su habitación es inundada de claridad... la Virgen se le aparece... va acompañada del discípulo amado... Gregorio se prosterna... San Juan le dice se coloque junto á la mesa y escriba lo que le vá á decir... Y Gregorio oye de la misma boca del santo Evangelista la explicación de las divinas Escrituras... A Neocesarea se le llevan cada día muchos enfermos, á menudo incurables; les da su bendición y recobran la salud... Hacé edificar una vasta iglesia para contener los fieles cuyo número aumenta cada día...

Un temblor de tierra derriba casi todos los edificios de la ciudad; ni una piedra de la iglesia elevada por orden de Gregorio se ha conmovido... El Lyco, río muy impetuoso, desbordábase frecuentemente y causaba cada vez terribles estragos... era el terror y la desolacion de los habitantes. Gregorio conmuevese con esta calamidad. Se acerca al río, planta su baston sobre la orilla, y ordena con calma y confianza á las aguas del río que obedezcan la voluntad de Dios, que no pasen mas allá de su baston... Las aguas retiranse dóciles, y las inundaciones han cesado para siempre... El baston de Gregorio echa raíces y conviértese en un gran árbol... De Gregorio de Nicea es de quien se cuenta este doble prodigio verdaderamente increíble. Dos hermanos se disputaban á causa de un lago que formaba parte de la herencia paterna... ¿a quién pertenecía el lago? Terrible es la discusion. Los dos hermanos están muy lejos de ponerse de acuerdo... Presentanse á Gregorio, le exponen el estado de la cuestion y esperan su respuesta... El negocio no se arregia... Los dos querellantes están á punto de venir á las manos, esperando cada uno procurarse por medio de las armas la última solución de su debate... El día de la lucha es fijado... Gregorio es avisado; tiene horror por la sangre vertida inútilmente... Pasa la noche en oracion á las orillas del lago... Al día siguiente éste estaba seco... Otra vez el santo taumaturgo, por ruego de los habitantes, hace retroceder una montaña, tanto como lo exigen los trabajos de construcción de una iglesia. Esto es el *non plus ultra* de la fe, por sentención del divino Maestro, y el milagro de los milagros.

San Francisco de Asis.—La vida de este humilde y glorioso servidor de Cristo fué un milagro continuo. Su madre le dió á luz en un establo, sobre la paja, siguiendo el consejo de un misterioso extranjero. Un desconocido, un ángel tal vez, revestido de forma humana, le sirve de padrino. Otro personaje, de origen no menos celeste, quiere ver á este niño de bendición; lo coge en sus brazos, lo con-

templa con amor y le marca sobre la espalda la señal de la cruz. Entonces todos los que fueron testigos de estos prodigios exclamaron: «¡Este niño será grande delante de Dios!» Jamás prediccion alguna fué mejor realizada. Francisco, despues de algunos años de ligereza mundana, renuncia á las esperanzas de este suelo y se lanza á pasos de gigante por el camino real de la cruz. Conviértese en el familiar de Dios. Pobre de bienes de este mundo, es rico del poder divino. Manda á los elementos; los animales salvajes se le someten; reina como amo sobre toda la naturaleza. Con un gesto, con un signo, cura los enfermos y los achacosos; vuelve la vista á los ciegos, el oído á los sordos, la palabra á los mudos. Hasta la misma muerte depone su terrible tiranía á los pies del fiel discípulo de Jesús; Francisco le arranca sus víctimas. En el valle de Espoleto, vé venir hacia él á un pobre mendigo cuyo semblante está carcomido por un cáncer, y que prostrado besa con fe sus pies. El santo le ordena con bondad que se levante; le aprieta sobre su corazón, le abraza con efusion, y el cáncer desaparece... En Terni es aplastado un niño por los escombros de un muro derrumbado; llévase su cuerpo á Francisco; el servidor de Dios hace una oración, tiende su mano al niño, y lo vuelve á su familia en perfecta salud. En Narni se ahoga un hombre, y no se le ha podido encontrar... Francisco ora... y al instante indica el lugar preciso en que se ha detenido su cadáver. Llévavilo á su presencia... Lo bendice y le ordena en nombre de Jesucristo que vuelva á la vida, y el muerto resucita... La iglesia de la Porciúncula y el pequeño retiro del monte Alverno fueron los testigos privilegiados de los favores celestes concedidos á Francisco. Los ángeles le rodean; conversaba con la Virgen inmaculada; Jesús se le mostraba bajo una forma visible; la adorable Trinidad se revelaba á su alma dulce y amante con todo el brillo de su majestad. Un ángel lo marcó con las sagradas señales de las llagas de la pasión del Salvador. Y despues de su muerte víéronse perfectamente grabadas sobre su cuerpo estas huellas milagrosas del amor divino.

Dominado por un sentimiento de tierna devoción por mi santo Padre, lengo que recordar aquí uno de sus milagros que la imaginación más viva no hubiera ciertamente inventado. Predicaba un día en una ciudad de Italia sobre la plaza pública, y una inmensa multitud corría para oírle. Dos jóvenes esposos unidos por afección con el santo, y que habían recibido de éste la promesa que después del sermón dividirían su modesto almuerzo, habían dejado a su hijo confiado á los cuidados de una sirvienta que sabían era digna de su confianza, recomendándole que no le abandonase un instante. No había contado así con el renombre del santo que lo atraía todo hacia sí. La sirvienta no puede resistir al deseo de oír al seráfico san Francisco; el niño dejado solo cae en una caldera hirviendo y pierde la vida. ¡Cuán grande fué la desesperación de la sirvienta, y más aún la desesperación de los padres, que entraron algunos instantes después de ella! Pero el santo iba á venir y su venida era un favor incomparable. Si se le manifiesta la triste noticia, será imposible retenerle. Para ocultárselo, encierran el cuerpo del niño en un cofre, y cada uno disimula lo mejor que puede el agudo dolor que le oprime. Francisco llega, siéntese á la mesa, como ignorándolo todo y muéstrase lleno de ternura por sus amados huéspedes. Pero á los postres expresa un deseo extraño; quiere que se le sirvan manzanas. No era tiempo propio de esto; los padres se excusan lo mejor que pueden, invocando para ello una imposibilidad absoluta. El santo hace nuevas instancias que turban y entristecen á sus huéspedes ya consternados. De repente dirigiendo al cofre, en que estaba oculto el cuerpo del niño, una mirada inspirada y verdaderamente celeste, el santo exclama: «Abrid este cofre, y encontraréis las manzanas que deseo tan ardentemente.» ¡Qué puñalada para el corazón del padre y de la madre! Pero tenían que obedecer. Abren el cofre fatal y mueren casi de alegría, viendo á su querido hijo vivo, que tiene en sus manecitas las manzanas que espera impacientemente el

incomparable servidor de Dios. Es, pues, verdad que Dios ha hecho la voluntad de los que le temen, y que los discípulos del Salvador han hecho milagros tan grandes ó mayores que los suyos. Que se rian de mi sencillez, de mi locura, si se quiere; pero después de cincuenta años consagrados á profundizar los misterios de la ciencia, yo creo en este milagro, por extraordinario que sea, ó al menos en su posibilidad, tan sincera y vivamente como en los bellos días de mi noviciado religioso, cuando lo lei por vez primera en la *Vida de San Francisco* por el R. P. Chslippe.

San Francisco de Paula.—El piadoso fundador de los Mínimos pertenecía á una buena familia de la Calabria, y desde su infancia aparecía á todos como el elegido del Señor. A los quince años, se retira á una terrible soledad para entregarse á todos los ejercicios de una vida austera y mortificada. El infierno se desencadena contra él, pero el joven y animoso atleta sale vencedor de la lucha. Su fe es inquebrantable, su amor sin límites. Mas tarde, honrado con la estima y la afección de los papas y de los reyes, mirábase como la gloria del mundo y la más indigna de todas las criaturas; á su entender no era más que un miserable pecador. Quiso que sus discípulos llevasen el nombre de Mínimos, para indicar que debían considerarse como los últimos en la casa del Señor. En cambio de su humildad, recibe una participación verdaderamente extraordinaria de la omnipotencia divina. Juega con los elementos más terribles. Lee en los corazones, lee en el porvenir. Parece que Dios se ha hecho el ejecutor de todos sus deseos. Siempre afable, siempre amable, su caridad para el prójimo no se entibia jamás. Opera maravillas y se considera como el más pequeño de los servidores de Dios. Recordamos los principales prodigios verificados por este gran taumaturgo. Un pobre hombre estaba atacado de una lepra horrible. Los nervios de sus pies y manos estaban rígidos; no tenía ya voz, por decirlo así... Se le lleva á Francisco... «Dadme la mano,» dice al lepro-

so, y al instante el enfermo se levanta lleno de viveza y de fuerza... Vuelve asimismo la vista á una jóven ciega, y la palabra á un mudo de nacimiento. La hermana del santo, desesperada por la muerte de su hijo único, ve á encontrarle Francisco hace llevar el cuerpo á su celda, se pone en oración, y algunos minutos despues la madre ve reaparecer á su hijo lleno de vida. Dos obreros que trabajaban en un monasterio que hacia edificar con sepultados en un hundimiento de tierra. Se les creó muertos; Francisco manda desembarazar el terreno; los dos obreros aparecen llenos de vida, sin haber recibido el más mínimo rasguño... En la ciudad de Palermo, unos gentiles-hombres encuentran un cadáver sepultado bajo la nieve; lo llevan al santo varon que esclama: «Levántate, y vete.» A estas palabras, el cadáver se pone en pié, la muerte ha abandonado su presa... En la construcción de una casa de la Orden, un horno de cal, aunque muy ardiente, no funcionaba y hacia temer una explosion. Vase á buscar á Francisco, que entra sin vacilacion en el horno candente, hace las reparaciones necesarias y sale sano y salvo... Un predicador renombrado por su talento y virtudes osó acriminar á Francisco, porque prometia la salud á los enfermos, y vitupera lo que llamaba su presuncion: el santo le escucha con paciencia; despues acercándose á la chimenea, toma los carbones ardientes y los aprieta en su mano sin quemarse. «Todas las criaturas, dice sencillamente, obedecen de este modo á aquellos que sirven á Dios con corazon perfecto.»

San Francisco Javier.—Tan distinguido por la nobleza de su origen como por la superioridad de su inteligencia, el futuro apóstol de las Indias aspiraba á los honores más elevados, á los empleos más buscados... Ignacio de Loyola hace penetrar la gracia del cielo en esta alma ardiente y generosa... Transforma á Javier... hace de él un apóstol. Con semejante maestro presto alcanza Francisco el más alto grado de la perfeccion evangélica. Arde en el noble deseo de salvar á los hombres, sus hermanos; quiere con-

quistar las almas á Jesucristo... Su deseo es escuchado... Los Indios serán el teatro de su apostolado; allá es donde hará brillar Dios en su ilustre servidor su poder infinito. No es sólo el razonamiento el que puede arrancar al demonio á ulmas tan esclavas de los poderes de las tinieblas... Son necesarios incesantes milagros para abrir á la luz del Evangelio los ciegos ojos de estos pobres idólatras... Este poder sobrenatural acompañará por doquiera á la predicacion del infatigable apóstol... Centenares de personas le piden poder verle y que les cure á la vez... Imposibilidad de satisfacerles á todos al mismo tiempo... Javier escoge á jovencitos, les da rosarios y medallas... Y ved cómo estos pequeños cristianos arrojan demonios y operan milagrosas curaciones... Uno de sus catequistas, Antonio Miranda, es mordido por una víbora y muere. Javier lo sabe... Tiene necesidad de un auxilio para la instruccion del pueblo... corre... «Antonio, dice una voz fuerte y vibrante, en nombre de Jesucristo levántate!» Y Antonio se levanta lleno de vida. Una jóven es arrebatada á la vida por una fiebre maligna... Javier la resucita. Un niño ha perdido la vida, ahogado en un pozo... Se invoca al apóstol... los paganos están allí... esperan con incredulidad... Javier conocia el fondo de sus corazones... vuelve el niño á la vida... Millares de idólatras se convierten... llaman á Francisco *el grande amo de la naturaleza*... Habia muchas lenguas sin haberlas aprendido... Separa dos ejércitos dispuestos á venir á las manos, mandándoles sencillamente que se separen... Un dia anuncia la palabra de Dios á un auditorio mal dispuesto... se le escucha sonriendo... se retira exclamando antes con voz inspirada: «No creéis en mi palabra; creed al menos en las obras que ella hace.» Un indio habia muerto hacia muchos dias; el gran taumaturgo hace abrir el sepulcro... el cadáver está exhumado... ¡Siéntese ya hedor!... «Colocadlo aquí,» dice el Padre inspirado... Se pone el infecto cuerpo á sus piés... «En nombre del Dios vivo, en prueba de las verdades que predico te ordeno que te levantes!» El muer-

to se levanta, dócil á la vez del apóstol. Toda la multitud proclama su oración en el Dios de Javier.... Llévase á enterrar á un jóven... la familia nada en lágrimas... conmuevese el santo al ver tan gran dolor... y vuelve el muerto á los suyos. El virey de España está á punto de embarcarse, ha dado órden de equipar el navio que debe llevarle... «No subais á este buque, le dice Javier, perecerá en lo traviesa...» La predicción se verificó... Muchas veces se interrumpia en sus ardientes discursos al pueblo para anunciar la muerte de un personaje conocido... «¡Tal acaba de perecer en la mar, rogad por su alma!...» Mandaba á las olas irritadas; se muestra visible en el mismo momento sobre dos navios separados por una gran distancia. Salva de un naufragio inevitable á un buque colocado entre dos bancos de arena... ¡Gran Dios, exclama, Padre, Hijo y Espíritu Santo, salvanost!...» Y el navio emprende su carrera sobre la mar, obediente á la voz del apóstol. Un niño cae en la mar... el padre desesperase... ¡es musulmán!... Javier va á encontrarle, le consuela y le hace prometer que se convertirá, si Dios le vuelve á su hijo... Algunos dias después, el niño reaparece en la orilla, su padre le estrecha entre sus brazos y pide el bautismo... Una sequia desola la tierra que evangeliza... Javier supplica al Señor que tenga piedad de sus pobres neófitos, y la lluvia cae en abundancia... Anuncia á muchas almas su conversión... reprende á otras su ignorada recaída en el mar.

«Aquel que en mi cree, hará las obras que yo hago y mayores que estas hará.» ¡Esplendor!

Capítulo decimoseptimo.—Decimotercero esplendor de la fe.—Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado, y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.—(Mat., XXVIII, 19 y 20).—Estas palabras han sido pronunciadas en la circunstancia más

solemne de la vida de Jesucristo. Los once apóstoles han ido á la Galilea, á la montaña señalada como lugar de reunion. Jesucristo aparece á su vez, y viéndole los apóstoles le adoran. Se acerca á ellos y les dice: «Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra; como mi Padre me ha enviado, yo os envío. Id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado; y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.»

Lo que Jesucristo manda á sus apóstoles: «id, enseñad, bautizad, enseñad á observar mis mandamientos,» es evidentemente la conversion del mundo entero. Esta conversion la habla predicho ó anunciado en el curso de su vida bajo diversas imágenes. Antes que todo la presenta como una mies. «¡Alzad los ojos y ved los campos cómo se doran ya por la cosecha! La mies es grande, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al amo que envíe obreros á su mies.» Otra vez es el reino de Dios que se acerca; y compara el crecimiento de este reino de Dios... con el de la mas pequeña de las semillas presto convertida en un arbusto y aun en un gran arbol, bajo las ramas del cual se abrigarán los pájaros del cielo. En otro lugar, es una pequeña cantidad de levadura, que añadida á una gran masa de pasta la hace fermentar toda entera. ¡Qué grano tan minúsculo, en efecto, qué mínimo fermento el de estos pocos apóstoles, que Jesucristo envia á todas las ciudades y á todas las naciones del mundo! Pero el divino Maestro se explica más claramente todavía. Anuncio que muchos extranjeros vendrán del Oriente y del Occidente á tomar asiento en el reino de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob;... que su Evangelio será predicado por doquiera;... que cuando será levantado de la tierra lo atraerá todo hacia él.

Jesucristo predica además la manera como se cumplirá el gran milagro de la conversion del mundo. No oculta á

sus apóstoles las oposiciones violentas que suscitarán, los odios ardientes de que serán objeto, las sangrientas persecuciones que sufrirán, el martirio y la muerte que les esperan. Los anima, los conforta, declarándoles que ha vencido al mundo del que tanto tendrán que sufrir, y les promete que serán iluminados y fortificados por la virtud del Espíritu de lo alto, etc., etc.

Así pues, la conversión del mundo, las circunstancias de esta conversión, los medios por los cuales debe obrarse, Jesucristo lo ha predicho todo. Su afirmación es todavía más solemne, cuando dice á sus apóstoles, en el momento de abandonarles: *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra.* (Act. de los Apóst. I, 8). La predicación es extraordinaria, brillante, y se ha maravillosamente cumplido. El Evangelista san Marcos lo prueba en estos términos de una simplicidad grandiosa, ó mejor dicho divina: *Partieron y predicaron por todas partes, el Señor cooperando con ellos, y confirmando su palabra con los milagros que le acompañan.* Este lenguaje nada tiene de humano. Ellos: Pedro su jefe, que estaba tan escandalizado, tan sublevado al solo pensamiento del suplicio de la cruz, y que se había atraído estas duras palabras de Jesús: «Retírate, Satanás; tú me eres un objeto de escándalo; porque no tienes gusto por las cosas de Dios, sino por las de los hombres;» Pedro, que en la noche de la agonía, no pudo ni aun velar y orar una hora con su divino Maestro, que le negó tres veces... pero que, confirmado en el bien, exclamaba con entusiasmo: «Señor, tú sabes que yo te amo!» Ellos los diez; á los cuales no vacila decir Jesucristo cansado de su incredulidad: «Raza incrédula hasta cuando permaneceré con vosotros? hasta cuando os soportaré? Los diez, que, en la marcha fúnebre del huerto de los Olivos, se disputaban todavía quién sería el más grande; los diez, insensatos y duros de corazón en creer en el cumplimiento de las profecías; los diez, que desde

que su Maestro fué preso por los soldados, huyeron todos cobardemente; los diez que, aun sobre el Tabor, algunas horas antes de la ascension de su Maestro, dudan todavía de su resurrección, y merecen que se les rependa severamente su incredulidad y la dureza de su corazón; pero los diez, que, llenos del Espíritu Santo, son en fin transformados en intrépidos pescadores de almas!

Ellos partieron! El Evangello no dice: partirán, parten, sino partieron, como héroes, como César, y cada uno de ellos ha dicho á su vez como César: «He venido, he visto, he vencido!»

Y predicaron! En todos los idiomas, porque el Espíritu desató su lengua. Han predicado por todas partes: en Judea, en Samaria, en el Asia Menor, en Grecia, en Mesopotamia, en Armenia, en Persia, en las Indias, en China probablemente, en Roma, en Italia, en las Galias, en España, etc., etc. *Por todas partes!*

Con la cooperación del Señor que los ha enviado! Sembraron, plantaron, regaron. Dios ha hecho crecer las plantas y los árboles bendecidos.

El señor confirmando y secundando su palabra por los milagros que la acompañan! En efecto, así como se lo había prometido, han hecho los milagros de Cristo y mayores todavía. Fueron, enseñaron, bautizaron, enseñaron á guardar los mandamientos tan bien, que san Pablo, su contemporáneo y coapóstol, decía en su Epístola á los Romanos: *Su voz ha resonado por toda la tierra; dad gracias á Dios de que vuestra fe es anunciada en todo el universo;* en su Epístola á los Colosenses: «El Evangello que ha llegado hasta vosotros, es tambien anunciado en el mundo entero, en el cual crece y fructifica tanto como en vosotros.»

Partieron! Como su divino Maestro queria que partiesen: sin bolsa, sin calzado, llevando por doquiera la paz, aceptando la hospitalidad que se les ofrece, comiendo y bebiendo lo que se les sirve, curando los enfermos y repitiendo sin cesar: El reino de Dios está cercano... Corderos en medio de lobos, objetos de un odio universal, predesti-

nados á ser degollados, y todos efectivamente mártires en testimonio de la fe que predicán. Todo esto es admirable, sobrenatural, divino. El mundo convertido es un milagro inmenso por el solo hecho de su predicación. Pero esta conversión es un segundo milagro, más inmenso todavía en razón de las circunstancias extraordinarias en las cuales ha sido obrado.

La dificultad de la empresa.—Aquí evidentemente no hay ninguna proporción entre la causa y el efecto. El efecto es el mundo conquistado, convertido. La causa es la voz, la palabra de los apóstoles, *Fides ex auditu*. Ó esta palabra ha permanecido siendo una palabra humana, la palabra de los humildes y groseros barqueros del lago de Genesareth, y es entonces un poco de vano ruido que se disipa en el aire, una causa nula, absolutamente nula. Ó esta palabra confirmada por el milagro, como lo afirma el santo Evangelio, se ha convertido en la palabra misma de Dios; la causa, entonces, es divina, y el efecto, el mundo convertido, el reino de Dios, la Iglesia católica, apostólica, romana, es divina. ¿Causa nula y efecto infinito? ó causa divina y efecto divino. Forzoso es escoger.

La grandezza de la empresa.—Representándose á los apóstoles saliendo de Jerusalem para esparramarse por el mundo entero, san Juan Crisóstomo les detiene y les dice: «¿Qué pretendéis hacer? convertir al universo? ¿á quién? ¿á Jesucristo? ¿Qué, vais á convertir al universo sumido en toda clase de excesos, y á convertirle á un hombre que acaba de morir sobre una cruz hace pocos días! ¿Y no veis la sublevarción general que vais á excitar contra vosotros? La superstición del pueblo, el encarnizamiento de los antiguos errores, el orgullo de los filósofos, el libertinaje de los impíos, el poder de los Césares, la crueldad de los tiranos, la rabia de los verdugos, todas las fuerzas de la tierra y del infierno conjuradas van á desencadenarse contra vosotros.—Jesús crucificado nos envía. Nosotros sólo sabemos obedecer, y nosotros venceremos.» Balance de la causa, cero; balance del efecto, infinito.

Los héroes de la empresa.—Todavía es san Juan Crisóstomo quien habla: «Pero para alcanzar vuestro objeto ¿tenéis recursos? ¿tenéis tesoros para ganar los pueblos por el incentivo de las riquezas? ¿tenéis ciencia para confundir á los maestros de las naciones? ¿conocéis la política, para hacer jagar sus resortes? ¿tenéis al menos ejércitos y soldados para subyugar el universo por la fuerza de las armas?—Nada de esto tenemos nosotros. Tenemos todo lo contrario. Nuestras tropas somos doce; nuestras riquezas es la renuncia total; nuestra política, la sencillez de la paloma con la prudencia de la serpiente; nuestra sabiduría, la locura de la cruz. Balance de la causa, cero, menos que cero; balance del efecto, infinito.

Exito de la empresa.—Así de una parte lo infinito: los sabios, los filósofos, los génios, los emperadores, los magistrados, los ejércitos, el universo entero. De la otra parte, cero, menos que cero. Doce judíos, odiados y aborrecidos de todas las naciones; doce pescadores sin letras, sin talento adquirido, hasta groseros, tímidos, cobardes, sin defensa, sin apoyo. ¿Quién triunfara? Los apóstoles aparecen, anuncian el Evangelio. La tierra admirada se calla ante ellos... Hablan..., sus palabras son flechas de fuego. Gaminan..., sus pasos son pasos de gigantes. Sus actos son otros tantos prodigios. Esos corderos tímidos que van al matadero sin quejarse, son otros tantos leones ardientes que desafían todos los peligros, otros tantos conquistadores que vencedores recorren el universo. Los milagros les preceden en su marcha, las virtudes les siguen en multitud, los vicios consternados y alarmados huyen de ellos. La idolatría es destruida, y sobre sus ruinas, la Iglesia triunfante de Jesucristo establece su imperio. Balance de la causa, menos que cero; balance del efecto, infinito. Por medio de sus corderos el Leon de la tribu de Judá ha vencido.

Rapidez de la empresa.—Infinita también: san Pablo, casi al principio de su apostolado, bendecía á Dios porque el Evangelio iluminaba toda la tierra. Todas las naciones,

decía san Justino, en el segundo siglo, todos los pueblos, Griegos, Romanos, Escitas, Bárbaros... están sometidos á las leyes del Evangelio. «Imperio romano, decía Tertuliano despues de Justino, cesa de ensalzar tus victorias y tus conquistas. Nuestros apóstoles han ido más lejos que todos tus generales, y jamás Roma en sus más bellos días llevó tan ligas su bandera, como la Iglesia la cruz. ¡Ved nuestra multitud! Nosotros sólo somos de ayer y llenamos vuestras provincias, vuestras ciudades, vuestros campos, vuestras campiñas, todo, excepto vuestros templos y teatros. Vuestros nos perseguís, y si quisiéramos vengarnos de vuestra ira, no tendríamos que hacer más que abandonaros. ¡Vuestro imperio estaría desierto!» Balance de la causa, cero; balance del efecto, infinito.

Consecuencias de la empresa.—La transformación del género humano, de los individuos y de los pueblos! transformación de esta multitud innumerable de personas de toda edad, de todo sexo, de toda condición, que despues de haber gemido por tanto tiempo en la sombra de la muerte, en las infectas tinieblas de la idolatría, han abierto en fin los ojos á la luz, transformación de esta multitud de almas mundanas que, arrancándose á las delicias perecederas del siglo, van á sepultarse en los desiertos, en los conventos, en los claustros, para meditar únicamente las verdades eternas! transformación de buenas almas cambiadas en una multitud de almas santas, heroicas, perfectas, como su Padre celestial es perfecto! transformación aún de las almas más perversas y más impías! «Dadme, decía Laclancio, hombres orgullosos, avaros, sensuales, confiados á la religión; esta los convertirá en hombres nuevos. ¡El orgulloso humillado bajo la mano de Dios; el avaro derramando sus tesoros en el seno de los pobres; el colérico mostrando la dulzura del cordero; el sensual abrazando la cruz...!» transformación, en fin, en mártires de una multitud innumerable de paganos! En el siglo cuarto, san Jerónimo contaba ya un millón cien mil convertidos en otros tantos gloriosos atletas de la fe,

modelos incomparables de una constancia superior á las fuerzas humanas. ¡Constancia heroica! Desafían la muerte, desprecian á los tiranos, suben á los cadalsos como vencedores. ¡Constancia tan universal que parecia innata á los cristianos! ¡Hombres, mujeres, niños, ancianos; todo sexo, toda edad era buena para el martirio! Su vida no era más que un aprendizaje del martirio; su ambición era morir; parecia que su sangre sólo corría por sus venas para ser vertida sobre el altar de la Religión. Constancia tan extraordinaria, que era la admiración de los tiranos y obraba algunas veces su conversion. ¡Constancia divinamente contagiosa y fecunda! Cuantos más cristianos se degollaban, tanto más se multiplicaban. La sangre de los mártires era literalmente una semilla de creyentes. De tal suerte que despues de todos los esfuerzos reunidos del infierno, despues de trescientos años de sangrienta persecucion, cansados, embriagados, saciados de sangre los tiranos, desesperando de extinguir el cristianismo, se hacen ellos mismos cristianos. Los lobos convertidos en corderos entran á su vez en el aprisco, coronando así el triunfo de la religión de Jesucristo. Balance de causa, menos que cero; balance de efecto, infinito.

Perpetuidad de la empresa.—Lo que es más extraordinario todavia, es que despues de diez y ocho siglos los sucesores directos de los apóstoles predicán por todas partes, enseñan á todas las naciones, las bautizan, y las enseñan á guardar los mandamientos de Dios. Gran número de sembradores santos, de pescadores de almas, de jóvenes apóstoles, lanzanse cada año hácia los cuatro puntos del horizonte, el Japon, la China, la Corea, las Indias, la Cochinchina, el reino de Siam, Madagascar, las islas Sandwich, las islas de la Oceanía, el Senegal, el África meridional y central, Santo Domingo, las Montañas Padregosas, el Labrador, etc., etc. ¡Y ved cómo parten! La *ceremonia de las despedidas* no es también un esplendor de la Fe! Despues de la oración de la tarde, los viajeros del día siguiente son introducidos en la capilla. Se arrojan

sobre las gradas del altar al pie del tabernáculo. Detrás de ellos se colocan sus cofrades, sus directores, sus parientes y amigos, que han corrido para verles por última vez. Se hace la oración de la tarde, léese el objeto de la meditación que los seminaristas deberán hacer al día siguiente. Terminada la lectura, los asistentes se sientan, los misioneros que han de partir permanecen levantados al pie del altar. Uno de los directores de la casa, el mismo antiguo misionero, les dirige una piadosa allocución. Después los jóvenes apóstoles suben las gradas del santuario, y allí, de espaldas al tabernáculo, se vuelven hacia sus hermanos. Estos y después de ellos todos los asistentes salen de su sitio y van á besar de rodillas los pies benditos de estos enviados del Señor, mientras que el coro canta la bella antífona: ¡CUÁN BELLOS SON LOS PIÉS DE LOS QUE EVANGELIZAN LA PAZ, DE LOS QUE EVANGELIZAN EL BIEN! Después que sus hermanos han sellado sus pies con el beso del respeto, los misioneros los levantan y sellan sobre su frente el beso de la paternidad. Y cuando todos los corazones se han fundido de este modo los unos en los otros, admirase el canto de partida, cuya música ha querido componer un gran artista, Gounod. Hé aquí el estribillo: «Partid, amigos; adios por esta vida; llevad á lo lejos el nombre de nuestro Dios. Nosotros os encontraremos un día en la patria. ¡Adios, hermanos, adios!» Asistiendo una tarde, dice M. Luis Venillot, á semejante ceremonia en la capilla del seminario de las Misiones Extranjeras, fui testigo del hecho siguiente: Un anciano avanza, caminando con pena y sosteniéndole uno de los directores. Al llegar al altar besa sucesivamente los pies de los cuatro primeros misioneros. Cuando estuvo á los pies del quinto, se prosternó, imprimió sus labios sobre los pies del joven, que, palideciendo, estrechó su frente y sus cabellos blancos, y dejó en fin escapar un suspiro que resonó en todos los corazones, que no recuerdo sin palidecer, como vi en aquel momento palidecer á su hijo. ¡Este es el segundo hijo que este Abraham santificado daba de este modo á

Dios ¡Y no le quedaba otro! ¡Esplendor! Jesucristo dijo á sus apóstoles: «Id y enseñad á todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñadlas á guardar mis mandamientos. Y mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.» Tal es la profecía. Jesucristo quiso que esta fuese más explícita todavía: «Recibireis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda la Judea y Samaria, hasta las extremidades de la tierra.» Este era el oráculo. Era también imposible humanamente. Este debía ser y fué el MILAGRO: «Recibireis la virtud del Espíritu de lo alto.» Pues bien, el oráculo y el milagro han llegado á ser un hecho inmenso. El mundo está convertido y es cristiano. Los apóstoles fueron, enseñaron, bautizaron, enseñaron á guardar los mandamientos, y han sido testigos hasta las extremidades de la tierra. Luego Jesucristo es Dios; luego la Religión católica, apostólica y romana es divina. ¡Esplendor! esplendor!

Capítulo décimo octavo. — Décimo cuarto esplendor de la fe. — Jerusalem, días vendrán en que tus hijos caerán al filo de la espada, y serán llevados en cautiverio á todas las naciones...

Y Jerusalem será hollada de los gentiles, hasta que sean cumplidos los tiempos de los gentiles. — Luc. XXI. 24. — Jesucristo se acercaba á Jerusalem en que quería hacer su entrada triunfal. Viendo á la ciudad desde la cumbre de las colinas que la rodeaban, lloró sobre ella y dijo: «¡Ah! si tu reconocieses al menos en este día lo que puede atraerte la paz. Mas ahora está encubierto á tus ojos. Porque vendrán días en que tus enemigos te cercarán de trincheras, y te pondrán cerco y te estrecharán por todas partes. Y te derribarán por tierra, y á tus hijos que están dentro de tí, y no dejarán de tí piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.» Otra vez Jesucristo decía á los judíos: «Yo he venido en nombre de mi Padre, y vosotros no me habeis recibido. Otro vendrá en su pro-

pio nombre (Tiberio ó Tito), y os vereis obligados á sufrirlo. » En fin, en una prediccion de las circunstancias de la ruina de Jerusalem, no menos clara, no menos explicita, Jesucristo dice: « Cuando viéreis á Jerusalem cercada de un ejército, entonces sabed que su desolacion está cerca. [AY de las parturientas y de las que dén de mamar en aquellos dias. Porque habrá gran apretura sobre la tierra é indignacion para este pueblo... Caerán á filo de espada y serán llevados en cautiverio á todas las naciones... Jerusalem será hollada de los gentiles hasta que se cumplan los dias de los gentiles. » Jesucristo predijo, pues, claramente la destruccion de la ciudad de Jerusalem y del templo, la matanza de los judios, su dispersion, la maldicion que no cesará de pesar sobre ellos, y que ellos mismos llamaron sobre sí, cuando, en un exceso de furor satánico, á esta declaracion de Pilatos: « Inocente soy yo de la sangre de este justo, allá os lo venis vosotros, » respondieron: « Que caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! » Escena espantable! Todo el pueblo entero profetizaba como lo habia hecho Caifás. La luz de todas las profecías iluminaba un día funebre... ¿Se han cumplido estos oráculos? Si, de una manera verdaderamente espantosa, Jerusalem fué sitiada, cercada, tomada por asalto, saqueada, destruida. No ha quedado piedra sobre piedra del templo, cuyos mismos fundamentos han sido arrancados... El pueblo judío, dispersado por toda la tierra, es por doquiera detestado, maldecido, mirado con desconfianza. Viose jamás cuadro más lamentable que el trazado por Josefo de las desgracias que asaltaron á los judios decididos en su patria, en todo el Oriente y hasta en el Occidente? Tiberio y Claudio los arrojaron de Roma; en Cosares se les degüella á millares. Neron les quita el derecho de ciudad en la capital de la Siria. En Alejandria, á los más crueles tratamientos se añade el ultraje; son arrojados de sus casas; sus mujeres son públicamente insultadas; les matan á pedradas y bastonazos; se complacen en verlos consumidos lentamente por las llamas de

las hogueras. Después de un levantamiento provocado por nuevas vejaciones, Alejandro, judío de nacion, abandona á sus compatriotas al furor de los soldados y del pueblo. Hubo una horrible carnicería... Encontráronse más de cincuenta mil cadáveres amontonados en el delta del Nilo, en el que estos desgraciados habian tratado de atrincherarse. Todas las ciudades de Siria vieron renovarse estos mismos horrores, que se repetian hasta en la Mesopotamia. La Palestina á su vez es asolada por los romanos y por bandas sublevadas que, bajo el nombre convicto de asesinos, siembran por doquiera el pillaje, el incendio y la muerte. En Jerusalem, Floro escita á los habitantes con la tiranía de sus caprichos, y cuando van á quejarse al pretor, lanza sus satélites sobre estos infortunados como sobre venados. Mas bárbaro todavía Juan de Giscala, llama en socorro de sus secuaces á veinte mil Idumeos que por sus ferocidades ponen el colmo á la desolacion. Ni huy tregua, ni cuartel, es la más terrible anarquía que jamás se ha visto. Todo rebosa sangre, hasta las gradas del santuario.

No es solamente el acontecimiento principal del castigo terrible de los judios lo que fué predicho por Jesucristo. Las circunstancias que debian acompañarle ó precederle son tambien anunciadas con anticipacion.

1.º Jesucristo dijo á sus Apóstoles: « Antes de todos estos males, pondrán la mano sobre vosotros; os llevarán ante las sinagogas, los reyes y los gobernadores; os apriisionarán y os matarán. » ¿Quién hizo el primer mártir del Evangelio? ¿Quién humoló al primer obispo de Jerusalem? ¿Quién puso á Pedro preso, y entregó á Pablo al procónsul romano? Estos son los judios que los persiguieron con todo su furor, en Jerusalem, Roma, Damasco, Cesares, y que fueron los instrumentos, en último lugar, de la persecucion de Neron.

2.º Jesucristo dijo en segundo lugar que el Evangelio de su reino sería predicado en el universo entero antes de la caída de Jerusalem. En efecto, la voz de los apóstoles

había resonado hasta las extremidades de la tierra, su fúndida sangre había corrido sobre los márgenes de todos los ríos mezclada con la sangre de innumerables fieles. La Iglesia estaba fundada y reinaba por la cruz. Era la nueva Jerusalén cantada por Isaías. La antigua podía ya desaparecer.

3.º Jesucristo dijo: «Esa verdad, en verdad os digo, que no pasará la generación presente sin que todas estas desgracias ocurran.» Invitó a las hijas de Jerusalén a que llorasen sobre ellas y sobre sus hijos. Estas palabras, oídas sin duda por muchos de aquellos que debían ser los testigos ó las víctimas de este supremo desastre, han sido plenamente cumplidas por el acontecimiento. El pagano Phlegon y toda la tradición eclesiástica cuentan que cuando llevaban al suplicio á los dos apóstoles san Pedro y san Pablo, estos dos fieles testimonios de Jesucristo denunciaron á los judíos que les rodeaban la ruina eminente de su patria. Lactancio nos ha conservado estas revelaciones: «Jerusalén va á ser destruida hasta los cimientos; sus habitantes, reducidos á comerse los unos á los otros, perecerán de hambre y desesperación. Los que escaparán de la muerte caerán en las manos de sus enemigos; verán estrellar á sus hijos, asolarlo todo por el hierro y el fuego; serán para siempre desterrados de la tierra dada á sus padres. Y todos estos males caerán sobre ellos por haber insultado con tan crueles burlas al amado Hijo de Dios.» Los dos apóstoles eran martirizados el 29 de junio en el año 66, y al principio de abril del año 67, Tito, á la cabeza de cerca setenta mil hombres, iba á acampar casi á la vista de Jerusalén. Presto, para acabar de apretar por hambre á la ciudad, la rodeó de la vasta muralla anunciada por Jesucristo. El 8 de setiembre mandó atacar la alta ciudad; al primer asalto derribada la muralla; los romanos se precipitan dentro; todo fué muerto: el suelo no se veía, de tal modo estaba cubierto de sangre; la ciudad entera fué demolida. Hubo noventa y siete mil prisioneros! ¡Un millón cien mil hombres habían perecido!

Desastre inaudito y tal como no se ha visto jamás en la tierra, ceguedad insensata, castigo de un crimen terrible; matanza, hambre, abominación de la desolación en el templo, sacrificio ofrecido á Júpiter por los soldados ante la puerta Oriental, circunvalación inmensa, ciudad tomada al asalto y pasada á fuego y sauge, ruina completa por los gentiles, etc., etc. Ved el cumplimiento entero del oráculo, coronado por la ceremonia del triunfo de Tito, que Josefo ha descrito con un acento de indecible dolor. Entre los despojos sobre todo nótese el libro de la ley mosaico, y setecientos prisioneros que caminan cargados de cadenas, con los ojos bajos y llenos de lágrimas, ante el carro del vencedor! Ya el arado, según el uso romano, había pasado sobre los restos todavía humeantes del templo. No era esto bastante; la loca pretension de Juliano el Apóstata de hacer mentir al Nazareno reedificando el templo, hará cavar los fundamentos de tal manera, que no queda ya piedra sobre piedra de estos soberbios cimientos condenados por Jesucristo.

El profeta Oseas dijo: «Los hijos de Israel estarán mucho tiempo sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, sin ephod y sin theraphim.» Parece imposible precisar mejor y en menos palabras la condición real de los judíos dispersos y hollados por las naciones: 1.º Sin rey y sin príncipe. Mil veces han tratado los judíos de constituirse en república independiente y de darse un jefe, mil veces se han reunido al primer aventurero que halagaba su ambición patriótica. Todos sus esfuerzos se han estrellado y su suerte no ha cambiado. Es siempre y por doquiera la raza proscrita, errante, reprobada, llevando en la frente el sello de la maldición divina y de su decidida grandeza, misteriosa marca que la opulencia jamás borrará. Ellos dijeron: «No tenemos otro rey que el César.» Es César, en efecto, es César siempre, en los tiempos de Roma, como en toda la serie de los siglos, es decir, el poder público que los abandona á los furios populares, provocados por la preocupación, ó excitados por los crímenes.

2.º Estarán sin culto y sin sacrificio. Sólo había un lugar en el universo en que se pudiese ofrecer á Dios el sacrificio de agradable olor, y este lugar no existe ya. Es, pues, muy natural que los regocijos de la fiesta de los Tabernáculos, los ritos misteriosos de la Pascua, las pompas augustas de Pentecostés hayan cesado. ¿Quién, además, ignoraría ahora las víctimas de Israel y las ofrendas al Señor? Este ministerio era reservado á los sacerdotes; é Israel no tiene sacerdotes. El sacerdote debía ser tomado de la tribu de Levi, y la tribu de Levi está confundida con las otras. El rabino que ha sucedido al Pontífice es un simple doctor, sin unción santa, sin carácter, sin misión. 3.º Estarán sin ephod; el ephod es la insignia sacerdotal. Hasta el tiempo de Teodosio el Joven, los judíos, aunque dispersos, tenían todavía un pontífice llamado patriarca; este emperador suprimió la dignidad de patriarca, y desde esta época no han tenido ni la sombra de jerarquía. 4.º Sin theraphim, sin pontífice y sin profeta que transmita los oráculos divinos en el Arca santa. El Arca santa, en efecto, desapareció en el incendio del templo, y ya no hubo ni Santo de los santos ni oráculos; Dios está mudo para ellos. Ningun pastor para conducirles, ningun verdadero maestro para fluminarles, ninguna mano para resgar el velo de los divinos misterios; la dispersion con sus caracteres más marcados de una reprobacion definitiva y sin apelacion, su obstinacion en rehusar el perdón, el conjunto de crímenes acumulados sobre su cabeza y su trabajo diario en colmar la medida, la ausencia absoluta de sacerdocio y de nacionalidad, el odio invencible á que son objeto, etc., todo dice bien alto que no hay ya gracia para ellos.

¡Contraste extraño! son los reyes de la tierra por las enormes riquezas que poseen, por la influencia incalculable que ejerce en las grandes naciones, la prensa cotidiana, puesta en sus manos, y sin embargo son el objeto de un desprecio universal. El mismo M. Renán, el enemigo personal de Jesucristo, ha dicho: «Insocial, estrau-

jero por todas partes, sin patria, sin otro interés que los de su secta, el judío talmudista ha sido á menudo el azote del país á que la suerte le ha llevado.» Michelet el clérigo-fobo ha dicho más duramente todavía: «El judío es este hombre inhumano que no puede tocar á una droga ó á una mujer, sin que se la queme; este es el hombre de ultrage sobre el cual todo el mundo escupe.» (*Historia de Francia, tomo III.*) M. Desmoussieux termina su libro *el Judío, el Judaismo y la Judificación de los pueblos cristianos*, un instructivo y tan terrible por la revelacion del complot satánico urdido por los judíos contra las sociedades cristianas, por esta sangrienta apostrofe, expresion formidable de la verdad: «Marcha, marcha, alma errante, judío errante, siempre inquieto, siempre agitado, siempre abofeteado, siempre implacable, siempre inmutable en medio de tus cambios... Toda nacion te permanece siendo extranjera; toda nacion, no obstante, te conocia, y tú las conocias á todas. Pero tu corazon de piedra no se adhiere á ningun hombre y ninguno se adhiere á tí... Te reconocian por doquiera, y por todas partes hombres, climas y plagas, si no te dispensan el insulto, al menos te perdonan la vida. ¿Un signo semejante al que marca á Cain te marcará? Tú estás maldito... sí, maldito... Y los profetas de tu antigua ley te gritan que ninguna bendicion igualará á la tuya el día en que regenerado por la sangre del Hijo de David, quisieres hacer de tu persona el verdadero hijo de Abraham.» La conversion de los judíos es en efecto una opinion bastante comun fundada principalmente en las profecias de Isaias y de San Pablo. «Vendrá de Sion aquel que debe libraria y que debe desterrar la impiedad de Jacob.» (*Isaias, LIX, 20.*) San Pablo (*Epist. á los Romanos XI, v. 25 y sig.*), parece decir que el pueblo judío, convirtiéndose al fin de los tiempos hácia su Mesias, demasiado tiempo desconocido, y que los gentiles habrán olvidado tambien, inclinará la rodilla ante El é implorará su perdón. Entonces la antigua y la nueva alianza, reconciliadas en una sola, se abrazarán como dos hermanos reunidas en

el mismo amor, sobre el pecho adorable de este único y verdadero Salvador, cuya muerte rescató sin distinción á todos los pueblos, á todos los países, á todas las edades. Muchos intérpretes aplican á los judíos este oráculo de Ezequiel: «Os retiraré de todos los pueblos... Os llevaré de nuevo á vuestra tierra que di á vuestros padres... Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios. Cuando os haya purificado de todas vuestras iniquidades, cuando haya poblado de nuevo vuestras ciudades y restablecido los lugares arruinados... todo lo que quedará de los pueblos que os rodean, reconocerá que yo soy el Señor.» ¿No podía explicarse de este modo la tendencia extraordinaria de un gran número de judíos de todas las partes del mundo á ir á vivir y á morir en Jerusalem? Cada viernes, salvo aquel que forma parte de la fiesta de los Tabernáculos, los más devotos se reúnen después de medio día, á las cuatro en verano y á las tres y media en invierno, en el muro oeste del recinto de la mezquita de Omar, para orar y llorar sus pecados, para pedir el fin de los males que los abruman desde hace diez y nueve siglos. Nada más triste que su canto dialogado: «El templo: A causa del templo que ha sido destruido, á causa de los muros que están derribados, á causa de nuestros grandes hombres que han perecido. —EL PUEBLO: Estamos sentados en la soledad y lloramos. —EL RABINO: Os suplicamos tengáis piedad de Sion!»

¿Qué patente cumplimiento de la profecía de Jeremías (XXX, 16)? «¿Por qué lloras sobre tu quebranto? Incurable es tu dolor; por la muchedumbre de tus pecados te he tratado así.» [Esplendor]

Capítulo décimo nono. — Décimo quinto esplendor de la fe. — Y tú una vez convertido confirma á tus hermanos. — (Luc. XXII, 32). Era después de la Cena; Judas ha salido; el alma del divino Salvador está triste hasta la muerte, pero ella es infinitamente amante, dulce y resignada. «Hijos, dice, yo os doy un mandamiento nuevo, es que os améis como yo os he amado. — Después volviéndose á

Pedro le dice: «Simon, Simon, mira que Satanás ha tratado de zarandarte como trigo; mas yo he rogado por tí, á fin de que tu fe no desfallezca, y tú una vez convertido confirma á tus hermanos.» Confirma á tus hermanos. Jesucristo habla así al jefe de su Iglesia; la oración que acaba de hacer le ha hecho invencible, las potestades del infierno no prevalecerán contra él. Cederá un instante, pero se levantará de nuevo, confirmado en el bien; y una vez convertido, deberá afirmar á sus hermanos en la fe. Esta es una orden, pero es al mismo tiempo un oráculo, una profecía. Tú serás el juguete de Satanás, pero tú te convertirás, y una vez convertido, convertirás á tus hermanos.

El oráculo se ha cumplido. Pedro cayó. Desconoció y renegó á su divino Maestro, al hombre, al Galileo, al Nazareno... pero no renegó al Dios. Jesucristo dejó caer sobre él una mirada de misericordia y amor. Está convertido. Fué á ocultarse en las tinieblas, lloró amargamente; y cada día, hasta el fin de su vida, el canto del gallo hará correr sobre sus mejillas un mar de lágrimas. Y una vez convertido, Pedro ha confirmado á sus hermanos en la fe de la manera más divina.

De todos los esplendores el más brillante tal vez es la historia de san Pedro, resumida en estas dos palabras de una grandeza y simplicidad maravillosas: «Pedro, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» Pedro, antes de su conversión, es el hombre con todas las debilidades de la humanidad; es la caña agitada por el viento. Pedro, convertido, es el roble que desafía la tempestad. Escuchemos su historia trazada por los santos evangelistas.

Andrés llevó á su hermano Pedro á Jesús, diciéndole: «¡Hemos encontrado al Mesías! Jesús mira á Pedro y le dice: «Simon, hijo de Jonás (hijo de la paloma y paloma), tú serás llamado Cephas, esto es la Piedra, la roca inmutable, sobre la cual edificaré mi Iglesia.» ¡Qué admirable principio!

Jesús pasando á lo largo de las orillas del mar de Gali-

el mismo amor, sobre el pecho adorable de este único y verdadero Salvador, cuya muerte rescató sin distinción á todos los pueblos, á todos los países, á todas las edades. Muchos intérpretes aplican á los judíos este oráculo de Ezequiel: «Os retiraré de todos los pueblos... Os llevaré de nuevo á vuestra tierra que di á vuestros padres... Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios. Cuando os haya purificado de todas vuestras iniquidades, cuando haya poblado de nuevo vuestras ciudades y restablecido los lugares arruinados... todo lo que quedará de los pueblos que os rodean, reconocerá que yo soy el Señor.» ¿No podía explicarse de este modo la tendencia extraordinaria de un gran número de judíos de todas las partes del mundo á ir á vivir y á morir en Jerusalem? Cada viernes, salvo aquel que forma parte de la fiesta de los Tabernáculos, los más devotos se reúnen después de medio día, á las cuatro en verano y á las tres y media en invierno, en el muro oeste del recinto de la mezquita de Omar, para orar y llorar sus pecados, para pedir el fin de los males que los abruman desde hace diez y nueve siglos. Nada más triste que su canto dialogado: «El templo: A causa del templo que ha sido destruido, á causa de los muros que están derribados, á causa de nuestros grandes hombres que han perecido. — EL PUEBLO: Estamos sentados en la soledad y lloramos. — EL RABINO: Os suplicamos tengáis piedad de Sion!»

(Qué patente cumplimiento de la profecía de Jeremías (XXX, 16) «¿Por qué lloras sobre tu quebranto? Incurable es tu dolor; por la muchedumbre de tus pecados te he tratado así.» [Esplendor])

Capítulo décimo nono.—*Décimo quinto esplendor de la fe.*—*Y tú una vez convertido confirma á tus hermanos.*—(Luc. XXII, 32). Era después de la Cena; Judas ha salido; el alma del divino Salvador está triste hasta la muerte, pero ella es infinitamente amante, dulce y resignada. «Hijos, dice, yo os doy un mandamiento nuevo, es que os améis como yo os he amado.—Después volviéndose á

Pedro le dice: «Simon, Simon, mira que Satanás ha tratado de zarandarte como trigo; mas yo he rogado por tí, á fin de que tu fe no desfallezca, y tú una vez convertido confirma á tus hermanos.» Confirma á tus hermanos. Jesucristo habla así al jefe de su Iglesia; la oración que acaba de hacer le ha hecho invencible, las potestades del infierno no prevalecerán contra él. Cederá un instante, pero se levantará de nuevo, confirmado en el bien; y una vez convertido, deberá afirmar á sus hermanos en la fe. Esta es una orden, pero es al mismo tiempo un oráculo, una profecía. Tú serás el juguete de Satanás, pero tú te convertirás, y una vez convertido, convertirás á tus hermanos.

El oráculo se ha cumplido. Pedro cayó. Desconoció y renegó á su divino Maestro, al hombre, al Galileo, al Nazareno... pero no renegó al Dios. Jesucristo dejó caer sobre él una mirada de misericordia y amor. Está convertido. Fué á ocultarse en las tinieblas, lloró amargamente; y cada día, hasta el fin de su vida, el canto del gallo hará correr sobre sus mejillas un mar de lágrimas. Y una vez convertido, Pedro ha confirmado á sus hermanos en la fe de la manera más divina.

De todos los esplendores el más brillante tal vez es la historia de san Pedro, resumida en estas dos palabras de una grandeza y simplicidad maravillosas: «Pedro, una vez convertido, confirma á tus hermanos.» Pedro, antes de su conversión, es el hombre con todas las debilidades de la humanidad; es la caña agitada por el viento. Pedro, convertido, es el roble que desafía la tempestad. Escuchemos su historia trazada por los santos evangelistas.

Andrés llevó á su hermano Pedro á Jesús, diciéndole: «¡Hemos encontrado al Mesías! Jesús mira á Pedro y le dice: «Simon, hijo de Jonás (hijo de la paloma y paloma), tú serás llamado Cephas, esto es la Piedra, la roca inmutable, sobre la cual edificaré mi Iglesia.» ¡Qué admirable principio!

Jesús pasando á lo largo de las orillas del mar de Gali-

lea, vió á Simon y á Andrés, su hermano, arrojar sus redes al mar, porque eran pescadores, y les dijo: «Venid, seguidme; yo haré que vosotros seáis pescadores de hombres.» Y dejando sus redes, le siguieron. ¡Qué divina atracción! ¡qué misión tan divina! pescadores de hombres!

Jesucristo sentado en la barca de Pedro le dice: «Házte á la mar, y arroja tus redes.—Maestro, hemos trabajado toda la noche sin coger nada; sin embargo, confiando en tu palabra, arrojare las redes...» Cogieron tal cantidad de peces que las redes se rompieron. Hicieron señal á sus compañeros para que viniesen á ayudarle; estos vinieron, y llenaron de peces las dos barcas, hasta tal extremo que corrieron peligro de sumergirse. Viendo lo cual, Simon Pedro cayó á los pies de Jesús, exclamando: «Retíraos de mí, Señor, porque yo soy un pecador!» «La pesca milagrosa les suma en el estupor, Jesús dice á Simon: «Nada temáis. Más tarde pescarás hombres.» ¡Qué milagro! qué acto de fe divina! qué extraña profecía!

A la cuarta hora de la noche, Jesús fué á sus discípulos caminando sobre la mar, y parecía quererles alcanzar. Greycron que era un fantasma, Pedro exclamó: «Señor, si eres tú, manda que vaya á tí sobre las aguas.» Y bajando de la barca, Pedro caminando sobre las aguas iba hacia Jesús. Pero hacia un gran viento, Pedro tuvo miedo, y como comenzaba á hundirse, exclamó: «Valedme, Señor!» Jesús tendiéndole la mano le tomó, diciéndole: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?» Ved de nuevo el milagro, ved también el hombre, la caña.

«Y tú, Pedro, ¿quién dices que yo soy?»—Señor, tú eres Cristo, Hijo del Dios vivo!—Bienaventurado eres, Simon, hijo de Jonás, porque no es ni la carne, ni la sangre quienes te han revelado este misterio, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra atado será en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra desatado

será en el cielo.» ¡Qué magnífico acto de fe! que alabanza! que promesa! qué admirable poder concedido á Pedro! Poder siempre ejercido y que se ejercerá siempre.

Jesús anunciaba á sus discípulos que tenía que ir á Jerusalen, que allí sufriría mucho, que sería condenado á muerte, y que al tercer día resucitaría. Pedro le habla á solas y le hace vivas reprensiones: «No quiera Dios que os sucedan semejantes cosas, ¡esto es imposible!» Jesús, mirando á sus discípulos, amenaza á Pedro y le dice: «Retírate de mí, Satanás! Tú eres un objeto de escándalo para mí. Tú no comprendes lo que es de Dios, sino lo de los hombres. Tú no tienes gusto para las cosas del cielo, sino solamente para las cosas de la tierra.» Ved al hombre, ved la caña, ved á Pedro antes de ser revestido con la virtud de lo alto.

Jesús se levanta de la mesa, quitase su túnica, se ciñe los lomos con un lienzo, pone agua en un lebrillo, y vá primero á Pedro... para lavarle los pies... «Señor, tú me lavarás los pies? No lo permitiré jamás.—Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo.—Señor, no solamente los pies, sino las manos y la cabeza.—Únicamente aquel que es puro tiene necesidad de que se le laven los pies; pues bien tú eres puro.» Ved todavía al hombre, á la naturaleza humana con sus extremos. ¡Y qué divina escena!

«Simon, Simon, mira que Satanás trató de zarandearte como se zarandea el trigo.—Señor, dice Pedro, yo estoy dispuesto á ir contigo á la prison, á la muerte.—Todos, esta noche, os escandalizareis á causa de mí.—Cuando todos los otros se escandalicen, yo jamás me escandalizaré; yo daré mi vida por tí.—Tú darás tu vida por mí. En verdad, en verdad te digo, que hoy antes que el gallo cante, me negarás tres veces.—No, aunque tuviera que morir, yo no te negaría.»

Pedro fué introducido en el preterito por un discípulo que conocía al gran sacerdote.—La sirvienta que guardaba la puerta le dice: «No eres tú uno de los discípulos de

este hombre?—No, responde Pedro. Se encendió un gran fuego. Pedro tomó sitio en torno del fuego. Una sirvienta mirándole atentamente le dice: «Tú estabas con Jesús el Galileo.—Yo no sé lo que quieres decir, yo no conozco á este hombre.» Pedro quiso salir, el gallo cantó. Cuando salía, otra sirvienta dice: «Este estaba con Jesús de Nazareth.» Pedro negaba, pero la sirvienta insistió. «Tú eres de esas gentes, tu lenguaje te descubre.» Pedro protestó y afirmó con juramento que nada de comun había entre él y Jesús.—Pero yo te vi con él en el huerto! dice un pariente del servidor, cuya oreja cortó Pedro. Este persistió en su negación.

El gallo cantó por segunda vez. Y Jesús, que pasaba arastrado por los soldados, dió una mirada á Pedro, que corrió á ocultarse en las tinieblas y lloró amargamente. Ved la calda y la conversion.

Habiendo resucitado, Jesús se muestra á las orillas del mar. El discípulo que Jesús amaba dice á Pedro: «Este es el Señor!» Pedro vistese su túnica, porque estaba desnudo, y se arroja al mar. Despues de un modesto almuerzo, Jesús dice á Pedro: «Simon, hijo de Juan, me amas? Si, Señor, tú sabes que yo te amo.—Apacienta mis corderos.—¿Pedro, me amas?—Señor, tú que lo sabes todo, bien sabes que yo te amo.—Apacienta mis ovejas. Cuando eras jóven, te ceñias los lomos é ibas á donde querias. Cuando serás viejo, darás tus manos, te las atarán, otro te ceñirá y te conducirá á donde no quisieras ir.» Hablando así Jesucristo, indicaba á Pedro el género de muerte por el cual debía glorificar á Dios.

Ved como confirmó á sus hermanos.

Habiendo descendido del monte de los olivos, Pedro entró en el cenáculo con los apóstoles y discípulos, para proceder á la elección de Matías en sustitucion de Judas. Luego, despues de diez dias de oracion comun y ferviente, Pedro con los apóstoles queda lleno del Espíritu Santo, y sale del cenáculo, hablando todas las lenguas. Vindica antes que todo á sus compañeros de la acusacion de em-

briguez con que se les queria mauchar, y muestra en ellos el cumplimiento de la profecia de Isaías: «Derramaré mi Espíritu sobre vuestros hijos, y ellos profetizarán.» Despues interpellando á la multitud, la dice: «Jesús, á quien habeis crucificado, no ha sufrido la corrupcion del sepulcro, ha resucitado y nosotros somos los testigos de su resurreccion. Habiendo subido á la derecha de su Padre, ha derramado sobre nosotros su Espíritu que procede de su Padre, y este Espíritu hace en nosotros lo que veis; lo que ois. Creed en él, aceptad su bautismo.» Tras mil á corta diferencia creyeron y se unieron á los apóstoles en la fraccion del pan y en la oracion. Al dia siguiente es comenzada de nuevo la predicacion; cinco mil hombres son convertidos. La Sinagoga se indigna, y pone á prision á Juan y á Pedro; los cita ante su tribunal y les prohibe con amenazas que hablen y enseñen desde aquel momento en nombre de Jesús; pero ellos responden con una energía divina: «Nosotros no podemos desobedecer á Dios, que nos hace un deber el decir lo que hemos visto y oido.» Y en una fervorosa oracion, los apóstoles reunidos piden á Dios que les dé fuerza para anunciar su santa palabra con toda confianza, y estender la mano para que las curaciones, los milagros, los prodigios hechos en nombre de Jesucristo acompañen por todas partes sus pasos. Y ved que en efecto la sola sombra de Pedro cura los enfermos y libra á los poseidos que vienen de todas partes á agruparse en su camino. Herodes, para complacer á los judíos, manda prender á Pedro, con el propósito de hacerle matar, así como á Santiago el Mayor; pero un ángel le abre las puertas de la prision. En la gran discusion, sobrevinida con motivo de las observaciones legales que se leen que imponer á los gentiles convertidos, Pedro hace esta simple observacion: «Por qué impondreis á los discípulos el yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? Todos quedan confirmados en la verdad y acordes en la conducta que se debía seguir.

Pero sobre todo Pedro cumplirá con más solemnidad el

mandato ó el oráculo del divino Maestro, cuando, despues de haber fijado su silla en Roma, se convertirá en el jefe visible y supremo de la Iglesia.

Los fieles de Roma, dice san Ambrosio, alarmados por los peligros que la crueldad de Neron hacia correr á Pedro, le instan á que cediese á la tempestad y se alejase de la ciudad. Refusa hacerlo por mucho tiempo, pero sus instancias fueron tan urgentes que al fin se decidió á partir. Púsose en camino durante la noche, y ya se aproximaba á los muros de la ciudad, cuando vió á Jesucristo traspasar la puerta y venir á su encuentro. «¿A dónde vais, Señor? le dice el apóstol. — Voy á Roma para ser en ella crucificado de nuevo.» Pedro lo comprendió. Entró en Roma. Advertido del suplicio que le espera, sólo tiene un pensamiento: el de *confirmar* por una exhortacion inmortal el valor, la fe y la esperanza de los cristianos. Este es su testamento, y lo dirige á los fieles del universo, á todos los que dividen con él la fe en Jesucristo nuestro Señor. «Servid á Dios, uniendo la virtud á la fe, la ciencia á la virtud, el desinterés á la ciencia, la paciencia al desinterés, la piedad á la paciencia; el amor de vuestros hermanos á la piedad, y al amor de vuestros hermanos la caridad que no encierra todo... El que pierde de vista estas grandes cosas es un ciego caminando á tientas en la vida, un ingrato que olvida el favor de que fué objeto cuando recibió por el bautismo la remision de sus antiguos pecados... No vacilo en hablaros con este lenguaje, aunque sepais ya estas verdades y las tengais firmes en vuestros corazones. Mientras yo habite todavía en este tabernáculo mortal, yo os debo *mis auxilios y mis exhortaciones.* (*Confirma teatros tuos.*) Yo tengo, además la certeza de que la deposicion del templo de mi alma está cercana. Nuestro Señor Jesucristo me lo ha revelado. Pero yo tendré cuidado de que despues de mi muerte estas instrucciones se sean renovadas.» (Por los sucesores de Pedro.)

«Quiero afirmaros de nuevo que al anunciaros el ad-

venimiento y el poder de nuestro Señor Jesucristo, yo no era de ningun modo el eco de *doctas fábulas.* Yo mismo fui el testigo de sus grandezas y de la gloria de que el Dios Padre le investió. Yo estaba allí, cuando una voz bajada del cielo, en medio de una aureola relumbrante, le dió este testimonio: «Este es mi Hijo amado, en quien me he complacido; oídle.» Esta voz celestial ya la oí, cuando estábamos con él en la montaña santa. Nosotros tenemos además un testimonio no menos auténtico en los oráculos de los Profetas. Los estudiads con atencion; lo sé y haceis bien. Las profecias son la lámpara encendida en la obscuridad, aguardando que el día aparezca, y que la estrella de la mañana brille en vuestros corazones. Recordad, por lo tanto, que las palabras de la Escritura *no deben ser sometidas á una interpretacion privada.* Son independientes de la voluntad y de la inteligencia por su mismo origen, *pues que los santos que nos las han transmitido las habian recibido de la inspiracion del Espiritu.»* ¿Quién no siente aquí el soplo de Dios?

«Así como hubo falsos profetas en el seno del pueblo de Israel, del mismo modo se encontrarán maestros en impostura. Introducirán entre vosotros sectas de perdition. Apostatarán de la fe del Señor que los ha rescatado. *Muchos les seguirán* en sus extravijs. En su sordida avaricia, traficarán con sus seductores discursos y con los desgraciados que serán sus víctimas. Su *condenacion está escrita desde el origen de la historia del mundo;* el Dios vengador no se duerme. No perdonó á los ángeles rebeldes... No perdonó al mundo antediluviano. Á las olas del diluvio universal que tragarón á los impios. Noé y otras siete personas escaparon únicamente. Las ciudades de Sodoma y Gomorra atestiguan todavía hoy la realidad de los castigos que Dios reserva á los impios. Lot, el justo, fué arrancado por el Señor á los ultrajes de estos infames... Dios sabe cuando le place arrancar los justos á la persecucion. Su providencia reserva los impios para el juicio final y los suplicios eternos. Su vengauza brillará sobre

todo contra los perversos que se abandonaron á las ignominias de las concupiscencias carnales, afectando el desprecio de toda autoridad, complaciéndose en las audacias del orgullo, perseguido con sus blasfemias á todos los representantes del poder. Los ángeles, más grandes y más poderosos que los príncipes de este mundo, les sacren sin embargo y dejan á Dios el cuidado de juzgarlos... Los insensatos, entregados como las bestias sin razón á todas las perversidades de la naturaleza, se precipitan á su perdición. Blasfeman lo que ignoran y perecerán en la corrupción. Sus ojos están llenos de adulterios, y seducen á las almas inocentes... Fuentes sin agua, nubes llevadas por los torbellinos, y que van á perderse en las tinieblas de la noche, atizan las llamas de las pasiones impuras para envolver de nuevo á los cristianos que apenas han escapado del error. *Prometen la libertad* estos esclavos de la corrupción. Si esclavos porque lo son desde que se dejan vencer; si, por que después de haber buscado un refugio contra las iniquidades del mundo en el conocimiento de Jesucristo, han sufrido de nuevo el vergonzoso yugo de la carne. Mejor les hubiese sido no conocer jamás el camino de la justicia; y á ellos se aplican en toda su realidad estos crueles proverbios: El perro vuelve de nuevo á su vómito; el cerdo saliendo del agua va á revolcarse en el fango.

El postrer día se verán salir artifices de decepción, seductores entregados á todas las codicias de la carne... ¿Dónde está, diran, la promesa hecha por Jesús... de su segundo advenimiento? Nuestros padres han muerto, nada se ha cambiado en el orden de la creación, la naturaleza es eterna. Pues bien, la verdad, que ignoran ó no, es que el Verbo de Dios creó los cielos antes que todo, y en seguida la tierra, del agua y por el agua, y en la cual fué sumergida de nuevo por el diluvio. En este momento, los cielos y la tierra sólo subsisten por el Verbo de Dios. El es quien los mantiene en el estado actual hasta el día del juicio y de la catástrofe final, en que los impíos perecerán

por el fuego. Pero vosotros, amados míos, no tratéis de calcular los tiempos. Sabed que á los ojos del Señor un día es como mil años y mil años como un día... Su providencia es paciente. Por amor á nosotros, no quiere la perdición de nadie; quiere al contrario llamarnos á todos á la penitencia... El día del Señor sorprenderá de improviso, como sorprende un ladrón. En un terrible choque los cielos posarán, los elementos abrasados serán disipados, la tierra con todo lo que encierra será consumida por el fuego. Si, pues, todo el universo está destinado á perecer, ¿cuál no debe ser la piedad, la santidad de vuestra vida, vosotros que esperáis el juicio del Señor, que correis á este acontecimiento formidable, en que los cielos abrasados serán disueltos, en que los elementos entrarán en fusión bajo el ardor de las llamas? Según la promesa de Dios esperaremos nuevos cielos y una tierra nueva, patria de la justicia. En tal expectativa, amados míos, emplead todo vuestro cuidado en manteneros puros y sin mancha, en la paz de una conciencia inviolable; redoblad vuestro celo en la confianza que la longinuidad de Nuestro Señor es un medio de salvación para nuestras almas. Nuestro amado hermano Pablo os ha ya escrito estas cosas, según la sabiduría divina que le inspira... Sé que se encuentran en sus epístolas pasajes difíciles de comprender, y que cierto número de hombres, ignorantes y ligeros, tratan de depravar su sentido. Pero no hay un solo libro de las Escrituras que el espíritu de mentira y de ruina no haya pretendido alterar del mismo modo. Vosotros al menos, hermanos míos, daos por advertidos, guardaos de ceder á las sugerencias perversas, estad firmes en la fe, creced más y más en la gracia y conocimiento de nuestro Dios y Señor. ¡A El la gloria, ahora y en la eternidad!

¡Qué admirable profesión de la fe! qué majestuosa condenación de las herejías de todas las edades! Y hasta están comprendidos en ella el protestantismo y el liberalismo. ¡Y qué acontecimiento más extraordinario el de ver caer la doble teoría verdadera de la formación neptuniana de

la tierra y del fin del mundo por el fuego, de la boca de aquel, cuya firmeza inquebrantable admiraba tanto más á la Sinagoga, en cuanto sabia era sin letras é ignorante, *si me Ullericz et ibidole*, pero que san Dionisio Areopagita, admirado de la sublimidad de su lenguaje, no vacilaba en llamar á la gloria sin rival, el ornamento celeste, el jefe supremo, la base, la columna más singular y la más fuerte de la divina teología.

La primera epístola de san Pedro, más moral que dogmática, no es menos un maravilloso cumplimiento de la profecía: *Una vez convertido, confirma á tus hermanos*. Sus hermanos, esta vez, son los judíos de la dispersión reservada para la salud que debe ser revelada al fin de los tiempos. «No es á precio de oro y plata, materias corruptibles, como habéis adquirido la redención de los vanos errores de vuestras tradiciones paternales, sino por la sangre de Jesucristo, cordero sin mancha, conocido antes de la creación del mundo, y manifestado en sus últimos tiempos á causa de vosotros. Por Él creéis vosotros en Dios que lo ha resucitado de entre los muertos, y lo ha coronado de gloria; también vuestra fe y esperanza están en Dios.

«Mantened, pues, vuestras castas almas en los lazos de la ternura fraternal. Amad cada día más respetuosamente los unos á los otros, en la sencillez de vuestros corazones... regenerados como sois en el Verbo de Dios vivo y eterno... Deponed todo espíritu de fraude, de disimulo, de envidia y maldad. Como el niño recién nacido, tened sed de leche espiritual y pura, que os hará crecer en la salvación. Gustad más y más cuán dulce es el Señor. Acercaos á esta piedra viviente, rechazada por los hombres, pero elegida y glorificada por Dios, para que vosotros mismos le seáis superpuestos, como las otras piedras de sus edificios espirituales, templos santos en que se ofrecen hostias agradables á Dios por Jesucristo... Honor á vosotros que habéis creído. Para los incrédulos, al contrario, la piedra angular, rechazada por los arquitectos ciegos, se ha convertido en una piedra de tropiezo y escán-

dalo, contra la cual irán á estrellarse... Vosotros, amados míos, raza escogida, sacerdocio real, nación santa, pueblos de divina adquisición... viajeros y peregrinos que sois, desosios de las codicias carnales que luchan contra el alma, estableced vuestra vida entre las naciones en la senda del bien. Se os trata de malhechores; forzá á la calumnia á que reconozca vuestras buenas obras... *Sed sumtos en vista de Dios á toda autoridad humana*: al principio, como fuente del poder; á los gobernadores enviados por él, como á sus representantes, para la represión de los culpables y la remuneración de los hombres de bien. Tal es la voluntad de Dios... Vosotros sois libres, no para hacer de vuestra libertad el pretexto de una malicia perversa, sino para mostraros los servidores de Dios. Respetuosos con todos, amad á los hombres con un amor fraternal, temed á Dios, honrad, no solamente á los que se muestran buenos y moderados, sino á aquellos de más récia condición. Porque es el triunfo de la gracia soportar pacientemente en vista de Dios los tratamientos injustos. Jesucristo ha sufrido de este modo por nosotros, y nos ha dejado su ejemplo para que lo siguiésemos. No tenéis pecado; la mentira no manchó jamás sus labios; maldiciente, guardaba silencio; sufría los tormentos de su pasión, sin que una amenaza cayese de su boca sobre sus verdugos. — Que las mujeres sean sumisas á sus maridos... Que los conduzcan á la fe por su conducta casta, unida á un temor respetuoso. Que no ostenten en el exterior cabellera rizada, ó atavíos de oro, ó gala de vestidos; sino que brillen en el interior por la incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto, que es de gran precio á los ojos de Dios. Porque así en otro tiempo se estababan las santas mujeres en un espíritu de sumisión y fidelidad á sus esposos. — Vosotros, maridos, vivid *inteligente* y *sábia*mente con vuestras mujeres, tratándolas con delicadeza como seres más débiles, herederas como vosotros de la gracia de Jesucristo. Entonces las oraciones que hareis juntos serán escuchadas. Todos, en fin, no seáis más

que un solo corazón, compasivos, amadores de vuestros hermanos, misericordiosos, modestos, humildes. No volviendo mal por mal, maldición por maldición, sino al contrario bien por mal, bendición por maldición. Antes que todo tened unos con otros una caridad constante, porque la caridad cubre multitud de pecados. Poned al servicio los unos de los otros los dones que habéis recibido, constituyéndoos en buenos dispensadores de los múltiples dones de Dios. Amados míos, si se os ultraje por el nombre de Cristo, miraos como bienaventurados; porque el honor, la gloria, la virtud de Dios reposan sobre vosotros. Guardaos eficazmente de que no se os ultraje como homicidas, ladrones, calumniadores, codiciosos del bien ajeno. Pero si se os ultraja como cristianos, no os avergoncéis, sino glorificad á Dios. Obispos, yo os conjuro, obispo yo mismo y testigo de los sufrimientos de Cristo, á que apacentéis la grey del Señor confiada á vuestros cuidados, y á que desempeñéis las funciones del episcopado, no con un espíritu de rigor, sino con una tierna abeccion; no por amor á una ganancia vergonzosa, sino por el sentimiento de una caridad desinteresada; no para dominar tiránicamente sobre el clero, sino para hacer os vosotros mismos de corazón el modelo del rebaño. Vosotros, mancebos, obedeced á los ancianos; ejercitad los unos á los otros en la humildad, porque Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes. Humillaos bajo la mano de Dios para que os exalte en el tiempo de su venida, echando sobre El toda vuestra solicitud, porque El tiene cuidado de vosotros. Sed sóbrios, y vigilad, porque nuestro adversario el diablo anda en torno de vosotros, como un león rugiente para ver á quien podrá devorar. Resistidle, fuertes en la fe... Que el Dios de toda gracia que nos ha llamado por Jesucristo á su eterna gloria, despues que hayais sufrido un poco, os perfeccione, os fortifique y os consolide. A El la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. [Así se al-

Este lenguaje es evidentemente sobrenatural, inspirado y divino.

«Cuándo estéis convertido confirma á tus hermanos.» Esto es, dice Bossuet, bajo otra forma: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; esto es, que será consolidada contra todos los esfuerzos de Satanás hasta ser inquebrantable, confirmada en su inmovilidad. Y ved en efecto que cada día el Soberano Pontífice, jefe de la Iglesia, sucesor de Pedro, por la convocación de los concilios, por las alocuciones consistoriales, por sus bulas, por sus breves apostólicos sellados con el sello del divino pescador, continúa la gloriosa misión de confirmar á sus hermanos en la fe. Cualesquiera que sean las tempestades que se levanten, las dudas que sobrevengan, los errores que aparezcan, Pedro mandó á las olas y á los vientos, y se apaciguan; Roma habla y la causa es definitivamente juzgada: *Roma locuta est, causa finita est!* Pío IX confirmó hasta el fin tanto ó más que sus predecesores; confirmó sobre todo por su incomparable *Syllabus*, por sus protestas energicas contra todas las audacias del error. Su inquebrantable firmeza le mereció el insigne honor de ser el primer papa proclamado infalible. Apenas le había sucedido Leon XIII, cuando en su carta encíclica de la toma de posesion del soberano pontificado, se hacia el eco fiel é intrépido de todas las confirmaciones de Pío IX, que hubieran sido las de Pedro. [Esplendor.]

Capítulo vigesimo.—La estension de los Esplendores de la fe.—Uno solo de estos quince esplendores de la fe, que son en su exposicion profetas luminosas, en su realizacion milagros brillantes, hasta para demostrar intencionalmente y hacer tocar con el dedo la divinidad de Jesucristo, autor de estas profecias y milagros, la divinidad de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, objeto y fruto de estos brillantes milagros. Reunidas, añadiéndose la una á la otra, se fortifican en una propocion creciente y en cierto modo indefinida. Jamás todavía, al menos que yo lo conozca, se las había agrupado bajo su doble aspecto,

bajo su doble estension, de profecías claras como el día, de hechos ó milagros grandes como el mundo, ó mejor dicho, hechos que son el mismo mundo transformado y en alguna manera civilizado.

En efecto: *1.ª Todas las generaciones me proclamarán bienaventurado. Es el mundo retumbando por doquiera las alabanzas de María, haciendo brotar lugares de peregrinacion y santuarios de María, divulgando por todas partes los milagros de María.*

2.ª Mis ojos han visto tu salud, la salud de todos los pueblos, la luz que iluminará las naciones! Es el mundo salvado, iluminado, civilizado por el Cristianismo.

3.ª ¡Este mundo será la ruina y la resurreccion de muchos! Es el mundo cuando desaparecer sucesivamente las naciones judía, griega, romana, etc., conjuradas contra la religion de Jesucristo. Es el mundo testigo solemne de la muerte funesta de muchos de los persaguidores, herejes, impíos, enemigos de Jesucristo, de su santa Iglesia y del papado. Es el mundo glorificándose de aplaudir el heroísmo de la santidad, la gloria sin nubes de los grandes convertidos ó resucitados por Jesucristo.

4.ª ¡Este mundo será señal á la que se hará contraccion! Es el mundo en todos los tiempos, y de todos los lugares, desdenada, encarcelado, ladrando sin cesar contra Jesucristo y lanzándole violentamente todo su ser.

5.ª ¡Venid en pos de mí, que yo haré que vosotros seáis pescadores de hombres! Es el mundo cruzado en todos sentidos por los bellos pasos de los evangelistas de la paz, cazadores y pescadores de hombres, que arrojan incansablemente sus redes á raudales. Por todas partes misiones, por todas partes púlpitos, por todas partes confesionarios.

6.ª ¡Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto! Es el mundo, por todas partes y siempre, edificado, admirado, embellecido con las virtudes heroicas de los santos, aspirando á la perfeccion y obligándose por voto á su cunzaña.

7.ª ¡Los pobres son evangelizados! Es el mundo sorprendi-

do, escandalizado de ver la pobreza libertada, honrada, amada, abrazada libremente, como una profesion bendita; de ver los pobres evangelizados, instruidos, aliviados y consolados de todas sus miserias, mientras que el rico, como maldecido, está reducido á no poder ser salvado más que por el pobre.

8.ª ¡Seréis aborrecidos á causa de mi nombre! Es el mundo, eco sempiterno de los ladridos implacables de jurios encarnizados contra los calófticos ardientes, de la raza de los infames antiguamente, de los clericales hoy.

*9.ª Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Es el mundo, teatro del furor impotente de la idolatría, de la herejía, del cisma, de la filosofia, de la Revolucion, conjuradas sucesivamente contra la Iglesia, siempre en pié sobre su roca eterna. Fuertes han sido los emperadores, fuertes los arianos, fuertes los bárbaros, fuertes Lutero y Calvino, fuertes Voltaira y los enciclopedistas, fuertes Robespierre y la Revolucion francesa, fuertes los emperadores de Alemania, fuerte Napoleon el Grande, fuerte la Francmasonería, fuerte el héroe de *Cultur-kampf*. Y todas estas fuerzas, todas estas olas han venido ó vendrán á estrellarse contra la piedra del Vaticano.*

10.ª ¡E si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré hacia mí. Es el mundo convertido en cristiano, dominado por la cruz de Jesucristo, el mundo lanzando el gran grito de gloria y victoria de la Edad media: ¡Cristo reina, Cristo gobierna, Cristo manda á las inteligencias, á las colonnatas, á los corazones, á los cuerpos.

11.ª Se reconocerá que sois mis discípulos en que os amaréis los unos á los otros. Es el mundo pasando del egoísmo más brutal á la más ardiente caridad, dando á luz por todas partes héroes de la caridad.

12.ª En verdad, en verdad os digo. El que en mí crea hará las obras maravillosas que yo hago y mayores que estas hará. Es el mundo convertido con los milagros de los apóstoles, es el mundo maravillado por los prodigios obrados por la santísima Virgen María y los santos.

13.ª *Jerusalem, tú serás hollada por los Gentiles!* Es el mundo señalando con el dedo á los judíos dispersos, errantes, maldicidos, obstinados en su endurecimiento, sin altares, sin sacerdotes y sin sacrificios.

14.ª *Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñadas á guardar mis mandamientos.* Es el mundo bautizado, en efecto, enseñado, sometido á la ley de Jesucristo, cantando, en su agradecimiento, por doquiera y siempre, la santa doxología: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

15.ª *Y una vez convertido confirma á tus hermanos.* Es el mundo escuchando en otro tiempo, como hoy, la voz que desciende de la cátedra de San Pedro en Roma, sacudiendo locamente, sin poder deshacerse de él, el yugo sin embargo tan dulce del representante de Jesucristo. Es el mundo espantado de la audacia de Pio IX, anunciando y condenando los errores modernos en su divino *Syllabus*, continuado por Leon XIII.

Estas quince profecías son quince fatos, ó mejor dicho quince soles relumbrantes; estos quince milagros son el mundo tomando otras tantas formas nuevas y sobrenaturales. Imposible no ver los unos, imposible no palpar ó sentir los otros. Remidos colocan la divinidad de Jesucristo y de su Iglesia bajo una luz tan evidente, que la incredulidad es un crimen, que la misma duda llega á ser inexcusable. Los feisos sabios y los semi-sabios del mundo, deslumbrados por sus propias luces, y haciéndose más altos que el cielo, pueden únicamente no ver la luz de estos oráculos luminosos, no tocar estos mundos milagrosamente transformados. ¡Cuán sublime y terrible es la impetuosidad de Jesucristo, dando gracias á su Padre por haber permitido que la revelación accesible á los pequeños se oculte á las miradas de los soberbios!

Y nótese bien: estos oráculos y milagros no cesan de cumplirse en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana. Se cumplen, en verdad, en proporciones ó

con un brillo menor, porque la fe va siendo fatalmente cada día más rara en la tierra; pero este mismo brillo aminorado ha sido el objeto de predicciones muy claras, y conviértese á su vez en un milagro de ceguera voluntaria. «Cuando sonará el día del juicio, y el Hijo del hombre vendrá, ¿creéis que encontrará fe en la tierra?» El mismo Salvador añadió: «La vida material dominará más y más sobre la tierra; las grandes ocupaciones de los hombres serán comer, beber, casarse, correr de fiesta en fiesta; después vendrán los días de la gran seducción, en los cuales, si Dios no abreviase su duración, los mismos elegidos, si posible fuese, serían seducidos.» San Pedro también, en su segunda epístola, nos muestra la concupiscencia de los últimos días y los hábiles engaños que se pondrán en juego, los cuales acarrearán innumerables defecciones. San Pablo, en fin, señala en lontananza un tiempo, en que los hombres no soportarán la sana doctrina y se dejarán adormecer por las fábulas. *¡Todo es esplendor en la fe cristiana, hasta el abandono que deberá sufrir un día!*

Jesucristo es Dios, la Iglesia es divina; luego todo lo que Jesucristo nos ha revelado y lo que la Iglesia nos enseña es verdadero, bueno y bello, como todas las manifestaciones divinas. Las objeciones que esta revelación y enseñanza levantan, pueden tener algún valor aparente, pero no ningún valor real. Es un derecho y un deber arrojarlas sin aun discutir las. Pero si yo usase de este derecho, si cumpliese demasiado rigurosamente este deber, muchos inteligencias no estarían satisfechas; temería ver surgir del profundo de la razón subyugada por los sentidos densas nubes de vacilaciones, de dudas, de inquietudes, que obscurecerían el bello cielo de la revelación. Yo daré, pues, un paso más, con la confianza, me atreveré á decir, con la certeza, de no dejar ningún lugar á las objeciones.

La Religión cristiana, católica, apostólica, romana nos propone como dogmas de fe misterios y verdades que espantan á la inteligencia, ó que contrarian á la voluntad. Dios, su existencia, su noción, sus atributos.—La Santisí-

una Trinidad, la Creación, la Encarnación, la Redención. —El pecado original, la existencia del mal en el mundo, la divina Providencia, el milagro, la oración. —La libertad humana en presencia del concurso divino de la acción todopoderosa de la gracia y de la predestinación. —La presencia real de Jesucristo bajo las especies eucarísticas. —La existencia de sus espíritus ó ángeles buenos y malos y sus relaciones con el hombre. —Los sacramentos. —Los fines del hombre: la muerte, el juicio particular, la resurrección de los cuerpos, el juicio general. —La vida futura, el paraíso, el infierno, la eternidad de las recompensas y de las penas. —Las relaciones de la Iglesia y del Estado, el poder temporal de los Papas.

Sobre todos estos puntos, el misterio y lo sobrenatural, en este siglo de las mayores preocupaciones materiales, da fe más para y menos viva, excitan en muchos espíritus una repulsión más ó menos violenta.

Para conciliar plenamente la razón con la fe, bastantes preocupaciones hay que abogar, repugnancias que vencer, incertidumbres que disipar. Fiel á mi plan, no discurriré, no ratiocinaré ni aún silogísticamente, sino iluminaré. Por la cuestión previa, por fines indescutibles que será imposible recusar, por consideraciones muy cortas y sencillas, accesibles á todas las inteligencias bajo la sola condición de que estén libres de las influencias de una mala voluntad, haré caer las objeciones, quitándolas todo valor aparente ó real.

Capítulo vigésimo primero. — Los misterios en general. — En el capítulo séptimo del primer volumen, he demostrado hasta la evidencia que la fe subjetiva, la adhesión de la inteligencia á las verdades reveladas es eminentemente razonable, porque la fe no es en realidad más que el auxilio necesario y bienhechor del alma humana, el telescopio bendicido de su razón y de su corazón.

He recordado al mismo tiempo los principios que obligan á admitir la necesidad absoluta y la existencia real

de los misterios, esto es, de verdades, hechos ó dogmas inaccesibles á la inteligencia humana, pero que todo hombre razonable debe admitir, cuando le son revelados é impuestos por una autoridad competente é indiscutible. Nuestra inteligencia es esencialmente finita; la verdad, al contrario, física, metafísica ó moral, esencialmente infinita é indefinida. Nuestra inteligencia es el agujero ahondado por el niño. El misterio es el Mediterráneo ó el Océano. Loco aquel que quisiera hacer entrar el Océano en el agujerito. Más loco todavía el que se apoyara en esta imposibilidad para negar la existencia del Océano.

Lo inaccesible, lo desconocido es el misterio. Lo conocido, lo palpable, es la revelación manifestada por los esplendores de la Fe. Oponer lo desconocido, el misterio, á lo conocido, á la revelación, sería hacer acto de sinrazón. Aceptar, al contrario, lo desconocido, el misterio bajo la presión de lo conocido, de la revelación, es hacer acto de razón ilustrada. Ya lo hemos dicho también: los misterios de la religión son menos numerosos y terribles que los misterios de la ciencia. En realidad nosotros no sabemos nada ó bien poca cosa. Y aun lo poco que sabemos, lo sabemos muy poco. No tenemos la última palabra de nada. ¿A qué se reducen, en último análisis, los progresos de la ciencia? ¿A la multiplicación de lo desconocido! Cuando es sincero el verdadero sabio, no vacila en decir con Salomón: «Yo me había propuesto en mi ánimo buscar y rebusar el origen de todo lo que existe debajo el Sol; ignoraba ¡ay! que es la peor de las ocupaciones á las cuales haya podido Dios entregar al hombre.» Y además: «¿Qué fruto saca el hombre de su trabajo? Ve despuntar por todas partes la adicción del espíritu, el misterio, lo desconocido, con que Dios le suavale como de un ropaje. Dios ha hecho bien todas las cosas en el tiempo y en el espacio. Pero este bien lo ha hecho como *inaccesible al hombre*. Ha entregado, al contrario, el hombre á las disputas eternas, como si hubiese querido ponerle en la imposibilidad de encontrar el secreto de una sola

de sus obras, desde el principio hasta el fin... Y por otra parte aún: He reconocido que de todas las obras de Dios que se cumplen bajo el sol, el hombre no puede encontrar ninguna razón (última ó definitiva); que cuanto más se esfuerza en buscar, menos encuentra. El sabio vanamente se gloriará de tener este conocimiento, no lo alcanzará jamás. Si, todas las ciencias humanas, aun aquellas de que más envanécese el hombre, ciencias sin embargo cuyo objeto es la obra visible de Dios, reduciéndose á formidables incógnitas, á misterios desesperadores! ¿Y se admiran é indignan de que la religion cuyo objeto es el mismo Dios, el autor de todas las cosas, lo infinito, nos proponga é imponga misterios?

Espíritu, materia, éter, espacio, tiempo, atracción, afinidad, luz, calor, electricidad, magnetismo, átomos, moléculas, etc., nosotros ignoramos su esencia. ¿Y quisieramos conocer á Dios? La inconsecuencia es tanto más fatal en cuanto los misterios de la Religión, perfectamente dignos de Dios, perfectamente dignos del hombre, son, como lo probaremos, admirables conquistas científicas, que elevan la inteligencia, que dilatan el corazón, que son para nosotros la fuente de gracias y felicidades, que jamás nos hubiéramos atrevido á esperar.

Al contrario, los misterios de la ciencia humana mucho más inmediatos á nosotros, son montes escarpados contra los cuales forzoso es ir á estrellarse. Hasta tal punto que, fuera de los hechos ó de los fenómenos, la ciencia humana es como una negra prision en la puerta de la cual se lee esta triste sentencia: *Oh vosotros que entráis, dejad aquí toda esperanza!* Prision que estamos condenados á habitar, mientras la vision de la fe no ceda su lugar á la vision intuitiva. Porque entonces es cuando únicamente, emancipados por la creencia fiel á los misterios de Dios, veremos la luz en su luz! Para probar que no exageramos en lo más infinito, afirmando que los misterios de la ciencia son en realidad desesperadores, por no decir irritantes, enumeraremos algunos.

La tierra que conocemos absolutamente inmóvil, es animada de tres movimientos muy rápidos: de rotacion en torno de su eje, de revolucion al rededor del sol, de traslacion en el espacio sobre la inmensa órbita que el mismo sol describe en torno de la estrella Alcyon de las Pléyades, tal vez muchos otros movimientos todavia, porque Alcyon y todas las estrellas que son llamadas fijas, como por antítesis, hacen ellas mismas en el espacio carreras vertiginosas.—Cada una de estas pequeñas manchas blanquecinas ó nebulosidades que con pena descubrimos en el cielo, como también la inmensa zona circular que llamamos Via láctea, es una mezcla de soles más inmensos y brillantes que nuestro sol. *que sólo es en realidad una estrella de sexta magnitud.*—Cada uno de las determinadas ondas luminosas del sol recorre en un segundo, *el tiempo de decir uno*, trescientos mil kilómetros.—Este correo que hace trescientos mil kilómetros por segundo, necesita de muchos años para venir de la estrella más cercana á nosotros, y nos hace hoy testigos de una erupcion estelar, sobrevenida hace doce, cien, mil años, tal vez.—Los millones de millones de rayos luminosos, caloríficos, sonoros, lanzados por los astros visibles é invisibles del firmamento, se cruzan y entrecruzan, sin perderse ó extinguirse jamás, llevando con ellos la huella indeleble de los acontecimientos sobrevenidos desde el origen de los tiempos.

Una gota de agua microscópica de un milésimo de milímetro de diámetro, encierra veinticinco millones de moléculas, formadas cada una de millones de átomos.—En cada milímetro de aire que respiramos hay, segun M. Stoney, sabio muy autorizado, mil millones de millones de moléculas, de las cuales quedan todavia un millon de millares de millon, en un milímetro cúbico del vacío más perfecto que pudiésemos obtener con nuestras máquinas pneumáticas perfeccionadas.—Las moléculas ó átomos del fluido luminoso, el éter, cuyas distancias mutuas son á lo más de tres millonésimos de milímetro, ejecutan al

menos por segundo cuatrocientos millones de vibraciones. Las amplitudes de estas vibraciones varían de cuatro á seis millonésimos de milímetro. Y sin embargo estas vibraciones, infinitamente pequeñas, engendran todos los fenómenos de la atracción, de la afinidad, de la luz, del calor, de la electricidad, del magnetismo.—En el seno de este frasco lleno de gas y herméticamente cerrado, en el que parece reina un reposo absoluto, las moléculas son incesantemente proyectadas en todos sentidos, con velocidades excesivas de seiscientos á dos mil metros por segundo, de manera que causan ocho millones de colisiones ó choques máximos en este mismo tiempo casi indivisible.—Un gas, el hidrógeno, puesto en presencia, á una temperatura relativamente baja, del paladio, uno de los metales más densos, le penetra, le hace absorber de quinientas á seiscientas veces su volumen, y forma con él un solo y mismo sólido, lo que supone una presión ó compresión interior de cuarenta á cincuenta mil atmósferas de las que no tenemos idea alguna.—Dos gases inofensivos, el oxígeno y el hidrógeno, uniéndose bajo la acción de una pequeña centella eléctrica, en cantidad suficiente para formar un litro de agua, dan 34,000 caloríficos ó unidades de calor; esto es, el equivalente á una fuerza mecánica, junto á la cual todas las fuerzas del mundo visible se anulan, en mucho superior al esfuerzo espantable de una masa de granito de muchos millares de kilogramos cayendo de la cumbre del Monte Blanco.—Si se detuviese súbtilmente la tierra sobre la órbita que describe al rodear del sol, el calor producido por la transformación sobita del momento de masa en movimiento molecular, engendraría un calor tan grande, que el globo terrestre sería no solamente fundido, sino volatilizad, etc., etc.

Prolongados indefinidamente, una curva y su asíntota distantes entre sí en el principio de un centímetro ó aun de un milonésimo de milímetro, se aproximan sin encontrarse jamás.

¿Qué de más íntimo parte nosotros que nuestro cuerpo y

nuestra alma? Nuestro cuerpo, y nuestra alma somos nosotros. Nuestra alma se ve con la más perfecta de las visiones, la visión intuitiva. El alma habla, informa, anima, siente su cuerpo, hace de él lo que quiere; y sin embargo el cuerpo y el alma, separados ó unidos, son para nuestra inteligencia dos incógnitas desoladoras, dos enigmas insolentes que arrancan á la ciencia más audaz, á la ciencia más libre pensadora, este grito de desesperación: *Ignoramus, ignorabimus!* que á tantos ha excitado la ira, y que todos véuse condenados á repetir, con gusto ó sin él: ¿Qué es esta sustancia que siente, se agita, delibera, sufre en nosotros? *Ignoramus, ignorabimus!* ¿Cuál es el lugar en que la memoria junta y guarda en depósito los tesoros del pasado, esto es, una mezcla enorme de ideas, de hechos, de recuerdos, que tiene sin cesar á nuestra disposición, sin que podamos ver de dónde los toma para presentárnoslos? Y la voluntad? Y la inteligencia ó la facultad de comprender ó de ratiocinar? Y la imaginación? Y esta sucesión indefinida de ideas, de reflexiones, de sentimientos, de deseos, de sueños, *modificaciones motíles hasta el exceso de un alma simple é indivisible, que excesivamente nos ocupan, nos distraen, nos afligen, nos admiran, nos desconciertan, etc.?* ¿Qué es esto? *Ignoramus, ignorabimus!* Y la vida; lo que sentimos más íntimamente en nosotros? Y nuestros sentidos? Y nuestros órganos? Y este poder tan absoluto que tenemos sobre nuestros miembros? Y todos estos resortes tan admirablemente distribuidos en todas las partes de nuestro cuerpo, que le hacen moverse con tanta facilidad y de tan diferentes maneras? Cómo, sin haberlos visto, sin conocer ni su posición, ni su número, ni su tan complicado juego, ni sus tan múltiples combinaciones, nos hacemos servir tan puntualmente de ellos? Cómo encontráis en un punto señalado cada uno de ellos para imprimirle la acción que queréis? *Ignoramus, ignorabimus!*

Esto no es más que un débil tanteo de los aterradores misterios de la naturaleza, que la ciencia se ve forzada á

aceptar á millares, porque su existencia le es demostrada sin que pueda comprender nada de ello. Si escuchamos la última palabra de la ciencia, aun la experimental, no hay en realidad en la naturaleza sino miles de miles de monedas sencillas ó inextensas, idénticas entre sí. Y con estas monedas inextensas es con lo que es preciso constituir todos los cuerpos gaseosos, líquidos, sólidos, inorgánicos y orgánicos del reino mineral, del reino vegetal, del reino animal, y engendrar todas las fuerzas, todos los fenómenos de la naturaleza.

El misterio de la materia á consecuencia de los progresos incansantes de las ciencias de observación, se ha convertido en un abismo tan profundo, que su vista causa el vértigo á los más fuertes. Uno de los físicos más ilustres de Inglaterra, lo hemos ya manifestado, ¡ay! ha llegado á hacer en su discurso inaugural de las ciencias en la Asociación Británica para el adelanto de las ciencias, esta delirante profesión de fe: «Distingo en esta materia, que, en nuestra ignorancia, hemos cubierto hasta aquí de oprobio, el poder de engendrar todas las formas de la vida... La naturaleza de la materia es de desarrollar todo lo que vemos al rededor de nosotros, así como todo lo que sentimos en nosotros, todo lo que ha sido, como lo que será por la acción de las fuerzas moleculares. Nosotros vivimos, porque la materia vive; sentimos y pensamos, porque la fuerza de las combinaciones materiales de que estamos formados, es la de sentir y pensar.» Para el sabio sin Dios, esta síntesis del universo, por la sola materia, es evidentemente la imposibilidad absoluta, el absurdo en su supremo poder. Al contrario, para el sabio cristiano, que cree en el Dios eterno, todopoderoso, creador y conservador de los mundos, esta síntesis atómica es un himno admirable, que canta con todo su corazón, y que le hace caer en éxtasis, porque de este modo todo vuelve á la unidad. Lo desconocido, el misterio de la ciencia, permanece, pero pasa en realidad de lo finito á lo infinito, del mundo á Dios. Permanecerá, siendo siempre verdad que

hay fuera de nosotros seres que no podremos comprender, verdades que no podremos alcanzar; pero estos seres y estas verdades tienen su origen y razón de ser en el Ser infinito que los ha creado y nos los revela. Yo me prosterno á sus pies y adoro.

Para el sabio ateo esta misma síntesis es el imposible y la desesperación; si pudiese, como pretende y espera en vano, no se escapara de entrar otra vez en la nada.

Para el sabio cristiano el misterio es eminentemente razonable y consolador, porque es la manifestación, por medio del espejo y el enigma, de la verdad eterna, que verá un día cara á cara: *In lumine tuo videbimus lumen.*

En resumen, la ciencia tiene sus misterios, impenetrables, terribles, desesperadores, aunque el campo de sus observaciones sea el mundo de lo finito, el mundo de la materia y del alma. Estos misterios son hechos que acepta, porque ha demostrado su existencia, aunque no conozca ni su causa, ni su fin en la naturaleza. Evanécese de ellos, porque constituyen el progreso y son la conquista del tiempo y de los hombres. *Multi transibunt, et scientia augebitur!* Los propone; los impone aun á aquellos que lo que menos están en estado de comprenderlos, y cuando no han recibido todavía ninguna aplicación que les haga apreciar su utilidad.

No es esto todo todavía. En este siglo positivista, en que se glorían de haber abandonado, en el estudio de las ciencias, el camino del raciocinio y de las teorías *à priori*, para adherirse únicamente á la observación y á la experiencia, forzoso es aceptar los hechos más inverosímiles de la ciencia, sin que sea permitido remontarse á sus orígenes y á sus causas, etc. Y se admiran que la religión cuyo campo es lo infinito, cuyo objeto es Dios, tenga también misterios, hechos grandiosos, que acepta, apoyada en la autoridad de la misma verdad, hechos que son para el espíritu humano conquistas inesperadas y gloriosas, hechos que se envanecerá de proponer é imponer tanto más, cuanto son todos para la humanidad una fuente de

dicha inesperada, eterna y en algun modo infinita. Inclinarsc ante el misterio, cuando apenas no es más que una abstraccion, en el campo de investigaciones en que parece absurdo que existia, y arrojario en un órden de concepciones en que es una necesidad natural é imperiosa, cuando tiene por resultado mostrarnos á Dios, la verdad, la bondad y la belleza infinitas, dilatándose todo entero en alguna manera, según el lenguaje inspirado de santo Tomás, para nuestra dicha, como si el hombre fuese el Dios de Dios mismo, y no es el colmo del destino y de la injusticia?

Capítulo vigésimo segundo. — Dios. — La idea de Dios. Nada más natural, más familiar al hombre que el pensamiento, que la idea de Dios. Cuando consideramos el cielo, decís ya Cicerón, podemos no reconocer con evidencia que es una inteligencia soberana quien lo dirige? San Pablo decía á su vez: «Las perfecciones invisibles de Dios, hechas comprensibles por las cosas que fueron criadas, se han hecho visibles, como su poder eterno y su divinidad, de suerte que son (los filósofos) inexcusables, porque habiendo conocido á Dios no lo han glorificado como Dios, y no le han dado gracias, sino que se han desvanecido en sus pensamientos. Su insensato corazón ha oscurecido su inteligencia.»

Por lo mismo que, siempre en el lenguaje del gran Apóstol, estamos en Dios, nos movemos en Dios, vivimos en Dios, somos del linaje de Dios, en el sentido que tenemos el sér con Dios y por Dios, el alma es naturalmente creyente en Dios. Todo en ella aclama á Dios. Un filósofo célebre, Hemsterhuys, no ha vacilado en decir: *Un solo suspiro hácia lo futuro es una demostracion más que geométrica de la Divinidad!*

Porque Dios crió al hombre á su imagen, le dió la plenitud de la inteligencia para pensar, creó en él la ciencia del espíritu, aun concedió á sus orfías el honor de oír su voz misteriosa (Eccles. XVII, 5—11), el hombre ha sido desde el ori-

gen iniciado en la idea y el sentimiento de Dios. Ved porque siempre y por todas partes, el hombre en su espíritu, en su corazón, en su lenguaje, en su culto, ha estado constantemente en relación con Dios. «Obligado por mi enseñanza, ha dicho M. de Quatrefages en su libro de *la Especie humana*, á pasar revista á todas las razas humanas, he buscado el ateísmo en las razas más inferiores así como en las más elevadas. No lo he encontrado en ninguna parte, sino es en el estado individual, ó en el estado de escuelas más ó menos exclusivistas, como se vió en Europa en el siglo último, como se vé todavía hoy.»

Es esto tanta verdad, que nosotros hemos visto un heterogenista, positivista hasta el exceso, invocar la pretendida ausencia de toda idea de Dios, como carácter distintivo de las razas humanas, no pertenecientes á la raza adámica.

LA EXISTENCIA DE DIOS.

Hemos multiplicado en esta obra las pruebas ciertas de la existencia de Dios. Las más palpables son las que resultan de la prueba de estos grandes dogmas científicos.

El número actualmente infinito es imposible: hubo una primera revolución de cada uno de los astros, un primer hombre, y en cada categoría de los séros un primer padre.

La vida no ha existido siempre en la superficie de la tierra.

La generacion espontánea ó el desarrollo de la vida sin otra anterior es imposible.

El universo sin Dios, la teoría puramente dinámica del mundo ó de los mundos, conduce á absurdidades monstruosas.

La causalidad es un primer principio de la razon; la finalidad es una ley de la naturaleza. La finalidad, el designio, las causas finales brillan por todas partes y proclaman una inteligencia infinita.

El instinto de los animales es inexplicable sin Dios.

dicha inesperada, eterna y en algun modo infinita. Inclinarsé ante el misterio, cuando apenas no es más que una abstraccion, en el campo de investigaciones en que parece absurdo que existia, y arrojario en un órden de concepciones en que es una necesidad natural é imperiosa, cuando tiene por resultado mostrarnos á Dios, la verdad, la bondad y la belleza infinitas, dilatándose todo entero en alguna manera, según el lenguaje inspirado de santo Tomás, para nuestra dicha, como si el hombre fuese el Dios de Dios mismo, y no es el colmo del desatino y de la injusticia?

Capítulo vigésimo segundo. — Dios. — La idea de Dios. Nada más natural, más familiar al hombre que el pensamiento, que la idea de Dios. Cuando consideramos el cielo, decís ya Cicerón, podemos no reconocer con evidencia que es una inteligencia soberana quien lo dirige? San Pablo decía á su vez: «Las perfecciones invisibles de Dios, hechas comprensibles por las cosas que fueron criadas, se han hecho visibles, como su poder eterno y su divinidad, de suerte que son (los filósofos) inexcusables, porque habiendo conocido á Dios no lo han glorificado como Dios, y no le han dado gracias, sino que se han desvanecido en sus pensamientos. Su insensato corazón ha oscurecido su inteligencia.»

Por lo mismo que, siempre en el lenguaje del gran Apóstol, estamos en Dios, nos movemos en Dios, vivimos en Dios, somos del linaje de Dios, en el sentido que tenemos el sér con Dios y por Dios, el alma es naturalmente creyente en Dios. Todo en ella aclama á Dios. Un filósofo célebre, Hemsterhuys, no ha vacilado en decir: *Un solo suspiro hácia lo futuro es una demostracion más que geométrica de la Divinidad!*

Porque Dios crió al hombre á su imagen, le dió la plenitud de la inteligencia para pensar, creó en él la ciencia del espíritu, aun concedió á sus orfías el honor de oír su voz misteriosa (Eccles. XVII, 5—11), el hombre ha sido desde el ori-

gen iniciado en la idea y el sentimiento de Dios. Ved porque siempre y por todas partes, el hombre en su espíritu, en su corazón, en su lenguaje, en su culto, ha estado constantemente en relación con Dios. «Obligado por mi enseñanza, ha dicho M. de Quatrefages en su libro de *la Especie humana*, á pasar revista á todas las razas humanas, he buscado el ateísmo en las razas más inferiores así como en las más elevadas. No lo he encontrado en ninguna parte, sino es en el estado individual, ó en el estado de escuelas más ó menos exclusivistas, como se vió en Europa en el siglo último, como se vé todavía hoy.»

Es esto tanta verdad, que nosotros hemos visto un heterogenista, positivista hasta el exceso, invocar la pretendida ausencia de toda idea de Dios, como carácter distintivo de las razas humanas, no pertenecientes á la raza adámica.

LA EXISTENCIA DE DIOS.

Hemos multiplicado en esta obra las pruebas ciertas de la existencia de Dios. Las más palpables son las que resultan de la prueba de estos grandes dogmas científicos.

El número actualmente infinito es imposible: hubo una primera revolución de cada uno de los astros, un primer hombre, y en cada categoría de los séros un primer padre.

La vida no ha existido siempre en la superficie de la tierra.

La generacion espontánea ó el desarrollo de la vida sin otra anterior es imposible.

El universo sin Dios, la teoría puramente dinámica del mundo ó de los mundos, conduce á absurdidades monstruosas.

La causalidad es un primer principio de la razon; la finalidad es una ley de la naturaleza. La finalidad, el designio, las causas finales brillan por todas partes y proclaman una inteligencia infinita.

El instinto de los animales es inexplicable sin Dios.

Los átomos y las moléculas son productos manufacturados, obras de Dios.

Cada una de las obras de los seis días ha exigido impárbolosamente la intervención divina.

La existencia de Dios es más invenciblemente demostrada todavía por cada uno de los quince esplendores de la Fe, que son, en su conjunto, profecías brillantes y milagros de la omnipotencia divina.

Dios resplandece en cada una de las páginas de las divinas Escrituras; el conjunto de textos en los cuales los escritores sagrados enumeran los nombres y celebran los atributos del Dios de Adán, de Abraham, de Jacob, del Evangelio, nombres y atributos que no pudieron ser inventados por el espíritu humano, son por sí solos una manifestación sublime del dogma fundamental de nuestra fe, porque exceden infinitamente á la inteligencia humana.

Instituida por su divino fundador, la Iglesia católica cree y profesa que hay un solo Dios verdadero y vivo, todopoderoso, eterno, inmenso, incomprensible, infinito en inteligencia, en voluntad, en todas las perfecciones: poder espiritual, uno, singular, absolutamente simple é inmutable. (*Constitución dogmática del Concilio Vaticano*).

La definición y los atributos de Dios.

En el momento en que vá á confiarle la misión de liberar á los hijos de Israel de la servidumbre, Dios dice á Moisés: «Ven y te enviaré á Paraoon.—¿Quién soy yo para ir á Paraoon y sacar á los hijos de Israel de Egipto?—Yo estaré contigo.—Diré á los hijos de Israel: El Señor Dios de vuestros padres me envía á vosotros. Pero si me preguntan cuál es su nombre, qué diré?—Tú les dirás: *Po soy, el que soy. El que es me envía á vosotros.*» Hubiera sido imposible concebir y enunciar una definición tan clara y magnífica. Convine admirablemente al ser definido, Dios; y no conviene más que á él. Lo caracteriza por su género pró-

ximo, al *Ser, Po soy*; y por su diferencia muy propia, *El que soy, El que es*. De esta definición incomparable dimanaron inmediatamente todos los atributos divinos.

Su inteligencia. Se conoce, se afirma.

Su personalidad. Se manifiesta á Moisés, la habla, le manda, le dice: *Po soy, yo te envío.*

Su unidad. Es el que es. Si hubiese dos ó muchos dioses, no sería el que es, sino que sería una parte de lo que es. Otra vez puso en boca de Moisés esta declaración formidable: *¡Ved que yo soy solo, y que no hay otro Dios que yo!*

Su simplicidad. Si Dios estuviese compuesto, tendría en Él el ser y el no ser, y no sería el que es. Si fuese extenso, se podría concebir su mitad, su cuarto. El *Po*, el *Mi*, es necesariamente simple é indivisible.

Su eternidad. El que es, es esencialmente presente: no hay para él ni pasado ni venidero. Si no fuese eterno, no hubiera sido siempre, y no sería el que es. Y añade además: *El que es, es mi nombre de toda la eternidad.* Él es; es el eterno presente.

Su inmensidad. El es, es por todas partes, como es siempre. Por todas partes es Él. Del mismo modo que su eternidad comprende eminente y virtualmente pasado y venidero, su inmensidad comprende virtualmente el espacio y el lugar, que sólo existieron cuando creó los aëres finitos.

Su necesidad. Él es, luego es necesariamente. Y para el *Ser necesario* no hay ni tiempo, ni lugar. El tiempo y el lugar sólo son para los aëres contingentes, que han recibido necesariamente su ser del *Ser* de los aëres.

Su inmutabilidad. El que es, es necesariamente lo que es, todo lo que puede ser. Es inmutable en su esencia, en sus perfecciones divinas que son su esencia, en sus actos interiores ó *ad intra* que son Él mismo, pero no en sus actos exteriores, *ad extra*, que son de Él, en Él, por Él, pero que no son Él. La causa primera de todas las cosas, esencialmente una, simple, indivisible, inmutable, puede

por un solo acto, eterno como ella misma, producir fuera seres creados sucesivos y mudables, sin cambiar ella misma. Los seres creados por Dios cambian, pero Dios permanece siempre el mismo, el que es; ellos perecen, pero Dios permanece.

Su verdad, su bondad, su belleza. El ser creado puede ser y es verdadero, bueno y bello. Luego el Sér infinito, El que es, es infinitamente verdadero, infinitamente bueno, infinitamente bello; la verdad, la bondad, la belleza infinitas.—¿Por qué me interrogais sobre lo bueno? decía Jesucristo. Dios solo es bueno, la misma bondad, como es la verdad misma, la misma belleza. Lo verdadero, lo bueno, lo bello, son el ser bajo diversas denominaciones. *Bonum et ens coexistuntur.* Es siempre el Sér.

Su fuerza ó poder, su ciencia.—Todos estos atributos son perfecciones del ser creado; luego son con más fuerte razon perfecciones del Sér esencial, del que es, del Sér de los seres.

El Sér infinito es, pues, todopoderoso, omnisciente. Dios lo puede todo, Dios lo sabe todo, ó mejor dicho, Dios lo vé todo con una vision intuitiva; porque lo vé todo en su ser, que es el ser de los seres, con una vision esencial, eterna. Por esto mismo no hay para Dios venidero, no hay, propiamente hablando, para Dios prevision ó presciencia, sino solamente ciencia y vision.

Su libertad.—La libertad es una cualidad esencial de las inteligencias finitas, y una cualidad perfeccionante ó perfeccion: luego la Inteligencia infinita es infinitamente libre, no en sus actos interiores que son ella misma, sino en los actos exteriores ó relativos á la creacion. Dios ha creado al mundo libremente, y lo ha creado libremente tal como es; y lo gobierna libremente como quiere.

Dios es libre en el sentido que por un solo y único acto eterno decretó libremente lo que debia existir fuera de El, pero no en el sentido que pueda cambiar de resolución ó de voluntad. Es del todo libre y del todo inmutable á la vez. Y por lo mismo que estas dos perfecciones coexisten

en Dios, son compatibles, aunque no podamos ver el cómo de esta armonía misteriosa.

Dios, en la creacion como en el gobierno del mundo, pudo y debió fijar su eleccion sobre lo imperfecto ó lo menos perfecto, porque lo más perfecto sólo puede existir en Dios; y por otra parte lo imperfecto del ser finito no alcanza en manera alguna al Sér infinito. Basta que toda obra de Dios sea buena. Y en efecto, cada uno de los periodos de la creacion tiene por coronamiento esta justificacion de una simplicidad sublime: *Dios vió que era bueno.*

Su sabiduría y su justicia.—Estas son tambien cualidades perfeccionantes ó perfecciones de los espiritus finitos, luego están en un grado infinito en el Sér de los seres, El que es. La sabiduría consiste en la proporcion y armonía perfecta entre el fin y el objeto que se tiene de alcanzar y los medios que es preciso emplear para conseguirlo. Pues bien, Dios abraza con fuerza su obra de un extremo á otro, y lo dispone todo con una dulzura irresistible, Dios es infinitamente justo, esto es, infinitamente fiel á sí mismo, á sus decretos y promesas. Recompensa la virtud y castiga el vicio. Libre de sus dones, no exige á sus criaturas lo que no les ha dado; castiga esencialmente el pecado; no lo castiga necesariamente en este mundo; es paciente porque es eterno.

En resumen, la inteligencia, la personalidad, la unidad, la simplicidad, la eternidad, la inmensidad, la necesidad, la inmutabilidad, la verdad, la bondad, la belleza, la omnipotencia, la omnisciencia, la libertad, la sabiduría y la justicia infinitas de Dios, son una consecuencia necesaria é inmediata de la definicion revelada á Moisés: *¡Yo soy el que soy!* Estas grandes palabras, estos atributos misteriosos, que han llegado á ser familiares á las inteligencias humanas, no pudieron ser inventados por ellas. Son, pues, esencialmente realidades subjetivas, y el conocimiento que tenemos de ellas únicamente puede ser el resultado de la iluminacion de nuestras almas, hechas á imagen y semejanza de Dios, por el Verbo divino á su entrada en el mundo.

PERSONALIDAD DIVINA.

Lo que más repugna al libre pensamiento, es que Dios sea, tanto y más que todos los otros seres, una naturaleza distinta é infinita, subsistente en sí misma; el más alto, el más acentuado, el mejor caracterizado de todos los yo, que obra, que manda, que se impone á todos los seres, los cuales sólo tienen razon de ser en Él, para Él y por Él. Y sin embargo Platon, á la luz de su razon pagana, escribia esta solemne sentencia: «Nunca jamás se nos persuadirá de que no háya nada bajo el nombre de Dios; que aquel que es absolutamente no tenga ni movimiento, ni vida, ni alma, ni pensamiento, que esté inerte, que esté privado de la augusta y santa inteligencia. ¿Diremos que tiene inteligencia, pero que no tiene vida? ¿Diremos que tiene lo uno y lo otro, pero que no tiene personalidad? Diremos que es personal, inteligente, vivo, pero que es inactivo? Todo esto es absurdo.»

Pero, dirán, la personalidad disminuye á Dios, y disminuyéndole lo suprime. Esta es una afirmacion gratuita y falsa, una blasfemia, una torura. El sér que no subsiste en sí mismo, que no es una persona, que no dice yo, *ego*, él sólo tiene realidad fuera de él y no es nada.

Pero, añaden, si Dios fuera distinto de su obra, no seria su obra; no seria el sér ó lo infinito. Cómo si toda la realidad de la obra no viviese del obrero, cómo si todo el sér de las criaturas no estuviese eminentemente en Dios, cómo si toda criatura no fuese, no se moviese, no viviese en Dios, cómo si suprimiendo á Aquel que es, no se suprimiese por lo mismo á todos los seres, la obra entera de Dios? La obra honra, exalta al obrero y no lo suprime. La obra sin obrero es una quimera: Rafael sin sus obras maestras no seria Rafael, no seria nada. El poder de las obras acusa el génio de la personalidad. Dios es en sus obras por su poder que las ha sacado de la nada, por su presencia que las hace subsistir, por su esencia que les dá el sér, el movimiento, la vida.

En cuanto á la pretension del panteismo moderno de que el sér infinito, universal, perfecto, inmutable, superior al tiempo y al espacio, no puede ser *nada que un sér ideal*; que concederle la realidad seria negar su infinitud, en el sentido que la perfeccion y la realidad implican contradiccion; que la perfeccion no existe ó no puede existir más que en la idea; que el Dios real, por consiguiente, sólo puede ser el conjunto de seres que lo manifiestan, el *cosmos* con sus imperfecciones y sus lagunas; que, en una palabra, Dios es la idea del mundo, y el mundo la realidad de Dios (*Vacherot, Metafísica*), es un sofisma absurdo, un ruido de palabras incoherentes. Es mejor evidentemente existir que ser simplemente imaginado por otro sér, pues que el sér que existe en sí tiene al mismo tiempo su idealidad y su realidad. El ideal no es más que una simple modificacion del espíritu que lo concibe, y es menos forzosamente que este. El espíritu que engendra al ideal Dios, sería infinito, ó finito. Si es infinito, será una realidad infinita, su misma concepcion será una realidad infinita, subsistente en sí misma. Dios será realmente y no idealmente. Si es finito, su misma concepcion será finita, y no será la perfeccion ideal infinito. Dios ideal infinito sólo es una vana quimera. Dios *Naturalista ó Cosmista* sólo tiene realidad en el espíritu finito que lo concibe, y muere con él. Esto no es ya panteismo, es el materialismo brutal con todas sus consecuencias.

Como respuesta al razonamiento del impio: lo perfecto, Dios, no es más que una idea del espíritu, elevándose de lo imperfecto que *yo á una perfeccion que sólo tiene realidad en el pensamiento*. Bessuet invocaba su alma: «Dime, alma mía, cómo entiendes la nada sino por el sér, la privacion sino por el bien de que te priva, la imperfeccion sino por la cualidad que te hace perder, el error sino por la negacion de la verdad, la duda y la obscuridad sino por la falta de luz y de sabor, el desórden sino por la violacion del órden?... Hey, pues, enteramente á todo, un sér, una verdad, una regla, un órden, en una palabra, una

perfeccion ante toda perfeccion, un perfecto que es el primero. ¡He aquí Dios. Nada más absurdo, en efecto, que admitir que la negacion precede á la afirmacion, que lo finito precede á lo infinito. Lo finito añadido á lo finito no hará jamás más que un sér ideal, indefinido, que es forzosa- mente la negacion de lo infinito, del sér, de lo que es.

Queda, pues, el materialismo grosero que decreta sin fruir las cosas, y sin tener ninguna cuenta de la observacion, de la experiencia, de la razon, etc., que la materia es eterna; que todos los séros de la naturaleza sólo son modificaciones, evoluciones de la materia; que todas las operaciones físicas, psicológicas, psíquicas, cuyo mecanismo ignora el hombre; la vida, el instinto, las ideas, los juicios, los raciocinios, los sentimientos, el querer, son fenómenos debidos al juego de las fuerzas atómicas ó moleculares de la materia.

Están de tal modo ciegos, que no ven que haciendo la materia eterna la hacen necesaria, que haciéndola necesaria la hacen ilimitada, que haciéndola ilimitada la hacen infinita, que haciéndola infinita y causa de todo lo que existe, la hacen todopoderosa, la hacen Dios eterno, necesario, infinito, todopoderoso.

Un conjunto de átomos existe en número necesariamente finito, pues que el número actualmente infinito (que no puede ser á la vez par é impar) es imposible. Infinito lo que es esencialmente número y límite, cuando lo infinito sólo se concibe excluyendo á la vez el límite y el número? Perfecto este mismo finito número de átomos, que por lo mismo que es finito, puede ser concebido más ó menos grande, se puede concebir más ó menos cambiado ó transformado, etc. ? ¡Ah! estos no son ya misterios; son absurdidades monstruosas.

En resumen, Aquel que es, el Sér por esencia, necesario, eterno, infinito, inmenso, inmutable, todopoderoso, etc., Dios, es un misterio, pero un misterio grandioso, magnífico, que imponiéndose á la inteligencia la eleva y la exalta á su vez. ¡Qué admirable dato para la razon hu-

mana el de la necesidad absoluta de un primer sér; y al mismo tiempo si se puede espresar así, cuán natural y conforme es á la razon! En efecto, si en un instante dado ningun sér hubiese existido, jamás ningun sér hubiera existido, pues que la nada nada puede engendrar. Tambien el ateo no vacía en hacer la materia eterna, cada átomo de la materia eterno. La materia y el átomo son finitos, y lo finito es lo indeterminado, en cuanto á su naturaleza, forma, tiempo, lugar, movimiento, cualidades, etc., etc. Pues bien, necesario y limitado, eterno é indeterminado, es á la vez la afirmacion y la negacion, es lo imposible en su supremo poder, en tanto que el sér, el que es, y el sér necesario, eterno, infinito, inmenso, inmutable, todopoderoso, omnisciente, son una sola y única espléndida afirmacion.

Y una vez admitido este primer misterio que tan bien armoniza con la razon, todos los otros misterios armonizan á su vez, porque tienen su razon de ser en Dios y nos han sido revelados por Dios. Para el materialista, al contrario, un abismo llama á otro abismo, cae de catarata en catarata hasta que es sumergido por las olas del desatino y de la desesperacion.

Capítulo vigésimo tercero. — Los misterios de la Santísima Trinidad. — Dios es uno. La razon basta para demostrarnoslo. Pero lo que ninguna inteligencia contingente y finita, si Dios mismo no se hubiera dignado revelarnoslo, hubiera podido suponer en esta unidad infinita, es una misteriosa triplidad; en esta naturaleza esencialmente una hay tres personas distintas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Ya en el relato de la creacion se ve una forma sorprendente de singular y plural, que caracteriza la multiplicidad en la unidad divina: *Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza. Y Dios crió al hombre.* Más tarde, sentado bajo la encina de Mambré, el padre de los creyentes vió pasar ante él como un simbolo ó una sombra de la san-

tísima Trinidad. Dios se mostró á Abraham bajo tres formas humanas, á las cuales habló en singular, como si fuesen uno, *ne transeas, Domine*; y que le responden como si fuesen uno, *veceur, Vió á tres*, dice un santo Padre, y adoró á uno. Después vienen los Profetas que celebran en sus cantos, pero todavía muy vagamente, el Padre, el Verbo y el Espíritu; hasta que, en fin, Jesucristo viene á rasgar el velo: «*Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*» Eco fiel de la revelación divina, san Juan el Evangelista dice á su vez: «*Tres rinden testimonio en el cielo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y estos tres son una sola cosa* (1).» En fin, los Apóstoles en su divina Símbolo hacen esta solemne profesión de fe: «*Creo en Dios, Padre todopoderoso...*, en Jesucristo su único Hijo, y en el Espíritu Santo.» San Atanasio, en el Símbolo de la Fe que lleva su nombre y que es aceptado por la Iglesia entera, define con una precisión admirable el dogma sublime de la Santísima Trinidad: «*La Fe católica quiere que adoremos un solo Dios en la Trinidad, y la Trinidad en la Unidad, no confundiendo las Personas y no separando la sustancia. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una misma divinidad, una gloria igual, una majestad coeterna. Cual es el Padre, tal es el Hijo, tal el Espíritu Santo. Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo. Inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo. Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres increados, tres inmensos, tres eternos, sino un solo increado, un solo inmenso, un solo eterno. Todopoderoso, Dios, Señor, es el Padre; Todopoderoso, Dios, Señor, es el Hijo; Todopoderoso, Dios, Señor, es el Espíritu Santo. No son tres todopoderosos, tres Dioses, tres señores, sino un solo Todopoderoso, un solo Dios, un solo Señor. El Padre*

(1) Aunque el autor traduce uno, creemos que una sola cosa es mucho más conforme á la Vulgata y al texto griego.

no ha sido hecho por ninguno, ni creado, ni engendrado. El Hijo es del Padre, no hecho, no creado, pero sí engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no hecho, no creado, no engendrado, sino procedente. Un Padre, pues, y no tres Padres, un Hijo y no tres Hijos, un Espíritu Santo y no tres Espíritus Santos. Y en esta Trinidad no hay ni anterior, ni posterior, ni mayor, ni más pequeño. Estas tres personas son coeternas y coeuales, de suerte que se tiene en todo que adorar la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad. Uno en tres, tres en uno, pero tres persons en una sola substancia ó naturaleza, y una sola naturaleza en tres personas.»

La fe no enseña que tres dioses hagan un solo Dios, que una sola substancia haga tres substancias; esto sería contradictorio en sí y contrario á la razon; sino que una sola y única naturaleza está en tres personas, y que estas tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, no forman más que un solo Dios. Lo cual es un misterio superior á la razon, un misterio inelable, pero un misterio glorioso, cuya soberana conveniencia ó aun su necesidad absoluta, por consiguiente, y la existencia puede hasta cierto punto concebir nuestra razon iluminada por la fe.

El alma humana, hecha por Dios á su imagen y semejanza, tiene su trinidad en su unidad. Existe, conoce, quiere ó ama. La idea ó el conocimiento es una cosa distinta del sér; la voluntad es una cosa distinta del sér y de la idea.

Pero por lo mismo que mi alma es susceptible de sufrir y sufre efectivamente mil diversas modificaciones, en mí el sér, la idea, la voluntad son simples accidencias, modos ó maneras de existir, que no subsisten en sí mismas, sino en el alma; no tres personas, sino una sola persona, como una sola naturaleza. En la naturaleza divina, al contrario, no se puede concebir ni accidentes, ni modos, porque es infinita, es del todo completa; el sér, el conocimiento, el amor; Dios siendo, Dios conociéndose ó engendrando á su Verbo, Dios amando á su Verbo y amado de su Verbo, constituyen tres personas, en una misma natura-

tern, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El águila de Meaux dijo en su lenguaje inspirado: «Si yo fuese como Dios una naturaleza infinita, incapaz de todo accidente sobrevenido á su substancia, y que fuese preciso que todo fuese substancial en Ella, mi poder (mi sér), mi inteligencia y mi amor serian alguna cosa subsistente, y yo seria tres personas subsistiendo en una sola naturaleza.» Es la última palabra del géneo humano sobre el misterio de la Santísima Trinidad.

La unidad de persona en el alma humana resulta también de su naturaleza finita: mas aun así cuando una de sus facultades predomina extraordinariamente, se vé nacer una tendencia invencible á personificarla, á darle una subsistencia distinta. A causa de esto el géneo de Sócrates convirtiósese en un demonio, la sabiduría de Numa en una Egeria, etc.

Bajo otro punto de vista, san Agustín decia: Encontramos verdaderamente en nosotros una imagen de Dios, esto es, de esta soberana Trinidad, y aunque aquella no sea igual á Él, ó diciéndolo mejor, aunque esté muy lejana, es con todo entre sus obras la que más se acerca á su naturaleza. En efecto; nosotros somos, conocemos que somos, amamos nuestro sér y el conocimiento que de él tenemos, Sér, Conocimiento, Amor! Nosotros hemos dicho ya el porqué en el alma humana estas tres cosas sólo son una naturaleza y una persona.

Porque Dios se conocia necesaria y eternamente, engendra de toda eternidad á su Hijo, ó Verbo. Porque el Padre ama eternamente á su Hijo, y el Hijo ama eternamente á su Padre, el Espíritu Santo, amor íntimo del Padre y del Hijo, procede eternamente del Padre y del Hijo. Y porque es siempre Dios, Dios sér, Dios inteligencia, Dios amor, forzoso es afirmar una sola y misma naturaleza en tres personas consubstanciales y coeternas, un solo Dios, á quien es debido un solo culto, una sola adoracion, un solo amor.

«Sin la Santísima Trinidad, decia también Bossuet, Dios,

del cual se origina toda paternidad, á quo omnis paternitas nominatur, Dios que es más Padre que todos los padres, no tendría Hijo. Pues bien, ¿por qué la naturaleza divina habia de carecer de esta perfecta fecundidad que dá á sus criaturas? El nombre de padre es, pues, tan deshonroso é indigno del primer Sér, que no le pueda convenir segun su propiedad natural? «Pues yo que á los otros hago parir, no pariré yo mismo?» (Isaias, LXVI. 9.) Y si es tan bello hacerse hijos por adopcion, ¿no es más bello y grande aun engendrarlos por sí mismo?..... ¿Producir por abundancia, por plenitud, por efecto de una inagotable comunicacion, en una palabra, por la fecundidad y riqueza de una naturaleza feliz y perfecta?... Dios es Dios, luz de luz, Hijo perfecto de un Padre perfecto, que es Padre desde que es, que concibe en sí mismo á su Hijo coeterno.» Nada, pues, más razonable que el misterio de la santísima Trinidad que dá á Dios su Hijo único, á quien ama infinitamente y del cual es infinitamente amado, al mismo tiempo que de este amor mútuo procede eternamente el Espíritu Santo.

Si, para el alma iluminada por la Fé, el misterio de la santísima Trinidad es eminentemente razonable, es en Dios una maravillosa y gloriosa necesidad de su naturaleza infinita, es para la humanidad regenerada un misterio de amor infinito. Porque Él nos amó con un amor eterno, Dios Padre nos ha sacado de la nada. Y en su misericordia ha amado tanto al mundo, que le ha dado á su Hijo. El Hijo nos ha amado, se ha hecho carne, se ha entregado por nosotros. El Padre y el Hijo nos han amado tanto, que nos han enviado el Espíritu Santo, Espíritu de consolacion, Espíritu de amor, que ha hecho su templo de nuestras almas y de nuestros cuerpos santificados por su gracia, sus virtudes y dones, que suplaca incessantemente en nosotros con gemidos indescribibles.

Hemos encontrado la santa Trinidad en la Revelacion, en la razon iluminada por la Fé, en el alma humana hecha á imagen de Dios; la encontramos también en la tra-

dición cuyas tinieblas ilumina, y en la síntesis de las ciencias en que la unidad en la trinidad tiene un lugar verdaderamente extraordinario.

La tradición.

Aristóteles: ¿Qué piensa Dios? Se piensa á sí mismo. Su pensamiento es el pensamiento de su pensamiento, y este número *Tres* es la ley de la naturaleza; nosotros lo aplicamos á nuestras devociones para con los Dioses.

Platon: El primer bien es Dios; la inteligencia es el hijo de este primer bien que lo ha engendrado semejante á él, y el alma (el espíritu) del mundo es el término entre el Padre y el Hijo. — Sobre una célebre inscripción griega se leía: El gran Dios, el Engendrado de Dios, el todo brillante:

Πατρὸς θεοῦ, θεοῦ γεννητοῦ, παντὸς ἀστέρου

— En Egipto, el oráculo famoso de Serapis decía: Antes que todo, Dios, después el Verbo, después el Espíritu, tres Dioses engendrados juntos y reuniéndose en uno solo.

— El Orupnekal de los indios dice que Dios es *Trabal*, esto es *Tres* no haciendo más que *Uno*.

Los Tibetanos invocan á Dios bajo tres nombres: *Om*, el brazo ó el poder; *Hu*, la palabra ó el Verbo; *Hum* el corazón ó el amor.

Se encuentra en el Lao-tsen de los Chinos este extraño texto: Sábese comunmente que tres son tres; pero no se sabe que tres son uno. La primera persona considerándose á sí misma engendra la segunda; la primera y la segunda amándose mutuamente respiran la tercera.

Añadamos, en fin, que vemos aparecer por todas partes, en la naturaleza y en la ciencia, en el mundo abstracto y en el concreto, este dogma ó símbolo inefable de la Unidad en la Trinidad, de la Trinitad en la Unidad. Encuéntrase esta tesis admirablemente desarrollada en la excelente obra, *la Ciencia sagrada*, del abate Berseaux, tomo II,

páginas 302 y siguientes. Tracemos solamente algunos rasgos de este magnífico cuadro.

En la sociedad espiritual: Jesucristo, la Iglesia y los fieles.

En el alma humana: *el sér, la inteligencia, el amor*. Nosotros somos, conocemos y amamos.

El fondo de nuestra alma activa comprende: una primera idea, *la idea del sér*; una primera voluntad, *la voluntad de poseer el sér, el deseo de la beatitud*; un primer sentimiento, *el sentimiento de nuestro cuerpo*.

Las operaciones de la inteligencia son en número de tres: *la idea, el juicio, el raciocinio*.

La idea comprende: un *sujeito* que percibe, un *objeto* que percibir, *la percepción* ó el objeto percibido.

El juicio supone el *sujeito, el verbo* y el *atributo*.

El raciocinio comprende tres proposiciones: la primera mayor engendra la segunda menor, y la tercera *conclusion* nace de la mayor y de la menor.

El sér en sí mismo es *puramente espiritual, puramente material, ó mixto*.

Los tres mundos, *espiritual, material y mixto*, no hacen más que un solo universo.

Todo sér tiene su *substancia, su forma ó especie, su orden*.

Todo sér creado ó increado se muestra á nosotros bajo tres cualidades: *buena*, cuyo tipo es el Padre; *verdadero*, cuyo tipo es el Hijo ó el Verbo; *bello*, cuyo tipo es el Espíritu Santo.

El mundo material comprende tres especies de seres: los *minerales* que son, los *vegetales* que son y viven, los *animales* que son, viven y sienten.

Los espíritus celestes se dividen en tres clases ó grandes jerarquías: cada jerarquía se divide en tres órdenes.

El sér considerado relativamente es ó *causa ó medio ó efecto*.

Considerado como sucesivo el sér es *pasado, presente ó venidero*.

En la gramática hay tres pronombres: *yo, tú, él; mí*

tu, su; mi, tu, el, mio, tuyo, suyo; nosotros, vosotros, ellos.

Hay tres términos: *sustantivo, adjetivo, verbo.*

El sustantivo es *masculino, femenino ó neutro.*

El adjetivo es *positivo, comparativo y superlativo.*

El verbo es *activo, pasivo ó neutro.*

En las Ciencias matemáticas. La Aritmética comprende tres operaciones fundamentales: la *numeracion, la adición y la sustracción.*

Todo cuerpo tiene tres dimensiones: *longitud, anchura y profundidad.* Las magnitudes geométricas son en número de tres: la *línea, la superficie, el sólido.*

La línea tiene su *principio ó punto de partida, su medio, su fin ó punto de llegada.*

La línea es *recta, quebrada ó curva.*

La recta es *horizontal, vertical, normal ó inclinada.*

Dos líneas forman tres ángulos, *agudo, recto y obtuso.*

Un triángulo tiene tres *ángulos, tres lados, tres vértices.*

Todo polígono es divisible en triángulos, como todo número es descomponible en números triangulares.

Todo círculo tiene su *centro ó foco, su radio y su circunferencia.*

La mecánica comprende tres grandes divisiones: la *estática ó ciencia del equilibrio, la cinemática ó ciencia del movimiento, la dinámica ó ciencia de las fuerzas, causas del movimiento.*

Las leyes del mundo planetario son en número de tres: la *ley del movimiento elíptico al rededor de un centro de atracción, la ley de los áreas, la ley de los tiempos de revolución.*

La química está regida por tres leyes correspondientes á la acción de Dios, que lo ha hecho todo con *número, peso y medida: la ley de las proporciones múltiples, la ley de los equivalentes, la ley de los volúmenes.*

Todos los cuerpos objetos de la física ó de la química son *sólidos, líquidos ó gaseosos.*

En cristalografía todas las formas cristelinas se reducen á tres tipos: el *tetraédro, el cubo y el rombo.*

En acústica un sonido cualquiera está caracterizado por tres elementos: el *sonido, la intensidad y el tono.*

Hay tres notas fundamentales: la *dominante, la tercera y la quinta* forman la armonía perfecta.

Los instrumentos de música son de *viento, de cuerda, de percusión.*

En fisiología y psicología hay tres grandes objetos de estudio: *el cuerpo, el alma, la unión del alma y del cuerpo.*

La vida depende de tres órganos, que Bichat llama etapas de la vida: el *estómago, órgano de la potencia; el cerebro, órgano de la inteligencia; el corazón, órgano de la afección ó amor.*

Tres órganos principales están presentes en todas las partes del cuerpo: el *estómago* por los vasos quilifitos, el *cerebro* por los nervios, el *corazón* por las arterias y las venas.

La familia está constituida por el *padre, la madre y el hijo.* El hombre, el *padre*, creado independiente, en pié, en su fuerza, representa al Padre eterno. La *mujer* creada del hombre, su *imagen*, su *gloria*, su *belleza*, carne de su carne, sangre de su sangre, huesos de sus huesos, figura el Verbo divino, engendrado del Padre; el *hijo*, procedente del padre y de la madre, de su amor mútuo, es la *imagen del Espíritu Santo.*

La sociedad civil está constituida por tres cosas: el *padre, el ministro y el súbdito.*

Podríamos multiplicar hasta lo infinito estas comparaciones y probar de este modo que la Trinidad en la Unidad es la ley esencial de la naturaleza. Un autor, animado de las mejores intenciones, M. P. Bouvrat, en un pequeño volúmen intitulado *Speculum Trinitatis* ó compendio de la universidad de las cosas en las cuales la Santa Trinidad ha impreso su sello divino (Haton, Paris, 1871), ha multiplicado hasta lo infinito las manifestaciones singulares de la Santa Trinidad, en el mundo físico, moral y metafísico.

Es, pues, verdad, absolutamente verdad que, aun sobre

el más profundo, el más inaccesible de los misterios, los testimonios del Señor se han hecho perfectamente creíbles... La Trinidad de las personas en la unidad de la naturaleza divina es su Dios un hecho, no solamente esencial y necesario, sino fecundo y vivificante; y en sus relaciones con la humanidad, una fuente infinita de grandeza, de santidad, de divinidad.

Adoremus pues, y repitámos incesantemente, con la santa Iglesia católica, la antigua y cara doxología: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, es ahora y será en los siglos de los siglos!* Repitámosla sobre todo en nuestro último suspiro, cuando, llamando sobre nosotros la misericordia de Dios, su ministro dirá: «Ha pecado mucho, pero no ha negado ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo. ¡Ha creído y será salvado!»

Capítulo duodécimo cuarto.—Dios creador.—El inspirado libro del Génesis comienza por esta afirmación solemne é inesperada que el espíritu humano no hubiera ciertamente inventado: «En el principio Dios creó el cielo y la tierra.» Este gran dogma de la creación reaparece en seguida, casi á cada página, en las divinas Escrituras; constituye una tradición humanitaria, que la madre de los Macabeos resume admirablemente en esta sublime exhortación dirigida al más joven de sus hijos: «¡Ruégote, hijo mío, que mires al cielo y á la tierra y á todas las cosas que allí hay, y entiendo que Dios de la nada lo hizo todo, y al género humano!»

El hecho de la creación era tan conocido, tan universalmente adoptado y creído, que Jesucristo pudo guardar silencio sobre él suponiéndolo por todas partes. Pero reaparece en la enseñanza de los Apóstoles; estos predicaron á Aquel que creó todas las cosas, y su Símbolo comienza por este acto, de fe: «Creo, en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.» El cuarto concilio de Letran, queriendo formular de nuevo este dogma capital, exige que todo católico confiese que hay un solo Dios,

principio de todas las cosas, creador de los seres visibles é invisibles, que por su virtud todopoderosa, *hizo de nada*, al principio de los tiempos, una y otra sustancia, la sustancia espiritual y la sustancia material, el mundo angélico y el mundo material; despues la sustancia humana, comun en alguna manera á los dos mundos, constituida por un espíritu y un cuerpo.

En fin, el concilio conmemórico Vaticano ha renovado en estos términos la enseñanza del concilio de Letran: «Por su bondad y la virtud todopoderosa, no para aumentar su dicha ó adquirirla nueva, sino para manifestar su perfeccion, por los bienes que procura á las criaturas, este solo verdadero Dios, por el consejo más libre, formó á la vez y de nada, al principio de los tiempos, dos especies de criaturas, espiritual y corporal, á saber, los ángeles y el mundo, y en seguida los hombres, cuya naturaleza, espiritual ó corporal á la vez, participa de toda la creación.»

Los cánones del concilio del Vaticano y los anatemas que pronuncia, definen todavia mejor el misterio del Dios creador:

«1.º Si alguien negare un verdadero Dios creador de las cosas, visibles ó invisibles, sea anatema.

«2.º Si alguien se atreviere á afirmar que fuera de la materia no existe nada, sea anatema.

«3.º Si alguien dijere que la sustancia ó esencia de Dios es una sola ó idéntica, sea anatema.

«4.º Si alguien dijere que las cosas, tanto corporales como espirituales, son emanaciones de la sustancia divina, sea anatema.

«O que la divina esencia por sus emanaciones ó evoluciones hizo todas las cosas;

«5.º en fin, que Dios es el ser universal é indefinido, que, por su determinacion, constituye la universalidad de las criaturas distintas en géneros, especies é individuos, sea anatema.

«6.º Si alguien no confesare que el mundo, y todas las cosas que estan en el mundo, tanto materiales como espi-

rituales, han sido, en cuanto á su sustancia, producidas por Dios, sea anatema.

«6.º Si alguien dijere: Dios creó, no por una voluntad exenta de toda necesidad, sino creó tan necesariamente como necesariamente ama El mismo, sea anatema.

«7.º Si alguien negare que el mundo fuese creado para gloria de Dios, sea anatema.»

Las múltiples pruebas que hemos dado de la existencia de Dios son al mismo tiempo pruebas de la existencia del Dios creador, ó de la realidad de la creación. Y podemos decir, sin vacilar, que todas las ciencias, la mecánica, la astronomía, la física, la química, la geología, la biología, etc., etc., demuestran invenciblemente la verdad del dogma cristiano de la creación.

Dios es, el mundo es, y es porque Dios lo ha creado. Estas son tres grandes verdades, perfectamente ciertas, afirmadas por la revelación, la razón y la ciencia á la vez. Lo desconocido es el cómo de la creación. ¿Cómo la inmutabilidad infinita y esencial de Dios se adaptó al acto de creaciones sucesivas? ¿Cómo el sér de las criaturas pudo ser realizado por Dios, y hecho subsistente en sí mismo? En una palabra, ¿cómo los séres creados están en Dios y fuera de Dios? Esta es la grande cuestión que se tiene que iluminar con alguna claridad.

El sér de las criaturas no puede ser una cosa añadido al sér divino, de suerte que el sér de las criaturas añadido al sér divino fuese una cosa superior á Dios; porque si esto fuese así, Dios no sería ni el que es, ni infinito. Despues de la creación no hay más sér, en singular, *plus entis*, sino séres, en plural, *plura entis*—*plura habentia eis*. El sér de las criaturas sólo puede ser, pues, una especie de participación del sér, de co-posecion del sér, una cosa que la criatura posee con el sér de los séres, con Dios, pero de una manera diferente.

«Su participación actual del sér de Dios, dice san Agustín, *De diversis Questionibus* LXXIII, quæst. XLVI, n.º 2.) es la que hace que las cosas sean lo que son y como son.»

San Agustín dice tambien *(De Génesi ad litteram*, 515): «Todas las cosas que han sido hechas estaban antes de su creación en el pensamiento del Creador; y ciertamente son mejores allí donde son más verdaderas. Porque Dios no las hubiera hecho si no las hubiera conocido, y no las hubiera conocido si no las hubiera visto, y no las hubiera visto si no las hubiera tenido.»

«Cada naturaleza, dice santo Tomás, tiene su esencia propia, por la cual participa en alguna manera de la semejanza divina.» (*Summa*, pars prima, quæst. 16 ad pum.).

El P. Monsabré, comentando á Santo Tomás, dice: «Las ideas son la misma esencia divina, en tanto que es participable y puede ser imitada por las criaturas.» La criatura participa el sér en límites finitos; en Dios el sér es sin límites. Se puede y debe aplicar al sér lo que san Agustín dice del bien: *Ser esto, ser aquel, quitad este y aquel, y contemplad, si podeis, el mismo sér* (*El que es?*), *ser no de otro sér, sino ser de todo sér*. Lo cual el cardenal Gerdil interpretaba de este modo: «Bastale á uno entrar dentro de sí mismo, y consultar la idea de Dios, para convencerse plenamente de que el sér sin restriccion, El que es, debe comprender toda realidad á la cual pueda estenderse el nombre de Dios; porque, si hubiera alguna realidad fuera de Dios que no fuese en Dios, es evidente que no sería la plenitud del sér; sería una especie de sér y no el mismo sér. Pues bien, la realidad de los séres finitos no puede estar formalmente en Dios, tal como está en los séres finitos, esto es, acompañada de defectos y negaciones, porque en Dios no hay ciertamente ningún defecto, ninguna negacion de realidad, pues que es una contradiccion que en el mismo sér haya negacion de sér; es preciso, pues, que la realidad de los séres finitos se encuentre en Dios sin defectos y sin imperfecciones.» (Cardenal Gerdil, *Defensa de Malebranche*.) Citemos, en fin, á Suárez: «Las criaturas pueden ser consideradas bajo dos puntos de vista: de una manera, segun el orden que tienen en Dios, sér que es formalmente en Dios, el mismo Dios; en razou de este sér,

la criatura es llamada sér eminentemente en Dios, y de esta manera la criatura no es ya criatura, sino la misma esencia creadora, según esta palabra de san Juan: «Lo que fué hecho era vida en Él (en el Verbo divino).» En segundo lugar, los criaturas pueden ser consideradas en sus propias esencias, teniendo en cuenta, no solamente la perfección que tienen en Dios, sino la que ellas mismas tienen mezclada de imperfecciones, esto es, con límites, y distinguiendo la una de la otra. En resumen, el Sér es participable en tal grado, este es el orden de los posibles; el Sér es participado en tal grado, este es el orden de las existencias. ¿Pero cómo puede realizarse esta participación? ¿Cómo formarse una idea de la creación?

Concebámos una inteligencia finita, un génio humano, un poeta, un orador, un pintor, un escultor, un ingeniero mecánico. Ha concebido la idea de un poema, *la Iliada*; de un discurso, *pro Milone*; de un cuadro, *la Transfiguración*; de una estatua, *el Moisés*; de un mecanismo, *la Máquina de cálculo*, etc., etc. Su concepción se levanta en su espíritu, la ve, la contempla viviente, animada. Quisiera realizarla fuera de él, hacer su creación subsistente en sí misma, haría admirar de todos. Pero esto es imposible. Su creación es un modo de existencia de su alma. Para hacerla existir fuera de él, tendría que separarse de sí mismo ó reducirse á la nada. ¿Y cómo la hará subsistir fuera de él? No es, no es nada allí donde quisiera colocarla. Si le das una pluma, tinta y papel; un lienzo, un pincel y colores; mármol con un cincel y un martillo, melé y fuego, realizará hasta cierto punto su idea. Pero será una realización muerta, abstracta, que exigirá, para ser comprendida, otros espíritus además del suyo. De ningún modo será una creación. La creación verdadera, el sér engendrado de nada, permanece en su génio, en su alma, en él.

Pero lo que no puede una inteligencia finita, ¿por qué no lo podrá una inteligencia infinita? En Dios las razones propias de las cosas, los tipos divinos de toda perfección

creada están eterna é invariablemente. Vé, este es el lenguaje de Bossuet, todas las diferentes participaciones que puede hacer. Y las ideas divinas no son modos de su sér infinito, son Él mismo. Es por todas partes, y fué siempre allí donde quiso realizarlas. Si no pudiese hacer existir fuera de Él, y en sus propios límites, el sér que en Él es su esencia infinita, sería menos que el poeta, el orador, el pintor, el escultor, que dá cierta existencia fuera de sí á su obra, cuando le ha encontrado un apoyo. *El apoyo de la criatura es el Creador*. La multiplicidad encuentra su razón de ser en la simplicidad de Dios, como el tiempo en su eternidad, como el lugar en su inmensidad.

Otra vez más, el sér de la criatura está en el sér creado con límites y á la vez en Dios sin límites. No añade nada al sér infinito de Dios. *No más seres, sino sér.*

Una segunda comparación hará resaltar mejor todavía la posibilidad, y arrojará alguna luz sobre el cómo de la creación, sin que este cómo cese de ser un misterio impenetrable.

Un rey gobernaba su reino y ejercía en él toda autoridad. Era á la vez general, juez, etc., etc.: ó más bien, no tenía todavía ni general, ni juez, etc. No es que la autoridad que constituye y distingue al general, al juez, etc., no fuese; estaba en la autoridad del rey que contenía toda la realidad, pero estaba en ella sin la forma, sin los límites que definen ó caracterizan al general, al juez, etc.

Un día, quiso el soberano dividir su imperio en departamentos, distritos, cantones, concejos, etc., y hacer participar de su autoridad á cierto número de sus súbditos, creando generales á los unos, jueces, gobernadores, alcaldes, etc., á los otros. Sería falso decir, que después de sus creaciones hubo más autoridad en el reino, porque nada fué añadido por eso á la autoridad del rey; hubo solamente más autoridades: más hombres teniendo la autoridad, en participación ó co-poseción de la autoridad, pero no participando de la misma manera de ella. El general es la autoridad del rey limitada al mando de tal cuerpo de ejér-

cito: el juez es la autoridad del rey limitada al ejercicio de la justicia; el gobernador es la autoridad del rey limitada a la administración de tal departamento, etc. Quitad los límites que separan unas de otras á estas autoridades; que el concejo se convirtiera en departamento y el departamento en reino, que la administración, en vez de limitarse al orden civil, se extendiera al orden militar, judicial, etc., encontrareis la autoridad del rey. Y notemos tambien que la autoridad del general, del prefecto, del juez, etc., no es una parte silicota, la mitad, el cuarto de la autoridad del rey; cada una de ellas es solamente la autoridad del rey limitada de tal manera, participada hasta tal grado. Si se sustituye á la autoridad del rey el sér divino ó simplemente el *Sér*, y á las autoridades parciales del general, del gobernador, del juez, etc., los diversos séres que componen la creación, encontramos todo lo que hemos dicho de las relaciones de los séres contingentes con el sér necesario. Esta comparación, defectuosa como todas las comparaciones, difiere sobre todo de la verdad en que en la participación de la autoridad tratase de la co-posesion de un sér abstracto ó moral, la autoridad, mientras que en la creación tratase de la participación del sér real, físico y concreto. Pero es un primer principio el tener que afirmar del sér necesario, infinito, todas las perfecciones verdaderamente perfeccionantes de los séres contingentes, finitos. Y, porque es para la autoridad una perfeccion perfectamente hacerse participar, poder delegarse, tanto cuanto más extendida ó soberana sea, el sér de los séres, el sér por esencia, en el libre ejercicio de su omnipotencia, debe poder comunicarse indefinidamente, pero no infinitamente; es decir, Dios puede llamar libremente una multitud de criaturas á poseer con El, por El, en El, pero de una manera finita, el sér ilimitado é infinito que es su esencia. Debe haber en ello, en una palabra, co-posesion real del *Sér*, como hay participacion moral en el sér simple y abstracto que significa la palabra *autoridad*.

Lejos de implicar los monstruosos errores del espio-

sismo y del panteísmo la doctrina que acabamos de exponer, es su negacion y refutacion más formal. En efecto: 1.º del mismo modo que es absurdo decir que la autoridad del rey sólo es el resultado, el conjunto de las autoridades de los generales, de los gobernadores, de los jueces, etc., de su reino, sería absurdo é impio decir que el sér divino sólo es el resultado, el conjunto de todos los séres de la naturaleza. Al contrario, del mismo modo que la autoridad del rey es una realidad distinta de la de las autoridades que gobiernan en ella, por ella, con ella, realidad que ha debido preceder, que ha precedido efectivamente á estas autoridades subordinadas, y les ha dado la existencia; del mismo modo el *Sér* divino, esencial y absolutamente distinto del conjunto de las criaturas, es el sér necesario, eterno, infinito, que ha precedido de toda eternidad á las criaturas existentes; y estas criaturas sólo existen, porque Dios las ha llamado á la co-posesion del *Sér*.

2.º Así como sería absurdo decir que todo en el reino es rey, porque los generales, los gobernadores, los jueces, etc., participan de una manera finita de la autoridad ilimitada del rey, por eso las criaturas no son Dios, precisamente porque sólo participan de una manera finita del *Sér* infinito, que es Dios.

3.º Así como es inexacto y absurdo decir que la autoridad del general, del gobernador, del juez, son una emanacion natural y espontánea, una evolucion necesaria, un desarrollo regular, una determinacion de la autoridad indeterminada del rey; así como es forzoso decir, al contrario, que todas estas autoridades sólo existen por el libre ejercicio de la voluntad del soberano; por una participación, por una delegación libre de su autoridad propia é indefinida; del mismo modo sería impio afirmar, como lo prohibe, bajo pena de anatema, el Concilio Vaticano, que el sér de las criaturas es una emanacion, una evolucion, un desarrollo necesario, una determinacion del *Sér* divino. La limitacion de la autoridad se encuentra, no en la autoridad del rey, sino en cada autoridad individual. Y

del mismo modo es en la criatura y no en el Creador en donde el sér está limitado, determinado, etc. Y nosotros creemos muy bien que al decir san Pablo: «Nosotros tenemos en Dios la vida, el movimiento y el sér,» quiere enseñarnos que Dios está íntimamente presente en cada sér para causar en él el sér, la acción y la vida; pero no dice que los séres sean como una porción de Dios, que Dios hace participar su sustancia y vida por emanación, por efusión, por limitación, por determinación de su sér. Dios está presente en todas las cosas, porque es la causa necesaria de todo lo que es.

Es útil probar que esta doctrina arroja gran luz sobre todas las cuestiones de la filosofía y de la teología natural. 1.º Todas las criaturas son de Dios y en Dios; Dios ejerce sobre ellas un dominio de tal modo esencial y soberano, que cesaría de ser rey, si cesasen de ser súbditos; así como un rey cesaría de ser rey, si un general, un gobernador, un juez, cesase de administrar en su nombre y se declarase independiente. 2.º Dios debe necesariamente exigir de todos los séres racionales, que le conozcan, amen y sirvan, porque el Sér divino que se comunica á la criatura se ama esencialmente y busca esencialmente su gloria. 3.º El pecador que prefiere una participación del sér al Sér infinito, que vuelve contra Dios el sér que ha recibido de Dios, que lo fuerza virtualmente y tanto como puede á negarse, es infinitamente más culpable que el general, el prefecto, el juez, que vuelven contra el rey la autoridad de que éste les ha revestido. 4.º La criatura que se complaciere en sí misma, en tanto que es criatura, que no pudiese toda su gloria y grandeza en su participación finita del Sér, asemejaríase á un alcalde bastante insensato para gloriarse, no de que participa en cierto grado de la autoridad del rey, sino de que su autoridad es limitada á la administración de un concejo, ó que se glorificase de una negación. 5.º Dios no es el autor del mal; Dios no es responsable del pecado de la criatura, como un rey no es responsable de los abusos de autoridad

de los que le representan, abusos que resultan necesariamente de dividir su autoridad con séres libres é imperfectos, abusos que no le ponen forzosamente en la necesidad de conservar para sí solo la autoridad, sin participarla á alguien, abusos que se tienen que sufrir y que hasta reprimir, castigándoles con penas proporcionadas á su gravedad.

Estas comparaciones nos hacen, en fin, comprender mejor que Dios es un rey benévolo y sabio, que sólo multiplica sus representantes, comunicándoles su autoridad, para ofrecerse bajo diversas formas á los homenajes y al amor de sus súbditos, para velar en los más pequeños detalles por sus necesidades, para ocuparse enteramente en su interés. *Totus in nostros usus expensus.*

Añadamos, para completar esta comparación, por insuficiente que sea, entre la autoridad del rey y el sér de Dios, esta última consecuencia. Del mismo modo que despues de la constitución del general, del gobernador, del juez, etc., el rey ha permanecido lo que es, salvo el acto de su voluntad sobrevenido en el tiempo y que ha sido un modo contingente de su alma; del mismo modo que todos los cambios que han producido estas delegaciones están fuera del rey, etc.; del mismo modo nada cambió en Dios, y Dios guardó su inmortalidad infinita en la creación, efecto de una voluntad eterna como él. La sucesión y el cambio están enteramente fuera de Dios, que permanece uno, simple, indivisible é inmutable. Dios quiso desde toda la eternidad las leyes que en el tiempo presidieron á las sucesiones y evoluciones de sus criaturas, aunque permaneciendo siempre el mismo.

Más atrevido que la mayor parte de los apologistas de la religión cristiana, he tratado de dar una idea del terrible *delio* de la creación, con el objeto sobre todo de cerrar la puerta al panteísmo. Si ha acontecido que algunas de mis expresiones no chocan todavía bastante con este monstruoso error, los retracto anticipadamente y con todo mi corazón.

Un sabio muy ilustre, sir Carlos Babbage, ha aclarado con muchísima luz la conciliación de la inmutabilidad divina con la movilidad incessante de la creación, haciendo intervenir la máquina de cálculos analíticos, admirable creación de su genio, que sólo pudo construir ¡ay! en muy pequeña escala. El modelo que tanta admiración excitó sólo mostraba quince cifras, y él hubiera querido treinta. Movida por un peso, la máquina hacía aparecer automáticamente en sus lamparillas series de números, sucediéndose según cierta ley: la serie de números naturales, la serie de sus cuadrados, de sus cubos, etc., la serie de los números triangulares, de los piramidales, etc., etc. Después de haber visto una misma serie de números sucederse millares y millares de veces, y cuando se esperaba verla continuar indefinidamente, como la sucesión de los fenómenos de la naturaleza, el ojo sorprendiéndose de ver por un salto brusco en el movimiento, pero no en la máquina, la aparición del primer número de una serie completamente diferente de la primera. Nada ha cambiado en la máquina; permanece como la había hecho en su nacimiento el genio de su creador; el cambio está completamente fuera de la máquina, en los números de las lamparillas, que son el producto natural y como espontáneo de su acción, acción salida eternamente (si pudiese ser eterna) del pensamiento de su autor. Tendriase que leer por completo en la misma obra de sir C. Babbage: *Noventa Tratado Bridgewater*, el segundo capítulo: *Argumento en favor del designio, deducido del cambio de ley en los fenómenos naturales*; este corto extracto bastará para mostrar el alcance de sus consideraciones completamente nuevas.

«A la vista de resultados obtenidos tan sencillamente, es imposible no palpar la aplicación que se puede hacer al más grandioso y más complejo de los fenómenos de la creación. Llamar a la existencia todas las variedades de las formas vegetales, á medida que son aptas para existir, por la adaptación sucesiva de la tierra que las alimenta,

es indudablemente el ejercicio del poder creador. Cuando una rica vegetación ha cubierto el globo, crear animales apropiados á esta morada, los cuales, alimentándose de sus espléndidas plantas, embelesan la faz de la tierra, no es un ejercicio menos elevado y menos benévolo de la potencia creadora. Cambiar de época en época, después de periodos más ó menos largos, las razas existentes, á medida que la alteración de las circunstancias físicas hace su morada menos conforme á sus costumbres, permitiendo la extinción natural de algunas razas para hacer nacer, por una nueva creación, otras razas mejor apropiadas al lugar previamente abandonado, es siempre el ejercicio benévolo del poder creador. Causar una alteración de estas circunstancias físicas para aumentar lo comfortable de los animales nuevamente creados, etc., etc., todos estos actos implican un poder del mismo orden, una superintendencia benévola, cuidadosa en sacar provecho de las modificaciones de los climas, con el objeto de procrear una felicidad mayor.—Pero haber visto, en el momento de la creación de la naturaleza, que vendrá un periodo en el cual, entrando en condiciones mejores y previstas, será susceptible de convertirse en el apoyo de formas vegetales; que éstas, después de un tiempo suficiente, podrán servir de alimento á las existencias animales; que estas formas gigantescoas ó microscópicas deberán, en periodos marcados anticipadamente, llegar sucesivamente á la existencia, para extinguirse en seguida definitivamente; que esta extinción y muerte, destino de cada existencia individual, se ejercerán con igual poder sobre las razas que las constituyen, que la extinción de cada raza es tan cierta como la muerte de cada individuo, y la presentación de nuevas razas tan natural como la desaparición de sus predecesoras; haber previsto todos estos cambios, y haber previsto por las leyes que los abrazan todo lo que debe acontecer, sea á las mismas razas, sea á los individuos que las componen, sea al globo que habitan, es la manifestación de una ciencia y de un poder infinito. Y

en estas condiciones perfectamente dignas de Dios, se puede aceptar esta conclusion cierta: *Que los más mínimos y más lentos cambios, como también las transiciones más considerables y bruscas en la apariencia, han sido la consecuencia necesaria de algunas leyes muy extensas y generales, impresas en la aurora de la existencia del mundo por su Creador.* Veda, cimentada por el géneo humano é ilustrada por la máquina de cálculos analíticos, la obra maestra de la mecánica, la conciliación perfecta de la libertad y de la movilidad de la creacion con la eternidad y la inmutabilidad divinas. La evolucion de la materia sin Dios es un absurdo desesperador. La evolucion de la materia con Dios, por Dios, en Dios, es una síntesis magnífica del universo, que satisfará en todo cuando se la complete por la creacion inmediata de los espíritus y de las almas.

Capítulo vigésimo quinto. — La Providencia. — Dios ordena, combina y rige todos los acontecimientos del universo que ha creado. Da á cada sór su lugar, su rango, su medida, su grado, su proporción; los gobierna á todos por una acción tan dulce como poderosa; obra en los hombres por los hombres, á menudo para los hombres, y á pesar de los hombres, todo lo que quiere, cuando quiere y como quiere, sin ser detenido jamás en la ejecución de sus designios por la resistencia de sus criaturas, atándolo todo fuertemente de un extremo á otro, y conduciéndolo todo suavemente á sus fines. Ningun dogma es más claramente enseñado por la razón y por el consentimiento unánime de todos los pueblos. Todos han reconocido que la Divinidad gobierna el mundo. Por doquiera y en todos los tiempos los hombres le han dirigido sus oraciones como al soberano morador de todas las cosas; su acción sobre sus criaturas sólo es negada por aquellos que han dicho, no en su inteligencia sino en su corazón y voluntad extrañada por los sentidos: *¡No hay Dios!*

Ningun dogma es también más claramente revelado en

la santa Escritura: «Señor, vos habeis asentado la tierra, y ella permanece firme bajo nuestros piés. Desde vuestro mandato subsiste la luz, porque todas las criaturas están á vuestras órdenes.» «Dios envía la luz, y ella parte; la llama y viene estremeciéndose (*sic, ondeando*). Las estrellas han brillado con todo su resplandor, cada una en el lugar que les fué señalado, y se han compiacido en hacerlo en honor de Aquel que las ha hecho.» «Dios se cuida igualmente de todos los hombres, dá á cada uno la vida, la respiracion y todas las cosas.» «Él es el que ha hecho nacer de un solo hombre al género humano para habitar toda la tierra, habiendo determinado el tiempo preciso y los límites de su habitacion sobre el globo...» «Vos habeis ordenado todas las cosas, dice la Sabiduria, con medida, número y peso, porque el soberano poder está en vos y para siempre. ¿Quién podrá resistir á la fuerza de vuestro brazo? El universo está ante vos como el granito que apenas puede inclinarse la balanza, y como una gota del rocío de la mañana que cae sobre la tierra. Pero es compadecéis de los hombres porque lo podéis todo, y disimulais sus pecados á fin de que hagan penitencia. Amais lo que es, no odiáis nada de lo que habeis hecho, porque si lo odiaseis, no lo hubierais creado. ¿Qué hay en efecto que pueda subsistir, si vos no lo hubierais querido? Pero vos sois indulgente con todos, porque todo está en vos. ¡Oh Señor, que amais las almas! ¿Quién es el que os dirá: ¿por qué habeis hecho esto? ¿quién protestará contra vuestro juicio? ¿quién se levantará ante vos para tomar la defensa de los hombres injustos? Porque despues de vos, que cuidáis de todos los hombres, no hay otro Dios, ante el cual se pueda apelar de los juicios que pronunciais. No hay rey ni príncipe que se pueda levantar contra vos en favor de los que habeis hecho perecer.»

Jesucristo Dios, la verdad, la sabiduria, la ciencia, la bondad infinita, nos describe la divina providencia en rasgos tan sencillos y conmovedores, que se tendria que ser insensato y cruel para no dejarse enternecer: «No os

en estas condiciones perfectamente dignas de Dios, se puede aceptar esta conclusion cierta: *Que los más mínimos y más lentos cambios, como también las transiciones más considerables y bruscas en la apariencia, han sido la consecuencia necesaria de algunas leyes muy extensas y generales, impresas en la aurora de la existencia del mundo por su Creador.* Veda, cimentada por el géneo humano é ilustrada por la máquina de cálculos analíticos, la obra maestra de la mecánica, la conciliación perfecta de la libertad y de la movilidad de la creacion con la eternidad y la inmutabilidad divinas. La evolución de la materia sin Dios es un absurdo desesperador. La evolución de la materia con Dios, por Dios, en Dios, es una síntesis magnífica del universo, que satisfará en todo cuando se la complete por la creacion inmediata de los espíritus y de las almas.

Capítulo vigésimo quinto. — La Providencia. — Dios ordena, combina y rige todos los acontecimientos del universo que ha creado. Da á cada sór su lugar, su rango, su medida, su grado, su proporción; los gobierna á todos por una acción tan dulce como poderosa; obra en los hombres por los hombres, á menudo para los hombres, y á pesar de los hombres, todo lo que quiere, cuando quiere y como quiere, sin ser detenido jamás en la ejecución de sus designios por la resistencia de sus criaturas, atándolo todo fuertemente de un extremo á otro, y conduciéndolo todo suavemente á sus fines. Ningun dogma es más claramente enseñado por la razón y por el consentimiento unánime de todos los pueblos. Todos han reconocido que la Divinidad gobierna el mundo. Por doquiera y en todos los tiempos los hombres le han dirigido sus oraciones como al soberano morador de todas las cosas; su acción sobre sus criaturas sólo es negada por aquellos que han dicho, no en su inteligencia sino en su corazón y voluntad extrañada por los sentidos: *¡No hay Dios!*

Ningun dogma es también más claramente revelado en

la santa Escritura: «Señor, vos habeis asentado la tierra, y ella permanece firme bajo nuestros piés. Desde vuestro mandato subsiste la luz, porque todas las criaturas están á vuestras órdenes.» «Dios envía la luz, y ella parte; la llama y viene estremeciéndose (*sic, ondeando*). Las estrellas han brillado con todo su resplandor, cada una en el lugar que les fué señalado, y se han compiacido en hacerlo en honor de Aquel que las ha hecho.» «Dios se cuida igualmente de todos los hombres, dá á cada uno la vida, la respiración y todas las cosas.» «Él es el que ha hecho nacer de un solo hombre al género humano para habitar toda la tierra, habiendo determinado el tiempo preciso y los límites de su habitación sobre el globo...» «Vos habeis ordenado todas las cosas, dice la Sabiduría, con medida, número y peso, porque el soberano poder está en vos y para siempre. ¿Quién podrá resistir á la fuerza de vuestro brazo? El universo está ante vos como el granito que apenas puede inclinarse la balanza, y como una gota del rocío de la mañana que cae sobre la tierra. Pero es compadecéis de los hombres porque lo podéis todo, y disimulais sus pecados á fin de que hagan penitencia. Amais lo que es, no odiáis nada de lo que habeis hecho, porque si lo odiaseis, no lo hubierais creado. ¿Qué hay en efecto que pueda subsistir, si vos no lo hubierais querido? Pero vos sois indulgente con todos, porque todo está en vos. ¡Oh Señor, que amais las almas! ¿Quién es el que os dirá: ¿por qué habeis hecho esto? ¿quién protestará contra vuestro juicio? ¿quién se levantará ante vos para tomar la defensa de los hombres injustos? Porque despues de vos, que cuidáis de todos los hombres, no hay otro Dios, ante el cual se pueda apelar de los juicios que pronunciais. No hay rey ni príncipe que se pueda levantar contra vos en favor de los que habeis hecho perecer.»

Jesucristo, Dios, la verdad, la sabiduría, la ciencia, la bondad infinita, nos describe la divina providencia en rasgos tan sencillos y conmovedores, que se tendria que ser insensato y cruel para no dejarse enternecer: «No os

inquietéis por saber cómo alimentareis vuestra vida, ni cómo vestireis vuestro cuerpo. ¿No es más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad los pájaros del cielo, ni siembran, ni recogen, ni amontonan en los graneros, y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No sois vosotros mucho más que ellos? Y en cuanto á los vestidos, ¿por qué os inquietáis? ¿Ved cómo crecen los lirios de los campos! Ellos no hilan, no tejen, y Salomón en toda su gloria jamás fué tan bien vestido como uno de ellos. Si á la yerba de los campos que es hoy, y que mañana será arrojada al horno, Dios la viste de este modo, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fé! No os inquietéis diciendo: ¿Qué comeremos? ¿qué beberemos? ¿de qué nos vestiremos? Todas estas cosas los paganos buscan. Vuestro Padre sabe que vosotros tenéis necesidad de ello. Buscad antes que todo el reino del cielo y su justicia; todo lo demás os será dado por añadidura. No os inquietéis por el día de mañana; el día de mañana se abastecerá él mismo. A cada día basta su pena, su malicia...

Aquel á quien estas palabras no conmuevan no es digno de creer ni de confiar en la bondadosa Providencia; se hace voluntariamente víctima de la fatalidad. ¡Qué conmovedor comentario son estas deliciosas invitaciones de los Libros santos! «Desembarazaos en el Señor de vuestras solicitudes, y él mismo os alimentará.» Arrojaos enteramente en los brazos de vuestro Dios, que no los retirará para dejaros caer. «Una madre puede olvidarse de tal modo que no tenga piedad del hijo de sus entrañas? ¡Y qué, aun cuando ella lo olvidase, yo no lo olvidaría!» «Dios le llevara socorros sobre su lecho de dolor. Vos habéis, Señor, ahlandado todo su lecho en su enfermedad.» Es de nuevo lo divino en su supremo poder.

¡Qué más admirable que esta serie no interrumpida de días y noches, que esta sucesión incesante de las estaciones, que este curso invariable de los astros, sin que el sol rehuse jamás su luz, sin que la luna retarde ó anticipe nunca su carrera, sin que jamás ningun astro salga del lugar que le ha sido señalado!

Y esta sucesion variada de las producciones de la tierra: los árboles, las plantas, las yerbas, las ovejas los frutos, cada uno y cada una segun su especie, y en el tiempo marcado para las necesidades y los mismos deseos del hombre. Del seno de esta tierra tan vil y estéril por sí misma, el calor y la lluvia, el sol y los vientos, hacen brotar los alimentos de los animales y del hombre. Es por cierto Dios quien dá abundantemente su subsistencia á todas las criaturas, quien hace salir su sol y caer su lluvia sobre los buenos y los malos. ¿Cómo podría ser abandonada al acaso la vida de la multitud de seres que cubren á millares la superficie de la tierra? El acaso no es más que una palabra, menos que una palabra, nada, una ridícula excusa de la incredulidad ó de la locura humana. Si los grandes fenómenos de la naturaleza no estuviesen gobernados por la sabiduría infinita y por leyes tan antiguas como el mundo, ¿dónde estarían las garantías de la perpetuidad de los seres? Porque ¿qué se necesitaría para hacer desaparecer toda huella de vegetación y de vida de la haz de la tierra? ¿Menos de un año de sequía absoluta ó de lluvias continuas! ¿Qué hombre es bastante insensato ó bastante desnaturalizado para abandonar el acaso la subsistencia de su familia, y para no inquietarse por ella, como si no dependiese en manera alguna de él? Pero observaciones seculares demuestran que los términos medios de temperatura y de lluvia son sensiblemente constantes, y el acaso evidentemente no produciría esta sucesion regular de las estaciones. La misma ciencia la llama ley de la naturaleza; pues bien, toda ley supone un legislador; una causa, y esta causa solo puede ser la Providencia divina.

El R. P. Baudrand hace resaltar admirablemente por un pequeño ejemplo el encadenamiento providencial de los fenómenos de la naturaleza. Un regalillo solo tiene necesidad de algunos granos de mijo para vivir; pero estos granos no existirán si la yerba no creciere. La yerba no crecerá si la tierra no produjese; la tierra no producirá si no fuere

regada por la lluvia; la lluvia no caería sin las nubes y los vientos que las dilatan. Las nubes y los vientos no se formarían sin los vapores, y los vapores no subirían del océano al aire, si no fuesen engendrados y elevados por los ardores del sol. Ved, pues, en qué orden divino el cielo y el sol, el aire y los vientos, las nubes y las lluvias, el mar y los ríos, la tierra y sus frutos, todo el universo, en fin, concurre de concierto á la producción de los granos minúsculos necesarios á la subsistencia de un pajarito. Pero ¿de qué servirían los granos, si el mismo no estuviera en estado de buscarlos, de distinguirlos, de cogerlos, de pulverizarlos, si no fuese una garganta para tragarlos, un estómago para digerirlos, una multitud de pequeños órganos, de pequeños conductos, de pequeñas venas, por los cuales el jugo de los granos digeridos, esparriándose por todo el cuerpo, lo alimenta, lo vivifica, lo anima, transformándose en hueso, carne, pico, uñas, plumas, etc.? Hay infinitamente más arte é industria en la organización de este pajarito que en todas las obras de la industria humana, que jamás hará un grano de arena que sea; una mata de yerba que sea y viva; un pájaro que sea, viva, sienta y vuele. Un orden que ninguna industria humana puede imitar, que ninguna inteligencia creada puede concebir, que ningún obstáculo puede detener en su carrera, que ningún poder puede trastornar, desordenar y destruir, es evidentemente obra de una inteligencia infinita.

Opónese al dogma de la divina Providencia: 1.º Los velos impenetrables y en la apariencia desesploradores que encubren demasiado á menudo sus caminos. La Providencia que se extiende á todo, que lo protege todo, que lo ordena todo, el mundo moral como el mundo físico, es lo desconocido, el misterio; la voz del género humano todo entero, la razón, el cielo y la tierra, la revelación, son lo conocido que nos la anuncia y hace brillar á nuestros ojos como un sol brillante. Las contradicciones y los escándalos aparentes de la tierra son también el misterio, son las nubes amontonadas que nos ocultan un instante el

sol, son el eclipse momentáneo que cesará muy pronto; nubes ó eclipses que no son de ningún modo un argumento contra la existencia del sol.

1.º *El triunfo de los tiranos.* «El rey de Assur dijo: En mi sabiduría he concebido, en mi fuerza he ejecutado; he devastado las fronteras de los pueblos, he despojado los príncipes; más poderoso que ellos, he hecho descender á los que estaban sentados en elevados tronos. Mi brazo ha herido como en su nido á la fuerza de las naciones; como se cogen las cepas abandonadas, he recogido todas las naciones de la tierra, y no se ha encontrado nadie que moviese su ala, abriese la boca y lanzase el menor grito.» Es la tiranía en su supremo poder. «¿Callate! dice el Señor. ¿Acaso el hacha se glorificará ó levantará contra aquel que se sirve de ella para partir, ó la sierra contra aquel que la pone en movimiento para serrar, ó la vara ó el baston, viles pedazos de madera, contra aquel que los levanta para herir? Enviaré flaqueza sobre sus robustos. Bajo su orgullo arderá y se inflamará como un braseero ardiente. Las espinas y las zarzas de Assur serán devoradas en un solo día.»

2.º *La prosperidad de los malos.* «Mis pies casi han tambaleado, mis pasos han desaparecido casi bajo el suelo, cuando he visto y casi envidiado la paz de los impíos. No se trata para ellos de muerte, ninguna plaga les amenaza. Toman con la punta del dedo el trabajo de los humanos y ningún rayo vá á herirles. Ved porque están llenos de orgullo, y porque se cubren con su impiedad como de un manto de gloria. La iniquidad sale de su carne. Se entregan á todos los desarreglos de su corazón; sólo piensan, sólo hablan de su maldad, y hablan de ella con atanería. Su boca está en el cielo y su lengua abraza la tierra. Mi pueblo se vuelve á ellos, viendo tan llenos sus días. Él se dice: ¿Dios lo sabe? ¿Hay alguna ciencia en el Altísimo? ¿Cómo puede ser que ellos, pecadores, naden en la abundancia y las riquezas? Vano es, pues, que yo haya conservado mi corazón en la justicia, y que haya lavado mis manos toda

la noche en compañía de los inocentes? Pues que después de haber durado todo el día, mi aflicción y mi castigo comienzan de nueva en la madrugada; hablar de este modo hubiera sido condenar toda la familia de vuestros hijos á la reprobación; Yo he tratado, pues, de profundizar este misterio; Esto era imponerme un arduo trabajo. Pero he tenido el feliz pensamiento de entrar en el santuario del Señor á interrogar los últimos fines. Era esto una celada que los tendáis, y os reservabais herirles en pleno trance. Vedlos caídos en ruina y devastados enteramente, ¡han desaparecido de repente, víctimas de sus crímenes, han desaparecido como el sueño del hombre al despertarse! En la ciudad no habeis dejado ninguna huella de su imagen y recuerdo. Ved el secreto de la Providencia divina! Esta abraza á la vez la vida presente y la futura; La vida presente, tiempo de prueba, de combate y de expiación; tiempo en que cada uno debe completar en sí mismo lo que falta á la Pasión y Redención de Jesucristo; la vida futura, en que la justicia divina será satisfecha y vengada, en que cada uno recibirá la recompensa ó el castigo de sus obras. *En todo*, dice el piadoso autor de la Imitación, *se tiene que contemplar el fin*. El fin para la religión católica, apostólica, romana, es el juicio último, la reprobación de los pecadores, la glorificación de los justos; el homenaje rendido por los unos y los otros á la santidad, á la providencia, á la justicia de Dios. *Nos ergo erravimus! Montes cadite super nos!*

3.ª *La desigualdad de las condiciones.* Es una necesidad absoluta del orden social; no existe ó casi no existe en el estado salvaje, en el cual se vé simplemente una inferioridad ó una superioridad relativa, consecuencia natural de la inferioridad ó de la superioridad de los espíritus y de los caracteres. Es tanto mayor cuanto más civilizada es la sociedad. Si por un imposible se la hiciese nacer, renacería mayor. Sería como en un solo derribado ó inconduido: *el vobis vultis et ser vobis, et carcat vultis et ser carcat.*

4.ª *La desigualdad de los bienes.* Es también como una

necesidad, largamente compensada en la tierra y en el cielo. Los más dichosos no son siempre ó aun no son nunca los que se cree. El cristianismo es la glorificación y la beatificación de los pobres.

5.ª *La existencia del mal en la tierra.* El mal es llevado y causado en el mundo por los espíritus. «Pues bien, decía Euler, el más grande, el más eminente, el más sabio, el más honrado de los matemáticos y físicos de su tiempo, y casi de los tiempos modernos: «La libertad es una propiedad esencial de todo sér espiritual, y el mismo Dios no podría despojarse de ella sin aniquilarla; del mismo modo que no puede despojar al cuerpo de su amplitud ó á la materia de su inercia. El mal tiende esencialmente á la naturaleza finita de los seres creados. Dios puede y debe permitirlo, con la sola condicion de sacar de ello bien, en su misericordia ó su justicia.» (*Cartas á una princesa de Alemania.*)

En cuanto á las locas aserciones del determinismo moderno: «Una necesidad absoluta domina la materia. La ley de la naturaleza es una ley mecánica, es la más rigurosa expresión de la necesidad. Ningun poder, de cualquier clase que sea, puede escapar á esta necesidad, que no tiene excepcion ni restriccion.» es la fantasía del *Universo sin Dios*, cuya extravagancia hemos demostrado. Sus apóstoles han encontrado la negacion del dogma de la Providencia en esta célebre concepcion de Laplace: «Una inteligencia que, por un instante dado, conociese todas las fuerzas de que está animada la naturaleza, y la situacion respectiva de los seres que la componen, si además fuese bastante vasta para someter estos datos al análisis, abarcaría en la misma fórmula los movimientos de los mayores cuerpos del universo y los del más ligero átomo. Nada sería incierto para ella, y lo porvenir como lo pasado serían presentes á sus ojos. El espíritu humano ofrece, en la perfeccion que puede alcanzar de la astronomía, un bosquejo de esta inteligencia infinita. Sus descubrimientos en geometría, añadidos á los hechos de la

gravedad, le han puesto al alcance de comprender en las mismas expresiones analíticas los estados pasados y venideros del mundo... Aplicando el mismo método á algunos objetos de nuestros conocimientos, se ha alcanzado sujetar á leyes generales los fenómenos observados, y prever aquellos cuyas circunstancias dadas los pueden hacer despuntar. » Pues bien, esta concepcion es un homenaje solemne prestado á la Providencia divina, y esta inteligencia soberana es muy por cierto la inteligencia divina. Dios, Laplace añade (*Véase t. III*): « Todos los esfuerzos del espíritu humano, en la investigacion de la verdad, tienden á acercarlo sin cesar á la *inteligencia que acabamos de concebir, pero de la que permanecerá siempre infinitamente alejado.* » Si determinismo hay, Dios solo pudo, en efecto, en el acto de la creacion constituir un estado inicial, atómico ó molecular, tal que en cada estado subsiguiente, en todos los puntos del espacio y de la duracion, los hechos fuesen perfectamente lo que son. Y si el determinismo debe extenderse á los actos de los seres ó de las causas libres, es mucho más indispensable todavía que Dios intervenga con su omnisciencia y omnipotencia. Ved, pues, el gobierno de la Providencia notablemente vindicado por la más profunda ciencia, y hecho evidentemente compatible con la universalidad é indefectibilidad de las leyes naturales.

Escuchemos, pues, la voz del Sabio: « Nunca digamos: «No hay Providencia» por temor de que Dios, irritado de nuestro lenguaje impio, destruya todas las obras de nuestras manos. Si vemos las opresiones de los pobres y las injusticias violentas de los malos, por elevados que estén los opresores y los jueces inicuos, tienen á uno más elevado que ellos. Es un Rey supremo que manda en todo, al cual la tierra se vé forzada á obedecer. »

Capítulo egésimo sexto. — La Oracion. — ¿Qué más natural al espíritu y corazón del hombre que la oracion? El hijo implora á su padre, la esposa implora á su esposo,

el esclavo implora á su amo, el súbdito implora á su soberano. El universo entero ora. Por todas partes, en el mundo pasado como en el actual, ha habido oraciones, invocaciones, *ex-votos*. Los soldados cartagineses como los romanos dejaron sobre las rocas de los Alpes testimonios indestructibles de la elevacion de su alma hácia sus dioses.

El instinto innato de la oracion comprende la conviccion íntima de que puede ser escuchada; y porque la oracion escuchada es una suspension, una derogacion, al menos en la apariencia, de las leyes de la naturaleza, esta suspension, esta derogacion no son en ellas mismas ni imposibles, ni absurdas. La derogacion aparente no es imposible ó absurda, como no es ni imposible, ni absurdo, que por la voluntad inicial de su autor la máquina de cálculos analíticos, despues de haber escrito durante siglos la serie de los números cuadrados, haga aparecer de repente un número triangular, para volver al instante, ó despues de un tiempo más ó menos largo, á la serie de los números cuadrados, ó á otra serie de números cualquiera.

La santa Biblia superabunda en oraciones salidas de las más nobles, más puras y santas bocas, y en oraciones como la de Moisés, pronta y milagrosamente escuchadas.

El Evangelio es el código de la oracion corta, ardiente, seguida sin cesar de milagros.

La liturgia de la Iglesia católica es á su vez un arsenal de oraciones apropiadas á todas las necesidades de los individuos, de las familias, de las sociedades; y la historia de innumerables milagros, favores ó gracias concedidas á la oracion.

Mas hay en el Evangelio, en favor de la oracion, un testimonio infinitamente más brillante, que debiera desarmar á los espíritas más prevenidos; *el testimonio de Jesucristo, á quien los enemigos de su divinidad veneran al menos como á un sabio legislador.* « Se tiene que rezar siempre y no causarse jamás. Pedid y os será dado, buscad y encontrareis, llamad y se os abrirá. Porque quien pide ob-

tiene, quien busca encuentra, se abrirá á aquel que llamare... ¿Quién es el que dá un escorpion á su hijo cuando le pide un huevo, una piedra cuando le pide pan, ó una serpiente cuando le pide un pez? Si, pues, vosotros que sois malos, sabéis dar buenas cosas á vuestros hijos, cuánto más dará á sus hijos los bienes que estos le pidan vuestro Padre que está en los cielos... Si dos ó tres de vosotros se unen para orar, se les concederá lo que ellos pidan por mi Padre que está en los cielos... Tened fé en Dios. En verdad os digo, cualquiera que diga á esta montaña: ¡levántate y arrojate en la mar! si no vacila en su corazón, si cree que lo que manda debe hacerse, será obedecido... Todo lo que pidais en la oracion creed que lo obtendreis, y seréis escuchados... Si alguno de vosotros teniendo un amigo va á encontrarle durante la noche y le dice: Amigo mío, préstame tres panes, porque uno de mis parientes llega de viaje y no tengo nada que ofrecerle. Si este amigo hablando desde dentro dice: No me importunes, mi puerta está cerrada, mis hijos y mis servidores están bajo llave conmigo, y yo no puedo levantarme y darte los panes que me pides. Sin embargo, si el visitador continua llamando, aun cuando no se levante porque es su amigo, se levantará vencido por su importunidad, y le dará los panes de que tiene necesidad. Y yo os digo á mi vez: Padrid y recibiréis, buscad y encontréis, llamad y se os abrirá... En verdad, en verdad os digo: lo que pidais á mi Padre en mi nombre, os lo concederá... Hasta ahora nada habeis pedido; pedid, pues, y recibiréis.

Con estas palabras nos manda Jesucristo, la Verdad, la misma Santidad, que oremos y que oremos sin descanso hasta la importunidad. Nos reprende porque no oramos. Nos afirma bajo juramento que todo lo que pidamos en la oracion lo obtendremos, aun cuando fuese un milagro tan grande como el mudar de sitio una montaña. Esto no es bastante todavía. Jesucristo, que sabia que cuando la oracion no es escuchada, es porque el que ora es malo, ó pide mal ó pide lo que seria mal para él, quiso El mismo

enseñarnos á orar. Y esta enseñanza fué la obra maestra de su amor. «Cuando queráis orar, encerráos en vuestro aposento, y rogad á vuestro Padre en secreto, y vuestro Padre, para quien no hay secreto, os escuchará. No habéis mucho orando, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes que se lo pidais. Ved cómo orareis: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy. Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. No nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal. Amen.» Santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad: estos son tres actos de caridad perfecta, bajo una forma á la cual ninguna naturaleza buena puede negarse, y que bastan para hacernos agradables á Dios. Nos hacemos buenos de este modo. Perdónanos como perdonamos, es la condicion esencial para ser escuchados. «Porque, añade Jesucristo, si nosotros no perdonamos á los hombres, nuestro Padre celestial no nos perdonará tampoco.» Padrid de este modo, despues de haber perdonado, es pedir bien. El pan de cada día, el pan consubstancial, el pan del cuerpo y del alma, el auxilio contra las tentaciones, el librarse del mal, es lo bueno por excelencia. Imposible, pues, no ser escuchado. ¿Cuántos ciegos habrán hecho esta corta oracion! Es lo divino en su infinito poder. Ya lloro de alegría, adoro y amo. El que no llora de alegría, el que no adora, el que no ama conmigo, le compadezco con toda mi alma, y desespéro de abrirle los ojos.

¿Quién puede oponer el libre pensamiento, la falsa ciencia ó la semi-ciencia, á estos oráculos de la misma verdad? M. Tyndall encontró un día en sus amados Alpes á dos jóvenes sacerdotes, valasianos el uno y tiróles el otro, que siguiendo el uso antiguo, acababan de bendecir, el uno el origen del Rodano, pidiendo á Dios que abondase profundamente su cauce, que los preservase de desbordamientos desastrosos, á que hiciese alguna desviacion

bienhechora y deseada; el otro, las nevadas cumbres, para conjurar los aludes y las inundaciones. No era pedir una cosa mayor que el cambio de lugar de una montaña, prometido por Jesucristo. Era en el fondo implorar el pan de cada día. Estas bendiciones no estaban, pues, fuera del dominio señalado ó más bien impuesto á la oración por el divino Salvador de los hombres. Eran, además, conformes en todo á la liturgia de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. ¿Por qué, pues, los trataron de locos, ó al menos de simples, bajo el alto ó inconsiderado pretexto de que las leyes de la naturaleza son invariables, que el mismo Dios no puede suspender ó alterar su curso?

Algunas semanas más tarde, el Consejo de la Reina impuso á la nación dos días de luto y de oración, para obtener que el cólera, que avanzaba de Oriente á Occidente, no invadiese la Inglaterra, y que las viruelas y la peste bovina cesasen en sus estragos. Este llamamiento á la fé de los cristianos escandalizó no menos á la ciencia del ilustre físico. Protestó de nuevo, invocando siempre el gran principio de la invariabilidad de las leyes de la naturaleza. «Desde hace seis mil años, el sol sale y se pone cada día; luego saldrá y se pondrá siempre. Es delinquir contra la razón creer que la oración es capaz de producir algun efecto físico, alguna modificación, alguna suspensión de las leyes de la naturaleza.» ¡Cosa estrana! M. Tyndall es uno de los físicos que han enseñado que el mundo acabaría por el fuego; que habrá entonces un día, tal vez muy cercano, en que el sol no saldrá para la tierra, en que no se pondrá. ¿La ciencia es, pues, verdaderamente el pobre orgulloso? M. Tyndall conviene, sin embargo, en que está absolutamente sobre el poder de la ciencia demostrar que los dos jóvenes sacerdotes, como la Iglesia anglicana, pedían lo imposible. (*Fragments of science*, página 361, líneas 12 y siguientes.) Esto es algo, pero no es bastante. ¿Por qué después de haber salido seis mil años seguidos, no se negará el sol á salir un día? La máquina de cálculos de sir Babbage, después de haber registrado diez mil años la sé-

rie de los números cuadrados, puede en un momento dado hacer aparecer de repente un cubo, por la voluntad anterior de su autor, voluntad consignada en la máquina en el momento de su construcción. ¿El Creador y motor supremo del universo no podría hacer lo que es posible al géneo humano creado á su imagen? Aconteció que un sabio colega de M. Tyndall hizo en la *Pall Mall Gazette*, bajo el velo del anónimo, una respuesta muy sencilla, pero que debía permanecer sin réplica. Sólo hay la materia en el mundo físico, sólo hay en él moléculas que se atraen ó se rechazan, hay en él espíritus esencialmente libres que no pueden entrar en las creaciones del determinismo. Las voluntades de los hombres, por ejemplo, incessantemente en acción, ejercen una influencia pequeña en la apariencia, pero visible y real sobre los fenómenos naturales, y moderan el curso de las leyes que los rigen. Los fuegos que enciende, los desmontes que opera, los bosques que destruye ó planta, el desagüe de los pantanos ó mares que llevó á buen fin, las aberturas de montañas, etc. modifican, y algunas veces profundamente, el clima de una localidad determinada ó de regiones enteras. La lluvia era rara en Egipto antes de la abertura del istmo de Suez, hoy es frecuente. ¿Háblase de restablecer el mar de Sahara para fecundizar de nuevo el desierto? Un ventisquero tras el que encerraba una enorme masa de agua amenazaba aplastar y tragar el pueblo de Wiega. Un hábil ingeniero, después de haber dado salida por una perforación al agua amontonada, emprendió el trabajo de aserrar el ventisquero, y lo hizo caer en pedruzcos inofensivos. El peligro fué conjurado. Pues bien, lo que puede de una manera limitada la voluntad libre, pero tan débil del hombre, ¿por qué la voluntad todopoderosa de Dios no lo hará en mayor escala? ¿por qué Dios, á la oración del hombre que se ha obligado á escuchar, no interviendrá á su vez misteriosa, pero soberanamente? El argumento era irresistible, y no vacitó en afirmar que M. Tyndall sólo le encontró una pretendida falta, la de animar las creencias de los

antiguos paganos y de los salvajes modernos, que atribuyen cada cambio de aspecto de la naturaleza á la entrada en escena de una divinidad arbitraria. (*Fragments of science*, p. 268, línea 20.)

Ah! cuán mejor inspirado estaba el gran Eulero, alma tan dulce, espíritu tan lúcido, matemático tan eminente, físico tan experimentado, cuando escribía, hace ya cien años, lo que los sabios del día debieran avergonzarse de no haber leído, «La religión nos prescribe el deber de la oración, dándonos la seguridad de que Dios escuchará nuestros deseos, con tal que sean conformes á las reglas que nos ha dado. Por otra parte, la filosofía nos enseña que todos los acontecimientos de este mundo acontecen conforme al curso de la naturaleza establecido desde el principio, y que nadie podría detener lo que Dios previó y quiso. Pero yo respondo que cuando Dios estableció el curso del mundo, y cuando arregló todos los sucesos que debían ocurrir, tuvo evidentemente en cuenta todas las circunstancias que acompañarían á cada acontecimiento, y particularmente las disposiciones, los deseos, las oraciones de cada ser inteligente, y que el arreglo de los sucesos ha sido puesto perfectamente en armonía con todas estas circunstancias. Cuando, pues, un fiel dirige á Dios una oración digna de ser escuchada, no se tiene que imaginar que esta oración sólo llega en aquel momento al conocimiento de Dios; ya ha sido escuchada desde toda la eternidad, y si el Padre misericordioso la ha juzgado digna de ser escuchada, ha ordenado expresamente el mundo en favor de esta oración, de manera que su cumplimiento sólo es una continuación del curso regular de los sucesos. Así es que Dios escucha las oraciones de los fieles sin hacer milagros, aunque no hubiere ninguna razón para que Dios haya hecho y haga todavía milagros.» (*Cartas á una princesa de Alemania*, Carta novecésima.) Esta es la ciencia verdadera y es completamente cristiana.

M. Tyndall niega que pueda haber ó que haya conformidad entre la oración, las disposiciones de las vo-

luntades humanas y los fenómenos físicos: es un mentís que dá gratuitamente á la santa Biblia y al Nuevo Testamento. «Yo os quitó la lluvia, dice Dios por la boca del Profeta (Amos, IV, 7), tres meses antes de la cosecha.... Hice que lloviese sobre una ciudad y que no lloviese sobre otra. Y la otra sobre la que no di lluvia quedó seca.» «Ellas, dice el apóstol Santiago (Epíst. V, 17), era un hombre semejante á nosotros, sujeto á padecer: sin embargo, hizo oración, para que no lloviese sobre la tierra, y por tres años y seis meses no llovió. Y oró de nuevo, y el cielo dió lluvia y la tierra dió su fruto.»

La grande ilusión de la ciencia es poner á Dios en su nivel, ¡tan bajo! Para Dios eterno é inmenso no hay espacio, ni tiempo, ni pasado, ni porvenir. Es, y nosotros somos y nos movemos y vivimos en Él. Es el misterio de los misterios, ante el cual todos los otros misterios, y todas las otras objeciones se desvanecen.

Capítulo vigésimo séptimo. — El Milagro. — Nosotros hemos dicho del milagro, de su posibilidad, de su necesidad, de su realidad, todo lo que era necesario decir; nosotros sólo tenemos aquí, pues, que responder á ciertas objeciones, é iluminar, por una feliz comparación que los recientes descubrimientos de la ciencia nos suministran, la naturaleza y el modo de producción del milagro.

«*Para qué recurrir al milagro?* decía Diderot. Sólo necesito, para rendirme, el silogismo. Una sola demostración me impresiona más que cincuenta hechos. ¿Por qué hostigarle con prodigios, cuando cuesta tan poco atterrarme con silogismos? ¿Qué sería más fácil enderezar un cojo que iluminarme?»

El silogismo, ya lo hemos probado hasta la evidencia, no impone la convicción á la inteligencia á causa de la intervención de la voluntad, y el raciocinio es el privilegio del pequeño número. «El milagro, además, respondía La Harpe á Diderot, es el silogismo puesto en acción, el más excelente de los silogismos. Si Dios me ha dado un

poder que sólo es de Él y que no podría ser el de un hombre, muy ciertamente es Dios quien me envía, y es su palabra la que yo anuncio: la mayor es evidente. Pues bien, yo he recibido de Dios este poder; pruebo la menor: *¡Lázaro, sal del sepulcro!* Y el cadáver de Lázaro muerto desde hace cuatro días, visto y sabido de toda una ciudad, se levanta de la tumba; luego, etc. El silogismo está en buena forma. Pero admirémos de paso y á la vez esta gran predilección por los milagros afectada ante los que nada entienden de ellos, y esta necia aversión del silogismo por nada ante aquellos que saben hacerla. (Curso de literatura.)

2.º *El milagro es imposible.* No, y es violar todas las reglas de la lógica, estando como está el mundo lleno de milagros, deducir de una pretendida imposibilidad la no existencia de los hechos. Esto no es lo que ha pensado el género humano, que siempre y por todas partes ha creído en lo sobrenatural, en la intervención directa de Dios en el gobierno del universo, y que jamás ha pensado que el mundo fuese una máquina material que funcionaba sin Dios. No, porque no hay ningún pueblo que no haya levantado á Dios sus manos suplicantes. No, porque las leyes de la creación no son absolutas, inmutables, geométricas, y Dios, lejos de estar encadenado por ellas, puede derogarlas, ó mejor dicho, haberlas derogado desde toda la eternidad, por un decreto libre de su voluntad. Dios pudo crear y ha creado. Y la creación es el mayor de los milagros. ¿Cómo no podría hacer, pues, todos los milagros imaginables? El Dios que no pudiese hacer milagros, sería un Dios anti-científico, anti-histórico, pues que no sería el Dios creador. Si las leyes y las fuerzas de la naturaleza son absoluta y eternamente invariables, si no se les puede poner trabas en su marcha, ¿cómo es que en muchos casos las cambiamos, las sujetamos, desvirtuamos de nosotros sus efectos dañosos, nos remontamos á sus mismas fuentes para agolarlas? ¿cómo es que obramos también sobre el espíritu de nuestros semejantes, y logramos modificar sus con-

vicciones y voluntades? Si Dios ha dado á las causas segundas la virtud de producir sus efectos, ¿no es preciso que haya esta virtud en Él mismo? Y si hay esta virtud en Él mismo, ¿no hay que reconocer que puede producir á su gusto los efectos de las causas segundas, sin estas, á pesar y contra las mismas: multiplicar el trigo sin la intervención de la tierra, curar las enfermedades sin remedios, etc. etc...? Además ¿en qué se turbaría el orden de la naturaleza, si Dios ha reservado las excoepciones; si se las ha reservado, y las hizo entrar en el orden general de la naturaleza; si por una excepcion querida y prevista, el fuego conservando su propiedad de consumir no consume; si el agua del río, conservando su propiedad de correr, corre en sentido contrario; si un enfermo es curado sin médicos ni remedios; si un muerto resucitado vá á tomar el lugar que ocupaba algunos días antes? Lejos de turbar el orden, el milagro coadyuda á su triunfo, pues que es uno de los medios más eficaces por los cuales Dios ejecuta el plan que ha formado, y conduce los seres á su fin último y universal: *su gloria y su dicha.* Cuando Dios hace milagros, decía san Agustín, cambia su obra, pero no cambia su designio. Castigar á aquel que negase el milagro, decía Rousseau, sería hacerle demasiado honor. Bastaría encerrarle.

3.º *La probabilidad del milagro ó de una derogacion de las leyes continuas de la naturaleza, es menos que la probabilidad de error de parte de los testigos que afirman esta derogacion ó este milagro. Luego el milagro ha tenido en su favor una probabilidad no solamente nula, sino negativa, esto es, tiene contra el toda probabilidad.* Es el sofisma del demasiado célebre filósofo inglés Hume, sofisma tan alabado, tan repetido. Es un sofisma, porque opone á un hecho afirmado, el milagro, no su imposibilidad.—Hume no niega la posibilidad del milagro—sino su improbabilidad, lo que es más absurdo todavía que oponer el movimiento, á la mudanza en el espacio, su pretendida imposibilidad. ¿No es de la naturaleza esencial de ciertos hechos en ge-

neral, y del milagro en particular, ser improbables, inverosímiles? ¿No afirma la razón como un axioma que lo verdadero puede ser completamente inverosímil y por consiguiente improbable? Sir Carlos Babbage, en su notable tratado de *Kriegerwater*, nota 1, página 131, no está contento con esta respuesta filosófica. Ha probado rigurosamente que el tan ensalzado argumento de Hume era matemáticamente falso. En tiempo de Hume, el cálculo de las probabilidades ó de los cambios estaba demasiado poco adelantado para que se pudiese tratar de comparar rigurosamente las dos probabilidades opuestas la una á la otra por Hume, probabilidad del milagro, probabilidad del error de los testigos. Pero las sabias teorías de Laplace han hecho posible este cálculo. Sir Carlos Babbage lo ha puesto en práctica, y ha establecido claramente esta proposición: 1.º Por grande que sea la probabilidad suministrada por la experiencia contra la ocurrencia de una derogación de las leyes de la naturaleza ó de un milagro, púedese concebir siempre un número de testigos bastante grande, para que la improbabilidad del error de su unánime testimonio sea mayor que la improbabilidad de la ocurrencia del milagro. En otros términos: púedese concebir ó señalar siempre un número tal de testigos independientes, que la improbabilidad de la falsedad de su testimonio unanime sea mayor que la improbabilidad de la ocurrencia del mismo milagro, de tal modo que por consiguiente, en la teoría de Hume, probaría la verdad del milagro. Sir Carlos Babbage no se ha contentado con el análisis; ha pasado á los números, y los números han dado un mentis brutal al sofista.

4.º *Es imposible probar el milagro* y por esto mismo es incierto. Esta afirmación es el colmo del absurdo. ¿Son necesarios mejores ojos para asegurarse de la muerte y vida de Lázaro, que para asegurarse de la muerte y vida de otro hombre? ¿Son necesarias mejores orejas para oír la voz acentuada que le vuelve á la vida? ¿Son necesarios más buenos sentidos que los que tienen la mayor parte de los hombres para comprender que, si un hombre puede

pasar naturalmente del sueño á la vigilia, sólo puede pasar de la muerte á la vida por una virtud sobrenatural? Afirmar que es necesario, para que un milagro sea cierto, que se verifique en un anfiteatro, á la vista de médicos, fisiólogos, físicos y químicos, ante una comisión compuesta de hombres especiales acostumbrados al análisis y á la observación, que hagan selección del cadáver, que escojan la sala, que ordenen el programa del experimento, es simplemente absurdo é indecente.

El hombre del pueblo y el hombre del mundo, al contrario, son más competentes que el sabio, porque el sabio demasiado orgulloso no admitirá jamás hechos fuera de sus teorías, de sus fórmulas. Dios sólo se revela á los pequeños y humildes.

5.º *Los milagros pueden ser explicados por los senderos de la naturaleza mejor conocidos hoy.* No. Esta explicación no podría aplicarse evidentemente á ninguno de los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, y menos todavía á los Esplendores de la fe. Invoquen los sabios, tanto como quieran, las leyes desconocidas todavía de la naturaleza; hagan llamamiento, además, al poder de la imaginación; si no demuestran que un médico puede curar á un enfermo por su sola palabra; resucitar un muerto por un solo acto de su voluntad, etc., ó que la imaginación pueda consolar una rotura de un hueso, cerrar una herida, volver la vista á un ciego, hacer caer lluvia, ó volver el buen tiempo, no habrán conseguido nada.

6.º *Ya no se hacen milagros.* Basta que los haya habido para que la religión cristiana sea divina. Pero el milagro no ha cesado en la santa Iglesia de Dios. Ved primero que todo Lourdes y las incesantes canonizaciones de santos que no se hacen jamás sin la prueba solemne de brillantes milagros, y los quince esplendores de la fe, profecías sin cesar cumplidas, milagros incesantes, más brillantes que la resurrección de los muertos.

7.º *Los milagros pueden venir del demonio.* La misma existencia del demonio es un milagro, ó al menos un he-

cho sobrenatural, conocido principalmente por la Revelación. El demonio no puede haber sido el autor de los milagros de Jesucristo, de los apóstoles, de la santísima Virgen, de los santos, porque son hechos contra él, y no puede ser contrario á sí mismo.

Ya veremos más tarde lo que son los pretendidos milagros del magnetismo, del espiritismo, etc.

8.^a *Todas las religiones, aun las que son evidentemente falsas, han tenido sus milagros.* Milagros parecidos, juegos de fuerza y de destreza, efectos de prestidigitacion, si; verdaderos milagros, no.

¿Por lo demás, la pretension de todas las religiones al milagro no prueba que por todas partes se ha creído en él, y que el milagro es posible y necesario, porque es como el único sello puesto por Dios á su obra? ¿Y qué son los pretendidos milagros del paganismo, comparados á la tan imponente serie de milagros que, desde Moisés hasta Jesucristo y desde Jesucristo hasta nosotros, han sido hechos públicamente y en pleno día, ante millares de testigos interesados en contradecirlos, tanto más que tenían por objeto no acariciar las pasiones, sino reformar las costumbres?

Digamos, en fin, como por una comparacion muy patente y haciendo llamamiento á la obra maestra de las obras maestras de la mecánica matemática, un sabio muy ilustre, sir Carlos Babbage, el inmortal autor de la *máquina de cálculos analíticos*, ha logrado aclarar con una nueva luz la cuestion de la naturaleza y de la posibilidad del milagro.

«El lector sentado, pues, ante la máquina de cálculos, puesta en movimiento con ayuda de un manubrio, vé aparecer en las lamparillas cifras cuyo conjunto representa números que se suceden segun una ley determinada, la serie, por ejemplo, de los números cuadrados 2, 4, 9, 16, 25, 36. El pudo prolongar la experiencia tanto tiempo como quiso, se puede suponer que duró años y siglos, sin que haya osado probar que el número escrito á cada

instante es el número cuadrado que sigue, de tal suerte que esta produccion de los números cuadrados sea como una ley de la naturaleza, la sucesion indefinida de las salidas y de las puestas de sol, y que hay mil que apostar contra uno de que el número que vendrá será tambien un número cuadrado. Pero hé aquí que el constructor de la máquina exclama de repente: El primer número que aparecerá en las cajas, y que creéis deberá ser un número cuadrado, no lo será. Cuando la máquina fué primitivamente creada para marcar estos números, imprimi en ella una ley que coincide en todos los casos con la de los números cuadrados; pero yo he hecho escepcion por el número que debe salir ahora. Despues que será mostrado, la ley de los números cuadrados emprenderá de nuevo su marcha invariable, hasta la destruccion de la misma máquina. Aquel que es testigo de este juego de fuerza concederá sin trabajo al artista que de este modo ha querido el cumplimiento de un hecho previsto, con tan gran número de siglos de anticipacion, un mayor grado de poder que si la máquina sólo hubiese registrado una serie. Y si el inventor explica que, en la construccion de su máquina, tiene el poder de hacer aparecer á su tiempo todo número, haciendo excepcion á las leyes establecidas, por todos los períodos venideros, tan lejanos y designales como se los pueda imaginar, si añade tambien que ha dado este modo de construccion á la máquina para ponerla en perfecta armonia con los acontecimientos en cada uno de los períodos respectivos, el observador no podrá dejar de reconocer en él un poder más considerable, que si cuando se presentase cada uno de los diversos acontecimientos, tuviera que intervenir para turbar momentáneamente la marcha de los cálculos de la máquina. Si además de esto, el inventor, habiéndose alejado, hiciese que el mismo observador por la perfecta inteligencia de la máquina, produjese por un simple procedimiento, mudando de lugar, una clavija por ejemplo, estas aparentes desviaciones, todas las veces que cortas combinaciones se presentasen

á su vista; si estaba, en fin, dotado del poder de predecir los casos excepcionales que dependen de la sola voluntad del observador, aunque, bajo otras relaciones, pasan más allá de los límites de su poder y de su inteligencia, se tendría que admitir que una máquina constituida de este modo supone un poder imaginable de invención.

La máquina de cálculos analíticos que he puesto á la vista del lector posee estas cualidades. Es hecha para obedecer á toda ley dada, y para producir, en periodos tan lejanos como se quiera, una ó muchas excepciones aparentes á la ley. Es necesario, sin embargo, observar que esta ley aparente impuesta á la atención del espectador, por efecto de una inducción limitada, no es la plena expresión de la ley en virtud de la cual funciona la máquina. Hay que notar además, que el caso de excepción es también absoluta é irresistiblemente la consecuencia necesaria de la organización primitiva de la máquina, que cada cálculo individual toma en la masa de los que puede eventualmente producir. En su plan primitivo no tuvo la intención de dar á la máquina el poder de hacer cálculos otro tanto más allá del análisis matemático de los que acabo de hablar; ni aun entretengo actualmente un periodo después del cual esta extensión podría ser útil al espíritu humano. Únicamente me preocupé el pensamiento de dar á la invención un grado de generalidad que encierre una gran manifestación de poder matemático. Perfectamente conozco que las generalizaciones mecánicas que puede recibir exceden de mucho á la que tuve tiempo de estudiar. He desviado igualmente ciertas combinaciones que sólo podrán tener utilidad de aquí á mucho tiempo. En medio de las que he sido llevado á estudiar, he observado las posibilidades de que acabo de hablar; y las reflexiones que han producido en mi espíritu me han obligado á proseguir mis pesquisas. Si el lector conviene conmigo en que estas especulaciones conducen á una concepción más elevada del gran Autor del universo que las vislumbradas hasta aquí, convendrá también que el estudio de

las más abstractas ramas de la mecánica práctica, combinado con el de lo que de más profundo tienen las matemáticas, no impide de ningún modo al espíritu humano el percibir las razones evidentes de la verdad de los dogmas de la religión natural. Atrévome aun á decir que estos caracteres suministran tal vez pruebas más estensas de la grandeza de la creación que suministradas hasta el presente por las ciencias de observación ó la física.

Es también esta vez la última palabra, el non plus ultra de la ciencia más avanzada, y yo no tengo nada que añadir. La ciencia ha hablado, como Roma hablaba: la causa está acabada.

*Capítulo vigésimo octavo.—El pecado original.—*Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer, han sido colocados en el paraíso terrenal. Después de un tiempo de prueba fijado por Dios, deben, sin morir, entrar en posesión de la felicidad sobrenatural de los cielos. Pero desobedecen y comen el fruto vedado. Decididos al instante de la vida de gracia y justicia original, son arrojados del paraíso terrenal, condenados á la fatiga, al sufrimiento, á la muerte; y caen bajo el poder del demonio que los ha animado en su desobediencia. El castigo y sus funestas consecuencias, la ignorancia, la concupiscencia, la privación de la gracia santificante, la esclavitud del demonio, etc., se extienden á la posteridad entera de Adán y Eva. Nosotros nacemos concebidos en el pecado, hijos de cólera, excluidos de la dicha sobrenatural de los cielos: *este es el dogma y el misterio del pecado original.* Dogma y misterio claramente afirmados y definidos en la santa Escritura, en la enseñanza de la Iglesia, en las tradiciones del género humano.

«Mira, decía David, que yo he sido concebido en iniquidades, y en pecado me concibió mi madre.» (Ps. L.) «¿Quién, decía Job, puede hacer limpio al que de inmunda simiente fué concebido? ¿Cómo el hombre nacido de padres culpables podría ser inmaculado y justo?» (xiv, 4; xv, 14.)

á su vista; si estaba, en fin, dotado del poder de predecir los casos excepcionales que dependen de la sola voluntad del observador, aunque, bajo otras relaciones, pasan más allá de los límites de su poder y de su inteligencia, se tendría que admitir que una máquina constituida de este modo supone un poder imaginable de invención.

La máquina de cálculos analíticos que he puesto á la vista del lector posee estas cualidades. Es hecha para obedecer á toda ley dada, y para producir, en periodos tan lejanos como se quiera, una ó muchas excepciones aparentes á la ley. Es necesario, sin embargo, observar que esta ley aparente impuesta á la atención del espectador, por efecto de una inducción limitada, no es la plena expresión de la ley en virtud de la cual funciona la máquina. Hay que notar además, que el caso de excepción es también absoluta é irresistiblemente la consecuencia necesaria de la organización primitiva de la máquina, que cada cálculo individual toma en la masa de los que puede eventualmente producir. En su plan primitivo no tuvo la intención de dar á la máquina el poder de hacer cálculos otro tanto más allá del análisis matemático de los que acabo de hablar; ni aun entretengo actualmente un periodo después del cual esta extensión podría ser útil al espíritu humano. Únicamente me preocupé el pensamiento de dar á la invención un grado de generalidad que encierre una gran manifestación de poder matemático. Perfectamente conozco que las generalizaciones mecánicas que puede recibir exceden de mucho á la que tuve tiempo de estudiar. He desviado igualmente ciertas combinaciones que sólo podrán tener utilidad de aquí á mucho tiempo. En medio de las que he sido llevado á estudiar, he observado las posibilidades de que acabo de hablar; y las reflexiones que han producido en mi espíritu me han obligado á proseguir mis pesquisas. Si el lector conviene conmigo en que estas especulaciones conducen á una concepción más elevada del gran Autor del universo que las vislumbradas hasta aquí, convendrá también que el estudio de

las más abstractas ramas de la mecánica práctica, combinado con el de lo que de más profundo tienen las matemáticas, no impide de ningún modo al espíritu humano el percibir las razones evidentes de la verdad de los dogmas de la religión natural. Atrévome aun á decir que estos caracteres suministran tal vez pruebas más estensas de la grandeza de la creación que suministradas hasta el presente por las ciencias de observación ó la física.

Es también esta vez la última palabra, el non plus ultra de la ciencia más avanzada, y yo no tengo nada que añadir. La ciencia ha hablado, como Roma hablaba: la causa está acabada.

*Capítulo vigésimo octavo.—El pecado original.—*Adán y Eva, el primer hombre y la primera mujer, han sido colocados en el paraíso terrenal. Después de un tiempo de prueba fijado por Dios, deben, sin morir, entrar en posesión de la felicidad sobrenatural de los cielos. Pero desobedecen y comen el fruto vedado. Decididos al instante de la vida de gracia y justicia original, son arrojados del paraíso terrenal, condenados á la fatiga, al sufrimiento, á la muerte; y caen bajo el poder del demonio que los ha animado en su desobediencia. El castigo y sus funestas consecuencias, la ignorancia, la concupiscencia, la privación de la gracia santificante, la esclavitud del demonio, etc., se extienden á la posteridad entera de Adán y Eva. Nosotros nacemos concebidos en el pecado, hijos de cólera, excluidos de la dicha sobrenatural de los cielos: *este es el dogma y el misterio del pecado original.* Dogma y misterio claramente afirmados y definidos en la santa Escritura, en la enseñanza de la Iglesia, en las tradiciones del género humano.

«Mira, decía David, que yo he sido concebido en iniquidades, y en pecado me concibió mi madre.» (Ps. L.) «¿Quién, decía Job, puede hacer limpio al que de inmunda simiente fué concebido? ¿Cómo el hombre nacido de padres culpables podría ser inmaculado y justo?» (xiv, 4; xv, 14.)

«El pecado ha entrado en el mundo, decía san Pablo, por un solo hombre, en quien todos han pecado, y por el pecado la muerte que no ha perdonado á nadie. (Rom. v. 12.) «Somos por naturaleza hijos de ira.» (Efes. ii. 3.)

Resumiendo las enseñanzas de las santas Escrituras, de los santos Padres, de los concilios anteriores, el juicio y el sentir de la Iglesia universal, el concilio de Trento formula de este modo sus anatemas: «Y si alguno rehusare reconocer que Adán, el primer hombre, despues de haber violado en el paraíso terrenal el mandato de Dios, perdió al instante la santidad y justicia en las cuales este les habia establecido; que por esta prevaricacion incurrió en la cólera de Dios; y por consecuencia en la muerte con que Dios le habia amenazado antes, en la servidumbre de aquel que desde entonces tuvo el imperio del mundo, el demonio, y que, por este pecado, Adán todo entero, en su cuerpo y alma, fué reducido á peor estado, sea anatema. 2.º Si alguno afirmare que la prevaricacion de Adán perjudicó á él solo y no á su raza, que perdió para él solo, y no para su posteridad, la santidad y la justicia que habia recibido de Dios, ó que manchado por su pecado de desobediencia, sólo estendió por todo el género humano la muerte y las penas del cuerpo, y no también el pecado que es la muerte del alma, sea anatema.»

Es pues de fe: 1.º que Adán fué creado, no en estado de naturaleza pura, sino en la santidad y justicia sobrenaturales, dones voluntarios de Dios; 2.º que por su pecado, cayó del estado sobrenatural de justicia y santidad, y fué reducido al estado de naturaleza pura (esta es al menos la opinion del mayor número de teólogos, y nos parece que el comparativo *peor* del concilio de Trento no puede tener otra significacion); 3.º que la prevaricacion de Adán se ha hecho comun á toda su raza, no solamente en cuanto á la pena y á la muerte, sino aun en cuanto á la culpa, ó mancha inherente y propia a cada uno; en este sentido han pecado realmente todos en Adán, y nacen

pecadores, hijos de cólera, no por imitacion, sino por propogacion.

Esta historia de la caída del hombre, de la proscripcion de la raza humana, es además afirmada por el conjunto de todas las tradiciones. Encontramos, en efecto, por todas partes, al hombre primitivo creado en un estado de inocencia, de felicidad y civilizacion; colocado en un lugar de delicias; rey de la naturaleza, dando á los animales los nombres que llevan; conversado familiarmente con Dios, etc.; á la primera mujer prestando oído á la voz de la serpiente ó introduciendo el mal en el mundo; á Adán perdiendo toda su posteridad por su fatal condescendencia al deseo de Eva; á Adán y Eva avergonzados de su desnudez, y haciéndose vestidos para cubrirse; á Eva condenada á parir con dolor; á Adán y Eva entregados á la ignorancia, á la concupiscencia, al sufrimiento y á la muerte; la denunciaion de una enemistad entre el hombre y el demonio; la promesa del perdón y de un mediador entre Dios y el hombre, etc., etc.

Podríase invocar, en fin, en favor del dogma cristiano, el estudio psicológico del alma humana y la prueba experimental. Estos nos dicen, en efecto, que la turbacion, el desórden, la contradiccion y por consiguiente la caída ó degradacion están en el alma humana. La antigua Pedra, así como Job y san Pablo, quejense amargamente de no poder hacer el bien que aman, y de ser fatalmente arrojados al mal que reprobaban. «Nada nos choca más rudamente, decía Pascal, que esta doctrina del pecado original, y sin embargo, sin este misterio, el más incomprendible de todos, somos incomprendibles en nosotros mismos... El hombre es más inconcebible sin este misterio que inconcebible es el misterio para el hombre... Confieso que al momento en que la religion cristiana descubre el principio de que la naturaleza está corrompida y caída, abre los ojos para que vean por todas partes el carácter de esta verdad; porque la naturaleza está de tal modo que señala por todas partes á un Dios perdido, en el hombre y fuera del hombre.» Bos-

suet dice á su vez: «¿De dónde viene esta discordancia, y por qué veo estas partes tan mal ordenadas? Estas dimensiones tan mal acomodadas, con fundamentos tan magníficos, no grilan bastante alto que la obra no es absolutamente divina, que el pecado ha mezclado en ella lo suyo, que el hombre ha querido edificar á su modo sobre la obra de su Creador y se ha alejado de su plan? ved el sentido del enigma, ved la solución de la dificultad: En fin, Chateaubriand ha dicho: «El pecado original ha existido, puesto que el hombre, tal como lo vemos, no es verdaderamente el hombre primitivo. Contradice á la naturaleza, desordena cuando todo está ordenado, enreda cuando todo es sencillo; misterioso, voluble, inexplicable, está visiblemente en el estado de una cosa que un accidente ha trastornado. Es un palacio desplomado y edificado de nuevo sobre sus ruinas... La confusión y el desorden en todas partes, sobre todo en el santuario.» El mismo Bayle ha dicho, vencido por la evidencia: «La vida presente casi no es otra cosa que un combate continuo de las pasiones con la conciencia, en el cual esta es casi siempre vencida. Lo que más extraño y bizarro hay en este combate, es que la victoria se declara muy á menudo por la parte que ofende las ideas que se tienen de la honradez y el conocimiento que se tiene á la vez de su interés personal. El verdadero sistema de los cristianos es el que sólo puede resolver estas dificultades. Nos enseña que, desde que cayó el primer hombre de su estado de inocencia, todos sus descendientes han estado sujetos á tal corrupción, que á menos de una gracia sobrenatural son necesariamente esclavos de la iniquidad, inclinados á hacer el mal, etc.»

El hecho psicológico extraño, de que somos seres contradictorios con nosotros mismos, no viene de Dios que es el orden esencial y que no puede ser autor del desorden. No viene de la debilidad inherente á todo ser finito, porque el alma hecha á imagen de Dios es naturalmente inclinada hácia Dios. No viene del abuso que hubiéramos hecho personalmente de nuestra libertad, porque nos sentimos in-

clinados y llevados al mal desde la infancia, desde el momento que podemos hacer uso de nuestras facultades, como si el vicio nos fuese natural y naciese en nuestra alma, del mismo modo que las zarzas y los espinos nacen en la tierra, de ellos mismos y sin cultivo. Luego la contradicción sólo puede venir de una falta primitiva que nos es transmitida por herencia, por nacimiento.

Pero lo reconocemos, esta prueba suministrada por la psicología y la experiencia no tendrá valor hasta que no se haya probado: 1.º que el estado de naturaleza pura es contrario á la naturaleza de Dios y del hombre; 2.º que nosotros nacemos en un estado de contradicción peor que el estado de naturaleza; pues bien, 1.º todos admiten, y es casi un dogma de fe, que Dios hubiera podido contentarse con dar al hombre salida de sus manos, lo que consistiese esencialmente en su naturaleza, *largiens naturam*, sin añadirle de buen grado, voluntario y benévolo, la gracia, *donnas gratiam*; 2.º muchos teólogos no vacilan en conceder que el estado actual del hombre no es, bajo ningún punto de vista intrínseco, peor que el estado de naturaleza pura; que no hay entre el hombre de naturaleza pura y el hombre caído otra diferencia que la que hay entre un hombre desnudo y un hombre despojado; que nuestra corrupción no es el efecto ni de la privación de un don natural, ni de una cualidad mórbida de la que el alma estaría afectada. Según esta opinión, bastante común y tolerada por la Iglesia, el pecado original consistiría por completo en la privación de la vida de la gracia y de los dones sobrenaturales del alma, causada por la desobediencia de Adán. Hay entre Adán y nosotros una solidaridad esencial; en nombre de esta solidaridad nacemos en la indigencia en que cayó; la justicia divina nos retira privilegios gratuitos y nos despoja de los dones sobrenaturales.

Es evidente que bajo este punto de vista, las objeciones con que se combate el dogma ó misterio del pecado original pierden todo su valor. No se puede decir en efecto:

1.º que este dogma sea un dogma bárbaro, puesto que la privación de los dones gratuitos y sobrenaturales no es contrario ni á los atributos de Dios, ni á los derechos esenciales del hombre; 2.º que el hijo sería, contra toda equidad, culpable de un pecado que no ha cometido, pues que la transgresión es obra única de Adán, que sólo cometió un pecado original; que el hijo hace simplemente en la privación de los dones gratuitos; 3.º que sólo podría explicarse la complicidad del hijo por la preexistencia de las almas ó una especie de panteísmo humanitario; porque no hay ninguna participación del hijo en la falta adámica; 4.º que nosotros explicamos la concupiscencia por la concupiscencia, porque no es á la concupiscencia sino á la libertad únicamente á la que pedimos la razón de la posibilidad de la falta original.

Pero yo véome forzado, á pesar mío, á admitir que esta teoría es demasiado indulgente, que el pecado original no puede ser una simple negación ó privación; que entre el hombre caído y el hombre de naturaleza pura, hay más diferencia que entre el hombre despojado y el hombre desnudo; que la respuesta á las objeciones es demasiado fácil; que, en una palabra, las explicaciones hacen desaparecer demasiado, ó mejor dicho suprimir el misterio del pecado original. Esta doctrina no se ajusta bastante, ni con la *concepción de la inmundada simiente* de Job, ni con la *concepción en las iniquidades y en el pecado* de David, ni con las terribles palabras de san Pablo, *hijos de ira por naturaleza*, ni con el *género humano infectado hereditariamente por algún pecado*, de santo Tomás de Aquino, ni con el hombre herido en sus facultades naturales, y constituido en *un estado peor*, del concilio de Trento. Para mí, pues, la transmisión á todos los hombres del pecado original supone más que un simple despojo, una alteración intrínseca, una disminución verdadera y profunda de las facultades naturales. La concupiscencia del hombre caído es más ardiente y avasalladora; la prontitud al mal de sus sensaciones y pensamientos, que inspira-

ba ya á Dios una profunda piedad, es más intensa; la malicia en que está el mundo entero sumido, es más terrible que no lo sería en el estado de naturaleza pura. Sí, hay perversidades humanas que salen del orden natural, á las que se puede llamar sobrenaturales, porque son la consecuencia necesaria de una naturaleza viciada, ó de una influencia, de una obsesión satánica extremada, á la cual el hombre no hubiera sido entregado en el estado de naturaleza pura. El infierno se encarniza contra el género humano y circula á su alrededor, como león ávido de su presa, no por odio á la creación, sino por odio á la redención. Falta demostrar que esta alteración de la naturaleza humana en Adán y su transmisión á su posteridad son razonables, justas, conformes á las leyes generales de la creación, de la generación, etc., ó que son en toda verdad la consecuencia necesaria de las ideas universalmente admitidas sobre la solidaridad inherente á la unidad física, fisiológica, moral y social del género humano.

La razón y la fe nos enseñan que el alma humana es la forma substancial del cuerpo, el agente por el cual el ser humano es, vive, siente; el principio de todos sus actos, de todas sus operaciones ó funciones, nutrición, crecimiento, generación, etc., etc. Por lo mismo que es la forma substancial del cuerpo, el principio de sus actos, si el alma sufrió, en el primer padre del género humano, una modificación profunda, debe tener su eco en la naturaleza humana toda entera; pues bien, ¿qué modificación más profunda en el alma que la cesación brusca de la vida sobrenatural de la gracia? ¿Es, pues, completamente natural que por el pecado la naturaleza humana haya sido profundamente alterada; que el imperio del alma sobre el cuerpo y los sentidos del cuerpo hayan disminuido en una proporción considerable; que la inteligencia haya llegado á ser menos accesible á la verdad, la razón menos recta, la conciencia menos iluminada, los sentidos menos sumisos á la razón, etc., etc. Comprendida de este modo la alteración misteriosa de la naturaleza humana, compren-

dese también, sin trabajo, la transmisión hereditaria, porque es á su vez una consecuencia natural de la generación. Es también el alma, forma del cuerpo, la que determina esta función misteriosa, y el germen que la constituye es el mismo pasivo del alma, modificado ó alterado, cuando el alma ha sufrido una profunda alteración. ¿No encontraríamos aquí la razón del *germen inmutado de Job*? Hemos probado que la concepción está bajo la dependencia de las impresiones recibidas en el exterior; hemos explicado de este modo la parturición de los corderos marchados de Jacob, declarada primero imposible, y proclamada hoy un fenómeno cotidiano, confirmado por el hecho inmenso de que la piel de los animales y la pluma de las aves salvajes tienen una deformidad verdaderamente admirable, mientras que entre los domesticados esta uniformidad dá lugar á una variedad indefinida. Si una simple impresión física obra tan profundamente sobre la concepción, ¿cómo no ejercerá una influencia enérgica el estado del alma, forma del cuerpo? Es una ley general de la naturaleza que todo ser engendra á otro ser semejante á él, y que todo ser engendrado se encuentra en el estado del ser que lo engendra bajo todos los aspectos, á no ser que haya desviado de la naturaleza. Este principio gobierna el reino vegetal y el reino animal; lo encontramos en el reino humano, pero con una movilidad mayor, bajo todos los puntos de vista, físico, fisiológico, moral y social. Existe, incontestablemente, en el seno de la humanidad, por efecto de la unidad de origen, una ley de herencia que lo abraza todo: la constitución física con la salud y la enfermedad, el carácter ó natural bueno y malo, la nobleza y la degradación, el mérito y el demérito, la libertad y el servidumbre, la riqueza y la pobreza, la verdad y el error, los bienes del cuerpo y los bienes del alma, los bienes del tiempo, y los bienes de la eternidad. La ley de solidaridad, considerada como teniendo su origen en la unidad moral ó social, encuéntrase entre el cuerpo y el alma, entre los miembros de un mismo

cuerpo, entre los ciudadanos de una misma nación, entre todos los miembros de una misma familia, de un mismo estado ó aun de la humanidad, entre el hombre y el mundo material, entre el hombre y el mundo espiritual. En resumen, puesto que, de una parte, la solidaridad esta por doquiera, y de otra, la ciencia vá multiplicando sin cesar los ejemplos ordinarios y extraordinarios de *atavismo*, esto es de transmisión, á través de muchas generaciones, de detalles, aun secundarios, de la organización física, fisiológica, psíquica, ¿cómo se rehusaría creer en la transmisión de la decadencia original? El solo hecho, sin excepción y tan profundamente misterioso de la perpetuidad de los géneros, de las especies, de las mismas variedades, obliga en alguna suerte á admitir que la realidad de todos los seres sucesivamente engendrados está contenida en el primer padre; es, pues, completamente natural que el género humano todo entero haya pecado en Adán. «El huevo, decía M. Claudio Bernard, que tenía fama sin embargo de ser positivista ó aun materialista, es la primera condición de la ley organogénica que preside á la evolución de todo ser viviente... Es, sin contradicción, de todos los elementos histológicos el más maravilloso, porque le vemos producir series enteras de organismos enteros.»

¿Qué sería si llamásemos en ayuda del misterio del pecado original la pangénesis de Darwin, última palabra de la ciencia más aventurada, que quiere que la simple célula elemental contenga, no solamente los elementos ó principios constituyentes de los cuerpos, sino también, bajo forma de gémulas tóxicas, los principios de los estados marhidos, las enfermedades hereditarias, las deformidades, monstruosidades, etc., etc.!

Pero, dirán, el pecado original es una afección de las almas, que no son transmitidas ó engendradas, que son al contrario inmediatamente creadas ó infundidas en los cuerpos, ya sea en el instante mismo de la concepción, ó ya en el de la organización. Podríamos admitir con muchos filósofos, Padres de la Iglesia y doctores, que la trans-

mision de las almas se hace como la de los cuerpos por generacion y propagacion, lo que haria desvanecer toda dificultad. Pero ahora, como es incomparablemente más probable la creacion inmediata de las almas, nos es permitido creer que el alma creada directamente, pero infundida en el germen, que Job llamaba tan sábia y elocuentemente *in mundo*, y de cuyo germen es la forma evolutiva, sólo pueda hacer evolucionar un ser degradado y decaído. En esto consiste realmente el secreto del pecado original, cuyo *cómo* constituye por lo menos un profundo misterio. Sin ninguna duda que si el pecado original fuese un pecado actual, lo que es contradictorio en los términos, seria, en efecto, absurdo atribuirlo a las almas que no existian. Pero tratase no de un acto, sino de un estado; pues bien, compréndese muy bien que el alma sea constituida en este estado de decadencia ó degradacion, por lo mismo que se convierte en la forma de una simiente infecta: *De immundo conceptum semine!*

En resumen, el pecado original ó la transmision en el género humano todo entero de la transgresion de Adán, es una consecuencia legítima y natural de las leyes de la generacion y de la solidaridad humana. Nada tiene de injusto, y aun está en nuestro derecho el exclamar con la Iglesia: *Filii culpa!* ¡Sí, feliz culpa! puesto que ha sido divina y superabundantemente compensada por los augustos misterios de la Encarnacion y de la Redencion; pues que allí donde el pecado habia abundado, la gracia ha sido superabundante; puesto que, si por el pecado de uno solo la muerte habia reinado, por la muerte de uno solo, ha reinado la vida superabundantemente y para la eternidad.

Capítulo vigésimo nono.—El misterio de la Encarnacion.—La Encarnacion es el misterio del Hijo de Dios hecho hombre; nos es revelado en estos términos por san Juan, al principio de su Evangelio: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y nada de lo que

fué hecho se hizo sin Él.... Y el Verbo fué hecho carne y habitó entre nosotros, y vimos la gloria de Él, gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» San Juan dice tambien en su primera Epistola: *Lo que era desde el principio, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos del Verbo de la vida, es lo que anunciamos.* Los apóstoles nos han enseñado á repetir sin cesar: «Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios, que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, que nació de la Virgen Maria, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado, resucitó, subió á los cielos, está sentado á la diestra del Padre todopoderoso, de donde vendrá á juzgar los vivos y los muertos.»

Este dogma misterioso es más claramente definido todavía en el símbolo de san Atanasio: «Es necesario á la salvacion eterna que se crea fielmente en la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo. Una fe recta nos obliga, pues, á creer y confesar, que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre. Dios engendrado antes de los siglos de la sustancia de su Padre, y hombre nacido en el tiempo de la sustancia de su madre. Dios perfecto y hombre perfecto, subsistiendo por una alma racional y una carne humana. Igual á su Padre segun su divinidad, menor que su Padre segun su humanidad; que, aunque sea Dios y hombre, no es dos, sino un solo Cristo. Uno, no por la conversion de la divinidad en carne, sino por la asuncion de la humanidad en Dios. Uno absolutamente, no por la confusion de la sustancia, sino por la unidad de la persona. Porque, del mismo modo que el alma racional y la carne son un solo hombre, Dios y el hombre son un solo Cristo.» Ved pues en conjunto la definicion del misterio, y la comparacion natural que nos hace entrever su posibilidad. En efecto; pues que el mismo hombre es una encarnacion, un espíritu unido á su carne, en la unidad de persona ó de yo, ¿por qué en Jesucristo la divinidad no estaria unida á la humanidad en la unidad del yo divino,

¿psi como el alma está unida al cuerpo para formar únicamente un yo humano? El alma es simple, activa, indivisible, indestructible; el cuerpo es inerte, estenso, divisible, corruptible. ¿cómo pudo el alma unirse á él? Un dió el espíritu fac infundido ó inspirado en la materia; y todos dos no han formado más que un hombre, sin que se pueda decir jamás de qué manera se constituye esta misteriosa unidad. Yo tengo un cuerpo, tengo una alma, y siento que están estrechamente unidos. Siento su absoluta distincion, pero siento tal vez mejor su reciproca penetracion. La ciencia la vé hasta el punto de exagerarla. No hay en mi espíritu un pensamiento, un sueño, etc.; no hay en mi corazon una emoción, un sentimiento que no dejen su huella en uno de mis órganos. A su vez no hay molécula del corazon que no abra á su vez sobre mis pensamientos ó afecciones. Lo mismo acontece á mis otros órganos; son materiales por naturaleza, pero unidos á mi alma, han tomado cierta espiritualidad. Lo que observamos en la encarnacion humana, ¿por qué no lo encontráremos en la Encarnacion divina? Dios es espíritu, el alma es espíritu, Dios ha hecho al alma humana á su imagen, es de su linaje. En el momento en que el alma humana de Jesús iba á unirse al cuerpo formado de la más pura de las sangres, la de Maria, por intervencion del Espíritu Santo, para elevarla á la estatura de persona humana, ¿por qué el Verbo divino no habra podido unirse á esta alma humana y elevarla, en union de su cuerpo, á la dignidad infinita de persona divina, en que el hombre no subsiste en sí mismo, sino en el Verbo divino? En esta union tan extraordinaria, no hay más que una persona, el Cristo, el Hombre-Dios. Jesucristo es verdaderamente hombre, tiene un espíritu como el nuestro, una imaginacion, una sensibilidad, una voluntad, un corazon y tambien un cuerpo semejantes á los nuestros. En Él la naturaleza humana está completa; ningún hombre ha sido más hombre que Él. Y al mismo tiempo es Dios, plenamente Dios, perfectamente Dios, y basta una mirada para asegurarse de ello,

como basta una mirada para ver en Él al hombre. «Nace, dice Bossuet, pero nace de una Virgen, y su nacimiento es anunciado por los ángeles. Come, cuando le place, y servido, cuando quiere, por los ángeles. Puede pasar sin ningún alimento material; su comida es la voluntad de su Padre. Pide de beber á la Samaritana, pero le revela los secretos de su corazon y la convierte. Oye la acusacion proferida contra la mujer adúltera, pero al mismo tiempo escribe sobre la arena los crímenes secretos de los acusadores. Duerme, pero durante su sueño impide que se vaya á pique la barca. Camina, pero cuando lo ordena, el agua permanece firme bajo sus piés. Escupe, pero el lodo que hace con su saliva vuelve la vista á un ciego de nacimiento. Llora á Lázaro, pero lo resuscita. Muere, pero muriendo pone el temor en el corazon de la naturaleza entera. Divide el pan con los discipulos de Emmaús, pero llena sus corazones de ardores completamente divinos. Tiene por todas partes un medio tan justo, que mostrándose hombre, se muestra al mismo tiempo Dios; declarándose hombre, se declara tambien Dios. La economía es tan sabia, la dispensacion tan prudente, todas las cosas son tan admirablemente ordenadas, que la divinidad aparece toda entera, y la humanidad toda entera.»

Pero ved una cosa más admirable todavía que la existencia de las dos naturalezas. Hay en mí dos naturalezas, una naturaleza material y otra espiritual. Pero yo creo sentir, además, como una union íntima de estas dos naturalezas. Hay un tercero que dice mi alma y que dice mi cuerpo, que habla de la una y del otro como suyos. Este tercero, que perteneciendo al alma, pero al alma en tanto que es un doble foco de acciones, y cuya responsabilidad acepta, es el yo, es la persona humana. Pues bien, la Fe nos manda concebir del mismo modo en Nuestro Señor Jesucristo dos focos de acciones; un foco de acciones humanas, porque es hombre; un foco de acciones divinas, porque es Dios; pero con un centro único de responsabilidad, un solo *Fo*, una sola *persona*, el yo del Verbo divino,

la persona del Hijo de Dios. Luego todas las acciones de Jesucristo, espirituales y corporales, humanas y divinas, son las acciones del Verbo, del Hijo de Dios. Nace, ora, piensa, ama, sufre; pero una lágrima de sus ojos, un suspiro de su corazón, un acto de adoración y de amor, tienen un precio infinito. Pues que la encarnación humana, la unión hipostática del cuerpo y del alma escapa á toda mirada del espíritu, cómo admirarse que la encarnación divina, que la unión hipostática de la naturaleza divina y de la humana permanezca un misterio impenetrable? Del mismo modo que lo que es un enigma insoluble en el hombre, no es ni la presencia del cuerpo, ni la presencia del alma, ni la transpiración del alma en todo el cuerpo, sino el cómo de la fusión del alma y del cuerpo en tan armoniosa unidad, así también el misterio de la encarnación divina, no es ni la presencia en Jesucristo de la divinidad, ni de la humanidad, ni aun la unión hipostática de la divinidad y de la humanidad, sino el cómo es realizada y ejercida esta unión inefable, cómo se ha hecho carne el Verbo.

Este adorable misterio de la Encarnación es perfectamente digno de Dios, á quien Jesucristo, el Hombre-Dios, presta homenajes proporcionados á su soberana majestad. Es una fuente de grandeza, de dicha, de gloria para la humanidad, á la cual ofrece un Dios que no se pierde en lontananzas imposibles, en rayos de una luz inaccesible, porque es hombre y responde simpáticamente á todas las exigencias de la naturaleza humana, y tanto más que el Hombre-Dios se ha dignado tomarla decaída, miserable, humillada, paciente; se da por madre la más bella, la más pura de las criaturas humanas; aparece niño lleno de bondad y dulzura; consagra treinta y tres años á hacer bien, y dignase morir por los hombres que tanto ha amado.

¡Y cuán admirables fueron las consecuencias de la Encarnación! El mundo ve reaparecer de repente, redimida de las ignominias de la caída, la belleza del hombre fun-

dada en la belleza de Dios, y esto fué una cosa tan elevada, tan pura, tan atrayente, que los apóstoles fueron conquistados con una sola mirada, y las turbas se estremecieron. Lo que se había adorado sobre el semblante del Maestro, presto se contempló con admiración sobre el de los discípulos; vieron aparecer tipos nuevos, de una belleza desconocida, de una gracia, de una dignidad, de una paz, de una modestia, de una energía, de una serenidad inauditas; y el sorriso de los cielos dibujarse en sus semblantes de niños, de doncellas, de vírgenes, de pontífices, de confesores. En una palabra, por la Encarnación, el hombre conviértese en participante de la naturaleza divina, heredero de Dios, coheredero de Jesucristo y de su gloria eterna.

¡Cómo no aceptar con transportes de admiración y de alegría este bendito misterio de la Encarnación que nos ha dado á Jesucristo, al Verbo hecho carne!

¡Jesucristo! Su espíritu es el más bello, el más elevado, el más vasto, el más penetrante, el más universal, el más perfecto! Nada ha aprendido y lo sabe todo. Vé á Dios, su unidad adorable, su infinita simplicidad, la Trinidad de las personas divinas y sus misteriosas operaciones, todo lo que el espíritu humano descubrirá en la serie de los siglos, estos mundos inmensos que entrevé lentamente y por etapas seculares el ojo del filósofo, del matemático, del geómetra, del astrónomo, del geólogo, del químico, del físico, del naturalista, del fisiologista; estas bellezas exquisitas de la naturaleza que el poeta trató de cantar, el dibujante de pintar, de reproducir el escultor, deslumbrando sus miradas y enajenando su alma, la más sensible de todas las almas, á la que inundaban juntas toda luz creada y toda luz increada, que lo había aprendido todo de su Padre.

¡Jesucristo! Su corazón es tan amante que no puede ver correr una lágrima sin enterarse. Tiene todas las purzas y no puede mirar un pecador sin entrecabrirse. Tiene todas las impacencias, todas las santas precipitaciones del

amor. *Desiderio desideravi...! Quomodo coarctor...!* y no se cansará de llamar á la puerta, feliz, si despues de veinte, de treinta años de espera, logra conquistar un alma. Nada puede callar su amor, ni el olvido, ni la indiferencia, ni la rebeldía, ni la traicion. La ingratitude, esta fué la culpa de Judas, le reanima. Abandonado, despreciado, escupido, no necesita ningun esfuerzo para amar más todavía y hasta el exceso. ¡Antes de haber dado la última gola de sangre, habia soñado sobrevivirse en el amor! Por una admirable industria se condenara voluntariamente á amar para siempre, en todo tiempo, en todos los lugares y hasta el fin del mundo, en el adorable sacramento de su amor. ¡Qué gloria y qué dicha para la tierra poseer un corazón que ama á Dios, como Dios se ama á sí mismo y á los hombres con un amor infinito!

Jesucristo! Su voluntad es santa, de una santidad absoluta, esencial. Dónes inefabiles del Espíritu Santo de sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor filial de Dios, la constituyen en un estado de vida completamente divina y de éxtasis incesante. El Espíritu Santo no se ha dado á Él con medida, ha reposado sobre Él, según la enérgica expresion de Isaias.

Jesucristo! Su cuerpo immaculado está en perfecta armonía con lo majestuosa belleza de su alma. Resonaba bajo la accion del más poderoso pensamiento, que lo inundaba de las imágenes luminosas y más verdaderas; enviaba al más ardiente de los corazones las palpitaciones de la sangre más pura y ferviente. Imaginad el organismo más armonioso que pueda existir, el más delicado y el más fuerte, el más sensible y el más inalterable; ponedlo al servicio de la más bella, de la más grande de las almas, y tendreis el cuerpo santísimo y bellísimo de Jesucristo. Aunque un discreto velo envolvía providencialmente este foco de irradiaciones divinas, se escapaba de él una atmósfera de luz, de gracia, de virtud, y algunos veces como sobre el Tabor, una aureola de rayos de una blancura deslumbrante. Habitualmente su semblante

brillaba con dulzura, una sola de sus miradas conquistaba los corazones, una sola de sus palabras arrebatada las almas. ¡Qué imaginacion, qué lapis, qué cincel, qué pincel, qué pluma podrá jamás bosquejar la belleza completamente divina de Jesucristo? Desde que he contemplado, decia santa Teresa, la inefable belleza de Jesucristo, está sin cesar ante mis ojos. Su supremo esplendor me hace despreciables todas las bellezas de este mundo. ¡Ah! ¡Cuán bello sois, amado mio, escribia Bossuet, cuán bello y agradable! Esta admiracion atrae al alma á cierto silencio, que hace callar todas las cosas para ocuparse de aquel que ama. De suerte que todo lo que puede el alma, en esta bienaventurada admiracion, es dejarse atraer más y más por los encantos de Jesucristo y responder únicamente á la atraccion por un cierto ¡ah! de admiracion. ¡Oh Jesucristo, ó Jesucristo, ó Jesucristo! es todo lo que puede decir. Poco á poco todo otro objeto se borra de su corazón ó bien el corazón dice: ¡esto es bello, pero no es Jesucristo! Entonces, en una santa impaciencia, ya parece que fuerza á las criaturas para que hablen resueltamente de su carísimo. ¡Ea! ¡hablad pues! ¡Ea! ¡hablad pues! ¡Hablad todavía! E impone silencio á todo lo que no habla de Él. Despues no puede sufrir que se hable de Él, porque todas las criaturas no pueden hablar como conviene, y es insuportable al alma oír hablar de Él débilmente. Pide, pues, que se callen, y ruega á Jesús que hable él solo de lo que es. Y luego despues le ruega que ni Él mismo hable, porque podría decir en lenguaje humano que fué digno de Él. Le ruega, pues, que se calle y que se imprime solamente en el fondo de su corazón, para atraer hacia ella todos sus potencias, y dejarla decir en secreto: ¡Oh Jesucristo! ¡Oh Jesucristo! ¡Qué esplendor de la fe son estos inspirados acentos de uno de los más bellos génius de la humanidad!

— Ved diez y ocho siglos que, bajo todas las formas, el arte ha tratado de reproducir la divina figura de Dios hecho hombre sin haber podido satisfacerse. Nada le ha faltado, ni el génio, ni la santidad, ni la santidad unida al génio.

El bienaventurado Angelico de Fiésolo consagró á esta obra sublime todo el talento que Dios le habia dado, todo el ideal que su casto corazón habia recogido, toda la luz que la más ardiente imaginación habia puesto en él. Uno se arrodilla involuntariamente ante su *Ecce Homo*, cuya mirada, de la más tierna belleza, no recuerda nada de lo que se haya visto sobre la tierra; sientese uno como arrastrado á este inflexible cortejo de todos los que han amado á Jesucristo y que lo llevan al sepulcro. Pero aun en esta composición verdaderamente celestial se siente que el arte es vencido. Nada iguala á la calma, á la grandeza, á la suprema serenidad, á la ternura infinita de Cristo en la *Cena* de Leonardo de Vinci. Sus ojos de una belleza deslumbradora, sus labios dilataados por el amor, sus manos estendidas, no sé qué cierta inclinación de todo el cuerpo hácia el lado del corazón dan á esta figura una unción penetrante; pero no es todavía Jesucristo. Jamás la mano de Rafael habia estado más segura, jamás más maravillosas visiones de belleza habian dominado su alma que en el cuadro de la Transfiguración. Contrastes que embergan iluminan la celestial aparición del Hombre-Dios. ¡Con qué arte coloca á sus piés este niño atormentado por el mal espíritu, y esta madre sublime cuyos brazos estendidos respiran tanta fe! ¡Cuán bien hacen resaltar este sér que sufre y esta belleza humana, la luz, la calma, la gloria de la humanidad transfigurada en Jesucristo! Pero ¡oh! arte humano! confesa tu derrota; esto no es todavía ni una sombra de la adorable belleza de Jesucristo, que ilumina con una luz resplandeciente el misterio de la Encarnación. He tomado los más bellos rasgos de este cuadro magnífico de Jesucristo de la obra del abate Bougaud.

Capítulo trigésimo.—La Redención.—El Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho hombre, ha muerto voluntariamente sobre la cruz, por nosotros y por nuestra salvación. Hombre, ha sufrido; Dios, ha dado un precio infinito á sus

sufrimientos. Por su pasión y muerte ha reparado superabundantemente la injuria hecha por el pecado á Dios su Padre; nos ha rescatado de la condenación eterna: este es el misterio de la Redención.

Dios dijo á la serpiente: «Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu posteridad y su posteridad; tratarás de morder su planta, pero ella te apiastará la cabeza.» Esta fué la primera promesa de la Redención. Isaías dice del Mesías: «El Señor ha colocado en él las iniquidades de todos nosotros. Ha sido ofrecido en sacrificio porque él mismo ha querido; ha sido herido á causa de nuestras iniquidades; ha sido golpeado á causa de nuestros crímenes, y nosotros hemos sido curados por sus heridas.» El mismo Jesucristo se ha dignado decirnos: «Dios ha amado de tal modo al mundo que le ha dado su único Hijo, á fin de que aquel que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna... Dios ha enviado á su Hijo al mundo para que el mundo sea salvado por él.» San Pablo pone en boca de Jesucristo esta solemne oblación á su Padre: «Tú no has querido hostias ni ofrendas, pero me has dado un cuerpo. Los holocaustos por el pecado no te agradaron, y entonces yo dije: ¡lléme aquí!»

Todos los símbolos de la fe católica nos obligan á creer que Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, por nosotros y por nuestra salvación sufrió bajo Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado. Nada más cierto que el dogma de la Redención. ¿Cómo Jesucristo, siendo Dios, pudo sufrir y morir? Este es el misterio de la Redención, el cual bajo este punto de vista se confunde con el de la Encarnación. Jesucristo pudo sufrir y morir, porque era perfectamente hombre.

Sentado esto, la razón iluminada por la fe no vacila en formular las siguientes proposiciones, á las cuales nada se puede oponer.

1.^o Dios que habia creado al hombre necesariamente para su gloria, que se habia constituido necesariamente su fin último, no podía exigir la reparación de la ofensa

cometida contra Él? El hombre había pecado; era absolutamente necesario que su falta fuese expiada, y que la expiación fuese proporcionada á la ofensa, infinita como la ofensa, al menos por substitucion y reversibilidad.

2.ª Era conveniente que Dios perdonase al hombre, ó que este fuese rescatado y rehabilitado, en el sentido de que Dios, que no había hecho gracia á los ángeles rebeldes, podía hacer gracia al hombre. El hombre, en efecto, permanecía después de su caída la obra maestra y como el resumen de la creación entera. Era todavía una gran cosa; conservaba los grandes rasgos de la imagen divina, imborrable en él. Había sido solicitado al mal por un poder exterior que había abusado de su ingenuidad é inferioridad para hacerle caer en la celada. Adán sólo había cedido á las seducciones de la compañera que el mismo Dios había hecho hueso de sus huesos, carne de su carne, sangre de su sangre, corazón de su corazón, alma de su alma. Llevaba en él una innumerable posteridad. No era un puro espíritu, sino un espíritu estrechamente unido á la materia; lo cual hacía su falta menos inexcusable que la del ángel.

3.ª La Redencion exigía imperiosamente dos cosas: satisfaccion plena y entera de la justicia divina; rehabilitacion completa del hombre; es decir, adquisicion otra vez del estado sobrenatural, de la justicia original, de la santificacion por la gracia habitual y actual; llamamiento á la vida futura, á la restauracion gloriosa, á la vision instintiva, á la dicha eterna.

4.ª Esta satisfaccion y rehabilitacion no podian ser procuradas ni por el mismo hombre, ni por una simple criatura, por perfecta que se pudiese concebir. En efecto, porque el pecado, la ofensa cometida contra Dios reviste una malicia virtualmente infinita, en razon de la dignidad infinita de la persona ofendida, la misma Reparacion debia revestir un valor infinito, por la dignidad infinita del Redentor. No era bastante que la victima fuese santa, inmaculada, tenia que ser Hombre-Dios; hombre,

para poder, sobre la base de la solidaridad humana, cargar con la responsabilidad de todos los pecados de los hombres; Dios, para dar un precio infinito á su expiacion. El Redentor sólo podia ser el sér universal, Dios y hombre á la vez, poseyendo en sí de una manera inefable la divinidad y la humanidad, el cielo y la tierra, todos los tiempos y todos los lugares, todos los crímenes y todas las inocencias, para purificarlo y reconciliarlo todo.

5.ª Porque el pecado, separacion violenta del alma de Dios, había tenido por consecuencia y castigo la muerte, separacion violenta del alma y del cuerpo; porque la muerte es el mayor acto por el cual Dios haya podido manifestar su soberano dominio sobre el hombre y su ódio infinito por el pecado, convenia, para que la Redencion fuese perfecta, que la muerte fuese voluntariamente aceptada por el Redentor. Que venga, pues, la gran Víctima divina y humana á la vez, que meta sobre la cruz, para que la salvacion, como el pecado, descienda del árbol, ocasion del crimen é instrumento del perdon á la vez, y entonces, entonces solamente la redencion será tan completa, que la santa Iglesia de Jesucristo esclamará en su entusiasta agradecimiento: *Rebelle culpa! O peccato necessaria de Adam!*

Porque, en el momento que Jesucristo espiraba sobre el Calvario, todos nosotros estábamos en él, porque la sangre que corria en sus venas había sido sacada de las nuestras, mas no violada; porque María su madre había sido inmaculada en su concepcion, pero sobrenaturalizada y divinizada, en alguna manera, por su union con la divinidad; porque aquel que moría era nuestro jefe, la cabeza y el corazón de la humanidad; porque, segun el dogma cristiano, los dolores, las tristezas, la agonía de la humanidad van á completar lo que falta á la pasion de Jesucristo, para que esta se convierta en individual ó nuestra; en una palabra, porque Jesucristo ha hecho de su muerte y de las nuestras una sola inmolacion, un solo é inmenso holocausto, en el cual es victima única, divina y humana,

inocente y culpable, por una sola oblation; la santificación de los elegidos es consumada hasta la eternidad. *Consummatum est!*

El dogma de la Redencion descansa, es verdad, sobre este principio de substitucion ó de reversibilidad, que los méritos de la inocencia son aplicables al pecador; que el inocente puede sufrir, morir, merecer, expiar en lugar del culpable, etc.; pero este principio es incontestablemente una ley de la naturaleza y de la justicia humana. En Roma, Decio, despues de haberse consagrado por la República á los dioses Manes y á la Tierra (la diosa *Tellus*), montó armado hasta los dientes sobre su caballo, y se precipitó en las filas enemigas; hace el sacrificio de su vida, lo hace por el ministerio del pontifice, en la creencia de que por él escapará su patria de los males que la amenazan, y despues de haber hecho su oracion á los dioses. En Atenas, siendo en la palabra del oráculo que promete la victoria á uno de los dos ejércitos que perderá su general en la batalla, Codro corre voluntariamente á la muerte por la salvacion de su patria. Agamonon dispónese á sacrificar á su hija Ifigenia, para asegurar á los griegos los vientos favorables que los conducirán á Troya. En Judea, Dios en una conversacion admirable con Abraham, sólo pedia la presencia de diez justos en Sodoma y Gomorra para perdonar estas ciudades culpables. El gran sacerdote Caffas no vacila en decir que era ventajoso que un hombre pereciese por todo el pueblo. Era una costumbre entre los Fenicios, y entre los antiguos en general, que en los peligros eminentes, para prevenir la ruina de su pueblo, los principes de las naciones y de las ciudades se mostrasen dispuestos á sacrificar á la cólera de los dioses á aquel de sus hijos que más amaban. Cada dia y por todas partes el hombre perdona al culpable, en favor del inocente que implora; por doquiera y todos los dias déjase enternecer por las oraciones de la virtud llorosa. Se ha creído por todas partes y siempre que el justo detiene los castigos, suspende el rayo de las venganzas, y hace inclinar la ba-

lanza de la misericordia. Se han ofrecido por todas partes y siempre sacrificios que sólo son en el fondo una substitucion, teniendo su razon de ser en la solidaridad humana, porque todo animal, toda criatura tiene alguna cosa de hombre. ¿Es, pues, admirable que el nuevo Adan nos transmita su vida regeneradora, despues que el primer Adan nos transmitió su vida corruptora? Si la desobediencia de Adan nos hizo pecadores, ¿por qué la obediencia de Jesucristo no podría hacernos justos? Condenados en Adan, aunque únicamente su naturaleza y no su personalidad fué la nuestra, ¿por qué no podríamos ser justificados por Jesucristo, que, conservando su personalidad divina, ha hecho suya nuestra naturaleza? ¿Por qué lo que tuvo lugar en el orden del mal, no podría tener lugar en el orden del bien? ¿Por qué la bondad no sería tan poderosa como la justicia?

Lo que la bondad, sin embargo, no puede hacer, es que los méritos de Jesucristo nos sean aplicados, individual y personalmente, por el solo hecho de su muerte, sin una cooperacion libre de nuestra parte. Tambien es necesario absolutamente que acabemos en nosotros lo que falta á la pasion de Jesucristo, por el cumplimiento de sus preceptos y consejos, por la imitacion de sus virtudes. Bajo este punto de vista ¿quién no admirará las almas generosas que, como los cartujos, los trapenses, los carmelitas, abrazan por estado voluntario el sufrimiento, para coimar en ellos y en los otros el alcance señalado por el gran apóstol? Desempeñan en el orden social la mision más alta y sublime, substituyéndose á los culpables y consagrándose por ellos. Se exalta al soldado que desafia el peligro y muere por su país; ¿cómo no admirar los mártires de la penitencia que hacen en el orden divino lo que los defensores de la patria en el orden moral? Preguntar de qué sirven estos héroes, cuando se cree en Dios, en el alma, en la libertad, en la caída, en la encarnacion, en la redencion, en el gran misterio del justo expiando por el culpable, es preguntar de qué sirve el mismo cristianismo.

¡Y cómo comprender también que se hayan revelado tanto contra el dogma católico de las indulgencias, que no son otra cosa que una aplicación más ó menos estendida de los méritos de Jesucristo, hecha por la Iglesia en virtud de las leyes de la reversibilidad y de la substitucion, con la condicion de que cooperemos á la obra de Jesucristo por alguna buena obra! (limitado del abate de Berseaux en su *Ciencia sagrada*.)

Capítulo trigésimo primero.—La presencia real del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y de vino.—Es el más espantoso de los misterios, porque parece prescular al espíritu tres grandes imposibilidades: 1.ª La transubstanciacion ó la conversion de la sustancia del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; 2.ª la presencia ó la concentracion, bajo el valdame de una molécula de pan y de vino, del cuerpo y de la sangre entera de Jesucristo; 3.ª la persistencia de los accidentes interiores y exteriores, visibles ó invisibles, aparentes ó no aparentes, de la sustancia del pan y del vino, despues que ha sido convertida en el cuerpo y la sangre de Jesucristo; 4.ª la presencia del cuerpo de Jesucristo en la hostia entera, y en cada una de sus partes separadas ó moléculas; 5.ª en fin, la multilocacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, ó sea su presencia simultánea, bajo cada una de las moléculas del pan y del vino, y en los lugares más distantes. Pero, de una parte, estas imposibilidades sólo lo son en el espíritu humano necesariamente limitado; de otra, los progresos modernos de las ciencias, lejos de confirmarlas, las hacen desvanecer más y más cada día.

Lo desconocido es el misterio con todas sus imposibilidades; lo conocido está fundado sobre el testimonio divino de Jesucristo y la declaracion infalible de su santa Iglesia, la presencia real del cuerpo y la sangre de Jesucristo, con transubstanciacion, con concentracion, con persistencia de los accidentes ó apariencias del pan y del

vino, con fragmentacion de las especies sin fragmentacion del cuerpo y sangre de Jesucristo, con disimulacion completa de los accidentes, apariencias ó propiedades del cuerpo y sangre de Jesucristo, con multilocacion, etc., etc. En otros términos, lo desconocido es: 1.ª la esencia de la materia, la esencia del cuerpo ó lo que constituye su sustancia propia, la molécula, ó lo que es tal que, cuando se le tiene, se posee la sustancia del cuerpo todo entero, que cuando se tiene sólo una parte, la sustancia del cuerpo no está en su integridad; 2.ª la naturaleza real de los accidentes, especies, propiedades y apariencias de la materia y de los cuerpos; 3.ª los diversos estados bajo los cuales puede existir un cuerpo en sí mismo, ó relativamente al tiempo, lugar, etc., etc. Pues bien, todas estas cosas son, segun confesion de los más sábios, incógnitas, misterios inaccesibles, impenetrables; luego seria absurdo argüir de estas incógnitas y de estos misterios para poner en duda el hecho incontestablemente revelado y divino de la presencia real. Al contrario, la sana razon nos obliga á concluir de los hechos revelados é incontestables de la Eucaristia á la naturaleza verdadera, aunque inaccesible en la apariencia, de la materia y de los cuerpos. Luego: I. Es de la esencia de un cuerpo que pueda, ayudando el milagro, encontrarse en estados muy diferentes; estado natural ó material; estado de cuerpo glorificado, espiritualizado, participando en alguna suerte de las cualidades de los espíritus. II. Luego la sustancia de un cuerpo vivo puede ser concentrada en un espacio en alguna manera indivisible. III. Luego un cuerpo puede estar realmente presente sin su amplitud natural y sin sus accidentes ó propiedades específicas. IV. Luego los accidentes de un cuerpo pueden ser fragmentados, y sus cualidades específicas pueden dejar de ser, sin que el cuerpo deje de estar todo entero en cada uno de sus fragmentos. V. Luego la multilocacion nada tiene de absurdo ó de imposible, y un cuerpo puede existir en un numero cualquiera de lugares á la vez.

¡Y cómo comprender también que se hayan revelado tanto contra el dogma católico de las indulgencias, que no son otra cosa que una aplicación más ó menos estendida de los méritos de Jesucristo, hecha por la Iglesia en virtud de las leyes de la reversibilidad y de la substitucion, con la condicion de que cooperemos á la obra de Jesucristo por alguna buena obra! (limitado del abate de Berseaux en su *Ciencia sagrada*.)

Capítulo trigésimo primero.—La presencia real del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y de vino.—Es el más espantoso de los misterios, porque parece prescular al espíritu tres grandes imposibilidades: 1.ª La transubstanciacion ó la conversion de la sustancia del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; 2.ª la presencia ó la concentracion, bajo el valdame de una molécula de pan y de vino, del cuerpo y de la sangre entera de Jesucristo; 3.ª la persistencia de los accidentes interiores y exteriores, visibles ó invisibles, aparentes ó no aparentes, de la sustancia del pan y del vino, despues que ha sido convertida en el cuerpo y la sangre de Jesucristo; 4.ª la presencia del cuerpo de Jesucristo en la hostia entera, y en cada una de sus partes separadas ó moléculas; 5.ª en fin, la multilocacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, ó sea su presencia simultánea, bajo cada una de las moléculas del pan y del vino, y en los lugares más distantes. Pero, de una parte, estas imposibilidades sólo lo son en el espíritu humano necesariamente limitado; de otra, los progresos modernos de las ciencias, lejos de confirmarlas, las hacen desvanecer más y más cada día.

Lo desconocido es el misterio con todas sus imposibilidades; lo conocido está fundado sobre el testimonio divino de Jesucristo y la declaracion infalible de su santa Iglesia, la presencia real del cuerpo y la sangre de Jesucristo, con transubstanciacion, con concentracion, con persistencia de los accidentes ó apariencias del pan y del

vino, con fragmentacion de las especies sin fragmentacion del cuerpo y sangre de Jesucristo, con disimulacion completa de los accidentes, apariencias ó propiedades del cuerpo y sangre de Jesucristo, con multilocacion, etc., etc. En otros términos, lo desconocido es: 1.ª la esencia de la materia, la esencia del cuerpo ó lo que constituye su sustancia propia, la molécula, ó lo que es tal que, cuando se le tiene, se posee la sustancia del cuerpo todo entero, que cuando se tiene sólo una parte, la sustancia del cuerpo no está en su integridad; 2.ª la naturaleza real de los accidentes, especies, propiedades y apariencias de la materia y de los cuerpos; 3.ª los diversos estados bajo los cuales puede existir un cuerpo en sí mismo, ó relativamente al tiempo, lugar, etc., etc. Pues bien, todas estas cosas son, segun confesion de los más sábios, incógnitas, misterios inaccesibles, impenetrables; luego seria absurdo argüir de estas incógnitas y de estos misterios para poner en duda el hecho incontestablemente revelado y divino de la presencia real. Al contrario, la sana razon nos obliga á concluir de los hechos revelados é incontestables de la Eucaristia á la naturaleza verdadera, aunque inaccesible en la apariencia, de la materia y de los cuerpos. Luego: I. Es de la esencia de un cuerpo que pueda, ayudando el milagro, encontrarse en estados muy diferentes; estado natural ó material; estado de cuerpo glorificado, espiritualizado, participando en alguna suerte de las cualidades de los espíritus. II. Luego la sustancia de un cuerpo vivo puede ser concentrada en un espacio en alguna manera indivisible. III. Luego un cuerpo puede estar realmente presente sin su amplitud natural y sin sus accidentes ó propiedades específicas. IV. Luego los accidentes de un cuerpo pueden ser fragmentados, y sus cualidades específicas pueden dejar de ser, sin que el cuerpo deje de estar todo entero en cada uno de sus fragmentos. V. Luego la multilocacion nada tiene de absurdo ó de imposible, y un cuerpo puede existir en un numero cualquiera de lugares á la vez.

Añado que si escuchásemos el buen sentido, veríamos, en estas cinco nuevas propiedades de la materia y de los cuerpos, conquistas imprevistas, que la razón y la ciencia deberían agradecer muchísimo á la Revolución, tanto más que los progresos incansantes de la razón y de la ciencia las justifican ya casi plenamente ó tienden á justificarlas más y más.

Esto es lo que vamos á demostrar muy brevemente después que hayamos pedido á la Revelación, á la santa Escritura, á la tradición, á la enseñanza infalible de la Iglesia católica, apostólica, romana, pruebas irrefragables de la presencia real, bajo las especies eucarísticas, del cuerpo, de la sangre, del alma, de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Promesa de la divina Eucaristía.—JUAN, c. vi: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto; pero en verdad, en verdad os digo, Moisés no les dió el verdadero pan del cielo. Mi Padre dá únicamente el verdadero pan del cielo, porque el verdadero pan del cielo, ES EL QUE HA DESCENDIDO DEL CIELO, Y EL QUE DÁ LA VIDA AL MUNDO.—Señor, dadnos de este pan.—Yo soy este pan bajado del cielo... De tal suerte que el que coma de este pan no morirá. Vivirá eternamente... Y EL PAN QUE DARÉ ES MI CARNE QUE DENO ENTREGAR POR LA VIDA DEL MUNDO.—¿Cómo este hombre podrá darnos á comer su carne?—En verdad, en verdad os digo, SI NO COMIERIS LA CARNE DEL HIJO DEL HOMBRE Y NO BEBIERIS SU SANGRE, NO TENDRIS LA VIDA EN VOSOTROS... PORQUE MI CARNE ES VERDADERAMENTE UN ALIMENTO Y MI SANGRE UNA BEBIDA. Aquel que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él. Así como el Padre que me ha enviado es la misma vida, y yo por él tengo la vida, así también EL QUE ME COMA tendrá la vida por mí.—ESTA PALABRA ES DEMASIADO DURA y ¿QUIÉN PODRÍA ACEPTARLA? Muchos se retiraron y no fueron de allí en adelante con él.—Jesús dice á los doce: Y vosotros, ¿queréis también abandonarme?—Señor, esclama Pedro, ¿á quién iríamos? Tú tienes las palabras de la vida eterna... Nosotros hemos creído, y

hemos conocido que eres el Cristo, Hijo de Dios...» Nosotros preguntamos á todo espíritu razonable y no prevenido; si se hubiese tratado no de la presencia real, no de comer su cuerpo y de beber su sangre, sino de comunicar solamente por él con un símbolo de su cuerpo y sangre, Jesucristo, la honradez y la verdad infinitas, que tenía una sed ardiente de la salvación de las almas, ¿no se hubiera apresurado á disipar el escándalo causado por sus afirmaciones, á borrar la impresión irriante de una comida carnal que se había apoderado de todos los espíritus? ¿Hubiera dejado alejarse y abandonarle para siempre á muchos discípulos, cuyo solo error ó única falta había sido tomar demasiado al pié de la letra que mata sus misteriosas palabras? Luego, tratábase en esta promesa de la presencia real, de la comida real de su carne espiritualizada, sacramentada.

Institución de la divina Eucaristía.—«Sabido Jesús que había llegado la hora de que pasase de este mundo á su Padre, como había amado á los suyos, los amó hasta el fin, hasta el exceso. Levantándose de la mesa, despojóse de sus vestidos, y habiendo ceñido sus lomos con un lienzo, puso agua en un lebrillo y comenzó á lavar los piés á sus apóstoles. Cuando acabó, tomó sus vestidos y volvió á la mesa... «Mientras comían, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos diciendo: Tomad y comed, ESTE ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía... Del mismo modo, tomando la copa, dió gracias á Dios y se la dió diciendo: Bebed todos, ESTA ES MI SANGRE, la sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos, en remisión de los pecados.»

Jesucristo había dicho: «El pan que daré es mi carne que entregaré por la salvación del mundo; el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida en él; porque mi carne es verdaderamente un alimento y mi sangre es verdaderamente una bebida.» Y lo que había prometido Jesucristo se realizó. «TOMAD Y COMED, ESTE ES MI CUERPO; TOMAD Y BEBED, ESTA ES MI SANGRE!»

Evidentemente el contexto, la energía de las espresiones, la claridad de cada una de las palabras tomadas separadamente ó en su conjunto, apartan toda idea, toda posibilidad, toda alusión á una metáfora, á un símbolo, á una figura, á una imagen sin la realidad. Melancton decia: «Estas palabras son brillantes como la luz del rayo. El espíritu aterrorizado nada tiene que objetarles.»

«Y esta revelación hecha directamente á san Pablo por el Señor Jesús! «La noche misma que debía ser entregado, tomó pan, lo partió, y dando gracias á Dios, dijo á sus discípulos: Tomad y comed, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros.... Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre... Todas las veces que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor.» Cualquiera que coma este pan ó beba este cáliz indignamente, será culpable de la profanación del cuerpo y de la sangre de Jesucristo... come y bebe su juicio, no haciendo discernimiento del cuerpo del Señor.» Estas palabras evidentemente sólo tienen sentido, siendo la Eucaristía una realidad viva y divina. De este modo han sido comprendidos el Evangelio y san Pablo por la tradición toda entera y por la santa Iglesia católica, apostólica, romana, reunida en concilios generales ó particulares, y á la cual únicamente pertenece definir el sentido verdadero de las divinas Escrituras y de la tradición.

El concilio de Reims, en el siglo xi, impuso á Berenguer, que fué el primero que infirmó el dogma de la presencia real, esta fórmula de fe: «Creo de corazón y confieso de boca, que, por la fuerza de las palabras de la consagración, el pan y el vino que están sobre el altar son convertidos substancialmente en la carne propia y vivificante y en la sangre de Jesucristo. Creo que, despues de la consagración, es el verdadero cuerpo de Jesucristo, nacido de la Virgen María, ofrecido sobre la cruz por la salvación del mundo, y está sentado á la diestra del Padre; que es su verdadera sangre salida de su costado; y que todos estos misterios no son solamente señales, sino que exis-

ten en propiedad de naturaleza y en verdad de substancia.» Y el santo concilio de Trento: «Si alguien negare que en el sacramento de la Eucaristía estén contenidos verdadera, real y substancialmente, el cuerpo y la sangre de Jesucristo, con su alma y su divinidad.... Si alguien pretendiere que en este sacramento el Salvador se encuentra solamente como en una señal, en una figura, ó por efectos maravillosos, sea anatema.» (Sesion XIII, cap. XIV, decreto 1.)

«El dogma de la presencia real, decia Leibnitz, aunque protestante, ha sido siempre admitido por la antigüedad cristiana. Salvo los reformados, la unanimidad de las Iglesias es tal sobre este punto, y tan perfectamente establecida, ó más bien afirmada, que jamás se podrá demostrar nada contra este género de verdades.»

¿Y cómo admitir que, durante quince siglos, los más grandes santos, los más sabios doctores hayan podido desatinar sobre este punto tan capital, y adoptar tan monstruosas creencias! Porque, si la Eucaristía no es una verdad, es la más grosera de las idolatrías, el más vergonzoso de los fetichismos. Pretender que los Apóstoles, que los Ambrosios, los Agustines, los Gregorios, los Crisóstomos, los Tomás de Aquino, los Franciscos de Sales, los Bossuet, los Fenelon, se han engañado indignamente, sería equivalente á abjurar el cristianismo, y pretender que la humanidad ha sido el juguete, durante siglos, de la más estúpida truhanería. ¿Qué argumentación, además, podria producir, sobre un espíritu que la incredulidad no ciega, un efecto comparable al espectáculo de un millon de pontífices sabios y venerables, de sacerdotes instruidos y piadosos, que, cayendo cada día de rodillas, elevan hácia el cielo, con sus puras manos, en un sentimiento profundo de adoración y de amor, la hostia y el cáliz que las palabras santas han consagrado?

Mostremos ahora cuán grande es la afinidad de los datos de la ciencia más avanzada con los datos y las exigencias eucarísticas.

1.º *Esencia de la materia.*—Lo hemos probado superabundantemente: cuantos más progresos hacen las ciencias de raciocinio y de observación, más tienden invenciblemente á hacernos admitir que la materia, bjo cualquier forma que nos aparezca, se reduce, en último análisis, por doquiera y siempre, á átomos ó puntos inextensos, á monadas sin dimensiones, perfectamente idénticas—las unas con las otras, inertes, esto es, incapaces, ya sea de darse ellas mismas el movimiento, ya de perderlo por sí mismas cuando lo han recibido.

2.º *La esencia ó la substancia de los cuerpos.*—Se tienen que distinguir en la materia y en los cuerpos tres cosas: el átomo ó los átomos, la molécula simple ó substancia de los cuerpos simples, la molécula compuesta ó substancia de los cuerpos compuestos, formada de la combinación de dos ó muchas moléculas de cuerpos simples. Sentado esto, la substancia de un cuerpo cualquiera, lo que es tal que cuando se la tiene se tiene el cuerpo, que cuando sólo se tiene una parte de ella, no se tiene el cuerpo, es la molécula, resultado de la combinación de un cierto número de átomos, si se trata de un cuerpo simple, de moléculas simples ó grupos de moléculas simples, si se trata de un cuerpo compuesto. Hemos admitido que la molécula ó substancia de los cuerpos simples, de los elementos, es, según la expresión de Herschell, un artículo manufacturado, una verdadera creación divina. Admitimos voluntariamente con la Escuela que está constituida por dos cosas, su MATERIA, los átomos de que está compuesta, que por sí mismos la dejarían indeterminada, y su FORMA, cierta cosa análoga á los espíritus, que la determina, que la limita, que la hace subsistir por sí misma, que la dá su supuesto. La molécula ó substancia de los cuerpos compuestos es el resultado, el producto de la combinación de los cuerpos simples, bajo la acción ó el influjo de las fuerzas de la naturaleza. Es constituida también por su materia, que no es otra cosa que la de los componentes, y por su forma particular, individual.

La Escuela tomista pretende que, en el acto de la combinación, las moléculas simples pierden su forma propia é individual. La Escuela escotista admite que las moléculas simples conservan su forma propia é individual, aunque informadas en su conjunto por la forma propia del compuesto. Cada uno de los dos sistemas tiene su probabilidad; pero el segundo es tal vez más probable, está más en armonía con los datos de las ciencias modernas, las que tienden á hacer admitir que las moléculas componentes conservan en la combinación su individualidad y sus propiedades esenciales.

Se tiene que admitir además que los átomos ó las moléculas de los cuerpos tienen cierta actividad, ó sea lo que Faraday llamaba *centros de fuerza*. No pienso así; admito sin trabajo que todos los fenómenos de la naturaleza inorgánica se esplican por la materia y el movimiento ó por la materia en movimiento. En todo caso, la ciencia moderna está unánime en admitir con M. Dumas esta proposición general: pueden considerarse todos los fenómenos físicos y químicos como debidos á la acción de ciertas fuerzas aplicadas á mover moléculas de materia inerte por sí mismas.

La molécula ó la substancia del cuerpo no es de ningún modo lo que nos aparece en el cuerpo, no es la amplitud ó el volumen, ni el color, ni el gusto, etc. La molécula de agua ó la substancia del agua no cambia de ningún modo con el estado del agua; es la misma en el agua sólida ó helada, que en la líquida, que en el agua en estado gaseoso. La molécula tiene una amplitud, un volumen, pero este volumen es infinitamente ó, mejor dicho, extremadamente pequeño, mucho más de todo lo que podemos imaginar. Muchos sabios creen haber probado que el número de moléculas contenidas en un milímetro cúbico de agua está espesado por un número mayor que la unidad seguida de veinte ceros. Pero, por pequeño que sea el volumen de la molécula, en razón de la inextensión absoluta de las monadas ó átomos, es apta para dar sitio, en un caso

de concentracion misteriosa, á los innumerables átomos ó moléculas de un cuerpo cualquiera, ó aun á los átomos y á las moléculas, en número indefinidamente grande, del mundo calero.

Lo *continuo*, esencialmente estendido, no es imposible, ideal ó abstractivamente hablando, en el sentido que es absolutamente divisible en lo infinito ó en lo indefinido, y no compuesto de partes actualmente separadas en número infinito, lo cual sería absurdo. Pero lo continuo sólo es en realidad un sér de razon como la línea, la superficie, el volumen geométrico, como el tiempo y el espacio, y me ha parecido siempre que Dios no puede crearlo. En efecto, si lo crease, Dios sería en lo continuo; pues bien, no puede ser en lo continuo sin ser el mismo continuo y compuesto de partes distintas. Puede y debe decirse solamente que lo continuo está virtualmente en la simplicidad divina, como el tiempo en su eternidad, como el espacio en su inmensidad. Y porque lo continuo sólo sería, si era la esencia de la materia, una objeción insoluble contra el misterio de la presencia real, la ciencia debe necesariamente desistir. Si la materia se reduce, en último análisis, á puntos físicos, mónadas sin amplitud, nada impide que se pueda concebir que un cuerpo cualquiera, ó tambien el conjunto de todos los cuerpos, la materia toda del universo sea por un acto de la voluntad divina concentrada en un espacio tan pequeño como se quiera, ó aun en un punto indivisible, como es substancialmente, pero real y eminentemente en Dios. *In ipso sumus.*

3.º *Esencia ó substancia de un cuerpo organizado.*—Si se trata de un cuerpo organizado ó vivo, del cuerpo humano, por ejemplo, en esencia, su substancia, formada de moléculas y, en último análisis, de átomos, debe ser siempre definida, lo que es tal que cuando se la tiene ó se la ha concebido, se tiene ó se concibe el cuerpo organizado; que cuando sólo se tiene realmente ó por el pensamiento una parte, no se tiene el cuerpo organizado. ¿Qué es realmente esta substancia ó esta esencia del cuerpo humano?

¿Qué es su constitucion íntima, su volumen ó su amplitud? ¿Dios sólo lo sabe! Tal vez, ya lo hemos dicho en otra parte, toda la realidad del cuerpo humano preexistia en el gérmen viviente que el alma ha venido á informar. Oponer, pues, el volumen del cuerpo de Jesucristo á su presencia real en el lugar ocupado por una molécula de pan, es mentir á la ciencia verdadera ó adquirida, ó al menos es abusar de la ciencia y hacerle sacar argumento de lo que ignora.

4.º *Los diversos estados de un cuerpo.*—Los estados de un cuerpo cualquiera de la naturaleza son muy multiplicados. Casi todos los cuerpos pueden ser sucesivamente en el estado sólido, líquido ó gaseoso. El cuerpo organizado ó viviente, está, antes que todo, en el estado de gérmen ó embrión; se desarrolla en seguida bajo la accion ó la direccion del sér simple que lo informa y hace subsistir, por la asociacion de partes ó moléculas adventicias que se suceden y reemplazan constantemente, sin que el cuerpo pierda un instante su identidad, ó lo que constituye su substancia propia ó individual. Más tarde, sólo será un cadáver primero inanimado, despues en descomposicion, luego, en fin, ceniza ó polvo. Si se trata del cuerpo humano, la tradicion y la revelacion nos enseñan que no se limita en esto todavía su evolucion. Jesucristo nos ha prometido la resurreccion en el último día, y su propia resurreccion es la prenda asegurada de la nuestra. El cuerpo de Jesucristo resucitado, tipo de lo que serán los nuestros, está en alguna manera espiritualizado, pues que penetra á través de los cuerpos impenetrables el aire y la luz. Y sin embargo, cuando quiera, se halla con los accidentes de los cuerpos vivos. Jesucristo resucitado comia con sus apóstoles miel y pescado; enseñaba á santo Tomás las llagas de sus manos y de su costado, se las hacia tocar con el dedo y con la mano. San Pablo, directamente inspirado por Jesucristo, nos dice á su vez: «Nosotros resucitaremos todos... El cuerpo es sembrado en la corrupcion, resucitará en la incorruptibilidad; es sembrado en la abyeccion, resucita-

rá en la gloria: es sembrado en la debilidad, resucitará en la fuerza; es sembrado animal, resucitará espiritual. Las propiedades inefables de este cuerpo espiritualizado serán: impassibilidad, santidad, agilidad, claridad, etc.

Sentado esto, enseñamos la fe que el cuerpo de Jesucristo está presente en la santa Eucaristía real y substancialmente, mas probablemente bajo cada molécula del pan y del vino, no á la manera propia de los cuerpos, con sus volúmenes, sus pesos, sus accidentes ó propiedades naturales, sino incorporalmente, á la manera de los átomos ó moléculas que constituyen la substancia del cuerpo glorificado. Aunque condensados bajo el volumen de una molécula del pan ó del vino, los átomos y las moléculas del cuerpo glorioso de Jesucristo permanecen distintos los unos de los otros, no sufren confusión alguna; constituyen su cuerpo verdadero con su sangre, su alma y su divinidad.

5.º *Los accidentes del cuerpo.*—Por lo mismo que la substancia del cuerpo consiste esencialmente en el agregado de sus átomos constituyentes, la estension no le es esencial, como no lo son tampoco sus propiedades físicas, químicas, organolépticas, etc. El mayor número de sabios admiten hoy que los efectos ejercidos por los cuerpos sobre nuestros sentidos, encuentran suficiente explicacion en la hipótesis que hace de los átomos ó de las moléculas de los cuerpos, centros inextensos de fuerza ó de accion á distancia; ó aun en los movimientos de que estos átomos ó moléculas están primitivamente dotados ó accidentalmente animados. La estension resultaria de la distancia entre los centros de fuerza, inextensos y activos (al menos por el movimiento que es para ellos una segunda esencia). La impassibilidad tendria su razon de ser en la reaccion opuesta por los centros de fuerza á los átomos ó á las moléculas que tienden á aproximarse á ellas. Si, contrariando á las doctrinas científicas admitidas actualmente, los átomos y las moléculas de los cuerpos fuesen esencialmente estensos, ó formasen núcleos continuos, su densi-

dad seria necesariamente infinita, su impenetrabilidad absoluta, su condensabilidad nula; entonces, y entonces solamente el dogma de la presencia real levantaria objeciones mucho más graves, de suerte que la ciencia moderna está completamente en armonia con la fe.

6.º *Transubstanciacion.*—Es de fe que, en la Eucaristía, la substancia del pan y la del vino son cambiadas en la substancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y que despues de la consagracion, sólo queda, de las especies ó substancias del pan y vino, los accidentes ó apariencias. Este dogma misterioso es claramente definido, por el canon II, seccion XIII del concilio de Trento: «Si alguno dijere que en el santísimo sacramento de la Eucaristía, la substancia del pan y del vino permanece junto con el cuerpo y la sangre de Jesucristo Nuestro Señor, y negare esta admirable y singular conversion de toda la substancia del pan en el cuerpo, de toda la substancia del vino en la sangre de Jesucristo, permaneciendo únicamente las especies, accidentes ó apariencias del pan y del vino, cuya conversion llama la Iglesia con el nombre muy propio de transubstanciacion, sea anathema.» Solas las substancias del pan y vino se cambian en la substancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. Son, pues, solamente las substancias del cuerpo y de la sangre del Salvador, y no las dimensiones de este cuerpo y de esta sangre, no sus accidentes ó apariencias, las que están presentes bajo las apariencias ó accidentes del pan y vino. El cuerpo y la sangre de Jesucristo están allí en donde estaban las substancias del pan, esto es, bajo cada molécula del pan y del vino transubstanciada. Y aunque todos los átomos componentes del cuerpo de Jesucristo estén reunidos en un espacio casi indivisible, están en él sin confusion, perfectamente distintos y separados el uno del otro. Si toda comparacion no fuese defectuosa bajo ciertos aspectos, diriamos que están en él, como toda la superficie del sol, con sus accidentes, sus manchas, sus fáculas, sus gránulos, su calor, y su luz está

presente en el foco infinitamente pequeño de un lente de aumento; como un paisaje inmenso con todos sus accidentes y detalles es reproducido clara y distintamente en la imagen fotomicroscópica, en que su lente poderoso nos lo hace encontrar en toda su armonía. Y porque, dice santo Tomás, cuando diversas cosas están estrecha e indivisiblemente unidas, por todas partes en que se encuentran las unas deben encontrarse las otras, también el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad de Jesucristo viviendo en el cielo, se encuentran al mismo tiempo y por concomitancia bajo cada molécula del pan ó del vino transubstanciada.

Bossuet dice en términos magníficos: «Jesucristo en la Eucaristía está tan idéntico al cuerpo humano por su substancia y tan diferente por sus cualidades, que se puede decir que es en ella uno y que no lo es, bajo diversos aspectos; en un sentido y considerando sólo de él la substancia, es el mismo cuerpo de Jesucristo nacido de María; pero que en otro sentido, y mirando únicamente las maneras, es otro que se hace Él mismo por su palabra.»

No podría negarse que el dogma de la unidad de materia de todos los cuerpos del universo, de la identidad intrínseca de los átomos ó últimos elementos inextensos, en los cuales se descomponen, es un paso inmenso hácia el misterio de la transubstanciación.

7.ª *La multilocación.*—No hoy evidentemente más contradicción en afirmar que el cuerpo de Jesucristo está simultáneamente presente en el cielo y en todas las hostias consagradas, que en afirmar que Jesucristo está todo entero bajo cada una de las moléculas de una hostia consagrada. El lugar es un ser de razón que sólo tiene realidad virtual en la inmensidad divina, y realidad actual en el cuerpo que lo ocupa. ¿Por qué Dios que está presente en todos los lugares no podría crear en el lugar A el sér que ya ha creado ó que creará en el lugar B? ¿Por qué no hará participar su sér á la vez, de la misma manera, en el mismo grado, en muchos lugares A y B? El lugar A no cesaría de

ser distinto del lugar distante B, aun cuando estos dos lugares fuesen constituidos por la presencia de un mismo cuerpo, que los ocuparía á todos dos. Hemos ya establecido que el Sér infinitamente perfecto debe poseer todas las perfecciones perfeccionantes de los seres reales, ó aun morales, como la autoridad. Pues bien; es de la esencia de la autoridad hacerse participar donde ella quiere, crear por todas partes y donde le place gobernadores, alcaldes, jueces, etc., multilocarse, en una palabra: luego Dios, con mucha más razón, debe tener el poder de la multilocación de sus criaturas.

La transubstanciación es una especie de creación, y la tradición toda entera compara las palabras de la consagración al *fiat lux* creador; nada, pues, impide que operen la multilocación, como lo haría la creación, si Dios quisiese.

Los anales de la Iglesia nos ofrecen hechos de multilocación. San Francisco Javier defendiendo del naufragio, del hambre y de la sed, á la vez, los equipajes de dos navíos muy distantes el uno del otro. En tiempos muy cercanos á los nuestros, casi contemporáneos, san Alfonso de Liguorio estuvo presente á un mismo momento en un sillón de su palacio episcopal y á la cabecera del lecho del papa Clemente XIV, al que asistió en su agonía.

Concluamos: lejos de contradecir á la razón, el misterio de la divina Eucaristía completa al contrario la razón, revelándonos numerosas propiedades de la materia y de los cuerpos, ya sean naturales, ya sean sobrenaturales, y que pueden ser milagrosamente comunicadas.

Y, pues que invocamos aquí el milagro, añadamos que la historia eclesiástica está llena de milagros, atestiguan-
do la presencia real de Jesucristo bajo las santas especies: los ciborios ó ostensorios suspendidos en el aire, el divino Infante Jesús mostrándose visible en el centro de la hostia, las hostias permaneciendo incorruptibles ó que el fuego respeta, las gotas de sangre que corren de una hostia partida de una cuchillada, etc., etc. Una especie de

milagro todavía en favor de la presencia real, es que los más impíos, requeridos á que en prueba de su incredulidad pisoteen la santa hostia, ó derramen la sangre del cáliz, rehúsan hacerlo obstinadamente. Creen á pesar suyo, y la majestad de Dios oculto bajo las apariencias eucarísticas les hace temblar.

En realidad, la Eucaristía es en sí misma un milagro extraordinario, continuación ó renovación de la Encarnación y de la Redención, lo sobrenatural en su supremo poder, el resumen, en una palabra, de todos los misterios y de todos los milagros; domina todo el cristianismo, es el sol de la Revelación.

Monseñor Landriot, en su bello libro, *la Eucaristía*, página 202, dice admirablemente: «Cuánto me gusta ver al Verbo de Dios, dominando sobre toda la creación, bañando todos los seres, como un fluido generador y todo poderoso, teniendo la facultad, no solamente de crear, sino de modificar, de cambiar, de transformar, de multilocar todas las substancias, todos los seres que tiene en su mano, como un físico todopoderoso que tuviera un derecho ilimitado de vida, muerte y permutación sobre todos los elementos sometidos á su acción soberana! Y cuando vosotros me haceis pequeñas objeciones de una menudada razón, me parece ver á un niño que planta sobre la playa y no sé qué castillo de naipes á manera de dique, y que manda á la mar que no lo salve, cuando viene imponente, majestuoso, en toda la plenitud de su fuerza, elevada como una montaña flotante, y caminando como un ejército que no sabe retroceder.

Capítulo trigésimo segundo.—Armonía de la libertad con el concurso divino, natural y sobrenatural, la presciencia divina, la gracia y la predestinación.—Ser libre es querer una cosa con el poder de no quererla... la facultad de escoger entre esto y aquello, y de determinarse por esto ó aquello, después de una deliberación... Ved por qué lo llamamos libre arbitrio: su recto sentido es la elección. Que

el hombre delibera, escoge, se determina, es dueño de sus acciones, es lo que la Revelación nos enseña de una manera precisa. Aun después de la caída, Dios decía á Caín: «Tus inclinaciones te serán sumisas, y tu podrás siempre dominarlas.» (Genes. IV. 7). Al acabar de intimar al pueblo hebreo la voluntad de Dios, Moisés decía: «La ley que os impongo, no es sobre vosotros, ni lejos de vosotros. Está cerca de vosotros, en vuestra boca y en vuestro corazón, á fin de que la cumpláis... Llamo hoy por testigos al cielo y la tierra, que os he propuesto el bien y el mal, las bendiciones ó las maldiciones, la vida ó la muerte... Escoged, pues, la vida» (Deuter. XXX). El autor del *Helicidástico* dice á su vez (XVIII, 14): «Desde el principio creó Dios al hombre y le puso su suerte en las manos. El hombre tiene ante sí el bien ó el mal, la vida ó la muerte; lo que escogerá, le será dado.» Todas las páginas de las santas Escrituras, del Antiguo y Nuevo Testamento, proclaman resueltamente que el hombre es libre. Vemos sin cesar á Dios quejarse de sus abandonos y rebeldías, reprenderles las resistencias á su voluntad, dirigirles tiranos llamamientos, hacerles proposiciones de vida ó muerte, amenazas de castigo ó promesas de recompensa, etc., etc. ¿Por qué todo esto, si no tuviéramos la elección, la libertad de nuestras acciones?

La tradición y los Concilios han enseñado constantemente que la voluntad permanece libre, perfectamente libre, frente á frente de la presciencia divina ó de la predestinación, bajo la influencia de la acción divina sin la cual no habría en ella acción humana, bajo la influencia de la acción sobrenatural de la gracia, etc. «Sea anatema aquel que dijere que el libre arbitrio del hombre ha sido perdido y extinguido desde el pecado de Adán, y que sólo es un vano nombre, una ficción introducida en la Iglesia por Satanás.» (Concilio de Trento, ses. IV, cánón V). «Sea anatema aquel que dijere que el libre arbitrio del hombre, movido y excitado por Dios no coopera en nada, consintiendo á la gracia que lo excita y llama, que no pue-

de rehusar su consentimiento si quiere, sino que, como un ser inanimado, no hace absolutamente nada y es absolutamente pasivo.» (Cánon XX). «Anatema á aquel que dijere que no está en el poder del hombre seguir sus malos caminos, sino que Dios obra el mal como el bien, no solamente permitiéndolo, sino propiamente y por Él mismo, de tal suerte que la traición de Judas sea tanto su obra como la vocación de Pablo.» (Cánon VI.)

El testimonio de la razón es forzosamente conforme al de la Escritura, de la tradición y de los Concilios; porque no se trata aquí de una de estas verdades inaccesibles, en las cuales debemos contentarnos con la palabra de Dios. Consultad vuestra naturaleza, invocad vuestra experiencia; de las dos partes recibiréis idéntica respuesta: nosotros somos libres. Si no lo fuésemos, pensaríamos todos de la misma manera y en las mismas circunstancias, y por una consecuencia inevitable, obraríamos todos de la misma manera. Pues bien, nada de esto hay. El libre arbitrio se ve en el estudio de nuestras facultades y se sienten en todas nuestras acciones. Siéntese además después de la acción, cuando nuestra alma está vanidosa y satisfecha del bien que ha hecho, confusa ó temerosa del mal de que no ha sabido preservarse.

El lugar que ocupa la libertad humana en las creencias, en las preocupaciones, en el lenguaje, en el respeto del género humano todo entero, hasta para hacérsela venerable y sagrada. Suprimid el libre arbitrio y todo se hará inexplorable, ridículo, odioso, en la vida teórica y práctica de los pueblos. Tratad de explicar sin él la historia y los monumentos, los elogios entusiastas, las indignas deshonras, escritas ó grabadas... No podréis... Querer lo que se podía no querer, no querer lo que se podía querer, la virtud y la gloria, el crimen y la degradación... todo está allí... Si el hombre obedece á la fatalidad, nada más odioso que la pompa hipócrita de que se le rodea para imputarle su crimen ó su virtud, para recompensarle ó castigarle.

Hemos visto, en el tomo II, lo que la falsa ciencia opone á esta doctrina del buen sentido, del sentido común y de la fe. Una duda en teoría, pero la tolerancia en la práctica; una negación brutal, la afirmación insensata de la necesidad absoluta de los actos humanos, un determinismo ciego de las inteligencias individuales y nacionales...

La libertad humana en todas las condiciones de la vida, frente á la presciencia divina, bajo la acción y el gobierno soberano de Dios, bajo la influencia todopoderosa de la gracia, bajo el peso del dogma abrumador de la predestinación, es, pues, un dato cierto, lo conocimo en su más alto poder, que no se puede negar sin locura y sin crimen. Lo desconocimo al contrario y el misterio son el colmo de la armonía del libre arbitrio con la presciencia divina, con el gobierno divino, la gracia y la predestinación, etc., que son á su vez verdades ciertamente conocidas. Y la razón nos obliga á deducir, de la coexistencia de estos dos órdenes de verdades ciertas, su armonía plena y entera, aun cuando esta armonía ó el cómo de esta armonía permaneciesen inaccesibles á nuestra inteligencia. «La primera regla de nuestra lógica, dice Bossuet, es que no se tienen que abandonar jamás las verdades, una vez se han conocido, por dificultades que sobrevengan para conciliarlas, sino que al contrario hay que mantener siempre fuertemente los dos extremos de la cadena, aunque no se vea siempre el medio por donde el encañamiento se continúa... (Tratado del libre arbitrio, capítulo IV). Qué admirable lenguaje! jamás hemos cesado de hacernos su eco. Tenemos en una mano los dogmas de la soberanía divina, de la presciencia divina, de la necesidad y de la eficacia de la gracia; en la otra el dogma del libre arbitrio. Es posible que el nudo invisible que une las dos cosas sea mal hecho por las opiniones, pero estad convencidos que Dios ha hecho y ha hecho bien el lazo...»

Basta probar que la razón iluminada por la fe arroja bastante luz sobre estas cuestiones misteriosas para hacer desvanecer hasta la sombra de la contradicción.

1.º *El libre arbitrio y el gobierno ó concurso divino.*—Se tiene que admitir necesariamente que Dios que nos ha dado el ser en que somos, nos movemos, vivimos, no puede permanecer inactivo en las determinaciones libres de nuestra voluntad. Seria irracional atribuirles lo que vale menos, esto es, el ser, quitándole lo que vale más, esto es, el bienestar y el bien vivir, dice Bossuet. Su soberanía se ejerce, pues, sobre nuestras decisiones al mismo tiempo que las dirige ó provoca por su ley. También la Escritura no vacila en decir que Dios obra en nosotros el querer y el ejecutar (Filip. II, 13). Es inútil decir que esta operación de Dios sobre un sér libre no es la misma que sobre un sér puramente pasivo; que es proporcionada á nuestra naturaleza y deja intacta nuestra libertad. ¿Cómo? Algunos pretenden que Dios se contenta con su concurso general, concurso aplicado simultáneamente á todos los séres. Obrando, cada uno lo particulariza y determina según su naturaleza, de tal suerte que el acto producido es el acto de Dios al mismo tiempo que el acto del hombre. Este concurso sería como el del vapor que saliendo del generador va á animar los motores de todo género; ó como la irradiación solar que comunica á todos los séres las condiciones de su existencia. Como todo agente, la libertad toma su parte del concurso divino, se lo apropia, lo determina. Este concurso se reduciría por ella á esto, que Dios quiere de toda eternidad cumplir con ella el acto que ella misma quisiera producir á su gusto. Ved que no es difícil concebirlo. En este sistema el concurso divino nada tiene que esté en contradicción con la libertad; pero parece que suprime demasiado la soberanía absoluta de Dios y no debe irse tan lejos. No somos todos los días testigos del hecho que la palabra humana, por la persuasión que ejerce, tiene una influencia directa sobre nuestras determinaciones, dejándolas completamente libres? Hace decir á millares de almas no solamente creo, sino quiero y quiero libremente... Pues bien, si el hombre tiene el poder de persuadir, inundándonos súbitamente con una viva luz, im-

primiéndonos sentimientos invencibles de alegría, tristeza, temor, amor; ejerciendo sobre nosotros una atracción victoriosa, que hace exclamar al alma: *Rabboni*, Maestro;... ¿cómo rehusaremos este poder á Dios?

Analizando la persuasión llegada á su último término, se descubre en ella dos actos distintos: el acto de una fuerza que provoca una determinación de la libertad y el acto de la libertad que se determina... Soy yo quien cedo á la persuasión, soy yo quien hago su eficacia... De donde se saca que Dios, si su soberanía se reduce á persuadir, no sería tan amo como puede y debe ser. Una grande escuela, la Escuela tomista, celosa hasta el exceso de las prerrogativas divinas, quiere que la soberanía absoluta de Dios consista en que sea causa primera de todas las cosas; que la determinación eficaz de tal ó cual acción sólo pueda tener lugar por su virtud... Esta virtud la hacen consistir los unos en el decreto eterno é infalible por el cual Dios quiere y predetermina cada uno de nuestros actos, los otros en una especie de toque misterioso que da el movimiento á nuestra actividad y la hace eficaz.

No hay que maravillarse de esta acción directa, porque Dios hace en nosotros el acto y su modo; hace que nosotros obremos, y que obremos libremente; hace que tomemos una determinación, y que esta determinación sea determinación propia. Y, añade santo Tomás, este concurso directo no hace en ninguna manera pesar sobre Dios la responsabilidad de nuestras malas acciones; porque no es á Dios, causa primera é indefectible de mis actos, sino á mi libre arbitrio rebelde al que es preciso atribuir mi pecado. Dios sólo es responsable de lo que hay de bien en el acto material del pecado; yo tengo toda la responsabilidad del mal moral.

En realidad, de estas tres opiniones tan diferentes sobre el concurso divino, las dos primeras, sobre todo, salvan suficientemente el honor de Dios y el honor de la libertad; el honor de Dios, que permanece dueño absoluto de todas las cosas, que nos tiene en su completa dependen-

cia, de quien tenemos que recibirlo todo, sin que tenga nada que recibir de nosotros; el honor de nuestra libertad, porque permanecemos amos de nuestras deliberaciones, de nuestras elecciones, de nuestras decisiones; porque la voluntad movida por Dios permanece siendo una fuerza activa, que coopera eficazmente, y no un instrumento inanimado puramente pasivo.

2.^o *La libertad y la presciencia divina.*—Es del todo cierto que en Dios y para Dios no hay ninguna sucesion, ni pasado ni porvenir, sino un presente eterno; que vé, comprende y quiere todo lo que ha sido, es ó será, por un sólo acto; que no hay en El presciencia, sino solamente creacion, como decía san Agustín: *Res non sunt in eo (Deo) futurae, sed presentes; et per hoc non sunt prescientia, sed tantum scientia dei potest.* En estas condiciones evidentemente, la lucha entre la presciencia y la libertad no existe.... El hombre no obra porque Dios lo vé obrar; sino que Dios vé al hombre obrando libremente, porque obra en efecto libremente. Dios no hace las cosas viéndolas, sino que las vé hechas. Quieren, lo que es imposible que haya para Dios, duracion sucesiva, presente, pasado, venidero y por lo tanto, presciencia; esta presciencia, aunque eterna, no será un obstáculo para la libertad porque es evidentemente no el principio, sino la consecuencia de nuestras acciones. No porque nuestras acciones han sido previstas como futuras, las haremos; al contrario, porque debemos hacerlas, Dios las ha previsto como futuras. Dios nada influye en una cosa, previendo que se verificará, como no influyera viéndola hacer. Yo veo á un navío caminar á velas extendidas hácia un escollo en que va á estrellarse; no porque yo haya previsto ó visto que iba á perderse, se ha perdido; lo he visto perdido porque iba á perderse. La presciencia divina, aunque infalible é infinitamente más perfecta que la del hombre, no influye más sobre nuestra determinacion que el acto por el cual se ve correr infaliblemente el navío sobre las rocas. La prevision no es más que la vision, no cambia la naturaleza de nuestros actos.

Es muy verdad que todo lo que Dios ha previsto acontecerá, pero acontecerá de la manera que Dios lo ha previsto. Lo que ha previsto como debiendo acontecer necesariamente, acontecerá necesariamente; y lo que ha previsto como debiendo acontecer libremente, acontecerá libremente.

La libertad y la gracia.—La doctrina católica sobre la gracia se resume en las proposiciones siguientes, que son verdades de fe. Dios quiere, con una voluntad antecedente, sería, sincera y activa, la salvacion de todos los hombres. Los hombres que Dios quiere salvar, no los abandona á ellos mismos, porque el fin al cual los llama es propia y absolutamente sobrenatural. El medio, proporcionado á este fin, la gracia bajo sus diversas formas, no pertenece al orden de la naturaleza.

La gracia á la cual el hombre coopera, es llamada *gracia eficaz*, porque obtiene su efecto; pero el libre arbitrio, bajo su accion, no es un instrumento puramente pasivo. Obra por su accion propia, y si no resiste de hecho, conserva el poder real de resistir; las obras de salvacion son, por consiguiente, imputables á la libertad, y El que nos ha creado sin nosotros no nos salvará sin nosotros...

A más de la gracia eficaz hay una *gracia verdaderamente suficiente* que dá al hombre, relativamente á las circunstancias presentes, un poder completo apropiado á los actos buenos que debe verificar, de suerte que en realidad esta gracia sólo es hecha ineficaz por la resistencia de nuestra voluntad.

En realidad, el problema que se tiene que resolver en el orden teológico, la armonía del concurso sobrenatural de la gracia con la libertad, es al mismo tiempo el problema que se tiene que resolver en el orden filosófico, la armonía del concurso divino con la determinacion humana... El hombre no cesa de ser libre aun quando haya sido influido de fuera, persuadido, atraído, arrastrado. No cesa además de ser libre, porque aceptó la influencia de la gracia, luz y fuerza venidas de fuera.

«No sería desconocer los datos de la psicología pensar que la libertad, para ser perfecta, tiene necesidad de ser sustruida á toda influencia, y que será tanto más libre cuanto menos influida sea? Lejos de nosotros el que la idea de libertad y la idea de una influencia exterior que la determina, se rechacen, se excluyan, se impliquen; al contrario, porque la libertad, si no fuere determinada por motivos de obrar, sólo obraría como una palanca sin brazos, sin punto de apoyo y sin peso.

Y que no se diga que la acción de la gracia, que es la acción de Dios, es infinita y necesariamente eficaz. En efecto, como lo hacen notar san Agustín y santo Tomás, la acción de Dios se humaniza, se proporciona á nuestra debilidad. Dios la modera de tal modo, que triunfa de la libertad con la cooperación de la misma libertad. No solamente la gracia no perjudica á la libertad, sino que hace al alma libre, librándola de la servidumbre. Por efecto de la caída original, la libertad, como todas las otras facultades, está languideciente y enferma; el equilibrio entre el bien y el mal no existe. Sin el socorro de la gracia, la libertad del mal existe sola; la libertad del bien no puede existir hasta que el socorro de la gracia nos libre de la tiranía del error, del vicio y de los demonios; por los cuales el hombre es un cautivo haciendo todos sus mandatos. Ved en esto el secreto de estas palabras de san Juan, VIII, 36): «No seréis verdaderamente libres hasta que el Hijo del hombre os haya libertado.»

No solamente la gracia no perjudica á la libertad, sino que la perfecciona. La libertad, en efecto, es el poder de adherirse á lo verdadero, á lo bueno, á lo bello, después de deliberación y por elección. Su ejercicio supone el ejercicio de la inteligencia, de la voluntad ó del amor, de la imaginación, etc.; supone por esto mismo la influencia de una luz que ilumina, de una fuerza que atrae ó impelle, de una belleza que seduce: pues bien, la gracia es la luz, la fuerza, el atractivo en su más alto grado.

En último análisis, según la teoría de san Agustín, el

doctor por excelencia de la gracia, la acción de la gracia se reduce á la atracción ejercida por una especie de delectación, *trahit sua viemque voluptas*. Somos como el carnero que corre libremente hacia la piedra de sal que le mostráis, ó como el niño que permanece libre corriendo á buscar las nueces que tenéis en vuestra mano. La delectación es el gran secreto de la acción divina en nuestras almas, y el nudo gordiano del misterio de la libertad y de la gracia.

Un filósofo cristiano, M. Enrique Martín, ha dicho muy bien: «La verdadera noción de la libertad moral no contradice al principio de la razón suficiente comprendido como debe serlo. En efecto, del mismo modo que la razón suficiente de las determinaciones eternas y libres de la voluntad de Dios se encuentra en la conveniencia de su bondad con la bondad divina; así también, la razón suficiente de las determinaciones libres de los seres inclinados al mal y sujetos al error se encuentra en algún objeto apetecido por ellos, en atención á la disposición moral en que les place colocarse libremente. Lo mismo pasa con la razón suficiente en filosofía que con la gracia suficiente en teología; ella basta para hacer posible el acto, pero no para hacer la acción necesaria.» (*Vida futura*, segunda edición, pág. 368.) En una palabra, la acción del concurso natural como la del concurso sobrenatural de la gracia, se resume en los efectos de iluminación, de atracción, de delectación, los cuales no implican en nada la necesidad.

La libertad y la predestinación.—Ante toda determinación de los sucesos y circunstancias, Dios quiere la salvación de todos los hombres. Su bondad los llama por común abrazo á la beatitud eterna, y les prepara los medios para alcanzarla. La gracia no les falta, es el libre arbitrio el que hace falta á la gracia. Dios se ha ocupado de una manera especial de sus elegidos; los ha predestinado, les ha preparado antes de la creación del mundo el reino que deben poseer con él, libre y gratuitamente, Dios no quiere la gloria sin los méritos, y sólo quiere los méritos para

la gloria. En una obra inmensa como la suya, Dios es libre de manifestar todas sus perfecciones, su justicia lo mismo que su misericordia. Donde todo es gratuito, el bienhechor puede, sin injusticia, dar á su gusto más ó menos, con tal que no prive á nadie de lo que es debido. Nada impide admitir en Dios una fuerza *supercomprensiva*, por medio de la cual explota en alguna suerte nuestra libertad, y conoce infaliblemente las determinaciones que tomará, si está colocada en tal medio, y si recibe de lo alto tal socorro. Esta ciencia condicional precede racionalmente al libre decreto de la predestinacion divina. Dios vé de este modo en su presciencia infinita á los que deben usar bien de su gracia, despues los predestina á la gloria. La gracia no se merece, es gratuita; pero la gloria se merece por la gracia, y Dios tiene cuenta de este mérito en el órden de la predestinacion. Los que ha conocido por su presciencia, los ha predestinado á ser conformes á la imagen de su Hijo. «Los que ha predestinado, dice san Pablo (*Epist. á los Romanos*, XXIX, 30), los ha llamado; á los que ha llamado los ha justificado; á los que ha justificado los ha glorificado.» Presciencia, vocacion, justificacion, glorificacion; ved, pues, el órden del decreto eterno; en estas condiciones, evidentemente, el dogma de la predestinacion nada tiene que no sea muy conforme á la razon.

En resumen: Queriendo Dios de una voluntad generosa, antecedente y sincera, la salvacion de todos los hombres, tiene dispuestos los socorros que debe concederles. Su ciencia infinita penetrando la naturaleza entera, los tiempos, los lugares, las circunstancias, vé á los que correspondiendo fielmente á su gracia merecerán la gloria; y él decreta darles la gracia y la gloria. Pero la gracia que concede no es una mocion directa y física por la cual es dominada el alma hasta el punto que sus actos sean determinados por ella, es un socorro que prevalece, un concurso que acompaña, dejando á la libertad el pleno poder de deliberar, de tomar su decision, de determinarse ella

misma á obrar... Presciencia, eleccion, vocacion, justificacion, glorificacion, convenimos que es una obra gratuita de la misericordia divina... Añadimos que un gran bien es que Dios obre en nosotros el querer y el completar, porque, dirigida por su ciencia media, su omnipotencia ha dispuesto todas las cosas para que queramos y obremos libremente.

Y no se diga que el dogma de la predestinacion agota en el alma humana toda actividad fecunda, bajo el pretesto de que el hombre que cree en la predestinacion podrá decirse á sí mismo: O soy predestinado ó no lo soy. Si soy predestinado, por más que haga será salvado. Si no lo soy, por más que haga será condenado. Este sería como el insensato que dijere: O Dios ha decidido que muera hoy, ó que muera dentro veinte años. Si ha decidido lo segundo, por más que haga vivirá hasta entonces. Puedo, pues, no tomar nada, vivir del aire y del tiempo, arrojar-me al agua, al fuego, por la ventana... La prevision de mi salvacion, como la prevision de mi vida ó de mi muerte, presupone necesariamente que tomaré ante todos los medios necesarios y suficientes para asegurar lo uno y lo otro.

El determinismo.—Hemos dicho ya algunas palabras, de la pretendida teoría mecánica del universo, formulada en esta famosa frase de Laplace: «Una inteligencia que, por un instante dado, conociese todas las fuerzas de que está animada la naturaleza, y las situaciones respectivas de los seres (es decir de los átomos simples que componen el mundo y los mundos), abrazaría en un mismo conjunto de ecuaciones diferenciales los movimientos de los mayores cuerpos del universo, así como el del más ligero átomo. Nada sería desconocido para ella, y lo porvenir como lo presente, sería siempre visible á sus ojos. Se ha dado á esta teoría el nombre de **DETERMINISMO**, y en efecto, si fuese verdadera, todo á cada instante sería determinado en la naturaleza, y la libertad sólo sería una palabra. Hemos demostrado con M. Felipe Breton, que esta doctrina implicaba el fenómeno extremo de la reversion, y con-

ducia al más extravagante absurdo, aun suponiendo que sólo se la estendiese al mundo material, al mundo físico, inorgánico ó orgánico. Y está en nuestro derecho añadir que estender esta teoría á los seres inteligentes y libres, que querer comprender en las famosas ecuaciones diferenciales de la dinámica general los actos de los seres dotados de la voluntad sería el colmo del desatino... ¿Cómo, en efecto, poner en ecuación la pisada bajo la cual hago desaparecer de la fauna universal muchos centenares de hormigas, ó millones de seres microscópicos?

Hay, sin embargo, geómetras cristianos, citaré de ellos dos muy célebres, M. de Saint-Venant, de la Academia de ciencias, y M. Boussinesq, profesor de matemáticas en la universidad de Lilla, á quienes el determinismo, comprendido entre ciertos límites, no repugna, y que hacen, suficientemente aun, armonizar las leyes de la mecánica con la libertad del hombre, en su acción sobre la materia. Púedese ver en los *Mémoires*, cuaderno del 22 de marzo de 1877: 1.º como ninguna de las tres leyes generales de la mecánica: la conservación de la cantidad de movimiento, la conservación de las áreas, la conservación de la energía, tanto potencial como actual ó cinética, no se encuentra violada por un acto humano supuesto libre; 2.º como también, por la consideración de las soluciones singulares de las ecuaciones diferenciales, soluciones que se añaden á las soluciones particulares que dan los integrales generales, las leyes fundamentales del movimiento armonizan aun con las leyes particulares de intensidad que parecen ligar las aceleraciones de las moléculas, con sus posiciones relativas de cada instante; 3.º como en una palabra, por la introducción de un principio director, pudiendo arbitrariamente, y por su propia elección, prolongar las paradas de movimiento, se determina su continuación sin trabajo físico; lo que basta para realizar la armonía de las leyes físicas con la libertad de las acciones de los espíritus. Pero es condescender demasiado á las exigencias de una ciencia imposible.

Capítulo trigésimo tercio.—Los Espíritus.—Un misterio todavía ó un enigma son los espíritus buenos y malos, los ángeles y los demonios; su existencia, su acción física, moral; sus relaciones con el hombre, etc. Todo hombre sensato que ve en el mundo otra cosa que la materia, apodría poner en duda la existencia de los espíritus puros? Son posibles, Los concebimos. Nuestra misma alma es un espíritu. ¿Por qué pues, no existirán? Si existen, han sido necesariamente creados libres, porque la libertad es de la esencia de los espíritus, como la inercia es de la esencia de la materia. Si han sido creados libres y colocados en un estado de transición ó de prueba, los unos han podido hacer buen uso de su libertad, y ser de este modo confirmados en el bien, estos son los ángeles buenos, los ángeles; los otros han podido abusar de su libertad y ser confirmados en el mal, estos son los ángeles malos ó demonios.

En el Antiguo y Nuevo Testamento trátase por todas partes de ángeles ó demonios; Jesucristo ha estado sin cesar en contacto con los unos y los otros. Nos ha repetido varias veces las virtudes y los beneficios de los ángeles; él mismo se ha dignado contarnos la caída y el castigo de los demonios; nos pone á menudo en guardia contra su malicia.

La tradición humana toda entera, así como la tradición revelada y divina, afirma la existencia de los espíritus buenos y malos.

Esta existencia, en fin, es un dogma de la Iglesia católica, apostólica, romana. Tiénese que creer con una fe firme, dice el cuarto concilio de Letran, que en el principio de los tiempos, Dios sacó de la nada una y otra criatura, espiritual y corporal, angélica y mundana. ®

Los ángeles buenos.—Ved, pues, en resumen lo que la Revelación nos enseña de estos, y lo que es completamente racional creer. Estas nobles inteligencias rodeaban la majestad de Dios cuando señalaba á la Tierra su lugar en

ducia al más extravagante absurdo, aun suponiendo que sólo se la estendiese al mundo material, al mundo físico, inorgánico ó orgánico. Y está en nuestro derecho añadir que estender esta teoría á los seres inteligentes y libres, que querer comprender en las famosas ecuaciones diferenciales de la dinámica general los actos de los seres dotados de la voluntad sería el colmo del desatino... ¿Cómo, en efecto, poner en ecuación la pisada bajo la cual hago desaparecer de la fauna universal muchos centenares de hormigas, ó millones de seres microscópicos?

Hay, sin embargo, geómetras cristianos, citaré de ellos dos muy célebres, M. de Saint-Venant, de la Academia de ciencias, y M. Boussinesq, profesor de matemáticas en la universidad de Lille, á quienes el determinismo, comprendido entre ciertos límites, no repugna, y que hacen, suficientemente aun, armonizar las leyes de la mecánica con la libertad del hombre, en su acción sobre la materia. Púedese ver en los *Mémoires*, cuaderno del 22 de marzo de 1877: 1.º como ninguna de las tres leyes generales de la mecánica: la conservación de la cantidad de movimiento, la conservación de las áreas, la conservación de la energía, tanto potencial como actual ó cinética, no se encuentra violada por un acto humano supuesto libre; 2.º como también, por la consideración de las soluciones singulares de las ecuaciones diferenciales, soluciones que se añaden á las soluciones particulares que dan los integrales generales, las leyes fundamentales del movimiento armonizan aun con las leyes particulares de intensidad que parecen ligar las aceleraciones de las moléculas, con sus posiciones relativas de cada instante; 3.º como, en una palabra, por la introducción de un principio director, pudiendo arbitrariamente, y por su propia elección, prolongar las paradas de movimiento, se determina su continuación sin trabajo físico; lo que basta para realizar la armonía de las leyes físicas con la libertad de las acciones de los espíritus. Pero es condescender demasiado á las exigencias de una ciencia imposible.

Capítulo trigésimo tercio.—Los Espíritus.—Un misterio todavía ó un enigma son los espíritus buenos y malos, los ángeles y los demonios; su existencia, su acción física, moral; sus relaciones con el hombre, etc. Todo hombre sensato que ve en el mundo otra cosa que la materia, apodría poner en duda la existencia de los espíritus puros? Son posibles, Los concebimos. Nuestra misma alma es un espíritu. ¿Por qué pues, no existirán? Si existen, han sido necesariamente creados libres, porque la libertad es de la esencia de los espíritus, como la inercia es de la esencia de la materia. Si han sido creados libres y colocados en un estado de transición ó de prueba, los unos han podido hacer buen uso de su libertad, y ser de este modo confirmados en el bien, estos son los ángeles buenos, los ángeles; los otros han podido abusar de su libertad y ser confirmados en el mal, estos son los ángeles malos ó demonios.

En el Antiguo y Nuevo Testamento trátase por todas partes de ángeles ó demonios; Jesucristo ha estado sin cesar en contacto con los unos y los otros. Nos ha repetido varias veces las virtudes y los beneficios de los ángeles; él mismo se ha dignado contarnos la caída y el castigo de los demonios; nos pone á menudo en guardia contra su malicia.

La tradición humana toda entera, así como la tradición revelada y divina, afirma la existencia de los espíritus buenos y malos.

Esta existencia, en fin, es un dogma de la Iglesia católica, apostólica, romana. Tiénese que creer con una fe firme, dice el cuarto concilio de Letran, que en el principio de los tiempos, Dios sacó de la nada una y otra criatura, espiritual y corporal, angélica y mundana. ®

Los ángeles buenos.—Ved, pues, en resumen lo que la Revelación nos enseña de estos, y lo que es completamente racional creer. Estas nobles inteligencias rodeaban la majestad de Dios cuando señalaba á la Tierra su lugar en

la inmensidad, y cuando derramaba à mares la vida en su seno. Forman innumerables falanges, agrupadas en nueve órdenes ó jerarquías: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades, Virtudes, Arcángeles y Ángeles. Con la inmaterialidad, inmortalidad é incorruptibilidad, los ángeles han recibido una misión de poder y protección sobre el mundo. Las naturalezas corporales é inferiores, les son sumisas en límites fijados por Dios. Presiden los movimientos de los cielos, dirigen el curso de los astros, mandan à los vientos y à las tempestades, son al frente del gobierno de los imperios. Daniel habla de los ángeles que presiden à los destinos de los Persas, de los Griegos y de los Hebreos. Los Iglesias tienen también su ángel protector, y cada uno de vosotros, en fin, tiene su ángel tutelar ó guardián.

La santa Escritura nos muestra à los ángeles de Dios capaces de una energía, de una fuerza física considerable. Un ángel lucha contra Jacob hasta la mañana no pudiendo vencerle; toca y hace marchitar el nervio de su muslo, lo cual vuelve cojo à Jacob, hecho memorable cuyo recuerdo han conservado siempre los Hebreos. Un ángel atraviesa de noche todo el Egipto, y hiera à todos los primogénitos del hombre y de los animales. El ángel del Señor ataca por la noche el campamento de Sennacherib y mata ochenta y cinco mil hombres. Un ángel toma à Habacuc por la extremidad de la cabeza, lo levanta por los cabellos con la rapidez del espíritu y lo coloca à la entrada de la cueva de los leones. Heliodoro es derribado y azotado por los ángeles. ¿Por qué no sería todo esto posible y real? Dios, puro espíritu, en su eterna inmovilidad, y precisamente porque es inmóvil, es único autor de la multitud de movimientos inmensos que se verifican en los espacios celestes. Sabios Ilustres, Ampère y otros, no temen afirmar que solos los espíritus infunden fuerza viva en el mundo. *Mens agitât molem*, decía el poeta: el espíritu pone en movimiento las masas pesadas. Nuestra alma hace ciertamente mover à nuestro cuerpo. Esta

facultad motriz de los espíritus es una cualidad misteriosa, pero real, pues que el mundo está todo entero en movimiento, y la materia es esencialmente inerte.

Los demonios.—Jesucristo, haciendo alusión à la caída de los ángeles dijo: «He visto à Satanás cayendo del cielo como el rayo, y precipitado en el infierno preparado para él y sus ángeles.» La tradición de la caída de los ángeles está conservada en el recuerdo de la humanidad, y ha dejado huellas en todas las teogonias.

Los ángeles malos han guardado despues de su caída sus cualidades naturales y su poder sobre el mundo material, pero sólo se sirven de esto para el mal. Se han hecho soberbios, mentirosos, envidiosos, ardientes en darse cómplices, en crearse compañeros de su desgracia y tormentos. El poder de Satanás aumentó grandemente por el pecado original, el cual, segun la expresión energética de Jesucristo, nos hizo hijos suyos; haciéndole nuestro amo, príncipe y rector del mundo, señor del aire y de las tinieblas, leon rugiente, dando vueltas sin cesar y buscando por todas partes nuevas víctimas. ¿Quién no se sorprenderá y espantará de verle ejercer su despotismo desastroso sobre el mismo Jesucristo, apoderarse de su cuerpo inocente y virginal, transportarle sucesivamente sobre el techo del templo ó à la cumbre de una montaña, y solicitarle al mal?

El hombre debería ser muy dichoso en poder descargarse, sobre la presión extraña y tiránica del demonio, de la responsabilidad de los excesos à los cuales se abandona algunas veces. Hay crímenes tan horribles, que sólo se pueden explicar, admitiendo con el apóstol que el pecador se ha convertido de tal modo en esclavo del demonio, que hace todos sus deseos.

El primer grado de la esclavitud del demonio es la tentación ó la simple soliciación al mal.

El segundo es la obsesión cuando sin estar apoderado del cuerpo de su víctima, ejerce sobre ella una acción sensible y dolorosa. De este modo agita tal vez el espí-

ritu maligno á Saul, y no se retiró hasta que David lo hubo en alguna suerte conjurado, tocando el arpa y tomando á Saul por la mano. Sara, hija de Raguél, estaba atormentada por el demonio Asmodeo, que mató á sus siete primeros maridos, y que el ángel Rafael puso en fuga.

El tercer grado, en fin, de la esclavitud del demonio es la posesión, cuando se ha verdaderamente apoderado del cuerpo y alma de un infortunado, para hacer de ellos como instrumentos, por los cuales obra, produciendo por su medio efectos más ó menos extraordinarios: por ejemplo, arrojarlo por tierra, transportarlo á distancia, tenerle suspendido en el aire, haciéndolo caminar por el techo, contrariando las leyes de la gravedad; haciéndole hablar una lengua que jamás ha aprendido, revelándole hechos ignorados ó secretos, etc., etc. El poseído se llama también demoníaco. El Evangelio cita un gran número de ellos, y Jesucristo daba como una señal de su misión divina el que arrojaba á los demonios. Dió á sus discípulos, que lo han transmitido á sus sucesores, este mismo poder de arrojar á los demonios. Recordemos algunas posesiones del Evangelio: 1.º (MARC., viii, 25) Dos demonios salen furiosos de los sepulcros, se irritan al ver venir al Hijo de Dios á atormentarles, pidiendo, si quiere arrojarlos, que les deje apoderarse de un numeroso rebaño de cerdos; lo invaden en efecto y se precipitan con él en la mar. 2.º (MARC., xvii). Un hombre, desde su infancia, estaba sujeto á los más crueles accidentes: sordo y mudo, era derribado por tierra, cayendo en el agua y en el fuego, rechinándole los dientes, etc., etc. Jesucristo ordena que salga el espíritu que le poseía. Al instante el demonio sale lanzando grandes gritos, no sin haber maltratado al niño y haberle dejado por muerto. 3.º (MARC., i, 24). En la sinagoga de Cafarnaum, un hombre llama á Jesucristo, le proclama santo de los santos y le echo en cara que ha venido para perderle. Jesucristo le ordena que se calle y salga. El espíritu impuro arroja á su víctima en medio de la asamblea, hace oír un gran grito y sale. ¿Quién podría ver en estas pose-

siones y en muchas otras que pudiéramos citar simples casos de historia, de epilepsia, de locura, enfermos ó maniáticos y no endemoniados? Casi por todas partes, en el Evangelio, los poseídos de los demonios son señalados aparte de los enfermos, y en términos que caracterizan claramente á los espíritus. (MARC., xiii, 39.) «Llegada la tarde y habiéndose puesto el sol, lleváronle todos los enfermos y los endemoniados.» Y (34) «Curó á muchos enfermos afligidos por diversas enfermedades, y arrojó á muchos demonios, sin permitirles dijese que le conocían.» Son espíritus, evidentemente, y no enfermos los que podían conocer á Jesucristo. La interpretación de la exégesis y de la crítica moderna es absolutamente gratuita y ridícula.

El haber los demonios tomado posesión del mundo antiguo, del mundo idólatra, es uno de los hechos mejor probados de la historia. El demonio jugaba un papel considerable en el gobierno de Roma. Las manifestaciones del poder infernal, divinizadas por sus adoradores, producían efectos sobrenaturales que nadie dudaba. «Vuestros magos, decía Tertuliano, evocan fantasmas, interpelan las almas de los muertos en apariciones sacrílegas, hacen salir oráculos de los labios de un niño, operan maravillas en torno de un círculo de apariencias, sumen en el sueño á sus víctimas cuando quieren: ved lo que pueden hacer por intervención de los demonios, y de este modo se les vé ejercer el arte divinatório al rededor de sus mesas. Que se presente uno de estos desgraciados que creéis atormentados por una divinidad, uno de estos que se encuentran súbitamente investidos por un poder oculto, á los pies de los altares... que se agitan sin parar y que predicen el porvenir en medio de terribles convulsiones. ¿Esta Juno, Esculapio, ó cualesquier otro de vuestros dioses creéis que manifiesta su voluntad por este intermediario? Pues bien, si el cristiano que los interpelará no les obliga á confesar ante todos que son demonios, tomad al cristiano y entregadle á vuestros verdugos.» Todos los Padres de la Iglesia, desde Tertuliano hasta san Bernardo, han tenido el mis-

mo lenguaje, y jamás ni Porfirio, ni Celso, ni Julianno el Apóstata ha imaginado negar la realidad de sus fenómenos. Los apóstoles y los misioneros han encontrado, por todas partes bajo sus pisadas, sobre todo en los países idólatras, posesiones de que abunda la historia de los santos.

La Iglesia católica infinitamente sabia, que posee en un grado divino la sencillez de la paloma unida á la prudencia de la serpiente, crea firmemente en la posibilidad de las relaciones íntimas, voluntarias ó involuntarias, establecidas entre los demonios y el hombre; pero ella no quiere que se admita por esto la realidad sin discernimiento y sin pruebas ciertas. Cree en la posibilidad de un pacto, formal ó tácito, con el demonio; cree en la conjuración ó evocación explícita ó implícita del demonio con el objeto de producir efectos admitidos por el mundo entero, y que son universalmente designados bajo los nombres siguientes: *adivinación* ó predicción del porvenir; *encantamiento* ó encanto ejercido por palabras, figuras ó operaciones misteriosas; *ecocación* ó *nigromancia*, llamamiento ó interrogatorio de los muertos; *fascinación* que impide ver las cosas como son; *maleficios*, *suertes*, *prácticas supersticiosas*, etc., empleadas con el objeto de perjudicar al prójimo en su persona ó en sus bienes... *magia*, *hechicería*, producción de efectos sobre las fuerzas de la naturaleza, etc., etc.

Pues bien, ha acontecido cosa extraña! que en el momento que la crítica moderna, la explicación racionalista y el libre pensamiento negaban enérgicamente la existencia del demonio, la obsesión, la posesión, todas las influencias satánicas, hemos visto de repente el mundo estremecido asistir á una de las más extrañas manifestaciones de los poderes infernales, el *magnetismo*, adormeciendo sus víctimas y transformándolas en adivinos, profetas ó médicos improvisados; *las mesas giratorias* y *guitones*, escribiendo revelaciones del mundo invisible; el *espiritismo*, pretendiendo tener á su disposición todos los grandes espíritus de los tiempos antiguos ó modernos, y hacién-

doles hablar por el intermediario de mediums encantadores.

He leído todo lo que se ha escrito sobre la demonología, he asistido á numerosas experiencias, no de espiritismo, me parecen demasiado ridículas por demasiado absurdas, sino de magnetismo y mesas giratorias. Miembro de una comisión encargada de dar un premio de diez mil francos á quien leyese una carta cerrada, género de penetración que se proclama sin embargo muy común, he tenido que poner en prueba la prelección y el talento de renombrados magnetizadores, y jamás estos hechos maravillosos se han dignado producirse ante mí. Los otros físicos no han sido ni más dichosos, ni más privilegiados. Al contrario, todas las veces que un sabio serio ó una sociedad sabia han sido llamados á examinar los hechos extraordinarios del magnetismo ó del espiritismo, no solamente no han visto nada, sino que siempre han puesto en evidencia la mala fe ó la superchería.

Podríase, pues, mirar tales hechos como efectos de esto último; pero sería irracional después de un testimonio brillante, tan brillante como el de la revelación, la tradición y la historia, poner en duda ya sea la terrible acción de los demonios en el mundo y sobre el hombre, ya sea la posibilidad de pactos culpables con las potestades infernales.

EL ALMA, Espíritu.—Pues que la ocasión se presenta, séame permitido resumir en algunas palabras una demostración muy clara de la espiritualidad del alma formulada por un sabio matemático, M. Pua de Bruno, hoy abate de Bruno, profesor de la Universidad de Turin.

«El alma siente, piensa, quiere, imprime el movimiento al cuerpo; pues bien, la sustancia que siente, piensa, quiere, mueve, no puede ser materia. En efecto: 1.º si la materia, necesariamente compuesta de partes, sintiese, ó cada parte percibiera el objeto todo entero, ó cada parte sólo percibiera una parte del objeto; en el primer caso,

habría tantas percepciones distintas como partes hubiera en el cuerpo, y estas percepciones serían todas completas, ó en parte completas y en parte incompletas. Pues bien, nuestra percepción es única y completa; luego el alma no está compuesta de partes, luego no es materia.

2.º El alma humana piensa, compara entre ella las sensaciones que recibe de los diversos sentidos; pues bien, esta comparación sería imposible, si el principio que compara fuese material y compuesto de partes. Porque, ó cada una de sus partes sería propia para recibir las dos sensaciones á la vez, y entonces ¿para qué partes distintas? ó las sensaciones serían recibidas por partes diferentes, y entonces ¿qué es lo que compararía y distinguiría las dos sensaciones? 3.º *El alma quiere*: el razonamiento es el mismo que para el pensamiento; porque la voluntad supone también necesariamente la comparación. 4.º *El alma muere*. Digo á un hombre que se le persigue para darle la muerte: cambia de dirección, y huye á todo correr. Un general en jefe hace un gesto, y todo su cuerpo de ejército, infantería, caballería, artillería, se lanza y hace llover sobre el enemigo una lluvia de balas, bombas y granadas. Si el alma del general fuese materia, su cantidad de movimiento sería el producto de la masa por la velocidad, y esta cantidad de movimiento sería forzosamente igual á la de todas las fuerzas que pone en juego. Pues bien, sólo existe una relación infinitamente pequeña entre la débil impresión de mi voz ó la del gesto del general, y la carrera vertiginosa del fugitivo y el estruendo del combate. Derecho é inútil sobre mis piés camino y corro. Si mi alma es material, su masa es infinitamente pequeña, pues que un cadáver pesa tanto como un cuerpo vivo; su velocidad es nula, su cantidad de movimiento nula también, mientras que la cantidad de movimiento del cuerpo que camina ó corre es grande; luego yo no hubiera podido caminar y correr. Y sin embargo, yo camino y corro. ¿Cómo esta cantidad de movimiento infinitamente pequeño y ciego podría coordinar los movimientos

del caminar, dirigir con tanta habilidad las mudanzas de mis miembros, ya sea para la defensa, ya sea para el ataque, y proporcionar tan perfectamente los medios al fin. Luego en mí el principio del movimiento es un principio espiritual.

Un periódico de medicina firmó, con el nombre de M. Claudio Bernard, el gran fisiologista, esta última demostración que hemos ya bosquejado, pero que es bueno reproducir.

«El cuerpo humano es un compuesto de materias que se renuevan incesantemente. Todas las partes del cuerpo están sometidas á un perpétuo movimiento de transformación. Cada día perdeis un poco de vuestro ser físico y reemplazáis por la alimentación lo que perdeis. Si bien que, en un espacio de cerca ocho años, vuestra carne, vuestros huesos, son reemplazados por una nueva carne, por nuevos huesos, que poco á poco son sustituidos á los antiguos, por la continuación de estas adiciones sucesivas. La mano con que escribo hoy no está compuesta de las mismas moléculas que hace ocho años. La forma es la misma, pero es una nueva substancia la que la llena. Lo que digo de la mano dirá del cerebro. Vuestra cavidad cránica no está ocupada por la misma materia cerebral que hace ocho años.

«Sentado esto, puesto que todo cambia en vuestro cerebro en ocho años ¿cómo se verifica el que recordéis perfectamente las cosas que habeis visto, oído, aprendido hace ocho años? Si estas cosas están—como lo pretenden ciertos fisiologistas—alojadas, incrustadas en los lóbulos de vuestro cerebro, ¿cómo es que sobreviven á la desaparición absoluta de estos lóbulos? Estos lóbulos no son los mismos que hace ocho años, y por lo tanto vuestra memoria ha guardado intacto su depósito.

«Luego hay otra cosa en el hombre que la materia, luego hay en él cierta cosa inmaterial, permanente, siempre presente, independiente de la materia. Esta cosa es el alma.»

Puesto que M. Claudio Bernard invoca la *memoria*, esta facultad tan misteriosa, bueno será resumir en algunos rasgos el argumento invencible que M. Tremaux (tomo XI de los *Mundos*, pág. 443) ha sacado en favor de la espiritualidad del alma.

«El cerebro es impresionado de una manera análoga por todos los sentidos: posee así este caudal persistente de impresiones que constituye la memoria; una multitud de impresiones de todas las edades, de todos los días, pueblan el cerebro y constituyen de este modo una especie de biblioteca de las impresiones de nuestra vida. Pues bien, nosotros tenemos la facultad de transportarnos a tal ó cual de estas impresiones según nuestra voluntad. Luego esta biblioteca tiene un bibliotecario, que busca en el punto que se quiere la impresión á la cual queremos adherirnos, y que la pone ante los ojos de nuestro pensamiento, sola, con exclusión de todas las otras, ó combinada con otras. Hémos, pues, otra vez en presencia de los dos principios siguientes: la acción material y la facultad de servirse de ella. Para distinguir una facultad tan extraordinaria, no veo nada mejor que conservar el antiguo nombre dado instintivamente por todos los pueblos, y que cada uno comprende llamándola alma.»

Si se negase la existencia y la acción del alma, se tendría que admitir que existen en el mundo millones de bibliotecas sin bibliotecario que arrojan espontáneamente en manos de los lectores los libros que estos quieren consultar. ¿No es esto un gran milagro? «El alma es el mecánico de la máquina calórica que da salida á la corriente de sangre oxigena, origen de la fuerza motriz necesaria al ejercicio de las funciones físicas y fisiológicas del corazón, del cerebro y de los otros órganos; es la que hace funcionar la máquina eléctrica, que abre el circuito á la corriente del fluido nervioso; es el bibliotecario de la memoria; es, en una palabra, el agente que opera y el espíritu que vivifica.»

Capítulo trigésimo cuarto.—Los Sacramentos.—Los Sacramentos en general.—Jesucristo es el foco de la vida divina ó sobrenatural. «Yo soy, decía, el camino, la verdad y la vida... Yo he venido para que los hombres tengan la vida y para que la tengan en superabundancia... Yo soy la cepa y vosotros sois las ramas, que vivís, crecéis y fructificáis en mí y por mí... Si alguno no vive en mí, se secará como el sarmiento, se le cortará y arrojará al fuego.» Y la vida de que Jesucristo es el origen se estiende hasta la eternidad, pues que es también la resurrección: «Yo soy la resurrección y la vida.»

La santa Iglesia, intérprete infalible del Evangelio, nos enseña que Jesucristo comunica la vida á nuestras almas por los sacramentos, agentes y señales sensibles de la vida ó de la gracia invisible. Ritos misteriosos, materiales y espirituales á la vez, como el hombre á quien deben dar la vida, que exigen y comprenden por consiguiente tres cosas: un elemento material, la *materia del sacramento*; una palabra vivificante, la *forma del sacramento*; el *ministro del sacramento*, el delegado de Jesucristo encargado de unir la materia á la forma; y, en fin, el *sujeto del sacramento*, el hombre rescalado por Jesucristo, y para el cual es un deber riguroso ir á beber en los sacramentos el elemento vivificador, reparador y edificador.

Las condiciones de la vida sobrenatural como las de la vida natural del hombre ó de la humanidad, son en número de siete. Debe: 1.° Nacer á la vida; 2.° nacer viable ó de una vida que pueda continuarse; 3.° sustentar su vida ó alimentarla por una comida y bebida conservadoras; 4.° restablecer ó encontrar de nuevo la vida, cuando ha peligrado por la enfermedad, ó está amenazada ó también extinguida por la muerte, si se trata de la vida sobrenatural, para la cual la resurrección es posible; 5.° La víspera de las luchas ó combates por la vida, el hombre tiene necesidad de un socorro especial que le fortifique, de una especie de empuje que lo disponga al combate; 6.° Es neces-

Puesto que M. Claudio Bernard invoca la *memoria*, esta facultad tan misteriosa, bueno será resumir en algunos rasgos el argumento invencible que M. Tremaux (tomo XI de los *Mundos*, pág. 443) ha sacado en favor de la espiritualidad del alma.

«El cerebro es impresionado de una manera análoga por todos los sentidos: posee así este caudal persistente de impresiones que constituye la memoria; una multitud de impresiones de todas las edades, de todos los días, pueblan el cerebro y constituyen de este modo una especie de biblioteca de las impresiones de nuestra vida. Pues bien, nosotros tenemos la facultad de transportarnos a tal ó cual de estas impresiones según nuestra voluntad. Luego esta biblioteca tiene un bibliotecario, que busca en el punto que se quiere la impresión á la cual queremos adherirnos, y que la pone ante los ojos de nuestro pensamiento, sola, con exclusión de todas las otras, ó combinada con otras. Hémos, pues, otra vez en presencia de los dos principios siguientes: la acción material y la facultad de servirse de ella. Para distinguir una facultad tan extraordinaria, no veo nada mejor que conservar el antiguo nombre dado instintivamente por todos los pueblos, y que cada uno comprende llamándola alma.»

Si se negase la existencia y la acción del alma, se tendría que admitir que existen en el mundo millones de bibliotecas sin bibliotecario que arrojan espontáneamente en manos de los lectores los libros que estos quieren consultar. ¿No es esto un gran milagro? «El alma es el mecánico de la máquina calórica que da salida á la corriente de sangre oxigena, origen de la fuerza motriz necesaria al ejercicio de las funciones físicas y fisiológicas del corazón, del cerebro y de los otros órganos; es la que hace funcionar la máquina eléctrica, que abre el circuito á la corriente del fluido nervioso; es el bibliotecario de la memoria; es, en una palabra, el agente que opera y el espíritu que vivifica.»

Capítulo trigésimo cuarto.—Los Sacramentos.—Los Sacramentos en general.—Jesucristo es el foco de la vida divina ó sobrenatural. «Yo soy, decía, el camino, la verdad y la vida... Yo he venido para que los hombres tengan la vida y para que la tengan en superabundancia... Yo soy la cepa y vosotros sois las ramas, que vivís, crecéis y fructificáis en mí y por mí... Si alguno no vive en mí, se secará como el sarmiento, se le cortará y arrojará al fuego.» Y la vida de que Jesucristo es el origen se estiende hasta la eternidad, pues que es también la resurrección: «Yo soy la resurrección y la vida.»

La santa Iglesia, intérprete infalible del Evangelio, nos enseña que Jesucristo comunica la vida á nuestras almas por los sacramentos, agentes y señales sensibles de la vida ó de la gracia invisible. Ritos misteriosos, materiales y espirituales á la vez, como el hombre á quien deben dar la vida, que exigen y comprenden por consiguiente tres cosas: un elemento material, la *materia del sacramento*; una palabra vivificante, la *forma del sacramento*; el *ministro del sacramento*, el delegado de Jesucristo encargado de unir la materia á la forma; y, en fin, el *sujeto del sacramento*, el hombre rescalado por Jesucristo, y para el cual es un deber riguroso ir á beber en los sacramentos el elemento vivificador, reparador y edificador.

Las condiciones de la vida sobrenatural como las de la vida natural del hombre ó de la humanidad, son en número de siete. Debe: 1.° Nacer á la vida; 2.° nacer viable ó de una vida que pueda continuarse; 3.° sustentar su vida ó alimentarla por una comida y bebida conservadoras; 4.° restablecer ó encontrar de nuevo la vida, cuando ha peligrado por la enfermedad, ó está amenazada ó también extinguida por la muerte, si se trata de la vida sobrenatural, para la cual la resurrección es posible. 5.° La víspera de las luchas ó combates por la vida, el hombre tiene necesidad de un socorro especial que le fortifique, de una especie de empuje que lo disponga al combate. 6.° Es neces-

sario que la vida humana se propague ó que pese de una generacion á otra por una institucion particular, la union de los esposos ó el matrimonio. 7.º En fin, porque el hombre es esencialmente llamado á la vida de familia y á la vida social, es preciso que una nueva y especial consagracion constituya á la vista con una gracia necesaria y suficiente á los jefes ó directores de la sociedad espiritual de las almas llamadas á vivir de la vida de Jesucristo.

Debia, pues, haber y hay en realidad siete sacramentos: 1.º el Bautismo, que nos hace nacer á la vida espiritual por el agua y el Espíritu Santo; 2.º la Confirmacion, que nos da la viabilidad ó la virilidad sobrenatural y nos conduce, segun el lenguaje enérgico de san Pablo, á la plenitud de la edad de Jesucristo; 3.º la Eucaristia, en la cual hace el mismo de su cuerpo y sangre el alimento y la bebida necesarias á la conservacion y al sustento en nosotros de la vida sobrenatural y divina; 4.º la Penitencia, que repara en nosotros la vida del alma cuando está languideciente y comprometida, que nos la vuelve cuando está perdida ó extinguida; 5.º la Extremauncion, que borra hasta los restos del pecado que impide nuestra entrada en el cielo, y nos fortifica en la lucha del tránsito del tiempo á la eternidad; 6.º el Orden, que consagra á los ministros de la sociedad espiritual, los apóstoles, los doctores, los pastores, los directores de nuestras almas; 7.º el Matrimonio, en fin, que propaga la vida divina ó sobrenatural, y al mismo tiempo la vida natural. Hay siete sacramentos, y no más que siete. Esto vez tambien, como siempre, la revelacion está en perfecta armonia con la razon. Tres de estos sacramentos, por su misma naturaleza, el bautismo, la confirmacion y el orden, sólo pueden ser recibidos una vez: la Iglesia para calificar mejor esta unidad de recepcion, afirma que estos tres sacramentos imprimen un carácter indeleble. Los otros cuatro, tambien por su naturaleza, deben y pueden ser recibidos muchas veces.

Los cánones del Concilio de Trento resumen admirable-

mente la enseñanza de la tradicion y de la Iglesia sobre los sacramentos en general, y esta enseñanza es á su vez perfectamente racional.

I. «Si alguien dijere que los sacramentos de la nueva ley no han sido instituidos por Jesucristo Nuestro Señor, y que son más ó menos de siete, sea anatema.... III. Si alguien dijere que los sacramentos de la nueva ley no son necesarios á la salvacion, y que sin ellos ó sin el deseo de recibirlos, los hombres obtienen de Dios, por la fé sola, la gracia de la justificacion, aun cuando todos no sean necesarios á cada uno, sea anatema... Si alguien dijere que los sacramentos de la nueva ley no confieren la misma gracia á aquellos que no les oponen ningun obstáculo, dando á entender que no son otra cosa que señales exteriores de la gracia ó de la justicia recibidas por la fé, sea anatema... IX. Si alguien dijere que no hay tres sacramentos, el bautismo, la confirmacion y el orden, que imprimen al alma un carácter, esto es, cierto sello que impide que estos sacramentos sean reiterados, sea anatema... X. Si alguien dijere que todos los cristianos tienen el poder de administrar todos los sacramentos, sea anatema... XII. Si alguien dijere que el ministro que se encuentra en pecado mortal, con tal que haya observado todo lo que es esencial á la confeccion y colacion de los sacramentos, no los hace ó no los confiere, sea anatema. XIII. Si alguien dijere que los ritos de la Iglesia católica recibidos, aprobados y usados en la administracion solemne de los sacramentos, pueden ser descuidados ó omitidos por los ministros, si les parece bien, ó cambiados por otros nuevos, porque son pastores que están al frente de las Iglesias, sea anatema. ®

I. EL BAUTISMO, su institucion y su necesidad. «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... El que habra creído y habra sido bautizado sera salvado» (MATTH., XXVIII, v. 19.) La necesidad del bautismo es una consecuencia ne-

cesaria del dogma del pecado original. El hombre nace hijo de ira, muerto á la gracia. Aquel que no renace por el agua y el Espíritu Santo no puede entrar en el reino de Dios.

Materia del bautismo.—El agua pura, símbolo natural de la purificación y vivificación del alma.

Forma del bautismo.—Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Yo te bautizo, esto es, te purifico y vivifico.

Ministro del bautismo.—Habitualmente el sacerdote; en caso de necesidad un laico cualquiera, aun hereje ó infiel, porque el bautismo es absolutamente necesario á la salvación.

El sujeto del bautismo.—Todo hombre sin distinción, y para el cual es un deber hacerse bautizar cuando conoce esta condición esencial de salvación.

Efectos del bautismo.—En el orden divino, la vida del alma por la gracia santificante; el paso del orden natural al orden sobrenatural para siempre, la cualidad de hijo de Dios, de hermano de Jesucristo, de templo del Espíritu Santo. En el orden moral, un germen ó principio de santidad, de incorruptibilidad, de vida nueva ó celestial. En el orden social, el niño llega á ser una cosa grande y sagrada, una especie de encarnación de Jesucristo: lo que se le hace, se hace al mismo Jesucristo.

Las ceremonias del bautismo.—Cuán misteriosas y conmovedoras son! El padrino y la madrina, segundos padres de adopción; el nombre de un ángel, de un santo ó de una santa en las virtudes heroicas; el exorcismo ó la expulsión violenta del demonio, cuya propiedad era en alguna manera el niño; en su boquita, la sal, símbolo de la sabiduría; en sus orejas y sobre sus narices la saliva, para abrirlas á la voz de Dios y á los santos olores de la virtud; sobre su cuerpito y sobre su cabeza, unciones para hacer de él, el ungido del Señor y un atleta; renuncia en el porvenir á Satanás y á sus obras; la profesión de fé; la ropa blanca, emblema de inocencia y candor; el

cirio encendido, este niño debe ser á su vez luz y calor; la inscripción en los registros, al mismo tiempo que Dios le inscribe en el libro de sus elegidos. Ved el bautismo, sacramento de regeneración que hace salir al hombre de la esfera terrestre y lo introduce en la esfera celestial, que lo eleva en su más alto poder, muy por encima de él mismo.

H. LA CONFIRMACION.—Este sacramento nos hace viables en el orden sobrenatural, y nos hace perfectos cristianos, dándonos la fuerza de confesar la fé y comunicándonos la plenitud de los dones del Espíritu Santo.

Su materia.—Óleo, mezcla de bálsamo. Óleo que olmienta, endurece, ilumina y cura; el bálsamo, símbolo del buen olor de las virtudes que el cristiano debe derramar en torno suyo.

Su forma.—Estas palabras: «Yo te señalo con la señal de la cruz, y te confirmo por el crisma de la salvación, en nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo. La señal de la cruz por la cual serás vencedor del infierno y del mundo. Te confirmo, esto es, te fortifico, te completo, consumo en tí la vida cristiana... En nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; del Padre que te ha creado, del Hijo que te ha rescatado; y del Espíritu Santo que te ha santificado, de la santísima Trinidad á quien debes adorar y amar.»

Su ministro: ordinario, el Obispo que tiene toda la perfección del sacerdocio, que ha debido alcanzar la santidad, y á quien por excelencia pertenece hacer santos; *extraordinario* y por delegación, el sacerdote que ha recibido un poder especial.

Su sujeto.—Todo hombre con la condición de que haya sido bautizado, haya nacido á la vida de la gracia; es necesario vivir para ser viable. Aunque la confirmación no sea absolutamente necesaria á la salvación, es un deber riguroso recibirla cuando se puede.

Sus efectos.—Se resumen admirablemente en estas virtudes infusas que la lengua eclesiástica llama los siete

dones y los doce frutos del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, piedad, fortaleza, temor de Dios... Caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y caridad.

Sus ceremonias.—La imposición de las manos. La mano es el instrumento y la señal de la fortaleza y del mandato: imponer las manos sobre el confirmado es llamar sobre él con autoridad la fortaleza de Dios. La unción con el santo crisma, mezcla de aceite de olivo y de bálsamo, sobre la frente, asiento del pudor y de la vergüenza, para que se estienda desde allí sobre todo el cuerpo: la unción se hace en forma de cruz, porque toda gracia y toda fortaleza vienen de la cruz, y la cruz en la frente jamás debe avergonzarse. Golpeando tres veces sobre la espalda del confirmado, como para probar su calma y su paciencia, el pontífice le dice: «Sé un guerrero pacífico y valiente, fiel y consagrado á Dios.» Al tocar dulcemente su mejilla, como para probar mejor todavía su paciencia, le dice: «*La paz sea contigo.*» Y le bendice en estos términos: «Bendiga el Señor de lo alto de la celestial Sion, á fin de que gustes de los bienes de Jerusalén todos los días de tu vida y durante la vida eterna.»

III. EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.—La Eucaristía, llamada también mesa mística, banquete divino, pan celestial ó transubstancial, pan de Dios, pan de vida, etc., es un sacramento que, bajo las apariencias del pan y del vino, oculta el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, quien lo ha sustituido para hacerse el alimento, la comida de nuestras almas.

Su materia: el pan y el vino, elementos esenciales de la alimentación humana; el pan, principal alimento del hombre; el vino, sangre de la tierra y sangre de la vida; el pan, que sustenta, fortifica, renueva y continua la vida; el vino que calienta, regocija, embriaga; el pan, que hace los fuertes; el vino, que hace brotar las vírgenes;

el pan y el vino que se transubstancian en carne y sangre, símbolos de la transubstanciación de todo nuestro ser en Dios.

La forma: las mismas palabras de Jesucristo, repetidas por el sacerdote y hechas soberanamente eficaces: TOMAD Y COMED; ESTE ES MI CUERPO QUE SEÁ ENTREGADO POR VOSOTROS. TOMAD Y BEBED TODOS, PORQUE ESTE ES EL CALIZ DE MI SANGRE; TESTAMENTO NUEVO Y ETERNO, MISTERIO DE FE, QUE SEÁ DERRAMADO POR VOSOTROS Y POR MUCHOS EN REMISION DE LOS PECADOS. TODAS LAS VECES QUE HAGAIS ESTAS COSAS HACEDLAS EN MEMORIA MÍA. Forma completamente divina y divinizante.

Su ministro.—La Eucaristía es á la vez un sacramento y un sacrificio: un sacramento en tanto que, por la transubstanciación, el pan y el vino son cambiados en el cuerpo y la sangre de Jesucristo, convertidos en el alimento de nuestras almas. Pues bien, el milagro de la transubstanciación exige é impone la delegación, por transmisión legítima, de un poder divino; un sacrificio en tanto que es ofrecido, y el sacerdote es esencialmente el ministro del sacrificio. Nadie puede, dice el cuarto concilio de Latrán, producir el sacramento de la Eucaristía, á menos que no sea sacerdote, ordenado según el rito admitido en la Iglesia.

Su sujeto. Todos los fieles, todos los cristianos que llegan á la edad del discernimiento, suficientemente instruidos y preparados convenientemente, pueden y deben ser admitidos á la comunión eucarística. Esto no es necesaria por necesidad de medio, sino por necesidad de precepto. Jesucristo dijo: «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.»

El santo concilio de Trento, sesión décima tercera, formuló el canon siguiente: XIX. Si alguno dijere que todos los fieles cristianos de uno y otro sexo, y cada uno de ellos, cuando han llegado á la edad del discernimiento, no están obligados á comulgar cada año al menos por Pascua,

como lo ordena nuestra santa Madre la Iglesia, sea anatema. El santo concilio añade: «canon xi. Aquellos á quienes su conciencia echa en cara un pecado mortal, cualquiera que sea la contrición que crean tener, deben necesariamente, cuando pueden, recurrir á un confesor, hacer preceder la comunión de la confesion sacramental; si alguno tuviera la pretension de sostener lo contrario, sea anatema.» El espíritu de la Iglesia, afirmado por el concilio de Trento, es que los fieles pueden comulgar en todas las misas que oyen.

Sus ceremonias especiales. La ofrenda hecha por el sacerdote en su nombre, en nombre del pueblo y en union con Jesucristo; la consagracion que hace aparecer sobre el altar á la Víctima que ha remplazado á todas las victimas humanas; la hostia divina, viva y vivificante, que nos trae toda luz, toda fortaleza, todo perdon, todo remedio, toda gracia, en una palabra. La comunión, en fin, consumacion de los elementos de la ofrenda, comida de la víctima hecha presente por la consagración, union íntima de nuestra alma con su alma, de nuestra carne con su carne, de nuestra sangre con su sangre; de tal suerte que podemos decir: No soy yo quien vivo, es Cristo que vive en mí.

Los efectos de la Eucaristía. Están admirablemente resumidos en esta deliciosa antífona: *O sacrum convivium!* ¡O sagrado convivio, en que Jesucristo se convierte en mi alimento; en que se renueva el sacrificio de la cruz; en que el alma queda llena de gracia, y en el que recibimos la premia asegurada de la resurreccion y de la gloria futura! Ved al sacerdote ferviente y piadoso que se levanta de la mesa santa; está completamente abrasado por un santo ardor que brilla en sus mejillas teñidas de púrpura, que excita en él una ternura inaudita, y le hace verter lágrimas de felicidad. Si flora de ternura, si nada en la alegría, es porque Jesús, su divino Salvador, le reviste y compenetra íntimamente de su amor. Ah! poder decir: ¡Dios está conmigo! ¡Lo siento! esto vale todo un mundo. En las al-

mas santas, los impulsos del corazón salen algunas veces fuera y se estienden en transportes de alegría, de amor y éxtasis. Y cuando posee de este modo á Dios en su corazón, está dispuesto á sufrirle, á desafiario, á esperarlo, á emprenderlo todo. Ah! ved porque la divina Eucaristía fué y será siempre, en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana, una fecunda semilla de mártires, confesores y vírgenes. Digo la Iglesia católica, apostólica, romana, porque ella sola tiene el secreto y la práctica de la union eucarística.

La Eucaristía no es solamente un sacramento, es un sacrificio, como el concilio de Trento lo enseña en estos términos que arroban el espíritu y el corazón: «En la última cena y la noche misma en que fué entregado, quiso dejar á la Iglesia, su cara esposa, un sacrificio visible, como lo exige la naturaleza humana, que representase el sacrificio sangriento que debía ofrecer una vez sobre la cruz, que perpetuase su recuerdo hasta el fin de los tiempos, y que aplicase su virtud saludable á la remision de los pecados que cometemos, declarando que estaba constituido desde la eternidad sacerdote del orden de Melchisedech. Después de haber celebrado la Pascua antigua, estableció como Pascua nueva la inmolacion que bajo señales visibles, debe hacer la Iglesia por manos de los sacerdotes, en memoria de la traslacion que Jesús efectuó de este mundo á su Padre, cuando, por la efusion de su sangre, nos rescató, nos quitó del poder de las tinieblas. Es una sola y misma víctima que es inmolada sobre el altar y sobre el Calvario. El modo de inmolacion es lo único diferente. Los frutos de la inmolacion sangrienta son recibidos más abundantemente por la inmolacion incruenta.»

Nuestra madre, la santa Iglesia, ha establecido ciertos ritos, ciertas ceremonias, bendiciones místicas, luces, incensaciones, ornamentos sacerdotales y otras cosas en gran número, á fin de realzar de este modo la majestad de tan grande sacrificio, y de excitar, por estas señales sensi-

bles de piedad y religion, el espíritu de los fieles á la contemplacion de los misterios que se encuentran ocultos en él. Este sacrificio satisface todas las exigencias de nuestra naturaleza á la vez. Holocausto, nos pone en estado de prestar perfectamente á Dios los homenajes que son debidos á su soberana grandeza; de manifestarle plenamente nuestro agradecimiento por las gracias que hemos recibido de El; de obtener de El las gracias que necesitamos, en el orden espiritual y en el temporal; de expiar, por los vivos y los muertos, las penas debidas al pecado. Es, pues, enteramente (¡y qué pensamiento tan consolador!) un sacrificio de adoracion y de alabanzas, de accion de gracias, de impetracion y de propiciacion, y un sacrificio de un valor infinito.

Que no pueda reproducir aqui las oraciones tan admirables, tan conmovedoras, de preparacion, celebracion y accion de gracias que la sagrada liturgia pone en el corazon y en los labios del sacerdote, como tambien la prosa y los himnos del Santo Sacramento que la fé y la ciencia unidas han inspirado al genio de Santo Tomás de Aquino! Son otros tantos esplendores de la divinidad de la santa Iglesia católica, apostólica y romana. Recordemos al menos algunos de estos piadosos y nobles vuelos de las almas encarnísticas.

«Ved el pan de los ángeles, convertido en el pan de los viajeros, el pan verdadero de los hijos que no debe ser arrojado á los perros. Buen pastor, pan venerable, Jesús, ten piedad de nosotros, pácenos, defiéndenos, híz que poseamos en la tierra de los vivos los bienes que nos destinan.»

«Que en virtud de la Santísima Eucaristia, el Señor omnipotente y misericordioso nos conceda la alegría con la paz, la enmienda de nuestra vida, el tiempo de una sincera penitencia, la consolacion del Espíritu Santo, la perseverancia en las buenas obras, un corazon contrito y humillado, la consumacion feliz de nuestra vida.» Estos son todos los secretos, todos los deseos de un corazon cristiano...

«Conjúrote, ó dulcísima Jesús, á que tu pasion sea la fortaleza que me proteja y defienda! que tus heridas sean el alimento y la bebida que me alimenten, embriaguen y me regocijen! que la efusion de tu sangre sea para mí la obliucion de todos mis pecados! que tu muerte me sea la vida eterna! que en tus sacramentos, en tus sacrificios divinos, estén toda la alegría, la salud y la dulzura de mi corazon...»

«Jesús, á quien entreveo bajo el velo eucarístico, acuérdate de mí, yo te lo ruego; tengo una sed muy ardiente de tí. ¿Que viéndote un dia cara á cara, sea feliz con la vista de tu gloria!»

«El pan de los ángeles se convierte en el pan de los hombres; el pan de los cielos pone un término á las figuras. ¡Oh cosa admirable! el pobre, el esclavo, el humilde come á su Señor.»

«Naciendo, se ha hecho el compañero de nuestro destierro; comiéndolo, se ha hecho nuestro alimento; muriendo, se ha hecho nuestro rescate; reinando en los cielos, es nuestra recompensa.»

«El Verbo hecho carne, con una sola palabra, hace de su carne el pan verdadero; la sangre de Jesucristo se convierte en nuestra bebida; y si nuestros sentidos nada nos dicen, la fé sola basta para asegurar nuestra conciencia.»

IV. EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.—La Penitencia es un sacramento de la nueva ley instituido por Nuestro Señor Jesucristo para la remision de los pecados cometidos despues del bautismo. Su institucion aparece en estas palabras de Jesucristo á Pedro: «Te doy las llaves del cielo; todo lo que atares en la tierra, atado será en el cielo; y todo lo que desatares en la tierra, desatado será en el cielo.» (MATTH. XVI, 19); y á los otros apóstoles: «Todo lo que atares en la tierra, atado será en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra, desatado será en el cielo.» (MATTH. C. XXIII, 19.) «Así como mi Padre me ha enviado, yo os envío.» Dichas estas palabras, soplo sobre ellos y les dijo:

«Recibid el Espíritu Santo! A los que perdoneis los pecados, perdonados los son; y á los que los retuviereis, les son retenidos.» (JOAN., XX, 22 y 23.)

Interprete infalible de la santa Escritura, de los Padres y de la tradición, el concilio de Trento declara: «Si alguien dijere que la Penitencia no es un sacramento verdadero, instituido por Nuestro Señor Jesucristo, para reconciliar á los fieles con Dios, todas las veces que caigan en el pecado, despues del bautismo, sea anatema.»

SE MAREKA.—*La cuasi materia* del sacramento de la Penitencia son los actos del penitente, la contrición, la confesion y la satisfaccion. Estos mismos actos necesarios, de derecho divino, en el penitente por la plena y perfecta remision de los pecados, son llamados las partes de la penitencia.

Contrición.—Dolor del alma y detestacion del pecado ha sido necesario en todo tiempo para obtener el perdón de Dios, y al hombre caído despues de su bautismo, le sirve de preparacion á la gracia de la reconciliacion. Debe ser *interior* ó salir del corazón; *sobrenatural* en su principio y en su motivo; *universal* ó estenderse á todos los pecados mortales que se han cometido; *superior*, esto es, lo que debe encerrar el dolor del pecado no intensivamente ó sensiblemente, sino virtualmente, en el sentido que estamos más afligidos de haber ofendido á Dios, que no lo estamos por cualquier otra desgracia. Distingúense dos especies de contrición: la contrición perfecta y la contrición imperfecta ó atrición.

La contrición perfecta, que tiene por motivo la caridad que nos hace amar á Dios sobre todas las cosas, por Él mismo, porque es infinitamente bueno, reconcilia directa é inmediatamente al hombre con Dios, con la condicion de que esté comprendido en ella su deseo y voluntad de recibir el sacramento de la Penitencia.

La atrición, detestacion del pecado á causa de su fealdad y de los castigos que lleva consigo, basta; es un in-

menso beneficio, unido al sacramento de la Penitencia para justificar al pecador.

La confesion, es la acusacion de los pecados, hecha á un sacerdote aprobado, para obtener de él el perdón. «Si alguien negare que la confesion sacramental sea una institucion divina, ó que sea necesaria á la salvacion de derecho divino; ó que la manera de confesarse secretamente al sacerdote solo, tal como la Iglesia católica lo observa y lo ha observado siempre, no es conforme á la institucion y al precepto de Jesucristo, sino que es una invencion humana... ó que la confesion de todos los pecados mortales de que se pueden recordar... es no solamente inútil... imposible... y que debe ser abolida, sea anatema...»

«La confesion! El sacerdote, médico de las almas, no puede curar las enfermedades sin conocerlas, y no puede conocerlas sin la confesion. ¡La confesion! El sacerdote, juez, dueño de ligar ó de desatar, debe ante todo conocer los pecados, y por el más dulce de los medios la acusacion voluntaria del culpable. ¡La confesion! Es una necesidad del corazón humano. El hombre culpable de un crimen que le entristece, busca por todas partes un amigo ó un confidente; experimenta una necesidad imperiosa de manifestarlo, para recibir de él el perdón. ¡Cuántos asesinatos se han hecho ellos mismos reveladores conscientes ó inconscientes de su delito, y por consecuencia sus verdugos! «De tantas religiones diferentes, decia Voltaire, no hay ninguna que no haya tenido por objeto la expiacion; el hombre ha sentido siempre la necesidad de clemencia... La confesion de las faltas ha sido autorizada en todos los tiempos, en casi todas las naciones. Se la encuentra, en efecto, en la India, el Japon, la Grecia, etc.; en su favor tiene el testimonio de los filósofos más ilustres, de los más grandes pensadores de la humanidad;» etc. (Véase á Beaumont, *Ciencia sagrada*, tomo III, los Siete Sacramentos, 536 á 558.)

La satisfaccion. Ann cuando el pecado haya sido perdo-

nado, queda casi siempre una pena temporal que sufrir, ya sea en este mundo por las obras expiatorias, ya en el otro por las penas del purgatorio; esta expiación tan conforme á la razón se hace por medio de la satisfacción. El concilio de Trento ha herido con el anatema á los que pretenden «que las satisfacciones por las cuales los penitentes rescatan sus pecados, no forman parte del culto de Dios... sino que sólo son tradiciones humanas... que... los sacerdotes que imponen penitencias á los que se confiesan, obran... contra la institución de Jesucristo...» Esta penitencia reparadora de lo pasado, confirmativa del presente y preservadora del porvenir, es eminentemente razonable, saludable y dulce.

Se repite.—La absolución! Ved su fórmula revelada: «Que Nuestro Señor Jesucristo te absuelva de todo vínculo de excomunión, de suspensión ó de interdicto; en tanto que yo puedo absolvarte y que tú tienes necesidad de ello; desde luego yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» «Si alguno, dice el concilio de Trento, afirmare que la absolución sacramental del sacerdote no es el acto de un juez, sino el de un ministro... pronunciando y declarando que los pecados son perdonados al penitente que los acusa, con la sola condición para él de creerse absuelto, sea anatema.»

¡La absolución! ¡Qué maravilloso don del cielo! El pecador había sentido, visto, tocado su pecado y por consiguiente su condenación. Hasta que no sienta, que no vea, que no toque su perdón, estará inquieto, turbado y desesperado. El perdón por la fe en Dios que no se siente, que no se ve, que no se toca, puede ser sólo una ilusión. Condenar el hombre á este perdón insensible, invisible, impalpable, es un homicidio, una negación insensata de la naturaleza humana. El hombre está lejos de ser un ángel. Por esto una atmósfera de plomo, un espíritu desesperador, pesa sobre todos los pueblos protestantes para los cuales no hay absolución, mientras que esta misma ab-

solución hace nacer transportes de alegría en el alma de los pecadores católicos más desesperados que la reciben.

¡Y esta conmovedora invocación que sigue á la absolución! «Que los sufrimientos de Nuestro Señor Jesucristo, los méritos de la bienaventurada Virgen María y de todos los Santos, todas tus buenas obras, y todos tus sufrimientos pacientemente soportados, te sirvan para satisfacer la deuda de tus pecados, para aumentar en tí la gracia y merecerte la gloria eterna. Vete en paz y no peques más.»

A estas palabras, Lázaro ha salido del sepulcro; el hijo pródigo ha vuelto á su padre; el pecador se ha reconciliado con Dios, en paz consigo mismo, ha librado su corazón de un enorme peso, gusta de una dicha que parecía reservada á la inocencia. El infierno se ha cerrado bajo sus piés, el cielo se ha abierto sobre su cabeza, los ángeles se regocijan, el santo tabernáculo se abre, y el divino banquete espera á este hermano que se había perdido y que se ha encontrado, que había muerto y que ha resucitado.

SU MINISTRO.—Este es el sacerdote, delegado de la Iglesia, teniendo la jurisdicción necesaria y además la aprobación. «Si alguno dijere... que los sacerdotes solos no son los ministros de la absolución... y que cada uno de los cristianos... podría perdonar los pecados por una simple corrección si son públicos, y si es culpable se somete á ella por la confesión espontánea si son secretos, sea anatema.» (Concilio de Trento, sesión XIV, cán. X). El santo Concilio añade, para quitar al pecador toda causa de inquietud: «Si alguno dijere que los sacerdotes en estado de pecado mortal no tienen el poder de ligar ó de desatar, sea anatema.» Y lo que es infinitamente sabio es el cán. XI: «Si alguno dijere que los obispos no tienen el derecho de reservar ciertos casos... y que así la reserva no impide que el sacerdote absuelva válidamente los pecados reservados, sea anatema.» No obstante, añade el Concilio, ha sido siempre piadosamente observado por la Iglesia, que no hay ningún caso reservado en la hora de la muerte, y que todo

sacerdote puede entonces absolver á todo penitente de cualquier pecado que este tenga.»

«Qué más razonable que los casos reservados? El peccador comprender mejor la gravedad de sus faltas, cuando está obligado á ir á buscar lejos el perdón. Un enfermo comprende mejor la gravedad de su estado, cuando sabe que los médicos ordinarios no pueden nada para aliviarle, y que se tiene que recurrir, con gran pena y grandes gastos, á hombres del arte más experimentados.

Su sacramento, todos aquellos que despues de haber sido bautizados han cometido algun pecado mortal. «El sacramento de la Penitencia, dice el concilio de Trento, es necesario á la salvacion para todos aquellos que han caido desde el bautismo, como el bautismo lo es para aquellos que no están todavía regenerados.» Necesario de *necesidad de precepto y de necesidad de medio*; pero no de *necesidad absoluta*, en el sentido de que en caso de imposibilidad, puede ser suplido por el deseo unido á la contrición perfecta.

La razon iluminada por la fe demuestra sin pena que, para todo hombre bautizado y manchado por el pecado, es un deber, bajo el punto de vista natural y sobrenatural, recurrir al sacramento de la Penitencia para pedir al sacerdote la curacion de lo pasado y la direccion ó reglas de higiene espiritual para lo porvenir, porque es el medio, por excelencia, de purificacion, de pacificacion, de renovacion, de preservacion y perseverancia. (BERSEAU, *loc. cit.*, p. 511 y siguientes.)

Sus *efectos*.—Bajo el punto de vista moral. «Institucion admirable, dice el abate Berseaux, página 521. tú eres el sepulcro del vicio, la madre de la sabiduria, la nodriza de la virtud, el remedio de los males de los mortales. Excelente amigo del hombre, caussa más dicha al género humano que los más renombrados sabios y las escuelas más famosas. Cualquiera que ame la humanidad, te ama necesariamente; cualquiera que te odia, odia á la humanidad.» Bajo el punto de vista social. (BERSEAU, p. 532): «La confesion penetra en el interior de las almas, y escudriña los

más misteriosos pensamientos del ciudadano; le vuelve el imperio de su voluntad cuando está dominado por una pesion tiránica; vela sobre las intenciones y los motivos de sus acciones para purificarlas, elevarlas y ennoblecerlas; renueva los remordimientos, para apagarlos en seguida por el arrepentimiento; ve, oye, lo gobierna todo, haciendo observar no solamente la ley de Dios, sino las leyes del Estado; amiga de los buenos, los fortifica; enemiga de los malos, condena sus obras malas; vengadora inexorable, exige satisfaccion; guia seguro, dirige por los senderos divinos de la verdad y de la virtud...» «Es imposible, dice lord Fitz-William, en sus bellas *Cartas á Atico*, establecer la virtud, la justicia, la moral, sobre bases por poco sólidas que sean, sin el tribunal de la Penitencia, porque este tribunal, el más formidable de los tribunales, se apodera de la conciencia de los hombres, y la dirige de una manera más eficaz que ningún otro tribunal. Pues bien, este tribunal pertenece exclusivamente á los católicos romanos... Existen en ellos leyes de una autoridad imperiosa, que no se limitan á castigar los crímenes, sino que los previenen... Estas leyes consisten... en la confesion, la penitencia, la absolucion y la comunión. Toda la economía del orden social gira sobre este eje. Á sus maravillosas instituciones deben los católicos su solidez, su seguridad y dicha.»

Sus *CEREMONIAS*.—Siendo la Penitencia el sacramento de la misericordia, los ritos, segun los cuales es administrado, deben respirar la bondad y la clemencia divinas. Es así, porque ¡qué admirable diferencia entre el procedimiento de los tribunales civiles ó criminales y el del tribunal de la Penitencia! Segun las inflexibles reglas del derecho penal, el ciudadano que se presume que es criminal, es buscado, detenido, reducido á prision. El juez encargado de instruir su proceso usa de la astucia y habilidad para convencerle, espía sus gestos y pasos, hojea su correspondencia, trata de leer en sus miradas y acciones, llama testigos que se esfuerza en intimidar para

arrancarles confidencias acusadoras. El acusado es conducido ante los magistrados, cuyo austero semblante, imponente traje, grave actitud, etc., indican demasiado que están allí para vengar la ley; todo lleva en sí el temor á un mal, el terror, porque la víctima, la sociedad, el bien público están allí con sus altares, sobre los cuales es preciso sacrificarlo todo. Jurídicamente convencido, el culpable es inhumanamente condenado. La pena es siempre cruel; la prisión, el presidio, la deportación, la muerte. El castigo impuesto no inspira el arrepentimiento del pasado, ni la confianza en lo presente, ni la seguridad en lo venidero; arroja al contrario en el abatimiento ó la desesperación. En el tribunal de la Penitencia, el pecador va á arrojarle á los pies de su juez libremente, por su voluntad, conducido por el arrepentimiento y el amor. Es en él el acusado, el acusador y el testigo á la vez; él sólo tiene que hacerse conocer, tal como se conoce el mismo y es conocido de Dios. Se confiesa á Dios, á la santísima Virgen, á los Santos, al sacerdote, á quien llama Padre, al sacerdote á quien está prohibido articular un decreto de condenación, que sólo puede pronunciar una sentencia de perdón, que realiza en vez de abrumar, que rehabilita en lugar de deshonrar, que impone, todo á lo más, después del perdón, una pena ligera, teniendo menos por objeto castigar que curar, que vuelve el hijo pródigo á la sociedad religiosa y civil, después de haberle hecho digno de ella y de sí mismo. Ved como los divinos ritos de la Penitencia, transformando al pecador por su dulce influencia y eficacia soberana, prestan á la sociedad inmensos servicios, aun bajo el punto de vista de sus intereses temporales.

OBJECIONES.—La confesion es una invencion sacerdotal que data del siglo viii.—No, pues que se la encuentra en todos los siglos anteriores. No, porque el que hubiera tentado inventarla, hubiese levantado contra él una oposicion formidable, que le hubiera hecho estrellarse con-

tra los buenos siempre en guardia contra todas las novedades; contra los malos, que hubieran rechazado todos con horror este yugo insoportable; contra los sacerdotes, para los cuales es tambien un tan grande y penoso trabajo, si no hubiese sido una institucion divina. Si el inventor de una práctica tan universal hubiera existido, se sabria su nombre, su siglo, su patria, ¡y la historia se calla!...

La confesion anima al crimen facilitando el perdon.— ¡Vano sofisma! La supresion de la confesion es la que ha multiplicado los crímenes por todas partes hasta el punto de espantar á los heresiarcas y á los pueblos. Leibnitz dijo: «La necesidad de la confesion arranca muchos hombres del mal, á aquellos que no están todavía endurecidos.» Lutero no vacilaba en decir que amaría más soportar el yugo del Papa que consentir la abolicion de la confesion. Ecolampadio confesaba que, suprimiendo la confesion, se habian multiplicado el libertinaje y todos los otros vicios hasta el exceso. Léase en la liturgia sueca: «Cuando se ha entibiado sin medida en el cumplimiento de las reglas prescritas para la confesion aricular, las celebraciones de las fiestas han sido seguidas de un libertinaje tan terrible, que todos se creen dueños de satisfacer sus pasiones.» Los interanos de Nuremberg espantáronse tanto al ver el desbordamiento de crímenes que siguió casi inmediatamente á la abolicion de la confesion, que enviaron una embajada á Carlos V. para suplicarle que restableciese el uso de ella. Los ministros de Strasburgo, en 1670, en una memoria á los magistrados, manifestaron el mismo deseo. Así los magistrados como el Emperador respondieron que su poder no llegaba hasta esto, y pues que habian suprimido la confesion establecida por Dios, menos guardarían la restablecida por los reyes.

Las confesiones de los filósofos son no menos abrumadoras que las de los heresiarcas y las de los herejes. Marmontel: «Qué preservativo tan saludable es para las cos-

lumbres de la adolescencia el uso y la obligación de ir todos los meses á confesarse. El pudor de la humilde confesion de sus más ocultas faltas evita tal vez mayor número que todos los motivos más sanlos.» «La confesion, dice Voltaire, es una cosa excelente, un freno para los crimenes inveterados.» LA MAYOR PARTE DE LOS HOMBRES CUANDO HAN CAIDO EN GRANDES CRIMENES, TIENEN NATURALMENTE HORROR POR ELLOS. SI HAY ALGUNA COSA QUE LES CONSUELE EN ESTE MUNDO, ES PODER RECONCILLARSE CON DIOS Y CONSIGO MISMIOS.» (*Cartas sobre Olympia*). «Los enemigos de la Iglesia romana, que se han levantado contra una institucion tan necesaria (la confesion), parecen haber quitado á los hombres el mayor freno que se pueda oponer á sus crimenes secretos.» (*Annales del Imperio*).

El sacerdote puede descubrir el secreto de la confesion. — Jesucristo lo sabia cuando estableció á sus Apóstoles jueces, y dueños de ligar y desalar. La santa Iglesia católica lo sabia y lo sabe cuando define la institucion divina y la necesidad absoluta de la confesion. ¿Y aún cuando esto fuese? Aún cuando en un momento de irreflexion, un sacerdote hubiera dicho una palabra indiscreta, ¿se sacaría de esto que no se debe confesar? El médico tambien puede descubrir los formidables secretos que se le confian. ¿Cesan por esto de consultarle? Pero la historia está aquí para probar que este temor es quimérico. Desde hace diez y ocho siglos, cada dia, en todas las naciones cristianas que han vivido bajo el sol, millares de pecadores se han confesado con millares de sacerdotes, sin que el secreto de la confesion haya sido violado. ¿Puede existir un hecho más significativo, para demostrar que Dios vela sobre los labios de los sacerdotes, y que, bajo este aspecto tambien, el sacramento de la Penitencia es verdaderamente divino?

El sacerdote puede hacerse y se hace algunas veces corruptor en el tribunal de la Penitencia. Esto no es imposible, esto ha podido acontecer. — ¿Qué deducir de ello? ¿No se abusa de cosas mejores? Entre doce Apóstoles debia haber un Judas. ¿El divino Salvador de los hombres

debía por esto renunciar á sus apóstoles, que han convertido el mundo? ¿Los médicos tambien no han abusado á menudo de su ministerio para seducir y corromper? ¿Será necesario por esto anatematizar la medicina y los médicos? Hay ciertas objeciones que el respeto de la humanidad y cierta dignidad prohiben formular.

V. EL SACRAMENTO DE LA EXTREMA-UNCION. — La Extrema-uncion es un sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo para perdonar á los enfermos que están en peligro de muerte las reliquias de sus pecados, curarles las angustias del alma, y aún devolverles la salud cuando es conveniente á su salvacion. El momento de la muerte es la señal de la crisis terrible de la agonía, del combate, de la gran lucha contra los enemigos de nuestra salvacion, los demonios, tan poderosos, tan activos, tan numerosos, tan hábiles, tan encarnizados. Es la *extremidad*, la hora en que todos los dolores físicos y morales llegan á su supremo grado, en que la vida vá á estrellarse contra su último límite. Es la hora tambien de las últimas voluntades, del último adios, del último suspiro. El tiempo hace lugar á la eternidad, el juicio del hombre al juicio de Dios; la tierra se retira de los pies del pobre moribundo y le deja suspendido entre el cielo y el infierno. El buen Señor, que durante toda su vida habia manifestado tan gran ternura por los enfermos, que supo, por experiencia, cuán amarga es la muerte, debió arreglar al moribundo un calmante divino, que haga menos agudos los sufrimientos de su cuerpo ó aun le devuelva á la vida; que remedie los males extremos de su alma, borre sus últimas manchas, y le defienda contra los últimos asaltos del enemigo. Sentido, primer eco de la bondad infinita de Jesucristo, hace alusion al sacramento de la Extrema-uncion. ¿Está alguno de vosotros enfermo? que llame á los sacerdotes de la Iglesia, que oren estos sobre él, que en nombre del Señor le unjan con el bálsamo, y la oracion de la fe salvará al enfermo, el Señor aliviará sus sufrimientos, y si tiene pecados, le

serán perdonados. (*Epist. cat.*, v. 13 y siguientes). «Si alguno, dice el concilio de Trento, ses. XIV, capítulo I, afirmar que la Extrema-unción no es en verdad y en sentido propio un sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo, y promulgado por el bienaventurado Santiago apóstol, sino que es únicamente un rito transmitido por los Padres, á una invención de los hombres, sea anatema.» «Si alguno dijere que la santa Unción de los enfermos no confiere la gracia, ni redime los pecados, ni alivia á los enfermos, sea anatema.» «Si alguno dijere que los sacerdotes de la Iglesia llamados por Santiago junto á los enfermos para hacerles la unción no son los sacerdotes ordenados por el Obispo, sino las personas más ancianas de cada comunidad, y que así el sacerdote no es el ministro propio de la Extrema-unción, sea anatema.»

La materia de la Extrema-unción: el óleo que apacigua, calma, fortifica y cura, sacado del olivo, símbolo de la paz.

Su forma.—Haciendo la unción sobre cada uno de los cinco sentidos, los ojos, las orejas, los labios, las manos y los pies, el sacerdote dice: «Que el Señor, por virtud de esta unción, y por su piadosísima misericordia, te perdona las faltas que has cometido por la vista, el oído, el olfato, el gusto y la palabra.» «Cómo expresar de una manera más sencilla, más conmovedora, más eficaz, el efecto del perdón supremo y universal del sacramento de los moribundos?

Su ministro.—El sacerdote, y sólo el sacerdote, que quisiera procurar al enfermo su curación, que le anima y consuela, le evangeliza, le hace entrar dentro sí mismo, le reconcilia con Dios, que se expone y desafía, si es necesario, las más contagiosas enfermedades, la angina, las viruelas, el tifus, el cólera, la peste, la rabia y sus furores, las baías, las bombas, las granadas, los combates. Ved lo que hace el sacerdote católico y lo que él solo hace. En el sitio de Sebastopol, un oficial superior de la armada inglesa decía al padre Parabère, y en su nombre á todos los sacerdotes: «¡Nuestros ministros hu-

yen de lo que vos buscáis, tienen miedo al cólera que vos desafiáis! ¡Jamás se les ve donde estais siempre! Nuestra religion no hace ni sacerdotes, ni hermanas de la Caridad.»

Su sujeto.—Los fieles que estan peligrosamente enfermos, principalmente aquellos, dice el concilio de Trento, que están en tan grave estado, que parece están en el artículo de la muerte; y ved por qué la Extrema-unción es llamada el sacramento de los moribundos. No es necesaria por necesidad de medio, sin el cual no hay salvación; sino por necesidad de precepto, y de precepto grave. Porque es una rigurosa obligacion para el hombre, en el momento en que vá á resonar el terrible decreto, *tempus non erit amplius*, no habrá más tiempo: el que tome todos los medios para hacer caer al árbol del lado en que permanecerá siempre.

Sus efectos.—En el órden físico: el alivio y algunas veces la curación del enfermo, curación cuya causa es tal vez en parte la paz y la esperanza devueltas á su corazón. Sacerdote de los últimos sacramentos, durante quince años, en una gran parroquia de Paris, he visto á enfermos desesperados, abandonados de los médicos, volver casi milagrosamente á la vida, despues de haber recibido la Extrema-unción. En el órden moral tranquilidad, algunas veces maravillosa. En el órden demístico consuelo de todos los corazones, que se elevan animados hácia el cielo.

Sus ceremonias.—El sacerdote acompañado de un pequeño grupo de fieles piadosos entra diciendo: ¡La paz sea con vosotros! Arroja los demonios derramando por todas partes agua bendita; recomienda al cristiano que sufre á la milicia de los ángeles, á la asamblea de los elegidos; pide para él la salud del alma y la del cuerpo; hace sobre él las santas unciones; le hace besar tiernamente el Crucifijo, Dios muerto por él, y le aplica una última indulgencia plenaria. Despues, si comienza la agonía, dice y repite varias veces las oraciones más conmovedoras. «*Parte, alma cristiana, en nombre del Padre que te ha creado, en*

nombre de Jesucristo que te ha rescatado, en nombre del Espíritu Santo de quien has sido templo, en nombre de todos los ángeles y de todos los santos. Que hoy estes en paz.» ¡Y las admirables invocaciones puestas en boca del moribundo letánias ardientes y que arrancan lágrimas, que son, según el lenguaje de Bossuet, como el último grito por el cual la Iglesia acaba de darnos á luz á la vida eterna.»

ORACIONES.—Débese temer excitar en el enfermo emociones que impedirán el efecto de los remedios y causarán su muerte.—La experiencia prueba que estos temores son los más de las veces quiméricos. El enfermo, cumpliendo la promesa del Apóstol, es casi siempre aliviado y consolado. Y la fe no nos obliga á resignarnos, si es preciso, á perder el cuerpo para salvar el alma?

El enfermo tiene todo su conocimiento, mañana habrá tiempo todavía.—La Extrema-unción es el sacramento de los enfermos y no el sacramento de los moribundos. ¿Y no es mucho más dichoso todavía que el enfermo tenga su conocimiento para asegurar mejor su eternidad? ¿Esperáis que el enfermo esté en la agonía para hacer venir el médico del cuerpo? ¿Es, pues, menos el alma que el cuerpo? ¡Desolador materialismo!

Débase temer el affligir la familia.—Affligir la familia cuando el sacerdote trae consigo esperanzas inmortales, el alivio del alma y del cuerpo! ¿Y si los falsos temores de la familia hacen morir réprobo á aquel que aman? ¿Que se le ame, que se le lllore aquí donde no está ya, y que sea atormentado eternamente allí donde está? Cuán más razonable era el grito de fe de nuestros padres: «Quemad, caridad, trinchad en este suelo, con tal que nos perdoneis en la eternidad.» ¡Acusar á la santa Iglesia de imprudencia, de dureza, de crueldad, cuando despliega todos los ardores de su celo, todas las riquezas de su ternura para abrir el cielo á aquel de sus hijos que sólo se mantiene en la tierra por un hilo pronto á romperse! ¡Qué injusticia! En la Extrema-unción, así como en los otros Sacramentos, todo es esplendor.

VI. El Orden.—El Orden es el sacramento instituido por Nuestro Señor Jesucristo para constituir el sacerdote, para darle el poder y la gracia de consagrar su cuerpo y sangre, de desempeñar las otras funciones sacerdotales, de representar á Jesucristo y á la santa Iglesia, de enseñar, dispensar la vida eterna, perdonar los pecados: funciones todas evidentemente que no pueden ejercerse sin vocación, sin delegación, sin institución divina (!!!) «¿Quién usurpará, dice el Apóstol, este honor, si no es llamado por Dios como Aaron?» «Introducido en el santuario sin vocación celeste, dice el concilio de Trento, el sacerdote sólo sería un ladrón y un intruso.» Por haber intervenido sin misión en las cosas santas, Coré es tragado por la tierra, Saúl cae del trono, y Jeroboam ve secada su mano. Jesucristo instituyó á sus Apóstoles sacerdotes cuando les dijo: «Todas las veces que comais este pan y bebais este cáliz, hacedlo en memoria mía.» «Todo lo que atáis en la tierra, atado ó desatado será en el cielo;» cuando despues de haberles impuesto las manos les dijo: «Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas.»

En su sesión XXIII el concilio de Trento formuló los cánones siguientes: «Cánon I: Si alguno dijere que no hay en la nueva ley sacerdocio visible ó exterior, ó que no existe ningún poder de consagrar y ofrecer el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor, y de perdonar los pecados, sea anatema... Cánon II: Si alguno dijere que no hay en la Iglesia, además del sacerdocio, otras órdenes mayores y menores por las cuales, como otros tantos grados, se llega al sacerdocio, sea anatema... Cánon III: Si alguno dijere que el Orden ó la ordenación sagrada no es verdadera y propiamente un sacramento instituido por Nuestro Señor, y que es una invención humana, sea anatema... Cánon IV: Si alguno dijere que el Espíritu Santo no es dado por la ordenación y que esta no imprime un carácter, ó que el que fué sacerdote en otro tiempo puede convertirse en laico, sea anatema... Cánon VI y siguientes

tes: Si alguno dijere que en la Iglesia católica no hay jerarquía divinamente ordenada ó instituida, que se compone de sacerdotes, obispos y ministros: que los obispos, elevados á esta dignidad por la autoridad del Pontífice romano, no son verdaderos obispos, que no son superiores á los sacerdotes, ó que no tienen el poder de confirmar y ordenar... ó que el poder que tiene es común con los sacerdotes, sea anatema...»

La materia del sacramento del Orden: la imposición de las manos, señal natural y convencional ó humana de la transmisión, así como el ejercicio del poder y de la gracia. La presentación de los instrumentos propios de cada función: el ostiario toca las llaves; el lector el libro de la palabra de Dios; el exorcista, el libro de los exorcismos; el acólito, el cirio, el candelero y las vinajeras; el subdiácono el cáliz y la patena vacías y el libro de las Epístolas; el diácono el libro de los Evangelios; el sacerdote la patena con el pan, el cáliz con el vino y el agua.

Las formas del sacramento del Orden.—El obispo dice al ostiario: «Obra, como debiendo dar cuenta á Dios de los objetos que estas llaves sirven para encerrar.» Al lector: «Recibe este libro, sé el eco de la palabra divina.» Al exorcista: «Tén el poder de imponer las manos sobre los energúmenos, ya hayan recibido el bautismo, ó ya se encuentren todavía entre los catecúmenos.» Al acólito: «Recibe el candelero con el cirio, y sépos que de aquí en adelante eres el encargado de encender las luces de la Iglesia; recibe estas vinajeras, á fin de que suministres en nombre del Señor el vino y el agua que deben servir para celebrar el misterio eucarístico de la sangre de Jesucristo.» Al subdiácono: «Mira tú mismo estas cosas (el cáliz y la patena), cuyo ministerio te está confiado.» Al diácono: «Recibe el poder de leer el Evangelio en la Iglesia de Dios, tanto por los vivos como por los muertos.» A los sacerdotes en general: «Que todo lo que bendijereis sea bendito, que todo lo que consagrareis y santificareis sea consagrado y santificado.» A cada uno

en particular, derramando sobre sus manos el óleo santo: «Señor, por la virtud de esta unción y de tu bendición, dignate consagrar y santificar estas manos, á fin de que todo lo que bendijeren sea bendito, todo lo que consagren, consagrado y santificado en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.» Haciéndole tocar los vasos del sacrificio y los dones que se han de consagrar: «Recibe el poder de ofrecer á Dios el sacrificio y de celebrar por los vivos y los muertos en nombre del Señor.»

El ministro del Orden: el obispo, que posee solo la plenitud del poder sacerdotal, pastor verdadero del rebaño de Jesucristo.

Sujeto del Orden: los hombres sólo habiendo recibido el bautismo. Pero la ordenación, siendo con todo válida, sólo será lícita con tal que los ordenantes no hayan incurrido en ciertas irregularidades; que no sean homicidas, habiendo concurrido voluntariamente á la muerte de uno de sus semejantes; que no sean ilegítimos; atacados de un defecto corporal notable; esclavos; de mala reputación; bigamos; demasiado jóvenes; sin la ciencia y la virtud suficiente, etc. Estas reservas, así como estos ritos, son evidentemente muy razonables, muy sabios y divinamente inspirados.

Educado en general en un pequeño seminario, el levita, antes de su ordenación, deberá pasar muchos años en el gran seminario, para probar su vocación, estudiar la filosofía y la teología, adquirir el espíritu de oración, ejercitarse poco á poco en las funciones de su ministerio. Antiguamente la santa Iglesia exigía del ordenante que justificase sus medios de subsistencia, estableciéndose ó que gozase de un patrimonio conveniente, ó que estuviese en posición legítima de un beneficio suficiente para su sustento, ó que perteneciese á una orden religiosa aprobada. Eran los tres títulos de patrimonio, de beneficio y de pobreza. Nosotros hemos expresado en otra parte la costumbre de ver exigir los señores Obispos á los sujetos que se presentan sin ninguno de estos títulos, la obliga-

ción de consagrarse durante un cierto número de años á la enseñanza superior, secundaria ó primaria.

Sus efectos.—Confiere á los que lo reciben el poder y la gracia necesaria para continuar santamente la misión de Jesucristo y de los Apóstoles; para ofrecer el divino sacrificio; administrar los Sacramentos; enseñar por su palabra y ejemplo; ser la sal de la tierra y la luz del mundo; ejercer todas las obras de caridad y misericordia, etc., y todo esto con una eficacia divina.

Las ceremonias del Orden.—¿Cuán conmovedora es esta exhortación preliminar: «Hijo mío, pesa con atención y pesa de nuevo los cargos que pides llevar. Hasta este momento, eres libre, pero una vez recibido el Sacramento debes guardar la castidad y ser consagrado para siempre á la Iglesia... Si te place perseverar en tu resolución, en nombre del Señor acércate...» El paso está dado, el levita acaba de renunciar á sí mismo y al mundo. Caen, como herido de muerte, sobre el pavimento del templo: la Iglesia militante conjura á la Iglesia triunfante á que le asista en sus sufrimientos, y ruega al Señor que le bendiga, le santifique y consagre: «Venerable Obispo, exclama el archidiacono, nuestra madre la santa Iglesia pide que impongas á este diácono que te presentamos la carga del sacerdocio.» «Y ¿sabéis si es digno de ello?» «Tanto como la fragilidad humana permite este conocimiento, sé y atesligo que es digno de ello.» «Demos gracias á Dios!» dice el Obispo. Después consulta al pueblo, y si no se levanta ninguna oposición, impone las manos sobre el elegido. Después que todos los sacerdotes presentes extienden su mano derecha sobre la cabeza del ordenante y después de un prefacio sublime, en que son resumidos el origen y la historia del sacerdocio, el pontífice sentado le reviste con la estola y la casulla, diciendo: «Recibe el hábito sacerdotal, símbolo de la caridad; que Dios la aumente en tí y la haga fecunda en obras perfectas.» Luego, después de la unción y consagración de las manos, le da los vasos sagrados, etc.; el nuevo sacerdote

celebra con el Obispo los formidables misterios, y comulga con él mientras el coro canta: «Desde este día ya no os llamaré servidores; os LLAMARÉ AMIGOS MÍOS.» Después de la comunión bajo las dos especies, el ordenando, en pie ante el altar, recita en alta voz el Símbolo de los Apóstoles, luego inclina los rodillas, mientras el pontífice, imponiéndole de nuevo las manos le dice: «Recibe el Espíritu Santo! Los pecados que perdonáreis, perdonados serán, y los que retuviéreis, serán retenidos...» La casulla del ordenando envuelta todavía es desarrollada por el Obispo, que le dice primero: «Que el Señor te revista con la ropa de inocencia.» Después, tomándole las manos: «Me prometes á mí y á mis sucesores respeto y obediencia? Y abrazándole después que ha dicho: Lo prometo; «Que la paz del Señor esté siempre contigo!» Todo está consumado. ¿Y quién podría negar que estos testimonios del Señor no son creíbles hasta el exceso? ¡Esplendor!

VII. EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.—El matrimonio es un sacramento que consagra la unión del hombre y de la mujer, y les confiere la gracia necesaria para santificarse en su estado. Es de fe que el matrimonio es un verdadero sacramento de la nueva ley, instituido por Nuestro Señor Jesucristo. El apóstol san Pablo, escribiendo á los de Éfeso, les dice: «Maridos, amad á vuestras mujeres como Jesucristo ha amado á su Iglesia... El hombre abandonará á su padre y á su madre y se unirá á su esposa; serán dos en una sola carne... Este sacramento es grande en Cristo y en la Iglesia.» El concilio de Trento encuentra en este pasaje la prueba de que el matrimonio es un verdadero sacramento: «Es el mismo Jesucristo, el autor y el consumidor de nuestros augustos sacramentos, el que por su pasión nos ha merecido la gracia necesaria para perfeccionar esta unión natural, para afirmar esta unión indisoluble y santificar á los esposos. Y esto es lo que el apóstol san Pablo ha querido dar á entender, cuando dijo: «Este sacramento, yo lo digo, es grande en Jesucristo y en la Igle-

sia...» El matrimonio en la nueva ley, estando muy por encima de los matrimonios antiguos, por la gracia que viene de Jesucristo, tiene razon para que los santos Padres, la tradicion de la Iglesia universal y los concilios hayan enseñado en todo tiempo á ponerlo en el número de los sacramentos de la nueva ley.» (Sesion XXIV.) El santo Concilio añade: «Si alguno dijere que el matrimonio no es verdadera y propiamente uno de los siete Sacramentos Instituidos por Nuestro Señor Jesucristo, sino que es una invencion de los hombres en la Iglesia, sea anatema.» (Sesion XXV, cánou I.)

Nada es más conforme á la razon iluminada por la fe. En efecto, no es muy mucho que se conceda una gracia particular á los esposos para que cumplan, el uno con respecto al otro, los nuevos deberes cuya obligacion se imponen y sin cuyo cumplimiento la sociedad conyugal no podría subsistir; para que den á sus hijos el mismo sacramento y la educacion fisica, y con mucha más razon para darles una educacion cristiana; para hacer de ellos fieles hijos de la Iglesia y elegidos para el cielo á la vez. ¡Qué valor, qué consagracion, qué heroismo es necesario! si se es rico, para resignarse á ver su fortuna dividida por la division entre un gran número de hijos; si se es pobre, por no saber de dónde sacar con que alimentar y vestir una numerosa familia: rico ó pobre, para criar hasta la edad de veinte años á un hijo que tal vez será una fuente incesante de cruces penas. ¡La sociedad doméstica no es la base y el fundamento de la sociedad pública! No es ella el santuario donde se forman las generaciones, y en la cual pertenecen al hombre todos los títulos de padre, de madre, de esposo, de esposa, de hijo, de hermano y de hermana? Controvertir la necesidad de un sacramento que ayude á los esposos á alcanzar los fines tan santos, tan múltiples, tan imponentes del matrimonio, pretender que el amor conyugal, paternal y maternal bastarian para todo, seria una locura. La historia nos muestra por todas partes, fuera del cristianismo, no solamente

en la antigüedad, sino tambien hoy dia, la poligamia, el divorcio, la muerte ó el abandono de los hijos, etc., etc.

Materia del sacramento del Matrimonio.—Es el contrato formado por el consentimiento mútuo de los esposos, ó la manifestacion sensible de este consentimiento. Allí donde de este contrato es nulo, el sacramento del Matrimonio no es conferido. Las condiciones esenciales de este contrato son la *unidad, la indisolubilidad y la legitimidad.*

1.^o *Unidad ó monogamia.*—Dios creó un solo hombre, y á este hombre único dió una sola mujer, diciéndole: «El hombre abandonará á su padre y á su madre y se unirá á su esposa, y no serán dos, sino uno en una sola carne.» Y cuando Jesucristo quiso reformar el matrimonio, que las pasiones habian desnaturalizado profundamente, no hizo más que recordár á los judíos lo que era en el origen. «Si alguno, dice el concilio de Trento, afirmase que es permitido á los cristianos tener al mismo tiempo muchas mujeres, y que esto no está prohibido por ninguna ley divina, sea anatema.» (Sesion XXIV, cánou 2.^o) ¿Qué cosa más conforme á la naturaleza y á la razon que la monogamia? ¿Qué cosa más homicida que la poligamia? 1.^o Destruye en el matrimonio la igualdad entre el hombre y la mujer; cada una de las mujeres se da en efecto al hombre toda entera, mientras que, dividido entre muchas, el hombre sólo se da en parte. 2.^o Por todas partes en que reina la poligamia, la mujer es esclava, es considerada, no como una persona, sino como una cosa, como un instrumento de trabajo ó de placer, como una bestia de carga, que entra en el comercio, que se puede comprar y vender. 3.^o Apenas es bastante un hombre para criar los hijos que una sola mujer le da. Y bajo el régimen de la poligamia se ve sin cesar al hijo repudiado por sus padres, que hacen menos caso de él que los animales de sus pequeñuelos. 4.^o La poligamia es un origen perpetuo de amarguras y de convulsiones domésticas, como lo prueba demasiado elocuentemente la historia de los harenes. Por el hecho general de la igualdad numérica de los hombres y las mu-

eres, Dios significa claramente que sólo destina una sola mujer á cada hombre. La poligamia dando muchas mujeres á un solo hombre, condenaría á cierto número de hombres á no casarse, y les privaría del ejercicio de un derecho que han recibido de la naturaleza; sería el heredamiento exclusivo del rico, que solo, gracias á sus recursos, podría darse todo un serrallo. No podrá alegrarse en favor de la poligamia los argumentos ilusorios de la dicha y de la propagación del género humano. En efecto, no hay hombre á quien Dios quisiera dar más dicho que á Adán, salido de sus manos inocente y puro; y no ha habido época en la cual la propagación del género humano fuese más necesaria que en el origen del mundo; y sin embargo, Dios sólo dió á Adán una compañera. Además, en Turquía, en que reina la poligamia, hay guardadas las proporciones, menos habitantes que en Europa.

2.^o *Indisolubilidad del contrato.*— Jesús dice á los fariseos: «Que el hombre no separe lo que Dios ha unido...» (Matth. xix, 6.) «Cualquiera que abandone á su mujer y se case con otra, y cualquiera que se case con la mujer que el marido ha repudiado, comete adulterio.» (Luc. c. xvi, 19.) San Pablo dice á su vez: «En cuanto á aquellos que están casados, no soy yo, sino el Señor quien les hace este mandamiento. Que la mujer no se separe de su marido. Está ligada por la ley del matrimonio á su marido por todo el tiempo que éste esté en vida.» (Epist. á los Colosenses, vi, 10 y sig.) El concilio de Trento formuló el anatema siguiente: «El que dijere que la Iglesia está en el error cuando enseña, como lo ha enseñado siempre, siguiendo la doctrina del Evangelio, y de los Apóstoles, que el vínculo del matrimonio no puede ser disuelto á causa del adulterio de una de las dos partes; que ni la una ni la otra parte... puede contraer otro matrimonio viviendo su cónyuge; que el marido que, habiendo abandonado á su mujer adúltera casa con otra, comete el mismo adulterio, del mismo modo que la mujer que, habiendo dejado á su marido adúltero, ha contraído un segundo matrimonio,

sea anatemas (Cánon VII.) «Si alguno dijere que el vínculo del matrimonio puede ser roto por causa de herejía, de cohabitación demasiado onerosa, ó de ausencia afectada de una de las dos partes, sea anatema.» (Cánon V.)

Esta ley de indisolubilidad descansa evidentemente sobre la naturaleza de Dios, sobre la naturaleza del hombre y sobre la naturaleza de la sociedad doméstica y civil. La indisolubilidad es uno de los caracteres de la familia divina de la santísima Trinidad, tipo de la familia humana. Haciendo á Evo de una costilla de Adán, no quiso significar Dios que el hombre y la mujer son dos en uno, que son indivisibles é inseparables? Uno de los grandes objetos del matrimonio es la educación de los hijos; pues bien, será siempre una gran desgracia para los hijos que seguirán al padre, vivir lejos de la solicitud de la madre, y á los que seguirán á ésta, vivir lejos de la tutela y de la protección del padre. Si no hay división de los hijos, no serán en general menos bien educados por uno que no lo hubieran sido por todos dos?

Un segundo objeto del matrimonio es la asistencia mútua de los esposos: si saben que podrán separarse, pondrán menos atenciones en examinar si se contienen; se amarán menos, si no pueden contar en la perpetuidad de su amor; acabarán por dudar el uno del otro, si sienten que el capricho y la pasión pueden romper á cada instante los lazos que los unen.

Nada más fácil además que establecer con certeza las siguientes proposiciones: El divorcio, en las naciones cristianas, sólo ha sido erigido en ley en las épocas de revueltas ó de decrepitud. Sólo es en el fondo un concubinato legal; una concesión vergonzosa hecha á la voluptuosidad á expensas del deber. Sería una fuente continua de divisiones entre los esposos, las familias y los hijos. Separando al hombre y á la mujer sin dejarles esperanza de reconciliación, sólo puede engendrar odios implacables, al mismo tiempo que oscurece todo sentimiento de piedad filial en el corazón del hijo, que separa del padre ó de la

madre. La historia demuestra que la poblacion decrece en razon de la facilidad de los repudios. Una ley que autorizase el divorcio sin viva oposicion y sin reclamaciones ardientes de la nacion, seria uno de los sintomas más espantosos de su degradacion. La santa Iglesia ha sido, pues, muy sabia cuando ha rechazado todo pensamiento de divorcio, por incompatibilidad de humor, esterilidad de la union contrahida, por adulterio de uno de los esposos, y aun por atentado de uno de los esposos á la vida del otro. Pero ella se ha mostrado admirable y conciliadora á la vez, ha prevenido la seguridad de las personas, permitiendo la separacion en cuanto á la habitacion, y ha prevenido la estabilidad del matrimonio, manteniendo el vínculo: *vinctum*. Á los fariseos que le preguntaban cómo Moisés habia podido permitir al marido repudiar á su mujer, Jesucristo respondió: «A causa de la dureza de vuestro corazón; pero no era así en el principio, y no lo será de aquí en adelante.»

3.ª *La legitimidad del contrato.*—Debe ser válido y lícito á la vez, esto es, no debe ser contraído en presencia de los impedimentos formulados por la Iglesia. Si el impedimento es dirimente, el matrimonio es nulo, inválido. Si el impedimento es solamente impediante, el matrimonio es válido, pero ilícito. Es un dogma católico, un artículo de fé, que la Iglesia puede, en virtud de un poder que le es propio, establecer estas dos especies de impedimentos. «Si alguno dijere que las causas matrimoniales no pertenecen á la jurisdiccion del tribunal de la Iglesia, sea anatema.» (*Concilio de Trento*, ses. XXIV, can. II.) «Si alguno dijere que la Iglesia no puede constituir impedimentos matrimoniales dirimientes, ó que constituyéndolos puede engañarse, sea anatema.» (Canon II.) La Bula *Auctorem* *Idem*, del 28 de Agosto de 1794, dirigida por Pio VI á todos los fieles, y que ha sido recibida por todas las Iglesias sin reclamacion, condena como heréticos y contrarias á los cánones del concilio de Trento las doctrinas del concilio de Pistoya, en el que se sostenia que el derecho de

alegar impedimentos dirimientes al contrato del matrimonio, sólo pertenecia originariamente al poder civil. Declara que la Iglesia ha podido y puede siempre, en virtud de un derecho que le es propio, establecer impedimentos, que no sólo suspenden el matrimonio, sino que lo hacen nulo.

«Y cuán sabiamente formulados son los impedimentos de la Iglesia! *El error*: es demasiado evidente que el error substancial sobre la persona vicia en su origen el consentimiento y hace nulo el contrato. *La condicion*: casar con una persona esclava creyéndola libre, es un error substancial. *El voto solemne de castidad*: pronunciado despues de todas las pruebas canónicas, este voto constituye la vocacion divina: ¿conviene acaso dejar un efugio á los que se han lanzado en la carrera de la abnegacion y del sacrificio? *El parentesco*: los peligros de la consanguinidad son enormes! «Es una regla comun en todas las naciones, dice M. Troplong, el que la sangre tenga horror de sí misma en las relaciones de los sexos; se quiere perpetuar por una sangre extraña para no degenerar.» *El crimen*: ¡el asesinato y el adulterio son grandes crímenes! Seria anularlos y multiplicarlos no declarar nulo el matrimonio entre dos personas que se han hecho culpables de ello. *La desigualdad de culto ó la diferencia de religion*: el objeto del matrimonio es la santificacion de los esposos y la educacion cristiana de los hijos; pues bien, un cristiano uniéndose á un infiel, sobre todo en un país infiel, ¿no se expondría á perderse? ¿tendria bastante influencia sobre el infiel para obtener que su hijo fuese cristiano? Estas mismas razones tan graves tienden á impedir los matrimonios entre los católicos y los herejes, pero la Iglesia no los declara nulos, los hace únicamente ilícitos. *La violencia*: si la libertad debe presidir en todos los actos humanos, debe con mucha más razon presidir en el matrimonio, que es uno de los actos más importantes de la vida. *El Orden*: la mision del sacerdote es sublime y divina; era preciso ponerle en la dichosa necesidad de que no pen-

sase en el matrimonio y preservarle eficazmente de la seducción. *El vínculo:* si sólo debe haber en la familia un marido y una mujer, es evidente que el vínculo con un primer marido debe ser un obstáculo absoluto al segundo. *La locura:* un fallo de juicio no puede ni contraer matrimonio válidamente, libremente, ni cumplir sus obligaciones. *La afinidad:* los esposos, que no son más que una sola carne, deben ser considerados como miembros de la familia á la cual se unen. *La clandestinidad:* por todas partes y siempre el matrimonio ha ido acompañado de ceremonias públicas. Es en efecto de la más alta importancia que los matrimonios que se contraen reciban una publicidad legal. *La impotencia:* aquel que no puede alcanzar el objeto esencial del matrimonio, ¿puede contraerlo válidamente?

En sus *Cartas sobre la historia de la tierra y del hombre*, tomo I, página 48, Deluc dice muy sabia y crudamente: «La religión ha prestado el mayor de los servicios al género humano, colocando en el matrimonio una ley bajo la cual la fuerza de los hombres se ve forzada á inclinarse; y no es esto la sola ventaja de un código de moral al que no es permitido tocar.»

En favor de las leyes fundamentales del matrimonio, así como en favor de cada uno de sus impedimentos dirimientes, la Iglesia puede invocar el testimonio de la tradición universal; porque en medio de las más profundas tinieblas de la humanidad, se entrevé la luz; porque al lado de la realidad menos perfecta se descubre el sentimiento del ideal cristiano.

Los efectos del sacramento del Matrimonio. Por todas partes antes del cristianismo el marido ha sido un tirano, la mujer una esclava, el hijo una víctima. La esposa estaba fatalmente reducida á sufrir la tiranía del marido; el hijo la crueldad del padre y de la madre. El padre era invenciblemente arrastrado á exagerar la autoridad, la madre á sacudirla ó á usurparla, el hijo á sustraerse de ella. El cristianismo ha hecho entrar la autoridad paternal en

sus límites naturales, subordinándola á la autoridad divina, á la ley de la abnegación y del sacrificio. Mantiene á la mujer en su esfera mandándole obedezca al marido; hace un deber al hijo respetar la autoridad de su padre y no olvidar los gemidos de su madre. Ha rehabilitado á la familia adhiriéndola al orden divino, mostrándole en la Familia divina el tipo que debe reproducir, proponiéndole como modelo la santa familia de Nazareth, José el verdadero modelo del padre, María el verdadero modelo de la madre, Jesús el verdadero modelo del hijo; condenando todas las sectas heréticas ó filosóficas que han negado las leyes eternas, fuera de las cuales sólo hoy para ella degradación y miseria; recordando sin cesar sus deberes á cada uno de sus miembros; al padre, que debe á sus hijos la educación física; á la madre, que debe educar y criar á sus hijos por el mismo tanto como es posible, y prodigarles los más tiernos cuidados; al hijo, que debe, como el infante Jesús, en la sumisión á su padre y madre, crecer en edad, progreso físico; en sabiduría, progreso intelectual; en gracia, progreso moral; ante Dios y ante los hombres.

Las ceremonias del sacramento del Matrimonio.—Primero es la ceremonia de los esposales, en la cual, cuarenta días antes del matrimonio, la Iglesia bendice la promesa que los futuros esposos han hecho de unirse. Llegado el día del matrimonio, llevados los esposos por los deseos de sus padres y amigos, se arrojan al pie del altar. Su propio pastor, que conoce todas sus ovejas por sus nombres y que las ama, avanza y les recuerda la cantidad de las obligaciones que van á contraer, por juramento, en presencia de Dios, de sus Angeles y de la multitud reunida; las nuevas virtudes que deberán practicar para hacerse mutuamente felices; el gran objeto del matrimonio, su santificación y la de sus hijos; el término al cual deben llegar, el cielo, que debe reunir tan siempre en una misma dicha á los que vínculos tan poderosos y tan dulces habrán unido en la tierra. Despues de haberles exhortado

de este modo, bendice la moneda que representa el dote de la joven esposa, y el anillo que el esposo colocará en el dedo de ésta como señal de la unión que contraen. En fin, mientras los esposos se dan la mano, los uno y los bendice, haciendo sobre ellos la señal de la cruz. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Objeciones.—El matrimonio es un contrato puramente civil.—No, Montaigne establece que en todos los tiempos y en todos los lugares la religión ha presidido al matrimonio; que éste ha sido siempre el objeto de una bendición particular; que á la religión es á la que toca decidir si el vínculo será indisoluble ó no.

La Iglesia nada tiene que ver con él.—Si, evidentemente, porque el matrimonio es un sacramento de la nueva ley. Si, pues, que la Iglesia infalible afirma dogmáticamente lo contrario. Puede, por un abuso de la libertad, secularizar el matrimonio, la familia y el Estado; pero el individuo, la familia y el Estado, colocados mal que les pese en el orden sobrenatural por la Redención, no son realzados sin la ley eterna y divina, y por lo mismo sin la Iglesia, sola intérprete oficial e infalible de esta ley.

La Iglesia no puede oponer al matrimonio ningún impedimento dirimente.—Esto es falso, absolutamente falso. Sociedad divina é infalible establecida por Jesucristo, directora divina de la humanidad, la Iglesia tiene el doble poder de formular impedimentos y de dispensar de éstos cuando lo juzga á propósito. «La naturaleza decaída, abandonada á sí misma, jamás será lo que ha sido, entregada á la barbarie. El matrimonio civil tiende fatalmente á poner la civilización en peligro, á degradar la humanidad, que separa de su principio regenerador y santificador. Es un paso hácia la animalidad, mientras que el matrimonio cristiano es un paso hácia la divinidad. Si el atractivo que une los dos sexos fuese abandonado al delirio de los sentidos, la degradación de la especie estaría presto en proporción con su depravación. »(TAORLON, *De la influencia del Cristianismo sobre el derecho civil*, cap. VII.) «La se-

cularización del matrimonio, su usurpación por la autoridad civil, es, decía Mirabeau, el mayor atentado del poder político contra el poder civil.»

La Iglesia ha establecido impedimentos al matrimonio á fin de procurarse recursos, haciendo pagar las dispensas.—Odiosa calumnia! odiosa calumnia! Toda administración civil ó religiosa tiene el derecho y el deber de vivir á costa de sus administrados. La Iglesia sólo hace lo que hacen los poderes establecidos, cuando dice á sus súbditos: Te dispenso de que observes la regla tal que he ordenado, pero con la condición de que por una limosna concurras al mantenimiento y al triunfo del orden.

La Iglesia por sus prohibiciones atenta á la libertad.—Atentaría en todo caso en nombre de Dios, que es amo soberano. Pero no, ella no atenta á la libertad; la ordena, la arranca del mal, y hace que su uso de ella para el bien. La verdad eterna lo ha dicho: Si vuestra libertad no es la de Jesucristo, no seréis verdaderamente libres. Todo concurre á demostrar la verdad del cristianismo: los Esplendores de la fe, los hechos de la historia, lo más profundo del alma, las entrañas de la tierra, la magnificencia de sus dogmas, la santidad de su moral, la eficacia de su culto, su influencia civilizadora, etc., etc. Nada más feliz y más glorioso, por consiguiente, que obedecer á sus leyes.

Capítulo trigésimo quinto.—El celibato y los votos de la religión.—El Evangelio nos enseña muy claramente que el llamamiento al celibato entraba en los deseos de Jesucristo. Admirados de que proclamase resueltamente la indisolubilidad absoluta del matrimonio, sus Discípulos le dijeron: «Si tal es la condición del hombre con respecto á su mujer, no es bueno casarse.» Jesús, entonces les dice: «Todos no comprenden esta palabra; solamente comprenden que es mejor no casarse aquellos á quien ha sido dado el comprenderlo. Hay quienes se han hecho eunuocos (que han renunciado al matrimonio) á causa del reino de los cielos. (Estos han escogido la mejor parte.)» Un día que san

de este modo, bendice la moneda que representa el dote de la joven esposa, y el anillo que el esposo colocará en el dedo de ésta como señal de la unión que contraen. En fin, mientras los esposos se dan la mano, los uno y los bendice, haciendo sobre ellos la señal de la cruz. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Objeciones.—El matrimonio es un contrato puramente civil.—No, Montaigne establece que en todos los tiempos y en todos los lugares la religión ha presidido al matrimonio; que éste ha sido siempre el objeto de una bendición particular; que á la religión es á la que toca decidir si el vínculo será indisoluble ó no.

La Iglesia nada tiene que ver con él.—Si, evidentemente, porque el matrimonio es un sacramento de la nueva ley. Si, pues, que la Iglesia infalible afirma dogmáticamente lo contrario. Puede, por un abuso de la libertad, secularizar el matrimonio, la familia y el Estado; pero el individuo, la familia y el Estado, colocados mal que les pese en el orden sobrenatural por la Redención, no son realzados sin la ley eterna y divina, y por lo mismo sin la Iglesia, sola intérprete oficial e infalible de esta ley.

La Iglesia no puede oponer al matrimonio ningún impedimento dirimente.—Esto es falso, absolutamente falso. Sociedad divina é infalible establecida por Jesucristo, directora divina de la humanidad, la Iglesia tiene el doble poder de formular impedimentos y de dispensar de éstos cuando lo juzga á propósito. «La naturaleza decaída, abandonada á sí misma, jamás será lo que ha sido, entregada á la barbarie. El matrimonio civil tiende fatalmente á poner la civilización en peligro, á degradar la humanidad, que separa de su principio regenerador y santificador. Es un paso hácia la animalidad, mientras que el matrimonio cristiano es un paso hácia la divinidad. Si el atractivo que une los dos sexos fuese abandonado al delirio de los sentidos, la degradación de la especie estaría presto en proporción con su depravación. »(TAORLON, *De la influencia del Cristianismo sobre el derecho civil*, cap. VII.) «La se-

cularización del matrimonio, su usurpación por la autoridad civil, es, decía Mirabeau, el mayor atentado del poder político contra el poder civil.»

La Iglesia ha establecido impedimentos al matrimonio á fin de procurarse recursos, haciendo pagar las dispensas.—Odiosa calumnia! odiosa calumnia! Toda administración civil ó religiosa tiene el derecho y el deber de vivir á costa de sus administrados. La Iglesia sólo hace lo que hacen los poderes establecidos, cuando dice á sus súbditos: Te dispenso de que observes la regla tal que he ordenado, pero con la condición de que por una limosna concurras al mantenimiento y al triunfo del orden.

La Iglesia por sus prohibiciones atenta á la libertad.—Atentaría en todo caso en nombre de Dios, que es amo soberano. Pero no, ella no atenta á la libertad; la ordena, la arranca del mal, y hace que su uso de ella para el bien. La verdad eterna lo ha dicho: Si vuestra libertad no es la de Jesucristo, no seréis verdaderamente libres. Todo concurre á demostrar la verdad del cristianismo: los Esplendores de la fe, los hechos de la historia, lo más profundo del alma, las entrañas de la tierra, la magnificencia de sus dogmas, la santidad de su moral, la eficacia de su culto, su influencia civilizadora, etc., etc. Nada más feliz y más glorioso, por consiguiente, que obedecer á sus leyes.

Capítulo trigésimo quinto.—El celibato y los votos de la religión.—El Evangelio nos enseña muy claramente que el llamamiento al celibato entraba en los deseos de Jesucristo. Admirados de que proclamase resueltamente la indisolubilidad absoluta del matrimonio, sus Discípulos le dijeron: «Si tal es la condición del hombre con respecto á su mujer, no es bueno casarse.» Jesús, entonces les dice: «Todos no comprenden esta palabra; solamente comprenden que es mejor no casarse aquellos á quien ha sido dado el comprenderlo. Hay quienes se han hecho eunuocos (que han renunciado al matrimonio) á causa del reino de los cielos. (Estos han escogido la mejor parte.)» Un día que san

Pedro exclamaba: «Nosotros lo hemos abandonado todo y le hemos seguido, ¿cuál será nuestra recompensa?» Jesucristo responde: «El que habrá abandonado su casa... su mujer... á causa de mí, recibirá el céntuplo.» Se ve aún á Jesucristo imponer este abandono de todo á algunos de sus discípulos como una condición indispensable de salvación. San Pablo, á quien las leyes evangélicas fueron directamente reveladas por Jesucristo, dice de la manera más explícita (I Cor., vii, 1 y sig.): «Es ventajoso para el hombre no tocar á ninguna mujer, y yo quisiera que fueseis todos como yo... Pero cada uno tiene su vocación particular... Digo á los que no están casados... que les es ventajoso permanecer así, como yo estoy... El que está sin mujer pone su solicitud en las cosas del Señor... cómo agradará al Señor. Del mismo modo, la mujer no casada y la virgen piensan en las cosas que son del Señor... á fin de ser santas de cuerpo y espíritu; mientras que la que está casada piensa en las cosas del mundo, cómo complacerá á su marido... El que casa á su hija VIRGEN HACE BIEN, Y EL QUE NO LA CASA HACE MEJOR.»

Conforme á la doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles, los antiguos Padres y los Doctores de todos los tiempos exaltaron á porfía la continencia y el celibato como una cosa más perfecta, más digna á los ojos de la religión que el estado del matrimonio, afirmando unánimemente que es mejor y más dichoso permanecer en la virginidad ó el celibato que casarse.

Resumiendo y definiendo la doctrina evangélica y la tradición, el concilio de Trento formuló los dos cánones siguientes (ses. XIV. Canon II: «Si alguno dijere que el estado del matrimonio debe ser preferido al estado de virginidad ó de celibato; ó que no es mejor ó más feliz permanecer en la virginidad ó el celibato, que unirse por el matrimonio, sea anatemá.» Canon IX: «Si alguno dijere que los clérigos que están en las Ordenes sagradas, ó los regulares que han hecho profesión solemne de castidad, pueden contraer matrimonio; y que pueden casarse los

que no experimenten el don de castidad, áun cuando hayan hecho voto de la misma, sea anatema, FORQUE DIOS NO REHUSA ESTE DON Á LOS QUE SE LO PIDEN COMO ES PRECISO, Y NO PERMITE QUE SEAMOS TENTADOS SOBRE NUESTRAS FUERZAS.»

Lo desconocido es la bondad y la posibilidad del celibato y de la virginidad...; lo conocido es la divinidad de Jesucristo y de su santa Iglesia. Jesucristo y la Iglesia han afirmado la bondad y la posibilidad del celibato; lo desconocido está, pues, despejado.

La causa ¡ay! tan impopular y poco comprendida hoy del celibato del clero regular ha sido defendida tan sabia y victoriosamente por el abate Berseaux en *La Viciosa sagrada* (tomo iv, p. 60 y sig.), que me limito á bosquejar muy rápidamente su gloriosa defensa: «Todos los pueblos, ha dicho el conde de Maistre, han exclamado que hay en la continencia cierta cosa celestial que exalta al hombre y le hace agradable á la divinidad; que, por una consecuencia necesaria, toda función sacerdotal, todo acto religioso, toda ceremonia santa, armoniza poco ó no armoniza con el matrimonio.» (*Del Papa*). Interrogadas sobre este punto la Judea, la India, la Persia y la Arabia, el Egipto, la Grecia, Roma, las naciones Barbaras, hablan absolutamente el mismo lenguaje... Los filósofos Pitágoras, Plutarco, etc., han pensado como el pueblo. Si el gentilismo está sobre este punto acorde con la Iglesia, los sabios acordes con los Padres, Atenas con Jerusalem, ¿no es que el celibato es una institución sabia y santa? Un consentimiento universal supone una causa universal; pues bien, hay en el mundo dos causas universales, Dios y la naturaleza; luego el celibato de las personas consagradas á Dios reposa sobre un fundamento divino.

¿Y cuántas razones intrínsecas militan en favor de esta gran verdad? 1.º El sacerdote es el representante de Jesucristo; pues bien, Jesucristo vivió virgen. 2.º Jesucristo quiso nacer de una virgen. Si el gran misterio de la Encarnación se verificó por el ministerio de una virgen, ¿no es conveniente que el misterio de la Eucaristía, que es la

continuación, la extensión de la Encarnación, se verifique por el ministerio de un sacerdote virgen? 3.º El sacerdote es el pontífice encargado de ofrecer á Dios el doble sacrificio de la oración y de la Eucaristía; bajo este doble aspecto, es bueno que guarde la continencia. Orígenes decía: «Sólo pertenece á aquel que está consagrado á una castidad perpétua ofrecer el sacrificio perpétuo. 4.º El sacerdote es la luz del mundo, debe enseñar y defender la verdad; y para enseñar y defender la verdad es necesario que la conozca; para conocerla la tiene que estudiar; para estudiarla son necesarios libros, tiempo para hacerlo, una solitud relativa. Pues bien, todo esto es casi imposible para el sacerdote casado. La experiencia justifica la teoría; atestigüa que la castidad dispone el espíritu á la perfección de las operaciones intelectuales. Los hombres, en efecto, que más han brillado por su ciencia en la antigüedad y en los primeros siglos de la Iglesia, han salido todos de las filas del celibato. 5.º El sacerdote no es solamente el doctor del alma humana; despues de haberla iluminado y animado á la virtud, debe determinarla por su ejemplo; y bajo este aspecto también, ¿de qué inmensa utilidad no es el celibato? Evidentemente es la institución del celibato, y el honor con que el cristianismo ha rodeado á la virginidad, lo que arrancó al mundo antiguo de la podredumbre. Eran necesarios estos divinos excesos para probar al hombre esclavo de los sentidos cuán dominada podía ser la carne. 6.º El sacerdote católico es un enviado celestial que debe ejercer el imperio de Jesucristo. Para ejercer este imperio con fruto es necesario la consideración, la independencia, el valor de exclamar: ¡No es FEMININO! ¡Nosotros no rogamos! Pues bien, quietad el celibato, y estas gloriosas cualidades no existen. No habría nadie que viniera en socorro de la verdad divina oprimida. Ved antes que todo el protestantismo: Desde el día en que pidió, ó aceptó el matrimonio de los sacerdotes, dejó extender al poder civil una mano sacrilega sobre las verdades reveladas, redactar é imponer los sim-



UNIVERSIDAD DE NAVARRA
NOMINA
AL DE

bolos. 7.º El sacerdote es un hombre público que debe consagrarse á la humanidad toda entera; pues bien, sólo el sacerdote celibatarío puede hacer el sacrificio entero de su tiempo, de su fortuna, de su vida. La naturaleza grita sin cesar al oído del sacerdote casado que lo debe todo, sus bienes y su vida, á aquellos á quienes ha dado el ser. También, en los anales del clero cristiano, se encuentra por todas partes en el sacerdote virgen la consagración; en el sacerdote casado el cobarde abandono de las almas. Y pues que el celibato de los sacerdotes, bajo cualquier punto de vista que se le considere, es absolutamente necesario y eminentemente bienhechor, la religión que impone sola el celibato á sus ministros es la sola religión divina, la religión de Jesucristo.

Pero: 1.º La observación del celibato es imposible.— Dios dice lo contrario á san Pablo: Mi gracia te basta. Y la prueba irrecusable de la posibilidad de la continencia es que ha sido universalmente guardada en la Iglesia; no solamente es posible la continencia, sino que es fácil, muy fácil á los que la quieren seriamente. El mismo Rousseau dijo: «Esta necesidad de las relaciones de ambos sexos es quimérica, y conocida solamente de las gentes de mala vida. Todas estas pretendidas necesidades no tienen su origen en la naturaleza, sino en la voluntaria depravación de los sentidos.» San Agustín dijo una gran verdad: «Hay más gozo en abstenerse que en usar con moderación.» Un hecho constante es, que hay más distancia del celibato á la fornicación, que del matrimonio al adulterio.

2.º Pero hay infracciones y desórdenes secretos.— Qué importa! pues que sólo aparecen de tarde en tarde como ligeras nubes en un cielo sereno. Hay infracciones del celibato como las hay de la fidelidad conyugal; como las hay para todas las obligaciones más sagradas de la tierra. A pesar de estas infracciones, el celibato no deja de ser la institución más elevada en sí misma y la más saludable en sus resultados. Voltaire no vacilaba en decir: «La vida seglar ha sido siempre más viciosa que la de los sa-



cerdotes; pero los desórdenes de estos han sido siempre más notados por el contraste con la regla.»

3.º La Iglesia por el celibato hace de sus sacerdotes otras tantas víctimas de su tiranía.—Jamás la Iglesia ha obligado á nadie á hacer voto de castidad. Sabe que una vez emitido el voto sólo puede ser observado por la perseverancia en una resolución animosa; por eso sólo hace llamamiento á las almas de buena voluntad, á las que se hacen violencia!

Tema soberanamente las obligaciones temerarias, y dispone muchos años de reflexiones y pruebas para los que quierán consagrarse á la virginidad.

4.º El yugo es mucho más tiránico todavía, la esclavitud más dura, para los habitantes del claustro.—Era la mentirosa acusacion del siglo xviii. Una memorable experiencia vino presto á hacer patente la calumnia; las puertas de los conventos fueron derribadas, y declarados los religiosos libres de salir. Pero fué preciso recurrir á la violencia para arrancarles de su bendecida soledad; prefirieron el martirio á la libertad, la muerte al perjurio.

5.º Si todos se consagrasen al celibato, ¿qué llegaría á ser el género humano?—Podríame contentar con responder: Si todos guardasen la continencia en el matrimonio ó se condensasen á la viudez, ¿qué llegaría á ser el género humano? No hay que temer que todos se consagren al celibato, como no hay que temer que todos sean continentes en el matrimonio. La virginidad es una cosa difícil, y porque es difícil es forzosamente rara: el mismo Jesucristo ha dicho que muy pocos la comprenden. Y si nadie se consagrara á ella, ¿qué llegaría á ser las innumerables miserias que es llamada á aliviar?

6.º La Iglesia prescribiendo el celibato y exaltando la virginidad, ultraja la santidad de la union conyugal.—Acaso, la Iglesia no ha honrado y protegido siempre el matrimonio, elevado por Jesucristo á la dignidad de sacramento augusto, contra los sofistas y los herejes que lo han atacado, desde los gnósticos hasta los falansteria-

nos? El fin del matrimonio es conservar el género humano por la reproduccion, el fin del celibato conservarlo por la santificación; son dos agentes igualmente benditos de conservacion.

7.º Todos los hombres son llamados al matrimonio por la naturaleza y por Dios.—Que Dios haya hecho al hombre, considerado en general, para el matrimonio, es una verdad incontestable; pero que haya destinado y obligado á él á cada uno en particular, es un error ó una locura, que sólo puede ser formulado por un hombre que jamás ha reflexionado sobre las grandes cosas humanas, sobre la armonía general de la naturaleza. Si es necesario tomar al pié de la letra el: *Crescite et multiplicamini*, todo ser humano debe casarse desde que es núbil; los esposos estarán obligados á tener cuantos hijos puedan; toda persona que no encuentre con quien casarse deberá recurrir al concubinato; dos esposos alejados por un tiempo bastante largo, serian en derecho infieles á la fe que se han jurado; las leyes que prohiben el matrimonio á los ciudadanos llamados bajo las banderas serian desde aquella hora homicidas.

8.º Poniendo trabas al desarrollo de la poblacion, el celibato es un obstáculo al desarrollo de la industria, á la riqueza y á la prosperidad de las naciones.—El celibato cristiano sólo es obligatorio para algunas almas escogidas, cuyo número es apenas sensible, cuando se compara á la multitud que sigue la ley comun y que conorre al desarrollo de la poblacion. El celibato que favorece las buenas costumbres favorece por lo mismo el impulso de las poblaciones.... Hablasetos de los hijos que el celibato no da al Estado? Deberíase antes hablar de los que en número infinitamente mayor ha conservado el Estado. ¿Se acusa al celibato de quitar brazos á la agricultura? No se habla de las tierras que ha desbrozado, de los pantanos que ha desaguado, de los páramos que ha fertilizado, de las rocas áridas que ha cubierto de viñas, de los caminos que ha abierto. ¿Se le acusa de ser perjudicial á

las riquezas de las naciones! Y es él el que sobre todos los puntos del globo predica sin cesar el amor al trabajo, el espíritu de orden y de economía, el respeto á la propiedad, la probidad en los negocios, etc., etc. ¡Se le acusa de ser homicida, de ser un obstáculo á la longevidad! Y las estadísticas fieles atestiguan que los celibateros son los que alcanzan en mayor número los setenta años.

Lo que prueba que el celibato católico está en el justo medio que caracteriza la virtud y el orden divino, es que se han levantado sucesivamente contra él las más contradictorias acusaciones.

El siglo XVIII decía á todos: Casaos, el celibato es una virtud contra la naturaleza; es imposible observar el celibato; engendrad, engendrad; cuanto más produce un pueblo, más dichoso es; observar la continencia es contrariar las miras del Creador; si el celibato se generalizase el mundo perecería.

El siglo XIX exclama á su vez: el deber de todo individuo no es cuidarse del matrimonio sino cuando se tiene de que proveer las necesidades de su futura familia. La observación del celibato, ya sea temporal, ya perpetuo es uno de los medios más eficaces de prevenir las catástrofes sociales, la degradación, la corrupción, el hambre.

Decir que el celibato es necesario á la dicha del mundo, es más que decir que puede ser observado.

Si el Creador quiere que la tierra se pueble, quiere aún más todavía que se pueble de una raza sana, virtuosa; lo cual es imposible sin la continencia. Si el matrimonio llegase á ser general y si cada matrimonio produjese todo lo que puede producir, la tierra no podría alimentar á sus habitantes. En ciertos países se ha llegado á permitir únicamente el matrimonio á los que justifican los medios de existir y de proveer á su familia. Se ha llegado á recomendar por todas partes la prudencia en el matrimonio, á aconsejar el otimismo, el más odioso de los pecados á sangre fría, á multiplicar de un modo espantoso el infanticidio voluntario ó involuntario, sangriento ó disfrazado.

Sólo el celibato católico tiene el valor de protestar contra estos vicios degradantes, contra estos crímenes, como que él solo viene en socorro de las innumerables miserias que estos vicios engendran.

¿Qué otros diques se opondrían á la miseria, si no se obligase á vivir en el celibato, lo que es absurdo y cruel, á todos aquellos que no pueden mantener una familia?

¿La caridad particular? Dará á todos alguna cosa, no dará á nadie lo necesario.

¿La caridad pública y legal? Sus socorros serán en realidad un fomento de la haraganería; harán engrandecer el azote de la mendicidad. Testigos la tasación de los pobres en Inglaterra y los talleres nacionales de 1848.

¿La generosidad de los amos ó patronos? ¿Cómo pagarán un trabajo que no tienen que hacer? Si venden á precios muy bajos, ¿pueden dar un salario crecido? Si no venden de todo, ¿cómo pueden dar un salario cualquiera?

¿Será la emigración? La historia nos lo dice, el camino de la emigración está sembrado de cadáveres. Es un mal y una vergüenza. ¿No vale más prevenirla que sufrirla?

Los votos de religión.—El llamamiento á la vida religiosa ha salido ciertamente del corazón y de la boca de Jesucristo. Es en el fondo lo mismo que el llamamiento á la virginidad. Dice á todos en gran número: Si queréis entrar en la vida eterna, guardad los mandamientos. Dice á los privilegiados en pequeño número: Si queréis ser perfectos, id, vended todo lo que tenéis, dad el producto de la venta á los pobres, y seguidme. Seguidme, es todo junto el llamamiento á la pobreza, á la castidad y á la obediencia.

Jesucristo dijo, en efecto (*Luc.*, XIV): «Si alguno viene á mí y me sigue, y no odia á su padre, á su madre, á su mujer y á sus hijos, á sus hermanos y á sus hermanas y á su alma, no puede ser mi discípulo... El que no renuncia á todo lo que posee no puede ser mi discípulo.» Según el espíritu de Jesucristo, esta renunciación es para los que llaman una necesidad de salvación, pues que la com-

para el capital necesario para la creación de una cosa ó la entrada en campaña. Jesucristo, como auxiliares de su misión divina, como instrumentos de su redención que son, ha querido que los pobres voluntarios tengan autoridad para consolar á los pobres menesterosos, y que sean los canales por los cuales lleguen hasta éstos las limosnas del rico.

Jesucristo ha querido que las vírgenes sean las madres de los huérfanos, las hijas de los ancianos, las hermanas de todos los infortunados.

Jesucristo ha querido que los obedientes cambien su debilidad con su fuerza y que se reporten con Él todas las victorias.

Y en efecto la historia nos dice con su más fuerte voz que los pobres, las vírgenes y los obedientes han sido los salvadores temporales y espirituales de la humanidad.

Los pobres, las vírgenes y los obedientes han sido también suscitados por Dios para resistir, realizando en su vida el heroísmo del sacrificio cristiano, contra el egoísmo pagano, origen profundo de todos los desastres de la humanidad.

La obediencia, la pobreza y la castidad eran los solos diques que se pudo oponer á las tres grandes corrientes que arrastraban las existencias humanas, riqueza, sensualidad é independencia.

Las Congregaciones religiosas son, en el orden moral, los más fuertes baluartes de la humanidad, porque cumplen los grandes deberes que sobre ellas pesan:

1.º El deber de glorificar á Dios en el tiempo, esperando glorificarlo en la eternidad. La Iglesia cumple este deber por las Órdenes contemplativas, que consagran su vida á alabar y glorificar á Dios. ¿Cómo no admirar las almas consagradas á la contemplación, las Magdalenas benditas que de rodillas adoran y oran? Jesucristo ha dicho que han escogido la mejor parte. ¡Son los justos que hubieran podido salvar á Sodoma y Gomorra! ¡Son Moisés sobre la montaña elevando sus brazos al cielo y gritando

que vengan en su cúspide para sostenérselos, porque cada amenaza de desfallecimiento suspende el triunfo de Jesús! Son los pararrayos de la patria.

2.º El deber de satisfacer á la justicia divina, si no quiere experimentar sus rigores; es necesario que la humanidad haga penitencia ó que sea castigada!

Este deber es cumplido por las Órdenes penitentes, que se aplican principalmente á ofrecerse por la mortificación como víctimas por la salvación de la humanidad. Sus grandes medios de expiación son: el celibato, el ayuno, el sufrimiento, el trabajo, la pobreza y la obediencia.

La humanidad tiene necesidad de la verdad, sobre todo de la verdad sobrenatural, y de apóstoles que la lleven hasta las extremidades de la tierra.

La humanidad tiene necesidad de virtudes y modelos que las encarna; de almas santas que, elevándose al ejercicio de lo que más perfecto tiene la moral cristiana, demuestran la posibilidad de su práctica. La humanidad tiene necesidad de maestros que se consagren á la educación de las clases altas y pobres de la sociedad. Tiene necesidad de héroes que se consagren al alivio de la innumerable multitud de miserias que pesan sobre ella.

Las Órdenes religiosas, bajo mil diversos nombres, bajo mil diferentes hábitos, pueden y desempeñan solas estas sublimes misiones. De estos claustros tan calumniados han salido las almas más magnánimas, los misioneros más solícitos, los más elocuentes predicadores, los pensadores más profundos, los más eminentes sabios, los santos de virtudes heroicas.

¡Se las ha echado en cara sus riquezas!—Eran legítimamente adquiridas por el derecho del primer ocupante, la donación, el trabajo, la compra, la herencia... Y con muy raras excepciones, hacían de ellas el más noble uso.

¡Se les ha acusado de concentrarse en ellos mismos, y de no tener otro horizonte que los muros de su convento!—Pero todas las instituciones monásticas tenían un objeto

sociál, y en ninguna otra parte se ha mostrado una compasión más tierna para con la humanidad, una solicitud mayor en servirla.

¿Se les ha echado en cara atentar á la libertad y á la dignidad humanas, aniquilándose, reduciéndose por la obediencia á no ser más que instrumentos ó cadáveres, sin vida y sin movimiento?—Pero á qué pueden y deben ser comparadas las Órdenes religiosas? A un ejército destinado á combatir á Salanás y á sus ángeles, al mundo con sus errores y sus vicios. Pues bien, ¿es el alma y la fuerza de un ejército, sino la disciplina militar, la obediencia absoluta, pasiva, ciega, que hace del soldado como un cadáver? *Perinde ac cadaver!*

Los conventos han dado lugar á abusos graves y numerosos, han degenerado y era casi una obra santa el destruirlos.—En la hipótesis de aquellos que pretenden que los monjes sólo han sabido llevar buena y alegre vida, habrá siempre dos problemas insolubles, dos enigmas indeseñables: de un lado, la veneración profunda que ha rodeado á las Órdenes religiosas; del otro, las admirables maravillas que han realizado.

Algunas cuestiones, á las cuales responden eloquentemente los hechos, bastarán para poner en evidencia la acción eminentemente bienhechora, al través de los siglos, del clero secular y regular.

¿Quién arrojó en el mundo el programa de todas las ideas sanas y progresivas, que han hecho de Europa lo que es? Jesucristo.

¿Quién venció é hizo desaparecer poco á poco el poder absoluto y tiránico de los emperadores romanos? Los mártires de la Iglesia.

¿Quién destruyó la esclavitud física ó social, rompiendo las cadenas de la servidumbre; la esclavitud moral, libertando la conciencia? ¿Quién creó la dignidad humana? ¿Quién libró la inteligencia humana, substituyendo lo verdadero, lo bueno y lo bello de los dogmas cristianos á lo falso, lo malo y lo horrible del misticismo pagano? ¿Quién

ha endulzado la atrocidad y el rigor del derecho pagano? El cristianismo.

Cuando las hordas de bárbaros, empujándose las unas á las otras en largas y estruendosas filas, inundaron la Europa, ¿quién fué á ellos y los civilizó? ¿Quién se puso como mediador entre los brutales conquistadores y los pueblos conquistados? El episcopado y el clero católico.

¿Cuál es el hombre ante el cual se detuvo con respeto Atila, el azote de Dios? Un papa, Leon el Grande.

¿Quién en la edad de las tinieblas iluminó el mundo? La Iglesia.

Sólo ella sabía; sólo ella predicaba, sólo ella enseñaba, sólo ella escribía.

¿Quién ha elevado estos monumentos soberbios, estas majestuosas catedrales que no se puede dejar de admirar? La Iglesia.

¿Quién, en los tiempos modernos, cuando el racionalismo herético y filosófico se ha arrojado sobre el mundo para destruir el conjunto de las verdades divinas y humanas, se ha opuesto al torrente devastador? ¿Quién se ha colocado bajo el fuego del enemigo y ha resistido con todas las armas de que el genio del hombre puede disponer? El clero católico principalmente.

Y cuando la sociedad está en un estado de descomposición, de desorganización, es cuando se quisiera apartar de ella el clero, que tiene solo los medios de rehabilitar y curar! ¿No sería esto apartar al médico del enfermo, pretender curar el mal destruyendo el remedio?

Para gobernar y salvar la humanidad es necesario un símbolo en torno del cual se puedan agrupar las inteligencias, un código de moral indiscutible, un conjunto de medios que comprendan la humanidad toda entera, ministros legítimos, convencidos, celosos, que confíen en la eficacia de los medios de acción de que disponen. Pues bien, sólo la Iglesia católica está en posesión de estas gloriosas prerogativas, de que están absolutamente desprovistos la filosofía y el libre pensamiento.

Sólo la Iglesia es depositaria de un símbolo que ilumina; sólo ella es la fuente de gracias todopoderosas, la madre de todas las instituciones bienhechoras, la guardiana de las almas, desde la cuna hasta la tumba, el refugio de todos los espíritus agitados, de todas las conciencias turbadas, de todos los corazones magullados.

La filosofía es la abstracción que arroja al hombre fuera de la realidad.

La herejía es el formalismo sin vida y sin virtudes.

Ya lo hemos dicho; uno de los hechos más significativos de la historia del siglo XIX es el movimiento que vuelve á la Iglesia católica un gran número de protestantes instruidos, imparciales, adictos, pertenecientes á todas las condiciones: á la nobleza, al estado llano, á la literatura, á la filosofía, á la ciencia, á la magistratura, al ejército. Un publicista alemán no ha vacilado en decir: «La Iglesia protestante desaparece, y de lo alto de la catedral de Colonia parece que oye como de lejos el són de las campanas del porvenir, llamando á la casa de Dios á todos aquellos que antes de la Reforma se reunían para no formar más que un solo y mismo pueblo cristiano.» (Alzog, *Diccionario enciclopédico*, art. *Retorno á la Iglesia católica*.) Es un grito general en Alemania que el *Kulturkampf* ha dado nueva vida á la Iglesia católica, mientras que ha herido con un golpe mortal á la Iglesia establecida.

Capítulo trigésimo sexto. — Las postrimerias del hombre.

«En todas vuestras acciones, dice el Eclesiástico, acordaos de vuestras postrimerias, y no pecaréis.» (Cap. VII, 40.) Las postrimerias, *novissima*, del hombre son las escenas postreras de su existencia: LA MUERTE, paso del tiempo á la eternidad, con confirmación en el bien ó en el mal. El juicio particular, que fija su suerte, lo condena á la dicha ó á la desgracia eterna. EL JUICIO GENERAL Ó FINAL, manifestación de los méritos y desmerecimientos de cada uno, consagración solemne de los juicios individuales ó parti-

culares. EL PURGATORIO, lugar ó estado de expiación final, para las almas justas, de las penas debidas todavía al pecado, especie de etapa entre la tierra y el cielo. EL INFIERNO, morada, estado ó lugar de tormento de los condenados. EL PARAISO, estado ó lugar de delicias de los elegidos. Estos postrimerias son hechos, realidades grandiosas. ¿Y quien osará decir que estos hechos no son necesariamente entrevistos como posibles, ó aun como necesarios, por la razon humana, al menos por la razon iluminada por la fe?

LA MUERTE.—La muerte existia en el mundo antes del pecado de Adán; testigos los innumerables fósiles animales sepultados en las capas del globo terrestre. Aun se está en derecho de afirmar que para todo organismo vegetal y animal la muerte es la consecuencia natural y necesaria del ejercicio de la vida; tal como lo ha hecho el Creador, ó del funcionamiento regular de los órganos, cuyo juego no podría ser eterno. Bajo este punto de vista el mismo hombre era naturalmente mortal, la perpetuidad ó inmortalidad no le era esencial ó natural. La fe sólo nos enseña que, si no debía morir, es porque le plugo á Dios crearlo, no en el estado de naturaleza pura, sino en el estado sobrenatural. La Iglesia ha condenado á los que pretendían que, aunque Adán no hubiera pecado, habria muerto por la condicion de su naturaleza. Es un dogma de fe que la muerte ha sido la pena del pecado original. Al prohibir á Adán y Eva que comiesen del fruto de cierto árbol, Dios añadió: «El día en que comas morirás.» (Gen. II, 17.) Cuando Adán desobedeció, Dios formuló la terrible sentencia: «Porque has comido del fruto prohibido, comerás tu pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas á la tierra de donde eres... Polvo eres y polvo serás.» (Gen. III, 17-19.) San Pablo se hizo el eco del dogma cristiano: «El pecado ha entrado en el mundo por un solo hombre, y por el pecado la muerte. La muerte será la herencia de todos los que han pecado en Adán. Pero lo que

Sólo la Iglesia es depositaria de un símbolo que ilumina; sólo ella es la fuente de gracias todopoderosas, la madre de todas las instituciones bienhechoras, la guardiana de las almas, desde la cuna hasta la tumba, el refugio de todos los espíritus agitados, de todas las conciencias turbadas, de todos los corazones magullados.

La filosofía es la abstracción que arroja al hombre fuera de la realidad.

La herejía es el formalismo sin vida y sin virtudes.

Ya lo hemos dicho; uno de los hechos más significativos de la historia del siglo XIX es el movimiento que vuelve á la Iglesia católica un gran número de protestantes instruidos, imparciales, adictos, pertenecientes á todas las condiciones: á la nobleza, al estado llano, á la literatura, á la filosofía, á la ciencia, á la magistratura, al ejército. Un publicista alemán no ha vacilado en decir: «La Iglesia protestante desaparece, y de lo alto de la catedral de Colonia parece que oye como de lejos el són de las campanas del porvenir, llamando á la casa de Dios á todos aquellos que antes de la Reforma se reunían para no formar más que un solo y mismo pueblo cristiano.» (Alzog, *Diccionario enciclopédico*, art. *Retorno á la Iglesia católica*.) Es un grito general en Alemania que el *Kulturkampf* ha dado nueva vida á la Iglesia católica, mientras que ha herido con un golpe mortal á la Iglesia establecida.

Capítulo trigésimo sexto. — Las postrimerias del hombre.

«En todas vuestras acciones, dice el Eclesiástico, acordaos de vuestras postrimerias, y no pecaréis.» (Cap. VII, 40.) Las postrimerias, *novissima*, del hombre son las escenas postreras de su existencia: LA MUERTE, paso del tiempo á la eternidad, con confirmación en el bien ó en el mal. El juicio particular, que fija su suerte, lo condena á la dicha ó á la desgracia eterna. EL JUICIO GENERAL Ó FINAL, manifestación de los méritos y desmerecimientos de cada uno, consagración solemne de los juicios individuales ó parti-

culares. EL PURGATORIO, lugar ó estado de expiación final, para las almas justas, de las penas debidas todavía al pecado, especie de etapa entre la tierra y el cielo. EL INFIERNO, morada, estado ó lugar de tormento de los condenados. EL PARAISO, estado ó lugar de delicias de los elegidos. Estos postrimerias son hechos, realidades grandiosas. ¿Y quien osará decir que estos hechos no son necesariamente entrevistos como posibles, ó aun como necesarios, por la razon humana, al menos por la razon iluminada por la fe?

LA MUERTE.—La muerte existía en el mundo antes del pecado de Adán; testigos los innumerables fósiles animales sepultados en las capas del globo terrestre. Aun se está en derecho de afirmar que para todo organismo vegetal y animal la muerte es la consecuencia natural y necesaria del ejercicio de la vida; tal como lo ha hecho el Creador, ó del funcionamiento regular de los órganos, cuyo juego no podría ser eterno. Bajo este punto de vista el mismo hombre era naturalmente mortal, la perpetuidad ó inmortalidad no le era esencial ó natural. La fe sólo nos enseña que, si no debía morir, es porque le plugo á Dios crearlo, no en el estado de naturaleza pura, sino en el estado sobrenatural. La Iglesia ha condenado á los que pretendían que, aunque Adán no hubiera pecado, habría muerto por la condición de su naturaleza. Es un dogma de fe que la muerte ha sido la pena del pecado original. Al prohibir á Adán y Eva que comiesen del fruto de cierto árbol, Dios añadió: «El día en que comas morirás.» (Gen. II, 17.) Cuando Adán desobedeció, Dios formuló la terrible sentencia: «Porque has comido del fruto prohibido, comerás tu pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas á la tierra de donde eres... Polvo eres y polvo serás.» (Gen. III, 17-19.) San Pablo se hizo el eco del dogma cristiano: «El pecado ha entrado en el mundo por un solo hombre, y por el pecado la muerte. La muerte será la herencia de todos los que han pecado en Adán. Pero lo que

debe consularnos, es que la muerte, pena del pecado, es también la expiación, y al mismo tiempo que todos los que han muerto en Adán, todos serán resucitados en Jesucristo. » (I Cor. xv, 22.)

Es de fe también que la muerte es una, ó que cada hombre morirá una vez solo. «Esta decretado que los hombres sólo mueran una vez,» dice san Pablo.

La hipótesis de la metempsicosis, según la cual las almas, después de la muerte, pasan del cuerpo que acaban de abandonar á uno ó á muchos otros cuerpos humanos, animales ó vegetales, hasta la purificación entera, sólo es un sueño insensato de algunos filósofos de la antigüedad, griegos ó judíos. Si este antiguo error ha encontrado en nuestros días algún favor, es que bajo una forma precisa es la traducción del vago pensamiento de los adversarios del dogma terrible de la eternidad de las penas. El concilio de Perigueux, que tuvo lugar el 8 de abril de 1856, condenó en el libro *Cielo y Tierra* de Juan Reynoud, entre otros groseros errores, la doctrina que afirma que «la naturaleza angélica ó humana, en razón de la libertad y de la actividad de que está dotada por su esencial é inmutable condición de su naturaleza, es y estará siempre en un estado de prueba, sin poder alcanzar jamás el término de su destino.»

LA VIDA FUTURA. LA INMORTALIDAD DEL ALMA.—Pretender que el dogma de la inmortalidad del alma no es claramente anunciado en el Antiguo Testamento ó al menos en el Pentateuco de Moisés, es una mentira impudente y una blasfemia. La verdad, al contrario, es que la inmortalidad del alma respira en todas las páginas, en todos los versículos del Antiguo y del Nuevo Testamento, que tanto era una verdad del dominio público, que no se trataba de afirmar, porque nadie imaginaba negarla. Al principio del Génesis, el alma es llamada el soplo de Dios; pues bien, el soplo de Dios no muere. Después del pecado, Dios dice á Caín: «Si tú haces bien, no recibirás la recompensa? Si haces mal, tu pecado estará contra ti.» (Gen. iv, 7.)

Pues bien, Abel no recibió su recompensa sobre la tierra; luego la ha recibido más allá de la tumba. Dios dice á Abraham: «Yo mismo seré tu muy grande recompensa.» Jacob llamaba á su vida de este suelo los días de su peregrinación; quiere ser enterrado en el sepulcro de Sara, para dormir allí con sus padres. Quien dice sueño, dice despertamiento. muriendo, decía á Dios: «Espero de tí mi libertad y mi salvación.» (Gen. xlviii.) Moisés prohibe á los hebreos interrogar las almas de los muertos... El alma evocada de Samuel dice á Saul: «Máñana tú y tu hijo estaréis conmigo.» El profeta Balaam expresa este ruego: «Que mi alma muera con la muerte de los justos, y que mis últimos momentos sean semejantes á los suyos.» Dios dice animando á Moisés su muerte: «Tú dormirás con tus padres, como tu hermano Aaron ha muerto sobre la montaña de Hor y ha sido reunido á su pueblo.» (Deuter. xxxii, 49.) David encontró el secreto del escándalo de la prosperidad de los malos en su fin último y en el porvenir que les espera... Dice á Dios que verá un día los cielos que ha formado y todas sus maravillas. Dice del pecador moribundo: «El pecador verá y entrará en ira, rechinará los dientes, se consumirá de despecho; el deseo del pecador perecerá eternamente.» Salomon da á los hombres esta sabia advertencia: «Acordaos de vuestro Creador, antes del momento en que el polvo vuelva á la tierra y el espíritu á Dios que lo ha dado.» (Ecles. ix.) «Dios entrará en juicio con el hombre por todo el bien y todo el mal que haya hecho.» (xii, 14.) Pone este grito de desesperación en boca de los condenados: «Cuán insensatos éramos al considerar que la vida de los justos era una locura, que su fin era sin honor! y ved que son contados en el número de los hijos de Dios... Vivirán eternamente. Su recompensa está en el Señor, su pensamiento delante del Altísimo... Así han exclamado los que se han visto sepultados en los infiernos.» (Sab. v, 4-17.) Elias queriendo resucitar un niño dice á Dios: «Señor, haz

que el alma de este niño vuelva á su cuerpo.» El escritor sagrado añade que el alma de este niño volvió á éste y lo resucitó. (*Libro III de los Reyes*, xvii.) Isaías afirma que los justos muertos descansan en el lugar de su sueño, porque han caminado rectos en los caminos del Señor. (xi, 57, 62.) Pone en boca de los justos muertos reprensiones al rey de Babilonia, que va á reunirse con ellos en la otra vida. Judas Macabeo, en la firme esperanza de la resurrección futura y de la vida eterna, ofrece á Dios sacrificios por los muertos. La madre de los Macabeos, para hacer irrevocable á su hijo más pequeño, le muestra el cielo en que Dios le espera, vencedor de los tormentos y de la muerte. Jesucristo, se llama la resurrección y la vida; asegura la resurrección eterna á los que comen su carne y beben su sangre. Anuncia la vida eterna á los justos y el fuego eterno á los malos. A los saduceos, que negaban la resurrección futura, responde: «¿No habeis leído lo que Dios dijo: «Yo soy el Dios de Isaac, de Abraham y de Jacob; pues bien, Dios no es el Dios de los muertos sino el de los vivos; luego Abraham, Isaac y Jacob viven. Marta, en un arranque de fe espontánea, dice que sabe que su hermano Lázaro resucitará en el día último, etc., etc. San Pablo declara resueltamente que todos resucitarán, los unos en la gloria, los otros en la ignominia; asegura haber sido transportado á los cielos, en que Dios inunda de delicias el corazón de sus elegidos.

Los Apóstoles en su Símbolo nos imponen un acto de fe de la comunión de los santos, la resurrección de la carne y la vida eterna. Todos los símbolos, todas las profesiones de fe imponen la misma creencia.

En su excelente libro: *DE LA VIDA FUTURA segun la fe y la razon*, tercera edición, París, Delagrave, 1870. M. Enrique Martín, decano de la Facultad de Letras de Rennes, demuestra irrevocablemente que los Cananeos, los Caldeos, los Persas, los Indios, los Chinos, los Escitas, los Celtas, los antiguos Bretones, los Galos, los Griegos y los Romanos, aun los salvajes, han creído en todos tiem-

pos en la inmortalidad del alma; y en esta tradicion universal, más que en sus demostraciones, Platon, Ciceron y los otros filósofos fundaban su creencia en la vida futura.

El dogma, en fin, de la vida futura está supuesta y afirmado por la razon. Para destruir nuestras almas sería necesario un acto excepcional de la voluntad de Dios. En efecto, substancias simples, puros espíritus, nuestros almas sólo podrian dejar de existir por el aniquilamiento, y para aniquillarlas, mientras que ningún átomo es aniquilado en el universo, sería necesario una voluntad especial de Dios. Pues bien, esta voluntad no puede ser supuesta de ningún modo en Dios, porque ni conviene á su justicia, ni á su sabiduría, ni á su bondad. Además, para que, sin aniquilamiento de la substancia del alma, la cesación de la vida del cuerpo amenazase la cesación de la vida del alma, cuyas funciones elevadas no tienen con el cuerpo ninguna relacion necesaria, sino solamente relaciones contingentes de una influencia reciproca, sería tambien necesaria una voluntad expresa de Dios. Pues bien, no puede ser supuesta la existencia de esta voluntad en Dios, porque iría directamente contra los designios evidentes de la Providencia. El hombre, tal como lo ha hecho la Providencia, tiene otros destinos, á los cuales no puede faltar por la falta de Dios, sino solamente por su propia falta.

En fin, Dios no nos ha dado solamente la libertad moral y la responsabilidad: nos ha dado tambien en esta vida el pensamiento de una continuacion indefinida de nuestra existencia, el deseo de una dicha sin fin. Pues bien! es naturalmente imposible que este pensamiento y deseo cesen en nosotros en una vida mejor; 2.^o es imposible que el Sér infinitamente bueno é infinitamente sabio quiera engañar este pensamiento y deseo, quitando á cada bienaventurada alma la existencia ó su personalidad. En resumen, todo en el alma humana aspira á la inmortalidad, á la eternidad. El corazón humano, como decia san Agustin, está inquieto mientras tanto no repose en Dios. Luego hay para él otra vida.

EL JUICIO PARTICULAR.—Es de fe que cada alma humana, en el momento de la muerte, se encontrará en presencia de Dios para ser juzgada sobre todo lo que ha hecho, dicho y pensado durante su vida. «Así como está establecido, dice san Pablo (*Epíst. á los Hebr.*, ix, 27), que todo hombre muera una vez, así tambien lo está que la muerte será seguida del juicio.» Es el juicio que se llama particular. Nada más conforme á la razón que este dogma cristiano. La vida es un depósito. El que nos lo ha confiado tiene el derecho de exigir que le demos cuenta del uso que hemos hecho de él. Si Dios se desprendiese de esta poder tan legítimo y esencial, si nos diese la vida en toda propiedad, sería abdicar su sabiduría infinita ó introducir entre los hombres la confusión, el desórden, el desbordamiento de todos los crímenes. Si cada uno fuese el amo absoluto de sus acciones, sin tener que dar cuenta de ellas, las leyes divinas y humanas estarían sin sancion; las sociedades civiles no serían posibles, fuese el que fuese el rigor de las leyes, y la vida de los hombres no estaría en seguridad.

¿Cómo se hará este juicio? En el instante mismo de su muerte, el alma, iluminada por luz divina, verá como en un brillante espejo sus méritos y sus desmerecimientos, sus pecados, su número, sus circunstancias, su enormidad, la sentencia, sus motivos, su equidad, su extension, su suerte definitiva, irrevocable, eterna.

EL PURGATORIO.—La Iglesia católica entiende por purgatorio un lugar, ó al menos un estado, en el cual están detenidas, por cierto tiempo, las almas de los justos que no han expiado enteramente sobre la tierra la pena debida, despues del perdon de la culpa ó de la ofensa, por sus pecados mortales ó veniales. Es de fe que toda la pena del pecado no es perdonada con la ofensa, que lo que queda de esta pena debería ser expiado en este mundo ó fuera de él, porque nada manchado puede entrar en los cielos (*Apocalip.*, xxi, 27); que esta expiacion se hace en el pur-

gatorio; que las almas del purgatorio puedan ser aliviadas por los sufragios de la Iglesia y las oraciones de los fieles.

«La Iglesia católica, dice el Concilio de Trento, session XXV, instruida por el Espíritu Santo, ha enseñado siempre, segun las santas Escrituras y la antigua tradicion de los Padres, en los santos Concilios y recientemente en este Concilio general, que hay un purgatorio, y que las almas que son detenidas en él reciben el alivio por el sufragio de los fieles y principalmente por el sacrificio del altar.» Y cánon XXX, 11: «Si alguno dijere que á todo pecador penitente que ha recibido la gracia de la justificacion, la culpa ó la ofensa es de tal modo redimida, que no le queda ninguna pena temporal que sufrir, en este mundo ó en el otro, en el purgatorio, antes de entrar en el reino de los cielos, sea anatema.» San Pablo hace ciertamente alusion á las llamas del purgatorio cuando dice (*I Cor.*, ii, 13, 14, 15): «El día del Señor hará conocer la obra á cada uno, y el fuego probará lo que es; si esa obra resiste, recibirá su recompensa; si se quemá, la perderá, pero será salvo, mas así como por fuego.»

¿Cómo negar la legitimidad, la eficacia de la oracion por los muertos, cuando Judas Macabeo exclamaba ya: «Es un santo y saludable pensamiento rogar por los muertos, á fin de que queden libres de sus pecados.» Este pasaje es al menos un testimonio de la creencia del pueblo de Dios en la utilidad de rogar por los muertos y en la existencia del purgatorio; es hoy tambien la creencia de los judíos.

La afirmacion de los reformadores que pretendian que las oraciones por los muertos era en la Iglesia una innovacion relativamente reciente, ha recibido un cruel mentis de las inscripciones tumularias encontradas en las catacumbas romanas, primeros cementerios de los cristianos; inscripciones recogidas en un gran número, clasificadas, comentadas, comparadas con tanto cuidado por M. de Rossi. Desde el fin del primer siglo estos epitafios presentan á las miradas el símbolo de la esperanza, un áncora esculpida, ó groseramente vaciada en la piedra,

con estos desahogos de un corazón cristino, eco de las saluciones apostólicas: *Pax tecum! Pax tibi! Pœas in Deo!* Las losas sepulcrales del siglo II y III, testimonios elocuentes de estas ideas fundamentales, proclaman con una seguridad llena de fe que el alma del amado difunto está ya en posesión de la suerte feliz reservada á los justos, y que está unido á los santos, ó bien murmurará en una dulce y amorosa oración para que presto pueda ser admitido á gustar este gran beneficio. Piden para aquel que ha partido la paz, la luz, la fortaleza, el reposo en Dios.

Se encontrará una colección preciosa de estas inscripciones en *La Visita á las Catacumbas del reverendo Spencer Northcote*, traducida del inglés por el abate Leclerc; París, Forestier, 1878, en 8.^o, páginas 128 y 129. Ved una solamente. 1.^o *Hominis Rustici. Deus refrigeret spiritum tuum. Inscripti ut quisquis de fratribus legerit orat Deum.* Las catacumbas son monumentos vivientes é incomparables de la inmutabilidad é infalibilidad de la santa Iglesia católica, apostólica, un solemne acto de fe de todos sus dogmas, un eco glorioso de los Esplendores de la Fe.

¿Qué más razonable que la creencia en el purgatorio? Es justo, por ejemplo, que un pecador que ha vivido en el desorden, durante toda su vida, que sin embargo, convertido á su muerte, es restablecido en el estado de gracia por una conversión sincera, goce al instante de la misma dicha eterna que un justo que ha vivido mucho tiempo en la práctica de la virtud, y que muere en los sentimientos de un amor perfecto de Dios?

¿Pretender que entre los católicos se hace todo para evitar las penas del purgatorio, y nada para evitar las del infierno, es una verdadera locura. ¿Cómo el terror de una pena temporal podría debilitar el de una pena eterna? Afirmar que la certeza de la eficacia de la oración por los muertos ha sido el origen de todas las supersticiones de la Iglesia romana, es una calumnia odiosa. La Iglesia romana es la enemiga de todas las supersticiones. Y aún

cuando esta creencia necesaria y santa hubiera ocasionado algunos abusos, sería criminal pretender conjurarlos por la mentira ó por el silencio.

¿El purgatorio es un lugar ó simplemente un estado de sufrimiento? Es muy probablemente un estado y un lugar á la vez. . . . ¿Se confunde este lugar con los limbo, la region inferior, los infiernos pasajeros, en los cuales las almas de los justos del Antiguo Testamento esperaban la venida y la redencion del Mesias, que Jesucristo visitó para llevarse los y conducirlos al cielo, en los tres dias que transcurrieron entre su muerte y su resurreccion? Tal vez.

La pena del purgatorio, además del tan doloroso relafdo acorreado á su entrada en el cielo y á la vision intuitiva; además del dolor vivo y amargo de haber ofendido á Dios, ¿es una pena física y fisiológica, la pena ó la sensacion del fuego? La opinion más comun comprende en las penas del purgatorio la pena del fuego, ó al menos una pena análoga á la de éste. ¿Cuál es la duracion y la intensidad de esta pena? La pena del purgatorio varia con el importe de la deuda que se tiene que pagar. Segun san Agustín y santo Tomás, la doble pena de daño y sentido del purgatorio, aunque templada por el amor de Dios y la esperanza del cielo más ó menos próxima, excede á todas las penas de esta vida.

LA RESURRECCION DE LOS CUERPOS. — He tratado esta gran cuestion, tomo II, pero forzoso es resumirla aquí. El patriarca Job decia ya: «Yo sé que mi Redentor está vivo y que el último de los dias saldré de la tierra; que yo seré de nuevo revestido de mi cuerpo; que veré á mi Salvador con los ojos de mi propia carne. Esta esperanza es el fondo mismo de mi sér.» (*Job*, xxx, 25). El profeta Daniel dice á su vez: «Los que duermen en el polvo se despertarán un dia; los unos para la vida eterna, los otros para un oprobio sin fin.» (*Dan.*, xii, 3 y sig.). Marta decia sin vacilacion á Jesucristo: «Sé que mi hermano resuci-

tará vivo en el último día.» (Juan, xi, v. 24). Jesucristo después de habernos dado en la santa Eucaristía, por la comida de su carne y sangre, la prenda y el germen de la resurrección futura, pronunció esta sentencia irrevocable: «Los muertos que están en el sepulcro oirán la voz del Hijo de Dios, y se irán a Él; los que han hecho bien, en la resurrección de la vida; los que han hecho mal, en la resurrección del juicio.» (Juan, v, v. 24). San Pablo, eco fiel de la revelación evangélica, exclama en fin: «Todos resucitaremos, pero no todos seremos cambiados. Sembrado en la ignominia, el cuerpo resucitará en la gloria; sembrado animal, resucitará espiritual. En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, los muertos resucitarán. El cuerpo corruptible será revestido de incorruptibilidad. El cuerpo mortal será revestido de inmortalidad. Y cuando el cuerpo de muerte haya sido revestido de inmortalidad, esta palabra de la Escritura será cumplida: La muerte ha sido absorbida en la victoria que neciamente creía reportar. ¡Oh muerte, dónde está tu aguijón? ¡Oh muerte, dónde está tu triunfo? Semejante lenguaje evidentemente no se inventa. Cae del cielo.

Todas las comuniones cristianas están unánimes en creer con la Iglesia católica en la resurrección de los cuerpos y en la vida eterna. Todas enseñan como un dogma revelado, que lo mismo que Jesucristo resucitó, resucitarán todos los hombres, esto es, que sus almas serán de nuevo reunidas a los cuerpos de que la muerte los había separado, aunque estos cuerpos, después de la resurrección, deben estar dotados de propiedades muy diferentes de las que tienen en la vida.

¿Cuáles serán estas propiedades nuevas de los cuerpos resucitados gloriosamente? La imposibilidad, la sutileza, la agilidad, la claridad, etc., etc. No nos defendremos en definirlos. No más trataremos de penetrar en el terrible misterio envuelto en estas palabras de san Pablo: «Nosotros todos resucitaremos, pero no todos seremos cambiados... El hombre recogerá lo que habrá sembrado... El que

habrá sembrado en la carne, recogerá de la carne la corrupción; el que habrá sembrado en el espíritu, recogerá del espíritu la vida eterna.» ¿Qué podrá ser el cuerpo de los réprobos, mezcla terrible de vida y muerte; cuerpo animado y cadáver a la vez? ¡Dios sólo lo sabe! Pero ¡qué admirable moral! ¡Y qué maravillosa doctrina necesariamente revelada! ¡Esplendor!

El dogma de la resurrección de los cuerpos es evidentemente muy conforme a la razón. El alma no es por ella misma una persona humana, un yo humano. Ella sólo es *persona*, sólo es *yo* en su unión con el cuerpo, que la *exige* y al que ella *exige*, que completa y que la completa.

Si, pues, está destinada a una vida eterna, podrá ser separada durante un tiempo de su cuerpo, pero este cuerpo deberá completarla de nuevo, cuando comience para ella su nueva existencia eterna. Lo que merece, lo que desmerece, es el hombre, el todo humano, el alma unida al cuerpo; lo que deberá, pues, ser recompensado ó castigado, en la hora de la justicia suprema, es también el hombre, el todo humano. El cuerpo ha sido no solamente el compañero, sino siempre el instrumento y á menudo la ocasión, si no la causa del acto criminal ó virtuoso; debe, pues, tener su parte en la gloria ó en el oprobio.

Con relación al dogma de la Resurrección, la ciencia prueba antes que todo el hecho de que la idea de la inmortalidad y de la resurrección es como inseparable de la humanidad y que se la encuentra por todas partes... Si en algunos individuos, ó aun en algunas poblaciones salvajes, esta idea está completamente borrada, es accidentalmente, por una influencia mórbida del cuerpo sobre el alma. Pero aun cuando no exista actualmente, la fe en la vida futura persiste en el estado virtual y latente, dispuesta á renacer cuando el hombre haya vuelto a su estado normal.

Probada esta gran tradición, la verdadera ciencia se cubre el semblante y adora. La semi-ciencia y la falsa ciencia ensayan objeciones sin valor.

1.º ¿Cómo no admitir que los mismos elementos sólidos, líquidos y gaseosos han entrado sucesivamente en la formación de los cuerpos de un gran número de hombres? que aun cierto número de estos cuerpos no contienen ningún elemento nuevo, y que sea suyo? que no pueden reclamar para ellos elementos ya poseídos por otros? que son por consiguiente incapaces de resurrección?

Pero á esto la fisiología y la razón responden: lo que hace que el cuerpo de un hombre sea suyo ó su verdadero cuerpo, no es la identidad numérica de las moléculas ó átomos que lo componen, sino solamente su modo de organización y su union con el alma. La prueba de esto es el fenómeno misterioso, pero incontestable, de los cambios incessantes, de las emigraciones perpetuas que tienen lugar en los cuerpos vivos. Aunque esté rigurosamente demostrado que mi cuerpo no es numéricamente el mismo, no es menos cierto que mi cuerpo de hoy, á pesar de su renovación absoluta, y porque no ha cesado de estar unido á mi alma, de ser informado, vivificado y mandado por ella, constituye con ella un mismo yo humano, siempre el mismo é invisible.

En el cuerpo de cada hombre hay cierta cosa esencial, y cierta cosa adventicia ó accidental. Lo esencial que hay en él, lo que no tiene de comun con nadie, lo que posee solo y poseerá siempre, es lo que existia en él en el momento de ser informado, animado y vivificado por su alma. Estos elementos esenciales los conservará siempre y serán siempre suyos. Lo demás, lo que le es llevado por la nutrición, la digestión, la asimilacion, la circulacion, no es él. Puede perderlo, y lo pierde sin dejar de ser él. Y porque no lo habrán sido siempre esencialmente él, el cuerpo resuscitado nada tendrá que pedir á ningún otro cuerpo. Con sus elementos esenciales ó personales reconstituirá Dios el cuerpo espiritual, glorioso, así como la inmortal corrupcion del cuerpo del réprobo. Siendo el alma la misma, permaneciendo el mismo el gérmen propio ó el elemento constitutivo, lo demás importa poco, y la iden-

tidad subsistirá eternamente. Está además rigurosamente demostrado: 1.º que en un cuerpo grande como la tierra, hay bastantes vacíos ó poros para que se pueda concebir la reducida al volúmen de un grano de arena; 2.º reciprocamente, que en un grano de arena hay bastantes partes, moléculas ó átomos, separables ó actualmente separados, para que se pueda formar de él un globo grande como la tierra, y en el cual la distancia entre dos moléculas ó átomos contingentes sea tan pequeña como se quiera. ¿En presencia de estos dos misterios de la naturaleza, misterios enteramente abrumadores, osaríamos discutir la posibilidad ó la imposibilidad de la reconstitucion del cuerpo humano con sus elementos esenciales y primitivos?

Hay otro sistema muy antiguo y muy nuevo, que amonorrará considerablemente la objecion de los químicos fisiologistas. Platon y Berkeley quieren que el cuerpo sea una especie de cubierta limitada del alma, un modo del alma, un no sé qué cuya forma es el alma, que es tal que quitándole el alma, que es el solo ente real y esencial, se le quitaría todo. Segun esta hipótesis, que nosotros no aceptamos en lo más mínimo, pero que muchos adversarios de la Revelacion defienden, sólo hay en el acto de la vida pasos de elementos de un cuerpo á otro por la generacion y la nutrición. La objecion sucada de la materialidad del cuerpo se desvanece pues.

M Darwin ha pueblo en moda, en estos últimos tiempos, un nuevo sistema llamado *Pangenesis*, que reduce el cuerpo de cada sér infinitamente pequeño á una célula... Y esta simple célula no contiene solamente todos los elementos ó principios constituyentes del cuerpo, contiene, además, bajo la forma de gémulas tóxicas, los principios de sus estados mórbidos, las enfermedades hereditarias, las deformidades congenitales, etc. Esto es á la verdad un misterio natural, un misterio humano que espanta á la imaginacion, pero junto al cual sin embargo muchos se agrupan, fuélinémosos, pues, sin resistencia y sin re-

pugnancia ante el misterio sobrenatural de la resurrección de los cuerpos, que encuentra su credulidad necesaria y suficiente, sea en la antigua teoría de los gérmenes, sea en la hipótesis moderna de la célula generatriz. En todo caso está en sus límites la omnipotencia de Dios, cuyo secreto es RÍA.

«Qué sustituyen al dogma misterioso, pero tan razonable de la resurrección de los cuerpos, los sabios y libre-pensadores que admiten sin embargo que el alma no muere con el cuerpo? Yo apenas me atrevo á decirlo. Lo probaremos sin embargo. Un escritor en boga, M. Luis Fignier, en una obra que ha hecho gran ruido: *El día siguiente á la muerte, ó la vida futura según la ciencia*, París, Hachette, 1872, formula en estos términos lo que él cree ser la última palabra sobre el ser humano: «Si durante su vida el alma ha perdido su fuerza y sus cualidades, si ha sido el patrimonio de un individuo perverso, no abandonará la tierra. Después de la muerte de este individuo irá á habitar en otro cuerpo humano, perdiendo el recuerdo de su existencia anterior. Estas encarnaciones en un cuerpo humano pueden ser numerosas. Deben repetirse hasta el momento en que las facultades del alma se habrán desarrollado bastante, en que sus instintos se habrán mejorado y perfeccionado bastante. Entonces solamente esta alma podrá abandonar la tierra y lanzarse en el espacio para pasar al organismo nuevo, continuación del hombre en la jerarquía de la naturaleza. El espacio que habitan las almas así justificadas está lleno por el éter planetario. Tienen un cuerpo, pero este cuerpo debe estar provisto de cualidades infinitamente superiores á las que son el patrimonio del cuerpo humano. Después de un intervalo cuya duración no trataremos de fijar, el ser subrehumano muere y entra en un cuerpo nuevo adornado de facultades todavía más poderosas. Y sólo á la tercera ó cuarta generación puede detenerse la cadena de creaciones sublimes que entreveamos nadando en lo infinito de los cielos... Después de haber recorrido esta larga sucesión de

elapas y de estaciones en los cielos, los seres que consideramos deben llegar finalmente á un lugar. Este lugar, término definitivo de su ciclo inmenso á través los espacios, según nosotros es el sol... Lo que conserva la irradiación solar, son las llegadas continuas de las almas al sol... Estos ardientes y puros espíritus van á reemplazar las emanaciones continuamente enviadas por el sol á través del espacio sobre los globos que lo rodean. Los seres espiritualizados reunidos en el sol entran sobre la tierra y á los aires la vida, la organización, el sentimiento y el pensamiento.»

Esto es bastante extravagante. Y esto es la ciencia! Después de haber diferenciado su doctrina de la metempsicosis de los antiguos y del transformismo de Darwin, M. Fignier, muy contento de sí mismo, añade: «Nosotros somos guiados, no por la idea materialista que dirige ó inspira á los sabios, sino por un espiritualismo razonado.» [Espiritualismo razonado el sistema absurdo, ateo, que dá á las almas, por origen de donde emanan y por término último á donde van á abismarse, el Sol. Y se ha llegado á hacer la cuarta edición de este libro extraño! Qué señal tan dolorosa del tiempo de que el apóstol san Pablo dijo: «No soportarán la sana doctrina; se rodearán de maestros cuyo lenguaje halagará sus oídos; la verdad les causará aversión, y se convertirán á las fábulas.»

EL JUICIO GENERAL Ó FINAL.—Es también un dogma de nuestra fe, que, además del juicio particular que sigue inmediatamente á la muerte, hay un segundo juicio, llamado general ó final, que alcanzará al género humano todo entero, ó aun á toda la creación entera, los ángeles y los hombres.

Al fin de los tiempos Jesucristo hará un segundo advenimiento; descenderá de los cielos como subió á ellos, y vendrá visiblemente á juzgar á todas las criaturas inteligentes, á recompensar á los justos y castigar á los pecadores. «Cuando el Hijo de Dios vendrá, dice san Mateo (cap. xiii,

v. 37), en su majestad, acompañada de todos sus ángeles se sentará sobre el trono de su gloria. Y todos los pueblos de la tierra estarán reunidos ante él, y separará los unos de los otros, como un pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas á su derecha y los cabritos á la izquierda. Entonces el Rey dirá á los que están á la derecha: «Venid, vosotros que sois los benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado desde el principio del mundo; porque yo tuve hambre y vosotros me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, no tenia asilo y me recogisteis, estaba enfermo y me visitasteis, estaba prisionero y me vinisteis á ver; porque yo os lo digo en verdad, lo que hicisteis al más pequeño de mis hermanos que veis, me lo habeis hecho á mí mismo...» Dirá en seguida á los que están á su izquierda: «Retiraos de mí, malditos; id al fuego eterno que ha sido preparado para Satanás y sus ángeles. Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, estaba sin asilo y no me recogisteis, estaba desnudo y no me vestisteis, estaba enfermo y en prision y no me visitasteis...» ENTONCES ESTOS IRÁN AL SUPLICIO ETERNO Y LOS JUSTOS Á LA VIDA ETERNA.

Para hacer sentir mejor á sus discípulos que su mandamiento por excelencia, el mandamiento de la ley nueva, era la caridad hacia el prójimo, quiso que el solo motivo expresado de la recompensa y del castigo fuese el alivio á el abandono del prójimo. Pero las santas Escrituras recuerdan en otros lugares que los injustos, los adúlteros, los perjuros, los que retienen el salario de los obreros, el opresor de la viuda y del huérfano, el despojador del extranjero, los idólatras, los impúdicos, los fornicadores, los ladrones, los avaros, los borrachos, los murmuradores, todos los viciosos serán excluidos del reino de los cielos y condenados al suplicio eterno... San Pablo afirma que debemos comparecer todos al tribunal de Jesucristo, á fin de que cada uno reciba lo que es debido á las buenas y malas acciones que habrá hecho mientras estuvo revestido de su cuerpo. (II Cor.)

San Pedro profetiza en estos términos el fin del mundo, terrible episodio del juicio final: «Los cielos y la tierra están destinados á ser abrasados por el fuego el día del juicio y de la ruina de los impíos... El día del Señor vendrá como aparece el saltador... Y entonces en medio del estruendo de una terrible tempestad, los cielos pasarán, los elementos abrasados se disolverán, y la tierra con todo lo que contiene será consumido por el fuego... El ardor del fuego disolverá los cielos, y hará derretir todos los elementos. Porque nosotros esperamos nuevos cielos y una nueva tierra en que la justicia habitará.» (II Epist. m, 10.)

Extraña aproximación: ved diez y ocho siglos que los bóvedas de todas las iglesias cristianas nos repiten este juicio de los siglos por el fuego, y ved que hace algunos años apenas esta terrible sentencia resuena en los anfiteatros de la ciencia.

San Juan el Evangelista, en su *Apocalipsis* (xx, 1, y xxi, 1), ha hecho á su vez un cuadro grandioso y terrible de las diversas escenas del juicio final: «Y vi un brillante trono y á uno que estaba sentado en él. Á su vista huyeron la tierra y el cielo, y ni aun quedó el lugar de ellos. Vi entonces los muertos, grandes y pequeños, que... comparecieron ante el trono... Fueron abiertos los libros, y fué abierto otro libro que es el de la vida... y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, segun sus obras. Y dió la mar los muertos que estaban en ella; y la muerte y el infierno dieron los muertos que poseían, y cada uno fué juzgado segun sus obras... Y el que no fué hallado escrito en el libro de la vida fué lanzado en el estanque del fuego... Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra se fueron y el mar ya no existe...»

Los símbolos de los Apóstoles, de san Atanasio, de Constantinopla y de Nicea, nos obligan á creer que el Hijo de Dios hecho hombre vendrá de nuevo á la tierra, pero en su gloria, para juzgar á los vivos y los muertos, para dar á cada uno, á los elegidos como á los réprobos, segun sus obras.

Pero aun cuando este gran acontecimiento no nos fuese claramente revelado y predicho, nuestra razon iluminada por la fe afirmaria su conveniencia, y aun su necesidad absoluta, como consecuencia, como coronamiento del gobierno de la divina Providencia.

Los juicios de la historia son una especie de juicio universal, pero lejos de excluir el juicio final y de hacerlo superfluo, lo reclaman, al contrario, lo exigen imperiosamente como su complemento indispensable, como su consumacion plena y entera.

La historia universal sólo es una especie de abstraccion que no es leída por casi nadie. Sus juicios no son públicos, son incompletos, á menudo contradictorios; son juicios muertos ó al menos mudos que no se imponen á nadie, que no permiten su ejecucion. Sólo el juicio universal, tal como el Evangelio nos lo presenta, constituirá una sentencia visible, brillante, solememente ejecutada. Por el únicamente el juicio de la historia se convertirá en una página viva, abierta á todos los ojos, en que se mostrará tal como es, y no como la entrevén los ojos interesados del hombre. Al mismo tiempo que será el gran día de la glorificacion ó de la condenacion del hombre, será el gran día de la justificacion de Dios, del triunfo de su sabiduria admirable, que conduce cada sér á su fin con dulzura y sin star en nada su libertad, pero con un poder invencible que ha vencido todos los obstáculos; el triunfo de su divina justicia, que no deja ningun mérito sin recompensa, ningun desmérito sin castigo; el triunfo de su amor, que ha hecho todo para salvar al hombre perdido, mientras que el hombre hacia todo para perderse; el triunfo de su poder, que hasta ha hecho servir al mal en el cumplimiento de sus designios eternos. ¡Qué himno, en efecto, á la gloria de Dios, el grito unánime de todas las criaturas inteligentes, en el día de la consumacion de los tiempos: «Tú eres justo, Señor, y tus juicios son soberanamente equitativos!» ¡Qué reparacion grandiosa la confesion de los impíos y sus gritos de desesperacion: «Nosotros nos hemos, pues, engañado!»

¿Cuál será el lugar del juicio final? Nadie lo sabe; pero si se tomase al pié de la letra este pasaje del profeta Joel (iii, 12): «¿Qué todos se levanten y suban al valle de Josafat, porque allí es donde Yo juzgaré á las naciones?» se podria admitir como lo hemos indicado en el tom. II, que Jerusalem, centro de la creacion del hombre, de su caida, de su redencion, será tambien el teatro de la última escena del mundo y del juicio final.

¿Cuándo vendrá el fin del mundo? Nadie lo sabe ni puede saberlo; pero una interpretacion legitima de la gran profecia de Daniel, y tambien de ciertas huellas misteriosas descubiertas por M. Piazzi Smith en el pasillo ascendente de la gran pirámide, conducirian al resultado de que el fin del mundo no está muy lejano; que los acontecimientos que deben precludirse comenzaran á cumplirse, y que la última palabra del mundo habrá sido dicha antes del fin del año 6000.

LA VIDA ETERNA.—Es una consecuencia natural y necesaria del dogma de la inmortalidad del alma. Vida eterna bienaventurada de los justos, vida eterna desgraciada de los malos, esto es, ó paraíso eterno para los unos ó infierno eterno para los otros. Aquellos, los justos, colocados á la derecha, en el acto de la terrible y eterna separacion de los buenos y los malos, iran á la vida eterna. Estos últimos, los malos, amontonados á la izquierda, iran al suplicio eterno. Es la sentencia final. Es la última palabra del mundo. Es tambien en definitiva la fe católica y la creencia universal del género humano.

¿Lo creerá álguien? Ciertos filósofos, los partidarios anti-humanos ú homicidas de la moral independiente, que quisieran que el hombre evitase el mal á causa de su sola fealdad y el desorden que lo arrastrará, y haga el bien á causa de su sola bondad, de su bondad intrínseca, abjurando su naturaleza, olvidando completamente su deseo innato de beatitud y su horror instintivo del dolor, osan acriminar al cristianismo, porque se ocupa demasiado de las penas y

recompensas de la otra vida, de la vida eterna. Habría en él, según ellos, más seguridad y grandeza en hacer todo lo que se hace en vista del solo deber, sin ninguna esperanza de recompensa, sin esperar nada de Dios y sin pedirle nada.

Esto es menos impío todavía que bárbaro. Porque ¿qué ceguedad no se necesita para olvidar que la gran ley de la naturaleza inorgánica, atracción y repulsión, es también la gran ley de la naturaleza orgánica, del animal y del hombre? El hombre es esencialmente atraído por el placer, *voluntate trahitur*, y rechazado ó detenido por el temor del dolor ó del suplicio. ¿Cuán ciego y funesto, cuán absurdo es este desinterés, aun sólo considerando la vida presente! En efecto, ¿cómo el amor al deber, á la virtud, al orden, al bien en todas las cosas, no llegaría á ser más enérgico y más poderoso en mi alma, cuando en lugar de considerar únicamente el deber, la virtud, el orden, el bien absoluto como concepciones abstractas, sin realidad, fuera del pensamiento versátil y falible del hombre, que se halla suspendido entre la existencia y la nada, esta alma reconociese en ello la voluntad inmutable y santa del Señor eterno y perfecto, del Dios Creador, del Legislador y del Remunerador supremo? ¡Pues bien, este es el amor al bien que, puesto en práctica, constituye el mérito moral. Sin la fe en Dios y en la vida futura, este amor es débil y estéril, como una rama arrancada del árbol. Sólo la fe en Dios le comunica una savia divina, le hace fuerte y fecundo en buenas obras. La santa Iglesia ha condenado en Fenelon, como una exaltación piadosa, como una ilusión peligrosa, la falsa idea de que el grado más sublime del amor de Dios consiste en renunciar de intención á todo, aun á la salvación eterna. En efecto, ¿cómo sería permitido al hombre renunciar al estado de felicidad, al cual sabe que Dios le llama, al cual le manda Dios tender incesantemente, y que está seguro de alcanzar á menos que libremente no se haga el enemigo de su Dios?

LA VIDA ETERNA BIENAVENTURADA, EL CIELO, EL PARAÍSO. — Se hace alusión al cielo en casi todas las páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento: «Allí donde yo estoy, decía Jesucristo, deben estar mis servidores... Yo voy á prepararos un lugar... El que ha sido fiel en lo poco entrará en la alegría del Señor... en la vida eterna... Tomará posesión del reino que he sido preparado, desde el principio... Los elegidos recibirán una corona inmarcesible... Descansan de sus fatigas... No hay para ellos ni tristeza, ni pena ni dolor alguno... Toda pena será en ellos cambiada en una alegría que nadie les quitará. Verán á Dios, serán colocados sobre tronos... Tendrán parte en su gloria, en su majestad y en su imperio... Conocerán á Dios como se han conocido á sí mismos; serán semejantes á Él... cuando sean participantes de la naturaleza divina...» San Pablo, que fué arrebatado al tercer cielo, al paraíso, afirma que ningún ojo ha visto, que ninguna oreja ha oído, que ningún corazón ha experimentado ó comprendido lo que Dios reserva á los que le aman.

El concilio de Letran decreta que «toda alma pura de pecado es al instante admitida en el cielo, y ve á Dios en su Trinidad, tal como es, según la medida de sus méritos, el uno de una manera más perfecta, el otro de una manera menos perfecta... que esta vision de Dios no resulta en manera alguna de las fuerzas de la naturaleza, que tiene lugar de un modo sobrenatural, y no impide que Dios permanezca incomprendible para todo espíritu creado.»

San Agustín (*Sermon xxxvii*) nos da en algunas palabras una idea del esplendor de la vida futura: «La gloria, la belleza, la majestad que será nuestra dicha, excede á todo pensamiento, á todo sentido, á toda palabra: lo que Dios reserva á los que le aman está sobre toda creencia, y excede en mucho á nuestra esperanza, á nuestro amor, á nuestros votos, á nuestros deseos... La dicha del cielo consiste esencialmente en la vision de Dios. Al mismo tiempo que verán á Dios tal como es, los elegidos verán en Dios todas las maravillas de la creación y los

misterios de la Revelación, la historia del universo y la historia de cada uno de los seres del universo. Se verán ante todo á sí mismos, como Dios les ha amado de toda la eternidad, como los ha creado porque les amaba, como siempre les ha cubierto con su paternal mirada, etc., etc. La historia de su vida se desarrollará ante su vista hasta sus últimos pliegues... Su fe es cambiada en vision, su esperanza en posesion, pero su caridad permanece. Se acuerdan de aquellos con quienes estuvieron unidos por los lazos de la sangre ó de la amistad, y les siguen con la mirada y el corazón. Dios, la misma luz, derrama sobre ellos su claridad y los penetra con su brillo. Se reconocen; se encuentran con alegría, se comprenden y se aman. Todos tienen una sed inextinguible de conocer, amar y gozar; y esta sed es á cada instante plenamente saciada; van de claridad en claridad, de gloria en gloria, de amor en amor, de goce en goce.»

Y no se diga con Strauss que «una dicha prolongada acaba por ser una dicha primero indiferente, despues enojosa y presto insuportable, considerando que una vida sin progreso es una vida soberanamente monótona y lánguida.» (*Dogmática*, página 687.) Esto no es más que una aberracion del espíritu, porque la dicha del cielo tendrá su progreso incesante, que no será de las tinieblas á la luz, de la pobreza á la riqueza, del sufrimiento al bienestar, sino de la vida á la vida más abundante, de la alegría á la alegría más extensa, de la claridad á la claridad más viva, del amor al amor más ardiente... Al mismo tiempo que es la simplicidad y la unidad infinitas, Dios es la variedad y la multiplicidad infinitas. Y la prueba palpable es que el mundo y los mundos han salido de su seno. Es el océano eterno y eternamente incommensurable de la vida, el movimiento perpetuo en el reposo absoluto. Dios, dice san Ireneo (*Adversus Hæreses*, II, 47), no cesa de instruir á sus elegidos, y todos no cesarán de aprender durante toda la eternidad, porque sus riquezas son sin medida y su ciencia sin límites. Eso será, pues, el progreso eterno. En

esta vida de tiempo hay incompatibilidad entre la acción y el reposo, entre el deseo y la posesion. En la vida futura acción y reposo, deseo y posesion son una sola y misma cosa. Los bienaventurados desean, poseen y gozan; son dichosos, y lo son siempre más y más.»

Sin embargo, todos los elegidos no son dichosos en la misma medida; porque en la casa del Padre hay gran número de mansiones. Todos ven á Dios, á Dios todo entero, á Dios que hace la felicidad de cada uno; pero le ven diversamente, con grados diferentes, y la dicha mayor del uno no causa al otro ni tristeza ni envidia. La alegría de uno es la alegría de todos, y esta alegría es infinitamente varia en su manifestación. La humanidad rescatada combate en este mundo mortales enemigos; la carne, el mundo y el error. Habrá, pues, en el cielo tres especies de triunfadores: los triunfadores de la carne, los Virgenes que siguen al Cordero por todas partes á donde va, y cantan un cántico que ningún otro puede cantar con ellos; los triunfadores del mundo, el coro de los Mártires que han confesado al Señor ante los hombres, y que el Señor confiesa á su vez ante su Padre celestial; los triunfadores del error, el coro de Doctores que brillan hoy como estrellas en las perpétuas eternidades. El apóstol san Pablo lo ha dicho todo en pocas palabras: «El ojo del hombre no ha visto, su oído no ha oído, su corazón no ha experimentado lo que Dios revela á sus elegidos.»

Se acostumbra demasiado atribuir á la dicha del cielo cierto carácter de inactividad ó de quietud que se resumia en estas tres palabras, muy significativas por otra parte: *videbimus, laudabimus, amabimus*, y que estaría mejor expresado tal vez por el eterno ¡Ah! de Bossuet. Veremos, alabaremos, amaremos. Pero nosotros haremos al mismo tiempo muchas otras y admirables cosas.

Nada nos impide en realidad admitir la pluralidad de mundos habidos y rescatados, ó sobrenaturalizados.

San Pablo no vaciló en decir que Dios resolvió en la plenitud de los tiempos restaurar en Cristo todo lo que

HAY EN LOS CIELOS y en la tierra, purificarlo, reconciliarlo, pacificar todas las cosas por Él.

Un antiguo himno del Breviario romano nos invita á cantar la gloria de la ola de sangre escapada del corazón del divino Redentor, y que purificó los continentes, las islas, los mórtes, el universo todo entero.

David en un delicioso cántico que la iglesia de París cantaba antiguamente en las exequias de los niños de corta edad, exclama lleno de entusiasmo: «Oh! Señor Dios, cuán admirable es tu nombre!... ¡Cuán más alta es tu magnificencia que los cielos!... Nosotros veremos un día estos cielos que tus manos han dilatado, la luna y las estrellas que has consolidado, etc., etc.

¿Y por qué los cuerpos de los elegidos resucitados estarían dotados de ligereza y revestidos de claridad, si no debiesen ser convidados á hacer misteriosas peregrinaciones á través de los espacios celestes?

¿Dónde estará el paraíso, el cielo? Pues que el alma de Jesucristo, dice Bergier, gozaba de la gloria celeste sobre la tierra, ¿no es ésta el lugar del paraíso? Aun en rigor el paraíso podría ser un estado más bien que un lugar. Podría ser el universo entero, en el cual Dios se descubriría á los santos y haría su eterna felicidad.

Acaso tal vez el paraíso sea esta nueva tierra y estos nuevos lugares que Jesucristo nos ha prometido, dice san Pedro, y en los cuales habitará la justicia eterna. San Juan en su Apocalipsis ha exaltado en gran manera la gloria de la Jerusalem celeste, morada de Jesucristo, el Cordero enteramente inmolado y vivo, y de los rescata-dos por el Cordero.

EL INFIERNO.—LA ETERNIDAD DE LAS PENAS.—El gran día de la eternidad no se levanta solamente para los justos, se levanta también para los pecadores. «Los que hayan practicado el bien, dice el Símbolo de san Atanasio, entrarán en la vida eterna, y los que el mal irán al fuego eterno.»

Ningun dogma de fe hiera mas profundamente lo que con engaño se ha llamado *la conciencia moderna*. El dogma del infierno es en el tiempo presente lo que será, en el último día, la partida para el infierno; *He, maledicti!* la criba que separa los elegidos de los réprobos. Strauss, y despues de él todos los racionalistas modernos, van repitiendo que el infierno subleva el sentido humano, que es una injuria á la santidad y bondad de Dios.

Y sin embargo, la eternidad de las penas es admitida como indudable, como cierta, por la tradicion de todos los pueblos de la tierra, por el vulgo así como por los genios más eminentes: Prometeo, Sisifo, Ixion, Tántalo, Teseo, las Danaides, son los testigos vivos y solemnes del tormento eternamente rescrvado á los enemigos de Dios.

El dogma del infierno es además claramente revelado por Jesucristo, que es infinitamente santo, justo y bueno, como su Padre eterno es infinitamente santo, justo y bueno, y que además ha amado á los hombres hasta el extremo de morir por ellos.

¿Qué grave y lucida enseñanza la de la parábola del mal rico y del pobre Lázaro!

(Luc. xvi.) «Había un hombre rico vestido de púrpura y de lino, y que daba cada día espléndidas comidas. Había también un mendigo llamado Lázaro, acostado bajo la puerta del rico y cubierto de úlceras, que envidiaban para su sustento las migajas que caían de su mesa, sin que nadie se las diese. Pero aconteció que el mendigo murió y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico murió á su vez y fué sepultado en el infierno. Cuando estaba en los tormentos, levantando los ojos, vió de lejos á Abraham, y á Lázaro en su seno. Y exclamando, dice: (Padre Abraham, ten piedad de mí Envía á Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua, porque yo sufro cruelmente en esta llama.) Y Abraham le dice: ENTRE NOSOTROS Y VOSOTROS HAY UN GRAN ABISMO; LOS QUE QUISIERAN PASAR DE AQUÍ Á VOSOTROS Ó DE VOSOTROS Á NOSOTROS NO PODRÍAN. Y el rico dice: Padre

Abraham, yo tengo cinco hermanos; envíales quien les atestigüe estas cosas, á fin de que no vengan ellos también á este lugar de tormentos. Abraham le dice: Tienen á Moisés y á los profetas, que los escuchan.—No, padre Abraham; pero si un muerto se les apareciese le escucharían.—Abraham le respondió: Si no escuchan á Moisés y á los profetas, aun cuando un muerto resucitase no le creerán.»

¿Es esto un apólogo? ¿Es una historia? Lo uno y lo otro, sin duda alguna. Lo que es un apólogo es el sentimiento de conmiseración del mal rico por sus hermanos, á quienes quisiera prevenir contra la condenación eterna, sentimiento que sólo puede ser una fábula, porque, confirmando en el mal como el demonio, el condenado quisiera que todos participasen de su suplicio. Pero este sentimiento debía servir de motivo á esta incomparable enseñanza: «Tienen á Moisés y á los profetas, tienen el testimonio de los esplendores y á la Iglesia. Si no creen á la Iglesia, á los Esplendores de la Fe, no creerán ciertamente, al menos con una fe eficaz, ó la aparición de un muerto. Antes temerán haber sido víctimas de una ilusión, y se avergonzarán tal vez de hablar de ella, por temor á las burlas.

Las penas del infierno son, pues, eternas. Entre el infierno y el cielo hay un abismo insondable. Ni aun hay para el condenado alivio ó refrigerio.

Y que se note bien, el mal rico no era un gran criminal; era simplemente un hombre de mundo, amigo de la buena mesa y egoísta.

Jesucristo ha afirmado bajo otras formas y más explícitamente el dogma capital de la eternidad de las penas: «No temáis á los que sólo pueden matar el cuerpo; pero temed á aquel que puede arrojar el cuerpo y el alma en el infierno... Vale más entrar en el reino de los cielos con un ojo, una sola mano, un solo pié, que ir con dos ojos, dos manos y dos piés al infierno, en el cual el gusano roedor no muere, en que el fuego que quema no se extingue.» (Marc. ix, 24.)

Pero la sentencia del último día es más soberanamente decisiva: «RETIRaos DE MÍ, MALDITOS; ID AL FUEGO ETERNO, QUE HABIA SIDO PREPARADO PARA EL DIABLO Y SUS ÁNGELES. —Y ESTOS IRÁN AL SUPPLICIO ETERNO.»

No es solamente el fuego el que será eterno: es el suplicio.

Y esta sentencia y este desenlace han salido de la boca de Jesucristo, que era la santidad, la justicia, la bondad, la dulzura infinitas. Luego el infierno es eterno. ¡Siempre sufrir, sin morir jamás!

Aunque permanece un espantable misterio, el infierno no niega, sino afirma el Dios santo, justo y bueno. Este dogma, en efecto, es la llave principal de todo el edificio cristiano, el coronamiento forzoso de la historia del mundo.

Quítad el infierno eterno, como término inevitable del mal, y suprimiréis equivalente y necesariamente toda diferencia entre el bien y el mal, entre el ángel y el demonio. El edificio del plan divino y de la divina providencia es derribado hasta sus cimientos. En realidad, el cielo y el infierno eternos son la consagración práctica del principio fundamental de la moral natural, la distinción entre el bien y el mal, entre el error y la verdad, entre la afirmación y la negación. El infierno es la base del cristianismo. Si el infierno no fuese eterno, el Hijo de Dios no se hubiera hecho hombre para rescatarnos, decía san Bernardo. Si la pena del pecado sólo fuese temporal y finita, ¿por qué fué necesario que el Infinito, que el Eterno sufriese esta pena en nuestro lugar?

El infinito sufre, muere; es preciso, pues, que la causa por la cual da su vida tenga en sí misma cierta cosa infinita. Pues bien, la pena temporal sufrida por un ser finito nada absolutamente tiene de infinito.

Dios es infinitamente bueno, infinitamente misericordioso. Si. Pero su justicia es también infinita, como su bondad y su misericordia. Por eso del mismo modo que recompensa de una manera digna de Él, debe castigar

también de una manera digna de Él. Como el cielo de los elegidos, el infierno de los condenados debe ser eterno.

Cualquier suplicio que imaginéis, si le dejáis la esperanza, este infierno no es ya el infierno de la justicia de Dios.

Si debiese venir un día en que el justo y el pecador, el mártir y su verdugo, el perseguidor y su víctima gozasen de la misma dicha, Dios no sería ni justo ni misericordioso.

Y no se diga que el verdugo sólo sería igual a la víctima después de la expiación por el sufrimiento meritorio. Que esta igualdad de hecho supone ante todo que el verdugo ha desaprobado y expiado su crimen. Porque la desaprobación, la expiación meritoria exigen imperiosamente la libertad. Pues bien, la libertad acaba para el hombre con su vida terrestre, en el término de su peregrinación, cuando resuena la terrible sentencia de que no habrá ya para él tiempo, tiempo para el trabajo, tiempo para el negocio. La puerta es cerrada para siempre. «Yo no os conozco ya.»

Así damos, y es la última palabra, la suprema consagración del dogma de la eternidad de las penas. ALLI DONDE EL ÁNGEL CAL, PERMANECERÁ. Fuera de la vida, ya no hay mérito, ya no hay desaprobación, ya no hay expiación. La voluntad es para siempre confirmada, sea en el bien, sea en el mal. Confirmada en el bien y en el amor por la vista y la posesión de Dios; en el mal y en el odio, por la certeza de haber perdido a Dios para siempre. Y esta confirmación en el mal no es otra cosa, en el fondo, que la perpetuidad y la eternidad del pecado.

Si, la razón final, la causa verdadera del infierno eterno están enteramente comprendidas en la voluntad esencial y eternamente mala del pecador. Así, pues, lo que me espanta no es tanto el infierno como la confirmación en el mal del alma muerta en el pecado. El réprobo querrá su suplicio, rechazará todo pudor, semejante a los grandes criminales políticos que rehúsan con indignación la

gracia que les es otorgada por el soberano, á quienes es preciso arrancar con violencia de la prisión, y que salen de ella para condenarse al destierro, destierro que quisieran eterno, si el soberano debiese reinar eternamente.

En estas condiciones la eternidad de las penas es un acto de justicia, pero permanece siendo, dirán, un acto de crueldad; no dejaría de serlo hasta que Dios no aniquilase al réprobo. No, Dios no aniquila á sus criaturas. Aniquilando al hombre se contradeciría á sí mismo, porque le ha dado el presentimiento y el deseo innato de su eternidad, y le ha señalado destinos inmortales. El aniquilamiento no sería una expiación.

No será inútil presentar bajo otra forma, con monseñor de Pressy, obispo de Bolonia, el resumen de las pruebas metafísicas de la equidad de las penas eternas del infierno.

1. El pecado mortal, por su gravedad infinita, exige una pena infinita, y porque esta pena no puede ser infinita en su intensidad, debe ser infinita en su duración. La malicia del pecado mortal es infinita. En efecto: 1.º el pecado mortal añade á su rebelión el deicidio; no quiere que Dios sea su fin último; pues bien, es de la esencia de Dios que sea el fin último del hombre. El pecado comprende implícitamente el execrable deseo de que Dios no conozca el crimen cometido, ó que lo conozca sin quererlo castigar, ó que quiera castigarlo sin poderlo hacer; esto es, niega la ciencia, la justicia y el poder infinitos á la vez, tres atributos esenciales de Dios. 2.º La ingratitude del pecador es infinita, porque ha recibido de Dios bienes rigurosamente infinitos, la creación, la encarnación, la redención, la seguridad de una dicha eterna; esta ingratitude infinita necesita de una pena tan infinita como pueda serlo.

II. El que peca mortalmente quiere pecar siempre mortalmente tanto como puede; merece, pues, ser castigado siempre. El pecador, dice san Bernardo, jamás cesaría de querer su pecado si no hubiese de morir. O más bien, quisiera vivir siempre para poder pecar siempre. También pueden decir de él que en un pequeño espacio de tiempo

ha llenado la medida de los tiempos infinitos y ha merecido sufrir siempre.

III. El alma impenitente, no pudiendo despues de la muerte ni borrar la mancha, ni abolir la culpa, ni perder el recuerdo de su pecado, debe sufrir siempre la pena del mismo. Los condenados, como otros tantos rabiosos, sentirán vivamente su desgracia, pero aplaudirán ellos mismos su conducta, y querrán más ser siempre lo que son que no dejar de serlo. Tendrán tan completamente pervertida su inteligencia, que será completamente incapaz de juzgar las cosas como conviene. Se tiene que decir de los réprobos lo que Bossuet dice de los demonios: «Espíritus malditos, odiados de Dios y odiándole, ¿cómo habeis oído tan bajo? Lo habeis querido, lo quereis todavía, pues que quereis ser siempre soberbios, y por vuestro indómito orgullo permanecéis siempre obstinados en vuestra desgracia. Sólo sois capaces de este placer tétrico y maligno, si placer puede llamarse, que da un ciego orgullo y una baja envidia.»

IV. Las penas impuestas al pecado deben ser eternas, porque las recompensas magníficas y sobrenaturales prometidas por pura gracia á la virtud son igualmente eternas. En efecto: 1.º un crimen de lesa Majestad divina no es menos digno de castigo, que un acto heroico de amor divino lo es de recompensa; 2.º no hay injusticia en aumentar la duracion del castigo más allá del tiempo durante el cual el ofensa, considerado en su sola naturaleza, merece ser castigado, con tal que se aumente en una proporcion igual la duracion del tiempo durante el cual el acto de amor de Dios, considerado en su sola naturaleza, merece ser recompensado.

EL LUGAR DEL INFIERNO.—¿Dónde está situado el infierno? Dios solo lo sabe. La Revelacion no nos lo enseña, y nosotros sólo tenemos sobre esto conjeturas. Muchos han creido poder colocar el infierno en el centro de la tierra, loco candente del calor central. Esta opinion parece insi-

nuada por estas palabras de Jesucristo: «Veia á Solanás caer del cielo como el rayo.» Caer se aplica sobre todo á las caidas hácia la tierra. San Agustin que, en su libro de *Genesis ad litteram*, dijo que el infierno no está bajo tierra, reconoce en sus Retracciones que hubiera debido más bien decir lo contrario. Y añade: Dios sólo, que ha preparado el infierno, sabe lo que es y lo que será. Sólo él sabe su lugar, su longitud, su anchura y su profundidad.

LAS PENAS DEL INFIERNO.—Son de dos especies: las penas de privacion, penas de daño; y las corporales, penas de sentido.

Penas de daño.—El réprobo ha perdido á Dios. La pérdida de Dios es, propiamente hablando, el infierno. Una vez perdido á Dios, consolacion, esperanza, alivio, todo es perdido. El réprobo sólo vive para el tormento, para su tormento propio y el de los demás. Es constituido en estado de vaso de cólera, del que el Salmista ha dicho: «Vaso lleno de una mezcla amarga, que se derrama tan pronto por un borde como por otro, sin que su liquido sea jamás agotado; todos los pecadores de la tierra beberán de él.» (*Salmos* LXXIV, 9.)

Penas de sentido.—Además de la pena de daño, el réprobo es atormentado en todas las potencias de su alma. Su imaginacion le representa sin cesar las alegrías de los elegidos. Su memoria está toda llena de su pecado, que gira y gira sin cesar en él. Su razon contempla ante sí la eternidad. Su voluntad se consume en una lucha desesperada contra su muerte, fijada irrevocablemente. Es el gusto roedor que no muere, al cual es necesario añadir el fuego que no se extinguirá. ¿Es un fuego metafórico, es un fuego físico? Es de fe ó casi de fe, que el fuego oyo ardor sienten los demonios y las almas de los condenados es un fuego físico, encendido por la justicia de Dios, pero que arde sin combustible; que la voluntad y la omnipotencia de Dios lo hacen apto para que lo sienten los mismos puros espíritus. No es un acontecimiento verdaderamente

providencial que uno de los mayores descubrimientos de la ciencia moderna haya sido el de un fuego excitado por la sola concentración, en el foco de un lente, en el aire ó aun en el vacío, de un fuego que consiste únicamente en las vibraciones del fluido luminoso ó etéreo; fuego bastante intenso para volver candente la platina, que se identificaría tanto mejor con el fuego del infierno, que es tal vez absolutamente invisible ó obscuro, como lo exige la extrema y terrible asociación de las tinieblas y de los ardores eternos, á la cual hacen alusión tan á menudo los Libros santos?

Pero cómo explicar el misterio de la conservación eterna de la existencia de los condenados y de los demonios en el seno de un fuego tan ardiente y de sufrimientos físicos tan excesivos? Este es el secreto de Dios. Pero hay en el Evangelio una palabra extraordinaria que lo explica todo: «Su gusano no muere, su fuego no se extingue, porque la víctima es salada y conservada por el fuego, como las carnes son conservadas por la sal.» Es Jesucristo quien habla. Por su omnipotencia Dios, motor supremo, excita y mantiene eternamente estas ardientes vibraciones, y por otro efecto de su omnipotencia conserva sus desgraciadas víctimas, sin que jamás el sentimiento del dolor pueda debilitarse en ellas. Dios, dice san Agustín, tortura y conserva, atormenta y preserva; de suerte que despues de millones de siglos su pena será tan nueva é intolerable como en el primer instante. El réprobo muere y vive, sucumbe y subsiste.

Libro de las penas de los condenados. — San Agustín (*Enchiridion*, cap. cxii) no condena á los que creen que las penas afflictivas de los réprobos son de tiempo en tiempo aliviadas ó endulzadas; permite sostener esta opinion, con tal que se presente como una simple hipótesis y que no se niegue la eternidad del suplicio de los condenados. El mismo santo Doctor enseña que las oraciones que se hacen por los condenados les son útiles, no para abreviar su condenacion, sino para hacérsela tolerable. No prohi-

be pensar que para un gran número de condenados, menos criminales que Judas, es mejor ser que no ser, de suerte que ellos no sentirán haber sido sacados de la nada. Nada encuentra que censurar en que Dios, en lugar de tratarles con dureza, use con ellos de cierta misericordia castigándoles menos de lo que merecen.

No discutiremos esta opinion; nos contentaremos con recordar, añadiendo que no nos es simpática, que no tiene á nuestros ojos ninguna probabilidad, porque tomamos el pié de la letra EL ABISMO INSONDABLE ENTRE EL CIELO Y EL INFIERNO, y el haber sido negado al mal rico una gota de agua que refrescase un instante su lengua; como tambien esta sentencia del *Apocalipsis* (xiv. 11.) «Serán atormentados noche y dia. No tendrán reposo ni de dia ni de noche;» pero nosotros recomendamos á los que quieran profundizarlo, las instrucciones pastorales de monseñor de Pressy, obispo de Balonia (*Obras completas*, edición de Migne, colons 543 y siguientes), como tambien las obras del abate Emery (edición de Migne, columna 1047 y siguientes). M. Emery concluye así: «Hoy que se disputa más sobre la naturaleza y el excesivo rigor de las penas del infierno que sobre su realidad, la caridad, la prudencia, que prescribirán hacer notar, con motivo de esto, que lo que más parece escandalizar, en la especie y la duracion de estas penas, no pertenece á la fé; que en el seno de las escuelas católicas existen sobre la naturaleza del fuego y del infierno ó sobre la intensidad de sus penas, y particularmente sobre la posibilidad de procurrarlas la mitigacion; opiniones á las cuales pueden adherirse sin escrúpulo, y que son bien propias para calmar lo que excita más su imaginacion?»

Pero ¿de qué sirven estos compromisos? No harán á buen seguro que el espíritu del condenado encuentre demasiado cruel su castigo. Se sentirá eternamente abrumado bajo el peso de la justificacion divina. Ellos dicen: «El Señor es injusto! Si yo estoy corrompido, ¿no están corrompidos sus caminos? ¡Oh cielos, estremeceos de admiracion! ¡Llorad,

puertas del cielo, y estad inconsolables! Porque mis hijos han hecho dos grandes males! Me han abandonado, á mi que soy una fuente de agua viva, y han penetrado en cisternasfangosas que no pueden retener el agua que se les confia... Se verifican verdaderamente sobre la tierra cosas extrañas, y que sólo se pueden escuchar con admiracion... El milano conocia en el cielo cuándo era venido su tiempo; la colondrina y la cigüeña saben discernir la época de su traslado, y mi pueblo no conoció el tiempo de mi juicio... Yo he alimentado hijos, y despues de esto me han despreciado. El buey conocia á aquel á quien pertenecia, y el asno el establo de su ama; pero mis hijos no me han conocido... Han succedido mi yugo, han roto mis ligaduras y han dicho: ¡Yo no serviré! ¿Es á mí á quien irritan? dice el Señor. ¿No se hieren antes ellos mismos cubriéndose de confusion?... Cuántas veces yo he dicho: ¡Llamadme, pues, al menos ahora, é invocadme! Decidme: Vos sois mi Padre. No dejéis pasar el día de mi misericordia; buscad al Señor mientras se le puede encontrar; invocadme mientras está próximo; convertíos, volved á vuestro Padre, y yo curaré el mal que os habeis hecho alejándoos de mí. Porque son vuestras iniquidades las que han apartado mis gracias, y vuestros pecados los que se han opuesto al bien que queria haceros. ¡Cuántas veces he dicho á los ministros de mi justicia: Instruid, instruid todavía! Esperad, esperad todavía! Vosotros os habeis obstinado en decir: ¡Yo estoy sin pecado, yo soy inocente!... Cuando el fin es venido, venido es el fin... Entraré en juicio con vosotros. Vuestra propia malicia es acusará; de en medio de vosotros haré salir al fuego que devora vuestras entrañas... Entonces la afliccion os dará la inteligencia, y toda iniquidad cerrará la boca al malo, forzado á decir: ¡Ay! cuán desgraciado soy; mi llaga es maligna é incurable; yo soy la única causa de mi mal, y es justo que yo sufra por esto...)

¿Qué hacen en presencia de este lenguaje evidentemente divino? Callarse, temblar y adorar.

Capítulo trigésimo séptimo.—La Iglesia.—Fuera de la Iglesia no hay salvacion.—La Iglesia y la civilization.—La civilization sin la Iglesia es la barbarie.—La Iglesia y el Estado.—El poder temporal del Papa.—La Iglesia. *Definicion y mision de la Iglesia.*—La Iglesia, segun la definicion de san Pablo, es el cuerpo místico de Jesucristo. Este cuerpo tiene su organizacion armónica perfecta, con distincion de órdenes y funciones, formando una jerarquía celestial y terrestre á la vez.

Cristo, la cabeza de este cuerpo, habita en los cielos, desde donde hace vislumbrar los torrentes de su luz divina. El sucesor de Pedro, jefe visible de la Iglesia, es el primero á quien iluminan sus rayos. Sus labios, órganos del Espíritu Santo, se abren para promulgar los decretos de la sabiduría eterna.

Inferiores á este Jefe supremo, unidos á él por lazos sagrados, hay nobles órganos, cuyas múltiples funciones concurren á difundir la vida divina del divino Salvador.

Porque Jesucristo, la cabeza, es uno, la Iglesia es una, y porque Jesucristo es santo, la Iglesia es santa; santa en su origen y en su fin; santa por el Espíritu que la inspira y por las virtudes que florecen al soplo de este Espíritu; santa en su doctrina y sus preceptos; santa en la eleccion de sus hijos.

Jesucristo es el camino, la verdad y la vida; luego la Iglesia sola, con exclusion de otra institucion, es el camino que conduce á la verdad sin sombra y á la vida sin vejez. Quien no la tenga por madre, quien no es alimentado por su leche, vestido por sus manos virginales y maternales con la blanca túnica del Cordero, no tiene á Dios por padre, no entrará en la sala del festin, no se sentará á la mesa de los hijos de la familia...)

Jesucristo tenia que hacer una obra grande y esencial, tenia por mision librarlo, rescatarlo, purificarlo, defecarlo todo. La Iglesia, irradiacion y dilatacion de Jesucristo, es por esto mismo universal y católica. Todos los tiempos

puertas del cielo, y estad inconsolables! Porque mis hijos han hecho dos grandes males! Me han abandonado, á mi que soy una fuente de agua viva, y han penetrado en cisternas fangosas que no pueden retener el agua que se les confia... Se verifican verdaderamente sobre la tierra cosas extrañas, y que sólo se pueden escuchar con admiracion... El milano conocia en el cielo cuándo era venido su tiempo; la colondrina y la cigüeña saben discernir la época de su traslado, y mi pueblo no conoció el tiempo de mi juicio... Yo he alimentado hijos, y despues de esto me han despreciado. El buey conocia á aquel á quien pertenecia, y el asno el establo de su ama; pero mis hijos no me han conocido... Han succedido mi yugo, han roto mis ligaduras y han dicho: ¡Yo no servire! ¿Es á mí á quien irritan? dice el Señor. ¿No se hieren antes ellos mismos cubriéndose de confusion?... Cuántas veces yo he dicho: ¡Llamadme, pues, al menos ahora, é invocadme! Decidme: Vos sois mi Padre. No dejéis pasar el día de mi misericordia; buscad al Señor mientras se le puede encontrar; invocadle mientras está próximo; convertíos, volved á vuestro Padre, y yo curaré el mal que os habeis hecho alejándoos de mí. Porque son vuestras iniquidades las que han apartado mis gracias, y vuestros pecados los que se han opuesto al bien que queria haceros. ¡Cuántas veces he dicho á los ministros de mi justicia: Instruid, instruid todavía! Esperad, esperad todavía! Vosotros os habeis obstinado en decir: ¡Yo estoy sin pecado, yo soy inocente!... Cuando el fin es venido, venido es el fin... Entraré en juicio con vosotros. Vuestra propia malicia es acusará; de en medio de vosotros haré salir al fuego que devora vuestras entrañas... Entonces la afliccion os dará la inteligencia, y toda iniquidad cerrará la boca al malo, forzado á decir: ¡Ay! cuán desgraciado soy; mi llaga es maligna é incurable; yo soy la única causa de mi mal, y es justo que yo sufra por esto...)

¿Qué hacen en presencia de este lenguaje evidentemente divino? Callarse, temblar y adorar.

Capítulo trigésimo séptimo.—La Iglesia.—Fuera de la Iglesia no hay salvacion.—La Iglesia y la civilization.—La civilization sin la Iglesia es la barbarie.—La Iglesia y el Estado.—El poder temporal del Papa.—La Iglesia. *Definicion y mision de la Iglesia.*—La Iglesia, segun la definicion de san Pablo, es el cuerpo místico de Jesucristo. Este cuerpo tiene su organizacion armónica perfecta, con distincion de órdenes y funciones, formando una jerarquía celestial y terrestre á la vez.

Cristo, la cabeza de este cuerpo, habita en los cielos, desde donde hace vislumbrar los torrentes de su luz divina. El sucesor de Pedro, jefe visible de la Iglesia, es el primero á quien iluminan sus rayos. Sus labios, órganos del Espíritu Santo, se abren para promulgar los decretos de la sabiduría eterna.

Inferiores á este Jefe supremo, unidos á él por lazos sagrados, hay nobles órganos, cuyas múltiples funciones concurren á difundir la vida divina del divino Salvador.

Porque Jesucristo, la cabeza, es uno, la Iglesia es una, y porque Jesucristo es santo, la Iglesia es santa; santa en su origen y en su fin; santa por el Espíritu que la inspira y por las virtudes que florecen al soplo de este Espíritu; santa en su doctrina y sus preceptos; santa en la eleccion de sus hijos.

Jesucristo es el camino, la verdad y la vida; luego la Iglesia sola, con exclusion de otra institucion, es el camino que conduce á la verdad sin sombra y á la vida sin vejez. Quien no la tenga por madre, quien no es alimentado por su leche, vestido por sus manos virginales y maternales con la blanca túnica del Cordero, no tiene á Dios por padre, no entrará en la sala del festin, no se sentará á la mesa de los hijos de la familia...)

Jesucristo tenia que hacer una obra grande y esencial, tenia por mision librarlo, rescatarlo, purificarlo, defecarlo todo. La Iglesia, irradiacion y dilatacion de Jesucristo, es por esto mismo universal y católica. Todos los tiempos

así como todos los lugares están en ella. En cualquier paraje que ponga el pié está en su propio dominio; toda la raza de los hijos de Adán le ha sido dada en herencia; tiene la carga de la humanidad toda entera. Las naciones y los pueblos no tienen el derecho de mantenerse en la vida de simple naturaleza, sometidos á las solas leyes de la razón: como los individuos, deben aceptar con la revelación una forma de vida superior y sobrenatural, que, lejos de absorber su existencia natural, la engrandece, la ennoblece y la corona...

Pero ¿cómo se realizará esta toma de posesion de la humanidad por la Iglesia? Una palabra fué dicha, poderosa y fecunda como la palabra de Dios: «¡D, enseñad á todas las naciones! Conquistaréis las almas por las almas; las sociedades por las sociedades, y hasta el suelo sobre el cual se apoyan. Y conquistaréis todo esto no para dominar al modo de los déspotas de la tierra, sino para incorporar al género humano.»

La Iglesia, para ejecutar la orden que recibió, tiene derecho á la libertad de sociedad y de la palabra; libertad plena y entera, sin restricción, libertad que no tiene que pedir á los poderes temporales, sino que es de derecho absoluto y divino. No más obstáculos, no más trabas: es necesario que la Iglesia sea libre; y para hacerla libre, Dios que quiere salvar al mundo pondrá en ella la fuerza de su brazo...

La Iglesia es una sociedad y una sociedad perfecta.—La Iglesia es una sociedad, esto es, una multitud de seres inteligentes y libres, unidos en la prosecucion de un mismo fin. Miembros de la Iglesia, no somos unidades aisladas, arrojadas al acaso por todos los puntos del globo, dependiendo únicamente de nosotros mismos, entregados á nuestras propias fuerzas ó más bien á nuestra debilidad. Formamos una sociedad universal é inmensa... Esta sociedad, la Iglesia, es divina, espiritual, sobrenatural; pero, sin embargo, por los miembros que recluta, por las relaciones exteriores que traba entre ellos y con ellos, por los

medios sensibles que emplea, es una sociedad humana; vive sobre la tierra; respira en la atmósfera que nos rodea; se desenvuelve en el espacio y en el tiempo; es una voz que habla, eco fiel de la voz de lo alto, y que resuena hasta las extremidades del globo; es una mano que se extiende, que gobierna, que bendice, y también que castiga; es la luz, no oculta, sino colocada sobre el candelero; es la ciudad edificada sobre la montaña, expuesta á las miradas y visible para todos; el redil en que deben todos entrar; todos antes de ser sus hijos deben poder reconocerla, distinguirla... Pero ¿cómo distinguiría si no tiene sobre la frente señales inimitables, y la majestad de una corona puesta por una mano divina? Quitad á la Iglesia este brillo, este resplandor, esta visibilidad, y no habrá en ella sociedad religiosa universal ó católica...

Toda sociedad está constituida por el principio que la especifica, la determina, la distingue, la imprime un carácter particular, la da su fisonomía propia, la caracteriza, en fin, en la jerarquía de las sociedades. Este principio determinante y constitutivo de una sociedad es esencialmente su fin. El fin de la Iglesia es Dios vivo en su esencia, Dios poseído en dicha propia para los hombres... Llevar los hombres á este objeto superior, ved su misión.

Toda sociedad implica una organización... En la Iglesia hay un pueblo gobernado y un gobierno constituido por mandato divino; gobierno dotado de un poder doble, de un poder de orden indeleble, coordinado inmediatamente á la santificación de las almas por la administración de los Sacramentos; un poder de jurisdicción, cuyo ministerio es regir el rebaño de Jesucristo, ya sea proponiendo de una manera obligatoria á la inteligencia humana la doctrina de la verdadera fe, ya dirigiendo eficazmente la voluntad humana por los mandamientos propiamente dichos. De aquí también una doble jerarquía; jerarquía de Orden y jerarquía de Jurisdicción.

En la cumbre, el Pontífice romano, el vicario de Jesucristo, Príncipe ó Padre supremo, que posee sobre toda la

Iglesia entera un completo y universal poder llamado PRIMADO.

Inferiores á él están los Obispos, pastores verdaderos y propiamente dichos. Instituidos en la Iglesia para ser los cooperadores del Soberano Pontífice, para participar con él el peso de la solicitud pastoral, tienen, en virtud de la institución divina, la aptitud necesaria para dirigir perfectamente á los fieles, elevados como están al más alto grado de la jerarquía del Orden...

Vienen en seguida los sacerdotes, cooperadores de los Obispos, en virtud de su institución en la administración de los Sacramentos, con excepción del Orden y de la Confirmación.

La constitución de la Iglesia es una constitución monárquica, la Iglesia es una monarquía... Pero ¿qué monarquía? ¿Absoluta, templada, representativa? Podríase decir con Beirão, que es una monarquía templada de aristocracia y de democracia. Pero dejemos aquí todos los epítetos; vale más decir, con el concilio de Florencia, cuya definición ha reproducido el del Vaticano, que el Papa posee el pleno poder de gobernar toda la Iglesia.

Esta Iglesia ¿es una sociedad perfecta? Entiéndese por sociedad perfecta, en la lengua del derecho social, una sociedad autónoma, independiente, que se pertenece completamente á sí misma, cuyo fin y medios necesarios para alcanzarlo no están subordinados al fin y á los medios de otra sociedad. Admitida esta definición, la Iglesia es una sociedad perfecta. No depende de la voluntad de los hombres, sino de la voluntad de Jesucristo. Es el reino de Dios sobre la tierra; está libre en derecho de toda sujeción humana; goza soberanamente del triple poder legislativo, judicial, coercitivo, aun para los medios materiales. Porque si considerando su origen es un poder espiritual, es al mismo tiempo una sociedad temporal, pues que en las condiciones del tiempo sus súbditos son hombres hechos de espíritu y materia. En razón misma de su perfección la Iglesia no está de ningún modo sujeta

á la ley universal de mutación; permanece firme é inmutable en medio de este torrente de siglos que arrastra consigo á hombres é imperios. Pero no es la inercia inmutable de la materia, es más bien la viva y fecunda inmutabilidad de Dios.

La Iglesia es una sociedad viva y fecunda.—La Iglesia, infaliblemente, es una obra maestra, la obra maestra de Dios. Es viva; se traduce y revela en virtud de una fuerza íntima, secreta, que sale del profundo de su ser y la impelle hácia adelante, la vida. Se mueve por sí misma. Habla, y se sabe bien que su palabra no es un puro eco más ó menos retumbante, sino que está animada por el soplo de un pecho vivo. En su andar lleno de gracia, mezclada de majestad, se reconoce una reina. Obra, y en su acción ostenta la señal irrecusable de una gran energía vital que se refleja y por de fuera. La Iglesia está dotada, en una palabra, del movimiento eminentemente espontáneo que es el carácter propio de la vida. Esta vida de la Iglesia es independiente de todos los poderes humanos. Sin duda que, en el transcurso de las edades, ha contraído á menudo alianzas íntimas con los poderes de la tierra. Ella cree y enseña que la unión entre la Iglesia y el Estado está en la naturaleza esencial de las cosas; que esta unión es querida por Dios mismo; que de esta inteligencia cordial resultan grandes bienes para la vida de las almas y de los cuerpos, para la vida de los individuos y de las naciones.

Dice á los gobiernos que la abandonan: No queréis tenerme á la mano, no queréis marchar de concierto conmigo y hacer conmigo la gran obra de la civilización cristiana, tanto peor para vosotros. Yo he recibido mi consigna de lo alto. Viviré sin vosotros y á pesar de vosotros. Jamás he estado más viva que cuando, despojada de toda señal exterior, entregada al desprecio de los sabios y á los golpes de la turba sanguinaria, azotada por la lengua mentirosa de calumniadores letrados, ahogada por la mano de los servidores, he presentado á los ojos del mundo la noble y sangrienta imagen de Cristo coronado de espi-

nes, que el cobarde próconsul romano entrega á la plebe judía, diciendo: ¡Hé aquí el hombre! Esta es casi mi condición actual. Señalándose exclaman: ¡Hé aquí el enemigo! Y sin embargo, yo estoy viva, bien viva. A mi lado se levantan Iglesias rivales. Hacen en apariencia gran figura sobre esta tierra. Tienen á su servicio el triple poder, el oro que lo compra todo, la fuerza que hace doblegarlo todo, la diplomacia que alcanza lo que quiere. La bandera de Inglaterra, la espada del emperador de Alemania y el retro del autócrata de todas las Rusias les protegen. ¿Viven? Sin autonomía, sin independencia, sin acción propia, circunscritas en los límites que les ha trazado el dedo del hombre, vergonzosamente encorvadas bajo el yugo, vegetan despreciadas en el deshonra de la servidumbre y en el oprobio de la esterilidad.

La Iglesia católica es viva; tiene la vida en su más alto grado, con sus caracteres distintivos: la unidad y la fecundidad. La vida de la Iglesia es una y siempre idéntica á sí misma; una vida perpétua y una fecundidad inagotable. Una sola fe, un solo bautismo, un solo altar, una sola enseñanza. La Iglesia sola, bajo este punto de vista, ha sometido el pensamiento humano, que, en los espíritus más elevados como en los más humildes, ha vivido de su soplo y se ha alimentado de su palabra. Una sola fe aceptada por millones y millones de hombres, diciendo una misma palabra siempre idéntica á sí misma en los tiempos más diversos y bajo las formas más múltiples, engendrando la unidad de las inteligencias en la adhesión á la misma verdad, la unión de los corazones en un sólo y mismo amor de Dios y de nuestros hermanos, la unidad de obediencia en la misma sumisión á una autoridad suprema, llevando en la frente el sello de la autoridad divina é inclinando todas las voluntades humanas, tan rebeldes y tan orgullosas, bajo la majestad de un mismo mandamiento; en fin, unidad de las almas en una misma adoración.

Un altar, siempre el mismo aunque erigido en todos

los puntos del globo. Una víctima, siempre la misma, aunque ofrecida cada mañana en el Oriente, el Occidente, el Septentrion y el Mediodía. Un sacerdocio de todos los tiempos, de todos los lugares, saliendo de su corazón y murmurando con los labios la oración de todos los doctores hijos de Adán, sacando del corazón entreabierto de Jesucristo las olas de la sangre regeneradora, para verterla por los canales de los siete Sacramentos en las agotadas venas de la humanidad.

Cada cuerpo vivo encubre en sus entrañas una fuerza secreta que le dota de cierta inmortalidad; porque, gracias á ella, se puede reproducir en otros cuerpos y hacer salir torrentes de vida hasta las generaciones más lejanas. También Jesucristo ha dado á su Iglesia la gloria de una fecundidad sin ejemplo, que escapa á toda flaqueza y que excede todos los límites. Por su catolicidad y sanidad, la Iglesia nos ofrece el doble milagro de una vida universal siempre conquistadora, siempre adornada de hojas, de flores, de frutos.

Catolicidad de vocación: *Os he escogido y os he colocado para que rayéis por todas partes y llevéis frutos, y para que estos frutos persistan.* Catolicidad de misión: *Id y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

Esta doble catolicidad de vocación y de misión, de aptitud y de hecho sólo la Iglesia la posee. Así como sólo hay un sol sobre nuestras cabezas que ilumina el mundo con su luz, así también sólo hay una religión abrazando todos los tiempos, todos los lugares, todas las almas, sobreviviendo á todas las generaciones desde hace diez y nueve siglos, adaptándose sucesivamente á todas las razas de la humanidad, respondiendo á todas las necesidades, tomando más y más posesión del espacio, sufriendo aquí y allá pérdidas y decadencias, pero reparando la derrota de hoy por las conquistas de mañana, lanzando hasta las extremas fronteras del mundo las legiones pacíficas y conquistadoras de un apostolado á quien no detiene nin-

gun obstáculo, á quien no espanta ninguna barbarie, á quien no desanima resistencia alguna, que no dice jamás; basta.

Lo que decimos de la catolicidad de la Iglesia, podemos decirlo de su santidad. Posee una santidad íntima, fundamental, que es el principio de su santidad exterior que constituye la substancia de su vida, que le ha sido infundida por Jesucristo. De esta fuente profunda y viva se derraman las aguas fecundantes, que sobre esta tierra henchida de orgullo, manchada por la lujuria, extenuada por el egoísmo, devorada por la sed insaciable de oro, en el seno de esta humanidad sorda por mil pasiones sensuales, engendran las legiones santas.

La Iglesia es una sociedad necesaria. Fuera de la Iglesia no hay salvacion.—Nada más cierto que esta máxima: Fuera de la Iglesia no hay salvacion. Jesucristo ha dicho: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» Luego la Iglesia no es más que la dilatacion, el derramamiento de Jesucristo sobre todos los puntos de la duracion y del espacio; luego ella es el camino, fuera del cual forzosamente se han de perder; es la verdad que sola ilumina al hombre con una luz brillante é inextinguible; es la vida que conduce hasta la eternidad. Es en efecto la sola Iglesia á la que Jesucristo ha dicho: «Id y enseñad á todas las naciones, bautizándoias; enseñadlas á guardar mis mandamientos: el que crea y sea bautizado será salvado.» La Iglesia es la sola del festin, el redil, el reino, la ciudad, la casa, el cuerpo de Jesucristo. Fuera del festin no hay comida. Fuera del redil no son las ovejas ni amadas, ni defendidas, ni alimentadas. Fuera del reino no hay ciudadanos de los cielos. Fuera de la casa no hay hijos del padre de familia. Fuera del cuerpo no hay miembro vivo. Y esta imágen tan sorprendente (*Juan*, xv, 1 y sig.): «Yo soy la vña; mi Padre es el viñador... vosotros sois los sarmientos. El que habite en mí y yo en él, llevará muchos frutos... si alguno no habitare en mí, será echado fuera como el sarmiento desprendido, y se secará; lo cortarán al fuego y arderá.»

Ved bien el dogma: Fuera de la Iglesia no hay salvacion, enunciado de la manera más enérgica por el Señor Jesús, que ha amado á los hombres hasta el exceso, hasta el extremo de morir por su salvacion, hasta hacerse el compañero perpétuo de su peregrinacion, hasta darse á ellos en comida para conducirlos al cielo.

Y miserables osarán decir que este dogma es cruel! cuando todo lo grande y santo que ha habido en la humanidad regenerada se ha hecho su eco fiel y sumiso. Escuchemos solamente á san Agustín: «Fuera de la Iglesia católica el hereje puede tenerlo todo, excepto la salvacion. Puede tener el honor; puede cantar *aleluya* y responder *amen*; puede guardar el Evangelio; puede, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, predicar la fe. Pero la salvacion solo la encontrará en la Iglesia católica.» (*Sermon y al pueblo de Cesarea*.) En otro lugar se encuentra este bellissimo arranque de su corazon: «Amemos, amemos al Señor Dios como á un padre. Amemos á la Iglesia como á una madre. ¿De qué os sirve confesar al Señor, honrarle, predicarle, si blasfemáis á su Iglesia?» (*Sermon II sobre los Salmos*.) Y esta rudá leccion dada á los libre-pensadores y á los apóstoles de la moral independiente de su tiempo, que iban diciendo: NOSOTROS TENEMOS Á DIOS EL SEÑOR HOMINAS; PERO TENEMOS DE NOSOTROS EL SEÑOR JESUS. «Tened en cuenta las consecuencias. Si os queda todavia algun sentimiento, espantaos; el que estima llevar de sí mismo frutos no está en la vña; el que no está en la vña no está en Cristo; el que no está en Cristo no es cristiano. Estas son las profundidades y los abismos de vuestro partido.»

«Es preciso escoger, ó la vña ó el fuego.» (*Tratado 82 sobre San Juan*.)

Y este anatema, que parece lanzado contra los eclécticos del siglo XIX: «Hubo, pues, ciertos filósofos tratando larga y sutilmente las virtudes y los vicios, dividiendo, definiendo, formulando las razones y las conclusiones más agudas, haciendo sonar por retumbantes trompetas

la sabiduría de que se creían revestidos, osado decir á los otros hombres: Si queréis ser dichosos, seguidnos, afilinos á nuestra secta. Entrán, no por la puerta, sino por la ventana ó á través de la pared; quisieran perder, degollar, matar. *Perdere volebant, maculare et occidere.*

La razón une aquí su voz á la de la revelación y de la tradición. Si la Iglesia es la verdad, ¿puede aceptar lo falso? ¿Acaso la verdad no es de su naturaleza exclusiva é intolerante? ¿Acaso el sí y el no pueden darse la mano y culminar apaciblemente juntos? La Iglesia es, no una religión sino la Religión. Pues ¿cuál es el objeto de la Religión? Renovar las relaciones del hombre con Dios y salvarle. Luego, si lo arrojaís fuera de la Iglesia, lo arrojaís fuera de Dios. El católico dice forzosamente: ¿Fuera de la Iglesia no hay salvación! El protestante: ¿Fuera de Jesucristo no hay salvación! El deísta: ¿Fuera de la creencia en Dios no hay salvación! El ateo ó el materialista, que es el único que no aspira á la salvación sino á la nada, es de una tolerancia dogmática absoluta, porque para él no hay dogma. Pero si es republicano ó socialista, lo que las más de las veces acontece, dirá á su vez: Fuera de la república ó del socialismo no hay salvación, y será feroz en su intolerante política.

En cuanto á la objeción de Rousseau tan repetida: «Vosotros me anunciáis un Dios nacido y muerto hace dos mil años! ¿Por qué Dios ha hecho acontecer tan lejos y tan tarde un suceso que me quería obligar á aprender?... Venís, decís, á enseñármelo! Pero ¿por qué no habeis venido á enseñarlo á mi padre? ¿Por qué condenar al buen anciano?... Poneos en mi lugar y ved si, por vuestro testimonio, puedo conciliar tanta injusticia con el Dios justo que anunciáis. No, yo no predicaré jamás la intolerancia» (Emilio, libro iv); es ridícula, paradójica, de mala fé. Porque la máxima: Fuera de la Iglesia no hay salvación, no significa en modo alguno que todos aquellos que han ignorado invenciblemente la historia de la vida y muerte de Jesucristo y su doctrina, los antiguos paga-

nos, las tribus salvajes, los ídólatras de la India y de la China, los mahometanos, los oismáticos y los herejes de buena fé, el buen anciano de Rousseau bajo todas sus formas, muerto sin infracción voluntaria y grave de las leyes que han conocido, estén por esto fuera de salvación y condenados. En efecto, relativamente á la Iglesia es preciso distinguir su cuerpo y su alma. El cuerpo de la Iglesia comprende á todos los hombres que desde el origen de los tiempos han vivido en su seno. El alma de la Iglesia comprende á la vez á los justos que, desde el origen de los tiempos, han pertenecido al cuerpo de la Iglesia, y á los infieles que, viviendo fuera de su seno, han creído todas las verdades que han podido conocer, han practicado todo el bien cuya conciencia tenían, y han rendido á Dios con buena fé el culto que creían verdadero.

De esto se saca: 1.º que los gentiles que han vivido fuera del cuerpo de la Iglesia han podido pertenecer á su alma y salvarse; que los herejes y los oismáticos que viven fuera del cuerpo de la Iglesia pueden permanecer á su alma y estar en el camino que conduce al cielo.

Así, pues, el sacerdocio católico al decir: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, no entrega á los fuegos eternos ni á todos los cristianos separados ni á todos los hombres que no han podido oír el Evangelio. Puédesse pertenecer al cuerpo de la Iglesia sin pertenecer á su alma; del mismo modo que se puede pertenecer á su alma sin pertenecer á su cuerpo. Un buen pagano está más cerca del reino de los cielos que un mal católico. El buen pagano tiene por excusa legítima la buena fé. El mal católico no tiene excusa, porque el sol de la verdad ha brillado para él con todo su brillo, y ha cerrado voluntariamente los ojos á la luz.

¿Cuán dulce es pensar que el alma de la Iglesia comprende á todos aquellos que están de espíritu y de corazón con Dios y con Jesucristo; todos aquellos que dicen implícitamente, si no explícitamente, de corazón, si no de boca: «Santificado sea el tu nombre. Venga á nos el tu rei-

no. Hágase tu voluntad.» Porque en esto está, propiamente hablando, el secreto y la ciencia de la salvación.

Aun más, la Iglesia formula anatema contra el que enseña que se puede ser condenado por no haber podido conocerla; que, por consiguiente, la ignorancia invencible es una causa de condenación; que la fe es la primera de las gracias; que fuera de la Iglesia Dios no concede ninguna gracia, etc., etc. *Proposiciones condenadas de Bayo.* VERDADERAS

En círculo, la doctrina de la Iglesia es la doctrina de su Pablo: «Dios premiará á cada uno según sus obras. Dará la vida eterna á los que en las buenas obras buscan la gloria, el honor y la incorruptibilidad. Honor, gloria y paz á todos aquellos que practican el bien, á los judíos, á los gentiles, etc., etc.; porque Dios no hace excepción de nadie... El que haya pecado sin la ley será juzgado sin la ley. Los que hayan pecado bajo la ley serán juzgados por la ley. La ira de Dios estallará contra aquellos que, habiendo conocido de Dios lo que de Dios puede descubrirse por el conocimiento que de El nos da la naturaleza, no le han glorificado, sino que se han perdido en vanos razonamientos» (*Epíst. á los Romanos*, 1, 2.)

Luego evidentemente la máxima: Fuera de la Iglesia no hay salvación, absolutamente verdadera, dogmáticamente hablando, se traduce, en la aplicación, por una cuestión de intención y de buena fe. Y la tolerancia de la Iglesia va tan lejos como la verdad, como la justicia, como la razón. Va aun más lejos; porque, después de haber proclamado que la máxima solo alcanza á aquellos que están voluntaria ó intencionalmente fuera del alma de la Iglesia, si la preguntáis quiénes son los que por el vicio de sus intenciones están fuera de la Iglesia y de la salvación, se abstendrá de responderos. Si la instáis á que os señale, en todo el universo y en todo el transcurso de las edades, un solo hombre que se haya ciertamente condenado, solo os nombrará á Judas. Si la preguntáis la razón de esta tolerancia excesiva, os dirá un célebre orador: «Cual-

quiera que haya sido la patria, la religión, la conducta de un hombre, ante su alma, en el umbral de la eternidad pasan misterios divinos de justicia sin duda, pero también de misericordia y amor.»

Se dirá tal vez: Esta doctrina es muy bella, pero la Iglesia la desmiente con su conducta; ¿no lanza todos los días excomuniones? ¿no formula anatemas contra los infieles, los herejes, y aún contra sus propios hijos?

La excomunión no es de ningún modo un juicio de condenación, y el anatema en manera alguna una maldición. Los rayos de la Iglesia sólo hieren al hombre en el tiempo, y no pasan el umbral de la eternidad. No son lanzados contra el pecador para que perezca, sino para que se convierta y viva.

¿No cierra la entrada de sus iglesias, no rehusa las oraciones y la sepultura eclesiástica á los que no han querido reconciliarse con ella? Las oraciones públicas sobre el féretro, la sepultura eclesiástica, son señales exteriores de religión, rechazadas por el infortunado que se separa libremente del cuerpo de la Iglesia. Si el sacerdote cierra al escándalo la puerta de la iglesia, se arrojaba y ora dentro con fervor y lágrimas por los que fuera le maldicen y por aquel que hace servir sus restos para excitar el odio y el desprecio de la religión. Perdería el día en que constituese en no hacer de sus pompas más que un aparato teatral.

¿Cuán vengado está hoy! Los mismos hombres que querían forzar las puertas de sus iglesias para introducir con estruendo en ellas á los desgraciados que morían renegando la fe con sus blasfemias ó sus obras, se condenan hoy con más estruendo todavía á la sepultura civil, á la ocultación bajo la tierra. En otro tiempo odiaban á la Iglesia, hoy hacen peor que odiarla, la desprecian y quisieran aniquilarla. Parecen todavía querer confiar sus cadáveres á la bendita tierra de los cementerios cristianos, pero presto serán los primeros en exigir que en los cementerios no aparezca ninguna señal religiosa. Se habrán men-

hido á sí mismo, se habrán excomulgado á sí propios. La reparación será consumada. Pero ni aun entonces la Iglesia les condenará. Exclamará con san Pablo: «Ha caído, pero no es imposible que se levante; porque Dios es bastante poderoso para levantarle.» *Tu quis es, qui judicatis servum alienum? Dominus suo stat aut odit. Stabit autem: potens est: exim Deus statuere illum.* (Epist. á los Roman.)

Pero, dirán, pues que se pueden salvar fuera de la Iglesia, la Iglesia no es necesaria, la mediación de Jesucristo no es indispensable. Hablar así sería una blasfemia. Porque la buena fé no excusa solamente de estar fuera de la Iglesia, hace que no se esté fuera de ella y que se pertenezca á su alma; pues que la Iglesia abraza en su sociedad á todo hombre, católico, judío ó gentil, que honra á Dios según todo lo que de El sabe ó puede saber. Es una verdad fundamental de la fé que Jesucristo, cordero inmolado, dice san Juan, desde el origen del mundo, ha muerto por todos los hombres sin excepción, en todos los tiempos y lugares, de suerte que se puede decir que todos los hombres pertenecen á Jesucristo y son cristianos. San Agustín no ha vacilado en decir: «La misma cosa que se llama ahora religión cristiana existía entre los antiguos y jamás ha dejado de existir, desde el origen del género humano hasta que, habiendo venido en la carne el mismo Jesucristo, se ha comenzado á llamar cristiana la verdadera religión que existía antes.» (*Retract.*, lib. 1, c. xiii, p. 3.) De lo cual san Justino deduce esta tan consoladora conclusión: JESUCRISTO, EL HIJO ÚNICO, EL PRIMER NACIDO DE DIOS, ES LA SOBERANA RAZÓN de que todo el género humano participa. Todos aquellos, pues, que han vivido conforme á esta razón son cristianos, aun cuando se les acusara de ser ateos. Todos los hombres que han vivido y viven según la razón (ignorando invenciblemente la ley evangélica son verdaderamente cristianos y están al abrigo de todo temor. Al contrario, los antiguos que no han arreglado su vida sobre las enseñanzas del Verbo y de la razón eterna, sólo estos son excluidos del cielo.

Pero si la razón y la ley natural bastan, si son todo el Verbo de Dios hablando á nuestra inteligencia y á nuestro corazón por las criaturas y las tradiciones sociales, ¿por qué pedis más al cristiano? ¿Por qué le sujetais á creencias más misteriosas y á prácticas más austeras?

La religión natural es el Verbo de Dios, pero no es todo el Verbo de Dios. Iluminando las inteligencias que vienen á este mundo, el Verbo divino no se ha privado de otras revelaciones más explícitas, de hacerse hombre, de habitar entre nosotros, de mostrarse lleno de gracia y verdad, de proponernos artículos de fé, de confirmar los preceptos antiguos, de darnos otros nuevos, de imponernos la fé en sus misterios, la obediencia á sus mandamientos, por austeros que sean.

Esta doble obligación constituye toda la esencia del cristianismo.

El pagano que pudo ser salvado, porque era fiel á la religión natural, porque estaba en disposición de buscar la verdad y seguirla tan pronto como se le apareciese, si después de haber conocido la Revelación rehusare seguirla, permaneciendo lo que era, no estaría evidentemente en la misma buena fé, y la religión natural no bastaría para salvarle.

Lo que decimos del pagano y del judío se aplica al hereje respecto al catolicismo, y al católico de nombre respecto á la fé viva y práctica.

Todos nosotros somos excusables cuando estamos en el error involuntario, en la ignorancia invencible, en la buena fé. Pero en el momento que rehusamos abrir los ojos á la luz de una verdad más completa, si no hacemos ningún esfuerzo para acabar de conocerla y abrazarla, los lazos que nos unen á Jesucristo y su Iglesia se rompen, y nuestra salvación queda gravemente comprometida. «Si yo no hubiese venido, dijo Jesucristo, y no hubiese hablado, no tendrían el pecado que tienen, pero ahora no tienen excusa de su pecado. Si yo no hubiese hecho entre ellos las obras que ningún otro ha hecho, no tendrían el pecado

que tienen, pero ahora las han visto y me han odiado á mí y á mi Padre.»

Jesucristo, el Salvador por excelencia, hubiera, pues, venido para perdernos, pues que sin Él seríamos excusables, y por Él nos hemos convertido en culpables de pecado. Esto es un solisma. La sabiduría eterna, revelándose más completamente en su Encarnación y en su Iglesia, sólo se ha propuesto un desiguio de bondad. Ha querido hacernos más fácil el acceso á ella, más explícita la fé y más cómoda la virtud. Nos ha proporcionado socorros más poderosos, sin los cuales muchos hubieran permanecido en el desorden; ha vuelto buenos á los malos y perfectos á los buenos; ha hecho hacer á la pobre humanidad progresos evidentes en la verdad y la santidad; la ha dado un valor moral inmenso. Si un gran número se ha obstinado en hacerse más culpable, no es una falta del Bienhechor. Es absolutamente cierto que el número de hombres que se han asegurado la dicha eterna, natural ó sobrenatural, por la simple práctica de la religión natural, con el socorro de la gracia que Dios concede superabundantemente á todas las criaturas, será infinitamente pequeño en comparación de los que han llegado al cielo por su fidelidad sincera á las enseñanzas y preceptos de Jesucristo. Pero la libertad y la justicia exigían imperiosamente que Jesucristo fuera á la vez principio de resurrección y de ruina. *Positus est hic in ruinam et resurrectionem multorum.*

Pero si la revelación evangélica es un tan gran beneficio, ¿por qué todos los hombres no son llamados efectivamente á ella? Lo son. Y para hacerlo comprender mejor, emplearé el lenguaje del R. P. Faber, uno de los más ilustres convertidos de Inglaterra: «Es dulce pensar en la red de amor con que Dios á cada instante circunda á cada alma que creó sobre la tierra. Si ponemos ante nuestra vista el mundo con su geografía pintoresca, con los caprichosos dentellones de sus costas, las prolongadas corrientes de sus fecundas riberas, sus inmensas planicies, sus

vastos bosques, las cadenas de sus cerúleas montañas, nuestro corazón se dilatará, viendo en la creación las primeras mallas de la red de amor con que Dios envuelve á cada alma humana. Todos, el negociante europeo, el silencioso oriental, el aventurero americano, el grueso hoteletista, el pintado salvaje de la Australia, el feroz malayo, todos le tienen á su lado. Obra con cada uno de diferente manera, pero siempre con ternura, indulgencia, generosidad y prodigalidad. Las diferencias entre ellos son innumerables, pero son menos múltiples que las transformaciones de su incesante afección. La biografía de sus almas es una milagrosa historia de la bondad de Dios. Si nos loera dado como lo es probablemente á los bienaventurados, leer estas conmovedoras historias, nos enseñarían casi una nueva ciencia de Dios, ¡tantas luces inesperadas y relumbrantes arrojarían sobre sus diversas perfecciones! La veríamos abrazar hasta el más feroz de los idólatras con los lazos de su amor. La veríamos ocuparse de la perversidad más brutal, del más fanático error, de la más estúpida insensibilidad, y disponer todas las cosas en su favor con la excesiva delicadeza de su amor creador. Pero hay cierta cosa tan admirable y tan aterradora en el torrente de divina luz y en el vasto océano de eterna predilección con que inunda á su Iglesia, que todo lo que está fuera de ella parece oscuro á los ojos deslumbrados por el brillo de su magnificencia. Nos ciega hasta el punto que no podamos reconocer que las pretendidas tinieblas son una verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.» (FABER, *la Creación y el Creador*, t. xxv, c. III.) SI, sin dudar, sólo EL CUERPO, LA SOCIEDAD VISIBLE DE LA IGLESIA, depositaria de los medios de santificación, poseyendo en su enseñanza infalible, en sus Sacramentos, en su gobierno espiritual, los instrumentos ordinarios de la salvación de los hombres, es el POZO DE AGUA VIVA, el paraíso lleno de sabrosos frutos donde las almas se empapan y alimentan, sin temer jamás el hambre y la sed.

Pero ¿cuántos seres racionales vagan en torno de este jardín cerrado, y viven de los perfumes que se exhala de él bajo el soplo del Espíritu Santo? ¿cuántos reciben por infiltraciones misteriosas algunas gotas de la sangre redentora, y pertenecen así AL ALMA DE LA IGLESIA? Dios lo sabe.

En resumen: todos los hombres están en la Iglesia, en la sociedad de Dios y de su Verbo por la redención, cuyo objeto han sido, cuando aceptan el beneficio, hacen todo el bien que deben hacer y se adhieren a toda la verdad que pueden conocer. De suerte que sólo todos los que, á sabiendas y sistemáticamente, permanecen más atrás de la verdad religiosa cuyo punto de partida está en la ley natural y cuyo apogeo en la ley evangélica, en la santa Iglesia católica, apostólica, romana, son excluidos de la salvación.

Probemos, en fin, que esta vez también, como siempre, la iniquidad se ha mentido á sí misma; que los falsos apóstoles de la tolerancia universal, los más exaltados adversarios de la pretendida intolerancia de la Iglesia, han sido los hombres más intolerantes. Sólo citaremos, dos, Rousseau y Lutero, pero podríamos citar otros mil.

Rousseau ha llegado á decir: «Si alguno da á entender que no cree en la religión del país, sea condenado á muerte.»

Lutero parece ser el eco de los infiernos cuando escribe: «Las almas piadosas que practiquen el bien para ganar el reino de los cielos, no solamente no lo alcanzaran jamás, sino que aun es preciso contarlas entre los impíos. Es más urgente prevenirse contra las buenas obras que contra los pecados... Todas las cosas acontecen por la eterna voluntad de Dios, que destruye el libre arbitrio... Dios crea en nosotros así el mal como el bien. La más alta perfección de la fe es creer que Dios es justo, aunque nos hace necesariamente condenables por su voluntad, y aunque parece complacerse en los tormentos de los desgraciados... Dios os place cuando corona á los indigentes, es

necesario que os plazca cuando condena á los inocentes. Este es el verdadero Evangelio y una inspiración que me ha dado el Espíritu Santo. El emperador, el papa y todos los diablos no osarían innovarlo.» (Lutero, *De libero arbitrio*, edit. de Jena, tomo II, folio 170.) Y es el de los ilustrados gobiernos que se glorian de ser luteranos. Y por compensación hacen una guerra á muerte á la santa Iglesia de Jesucristo.

Calvino no era menos inhumano: «Todos los hombres no son creados en la misma condición; los unos son destinados de antemano á la vida eterna, los otros á la condenación eterna.» (*Inst.*, lib. XVI, c. XXI, n.º 5.) Sin duda para honrar á su héroe, la Suiza calvinista persigue hasta el exceso y destierra á los inofensivos ministros de la Iglesia católica.

Y ¡qué irritante injusticia que se venga á proscribir, bajo pretexto de intolerancia, la sola Iglesia, á la cual desde hace diez y ocho siglos los judíos, los emperadores romanos, los reyes bárbaros, los emperadores de Alemania, todas las herejías conjuradas, la filosofía, la revolución, etc., no han cesado de gritar: ANJURA Ó MURERE!

LA IGLESIA Y LA CIVILIZACIÓN.—He querido que esta gran tesis fuese defendida y ganada por Su Eminencia el cardenal Pecci, entonces obispo, hoy Su Santidad Leon XIII. Comienzo, pues, el rápido resumen de su bella carta pastoral para la Cuaresma de 1877:

«Si se ridiculiza la palabra de Dios y de aquel que le representa sobre la tierra, es, dicen, la civilización la que pide. Es la civilización la que quiere que se reduzca el número de iglesias y que se multipliquen al contrario los lugares de pecado. Es la civilización la que pide teatros sin gusto y sin pudor. En nombre de la civilización se quita todo freno á la usura más desvergonzada y á los lucros deshonestos. También en nombre de la civilización una prensa inmunda corrompe los espíritus, y el arte prostituyéndose mancha los ojos con infames imágenes,

y abre el camino á la corrupcion de las costumbres. A la sombra de una palabra engañosa que se levanta como una bandera venerable, el producto emponzoñado circula libremente, y en medio de los aturdiradores rumores, del trastorno de las ideas, parece admitido que si la civilizacion no progresa más rápidamente, que si no alcanza más altos destinos, es por causa de nosotros. Este es el origen de lo que se quiere llamar la LUCHA DE LA CIVILIZACION, pero que más bien se debiera llamar la opresion violenta de la Iglesia. No os admireis, pues, si discurremos largamente y con preferencia á todo otro objeto sobre esta civilizacion, de modo que os probemos, por pruebas evidentes, que todo el bien cuya expresion es esta civilizacion, nos ha venido en lo pasado de manos de la Iglesia, y que solamente por sus cuidados maternales nos será conservado en lo porvenir...

«Es una verdad efectivamente que el hombre, viviendo en sociedad, debiera ir perfeccionándose bajo el triple punto de vista del bienestar físico, de las relaciones morales con sus semejantes y de las condiciones políticas. Los diferentes grados de este desarrollo sucesivo que alcanzan los hombres reunidos en sociedad, constituyen la civilizacion. Esta civilizacion es naciente y rudimentaria, cuando las condiciones en las cuales se perfecciona el hombre bajo este triple punto de vista, están poco desarrolladas. Es grande cuando estas condiciones son amplias. Seria completa, si todas estas condiciones fuesen colmadas.

«Es verdad que la civilizacion no puede dar sus frutos en una sociedad que vive del espíritu de Jesucristo, y en medio de la cual la Iglesia católica hace oír su voz de Madre y Maestra?...

«Es verdad que en la Iglesia, y siguiendo sus enseñanzas, el hombre es impedido de llegar, bajo el aspecto del bienestar físico, al grado de civilizacion que le seria posible alcanzar, si fuese libre de todo lazo y de toda dependencia de la Iglesia?...

«¡Ah! cuán fácil nos es responder aquí por las bien conocidas palabras de un escritor no sospechoso de parcialidad por la Iglesia! «Cosa admirable! la religion cristiana, que parece no tener otro objeto que nuestra dicha en la otra vida, asegura tambien nuestra felicidad sobre esta tierra.» (MONTESQUIEU, *Esprit de las leyes*, XXIV. m.)

«Considerase como un origen de prosperidad el trabajo de donde dimanaban las riquezas públicas y privadas, los perfeccionamientos de la materia y los descubrimientos ingeniosos. Pues bien, el trabajo, ya se le considere bajo su forma más humilde, que es el trabajo manual; ya bajo la más noble, que es el estudio de la naturaleza para conocer las fuerzas de ella y aplicarlas á los usos de la vida, ¿quién lo ha animado más que la religion de Jesucristo, la cual se conserva pura é inalterable en la Iglesia? El trabajo ha sido despreciado y lo es todavía allá donde el cristianismo no extiende su benéfico imperio. Aristóteles lo proclamaba bajo; Platon le aplicaba el mismo epíteto. Los obreros, que fueron siempre por parte de la Iglesia el objeto de solicitudes tan afectuosas, ni aun eran mirados por los griegos como dignos del nombre de ciudadanos; eran casi relegados al rango de esclavos. Ciceron despreciaba el trabajo hasta tal punto, que consideraba á los trabajadores y á los jornaleros como bárbaros y gentes de nada. Terencio, letrado ilustrado y fiel de las ideas que eran recibidas y tenían curso en la Roma de su tiempo, da á comprender que para ser respetado y honrado se tenia que llevar una vida ociosa y no estar obligado á trabajar para vivir. Juvenal nos enseña cuál era la ocupacion más querida de los romanos libres: «Humillarse ó ser insolente con los ricos, para obtener de ellos el pan y las diversiones sanguinarias.»

«En nuestros días vemos perpetuarse la misma antipatia en los pueblos privados de la luz del Evangelio. En la India, un brahmin, esto es, un hombre perteneciente á la casta más alta, creeriase manchado, si solamente tocase un paria. Los salvajes de la América del Norte se ab-

hacen del trabajo, que imponen á sus mujeres, tratadas como esclavas ó animales de carga.

«Por confesion de una revista demasiado famosa, *La Revista de ambas Mundos* (tomo lxi, p. 70), aun en medio de nosotros, que hemos llegado á tan gran cultura, el trabajo no es honrado apenas más que por palabras; y mientras que casi todos se inclinan ante el rico, apenas se hace buena cara á aquellos cuyas manos se encallecen al contacto de los instrumentos de trabajo.

«Este estado de cosas desapareció desde que se dejó sentir en el vasto cuerpo de la sociedad el soplo de la religion cristiana.

«Desde luego fué el trabajo honrado como una dignidad sobrehumana, porque Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, quiso ser sometido á un pobre artesano de Galilea, porque El mismo, en el taller de Nazareth, no se avergonzó de manejar con su bendita mano los instrumentos del aprendiz y del obrero.

«Al trabajo quisieron pedir los Apóstoles, enviados por Jesucristo, el sustento de su vida, á fin de no ser una carga para sus hermanos, y aun de poder socorrer á los indigentes.

«Mas tarde los Padres de la Iglesia parece no encuentran palabras con que responder á su vivo deseo de recomendar y glorificar el trabajo; lo estiman al más alto precio. San Ambrosio y san Agustin lo exaltan por su utilidad. San Juan Crisóstomo afirma que el trabajo, además de que nos es impuesto como una expiacion, es tambien necesario para fortificar nuestra naturaleza moral. Sólo el trabajo permite al hombre no solamente bastarse á sí mismo, sino tambien acudir en ayuda de sus semejantes. Los monjes del Occidente y del Oriente consagrados particularmente al trabajo y más especialmente á la agricultura, vivieron en seguida á introducirse en la sociedad, á prestar un glorioso y poderoso concurso al bienestar comun. Estos hombres, que se reunian bajo la disciplina de la Iglesia, vivian en tiempos bárbaros y de revueltas, en una

época en que nadie tenia gusto en trabajar, y en la cual quien tenia un brazo robusto pensaba no poderlo emplear mejor que poniéndole al servicio de algun aventurero rapaz, para sembrar por doquiera la ruina y la muerte. Y sin embargo, á pesar de estas condiciones desastrosas, se esparcieron por Europa, que estaba convertida en un desierto, y cambiaron su aspecto, cubriéndola de ricos y florecientes cultivos. ¡Qué ejemplo tan eficaz y provechoso daban estos hombres que, contentos con un pobre vestido, satisfechos de un alimento que bastaba para preservarles de la muerte, suspendian la oracion para ir al campo á desbrozar con el arado la tierra, á la cual confiaban una semilla que en el tiempo de la cosecha debía suministrar pan á los pobres, á los peregrinos, á países enteros! Hacian, además, los mayores esfuerzos para abrir caminos y arrojar puentes, á fin de que las comunicaciones de un país con otro fuesen más cómodas, y el comercio llegase á ser más fácil y seguro. ¡Qué ventajas ha reportado la sociedad de la experiencia de estos hombres que, multiplicando sus trabajos y sus ensayos con una paciencia que nada cansaba, y poniendo sus fuerzas y sus luces en comun, habian logrado desaguar los pantanos, contener por medio de dignos los rios, recoger las aguas dispersas para hacerlas servir de riego de las colinas y de los valles, y esto de una manera tan ingeniosa, que, segun la autoridad de un ilustre historiador, los mismos modernos, á pesar de los progresos de las ciencias naturales, tendrian que recibir algunas lecciones de estos antiguos habitantes del claustro!

«Las artes mecánicas y las bellas artes no tuvieron asilo más seguro ni mejor campo para desarrollarse que las iglesias, los palacios episcopales, los monasterios, en los cuales las primeras se debastaron y las segundas arrojaron las luces que más tarde debian convertirse en un esplendor maravillosamente brillante.

«La sociedad en Italia jamás se ha elevado más alta en su vuelo hácia la civilizacion que cuando era animada

por un soplo cristiano, y envuelta toda entera en una atmósfera católica. Venecia, Génova, Pisa, Luca, Florencia y los otros concejos y provincias italianas, mientras fueron respetuosas con la autoridad de la santa Iglesia y llenas de fe, como lo giesliguan las magníficas basílicas y las tan numerosas instituciones de la piedad cristiana, tuvieron un poder que, en atención á los tiempos y á los medios imperfectos de esta época, excedía al de las naciones modernas más florecientes. La Jonia, el mar Negro, el Africa, el Asia; eran el teatro de las relaciones comerciales y expediciones militares de nuestros antepasados. Hacían importantes y fecundas conquistas, y mientras que por de fuera ondeaban sus banderas rodeadas de temor y honor, en el interior no permanecían inactivos; cultivaban las artes y el negocio, acrecentaban por todos los medios honestos la riqueza pública y privada. Las industrias de lana, seda, platería, vidrios pintados, papelería, en Florencia, Pisa, Bolonia, Milan, Venecia, Nápoles, suministraban á millares y millares de obreros un trabajo lucrativo, que atraía á nuestros mercados el oro y el concurso de los extranjeros.

«Pero la Iglesia no solamente tiene el mérito indiscutible de haber ennoblecido y santificado el trabajo, no solamente ha tenido la gloria de haber impelido á hacer á la sociedad, conducida á inspirada por ella, rápidos pasos en los caminos de la civilización; tiene un mérito más noble, una gloria más pura todavía; es haber contenido á los hombres en una medida razonable, y haber impedido que esta medida no fuese traspasada por un amor excesivo al lucro, de modo que convirtiéndose en un origen de opresión bárbara lo que, practicado con discreción, es un medio de procurarse ventajas apetecibles y una honrada prosperidad...

«Las escuelas modernas de economía política consideran el trabajo como el fin supremo del hombre, y en el mismo hombre sólo ven una máquina más ó menos preciosa, según es más ó menos *productiva*. De ahí el des-

precio con que se considera la moralidad del hombre. De ahí este indigno abuso que hacen de la pobreza y de la debilidad los que quieren explotarla en su provecho. ¡Qué de llantos y qué solemnes quejas no habreís llegado á oír, aun en los países que son reputados por estar á la cabeza de la civilización, con motivo del número exagerado de horas de trabajo impuestas á los que deben ganar el pan con el sudor de su frente, con motivo de estos pobres niños amontonados en los talleres, en que enferman por causa de demasiado precoces fatigas!...

«A fuerza de tener á los hombres encadenados á la materia, sumidos, absorbidos en ella, se ha hecho desvanecer la vida del espíritu, y estas pobres víctimas del trabajo vuelven á ser paganas...

«Uno se pregunta verdaderamente si estos partidarios de la civilización separada de la Iglesia y sin Dios, en lugar de hacernos progresar, no nos hacen retroceder muchos siglos, volviéndonos á esos tiempos deplorables en que la esclavitud encadenaba una tan gran parte de los hombres, en que el poeta Juvenal exclamaba con dolor que el género humano vivía para el entretenimiento de algunos ciudadanos...

«La Iglesia católica, al contrario, logra endulzar la amargura del trabajo, ó interrumpir su dolorosa continuación por el reposo del domingo y las solemnidades cristianas, que vienen de tiempo en tiempo á derramar una alegría religiosa en la vasta familia de los creyentes.

«Entrando en la iglesia á que le llama la voz de la religión, encuentra en ella delicias que en ninguna otra parte es dado encontrar; las armonías de los santos cánticos embelesan sus oídos; encántanse sus ojos con la vista de los mármoles preciosos, los ricos dorados, las elegantes ornamentaciones, la severidad de las líneas arquitectónicas; pero sobre todo su corazón está conmovido y purificado por las palabras del ministro de Dios, que le recuerdan su redención, sus deberes y sus esperanzas inmortales.

«Más cómo se siente el corazón traspasado, viendo los

domingos y los días de fiesta estos escándalos deplorables: las tiendas abiertas, los artesanos ocupados en sus habituales trabajos, las máquinas siguiendo funcionando, los negocios no abandonados; todos, en fin, privados de cuidar de los asuntos mucho más importantes del alma y de aplicarse al estudio de las verdades que deben llevarnos por los difíciles caminos del tiempo á los destinos ciertos y bienaventurados de la eternidad...

«La ciencia, á fuerza de estudios cotidianos y de hábiles experiencias, se ha apoderado de muchas fuerzas de la naturaleza que ó no eran conocidas del hombre ó escapaban á su dominación. Estas fuerzas empleadas con arte, con ayuda de máquinas ingeniosas, han hecho más rápida la producción, menos costosos los objetos producidos, y por consecuencia más fácil la satisfacción de las necesidades, menos dura la vida á aquellos que no pueden gastar mucho.

«Nada mejor que estos descubrimientos, pero los increíbles han querido servirse de estas nobles y pacíficas conquistas de la ciencia sobre la naturaleza como de un arma para herir á la Iglesia, como si estas conquistas hubieran sido hechas á despecho de ella y contrariando sus deseos...

«Pero en la Iglesia también, aliado del celo por la gloria de Dios, se enciende otro amor no menos poderoso: es el amor por el hombre, el ardiente deseo de verle restablecido en todos los derechos que le ha conferido el Creador...

«La palabra que resonó en la mañana de la creación: «Someted la tierra y dominadla», nunca ha sido revoçada. Si el hombre hubiese permanecido en el estado de inocencia y gracia, hubiera ejercido su dominación sin esfuerzo, la sujeción de las criaturas hubiera sido espontánea; mientras que ahora esta dominación es penosa, aceptando sólo el freno las criaturas forzadas por la violencia. Y la Iglesia, que es madre, no puede hacer más sino que esta violencia sea puesta en práctica, y que el hombre muestre que es verdaderamente el señor y el amo

de la creación. Y en realidad, este rey de las criaturas ejerce su derecho cuando, rasgando los velos que cubren sus posesiones, no deteniéndose en lo que cae ante sus ojos y en lo que palpa con las manos, entra en las mismas entrañas de la naturaleza, recoge los tesoros de fecundidad de las fuerzas que se encuentran en ella, y les hace servir en provecho suyo y en el de sus semejantes.

«¡Cuán bello y majestuoso aparece el hombre cuando alcanza al rayo y lo hace caer impotente á sus pies, cuando llama la chispa eléctrica y la envía mensajera de sus deseos á través de los abismos del Océano, más allá de las abruptas montañas, de las planicies interminables! ¡Cuán glorioso se muestra cuando ordena al vapor que se adhiera á sus espaldas como una especie de alas, y que le conduzca con la rapidez del rayo por mar y por tierra! ¡Cuán poderoso es cuando, por ingeniosos procedimientos, envuelve esta misma fuerza, la aprisiona y la conduce por senderos maravillosamente combinados para dar el movimiento y por decirlo así la inteligencia á la materia bruta, lo cual reemplaza de este modo al hombre y le evita las más duras fatigas! Decidme si no hay en él como una chispa de su Creador, cuando evocando la luz eléctrica la hace disipar las tinieblas de la noche y ornar con sus esplendores las dilatadas salas y los palacios. La Iglesia, esta madre afectuosa, que conoce todo esto, está tan lejos de quererle acarrear obstáculos, que á su vista al contrario fléñase de gozo y alegría...

«De otra parte, ¿qué razón podría haber para que la Iglesia estuviere celosa de los progresos maravillosos que nuestra edad ha realizado por sus estudios y descubrimientos? ¿Hay en ellos alguna cosa que de cerca ó de lejos pueda perjudicar las nociones de Dios ó de la fe cuya guardia y maestra infalible es la Iglesia? Bacon de Verulam, que se ilustró con el cultivo de las ciencias físicas, escribió que un poco de ciencia aleja de Dios, pero que mucha conduce á Él. Esta palabra de oro es siempre igualmente verdadera, y si la Iglesia se espanta de las rui-

nas que pueden causar los vanidosos que piensan haberlo comprendido todo, porque tienen un ligero conocimiento de todo, está llena de confianza en aquellos que aplican su inteligencia á estudiar seria y profundamente la naturaleza; porque sabe que en el fondo de sus investigaciones encontrarán á Dios, que en sus obras se deja ver con los atributos irrecusables de su poder, de su sabiduría, de su bondad...

«Tales son los pensamientos y los sentimientos de la Iglesia. ¿Por qué, pues, luchar contra ella? ¿Con qué objeto organizarán la lucha? ¿Para arrojar los hombres en el agotamiento de un trabajo tomado como fin supremo, adoptado como un instrumento para elevarse sobre todas las inclinadas cabezas de los otros hombres y sobre sus cuerpos pisoteados? ¿Luchar contra la Iglesia! pero ¿por qué esta lucha? ¿Para confiar el pueblo á las manos de una bondad incierta y fatalmente impotente, arrancándolo del seno de la religión, que inspira y vivifica los prodigios de la caridad divina? ¿Luchar contra la Iglesia! Pero ¿por qué esta lucha? ¿Para borrar la gloriosa historia de la civilización cristiana, y restaurar una civilización que sólo tuvo bastante brillo y esplendor para permitir que percibiese mejor con su luz las anchas heridas que el hombre tenía en el corazón?... Porque sabese bien que no es la civilización verdadera, la cual brota como una flor de las raíces del cristianismo, la que ha sido condenada por el Soberano Pontífice, sino esta cosa bastarda que sólo tiene de civilización el nombre, y que es la enemiga pérfida é implacable de la civilización legítima...

«La ciencia, en sí misma, lejos de ser maldiciada por la Iglesia es favorecida por esta. Hay, sin embargo, una que dice con satánico orgullo: «La razón humana es, sin tener cuenta alguna de Dios, el único árbitro de lo verdadero y de lo falso, del bien y del mal; en sí misma posee su ley, que basta por sus fuerzas naturales á procurar la dicha de los hombres y de los pueblos.»

«Y bien, los hechos están aquí para demostrar á dónde

nos ha conducido esta lucha insensata emprendida contra la Iglesia en nombre de la civilización. De una parte vense multitudes á las cuales se ha quitado toda esperanza del porvenir, todo alivio llevado á infortunio por la fé, y que no se pueden recoger en ninguna parte los goces de la tierra, demasiado pobre por sus codicias y demasiado pródigo de miserias y contrastes; de la otra un corto número de hombres á quienes sonríe la fortuna, que no tienen encendida en su corazón la menor chispa de caridad, ocupados solamente en atesorar y gozar. De una parte, hombres estremeciéndose de desesperación, que parecen convertidos en salvajes; de la otra, goces obscenos, danzas y costumbres púgnas que excitan la indignación del pobre abandonado y provocan los castigos divinos. Ved, pues, lo que nos ha dado, ved lo que nos promete esta guerra declarada á la Iglesia, en nombre de la civilización, pero destinada á sumirnos en los errores de la barbarie.

«¿Quién podría negar que el fruto de la civilización debiere ser el mejoramiento de las costumbres, el ennoblecimiento y la purificación de las almas, la cortesía de los modales, la dulzura y la generosidad de las relaciones privadas, domésticas, civiles y políticas? Nadie seguramente querrá negar que el hombre es, no solamente capaz de perfección, sino que está obligado á perfeccionarse; y nadie tendrá el valor de no reconocer los progresos hechos en esta camino. Todo el mundo creo conviene en esto; pero el desacuerdo renace cuando cierto partido presenta este mejoramiento como incompatible con el cristianismo, ó lo que viene á ser lo mismo, con el magisterio de la Iglesia, hasta tal punto que se organiza la lucha para aniquillarla, como si fuese un peligro y un obstáculo para el progreso que se desea... Y sin embargo, por la constante acción de la jerarquía católica ha sido fundada la civilización forzosamente llamada cristiana, nombre que la está tan sólidamente unido, que ni aun los esfuerzos de nuestros tiempos han podido lograr separarlo

de ella, de tal suerte que hablar de civilización es suponer en esta palabra el epíteto de cristiana...

«Nosotros no tenemos esta llaga mortal de la esclavitud, que condenaba á más de dos tercios de la especie humana á una vida de penosos esfuerzos y de indecibles ultrajes; este estado de cosas ha sido reformado por la Iglesia con tanta constancia como sabiduría.

«No se usen ya entre nosotros los sangrientos juegos en que se degollaban centenares de desgraciados, en que tantos otros eran arrojados como pasto á las bestias feroces para distraer á los ociosos y hacer más ardiente su sed de sangre; páginas degradantes que ha cerrado para siempre la sangre del mártir cristiano.

«No hay ya en nosotros el odio profundo al pobre, que la religión ha transfigurado por la luz de Jesucristo.

«No tenemos los divorcios fáciles, las tiranías maritales, el envilecimiento legal de las esposas.

«Es menos difícil perfeccionar las cosas que existen ya, que crearlas completamente. ¿Por qué, pues, declarar ahora que la Iglesia ha perdido el derecho de animar con su soplo la obra de la civilización, y pretender que no es apta para dirigir las almas en los caminos del progreso moral y en sus últimas evoluciones? ¿Acaso será verdad que hoyan disminuido las fuerzas de la Iglesia, y que haya perdido esta abundancia de juventud y vida que abundó hasta en el orden civil, derramándole los beneficios que nos cuenta la historia y que contemplamos con nuestros propios ojos?..

«El apóstol san Juan hace notar que todo lo criminal y propio para causar su ruina que hay en el mundo se reduce al exceso de los gozos bestiales, á la concupiscencia y al orgullo, que no quiere sufrir ningún freno.

«Pues bien, para restablecer el orden en el hombre, ¿qué medios emplea la Iglesia, conforme á la moral enseñada por Jesucristo? Abrió con este objeto los Libros santos ó su sublime resumen, que es nuestro *Catecismo*.

«A los que se dejan arrastrar por los atractivos de los

sentidos recuerda que aun se deben privar de una mirada, de un mal pensamiento, de un deseo.

«Al hombre á quien atormenta la sed del oro es dicho igualmente que la avaricia es una esclavitud, y que no se puede servir al mismo tiempo á Dios y al dinero.

«En fin, el orgulloso es ordenado que humille su soberbia, que tome del niño su ingenua sencillez para entrar en el reino de los cielos...

«Preparado así el individuo y siendo vencidas sus abyectas pasiones, causa de todo desorden, la Iglesia, sin apartarse una línea de las lecciones del Salvador, se consagra á introducir el orden en las relaciones mutuas.

«Lo que desde luego se presenta á nuestra consideración es el muy firme fundamento que pone para mantener duraderas estas relaciones y para hacerlas infaliblemente provechosas á la verdadera civilización. Este fundamento es la *caridad*, que, fuera del cristianismo, ni aun es conocido su nombre, ó es conocida en sentido completamente diferente del que le damos. Lo que el mundo ha ganado y gana todavía en esta escuela de amor inefable nosotros lo sabemos: el respeto al hombre aunque sea pobre, aunque sea de condición baja y despreciable, el perdón fácil y sincero de las almas después que han sufrido sangrientos ultrajes, las venganzas disminuidas ó hechas imposibles porque son severamente juzgadas por nuestra propia conciencia y la de otro, la equidad forzada á mitigar los rigores del derecho, las fatigas y las privaciones aceptadas alegremente con el objeto de procurar la suavización de la condición del pobre, del obrero honrado, del huérfano, del anciano. Ved los hechos palpables que saltan á la vista, y la más ligera reflexión basta para descubrir su origen, el cual evidentemente no es otro que la moral de Jesucristo enseñada por la Iglesia. ®

«Los que quieren sustituir una civilización completamente humana á la que sé ha levantado á tan gran altura, gracias á la acción y al trabajo de la Iglesia, ¿han obtenido por sus tentativas una sola de estas ventajas morales?...

¿Son un indicio de suavización de las costumbres y de los caracteres esta envidia y afrenta que invaden é inundan cada día más y más el corazón de aquellos que están desprovistos de los bienes de la tierra contra los que son ricos? ¿Se tiene que ver una prueba de sentimiento de fraternidad sincera en los estremecimientos de tigre, en las amenazas de incendio y de muerte que hieren sin cesar nuestros oídos?

«Pero apartemos nuestras miradas de estas señales de una barbarie naciente, para fijarlas con dicha y plazco al cielo que sea con fruto para las almas, sobre las influencias saludables que posee la moral cristiana para santificar y hacer prósperas todas las sociedades humanas.

«La primera y la más importante es la *sociedad conyugal*, de la cual nace primero la familia, y que crea en seguida la sociedad civil.

«Gracias á la Iglesia, el matrimonio, despues de largas ignominias, apareció coronado de una diádemá real. Transformado de este modo, no podía menos de convertirse en una fuente de insigués ventajas para la misma civilización... Dados esposos atentos de una parte á secundar los designios de Cristo y de otra á ejercer el ministerio maternal de la Iglesia, y entonces la civilización será salvada: los hijos que saldrán de los hogares domésticos para poblar la tierra llevarán profundamente grabados en su corazón las máximas de justicia que son las bases de la sociedad civil; estarán acostumbrados por una sabia educación á guardar la disciplina, á respetar la autoridad y á observar las leyes equitativas. En manos de estos padres se formarán caracteres enérgicos y firmes, que no se inmutarán ni se dejarán ganar por los vientos de las doctrinas mudables. En estos hogares domésticos santificados por la fe y por los ejemplos de los padres, los hijos tendrán la dicha de aprender á llevar á la sociedad la humanidad de los sentimientos, la lealtad de las relaciones, la constancia en guardar la palabra dada, etc...

«¿Y no es en verdad un atentado contra la civilización abrir la puerta al divorcio, consecuencia inevitable y fatal del matrimonio profanado? ¿No es emponzoñada la civilización, cuando el matrimonio, despojado de su esplendor y de su majestad religiosa, es abandonado á las manos de malvados obscenos, que, bajo el pretexto de la libertad y de la instabilidad de la naturaleza, vienen con impudencia y egoismo á hablarnos de ayuntamientos temporales ó, para hablar sin eufemismo, de gozes brutales? En estas condiciones los pobres hijos expondríanse, privados de la mirada maternal, á perecer antes de tiempo, como flores que no vivifican los rayos del sol, ó crecerían sin dirección asegurada, sin sólidos vínculos de afecto que los uniesen á la familia y por la familia á la patria. Y para hacernos gozar de una tal civilización, los enemigos de la Iglesia han emprendido su famosa lucha...

«Las ventajas que la civilización reporta de las doctrinas por las cuales la Iglesia ordena las relaciones de los hombres en la más amplia de las sociedades, la sociedad civil, son no menos considerables. El poder, dice la Iglesia, viene de Dios. Pero si el poder viene de Dios debe reflejar la majestad divina para aparecer respetable, y la bondad de Dios para ser aceptable y dulce á los que están sometidos á él. Cualquiera que tenga en sus manos las riendas del gobierno, sea un individuo ó una persona moral, haya recibido el poder por elección ó por nacimiento, en el seno de un estado democrático ó de una monarquía, no debe buscar en el poder la satisfacción de su ambición y el vano orgullo de estar sobre todos, sino al contrario el medio de servir á sus hermanos, como el Hijo de Dios, que no vino para hacerse servir, sino para servir á los otros. Palabras, máximas bien cortas, pero en las cuales no obstante está encerrada la más dichosa y la más consoladora transformación del poder que se puede desear... El poder que depende de las enseñanzas cristianas es modesto, laborioso, atento á favorecer el bien, detenido por el pensamiento de que, en el juicio final, son reservados castigos

á aquel que habrá gobernado mal... Si el poder saca de Dios su razón de ser, su majestad, su solicitud en procurar todo bien, es imposible creer que pueden rebelarse contra él, porque sería rebelarse contra Dios. La obediencia del súbdito debe ser franca y leal, debe proceder de un sentimiento íntimo y no del temor servil de los castigos; debe llevar con ella la prueba de su sinceridad y hacer aceptar voluntariamente los sacrificios reclamados por aquel que tiene en la mano el poder para desempeñar su ministerio... La Iglesia no aprueba los fautores de desórdenes, los enemigos sistemáticos de la autoridad; y la obediencia que inculca encuentra una poderosa compensación en la transformación del poder, el cual, convertido en cristiano y despojado de sus antiguas y deshonrosas inclinaciones hácia la ambición y la tiranía, reviste el carácter de un ministerio paternal, sabiamente contenido en los límites de justicia del mandato. Si se salvan estos límites invadiendo el dominio de la conciencia, se encuentra en el hombre una voz que responde con los Apóstoles: Es necesario antes que todo obedecer á Dios. Los súbditos cobardes, á quienes serviles temores hacen temblar, no son criados en los brazos de la Iglesia. Nacen fuera de ella, en el seno de sociedades que no reconocen otro derecho exterior que el de la fuerza brutal...

«Benjamin Franklin, en el término de una vida pasada en medio de negocios públicos y madurado por una larga experiencia, escribía desde Filadelfia: «Una nación no puede ser verdaderamente libre si no es virtuosa, y cuanto más corrompidos y depravados llegan á ser los pueblos, más tienen necesidad de tiranos.» Otro escritor, Hugo Piccolo, cuyo nombre honran y veneran los fautores de la *lucha por la civilización*, decía á su vez: «No se debe destruir la religión, porque un pueblo sin religión cae presto bajo un gobierno absolutamente militar!...»

«Así, pues, interrogando al hombre como individuo, al hombre en sus relaciones con sus semejantes, al hombre en la sociedad doméstica y civil, basta un examen rápido

para convencernos de que las doctrinas de la Iglesia encierran los más preciosos gérmenes de la civilización, y que, puestas en práctica, conducirían infaliblemente á la más alta perfección moral que se puede esperar sobre la tierra...

«Y cuáles son los frutos que han recogido las costumbres públicas, cuáles son las ventajas que han reportado las relaciones domésticas y sociales de la funesta lucha emprendida bajo el especioso pretexto de abrir á la civilización nuevos y más altos destinos? La moral arrancada de las manos de la Iglesia y despojada por traición de sus bases religiosas, ha permanecido flotante en los aires; ha cesado de ser la regla autorizada de las acciones; se ha convertido en el juguete y vil instrumento de todos los apóstatas... «El hombre, ha osado decir un ímpio contemporáneo, santifica lo que escribe, y embellece con flores de la imaginación todo lo que ama.» «No es fácil, oyendo esto, permitirse, cuyo ejemplo dan los autores de estas teorías, hacer todo lo que es deshonesto, llamar divino el placer de los sentidos, insultar las leyes del pudor, para correr tras la belleza que huye como una sombra, y que en su destino primero debía elevar nuestra alma hácia Dios, como una escala bendita que nos conduce á Él, origen superior de todo lo que vale y atrae? Ved los frutos que ostenta la inmensa rebelión nacida en medio del mundo.»

Aquí acaba el resumen de la carta pastoral de S. S. León XIII. Séame permitido añadir lo que mi vieja experiencia me ha enseñado, sea de la civilización en general, sea de la civilización comparada de las naciones católicas y de las naciones protestantes, de lo cual á menudo se ha tentado hacer un argumento contra nuestra fe.

Tenia implícitamente el designio de escribir mis *Esplendores de la Fe*, cuando, en el prefacio de la primera edición de mi *Telegrafo eléctrico*, dejaba escapar de mi alma y de mi pluma este grito de terror que debía resonar aquí.

En setiembre de 1845 estaba sobre el puente de Londres, centro y punto culminante de la civilización material más avanzada que se vió jamás. Mi imaginación estaba vivamente exaltada por el espectáculo, único en el mundo de estos centenares de vaporcitos que cruzan con una velocidad excesiva las aguas del gran río, de estas locomotoras que parten mugiendo para devorar el espacio, de estos lios metálicos invadidos por el rayo y que arrojan hacia todos los puntos del horizonte mensajes rápidos como el relámpago, de estas mil chimeneas de más altura que los obeliscos del mundo antiguo, y que dejaban caer sobre la inmensa ciudad los torrentes de su lúgubre humo.

Pero mi inteligencia estaba más iluminada que nunca por las luces de la fe.

Pero mi corazón vibraba mejor que nunca al unísono de las inspiraciones consoladoras y eminentemente humanitarias de la religión cristiana y católica.

Pero yo comprendí mejor que no lo había comprendido hasta entonces esta enseñanza celestial: ¡Gloria á Dios! ¡Paz á los hombres de buena voluntad! El reino de Dios puede sólo llevar á la tierra el reino de la justicia y de la dicha. La sola verdadera libertad es la de los hijos de Dios y la de los hermanos de Jesucristo.

Y he aquí el sentimiento que me agitaba.

Mas todavía por la invención del telégrafo eléctrico que por el empleo del vapor, el hombre ha llegado á ser gigante. Pues bien, las santas Escrituras nos cuentan que ya lo fué en los tiempos primitivos. Si, hubo antiguamente una raza de gigantes, y su lamentable historia podría, si no nos ponemos en guardia, llegar á ser la nuestra. Un hijo de Dios encontró bellas las hijas de la tierra. Un loco amor de pronto se apoderó de su corazón y oscureció su razón. El espíritu llegó tristemente á identificarse con la carne. Esta unión insensata y criminal produjo los gigantes.

Y en efecto, cuando el genio del hombre concentra to-

da su actividad, toda su energía sobre la materia, cuando la anima en alguna manera con su soplo de vida divina, llega á ser como un gigante. Pero entonces, también en la embriaguez de su triunfo, se cree dios; no eleva sus miradas hacia el cielo, se recoge dentro de sí mismo, se encarna más y más en la materia, cuya masa acaba hasta cierto punto por absorberle. Y pronto comienza una terrible reacción. La materia llega á ser reina, enerva y subyuga á su rey. Esclavizado, embrutecido por los sentidos, el espíritu pierde toda su elevación; la ciencia, se extingue, la industria muere y la barbarie comienza.

¿Acaso, en efecto, la civilización del siglo XIX, materialmente hablando, si no es la barbarie, no la toca de cerca? ¿Acaso en una estación de un camino de hierro, la locomotora con su funal rojo como la sangre, con su foco candente y los torrentes de vapor que arroja silbando, ó mejor dicho mugiendo y rugiendo, no es la barbarie? ¿Acaso esos largos trenes de wagones, rápidos como el relámpago, que un descarrilamiento imprevisto ó calculado arroja violentamente hechos trizas los unos sobre los otros, ó que la rotura de un puente precipita en el abismo, no son la barbarie? ¿Acaso no es bárbaro este convoy del coche de las postas de Londres ó de las Indias que pasando os da vértigos y hace penetrar el terror hasta la médula de vuestros huesos? ¿Puedese sin una barbarie excesiva condenar á millares de empleados, maquinistas, fogoneros, guarda-frenos, conductores, á permanecer tres días y tres noches en pié sobre la locomotora ó sobre la imperial de los wagones, siempre inquietos, siempre tamborosos, siempre abrumados por el peso de una responsabilidad terrible? ¿No es hacerse bárbaro el mantener las estaciones abiertas los domingos y días de fiesta, para todos los trenes de viajeros y mercancías, de grande y pequeña velocidad, sin interrumpir jamás los servicios de noche, que imponen á tantos obreros mal retribuidos á pesar de sus largos y penosas velas? ¿Acaso no son bárbaros los interminables túneles de mil doscientos y mil quinientos

kilómetros de largo, ahondados á fuerza de brazos, de tiempo y dinero, á través de las entrañas de los Alpes, y que pueden convertirse á cada instante en la tumba de los trenes que se empeñan en atravesarlos?

¿Acaso no son bárbaros estos inmensos paquebots atestados de viajeros, en número algunas veces de mil quinientos y mil seiscientos, condenados á atravesar el Océano á través de las más espesas brumas, asallados por los más violentos huracanes, escoltados por montones enormes de hielo, con riesgo de ir á estrellarse contra las rocas ó de hundirse los unos sobre los otros en colisiones espantosas? Bárbaros estos monitores, estos navíos acorazados, verdaderos monstruos marinos, con su armadura de hierro, de treinta y cinco á cuarenta centímetros de espesor, sus torrecillas cubiertas de acero, sus cañones de cien á doscientas toneladas, su tan alto centro de gravedad, su tan grande inestabilidad, que hasta un ligero abordaje de un compañero de camino para hacerles caer en el fondo de los mares con sus ejércitos de marinos y soldados. Bárbaros estos acorazados de cincuenta, sesenta, setenta, ochenta centímetros de espesor, que insulta á las balas de los cañones de ochenta, cien, ciento veinte toneladas. Si bárbara, archibárbara, la lucha encarnizada y sin fin de la bala que quiere traspasar la coraza, y la coraza que desafia á la bala: lucha que ha hecho decir á un gran poeta: «Cusudo se hayan encontrado corazas capaces de detener todas las balas, se fabricarán balas capaces de traspasar todas las planchas.»

Bárbaros estas colosales industrias de vidrios, de hierro y hulla con sus inmensas corrientes de materias derretidas, que cualquiera creería son furiosos torrentes de lava. Bárbaros estos montones enormes de hierro candente que queman á los hombres que los arrastran para arrojarlos como pasto á los cilindros y martillos. Bárbaros estos martillos-yunques que pulen árboles de hierro gruesos como el cuerpo de un hombre. (La masa activa del martillo-yunque expuesto por Creuzot en el Cam-

po de Marte pesaba ochenta toneladas, ochenta mil kilogramos. La altura de caída del yunque era de cinco metros. Esta altura de caída multiplicada por el peso de 80,000 kilogramos da un trabajo de cuatrocientos mil kilogramos. Bárbaras estas oleadas de ardientes chispas que arrojan por doquiera el incendio. Bárbaras estas llanuras verdes en otro tiempo, desnudas hoy y desoladas en todos sentidos, despojadas de su mineral de hierro y carbon, sembradas noche y día de lúgubres fuegos, cubiertas de nubes siniestras y de pálido humo. Bárbaros los pozos de cuatro mil metros de profundidad, hácie los cuales corren vastas y largas galerías subterráneas, periódicamente invadidos por el grisú, agente cruel de explosiones formidables que sobrevienen en el momento más inesperado, y hieren como el rayo á una población de bravos obreros, encargados la mayor parte del cuidado de una numerosa familia. Bárbaras estas máquinas de vapor más y más monstruosas de las fábricas, de los navíos y de los paquebots. Una de las máquinas de navío de vapor expuestas en el Campo de Marte habia alcanzado la fabulosa cifra de 8,000 caballos de vapor.

Bárbaras, bárbaras las exigencias y los empujes de la civilización que hacen las ciudades más y más inmensas. ¿Quién no ha sentido que estaba perdido, aniquilado, despojado de su personalidad, errante, desolado como el hombre que ha perdido su reflejo ó su sombra, á través de estos omnibus, estos tranvías, estos coches de plaza, estos otros vehículos de todo género que cruzan ahora las calles de nuestras grandes ciudades? No se puede hoy pasar de un andén á otro, en ciertos barrios de París, sin correr riesgo de la vida. Ha sido preciso crear refugios; presto será necesario establecer pontones. Un diario parisién sella esta barbarie con estos términos perfectamente chispeantes: «En las esquinas de las calles más frecuentadas, tales como las de Montmartre, Richelieu, etc., los guardias de paz acostumbrañ hacer pasar, allernando, una hornada de andadores y una hornada de coches. Pero acontece algunas

veces que los agentes olvidan completamente á la infantería, de suerte que ésta sólo puede desembocar cuando el desfile de la caballería ha terminado completamente, lo que es muy poco agradable para los desgraciados infantes.

Barbaros estos admirables boulevards que hacían las delicias de los parisienses y de los extranjeros, en que se respiraba con facilidad, pero hoy embarazados hasta el exceso y cruzados por muchas líneas de tranvías, cuyos cornetes, que ensordecen, suenan como un rebato perpetuo.

Barbaros estas estaciones de la línea férrea del distrito, en las cuales millares de hombres, mujeres y niños, esperan amontonados la señal de la libertad. Todos tiemblan de alegría oyendo el silbo de la locomotora. Pero esta alegría cede el lugar á la desesperacion cuando se ve que el tren está lleno enteramente de viajeros.

Barbaros estas filas interminables de personas condenadas á esperar en medio de la lluvia, el hielo ó la nieve á que abran las puertas de los teatros, de las salas de concierto, ó de las otras reuniones públicas.

Más barbaras todavía eran estas largas filas de sôres humanas empujándose para lograr sillo en torno de los despachos de distribución para obtener, despues de media ó de una hora de espera, algunas raciones de pan negro ó de carne, con una gota de vino.

Barbaros estos inmensos almacenes del Louvre, de la Bella Jardinière, del Puente Nuevo, del Bon Marché, etc., en que se atropella, en que se hacen trabajos y cortes interminables, etc. etc., y los que han determinado el que se cierran millares de pequeños establecimientos que hacían vivir honradamente á sus pacíficos poseedores.

Barbaros estos hoteles continentales en los cuales el orden está en la fusión y la confusión.

Barbaros, barbaros estos grandes cafés transformados en ciudades permanentes, en los que pasan en cierto modo el día y una parte de la noche, siempre hablando, siempre fumando, siempre bebiendo.

Barbaros los restaurantes en que comen sturdidos, deslumbrados, ensordecidos, millares de convidados.

Barbara esta Bolsa enloquecida, en que los gritos, tumultuosos de compra y venta, de alza y baja, cruzanse salvajes en todos sentidos y que traga tantas fortunas.

Barbaros estos Bancos nacionales á los cuales un solo estafador puede sustraer muchos millones sin que la advertian ó se atreven á quejarse de ello.

Barbaro este impulso irresistible que arranca á los habitantes de los campos de sus tranquilos cabañas y los lleva á las ciudades para amontonarlos en los talleres, en las fabricas, en las canteras, en las cloacas.

¡Si, bárbara, bárbara esta civilización excesiva, insensata! El antiguo Boileau encontraba ya bárbaro el París de su tiempo. Huiria espantado del París del siglo xix.

Pero todas estas barbaries que no hemos hecho más que bosquejar son barbaries materiales, necesidades fatales de los tiempos, forzosas consecuencias del progreso, inspiradas, realizadas por el espíritu de invencion, por obras de genio que hacen el mayor honor á la humanidad. Son crueles, extravagantes, pero buenas en sí mismas. Pues bien, hay otras barbaridades morales, necesidades tambien de los tiempos, que no son esencialmente malas y que no son menos desastrosas.

Por ejemplo, barbaros moralmente los ejércitos permanentes, el servicio militar universal que arranca, y por cinco largos años, del hogar doméstico, lo más selecto de las poblaciones y lo condena al cuartel, á la vida de guarnicion con sus consecuentes homicidas. ¡Si, barbaras estas leyes draconianas que consagran quinientos mil hombres, jóvenes y vigorosos, arrancados la mayor parte á la agricultura, la más fecunda, la más saludable, la más moral de nuestras industrias, no al celibato solamente, sino al libertinaje! Atentado material contra Dios y la humanidad.

Más bárbaro todavía está la concentración de nuestra juventud hacia las asástradas funciones de la centraliza-

ción y de la burocracia. Muchos á porfia dejan su pueblo natal. Muchos abandonan su villorrio disgustados del comercio monótono de mendocencia, pero honrado, y que crearía una existencia modesta. No se contentan con esto. Es preciso correr hacia las oficinas de prefectura y de sub-prefectura, ó hacia la gran capital, y vivir tristes como una planta sin sol en el seno de los escritorios, en la semi-ociosidad de una vida malsana. ¿Quién no sabe ¡ay! que las sanguijuelas del Estado, como todos los seres parásitos, son no solamente sus más inútiles servidores, sino sus íntimos enemigos?

Hay otras barbaries más desoladoras todavía que son la deshonra de la sociedad moderna en general, de la sociedad francesa en particular; son las que he designado con el nombre de *pecados á vauvre, fria*; el trabajo en domingo, que hace ateas á las naciones; el reposo del lunes, que es la causa de la tristeza y ruina de las familias; el olvido voluntario de los preceptos de la Iglesia, de la abstinencia y del ayuno, preceptos sin embargo tan higiénicos y de tan buena economía pública; el beneficio ilícito sobre el precio de compra y venta á costas del omo, indelicadeza refinada que aboga en el alma de los servidores todo sentimiento de honradez; la alteración de las pesas y medidas, las falsificaciones y sofisticaciones de todas las sustancias alimenticias, y otros crímenes semejantes de lesa humanidad. En fin, y sobre todo, la violación de las leyes que deban presidir á la unión del hombre y de la mujer, crimen monstruoso, lucha abominable del cálculo úteo contra la religión, la razón, la naturaleza y la misma pasión, origen desastroso de una infinidad de males, cáncer devorador adherido al corazón de Francia y que prepara activamente su decadencia.

Hay también un hecho incontestable, que debemos recordar aquí, y que prueba hasta la evidencia la barbarie de la civilización. Hoy en Europa, estando en su apogeo, quién diría que la gran ocupación del hombre es alentar contra su vida? Se mata por la sed de grandezas, por el bu-

llicio de los negocios, por las preocupaciones de la industria y del comercio, por la estancia casi habitual en las inficionadas atmósferas de los teatros, cafés y garitos, por las danzas desenfundadas que se prolongan toda la noche, por el abuso del tabaco y de los licores alcohólicos, el ajeno sobre todo; por la pasión de los caballos y de las carreras; por las exaltaciones del juego; por los atentados directos contra la vida, que van multiplicándose en una proporción desesperante. Y las enfermedades terribles, casi desconocidas antiguamente, que por sí solas cortan el hilo de la vida á más de la mitad de las víctimas de la muerte: las sífilis, los abortos, las fiebres puerperales, el crup, la fiebre tifóidea, la anemia, la palidez del color, la tisis pulmonar sobre todo, que yo llamaría voluntariamente el sello de la bestia, el fruto de muerte de la civilización. Un célebre médico inglés ha hecho la historia, la etiología y como la teoría de las ENFERMEDADES MODERNAS. *Diseases of modern life*, por el doctor Richardson, en 12.^a, 320 páginas. Londres, Macmillan, 1875.

Una palabra ahora de la civilización comparada de las naciones germánicas ó anglo-sajonas, en otros términos, de las naciones protestantes y de las católicas. Las naciones católicas en otro tiempo evidentemente aventajaban á las protestantes. Italia, Francia, España y Portugal tienen en su historia páginas admirables. Abrazaban ó poseían el mundo entero, cuando Inglaterra, Alemania y América no se conocían ó no habían salido de sí mismas. ¿Qué más magnífico que la España de Felipe V ó la Francia de los primeros años de Luis XIV? Y nótese bien, era su fe católica, apostólica, romana la que había hecho á estas naciones grandes entre todas. Los pueblos señores del mundo son únicamente las que se dan por misión la misión divina: «Id, enseñad á todas las naciones, bautizadlas, y enseñadlas á guardar mis mandamientos.» Pues bien, el apostolado de la fe y de la civilización, lo hemos probado superabundantemente, es propiedad del genio católico, está enteramente sobre las fuerzas del genio he-

rético ó cismático. El apóstol debe ser santo; pues bien, el inglés, el alemán y el anglo-sajón protestante no tienen en el mismo grado que las naciones latinas el sentimiento de santidad. Hasta se glorian de no aspirar á ella.

Pero los tiempos han cambiado: si las razas latinas dominaron en lo pasado, han perdido el imperio del presente y más todavía el del porvenir. Al fin de la guerra de 1870, la Germania, embriagada con su victoria, gritaba á nuestra hermosa Francia: «Tu reinado ha acabado; el mio comienza: las razas latinas han tenido ya su tiempo; las razas alemanas van á aparecer radiantes; el porvenir les pertenece.»

Aun cuando fuese así, aun cuando esta inferioridad actual fuese real, no podría hacerse de ella un argumento contra la religión católica. Porque es evidente, al contrario, que si Italia, Francia, España y Portugal han cesado de ocupar el primer rango entre las naciones, es porque han perdido el espíritu católico. Por la fe conquistó España el Nuevo Mundo y Filipinas; Portugal, las Indias y el Brasil; Francia, una parte de la América y el Canadá. Hoy, justamente con el espíritu católico, estas mismas naciones han perdido el sentimiento de autoridad, de la autoridad religiosa, de la autoridad política, de la autoridad civil, de la autoridad doméstica, y esta pérdida sería sola la causa de su decadencia.

Las naciones latinas, Francia sobre todo, tienen todas las cualidades de un conquistador. Son corcel, torrente y río á la vez. Pues bien, para que den no la muerte, sino la vida, es necesario al torrente su lecho profundamente ahondado, al río sus diques, al corcel su freno.

El genio de las naciones latinas, más que todo otro el genio francés, es razón lógica y acción á la vez; y si le inoculais las teorías revolucionarias ó filosóficas, sus cualidades nativas llegan á ser disolventes, enérgicos. Mientras que en los espíritus más lentos y densos de las razas anglo-sajonas ó germánicas, estas doctrinas podran permanecer largo tiempo en el estado de teoría sin entrar en la práctica, errores más bien que crímenes.

¿Qué se necesitaría, pues, para volver á Francia, España é Italia la paz, la prosperidad y la grandeza? Tendríase simplemente que, no diré aniquilar, no diré convertir, sino que hacer impotentes para el mal en España bien, en Italia trescientas y en Francia quinientas, tal vez mil voluntades malas.

Pero hagamos una comparación directa de las razas latinas y de las germánicas.

La superioridad intrínseca de las razas latinas es evidente. Los suelos de Francia, España, Portugal é Italia bastan plenamente para el sustento de sus habitantes. El cielo les es clemente, el clima es templado, la atmósfera es dulce. La carne, el pescado, el trigo, el vino, el aceite, la miel, el azúcar, todos los elementos confortantes de la vida superabundan en ellos. La necesidad imperiosa de la emigración no las diezma anualmente.

El medio ó el elemento del genio alemán es la sombra, sueño; el medio del genio inglés es la niebla, se aburre; el medio del genio francés es el suelo, obra; el medio del genio italiano es el aire, canta; el medio del genio español es el cielo ora.

Pero estudiemos más de cerca las naciones protestantes, y veamos en qué se convierte su pretendida superioridad.

LA INGLATERRA.—Un poeta, el marqués de Jouffroy, ha dicho de Inglaterra con mucha razón:

Salut, froide Albion, terre de l'industrie.
D'un peuple mécanique insipide patrie,
Ton chef d'œuvre à mes yeux est la barque à vapeur
Qui permet de se fuir, malgré l'onde en furieux!

«Salud, fría Albion, tierra de la industria, insípida patria de un pueblo mecánico; tu obra maestra es á mis ojos el buque de vapor, que permite huir de ti á pesar de los furcores de las ondas.»

El país.—El suelo de Inglaterra apenas produce lo que es indispensable á la vida; su clima es triste, la niebla reina en ella como soberana. Encerrados en su isla fría y húme-

da, á la que no se desembarca siempre sin peligro, los ingleses son condenados á ir á buscar lejos el alivio y el placer.

La Religión.—Como nacion Inglaterra es cristiana. Organiza Misiones, pero que sólo tienen del apostolado el nombre. Esparrama con profusion biblias, extractos religiosos. Pero individualmente no tiene fe, no ora. Ved á un inglés que va á un sermón. Va con la misma actitud regular que si se dirigiese á sus negocios; pero se ve, se siente que no piensa en la oracion. Una vez ha entrado en el templo, oculta un instante su semblante en su sombrero, y se sienta. Esto es todo. Cuánta verdad en este rasgo satírico del mismo poeta:

...Et je réitai toujours
De cet temple devot une fois en sept jours!

«Y yo me reíra siempre de este pueblo devoto un vez cada siete dias.»

Su riqueza.—El gran negocio de Inglaterra es todo lo que cree pueda enriquecerla, el comercio con sus crisis desastrosas, la gran industria con sus perjuicios ruinosos, la colonizacion con la emigracion y sus innumerables victimas.

...Un homme est enterré;
Mais un tonneau de fer au commerce est livré.

«Un hombre es enterrado; pero es entregado al comercio un tonel de hierro.»

En Lóndres, dice M. J. Pecchio, en vez de decir que un fabricante emplea tal número de obreros, dicese comunmente que ocupa tal número de *hands*, esto es, de brazos; como si los obreros fuesen simples máquinas, ó esclavos sin cabeza, sin corazon, sin alma, lo que es demasiado verdad. «Ved como nuestras ciudades populosas, decia el doctor Pusey, nuestros puertos, nuestras minas, nuestras

fábricas, están sumidas en una profunda desolacion; son, salvo la suspension de la pena, tipos del infierno.»

La Inglaterra es rica, muy rica, pero esta opulencia territorial ó comercial es el privilegio esclusivo de un pequeño número de familias aristocráticas que la apostasia de la fe católica y el favor de Enrique VIII hicieron dueñas absolutas del suelo, ó de algunas personalidades conocidas, cuyos millones de libras esterlinas hacen un odioso contraste con la miseria extrema de las multitudes que las han enriquecido con sus sudores, sus fatigas, sus lágrimas, su lamentable extenuacion.

En Lóndres el número de individuos reducidos á una pobreza extrema, á una miseria sin nombre, es incalculable. La estadística oficial acusa un indigente sobre ocho habitantes; puede y debe decirse que hay uno sobre cuatro. Aun en tiempo ordinario, millares de obreros están sin trabajo alguno, y los infortunados *leave men* viven al aire libre, de inmundicias ó del latrocinio. El público sabe cada año que un gran número de habitantes han muerto de hambre. En tiempo de crisis es mucho más espantable todavía. Sólo citaremos un hecho entre cien otros. En 1857 inmensas tropas de obreros se paseaban á lo largo de Oxford-Street, gritando á cada instante con voz sepulcral: *All out of work!* (Todos sin trabajo); *All starving!* (Todos muriendo de hambre!) E iban por la ciudad lanzando el grito siniestro de *Woe! Woe!* (Desgracia! desgracia!)

Y lo que es más triste y horrible, es que el pobre inglés es este pobre orgulloso, que Dios odia. Todos estos mendicantes, aun los borrachos que se ven cada mañana muertos sobre el empedrado de las calles, tienen su sombrero, su chalé, su vestido con volantes. ®

Como consecuencia natural de esta terrible miseria, el vicio se ostenta descaradamente, no solamente en las calles tortuosas y sombrías de la ciudad, sino en las rias más espaciosas y despejadas. La prostitucion ha tomado proporciones verdaderamente espantosas.

Aunque la tasacion de los pobres sea un impuesto extremadamente oneroso, los socorros concedidos á los indigentes son enteramente irrisorios. Los habitantes ó más bien los prisioneros de Works-Houses son hacinados en locales demasiado pequeños, mal oreados, infectos. Y jamás estos infortunados, aun los atacados de enfermedades graves, recibirán los cuidados atentos y delicados de religiosos consagrados á ello. La caridad evangélica no existe en Inglaterra, se ha sustituido con la herejía por una filantropía glacial.

Su moralidad.—La embriaguez es el defecto comun del pueblo inglés. El abuso de los licores alcohólicos ha invadido todas las clases de la sociedad. Las mismas mujeres, hasta las mujeres de la alta sociedad, tienen una pasión por el gin. Forzoso es tener por criadas á doncellas muy jóvenes. A los treinta años la templanza es una excepción rara.

En Glascoo diez mil individuos se embriagan el sábado por la tarde, inmediatamente después de la paga, y permanecen borrachos el domingo, el lunes y algunas veces el martes. En esta misma ciudad se recogen veinte mil mujeres, borrachas hasta el extremo de no poder tenerse en pie. En Edimburgo, ciudad sin embargo puritana, se han creado vastos establecimientos en los cuales se pone en práctica, sobre una vasta escala, el arte de perder la razon por un PENNY, DIEZ CÉNTIMOS. ¿Y cuáles son las consecuencias necesarias de estas abominables estadísticas? La más profunda miseria, la promiscuidad de los sexos, la locura, el crimen. La enajenacion mental causada por la borrachera había alcanzado, hace ya algunos años, esta formidable proporcion: de 1.271 locos, cuyos antecedentes se han podido conocer, 649, esto es, más de la mitad, perdieron la razon por el uso de las bebidas alcohólicas. En la clase indigente es mucho peor todavía. Los doctorios de los ingleses pobres son intemperantes.

La probidad.—En 1734 ya la *Revista Británica* hacia la suma siguiente de los robos cometidos durante el año:

Robos por domésticos, 17.000,000; robos sobre el Támesis, 12.000,000; robos en los docks y en las vías públicas, 13.000,000; robos por la moneda falsa, 50.000,000; robos por billetes de Banco falsos, 40.000,000. Aquel año la ciudad de Londres contaba 1.200,000 habitantes. Era, pues, un impuesto de 43 francos 75 céntimos por cabeza. Todavía es preciso notar que en esta estadística nomenclatura, se omitieron los robos cometidos por los cajeros. ¿Qué seria si hiciésemos las sumas de 1877 ó 1878?

La familia.—El *Diario de los Debates*, gran admirador sin embargo de Inglaterra, no vaciló en decir un día que, si se tenia que considerar lo que se ve fuera, sin traspasar el muro doméstico, se debería admitir que casi todos los maridos ingleses pagan á sus mujeres.

En la sesion de 1853 M. Fitz-Roy decia en pleno Parlamento: «No pueden leerse los diarios sin horrorizarse uno constantemente, tan numerosos son los ejemplos del tratamiento brutal y cruel usado con el sexo débil por los hombres, cuyos atrocidades debieran hacer enrojecer los frentes ingleses! Las mujeres son vendidas por sus maridos, los hijos por su padre y su madre; existen mercados públicos en que los hijos de ambos sexos son ofrecidos al mejor postor.

La justicia.—No hay en Inglaterra código, y nadie puede gloriarse de conocer las leyes. La magistratura inglesa es prodigamente retribuida, los salarios de ciertos jueces se elevan á la enorme cifra de setecientos cincuenta mil francos. El Presidente del tribunal del Banco de la Reina recibe hasta dos millones quinientos mil francos. Y en ninguna parte la justicia es ni más lenta, ni más ruinosa. El más pequeño proceso, juzgado en el tribunal de Asises, cuesta al que gana quinientas libras esterlinas, doce mil quinientos francos. Nuestras Hermanas del Buen Socorro de Angers, establecidas en Haumers-Smith, son denunciadas por una joven arrependida como culpables de servicia, porque la obligan á levantarse á las seis de la mañana. Son abuelitas, pero los gastos han excedido de

doce mil francos. El proceso mejor fundado por falsificación arruina al que osa intentarlo.

En el tribunal supremo, la Cancillería, las causas llevan consigo tanto tiempo y gastos tan enormes, que el solo nombre de Cancillería hiela de terror. Es un antro devorador del que es imposible salir, cuando se ha entrado en él. Esto es mucho, es demasiado.

Evidentemente, las naciones latinas ó católicas nada tienen que envidiar á Inglaterra bajo el aspecto de comodidad, costumbres, leyes é instituciones. Vista de cerca, pierde, por decirle así, todo lo que á lejos podía seducir ó engañar la mirada del observador algo atento. Digamos, pues, terminando con Montesquieu: «Cosa admirable! la religion cristiana, sobre todo la religion católica, que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha en esta.» (*Espíritu de las Leyes*, cap. XIV, p. 33.)

LA ALEMANIA.—En cuanto á Alemania, no haré más que resumir aquí un pequeño trabajo que he publicado bajo este título: EL PUEBLO ARIY DEL PORVENIR. Fué desde luego una conferencia hecha en el salón del Gran Hotel de la Paz, en plena guerra de 1870.

La Germania exclama pues: «Las razas latinas han tenido su tiempo, la hora de las razas alemanas ha sonado, serán de aquí en adelante el pueblo del porvenir.» Veámos lo que hay de verdad en estas insensatas aspiraciones... La fuerza de un pueblo, lo que le consagra rey del porvenir, es su GENIO. El punto de apoyo de la fuerza ó del genio es el SUEÑO. El instrumento de la fuerza y de las conquistas del genio es la LENGUA. Pues bien, la Prusia, aun cuando fuese la Alemania toda entera, no tiene ni el genio, ni el sueño, ni la lengua que constituyen la fuerza. Comencemos por el sueño.

El sueño alemán es impotente para alimentar á sus hijos. Así, ¿qué respondía M. de Bismark á los que le acriminaban porque sacrificaba trescientos mil hombres á su rencorosa envidia á Francia? «Trescientos mil hom-

bres son los que Alemania arroja á la hidra de la emigración.» «¿Cuántos españoles, franceses é italianos se cuentan en Alemania? Infinitamente pocos. Y estos raros emigrados mueren de tedio. ¿Cuántos prusianos se cuentan ó contaban antes de la guerra en Francia? Millares, centenares de millar. ¿Y qué hacían entre nosotros estos millares de prusianos, de alemanes? Todo lo que nosotros no queríamos hacer. Francia ha sacado de su suelo en menos de dos años los cinco mil millones de la indemnización de guerra. La Alemania se ha tragado nuestros cinco mil millones, y ya la crisis financiera la hace lanzar gritos de miseria.

El genio.—El porvenir pertenece al genio de invención; pues bien, el genio alemán no inventa. Añado que no cree, ó que apenas cree en la posibilidad de la invención. Esto es tanta verdad que en Prusia, y es una anomalía escandalosa que mil veces ha desesperado á nuestros inventores franceses, es casi imposible obtener la sancion de un descubrimiento hecho en el extranjero. La Prusia sólo ha realmente inventado, ó mejor, fabricado su cañon Krupp, monstruo más y más horrible, informe, inmenso. Y lo que prueba muy elocuentemente la barbarie de la civilización del siglo XIX, es que el cañon Krupp ha valido á su autor una renta anual de dos millones de francos, y que paga al Estado un impuesto de 70,000 francos.

Los alemanes son sabios, sí. Han contado en su seno sabios de primer orden. Pero desde luego estos sabios de primer orden, los Jacobi, los Gauss, los Dirichlet, eran de raza semítica y no germánica. Y los otros son sabios á su manera, sabios á seguro, á la manera de los eruditos. Estableciendo y analizando pacientemente los hechos, arrojan perezosamente la pequeña bestia. El espíritu alemán habita demasiado entre las nubes y el humo del tabaco, y vive demasiado de sueños. Pues bien, el reino del sueño es un reino mentiroso y afímoro. También es propio del genio alemán desvanecerse en sus propios pensamientos y llegar á todas las inmunidades del error. Ved á Kant,

Hegel, Fichte, Feuerbach y Strauss. Deben todo su prestigio á las nubes de que se rodean. Sus más ensalzadas teorías son delirantes negaciones. Para ellos las cosas grandes y santas, Dios, el universo, no tienen certeza objetiva. No son más que realidades distintas del espíritu que las concibe. Osan decir que su sólo pensamiento engendra á Dios, engendra al mundo, engendra la sociedad. Delirios, abstracciones, y por corolario de sus delirios, de sus abstracciones, la desesperación y la nada. Es el espíritu prusiano en su supremo poder.

La lengua.—La lengua alemana es una lengua muy rica, filológicamente, atrevida en su composición, original y aun rara en su gramática, como si temiese que se comprenda demasiado pronto lo que quiere decir. Pero, no es de ningún modo la lengua del apostolado y de la enseñanza. Ni siquiera es una lengua popular. Permanece forzadamente ignorada de la mayoría de aquellos que la hablan, casi tanto como el chino. En realidad, la lengua alemana no es hecha; está y estará siempre por hacer. Se la aprenderá por necesidad, se le hablará por fuerza y se la olvidará tan pronto como se podrá...

Mi tósis está probada hasta la evidencia: el suelo, el genio y la lengua de las razas germánicas no caracterizan de ninguna manera á un pueblo dueño del porvenir. La Prusia tan arrogante es, mal que le pese, lo que ha sido en estos últimos años, el azote de Dios que cesará, la fuerza que se gastará, la vara que se romperá. La supremacía, en el porvenir, como aconteció en el pasado, pertenecerá, cuando hayan expiado sus extravíos, cuando hayan secudido el yugo de la minoría autóct. á las razas latinas, y entre ellas á la raza francesa, á la Francia.

¿Y qué sería si yo hubiese invocado en favor de mi tósis los síntomas de descomposición, digamos mejor, de barbarie, que desputan en todas partes en el seno del imperio de Alemania? La invasión del socialismo, la exaltación de las reuniones populares, la emancipación de las mujeres, el abandono de la Iglesia nacional, el desprecio de los mi-

nistros del culto ó su aislamiento de las masas, los vicios que se desbordan más y más, el pauperismo que aumenta visiblemente, el aniquilamiento de las arcas del Estado, etc.? Es un grito universal que los vicios de Berlín vienen á superar los de París, Londres, Nueva-York, etc.

Los Estados Unidos.—¿Cuánlo más terrible hubiera sido el cuadro comparativo de la barbarie de las razas anglosajonas si hubiese comparado las razas latinas á los Estados-Unidos de América! Este pueblo cuya independencia apenas data de un siglo, ha alcanzado ya los últimos límites de la civilización demasiado avanzada. El dios *dollar* reina como soberano dueño sobre todas las clases de la sociedad. Cuando se toman informes sobre álguien, no se pregunta como en Europa: ¿Es honrada esta persona? sino: ¿Es habil? *¿S mart?* Ya es bastante que la moral sea tenida por poca cosa en la apreciación de los americanos. Profesan á la vida un desden absoluto, como si fuesen los amos de ella. Dos capitanes de steamers se encuentran en uno de estos bellos ríos que atraviesan majestuosamente la América en todos sentidos, y no vacilarán en sacrificarse cien ó doscientos pasajeros confiados á sus cuidados, únicamente para adelantarse al buque rival. Ponon en práctica al pié de la letra estas palabras de Bonaparte: «Los hombres no son nada, los minutos son todo.» Y así en ellos no hay niños. A los doce años, veréis á un adolescente sentido gravemente en un escritorio de caja, hablando con el aplomo de un hombre de cuarenta años. Los americanos no viven, queman la vida. El sentimiento está extinguido en ellos; sólo tienen lugar para la sensación. La justicia es vana! cuántas veces la corrupción de los jueces se ostenta á la luz del día! La instrucción es precoz; la educación viciosa. ¿Qué pensar en efecto de estos vastos colegios en que los dos sexos siguen los mismos cursos y tienen juntos sus recreaciones? La caridad no existe. Nada más común que encontrar por la mañana en las calles á muchos infortunados muertos de hambre. Y si la deshonrosa plaga de la esclavitud ha desaparecido, después de

una verdadera guerra de exterminio, no se crea que los Estados del Norte estén animados de sentimientos más humanos que los del Sud, pues esto sería un error grosero. Sólo la política dictó la actitud tomada por el Norte. ¡Y este horror á los hijos, que aumenta cada día en el seno de las clases ricas! ¡Y estos abortos innumerables practicados insolentemente por proxenetas millonarios que ostentan su lujo fastuoso en landós tirados por seis caballos!

Lo que salvará á la jóven América de la decadencia absoluta es su respeto por la libertad religiosa. Gracias á esta tolerancia de todas las religiones, el catolicismo ha plantado valientemente su bandera sobre esta verdadera tierra de la libertad, y á la sombra de sus gloriosos pliegues han venido á colocarse todos los elementos de una próxima generación de estos bellos y extensos Estados Unidos, cuya población de muchos colores asemejase mucho á la de la ciudad fundada por Rómulo.

LA IGLESIA Y EL ESTADO.—EL DERECHO DEPOSEER QUE TIENE LA IGLESIA.—EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS.—*La Iglesia y el Estado*.—¡Cuán bello, cuán fecundo en enseñanzas preciosas es el segundo salmo de David, que jamás he leído ú oído cantar sin un profundo terror: «Por qué las naciones se estremecen y meditan cosas vanas? ¿Por qué los reyes de la tierra se han levantado y los príncipes se han coligado contra el Señor y contra su Cristo? Rompámos los lazos que nos unen con ellos y arrojemos lejos de nosotros su yugo. El que habita en los cielos se retrá de su rebelión; el Señor se burlará de ellos. El Cristo les hablará; en su ira y furor les confundirá. Yo he sido establecido rey por Dios mi Padre sobre Sion y en la montaña santa para intimar sus órdenes. El me ha dicho: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado (en tu nacimiento humano, como te he engendrado en tu generación divina y eterna). Porque me lo pediste, te he dado las naciones de la tierra por herencia, y tu posesion se extenderá hasta las extre-

midades de la tierra. Las gobernarás con una vara de hierro, y las quebrantarás como el alfarero quebranta (cuando le place) el vaso (pulverizado por las manos). (esto es, serás para ellas la resurrección ó la ruina). Y ahora, reyes, comprended (vuestrós deberes), príncipes, instruídos, Servid al Señor con temor, y que vuestra alegría en él no sea sin un cierto temblor. Abrazad su doctrina, por miedo que algun día no se irrite, y sorprendiéndoos fuera del camino de la justicia, no os haga perecer. Felices los que, cuando su cólera se inflama de repente, habrán puesto su confianza en Él.

¡Cuán clara y terrible es esta sentencia! No son solamente los individuos, sino las naciones, los pueblos, los Estados, los gobiernos los que pertenecen á Jesucristo, los que le deben obedecer mal que les pese. Y porque Jesucristo ha transmitido todos sus derechos á su Iglesia, todos, naciones, gobiernos, Estados, soberanos, deben pertenecer á la Iglesia, obedecerla. Este es el gran oráculo de Isaías y de David; «Dominará sobre todas las naciones. Todas las naciones le servirán.» No solamente á los particulares, sino á las ciudades, á las naciones, á los imperios, se aplican estas palabras del divino Salvador: «El que no está conmigo está contra mí.» Y el oráculo de san Pedro: «Sólo hay salvacion en Jesucristo. Ningun otro nombre ha sido dado bajo el cielo á los hombres por el cual puedan ser salvados.»

Jesucristo he dicho á todas las ciudades, dirigiéndose á Jerusalen: «Jerusalen, Jerusalen, cuantas veces he querido reunir á tus hijos, como una gallina junta sus pichuelos bajo sus alas, y tú no has querido... Mira que todas tus casas estarán desiertas y serás hollada por los gentiles...»

Jesucristo ha dicho del mismo modo á todas las naciones, hablando á Corozain y Betsaida: «Ay de tí, Corozain; ay de tí, Betsaida; porque no habeis hecho penitencia, porque no os habeis convertido á la verdad, á pesar de los brillantes milagros que han sido obrados en vosotras!»

Las consecuencias sacadas de los santos Padres, de la tradición toda entera, de los Concilios, de los Soberanos Pontífices hablando *ex cathedra* á toda la Iglesia, son numerosas y capitales; sólo podemos aquí enunciarlas, resumiendo fielmente, con sus propias palabras, el tratado dogmático del R. P. Liberatore, S. J., *La Iglesia y el Estado*, París, Victor Palmé, 1877.

La Iglesia es una sociedad perfecta y suprema entre todas las sociedades, y no debe estar subordinada á ninguna otra sociedad inferior.

Toda sociedad debe someterse á la Iglesia. De nada sirve invocar la diferencia entre los dos órdenes de sociedad, la una espiritual, la otra temporal. En sus relaciones mútuas, en las cosas que por sí mismas se refieren exclusivamente á la vida presente, esta diversidad lleva consigo para el Estado una independencia relativa, pero no absoluta. Pero en las cosas que tocan, directamente y por sí mismas, á la religión, la justicia y las costumbres, el Estado debe conformarse á las prescripciones de la Iglesia. En fin, aun en las cosas que son de su competencia, el deber del Estado es no hacer nada perjudicial á la moralidad de sus súbditos y al culto de Dios. Y la Iglesia tiene el derecho de corregir y anular todas las disposiciones injustas é inmorales que hayan sido tomadas, aun en el orden temporal.

Habría confusión de la Iglesia y del Estado, si la Iglesia estuviese subordinada al Estado; pero no resulta ninguna confusión de la subordinación del Estado á la Iglesia: el cuerpo no se confunde con el alma, aunque esté subordinado á ella.

Separado de la Iglesia, el Estado ni aun puede alcanzar el fin de la sociedad civil.

El orden natural debe estar subordinado al orden sobrenatural, la naturaleza á la gracia, la vida presente á la futura. La doctrina católica no admite ni la supremacía del Estado sobre la Iglesia, ni la independencia absoluta del Estado, ni aun la separación de la Iglesia y del Esta-

do, porque toda sociedad instituida para el bien del hombre no puede hacer abstracción de lo que es el bien supremo de la humanidad. Tiénesse que ser insensato para imaginar que teniendo entrambos su origen en Dios, el más noble, el poder espiritual, pueda estar sometido al poder temporal. La humanidad es un cuerpo único, la Iglesia el cuerpo de Jesucristo. Luego, á pesar de que existen en su seno diversos poderes, diversas magistraturas, es necesario que estén todos subordinados entre sí, á fin de que sean, en algún modo, llevados á la unidad.

Por las palabras dirigidas á Pedro y sus sucesores: «Apacienta mis ovejas,» los reyes y los emperadores están como sus súbditos sujetos á Pedro, pues que también están en el número de las ovejas de Cristo.

El gobierno temporal, para ser justo y bueno, debe tener una regla espiritual; luego es necesario que sea regulado por el poder espiritual. Los papas, por su parte, encargados de reprender y corregir á los reyes y á los emperadores, no solamente como hombres, sino en el ejercicio de su poder, deberán dar cuenta á Dios.

Tal como son las relaciones del cuerpo y alma en el hombre, tal son las relaciones de los dos poderes, temporal y espiritual, en la Iglesia... El poder espiritual no se mete en los asuntos temporales, con tal que los asuntos temporales no se opongan al fin que el poder espiritual debe hacer alcanzar, etc. Si las medidas temporales son necesarias para obtener este fin, el poder espiritual puede y debe reprimir el poder temporal, y contradecirlo por todos los caminos y maneras necesarias. (BELARMINO, *de Romano Pontifice*, lib. vi, c. vi.)

Estas palabras de Jesucristo: «Así como mi Padre me ha enviado, yo os envío... Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra; id, pues, y enseñad á todas las naciones,» asimilan el poder de la Iglesia al de Dios, la autoridad de los Pontífices Romanos á la de Jesucristo; luego ella se extiende á todos, á los individuos como á las naciones, á los Estados y á los soberanos.

Como hombre, el soberano debe servir á Dios, viviendo conforme á la fe; como rey, debe servir á Dios, poniendo sus leyes y su gobierno en conformidad con la fe, sin traerse jamás á su subordinación á la Iglesia.

Esta subordinación espiritual no es ni la exclusión, ni la absorción de los poderes temporales; al contrario, los ennoblece y los afirma.

En el gobierno de los pueblos rescatados Dios tiene unido el Estado á la Iglesia, y esta unión debe ser mantenida. Sin la Iglesia, el Estado moderno asemejarse forzosamente á un cadáver.

Una vez constituida la Iglesia por Cristo, dos poderes, el poder eclesiástico y el poder civil, coexisten; y sus relaciones mutuas sólo pueden ser la subordinación del segundo al primero.

Inventar sistemas para destruir esta subordinación, no puede tener otro efecto que excitar la guerra, y la guerra sólo puede acabar por el triunfo del imperio que debe durar eternamente. Si el coloso se levanta de nuevo, de nuevo la piedra caída de la montaña le convertirá en polvo.

La Iglesia es el reino de Dios sobre la tierra; reino cuyo rey invisible es Jesucristo, y cuyo rey visible es su Vicario. «Cuando Cristo confesó ante el gobernador romano que era rey, no dice, nota con motivo de esto san Agustín: «Mi reino no está aquí, sino: No es de aquí; Mi reino no está en este mundo, sino: No es de este mundo.» Porque su reino está realmente aquí bajo, en este mundo, y durará hasta el fin de los siglos.»

El territorio de este reino abraza el mundo todo entero. En virtud del dominio universal y absoluto que le pertenece, Jesucristo ha dado á su Iglesia autoridad sobre todos los hombres, bajo cualquier clima en que vivan. Después de esto, ¿no es una locura calificar de extraña la autoridad del Papa? ¿Cómo sería extraña la cabeza á los miembros?

Propiamente hablando, no es la Iglesia la que está en el Estado, es al contrario el Estado el que está en la Iglesia. En efecto, no es el todo el que está en las partes, sino las

partes las que están en el todo. Pues bien, la Iglesia es un todo; una sociedad universal destinada á recibir en su seno al género humano todo entero. La Iglesia es católica, universal; el Estado, al contrario, es siempre limitado en cuanto al territorio, á las personas y al poder.

Los juicios de las causas espirituales, esto es, de las que se refieren á la fe, la administración de los Sacramentos, los ritos, la moral, la dirección de los fieles en la práctica de la virtud, de todas aquellas, en una palabra, que se relacionan al culto de Dios y á la salvación de las almas, de ningún modo dependen de la autoridad temporal, sino dependen únicamente de la autoridad espiritual ó de la Iglesia; esto es una verdad católica, y tal vez, dice Suarez, «una verdad de fe.»

Por consiguiente, 1.^o Las citaciones por abusos, por las cuales el magistrado laico se arroga el derecho de oír á su tribunal y de juzgar los ministros sagrados sobre actos de jurisdicción eclesiástica y de ejercicio de su ministerio, son una usurpación inconsiderada.

2.^o Lo mismo tiene que decirse de los *Execratur* exigidos para la publicación y la ejecución de las bulas, breves ó decretos emanados de la Santa Sede.

Todo Estado católico, ó todo gobierno que represente á una nación católica, esté obligado por esto mismo á defender ó á proteger á la Iglesia.

El grande error del espíritu moderno es el NATURALISMO, ó la reclamación del pretendido derecho innato ó adquirido de vivir en la esfera de pura naturaleza, y de librarse del orden sobrenatural, no teniendo absolutamente ninguna cuenta del enlace necesario interpuesto por la voluntad de Dios entre el orden natural y el sobrenatural, separada y aislada de la Redención, la naturaleza humana no es más que lo que las santas Escrituras llaman el mundo, con el cual Jesucristo no está, por el cual Jesucristo no ora; al cual ha dicho: «¡Ay de tí cuyo padre, príncipe y cabeza es el diablo; cuya sabiduría es enemiga de Dios; cuyos caminos terminan en el infierno.»

Pío IX ha señalado y condenado á los que, aplicando á la sociedad civil el principio impio y absurdo del naturalismo, no temen enseñar que la mejor condicion de la sociedad civil y el progreso social requieren absolutamente que las sociedades humanas estén constituidas y gobernadas sin ningun espíritu de religion, como si ella no existiese, ó, al menos, sin poner diferencia alguna entre la verdadera y las falsas religiones. (*Enciclica del 8 de diciembre de 1864*). Esta separacion, dice el santo Pontifice, tendria por efecto oscurecer y haer perder la idea y el sentimiento del deber, sustituir al derecho la forma material, conducir á la fatal teoria de la opinion pública y de los hechos consumados, llegar á afirmar que la sociedad doméstica ó la familia saca su razon de ser del derecho civil solamente, que sólo de la ley civil dependen todos los derechos de los padres sobre sus hijos. De ahí resulta que la separacion de Dios y de la Iglesia conduce necesariamente á la negacion del fin individual y á la perversion del fin social.

Derecho de existir y de poseer.—La Iglesia establecida por Jesucristo, bajo la forma de sociedad pública y reino visible, tiene el derecho de existir y desarrollarse en el mundo. Este derecho, este deber de existir, de conservarse, de dilatarse, trae consigo el derecho á las cosas terrestres necesarias al sustento de la vida, y por consiguiente, el derecho á la posesion de los recursos suficientes á la conservacion de su existencia en conformidad con su fin. El sacerdocio, de todos los tiempos, de todos los lugares, ha ejercido este derecho de propiedad, y todos los pueblos han mirado este derecho como sagrado. La Iglesia, aun en los tiempos de las persecuciones, poseia ya bienes considerables.

El concilio de Trento formula anatema contra todos aquellos, aunque sean emperadores ó reyes, que, por avaricia, fuerza, amenaza, artificio, pretexto ó simulacion cualquiera, violan ó usurpan la propiedad eclesiástica, bajo cualquiera de sus formas, bienes, censos y derechos, emolumentos y rentas. (*Ses. xxii, c. xi.*)

La Iglesia, sociedad suprema de institucion divina, posee por derecho divino, y por consiguiente, independientemente de todo poder humano. Asi, como simple asociacion humana, tiene un derecho natural de poseer, del cual no pueden despojarla, y á cuyo ejercicio no se pueden poner trabas sin injusticia. El gobierno, tomando los bienes de la Iglesia, perjudica el derecho de propiedad de los mismos ciudadanos.

Fiestas y Concordatos.—La obligacion de abstenerse de obras serviles en los dias de fiesta es esencial, en el seno de las sociedades cristianas, y es confirmada con buen derecho por la ley civil: no contradice, afirma al contrario los principios de una sana economia política; el odio que le profesa el naturalismo político es impio en el fondo y ateo.

La escuela sin Dios; ni religion es para la juventud antes un mal que un bien; acrecienta y desarrolla las facultades y los instintos, sin enseñar y ordenar su uso, y los entrega á la facil usurpacion de las viciosas tendencias de una naturaleza corrompida. La enseñanza debe ser dada necesariamente en la dependencia y bajo la vigilancia de la Iglesia.

Los Concordatos son una legislación eclesiástica especial otorgada á un reino por el Soberano Pontifice, á instancias del Jefe de este mismo reino, y confirmada por la obligacion particular que toma este último de conservarla siempre. Los Concordatos, porque estipulan intereses sagrados ó espirituales, no pueden ser considerados como contratos sinagmáticos. Algunos papas les han dado la forma de un contrato bilateral, pero esta forma no es esencial; es puramente accidental, de suerte que los Concordatos no pierden su naturaleza de simples concesiones ó privilegios, con la obligacion de fidelidad pactada por el papa.

Es falso que si el papa tiene el poder, cuando el bien de la Iglesia lo exige imperiosamente, de retirar todas ó parte de las prerogativas concedidas por Concordato á un prin-

cipe ó á un gobierno, este tenga el mismo poder, por lo que toca á las obligaciones contraídas por él en virtud de este mismo Concordato. La razon de esta diferencia es que el Soberano Pontífice obra como legislador supremo, mientras que el príncipe ó el gobierno permanece su súbdito. El papa ha tratado como jefe del pueblo y el príncipe como su representante.

Inmunidad del clero.—El clero está exento, de derecho divino, de la jurisdiccion de los príncipes seculares, y no depende más que del Soberano Pontífice; es la doctrina espresa de la Iglesia y de los Concilios. La inmunidad de la Iglesia y de las personas eclesiásticas, dice el concilio de Trento, está establecida por una disposicion divina y por las leyes canónicas. El concilio de Letran decía que era de derecho divino y humano. No obstante, esta inmunidad no impide que los clérigos estén sometidos á la obligacion de observar las leyes civiles necesarias á la conservacion del orden y de la justicia en la sociedad. Hé aqui porque la inmunidad eclesiástica es el objeto especial de los Concordatos, acordando los dos poderes supremos la medida en la cual debe ser respetada.

De todas las inmunidades la más razonable, la más legítima, la más esencial, es la que exime á los jóvenes clérigos del servicio militar. Abolirla es, de parte del Estado, una injusticia que clama al cielo; un sacrilegio, una profesion de ateísmo, un atentado contra el pueblo, y sobre todo contra la porcion pobre de las poblaciones cuyas esperanzas están todas en manos del clero.

Inmunidad del Soberano Pontífice.—La inmunidad del Soberano Pontífice es más esencial todavía que la del clero, la cual la supone necesariamente. Le pertenece esencial y absolutamente, y debe consistir en una independencia completa. El papa ha sido colocado por Dios en la dignidad suprema de la soberanía: «Todo lo que alares ó desatases sobre la tierra, será atado ó desatado en el cielo.» El juez supremo y universal, el soberano de los soberanos, no puede estar sometido á un juicio ó á una autoridad

cualquiera; esto es, no puede estar sujeto á ningún otro poder humano. «La primera silla, decía el concilio Romano bajo el papa Silvestre, no será juzgado ni por César, ni por todos los clérigos, ni por rey, ni por pueblo, sino sólo por Dios.»

La forma social de la inmunidad ó de la independencia papal es su soberanía temporal, no honorífica, sino real. La destruccion de la soberanía temporal acarrea la destruccion de la inmunidad y reciprocamente. Así, pues, este despojo del poder temporal no puede tener lugar para siempre. No hay fuerza humana que pueda prescribir lo que es de la naturaleza misma de una institucion divina é imperecedera. No es posible que una tan alta dignidad, que un poder tan extenso esté subordinado á un poder cualquiera que determine su naturaleza, una fuerza extraña que pueda poner trabas á su accion. El promulgador soberano y universal, el pacífico ordenador que abraza á todos pueblos en su amor de padre, el padre espiritual de los individuos, de los pueblos y de las naciones, el centro y el principio de la unidad, el primer motor de este gran cuerpo que es la Iglesia, debe ser libre como el aire. Allí donde él reside, ningún soberano temporal debe reinar.

Es absolutamente indispensable que tenga en Roma, centro de Europa, como un lugar sagrado colocado enfrente de los tres continentes del mundo antiguo; una silla augusta y soberana de donde resuene sucesivamente, para los príncipes y para los pueblos, una voz todopoderosa; la voz de la justicia y de la verdad, imparcial y sin preferencia, libre de toda influencia arbitraria, y que no pueda ser ni comprimidada por el terror, ni engañada por los artificios.

Poder temporal de los Papas.—Es incontestable que la Iglesia tiene cierto poder sobre lo temporal de los emperadores y de los reyes, y que el ejercicio de este poder pertenece al Soberano Pontífice romano. Este poder puede ser directo ó indirecto. El poder directo supondría reuni-

das en las manos del papa las dos espadas, los dos poderes, espiritual y temporal, bajo la condicion de que el papa no ejerciese por sí mismo el poder temporal, sino que lo delegase a un personaje laico. El poder indirecto supone la existencia paralela é independiente de los dos poderes cuya reunion sólo se hace en Dios. No obstante, la independencia del poder temporal sólo existe con la condicion de que no perjudicará al fin que el poder espiritual tiene la misión de proseguir; porque en este caso conviértese en súbdito del poder espiritual. Púedese creer que Jesucristo no ha sometido el poder temporal al espiritual, sino en tanto que lo exigía el fin sobrenatural que prosigue; pues bien, el poder indirecto basta para alcanzar este fin. El poder directo que se desplegó en la Edad media, punto culminante de la civilizacion cristiana y que va de san Gregorio VII á san Pio V, tiene partidarios ilustres, san Bernardo, santo Tomas, etc. Los dos grandes Pontífices que lo ejercieron eran dos grandes santos y eran arrastrados por la opinion pública de todos los Estados cristianos y católicos.

Yo debia á mi conciencia el enunciar los principios fundamentales de las relaciones de la Iglesia y del Estado; se encontrará su desarrollo en la excelente obra del R. P. Liberalore. Estas doctrinas parecerán muy duras á muchos de mis lectores, pero son la verdad y daría sin vacilar mi vida por ellas. Este es el derecho. En cuanto á la práctica ó al hecho, me limitaré á la simple exposicion de esta grave materia que expuse en 1845, en un folleto intitulado: *Principios fundamentales, segun los cuales deben resolverse en el tiempo presente las dos grandes cuestiones de las relaciones de la Iglesia y del Estado y de la libertad de enseñanza*; algunas de estas páginas han ya encontrado cabida en el capítulo de la *Iglesia revolucionaria*, pero son necesarias aqui.

«¿Cuál es el órden natural de las ideas en materia de gobierno? El sér que ha sido el objeto inmediato de la vo-

luntad divina, el sér que Dios ha creado para su gloria, que ha destinado á la dicha, es el individuo, ó el hombre individual. Por el individuo Dios ha constituido el padre y la madre, ó la familia, que es de derecho divino. Las familias con los individuos forman por su esencia la sociedad. La sociedad establece entre los individuos y la familia intereses privados y comunes que deben ser regulados y afianzados. La necesidad de este reglamento, de este afianzamiento, acarrea la existencia de un poder superior, ó gobierno que preside al conjunto de las familias. El gobierno no es esencialmente, como la familia, de derecho divino, no es de ningún modo indispensable, que, como los jueces y los primeros reyes de Israel, sea instituido inmediatamente por la voluntad del mismo Dios; puede ser establecido por la voluntad comuna de las familias y de los individuos que rige. Pero ningún espíritu razonable negará que la autoridad ejercida por un poder cualquiera es necesariamente una emanacion, una delegacion de la autoridad divina; y que todo poder debe gobernar en nombre de Dios, que ha creado los intereses comunes y privados; de Dios, origen de todo sér y de toda autoridad; de Dios, que sanciona, afianza y venga todos los derechos.

«Dios, EL INDIVIDUO, LA FAMILIA, EL ESTADO, hé aqui, pues, el órden inmutable que la razon debe reconocer y confesar, que la voluntad debe aceptar y respetar. Los gobiernos pasarán, la familia pasará; sólo Dios y el individuo permanecerán eternamente. El individuo debe obedecer á Dios, que es su fin; la familia debe ayudarle en esta tendencia divina, que es el derecho de Dios y el deber del individuo; el gobierno ó el Estado debe hacer posible y fácil á la familia esta santa tutela, que es el derecho del individuo y el deber de la familia. Entre el Estado y el individuo hay, pues, la familia, y es absurdo decir que el individuo pertenece al Estado, como sería absurdo decir que el fin pertenece al medio.

«Los derechos del Estado nacen natural y exclusivamente de los intereses, privados ó comunes, de las fami-

lias y de los individuos, les son correlativos. No tiene más poder en general, que el que es imperiosa y estrictamente necesario para hacer eficaces el reglamento y la fianza de estos intereses; traspasa estos derechos, usurpa desde el momento que aurada ó prohíbe fuera de los intereses privados y comunes; comete una injusticia que clama más y más al cielo; se hace tirano, cuando los desconoce ó los huella.

«Un gobierno perfecto será evidentemente el que, tomando al hombre en su síntesis, (tal como es presentado y definido por la naturaleza, por la razón y la fe, el hombre material y espiritual, el hombre del tiempo y de la eternidad, de la naturaleza y de la gloria, el hombre, en una palabra, de los intereses materiales, morales, religiosos y sobrenaturales, quiere, por todos los medios que están en su poder, regular y afianzar igualmente estos intereses diversos y múltiples que son para él sagrados en el mismo grado. Tal fué, por ejemplo, en los siglos xvi y xvii, el gobierno que hizo á España tan santa, tan fuerte, tan grande.

«En un gobierno perfecto, la religión, conocida y aceptada como sola verdadera, sola divina por el conjunto de las familias, es ley de Estado, no en el sentido de que la ley pueda entrar en el dominio íntimo de la conciencia, prescribir actos interiores, castigar las infracciones que son cometidas en el interior de las almas: el santuario de la conciencia sólo es gubernamentalmente accesible á Dios; sino en el sentido de que toda desobediencia á la religión manifestada por actos exteriores está sujeta á las leyes; que la ley debe castigar un aliento exterior contra la fe de un individuo, como castiga el atentado contra su honor ó contra su bolsillo. En semejante gobierno, un poder ó tribunal intermedario entre el Estado y el individuo, que tiene por misión conocer por medios legítimos y honrosos, las infracciones exteriores á la ley religiosa, juzgarlas y castigarlas, es tan natural y legalmente instituido, como los tribunales destinados á perseguir los delitos

contra los individuos, sus personas, su reputación ó su fortuna. En este orden de cosas, el individuo que denuncia á aquel que se atreve á tender lazos á su fe no está menos en su derecho y no es más indiscreto que aquel que denuncia el atentado cometido contra su persona ó sus bienes.

«No es evidentemente por sí mismo, y no lo prueba la historia superabundantemente, que el gobierno perfecto, tal como lo acabamos de definir, es eminentemente favorable á la fe, que tiende eficazmente á conservarla y engrandecerla, que nos lleva hácia ella como con un impulso universal é irresistible? Pero ¡ay! el reino del bien, como el reino de Dios, no es de este mundo, y la corrupción de lo último llega á ser fatalmente la peor de las corrupciones, *corruptio optimi pessima*.

«Cuando en un país ha cesado de ser una la religión, cuando la fe no es general, cuando la preponderancia de los intereses sobrenaturales ó eternos es puesta en duda, acontece que los gobiernos no quieren ó no pueden considerar más que al hombre del tiempo, de los intereses materiales y sociales, y de ningún modo el hombre de la eternidad. El Estado solo ve en el hombre su presente, su fortuna, su honor, y no quiere ocuparse en manera alguna de su fe y de su inmortal porvenir. Entrase entonces más ó menos francamente en el régimen de la separación de la Iglesia y del Estado, de la igualdad de todos los cultos ante la ley, etc., etc. No podría negarse, aun cuando hechos innumerables y más brillantes que el día no lo probasen de la manera más incontestable, que esta secularización más ó menos absoluta de la legislación es mucho menos favorable al ejercicio de la fe.

«Por lo mismo, en efecto, que el gobierno, que es la autoridad suprema, se constituye equivalentemente ateo, guarda entre todos los cultos una neutralidad oficial, no se ocupa más del hombre religioso que si no existiese, etc., la fe y los intereses sobrenaturales descienden al último rango y ceden el paso á los intereses materia-

les y sociales. La negación, ó, si quereis, la indiferencia del Estado, tiende inevitablemente á introducir la negación y la indiferencia en las familias ó individuos. La fe se afuñora y se extingue en una proporción y con una rapidez verdaderamente desoladoras. Pero al mismo tiempo la autoridad ejercida por el Estado pierde su poder y prestigio. No tiene ya en el mismo grado el carácter de autoridad divina; no es ya, si se puede expresar así, un dogma visible y palpable, sino solamente un hecho de fuerza material; los lazos que la unen á la familia y á los individuos se aflojan; la anarquía se afirma más y más cada día, y el orden social corre peligro.

«Sin embargo, como, de una parte, este gobierno puramente humano no es esencialmente mal, y de otra parte, es tal vez el solo posible en adelante, creemos necesario recordar en qué condiciones mantendrá el orden y desempeñará su misión providencial, los principios, en una palabra, que deberán presidir á su ejercicio regular.

I. «Desde el punto que óna acción, cualquiera que sea, no es en manera alguna contraria á los intereses privados y comunes, permaneció el derecho cierto é inviolable de los individuos y de las familias. El Estado no puede sin crimen poner trabas al ejercicio de este derecho; puede solamente y debe vigilarlo con el único fin de que jamás acontezca que sea contrario á los intereses de todos y de cada uno; todo otro modo ó objeto de vigilancia sería ilegal. Si una tercera parte de los individuos pretende oponerse al ejercicio de este derecho legítimo, el Estado debe castigarla.

II. «Por lo mismo que el Estado aplica relativamente á ciertos intereses que no quiere y no debe regular, los derechos relativos á estos intereses vuelven al individuo y á la familia, y es un deber riguroso para el gobierno afianzar plenamente á la familia y al individuo el libre ejercicio de estos derechos.

III. «Cuando un gobierno ha repudiado lo que concierne á los intereses sobrenaturales, cuando ha reconocido, por consiguiente, la libertad de conciencia, la igualdad

de todos los cultos ante la ley, prevárica si deja á los hombres investidos de su poder atacar un culto cualquiera. Su falta será más grave, si el culto que se ataca es la religión de la mayoría de las familias que gobierna.

IV. «La intervención del Estado en la Iglesia debe ser puramente exterior ó material; habrá en él usurpación, violencia, y por consiguiente peligro, todas las veces que en sus relaciones con la Iglesia y los diversos cultos, el gobierno salga de la esfera de los intereses materiales y civiles, que es su dominio exclusivo.

«En el orden de cosas, lógico y consecuentemente con el mismo que acabamos de definir, las diversas comuniones religiosas conservarían plenamente su independencia; el mismo Estado ejercería mas libremente su autoridad soberana; conservaría sobre todos los cultos esta vigilancia paternal, cuyo efecto único debe ser proteger los intereses materiales y morales cuyo arbitrio él es. La Iglesia, como los consistorios, como las sinagogas, no sería un Estado en el Estado; el obispo, el presidente del consistorio y el gran rabino solo tendrían poder en una esfera en que el gobierno no puede ni debe penetrar. Fuera de esta esfera, serán simples individuos ó súbditos, para los cuales no es de ningún modo necesario crear la jurisdicción excepcional del Consejo de Estado, y que estarían sujetos á los simples tribunales, cuando, de una manera cualquiera, hubieran atentado, en el orden material ó moral, al derecho del gobierno ó de los demás.

«Si este orden de cosas fuese posible en Francia; si el gobierno; después de haber restituido al clero católico una parte suficiente de los bienes de que le despojó violenta é injustamente la revolución, dándole la facultad de adquirir ó poseer, pudiese tener la balanza bien igual; si antiguas y mezquinas tradiciones no le impusiesen injustas preyecciones, si el respeto á los derechos de cada uno pudiese entrar en nuestras costumbres, la fe ganaría tal vez á la libertad, puesto que es harto ámenudo comprometida y ahogada bajo el régimen inconsecuente

y perseguidor de la inmixtion del Estado en el gobierno de la Iglesia.

«En razon de la suerte que su origen y su fin sobrenatural le formó necesariamente en este suelo, suerte que su divina Fundador ha como consagrado por esta profecía dolorosa: *Seréis hasta el fin de los siglos un objeto de odio á causa de mí, la Iglesia tiene tanto que temer del favor como de la repulsion de los poderes establecidos. Poco faltó para que expresase cruelmente en 1830 las simpatías, sin embargo muy limitadas, del gobierno de la restauracion. Y las desconfianzas del gobierno de Julio le valieron en 1848 una ovacion verdadera, cuando hubiera podido prometerse violentas persecuciones.*»

Una sociedad franca y ampliamente liberal, tal como la hemos definido, sería tal vez un terreno neutral que la Iglesia cultivaría con éxito, salvando las almas y consolando todos los dolores.

Bato es lo que se realiza en América, donde la libertad, menos bella no obstante de cerca que de lejos, se extiende á la Religión. «En 1785, escribía recientemente el correspondiente del diario *«Unión»*, había doscientos católicos en Nueva-York. Somos hoy cien mil! ¿Veis de Norte á Sur este círculo con que Dios adorna el Atlántico, y que de Maine á Tejas encierra las joyas que deben ser la admiracion del cielo? ¿Qué rayos divinos salen de estas esillas episcopales, elevadas por los sucesores de san Pedro...! Despues ved mas lejos la luz de la fe sembrar con esos fuegos la llanura infinita. Albany, Rochester, Buffalo, Cincinnati, San Luis! Y mas lejos, mas lejos, tras los grandes lagos, en las praderas sin fin, en las montañas «Pedregosas, hasta en estos desiertos sin nombre que, esolo la bestia salvaje habia pisado, por todas partes la iglesia se establece, y pronto, no lo dudamos, habrá convertido las pobres sectas, cuyos más distinguidos miembros vienen todos los dias á reunirse con nosotros para «pagar su sed en la fuente de vida vanamente buscada «por ellos en otras partes.»

ADIOS Á MIS ESPLENDORES.

*¡Id, Esplendores queridos, id!
Ojalá os hayan merecido ser la ley inmaculada del Señor que convierte á las almas, el testimonio fiel de Dios que dá la sabiduría á los pequeños:*

*El pensamiento de fe que os ha inspirado.
El ardor con que os he emprendido.
El trabajo excesivo á que me habeis condenado.
Las angustias que me ha causado la temeridad de hacerme vuestro editor.*

*Los dolores de vuestro demasiado laborioso alumbramiento.
Las contradicciones crueles que quizá me preparais, etc.*

Iria á colocaros sobre el altar de la capilla provisionai de Montmartre, preluio del Monumento de salvacion que la Francia arrepentida eleva al Sagrado Corazon de Jesús, en quien cifro todas mis esperanzas.

Iria á ofrecer os á Nuestra Señora de Lourdes, á la Virgen inmaculada, que piadosamente invocaba cada dia escribiendolos.

Iria de rodillas á poner os bajo el patronato del glorioso sucesor de Pio IX, que se dignó amarme y que os habia bendecido con anticipacion.

Despues yo diré en la plenitud de mi agradecimiento y de mi alegría:

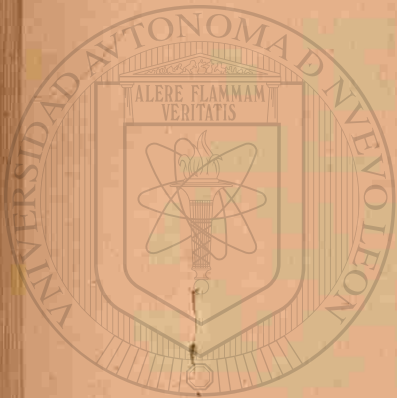
*Ahora, Señor, dejad morir á vuestro servidor en paz.
Sin embargo, si soy todavia útil á vuestro pueblo, no rehús el trabajo; lo emprenderé exclamando, en un arranque más seguro y generoso:*

Es preciso que EL sea ensalzado y yo humillado.

FRANCISCO MARÍA JOSÉ MOIGNO.

Dia de la Natividad del Señor del año 1878.

FIN DEL CUARTO TOMO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

APÉNDICES DEL TOMO IV.

APÉNDICE A.

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS.

Mensaje presentado á Su Santidad Pío IX por los obispos reunidos en Roma en 1862, en número de casi trescientos, con motivo de la canonización de los Mártires del Japon.

Nosotros os vemos, Santísimo Padre, por el crimen de estos usurpadores que sólo profesan la libertad para encubrir su maldad, despojados de estas provincias, por medio de las cuales era provista justamente la dignidad de la Santa Sede y la administración de toda la Iglesia. Vuestra Santidad ha resistido con un indecible valor á estas inicuas violencias y debemos daros las más vivas acciones de gracias en nombre de todos los católicos.

Porque nosotros reconocemos que la soberanía temporal de la Santa Sede es una necesidad, y que ha sido establecida manifestamente por la Providencia divina; no vacilamos en declarar que en el estado presente de las cosas humanas, esta soberanía temporal es absolutamente requerida para el buen y libre gobierno de la Iglesia y de las almas. Era necesario seguramente que el Pontífice romano, jefe de toda la Iglesia, no fuese ni el súbdito, ni aun el huésped de ningún príncipe, sino que, dueño en

su dominio y en su propio reino, no reconocieses otro derecho que el suyo, y pudiese, en una noble, pacífica y dulce libertad, proteger la fe católica, defender, regir y gobernar toda la república cristiana.

¿Quién podría negar que en el conflicto de las cosas, de las opiniones ó instituciones humanas, haya de haber en el centro de Europa como un lugar sagrado, colocado entre los tres continentes del mundo antiguo, una Silla augusta de donde se levante, sucesivamente, para los pueblos y para los príncipes, una voz grande y poderosa, la voz de la justicia y de la verdad, imparcial y sin preferencia, libre de toda influencia arbitraria, que no puede ni ser comprimida por el terror ni engañada por los artificios?

¿Cómo pues, aun esta vez hubiera podido hacerse que los prelados de la Iglesia, viniendo de todos los puntos del universo, llegasen aquí con seguridad para conferenciar con Vuestra Santidad sobre los más graves intereses, si, reunidos de tantas y tan diversos países y naciones, hubiesen encontrado aquí á un príncipe cualquiera dominando sobre estas orillas, que mirase con prevención á sus propios príncipes, ó que fuese para ellos sospechoso y hostil? Hay, en efecto, los deberes del cristiano y los del ciudadano, deberes que no son de ningún modo contrarios, pero que son diferentes. ¿Cómo podrían cumplir los obispos, si no hubiese en Roma una soberanía pontificia, libre de toda jurisdicción extranjera y centro de la concordia universal, no teniendo ninguna ambición humana, no emprendiendo nada por deseo de dominación terrestre?

Nosotros hemos, pues, venido libres al Pontífico Rey libre, atendiendo igualmente á las cosas de la Iglesia como pastores, y al bien de la patria como ciudadanos, y no faltando á nuestros deberes ni de pastores, ni de ciudadanos.

Y puesto que es así, ¿quién osaría atacar esta soberanía tan antigua, fundada sobre tal autoridad, sobre tal estado de cosas? ¿Qué otro poder podría ser comparado á ella, áun

si sólo se considera este derecho humano sobre el cual reposan la seguridad de los príncipes y la libertad de los pueblos? ¿Qué poder es tan venerable y santo? ¿Qué monarquía ó qué república puede, en los pasados ó modernos tiempos, gloriarse de derechos tan angostos, tan antiguos, tan inviolables? Estos derechos, si llegasen á ser despreciados y hollados en la causa de la Santa Sede, ¿qué príncipe estaría seguro de guardar su reino, que república su territorio? Así, Santísimo Padre, es por la religión sin duda, como también por los derechos que son en las naciones los fundamentos de las cosas humanas, por lo que Vos lucháis y combatís.

UNIVERSIDAD

UNI

JANIL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

®

SECCION CENTRAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE B.

EL DINERO DE SAN PEDRO.

Habiendo consultado el señor Arzobispo de Aix á la Santa Sede sobre un proyecto de organizacion del *Dinero de san Pedro*, el Cardenal Secretario de Estado dió una respuesta digna y notable en que la cuestion es considerada bajo todos sus aspectos.

Rehusando, por delicadeza, intervenir personalmente en la organizacion propuesta, y abandonándola toda entera á la voluntad de los obispos y de los fieles, el Padre Santo acepta sus socorros absolutamente necesarios.

La Iglesia se encuentra así, y nadie puede dudar de ello. La política moderna ha destruido ahora el edificio sagrado tanto como ha podido. Ya está hecho. Ya no hay pan asegurado. Al instante el pan faltara. Lo que queda en pie no es más que un muro dispuesto á hundirse, y la caída total no se hará esperar. El destrozo será tal que podrá aplastar al mundo. Esta será la obra postrera de la Revolución. *Et dixit qui sedebat in throno: Ecce nova facio omnia.*

El señor Arzobispo de Aix, comprendiendo el alcance de la carta del eminentísimo Secretario de Estado, la reproduce por entero en una pastoral dirigida á su pueblo. De esta la tomamos hoy, fiesta de la Dedicacion.

LUIS VEUILLOT.

«ILUSTRÍSIMO Y REVERENDÍSIMO SEÑOR:

«Su Santidad ha recibido en sus angustias manos el respetuoso escrito firmado por Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima y por catorce de sus colegas, escrito cuyo objeto es exponer la necesidad de dar un nuevo impul-

so á la obra del Dinero de san Pedro y hacer así frente á las crecientes necesidades de la Santa Sede, á consecuencia de la persecucion con que es siempre afligida la Iglesia de parte de los que gobiernan esta desgraciada Península. El deseo espontáneo que, por este acto, tan distinguidos Prelados franceses manifiestan de venir en ayuda de la Sede Apostólica, ha congovidado profundamente el corazón de Su Santidad. Este deseo prueba una vez más que nunca, en nuestra época, se han aumentado las pruebas de esta misma Sede sin que el Episcopado de vuestra noble y generosa nacion haya dejado de tomar por su cuenta el defender y proteger los derechos de la Iglesia, consolarle en sus aflicciones y socorrerle en los apuros financieros á que le ha reducido la Revolución, hasta el punto de hacerle siempre difícil, y algunas veces prácticamente imposible, el gobierno de la Iglesia universal.

«De lo que menos puede dudarse en el mundo es de esto: la adhesion filial al Padre Santo de que dá muestra este venerable Episcopado, y el vivo interés que toma en la suerte del catolicismo entero, son las verdaderas y principales causas de las bendiciones y gracias celestiales con que el Señor le colma tan visiblemente. En efecto, no solamente el clero y el pueblo francés le respetan más que en toda época de la historia, sino que los mismos adversarios de nuestra santa religion, con tal que no estén gastados por el soplo de las más viles pasiones, se inclinan ante él con señales de respeto y veneracion, y reconocen en él una de las más puras y brillantes glorias de nuestro siglo.

«En cuanto á la pregunta que forma el objeto del escrito más arriba mencionado, á saber; si conviene, en presencia del aumento de las necesidades de la Santa Sede, dar á las colectas del Dinero de san Pedro una organizacion estable, general, legal, consagrada por el Soberano Pontífice con la majestad de su soberana sancion, á fin de que la empresa sea coronada de mayor éxito, el Padre Santo, despues de haberlo pesado maduramente todo, no cree, en su

alta sabiduría, deber sentenciar sobre la proposición que se le hace.

«Hasta el presente, y esto está fuera de duda, todas las veces que, sea en Francia, sea en todo otro país del catolicismo, el Episcopado ha hecho llamamiento á la adhesión filial de los hijos á su Padre comun, estos han respondido con una espontaneidad y una generosidad de que sólo son capaces los pueblos que sienten profundamente la incomparable dicha y el inapreciable beneficio de pertenecer á los estados rescatados por la sangre de Jesucristo y de poder formar parte de la verdadera Iglesia fundada por nuestro divino Salvador.

«Este hecho honra grandemente á la fidelidad y á la adhesión de los pueblos católicos á la cátedra suprema de la verdad; pero parece también aconsejar al Soberano Pontífice que deje, como en lo pasado, á su espontaneidad el generoso concurso de las piadosas ofrendas que se colocan á sus pies con tanto celo y constancia.

«Es también otro hecho incontestable: todas las veces que los circunvecinos de la Iglesia han obligado por su dureza al Soberano Pontífice á soportar nuevos gastos, y han tratado de hacerle todavía más penoso el ejercicio de su santo ministerio: las poblaciones católicas han correspondido admirablemente por todas partes á las invitaciones de sus Ordinarios, y además, han aceptado voluntariamente los más eficaces medios que les eran propuestos, para efectuar la grande y noble empresa de que se trata.

«Por eso el Padre Santo prefiere dejar enteramente al celo y á la prudencia del Episcopado católico el cuidado de organizar, en la forma que juzgue más oportuna, las colectas destinadas á promover las ofrendas, haciéndolas más fáciles, sea á los colectadores, sea á las personas que contribuyen á ellas y teniendo además cuenta de las condiciones locales en las diversas partes del mundo católico.

«Además nada repugnaría más al corazón del Padre comun de los fieles que el dar señales de imponer, no sola-

mente estas ofrendas, sino también las proporcionas y el modo en que debieran hacerse.

«La inmensa confianza de que los obispos se encuentran, en nuestros días, justamente honrados por cualquiera de los pueblos del catolicismo, hace más que cierto el pleno éxito de la empresa en cuestión, cualquiera que sea el medio que prescriban los prelados. Si los pueblos no olvidan que se ha quitado al Soberano Pontífice el dominio temporal como origen de los medios necesarios para su propio mantenimiento y para el gobierno de la Iglesia universal, les será fácil comprender que la Santa Sede no podrá vivir y desempeñar su benéfica misión en todo el mundo sin el generoso concurso de los fieles, hasta que estos no hayan tenido la consolación de verla entrar en sus legítimas posesiones.

«Además ¿quién no le sabe? para el gobierno de la Iglesia, para la tranquilidad de las conciencias, para la marcha regular del gobierno de los diócesis, son necesarias las congregaciones romanas compuestas de cardenales, prelados, consultores y empleados. El número de estos últimos es muy reducido, si se quiere compararlo al de los funcionarios de cualquier gobierno secular. Sin embargo el celo verdaderamente sacerdotal y el espíritu de sacrificio de que dan pruebas constantes y sin número, suplen, tanto como es posible, á la falta creciente de brazos; añáda á esto que reciben emolumentos y retribuciones muy módicas. Además, la falta de brazos viene de la privación de medios sustraídos casi todos, el uno después del otro, al gobierno de la Iglesia universal.

«La usurpación de la soberanía temporal del Pontificado, á pesar de las promesas, á menudo repetidas por los que quisieron hacerse culpables de ella, fué presto seguida de la confiscación de los bienes eclesiásticos, la desaparición de los órdenes religiosos, la usurpación de los conventos, de las bibliotecas, de los museos y de los bienes de toda especie que les pertenecían; y lo que es más terrible, cuando se considera el porvenir, es que la

usurpacion de la soberanía temporal puso á estas mismas instituciones en la imposibilidad en que se encuentran de abrir los seminarios, los colegios y los noviciados; mientras que antes todos estos tesoros venian en ayuda del Jefe de la Iglesia en la pesada carga del gobierno de doscientos millones de almas.

«Hoy quíen no lo sabe? nada queda de todo esto y por lo tanto las necesidades son mayores. En efecto, además de los socorros que es preciso dar á los religiosos y religiosas pobres, tan cruelmente maltratados tambien, el Papa debe proveer al sustento personal de los Obispos que no quieren reconocer á los que gobiernan actualmente la Italia, y á menudo á otras necesidades de sus diócesis y al mantenimiento de sus seminarios. A una tan gran tiranía se juntan las amenazas, ya realizadas en algunos lugares, de rechazar el sueldo á los mismos eclesiásticos nombrados en algun oficio y beneficio por los Obispos no reconocidos. En medio de tan grandes tempestades, el alma del Santo Padre es tambien destrozada á la vista del horrible espectáculo que presentan las escuelas ateas en las cuales el pueblo de esta capital de la cristiandad es educado, sin que sea permitido al Supremo Jerarca, al Maestro infalible y al Guardian de nuestra santa Doctrina, oponer á ellas escuelas en que sus súbditos y sus hijos pudan recibir una sana educacion.

«Con objeto de esto no estará fuera de propósito el hacer conocer lo siguiente: mientras que de las Américas y de los países no cristianos todavia, el Padre Santo recibe demandas continuas de misioneros, de delegados, de representantes de la Santa Sede, sea para salvar en estas lejanas regiones lo que constituye ya los intereses de la Iglesia, sea para ganar nuevas almas á la fe y á la civilizacion, el corazon se le rompe por no poder acoger estas demandas, vista su deplorable penuria de recursos y personas.

«En fin, la Santa Sede, con juntos aplausos de los católicos, y aun de todo hombre de sentido y de honor, paga un sueldo, modesto en verdad, pero que no deja de cons-

tituir para ella una pesada carga, á los antiguos empleados del gobierno temporal. Sin estos subsidios, permanecerian abandonados á la más terrible miseria, y soportarian más difícilmente las crueles vejaciones de la Revolucion triunfante; porque ella no puede perdonar su fidelidad y adhesión al Soberano Pontífice, fidelidad y adhesión que prueban hasta la evidencia cuán grande era la afeccion que el gobierno de los Papas habia sabido inspirar á sus súbditos.

«Las encíclicas, las allocuciones, los discursos del Soberano Pontífice y todos los actos de la Santa Sede revelan bastante los dolores que sufre. Por eso, si los obispos lo recuerdan á los católicos, estos, sin duda alguna, sentirán la necesidad urgente de continuar, como lo han hecho hasta ahora, enviándole espontáneamente ofrendas. Por consecuencia, el Padre Santo, atestigüando á los Obispos su gratitud, por su intencion de redoblar el celo y de promover mucho más las colectas del Dinero de San Pedro, quiere dejarles, como lo he dicho más arriba, el cuidado de hacer conocer el acrecentamiento de las necesidades de la Sede Apostólica, y de establecer los medios que creeran más prácticos y propios para alcanzar el objeto deseado. Les recomienda tambien pidan el socorro de la prensa católica, la cual merece elogios por todo lo que ha hecho desde hace tantos años y lo que hace todavia en favor del Dinero de San Pedro.

«Despues de esto sólo me resta declarar á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima, siempre en primera fila cuando se trata de tomar nobles y generosas iniciativas por el bien de la Iglesia, que Su Santidad le concede, así como á sus venerables colegas, firmantes del susodicho escrito, una bendiccion particular. Vuestra Señoría tendrá la bondad de comunicárlas la presente carta.

«Entre tanto, tengo el honor de declararme, con los sentimientos de la más distinguida estimacion, de Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima servidor,

«L. Cardenal NINA.

«Roma 4 de octubre de 1878.»

APÉNDICE C.

LA OBRA FRANCESA DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS.

Carta de M. Granier de Cassagnac, padre.

Siendo el Instituto de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, en este momento, en Francia, el principal punto de mira de los encarnizados ataques de la Revolución, he tenido el honor de hacer conocer perfectamente el lugar verdaderamente maravilloso que este santo Instituto ocupa en el mundo cristiano.

F. MORENO.

«Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, á los cuales algunos han conservado el nombre de *Hermanos ignorantes*, que ellos mismos se daban antiguamente por humildad, están hoy á la cabeza de la enseñanza primaria, no solamente en Francia, sino en el mundo entero.

«Sin el socorro del presupuesto de ningún Estado, con los recursos que les proporciona el interés que inspira su celo, su abnegación y sus luces, poseen en este momento mil doscientos cuarenta y nueve establecimientos ó casas de residencia, de los cuales mil sesenta y cuatro están en Francia y ciento ochenta en el extranjero; y estos establecimientos provien de Hermanos, maestros ó profesores, á dos mil doscientas treinta y cuatro Escuelas distribuidas como sigue:

«Mil ochocientas setenta y nueve en Francia;

«Cuarenta y tres en las colonias francesas;

«Trescientos doce en el extranjero.

«Si, estos Hermanos, á los cuales los republicanos de Blois han quitado la Escuela primaria municipal, enseñan el francés en diez escuelas de Roma, en once de Turin, en dos de Túnez, en tres de Prusia, en dos de Austria, en

cinco de Inglaterra, en veinte y seis del Canadá, en treinta y nueve de Nueva-York, en doce de San Luis, en tres de Méjico, en cinco de California, en cinco de Madagascar y de Mauricio, en diez del Ecuador y de Chile.

«Estos desterrados de Blois tienen diez Escuelas en Argelia, esto es, en Argel, Blidah, Constantina, El-Bar, Oran, Sidi-Nel-Abbes, Tlemcan, Mostaganem, Stora, Philippeville; tienen tres en Egipto, esto es, en Alejandría, Ramlé, Cairo; cuatro en Turquía, esto es, en Constantinopla, Kadikeny, Smirna, Jerusalem; tres en Cochinchina, esto es, en Saigon, Mytho, y Visals-Long; dos en Ceilan, esto es, en Combo y Negombo; tres en Birmania, esto es, en Bassein, Rangoon y Moulmain; dos en el Indostan, esto es, en Cananur y en Calicut; dos en la Malasia, en Pennang y en Siagapur. En fin, tiene dos en China y diez y seis en la isla de Reunion.

«¡Ved los hombres que enseñan la lengua, la literatura y la civilización de Francia en todos los pueblos del mundo!

«Después de haber expuesto el desarrollo inmenso que han tomado fuera de Francia las Escuelas Cristianas, en Europa, Asia, Africa y America, haré conocer el espíritu que ha presidido á su formación, y la situación legal que tienen en Francia.

«Las Escuelas Cristianas, consideradas como instituciones caritativas, destinadas á instruir gratuitamente á los niños pobres, fueron fundadas en 1680 por un venerable canónigo de Reims, llamado Juan Bautista de la Salle, que consagró su fortuna á esta obra. Forman una congregación religiosa, pero no eclesiástica; esto es, los Hermanos pronuncian votos relativos á la profesion docente que abrazan; pero no pueden aspirar ni al sacerdocio, ni á la predicación. El altar y el púlpito les están absolutamente vedados.

«A fin de estar exclusivamente consagrados al estudio y á la enseñanza, y de no ser atraídos por ningún interés exterior, renuncian á la familia y al mundo, y hacen voto

de castidad, pobreza y obediencia. Sólo tienen una ocupación, un objeto: trabajar sin cesar para estar en estado de enseñar bien, y enseñar, en efecto, hasta agotar las fuerzas de la vida.

«Después de los clases del día, los instituidores laicos tienen el reposo de la noche; después de los diez meses del año escolar, los instituidores laicos tienen las vacaciones. Los Hermanos se privan de todo esto. Por la noche se reúnen en conferencia para preparar los clases del día siguiente; en las vacaciones, van de retiro á la capital de su provincia, donde se fortifican por conferencias, por nuevos estudios, con la mira de mantener ó de elevar el nivel de su enseñanza.

«¿Y cuál es, después de treinta, cuarenta, cincuenta años de trabajo, consagración y obediencia, el retiro de estos servidores de los Niños pobres? No tienen ninguno...

«¿Cómo viven, pues, al fin de su carrera? Miradlo. En la hora del almuerzo, cuando el anciano que no puede trabajar, entra en el refectorio, se estrechan un poco más sobre los bancos, y se hacen las porciones más pequeñas.

«La situación de los Hermanos es perfectamente legal. Son colaboradores regulares de la Universidad. Arrojadlos de Francia en 1792, después de haber sido confiscados sus establecimientos, entraron de nuevo en ella y abrieron sus escuelas en 1802. En 1808, el decreto de 17 de marzo, que restableció y reorganizó la enseñanza general, les asoció á la Universidad para la enseñanza primaria, dejándoles sus estatutos y métodos.

«Hasta en 1833, dirigieron los Hermanos sus escuelas, en virtud de las letras de obediencia, entregadas por su superior general, conforme á sus estatutos; pero habiendo la ley del 28 de julio, elaborada y sostenida por M. Guizot, impuesto á los instituidores laicos diversas garantías, entre las cuales era un título de capacidad, obtenido después de exámen ante una comisión departamental, los Hermanos no quisieron gozar de ningún privilegio, ni dar el ejemplo de ninguna exención. Se presentaron, pues,

ante las comisiones y obtuvieron los títulos; aun hoy, no hay en Francia, Argelia ó en las colonias, una sola escuela poseída por los Hermanos, en que el Hermano director no tenga título, como en las escuelas laicas.

«En Francia, todas las escuelas primarias son *públicas* y *libres*. Las escuelas públicas llamadas también *municipales*, son aquellas cuya enseñanza es pagada por el concilio completo ó parcial del Estado, departamento y cuerpo municipal. Las escuelas *libres* son las que son dadas á la iniciativa privada.

«Mil diez y seis *escuelas municipales* están en Francia, confiadas á los Hermanos que no pueden delegar á ellas menos de tres miembros. Estas son generalmente las escuelas de la cabeza de partido del canton. Los Hermanos tienen también, en Francia, trescientas diez y seis *escuelas libres* que les pertenecen.

«París posee ciento cuarenta y una *escuelas municipales*; ochenta y una están confiadas á instituidores laicos; sesenta son dirigidas por los Hermanos, los cuales poseen también en París veinte *escuelas libres*.

«Concíbese sin pena el enorme personal que tal desarrollo impone á las Escuelas Cristianas; es un verdadero ejército. Las Escuelas Cristianas emplean 21,250 profesores, á saber:

«En Francia	9,387
«En Argel y las colonias	223
«En el extranjero	11,640
«Total general	21,250

«Tal es la organización de las Escuelas Cristianas.

«Demostremos ahora la superioridad inmensa é incontable de la enseñanza dada por las Escuelas Cristianas sobre la enseñanza dada por las escuelas laicas, y citando los números auténticos que prueban esta superioridad, voy á explicar desde luego el método especial, del cual es resultado, método inconciliable con la enseñanza laica.

«Los dos métodos difieren en que la institución laica sólo puede recibir la instrucción en las escuelas normales, mientras que el Hermano, en los noviciados de la Orden, recibe la instrucción y la vocación á la vez.

«No es pensar mal del institutor laico el decir que en general lo que busca en la enseñanza primaria, es una carrera suficientemente honrosa y remunerada. Conclúese que en la enseñanza secundaria ó en la superior, el gusto ardiente á las letras basta para crear y mantener la vocación del profesorado; pero la perspectiva de vivir oscuro en el fondo de un campo, y de dar cotidianamente seis horas de clase á niños de siete á doce años, no es bastante agradable para que dejen de olvidar las ventajas que proporciona la carrera del institutor primario, la primera de las cuales es la exención del servicio militar, y la segunda un sueldo casi igual al del cura párroco, seguida de una pensión de retiro que el Estado no dá al sacerdote.

«De otra parte, no es rebajar ó desconocer la misión del gobierno, en materia de instrucción primaria, el decir que todos sus esfuerzos se limitan necesariamente á formar un institutor instruido. Llega á este resultado con ayuda de las escuelas normales, establecidas con muchos gastos, surtidas, mantenidas á costa de los departamentos, y en las cuales los jóvenes que se destinan á la enseñanza van á recibir una instrucción generalmente gratuita, con ayuda de dotes llevados al presupuesto del departamento ó al del Estado.

«Después de tres años de estudios, los discípulos de la escuela normal se presentan al examen de una comisión departamental, cuyos miembros son nombrados por el gobierno, y si están convenientemente preparados, reciben un título de capacidad, que es de primero ó segundo grado, según el programa, después de lo cual, el joven portador del título recibe la dirección de una escuela.

«Pues bien, ¿cuál es, bajo el punto de vista de la pedagogía y de la enseñanza práctica, el valor de este título de capacidad, y qué garantía ofrece á las familias ó al

Estado?—Sobre una cuestión tan delicada, es necesario ceder la palabra á la misma Universidad, y ved cuál es la apreciación de M. Greard, inspector general de instrucción y director de la Enseñanza primaria del Sena:

«Si el título de capacidad es la prueba de que un candidato posee el minimum de los conocimientos exigidos por la ley, *no da garantía alguna, ni en cuanto á su valor de profesor, ni en cuanto á sus aptitudes morales.* El legislador, es verdad, ha prescrito el que se compruebe, por preguntas sobre los procedimientos de enseñanza de las diversas materias comprendidas en el programa, si el candidato ha recibido algunas nociones pedagógicas. De otra parte antes que pueda ejercer, la ley somete su vida entera á una profunda información. Sabias y útiles medidas, propias para apartar los sujetos incapaces ó indignos, pero *insuficientes para formar un cuerpo de maestros y maestras irreprochables,* y para propagar las sanas doctrinas de enseñanza.

«La profesión de institutor ó de institutriz *no debiera dejar de tener lo que se llamaba antiguamente con un nombre elevado, nombre que casi sólo se aplicaba á los llamamientos de orden divino: ¡LA VOCACION!* Pues bien, para estar segura de ella misma, *LA VOCACION tiene necesidad de ser sometida á una prueba prolongada (1).*»

«Pues bien, este llamamiento casi del orden divino, que no debiera dejar de tener la profesión de institutor ó institutriz, la *vocacion*, ó este carácter que las Escuelas normales no sabrían dar á los institutores laicos, los Noviciados de las Escuelas Cristianas lo dan á los Hermanos. En efecto, si los esfuerzos del gobierno tienden á producir un institutor instruido, los esfuerzos de las Escuelas Cristianas tienden primeramente á producir un religioso, y el novicio sólo llega á ser institutor después que largas pruebas, profundas reflexiones, una experiencia completa de los deberes á que se consagra han probado

(1) Greard: Memoria dirigida al prefecto del Sena, p. 70.

que puede convertirse en un Hermano. Entonces, cuando los superiores han juzgado que el novicio tiene efectivamente *vocación*, que acepta, no solamente sin rebeldía íntima, sin murmurar, sino con convicción, con amor, las obligaciones unidas á los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, adquiere el carácter de religioso, es admitido como Hermano; pero por esto no llega á ser todavía institutor.

«La diferencia de la preparación de un instituidor es, pues, inmensa en las Escuelas normales y en los noviciados. El laico no ofrece más garantía que el título de capacidad; en su juventud ha sido abandonado á sí mismo, sin vigilancia, sin formación efectiva; y al salir de la Escuela, cesa generalmente de recibir lecciones. No es lo mismo para el institutor congregante. Ofrece las mayores garantías; está voluntariamente sometido á un reglamento penoso; ha atrazado un estado de abnegación, de consagración, de pobreza; sabe que en cualquier edad que tenga le será preciso obedecer, que vivirá y morirá trabajando, separado del mundo y sin poseer nada personalmente. Además, aun cuando llegue á ser maestro, estudiará todavía y siempre, porque una comunidad profesional es como una Escuela normal práctica, en que cada maestro estudia sin cesar y se convierte en discípulo despues de la clase, para perfeccionarse segun su grado.

«Pero el punto culminante que caracteriza más todavía la diferencia de los métodos empleados en la enseñanza laica y en la Congregación, es que en esta se hace una juiciosa aplicación de las aptitudes especiales del profesor á las diversas materias enseñadas.

«En una escuela laica, teniendo título todos los maestros, esto es, siendo iguales, ninguno de ellos quisiera aceptar la humillación de consagrar su vida á enseñar el A B C, la tabla de Pitágoras, á los principios de la escritura. En las Escuelas Cristianas, en que el voto de obediencia es la regla dominante, cada hermano está encargado de enseñar lo que mejor sabe, la escritura, la lectura,

la aritmética, la gramática, aunque cada materia de enseñanza es enseñada por el maestro que la posee más completamente y que la explica con más claridad.

«De ahí la marcada superioridad de los resultados de la enseñanza dada en las Escuelas Cristianas, superioridad probada en los concursos que tienen lugar todos los años en París, entre los discípulos de las escuelas primarias laicas y los discípulos de las Escuelas congregantes, sea por la obtención de las becas á las Escuelas superiores, sea por la obtención de certificados de estudio ó por el estudio del dibujo.

«Sólo tengo á la vista los resultados oficiales de los concursos de 1875; pero todos son los mismos; hédlos aquí:

Becas puestas en concurso: 80.

«Las 81 escuelas laicas han obtenido	25
«Las 54 escuelas congregantes.	55

Obtención de los certificados de estudio.

«Las 81 escuelas laicas han obtenido.	593
«Las 54 escuelas congregantes.	711

Concursos de dibujo.

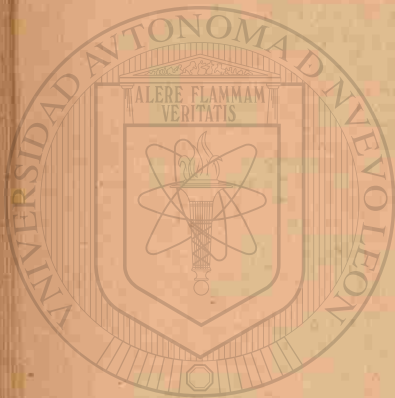
«Las 81 escuelas laicas han obtenido: premios, 2; —acésits, 9; —menciones honoríficas, 11; —total, 22 recompensas.

«Las 54 escuelas congregantes han obtenido: premios, 8; —acésits, 12; —menciones honoríficas, 29; —total, 45 recompensas.

«Tales son el principio y los resultados comparativos de la enseñanza primaria laica y la enseñanza congregante.

«Puede haber un hombre ilustrado, un padre de familia sensato, que, en presencia de tales hechos, no se subleve de piedad á la vez que de indignación contra la persecución sistemática de que, con la tolerancia del gobierno, son objeto las Escuelas de la doctrina cristiana?»

FIN DE LOS APÉNDICES AL TOMO IV.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ÍNDICE.

	Pag.
Prefacios.— <i>El Autor</i>	v
El Fundador de los Mundos y de la Escuela del Progreso.	XXIV
La Obra.	XXX

TOMO PRIMERO.—<i>La Fe</i>.—Capítulo primero.—Exposición de la Fe.—Capítulo segundo.—Necesidad absoluta de la Fe.—Capítulo tercero.—La Fe es rara, rarísima.	33
Capítulo cuarto.—Causas de la pérdida de la Fe. El espíritu pagano.	34
Capítulo quinto.—Segunda causa general de la pérdida de la Fe: el espíritu revolucionario.	35
Capítulo sexto.—Tercera causa general de la pérdida de la Fe y la más eficaz de todas: la costumbre de pecar á sangre fría.	36
Capítulo séptimo.—La Fe subjetiva, la adhesión de la inteligencia á las verdades reveladas, es eminentemente razonable.	37
Tomo segundo.—<i>La Fe y la Ciencia</i>.—Primera parte.—Capítulo primero.—Situaciones respectivas de la Ciencia y de la Revelación.	40
Capítulo segundo.—La Ciencia de la Biblia.	41
Capítulo tercero.—La Cosmogonía de Moisés y la Cosmogonía de la Ciencia.	42

	Págs.
Capítulo cuarto.—La creación del hombre según la Revolución y según la Ciencia.	45
La creación inmediata é independiente del hombre y de la mujer.	46
El Paraíso terrenal y la edad de oro.	47
Capítulo quinto.—La tierra centro del mundo; el hombre rey de la creación; el lugar del hombre en la naturaleza.	48
El ser, la vida, la sensibilidad, la razón.	49
La síntesis del hombre.—El lugar de éste en la naturaleza.—El hombre físico y espiritual. El alma humana.	51
El fin del hombre.—La inmortalidad y la resurrección.	54
Capítulo sexto.—Unidad de origen adámico y noáquico del hombre. Unidad de origen y de especie.—Unidad de origen.—Unidad de especie.	56
Capítulo séptimo.—Antigüedad del hombre.—Estado de la cuestión.	62
Cronología bíblica.	63
Los monumentos.	64
La Historia.	65
La Astronomía.	66
Capítulo octavo.—Antigüedad del hombre.	67
Enseñanza de la geología y paleontología.	68
Sílices labrados.	69
Monumentos de piedra no labrada, dólmenes, menhires o piedras levantadas, cromlechs, galerías cubiertas, túmulos, etc.—Obras de arte prehistóricas, grabados, esculturas, dibujos, etc.	71
De los terrenos geológicos en sus relaciones con la existencia de la antigüedad del hombre.	72
Terrenos cuaternarios.	73
Las turberas.	75
Estiaóclitas y estiaóclitas.	78
Las edades de la humanidad.—Edad de la piedra labrada.	79

	Págs.
Edad de la piedra pulida.—La edad de bronce.—La edad del hierro.	80
Habitaciones del hombre.—Cavernas.	81
Restos de cocina.	83
Los animales contemporáneos del hombre.	84
El mammoth ó mastodonte.	85
El hombre pretendido fósil.	88
El cráneo de Neanderthal.	89
El cráneo de Koghis.—Los cráneos de los túmulos de Borreby.—El cráneo de Equisheim.	90
Apéndice A.—Acuerdo de la Biblia y de la geología por el abate <i>Günzel</i> .	94
Apéndice B.—La teoría darwiniana y la creación llamada independiente, por <i>José Bidsoni</i> .	*
Apéndice C.—La evolución y la Creación, por <i>M. Saint-Georges Mivart</i> .	95
Apéndice D.—Estudio elemental de la Filología comparada.—Origen de las lenguas y de las Religiones.	96
Apéndice E.—Año religioso de Abraham.	97
Apéndice F.—Cronología bíblica.—Apéndice G.—La antigüedad del hombre y el origen reciente del hombre.—Apéndice H.—Arqueología céltica y gálica, memorias y documentos relativos á las primeras edades de nuestra historia nacional, por <i>M. Alexandre Bertrand</i> .	98
Apéndice I.—Los estudios prehistóricos del libro presentado ante la ciencia. Respuesta á M. de Mortillet, por <i>M. Chabas</i> .—Los exploradores de Solitré, carta de M. Chabas al abate Duerot y á M. Arcelin.—Una estación prehistórica de Thorigné-en-Charnié, por el abate <i>Marchand</i> .—El lecho prehistórico del monte Dol por el abate <i>Hanlard</i> .	99
Apéndice J.—La especie humana, por <i>M. de Quatrefages</i> .	100
TOMO TERCERO.— <i>La Fe y la Ciencia</i> .—Capítulo noveno.—La verdad absoluta de los Libros Santos.	101

	Págs.
Hechos de la Historia Natural.	104
Capítulo décimo.—Verdad absoluta de los Libros Santos (continuación).—Ciencias físicas y matemáticas.—El milagro de Josué.	115
Capítulo undécimo.—Verdad absoluta de los Libros Santos (continuación).—Ciencias geográficas é históricas.—El jardín del Eden.—El diluvio de Noé.	127
El mar Muerto.	135
El paso del mar Rojo.—El paso del Jordan.—El sílice ó cochillo de piedra de Josué.	138
Ciencias históricas.—General armonía de los descubrimientos egipcios y de la Biblia.—Reconocimiento general de los lugares de la Biblia.	141
Roboam rey de Judá.—Chodorlahomor y Amraphal.—Alocución de Ramsés III.	142
Los Rekabitas.—Los Ismaelitas.—Misah, rey de Moab, y Ochozias, rey de los Judíos.	143
Ezequías y Sennaquerib.—Ruina de Babilonia.	144
Derrota y cautividad de Manasés; derrota de Sennaquerib; caída de Ninive.—Animales simbólicos de Ezequiel.	145
Ruinas de Tiro.—Ruinas de Samaria.—Profecía de Abdías é Isaías contra la Idumea.	146
Castigo del Egipto.—Daniel y Nabucodonosor.	147
El libro de Esther.	148
Destrucción del segundo templo de Jerusalem.—Episodio del doctor Colenso.	149
Capítulo duodécimo.—La Ciencia auxiliar de la Fe.	151
La Aritmética.	152
El Álgebra.	153
La Física.	154
La Física molecular.	156
Ciencias fisiológicas.	158
Origen simulado del hombre.—Astronomía y Cronología India y egipcia.	160
La pluralidad de los mundos.	161

	Págs.
Análisis y mecánica analítica.—El alvéolo de las abejas.	162
Simplicidad y espiritualidad del alma.—La reversion. La fórmula de Laplace, la ecuación del mundo y de los mundos.	163
Antropología.—Química y síntesis química.	165
La Teleología ó la ciencia de las causas finales y del designio en la naturaleza.	167
Síntesis general y clasificación de los conocimientos humanos.	171
Capítulo duodécimo.—La ciencia y los sabios auxiliares de la Fe (continuación).	171
Los sabios.—I. Los amigos.—Napoleón el Grande.—Homalius de Halley.—Agassiz.—Faraday.—M. Stokes.—M. Dumas.—M. Becquerel (padre).—Agustin Cauchy.—M. Baumgartner.—M. Chevreul.—M. Samuel Hughton.—M. Trousseau.—M. Strauss Durckheim.—M. Houdin.—M. Le Comte.—M. Daswon.	179
II. Los sabios enemigos.—M. Huxley.—M. Hooper.—M. John Tyndall.—M. Littré.—M. de Bois-Reymond.—Moleschod.—Carlos Vogt.—M. Carlos Martins.	184
El médico materialista y ateo.—La estadística.	184
Capítulo décimo tercero.—La Fe salvaguardia de la Ciencia.—La luna y Laplace.	185
Los zodiacos de Denderah y de Esné.—Las laminas de la astronomía india.	187
El origen de la grana y de la leche en los mamíferos: origen de la cera y de la miel en las ovejas.	188
Los errores y las aberraciones de la imaginación y del microscopio.	189
La Fe salvaguardia de la Historia.—La independencia de san Pablo.	191
La rebelion de san Ireneo.—La caída del papa Liberio.	192
Los crímenes de santa Clotilde.—El incendio de la Biblioteca de Alejandria.	195

	Págs.
Usurpación de Pepino el Breve consagrada por Zacarías.—El Papa Zacarías y los Antipodas.	197
La inundación de Loun III.—La papisa Juana.	198
San Gregorio VII.—El alma de las mujeres.—Las malanzas de Beziers.	199
La Inquisición y Torquemada.—El Auto de Fe.—El Saco Bendito á Saubenoito.—El tormento.—Torquemada.	202
Los crímenes de Alejandro VI.	206
El san Bartolomé.	208
La revocación del edicto de Nantes.	209
Epítogo.—Kepler.—Newton.	211
Apéndice A.—Una hipótesis sobre el Diluvio por el abate <i>Genet</i>	214
Apéndice B.—El proceso original de Galileo, publicado por primera vez, por <i>Domingo Berti</i>	*
Apéndice C.—Estudio crítico sobre el texto, las doctrinas y el autor del Eclesiástico por el abate <i>Motais</i>	216
Apéndice D.—Demostración de la existencia de Dios por la obra de los seis días.	217
Tomo cuarto.— <i>La Fe y la Razon</i> .—Capítulo primero.—Estado de la cuestión. Método que vamos á seguir. Discusión y exposición.	220
Capítulo segundo.—La divinidad de nuestra Fe demostrada por las Profecías.	224
Capítulo tercero.—La divinidad de nuestra Fe probada por los milagros.	228
1.° Los milagros del Nacimiento de Jesucristo.—	
2.° Bautismo de Jesucristo.—3.° El agua transformada en vino en las bodas de Caná.—4.° La conversión de la Samaritana.—5.° Curación del paralítico.—6.° La transfiguración.—7.° El ciego de nacimiento.—8.° La resurrección de Lázaro.—9.° La multiplicación de los panes.—10.° Jesús anda sobre las aguas.—11.° Los milagros de la muerte de Jesucristo.—12.° La resurrección de Jesucristo.—13.° La	

	Págs.
ascension de Jesucristo.—14.° Venida del Espíritu Santo.—15.° El cojo de la puerta del templo.	231
Capítulo cuarto.—Las notas ó signos característicos de la verdadera Iglesia de Jesucristo.	237
Visible.—Apostólica.—Una.—Santa.—Católica.—Indefectible ó infalible.	238
Capítulo quinto.—Primer Esplendor de la Fe.—Todas las generaciones me dirán bienaventurada.	242
Capítulo sexto.—Segundo Esplendor de la Fe.—Mis ojos han visto al Salvador que viene de ti, que has aparejado ante la faz de todos los pueblos, luz que se revelará á las naciones.	251
1.° Jesucristo es y ha sido la salud de Dios.—2.° La luz que se revelará á las naciones.	252
Capítulo séptimo.—Tercer Esplendor de la Fe.—He aquí que este está puesto para caída y levantamiento de muchos.	251
La caída de muchos.—El pueblo judío.—Roma pagana.—Los deicidas.—Judás.—Pilato.—Caifás.—Anas.—	262
Los tiranos y los perseguidores de los cristianos.—Herodes Agripa.—Neron.—Domiciano.—Galerio Máximo.—Maximino II.—Dala.—Juliano el Apóstata.—Valeriano.—Diocleciano.	263
Ruina de los enemigos de la Iglesia y de los Papas.—Astolfo y Desiderio.—Enrique IV, Enrique V, Enrique VI, Otón IV, emperadores de Alemania.—Felipe el Hermoso.—Luis XIV.—El Directorio de la República francesa.—Napoleón I.—Luis Felipe.—Carlos Alberto.—Napoleón III.	264
Ruina de los impíos, herejes y cismáticos.—Simon el Mago.—Arrio.—Nestorio.—Lutero.—Calvino.—Enrique VIII.—Isabel, reina de Inglaterra.—Tomas Cromwell.—Oliverio Cromwell.—Voltaire.—Condorcet.—Los corifeos de la gran revolución francesa.—Los corifeos de la unidad italiana.—El conde de Cavour.—De Lamennais.	268

	Págs.
Ha sido puesta para el levantamiento de muchos.— Naciones y soberanos.—Isabel.—Constantino.—Clo- doveo.—Carlomagno.	273
Los convertidos ilustres.—María Magdalena.—San Pablo.—San Dionisio Areopagita.—San Justino.— San Agustín.—San Ignacio de Loyola.—El coper- mayor Rance.—El R. P. Lacordaire.—El R. P. Liber- mann.—Los Santos y Santas.	274
Capítulo octavo.—Cuarto Esplendor de la Fe.—Este infante será señal a la que se hará contradicción.	283
Capítulo noveno.—Quinto Esplendor de la Fe.—Venid en pos de mí y haré que vosotros seáis pescadores de hombres.	291
I. Las Misiones apostólicas.	293
II. El Púlpito y la Predicación evangélica.	298
III. El Confesionario.	299
Capítulo décimo.—Sexto Esplendor de la Fe.—Sed perfectos así como vuestro Padre celestial es per- fecto.	303
San Juan Evangelista.—San Cirilo.—Santa Inés.— Santa Cecilia.—Santa Felicidad.—San Lorenzo.— San Policarpo.—San José Labre.—Santa Genoveva. —San Isidoro.—Alfonso Rodríguez.—Santa Zita.— San Alejo.—San Ibo.—San Pablo.—San Atanasio.— Santa Elena.—San Ambrosio.—Santa Mónica.—San Nicolás.—Santo Tomás de Aquino.—Santa Lidwina. —San Luis.—San Pio V.—San Francisco de Borja. —Santo Tomás de Canterbury.—San Juan de Mata. —Santa Teresa.	307
Capítulo undécimo.—Séptimo Esplendor de la Fe.—A los pobres les es anunciado el Evangelio.	323
Gerónimo Emiliano.—José de Calasanz.—Juan Bautis- ta de la Salle.—Juan de Lamennais.	322
Capítulo duodécimo.—Octavo Esplendor de la Fe.— Sereis aborrecidos de todos por mi nombre.	335
Bajo la Restauracion.—Bajo la monarquía de Julio.—	

	Págs.
Bajo el segundo Imperio.—Bajo el gobierno de la Comuna.—Bajo el cielo de plomo de la hora pre- sente.—En Italia.—En Alemania.—En Rusia.—En Inglaterra.—En Suiza.—En Bélgica.	344
Capítulo décimo tercero.—Noveno Esplendor de la Fe.—Tú eres Pedro, y sobre esta piedra yo edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalece- rán contra ella.	351
<i>Primera Tempestad.</i> —Conjuración de la Sinagoga y de los judíos rebeldes.— <i>Segunda Tempestad.</i> —Conspi- ración de los tiranos.	353
<i>Terceza Tempestad.</i> —Conspiración de las herejías y de los cismas.	354
<i>Cuarta Tempestad.</i> —Conspiración del Mahometismo.	355
<i>Quinta Tempestad.</i> —Conspiración ó invasión de los Barbaros.— <i>Sexta Tempestad.</i> —Los escándalos de la edad de hierro.	356
<i>Séptima Tempestad.</i> —El gran cisma de Occidente.	357
<i>Octava Tempestad.</i> —Las violencias de la Reforma pro- testante.	358
<i>Novena Tempestad.</i> —El Desencadenamiento de la Filo- sofía del siglo XVIII.	359
<i>Décima Tempestad.</i> —Los excesos de la Revolución francesa.	360
<i>Undécima Tempestad.</i> —Los atentados del Directorio y del emperador Napoleón contra la Santa Sede.	362
<i>Duodécima Tempestad.</i> —Las pretensiones y las auda- cias de la falsa ciencia y de la semi-ciencia.	363
Capítulo décimo cuarto.—Décimo Esplendor de la Fe. —Y cuando yo será levantado de la tierra todo lo atrereré hacia mí.	365
Su inteligencia.—Su voluntad.—Su corazón.—Su cuerpo.	368
Capítulo décimo quinto.—Undécimo Esplendor de la Fe.—Conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvieris caridad entre vosotros.	373

	Págs.
1.ª Reglas de caridad evangélica.	374
San Pablo.—San Juan el Evangelista.—San Nicolás.—San Paulo.—San Juan el Limosnero.—San Juan Guadalupe.—Santa Isabel de Hungría.—San Juan de Dios.—Santo Tomás de Villanueva.—San Luis Gonzaga.—San Vicente de Paul.—La Hija de la Caridad.—La Hermana Rosalia.—Las Hermanitas de los Pobres.	379
En su nacimiento.—De la cuna a la escuela.—De la escuela al aprendizaje.—Del aprendizaje al taller.—En el taller y en casa.—Achacosos.—Enfermos.—Ancianos.—Criminales.—Moribundos y muertos.—Viajeros, peregrinos, etc.	392
Capítulo décimo sexto.—Duodécimo. Esplendor de la Fe.—En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, él también hará las obras que yo hago y mayores que estas hará.	396
San Martín de Tours.—San Gregorio.—San Francisco de Asís.—San Francisco de Paulo.—San Francisco Javier.	399
Capítulo décimo séptimo.—Décimo tercero. Esplendor de la Fe.—¡D, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, etc.	408
La dificultad de la empresa.—La grandeza de la empresa.—Rapidez de la empresa.—Consecuencias de la empresa.—Perpetuidad de la empresa.	412
Capítulo décimo octavo.—Décimo cuarto. Esplendor de la Fe.—Jerusalén, días vendrán en que tus hijos caerán al filo de la espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones... Y Jerusalén será, etc.	417
Capítulo décimo noveno.—Décimo quinto. Esplendor de la Fe.—Y tu una vez convertido confirma a tus hermanos.	424
Capítulo vigésimo.—La extensión de los Esplendores de la Fe.	437

	Págs.
Capítulo vigésimo primero.—Los Misterios en general.	442
Capítulo vigésimo segundo.—Dios.—La idea de Dios.—La existencia de Dios.	450
La Definición y los Atributos de Dios.—Personalidad Divina.	452
Capítulo vigésimo tercero.—Los Misterios de la Santísima Trinidad.	459
La tradición.—Aristóteles.—Platón.	464
Capítulo vigésimo cuarto.—Dios creador.	468
Capítulo vigésimo quinto.—La Providencia.	480
Capítulo vigésimo sexto.—La Oración.	488
Capítulo vigésimo séptimo.—El Milagro.	495
Capítulo vigésimo octavo.—El Pecado original.	503
Capítulo vigésimo nono.—El misterio de la Encarnación.	512
Capítulo trigésimo.—La Redención.	520
Capítulo trigésimo primero.—La presencia real del Cuerpo y Sangre de Jesucristo bajo las especies de pan y de vino.	526
Promesa de la divina Eucaristía.—Institución de la divina Eucaristía.	528
1.ª Esencia de la materia.—2.ª La esencia ó la substancia de los cuerpos.—3.ª Esencia ó substancia de un cuerpo organizado.—4.ª Los diversos estados de un cuerpo.—5.ª Los accidentes del cuerpo.—6.ª Transubstanciación.—7.ª La multilocación.	532
Capítulo trigésimo segundo.—Armonía de la libertad con el concurso divino, natural y sobrenatural, la presciencia divina, la gracia y la predestinación.	540
1.ª El libre arbitrio y el gobierno ó concurso divino.—2.ª La libertad y la presciencia divina.—La libertad y la gracia.—La libertad y la predestinación.—El determinismo.	544
Capítulo trigésimo tercero.—Los Espíritus.—Los Angeles buenos.—Los demonios.	553
El Alma, espíritu.	559

	Págs.
Capítulo trigésimo cuarto.—Los Sacramentos.—Los Sacramentos en general.	563
I. El Bautismo.	565
II. La Confirmación.	567
III. El Sacramento de la Eucaristía.	568
IV. El Sacramento de la Penitencia.	573
V. El Sacramento de la Extrema-unción.	583
VI. El Orden.	587
VII. El Sacramento del Matrimonio.	591
Capítulo trigésimo quinto.—El celibato y los votos de la Religión.	601
Capítulo trigésimo sexto.—Las postrimerías del hombre.	614
La Muerte.	615
La Vida futura. La Inmortalidad del Alma.	616
El Juicio particular.—El Purgatorio.	620
La Resurrección de los cuerpos.	623
El Juicio general ó final.	629
La Vida eterna.	633
La Vida eterna bienaventurada, el Cielo, el Paraíso.	635
El Infierno.—La Eternidad de las penas.	638
El Lugar del infierno.	644
Las Penas del infierno.	645
Capítulo trigésimo séptimo.—La Iglesia. Fuera de la Iglesia no hay salvación.—La Iglesia y la civilización.—La civilización sin la Iglesia es la barbarie.—La Iglesia y el Estado.—El Poder temporal del Papa.—La Iglesia. Definición y misión de la Iglesia.	649
La Iglesia y la civilización.	657
La Inglaterra.	693
La Alemania.	698
Los Estados-Unidos.	701
La Iglesia y el Estado.—El Derecho de poseer que tiene la Iglesia.—El Poder temporal de los Papas.—La Iglesia y el Estado.	702
Dios, el individuo, la familia, el Estado.	713

	Págs.
Adios á mis Esplendores.	719
Apéndices del tomo cuarto.—Apéndice A.—El Poder temporal de los Papas.—Mensaje presentado á Su Santidad Pío IX por los Obispos reunidos en Roma en 1862, en número de casi trescientos, con motivo de la canonización de los Martires del Japon.	721
Apéndice B.—El Dinero de San Pedro.	724
Apéndice C.—La obra francesa de las Escuelas Cristianas.—Carta de M. Granier de Cassagnac, padre.	730

